

ANTONIO DE GUEVARA (1480 ? - 1545)

RELOJ DE PRINCIPES

ÍNDICE:

PRÓLOGO

TABLA DEL PRIMERO LIBRO

CAPITULO primero.

Del linage y nascimiento del Emperador Marco Aurelio, y pone el auctor en el principio del libro tres capítulos, en los quales se trata el discurso de su vida, porque con sus epístolas y dotrina se aprueba todo lo más de la presente obra.

CAPITULO II.

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a un amigo suyo llamado Pulión, en la qual se cuenta la orden de su vida, y entre otras cosas haze mención de una cosa que aconteció a un censor de Roma con un mesonero de Campania.

CAPITULO III.

En el qual el Emperador Marco Aurelio concluye su carta, y cuenta por extenso todas las sciencias que aprendió y todos los maestros de quien oyó, y al fin pone cinco muy notables casos en que los romanos eran muy cuydadosos.

CAPITULO IV.

De la excellencia que tiene la religión christiana en tener conocimiento de Dios verdadero, y de la vanidad de los antiguos en tener tantos dioses, y que antiguamente, quando se reconciliavan sus enemigos en sus casas, también fazían que se abraçassen los dioses en los templos.

CAPITULO V.

De cómo fue entre los antiguos muy estimado el philósofo Bruxilo, y de la vida que hizo, y de la habla que hizo a los romanos a la hora de la muerte, y de cclxxx mil dioses que dio a los romanos.

CAPITULO VI.

De lo que dixo un philósopho en el Senado de Roma.

CAPITULO VII.

Cómo los gentiles pensaban que no era poderoso un Dios para defenderlos de sus enemigos, y de cómo los romanos, quando fueron combatidos de los godos, embiaron por todo el Imperio a pedir dioses emprestados.

CAPITULO VIII.

De una carta que embiaron los del Senado a todos los del Imperio.

CAPITULO IX.

Del Dios verdadero, y de la poquedad de los dioses vanos, y de muchas maravillas que hizo Dios en la ley vieja para mostrar su potencia divina.

CAPITULO X.

Que no ay más de un Dios verdadero, y que es dichoso el reyno que tiene el príncipe buen christiano, y de cómo los gentiles afirmavan los buenos príncipes después de muertos se tornavan dioses y los malos príncipes se tornavan demonios después de muertos. Prueba esto el autor por algunos antiguos exemplos.

CAPITULO XI.

De muchos dioses que tenían los gentiles, y de los officios que tenían aquellos dioses, y de cómo se vengavan de los dioses de que no hazían lo que querían ellos, y de cómo eran xx los dioses escogidos y eran infinitos los dioses comunes.

CAPITULO XII.

De otros dioses más naturales y particulares que tuvieron los antiguos, y es el fin de escribir esto el autor porque vea el príncipe christianíssimo cuánto beneficio es no conocer sino a un Dios verdadero.

CAPITULO XIII.

Cómo un cavallero llamado Thiberio fue elegido por governador del Imperio sólo porque era buen christiano, y después por ser buen governador fue electo por Emperador, y que el Emperador Justiniano el moço por ser ereje y vicioso permitió Dios que perdiese el seso y el Imperio.

CAPITULO XIV.

De una plática que hizo la Emperatriz Sophía a Thiberio Constantino, siendo ambos a dos gobernadores del Imperio, y el fin de la plática es reprehender a Thiberio porque en gastar los tesoros del Imperio era muy largo.

CAPITULO XV.

De lo que respondió Thiberio a la Emperatriz Sophía, en la qual respuesta prueba que los príncipes para ser generosos no tienen necesidad de athesorar muchos thesoros, y de cómo a este buen Emperador Thiberio por ser buen christiano le reveló Dios un grandíssimo thesoro que estava en su palacio ascondido.

CAPITULO XVI.

Cómo un capitán llamado Narsetes venció grandes batallas sólo por ser buen christiano, y de lo que passó con la Emperatriz Sophía, y aquí se toca el daño que se sigue por ser los príncipes ingratos a los que los sirven.

CAPITULO XVII.

De cómo embió una carta Marco Aurelio Emperador al rey de Trinacria, do le trae a la memoria los trabajos que passaron entrambos en la mocedad, y reprehéndele porque es mal devoto a los templos, especial porque derrocó un templo para ensanchar su palacio.

CAPITULO XVIII.

Do prosigue el Emperador su carta, y persuade a que los príncipes sean de los dioses temerosos, y de la sentencia que dio el Senado contra el príncipe que derrocó el templo.

CAPITULO XIX.

En cuánta veneración eran tenidos entre los gentiles los que de los dioses eran muy cultores.

CAPITULO XX.

Que por cinco razones deven los príncipes ser mejores christianos y más virtuosos que no sus vassallos.

CAPITULO XXI.

Quién fue el philósofo Bías, y de la constancia que tuvo quando perdió todo lo que tenía, y de un razonamiento que hizo a los que le consolavan de su trabajo, y de diez leyes que dexó a los príncipes las quales para los príncipes son leyes muy notables.

CAPITULO XXII.

Cómo Dios desde el principio del mundo siempre contra los malos puso justicia, special contra los príncipes que se atreven contra su Yglesia, y que todos los malos christianos no son sino parroquianos de los infiernos.

CAPITULO XXIII.

En cómo prueba el autor por doze exemplos quán ásperamente son los príncipes castigados quando son atrevidos a sus templos.

CAPITULO XXIV.

De cómo el Emperador Valente por ser mal christiano en un día perdió la vida y el Imperio, porque en una choça le quemaron los godos vivo.

CAPITULO XXV.

Del Emperador Valente y del Emperador Graciano su fijo, los quales emperaron en tiempo de Sant Ambrosio, y que por ser buenos christianos fueron príncipes muy valerosos y venturosos, y que a los príncipes muchas vezes les da Dios las victorias más por las lágrimas de los que oran, que no por las armas de los que pelean.

CAPITULO XXVI.

De las palabras christianísimas que dixo el Emperador Graciano al tiempo de dar una batalla.

CAPITULO XXVII.

Cómo el capitán Theodosio, padre que fue del gran Emperador Theodosio, murió christiano; y del rey Hismaro, y del obispo Silvano, los quales fueron christianísimos; y de un concilio que celebraron, y de las leyes sanctas que en él hizieron.

CAPITULO XXVIII.

De cómo en la república es muy bueno que no aya más de un príncipe que mande en ella, porque no ay mayor enemigo de la república que el hombre que procura manden muchos en ella.

CAPITULO XXIX.

Que no ay cosa que más destruya a la república que consentir los príncipes que cada día aya novedades en ella, y que el estado de los siervos es más seguro que el de los grandes señores.

CAPITULO XXX.

Quándo començaron los tyranos a tyranizar, y quándo començó y por qué el señorío en los hombres de mandar y ser mandados; y cómo el señorío que el príncipe tiene en el reyno es por mandamiento divino.

CAPITULO XXXI.

Do el autor habla de la hedad dorada, y de la miseria humana que tenemos agora.

CAPITULO XXXII.

Cómo el Magno Alexandro, después que venció al rey Darío en Asia, fue a conquistar a la gran India, y de lo que le aconteció con los garamantes, y cómo tiene más fuerça la buena vida que ningún aparato de guerra.

CAPITULO XXXIII.

De una habla que hizo un sabio de los garamantes al Magno Alexandro, en la qual le prueba que valen ellos más por tenerse en poco y tener poco, que no él por tener mucho y tenerse en mucho, y que es sobrada locura querer mandar mucho aviendo de vivir poco.

CAPITULO XXXIV.

En el qual el sabio de los garamantes prosigue su plática, en la qual muestra que perpetuar la vida no se puede comprar por mucha hazienda, y de siete leyes que tenían aquellos bárbaros, y que los reynos que los príncipes ganan son finitos, pero los cuydados que echan sobre el corazón son infinitos.

CAPITULO XXXV.

Que los príncipes deven trabajar por saber para qué son príncipes; y de quién fue el philósopho Thales, y de doze preguntas que le hizieron, y de la respuesta que dio a todas, y de la competencia que avía entre los sabios de Grecia y los capitanes de Roma; y el

príncipe sobre todos ha de ser mejorado, exceto en la justicia, la qual ha de ser ygal entre él y su república.

CAPITULO XXXVI.

De quién fue el gran philosopho Plutharco, y de las palabras que dixo al Emperador Trajano, y cómo el buen príncipe es cabeça de la república, y que, estando sana esta cabeça, no puede estar enferma la república; y de cinco leyes de los rodos que disponen la manera de castigar a los malos; y de cómo si es bueno vivir debaxo de justa ley, es muy mejor vivir debaxo de justo rey.

CAPITULO XXXVII.

Que assí como en la cabeça están los dos sentidos del oler y del oír, assí el príncipe, que es cabeça de la república, ha de oír a todos los agraviados y ha de conocer a todos para pagarles los servicios; y que los cuerdos príncipes han de ser en el oír a todos prompts, en el determinar han de ser graves.

CAPITULO XXXVIII.

De la gran fiesta que celebravan los romanos al dios Jano el primero día de enero, y de una largueza que fizo el Emperador Marco Aurelio en el día de aquella fiesta; y que los príncipes virtuosos tienen necessidad de ser muy suffridos quando saben que son murmurados; y que es de tener gran compassión a los príncipes, porque si son malos están en desgracia de los buenos, y si son buenos luego son murmurados de los malos.

CAPITULO XXXIX.

De la respuesta que dio Marco Aurelio Emperador al senador Fulvio delante todo el Senado porque le avían motejado que por ser muy amigable a todos no guardava la auctoridad de los emperadores. En su respuesta dize que los príncipes pierden mucho por ser esquivos y ganan mucho en ser bien acondicionados; y que tales han de ser los reyes y grandes señores, que aya quien ruegue a Dios por su vida y aya quien después de la muerte tenga dellos memoria.

CAPITULO XL.

De una carta que embió Marco Aurelio Emperador a Pulió su amigo, en la qual reprehende a los romanos, los quales querían que sus emperadores fuesen cortos en el escribir y por otra parte dissimulavan si eran largos en el robar; y que la vida del príncipe no es sino un reloj que concierta toda la república; y de quién fue Periandro el tyrano, y de los epigramas de su sepultura, y de las leyes buenas que hizo; y de cómo fueron muy varios los fines en que los gentiles pusieron su bienaventurança.

CAPITULO XLI.

Que los príncipes y grandes señores no se han de preciar por ser dispuestos y hermosos; y de cómo los thebanos eran enemigos de los que en extremo eran hermosos y de las mugeres que en extremo eran feas, y que ningún príncipe dexó de sí fama inmortal por ser de hermoso rostro, sino por aver hecho grandes hazañas con la lança en el puño.

CAPITULO XLII.

De una carta que embió Marco Aurelio Emperador a un sobrino suyo, en la qual le cuenta cómo desde niño la uvo criado, y puesto al estudio, y que después ha sido muy vicioso; y como este moço presumiese de muy dispuesto, pruévale por muchas y altas razones que preciarse los hombres de hermosos es señal de ser livianos; finalmente habla de la miseria humana, diziendo que es ageno de toda razón nos dé a la rodilla la vida y nos arastre la locura.

CAPITULO XLIII.

Cómo los príncipes y grandes señores en los tiempos passados eran muy amigos de sabios, y de la diligencia que ponían en buscarlos.

CAPITULO XLIV.

Cómo el Emperador Theodosio a la hora de la muerte proveyó que sus dos fijos Archadio y Onorio fuessen con ombres sabios criados, y de lo que passó entre el ayo destos dos príncipes y un philósopho, y pónense aquí diez géneros de hombres viciosos que han de ser de las casas de los príncipes alañados.

CAPITULO XLV.

Cómo Creso, rey de los lidos, fue muy amigo de sabios, y de una carta que escribió al philósopho Anatharso, y de otra carta que le responde el mismo philósopho; y de siete géneros de hombres viciosos que los príncipes tienen en sus casas por los quales no es onesto a los hombres cuerdos morar en ellas.

CAPITULO XLVI.

Quién fue Phalaris el tyrano, y cómo fue muy sabio, y cómo mató a un artífice porque inventó un género de tormento, y de las sentencias que dixo en sus epístolas, y cómo fue muy gran amigo de sabios, y de una carta que escribió a un philósopho que le motejó de tyrano.

CAPITULO XLVII.

Cómo Philipppo, rey de Macedonia, y el Magno Alexandro, y el rey Tolomeo, y el rey Antígono, y el rey Archelao, y Pirro, rey de los epirotas, fueron todos estos grandes amigos de sabios, y cómo se acompañaron y se aconsejaron con ellos; y de cinco cosas por qué han de llorar los príncipes; y de tres cosas por qué dava gracias el rey Pirro a sus dioses.

TABLA DEL SEGUNDO LIBRO

CAPITULO I.

De cuánta excellencia es el matrimonio, y que si los hombres de la república se casan por voluntad, los príncipes se deven casar de necesidad.

CAPITULO II.

En que el autor prosigue su intento, y pone cómo mediante los casamientos muchas vezes los enemigos se tornan amigos.

CAPITULO III.

De muchas y muy varias leyes y costumbres que tenían los antiguos en contraer los matrimonios no sólo en las elecciones de las mugeres, mas aun en la manera de celebrar las bodas.

CAPITULO IV.

Que las princesas y grandes señoras deven amar a sus maridos, si quieren con ellos ser bien casadas, y que el tal amor se ha de procurar con ser ellas virtuosas, y no con hechizos de hechizerías.

CAPITULO V.

De la vengança que tomó una muger greciana del que mató a su marido por casarse con ella.

CAPITULO VI.

Que las princesas y grandes señoras deven ser obedientes a sus maridos, y que es muy grande affrenta y aun vergüença de su marido que le mande su muger.

CAPITULO VII.

Que las mugeres, en especial las princesas y grandes señoras, deven mucho advertir en que de andar fuera de sus casas no sean notadas, y que por ser muy visitadas y frequentadas se guarden de andar por lenguas ajenas.

CAPITULO VIII.

De los daños y provechos que se siguen de andar a visitar, o de estarse en sus casas las princesas y grandes señoras.

CAPITULO IX.

Que las mugeres preñadas, especial las princesas y grandes señoras, deven andar muy guardadas por el peligro de las criaturas, y de muy desastrados casos que acontecieron a las mugeres preñadas de los antiguos por dexarlas cumplir sus apetitos.

CAPITULO X.

De otros desastrados casos que acontecieron a mugeres preñadas.

CAPITULO XI.

Que las mugeres preñadas, especial las princesas y grandes señoras, deven ser de sus maridos servidas y bien tratadas, en especial las deven apartar de toda cosa que las dé trabajo y enojo, y de cómo las mugeres en el tiempo que están preñadas no deven ser glotonas ni antojadizas.

CAPITULO XII.

De quién fue el philósopho Pisto, y de las sentencias que dixo, y de las reglas que dio para las mugeres preñadas.

CAPITULO XIII.

De tres consejos que dio Lucio Séneca a un secretario amigo suyo, que vivía con el Emperador Nero, y de cómo Marco Aurelio Emperador tenía ordenadas todas las horas del día y de cómo él mismo tenía la llave de su cámara do estaban sus libros, y de cómo la entregó a un romano anciano quando quiso morir, y de unas palabras muy notables que le dixo dándole la llave, en especial que poco aprovecha el príncipe haga grandes hazañas con la lança, si no ay quien se las engrandezca con la pluma.

CAPITULO XIV.

Cómo la Emperatriz pidió a su marido, el Emperador Marco Aurelio, la llave de su estudio, y de una plática que la hizo en este caso. En especial cuenta muchos agravios que las mugeres reciben de sus maridos, y cómo en ellos (y no en ellas) es la culpa de ser malcasados.

CAPITULO XV.

De cómo Marco Aurelio Emperador respondió a Faustina sobre que ella le pidió la llave del estudio, y de cómo este buen Emperador confiesa siete virtudes que han de tener los buenos príncipes, de las quales él carece, y del mucho trabajo que tienen los casados con sus mugeres, y de cómo entre los bárbaros las mugeres tenían apartadas las casas de sus maridos. Es capítulo muy notable.

CAPITULO XVI.

En el qual el Emperador Marco Aurelio, hablando con Faustina, prosigue su plática, y dize en ella el gran peligro que tienen los hombres que tratan mucho con las mugeres, y de siete reglas que da a los casados para que vivan en paz con sus mugeres. Es capítulo muy notable para entre marido y muger.

CAPITULO XVII.

Cómo el Emperador Marco Aurelio prosigue su plática, y responde más particularmente a lo de la llave.

CAPITULO XVIII.

Que las princesas y grandes señoras, pues Dios les dio hijos, no deven desdeñarse a criarlos a sus pechos, y de algunas razones que las deve mover a esto y de muchas y muy antiguas historias que trae el auctor para provarlo.

CAPITULO XIX.

De cómo el auctor todavía persuade a las mugeres a que críen a sus hijos, y que muchas señoras tienen por estado tener perricos en los pechos y tienen por afrenta criar a sus propios hijos.

CAPITULO XX.

Que las princesas y grandes señoras deven mucho advertir qué tales son las amas que toman para dar a mamar a sus criaturas, y de siete condiciones que han de tener las amas para que sean buenas. Prueba el auctor estas siete razones con muchas y muy famosas historias dignas de saber y sabrosas de leer.

CAPITULO XXI.

Do el auctor pone otras tres condiciones que han de tener las amas que crían, conviene a saber: que no beban vino, que sean honestas y sobre todo que sean bien acondicionadas.

CAPITULO XXII.

Cómo en presencia del Magno Alexandro fue disputada esta cuestión, conviene a saber: qué tanto tiempo han de mamar los niños; y de la variedad y diversos ritos que tenían los antiguos en criar y dar a mamar sus hijos. Especial cuenta el auctor lo que hazían los siciomios, los egypcios, los caldeos, los mauritanos, los allobros y los yndios.

CAPITULO XXIII.

De muchas hechizerías y supersticiones de que usavan los antiguos en dar a mamar a sus hijos, de las quales se deven guardar los buenos christianos.

CAPITULO XXIV.

De una carta que embió Marco Aurelio Emperador a un amigo suyo llamado Dédalo, en la qual le responde a doze puntos que al Emperador avía escripto en otra carta, en especial habla en el fin de la carta con las mugeres que crían o sanan de las enfermedades con hechizerías a sus criaturas.

CAPITULO XXV.

Que habla en general quán gran excellencia es en los hombres saber bien hablar; y que ay unos hombres de tan mala gracia en el hablar, que más pena es oírlos tres credos, que no a otros escucharlos diez años; y de cómo es gran falta en los príncipes y grandes señores hazer una cosa y después no saber dar razón della.

CAPITULO XXVI.

De una carta que escrivieron los athenienses a los lacedemonios.

CAPITULO XXVII.

Que las amas que crían a los hijos de los príncipes y grandes señores, si fuesse possible devrían ser mugeres sabias; y de cómo los romanos tenían en Roma escuela para deprender todas las lenguas; y de cómo un embaxador de Grecia dixo a otro embaxador de Roma que sabían más las mugeres de Grecia que no los capitanes de Roma, y de cómo sobre este caso disputaron xx mugeres de los romanos con otras xx mugeres de los griegos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo las mugeres no menos podían ser sabias que lo son los hombres, y que si no lo son no es por falta de naturaleza, sino por sobra de pereza, y que antiguamente las mugeres eran muy sabias, y por esto oy las princesas y grandes señoras no son sabias: porque el tiempo que espendían las antiguas en los libros espenden ellas en regalos. Prueba esto el auctor por muchas historias dignas de ser leídas, especial de las generosas señoras.

CAPITULO XXIX.

De una carta que escribió Pithágoras a una hermana suya.

CAPITULO XXX.

Do el auctor prosigue su intento persuadiendo a las princesas y grandes señoras que trabajen por ser sabias, como lo fueron las mugeres antiguas, lo qual prueba con muy notables historias.

CAPITULO XXXI.

De quién fue la gran muger Cornelia, y de una epístola que embió a Gayo y Thiberio, sus hijos, que por otro nombre se llaman los Graccos, en la qual los persuade a que no dexen los trabajos de la guerra por venirse a gozar los plazer de Roma. Es letra muy notable para entre madres y hijos.

CAPITULO XXXII.

Do se habla en general de la criança de los hijos, ya que es tiempo de darles ayos; y cuánto les va a sus padres en dar buena criança a sus hijos. Trae el auctor para provar esto muy notables historias, en especial de un padre y un hijo que fueron a pleyto delante un philósopho, y de lo que cada uno dellos dixo, y de lo que el philósopho sentenció. Es CAPITULO notable para entre padres cuerdos y hijos locos.

CAPITULO XXXIII.

Que los príncipes y grandes señores deven mucho guardarse de no criar a sus hijos muy regalados, y que muchas vezes salen los hijos tan malos, que querrían los padres no sólo averlos castigado con ásperas disciplinas, mas averlos enterrado con lastimosas lágrimas; y de cómo muchos príncipes antiguos fueron muy valerosos no por más de averse criado en muchos trabajos. Prueba el auctor todo lo sobredicho con notables historias. Es capitulo muy notable para el padre que crió un hijo muy regalado y después le salió avieso.

CAPITULO XXXIV.

Que los príncipes y grandes señores deven ser muy solícitos en buscar ayos para sus hijos; y de diez condiciones que han de tener los buenos ayos para que sean suficientes de tomar a cargo hijos de buenos; y de onze preguntas que hizieron en Athenas a un philósopho thebano; y de un officio que avía en Roma, y el que le tenía era obligado a buscar y castigar todos los moços que andavan por Roma perdidos. Es capítulo muy notable para el padre que tiene un hijo muy querido y que le quiere buscar un buen maestro.

CAPITULO XXXV.

De los hijos que tuvo Marco Aurelio Emperador, uno de los quales, que era el su más querido, se le murió; y de los ayos que buscó para el otro hijo, que era el príncipe Cómodo; y de la fiesta que celebravan los romanos al dios Genio, que era el dios de los nacimientos. Toca aquí el auctor la costumbre de jurar entre los antiguos, en especial que en Roma ninguno podía hazer juramento sin que primero pidiese licencia al Senado para hazerlo.

CAPITULO XXXVI.

De una plática que hizo Marco Aurelio Emperador a cinco ayos de los catorze que avía elegido para maestros de su hijo, a los cuales despide de su palacio porque los vio hazer ciertas liviandades en las fiestas del dios Genio.

CAPITULO XXXVII.

Que los príncipes y grandes señores deven de quando en quando pesquisar cómo los ayos y maestros enseñan y doctrinan a sus hijos, y si les dissimulan algunos vicios secretos, y que algunas vezes más necessario es castigar al ayo que no disciplinar al discípulo.

CAPITULO XXXVIII.

De la plática que hizo Marco Aurelio quando dio a su fijo a los ayos.

CAPITULO XXXIX.

Que los ayos de los príncipes y maestros que tienen discípulos deven tener gran vigilancia en que los mancebos no sean desde niños viciosos, señaladamente los deven guardar de quatro vicios. Es capítulo notable para que los padres le lean y los hijos lo guarden.

CAPITULO XL.

Do se ponen otros dos vicios de los quales deven los ayos guardar a sus discípulos, conviene a saber: que no sean desvergonçados, ni en los vicios de la carne sueltos.

TABLA DEL TERCERO LIBRO

CAPITULO I.

Que los príncipes y grandes señores deven trabajar de administrar a todos ygualmente justicia, y pone el autor en este caso muy notables cosas.

CAPITULO II.

Do el autor prosigue su intento y avisa a los príncipes y grandes señores qué manera han de tener en elegir juezes para sus tierras.

CAPITULO III.

De una plática que hizo un villano de las riberas del Danubio a los senadores de Roma, el qual vino a quejarse de las tyránías que los romanos hazían en su tierra. Divídela el auctor en tres capítulos, y es una de las más notables cosas que ay en este libro, assí para avisar a los que juzgan, como para aconsejar a los que son juzgados.

CAPITULO IV.

En el qual el rústico prosigue su plática y arguye contra los romanos que a sinrazón fueron a conquistar sus pueblos, y prueba por muy buenas razones que por tener ellos a los dioses enojados fueron de los romanos vencidos.

CAPITULO V.

Do el villano concluye su plática, y habla contra los juezes que no hazen justicia, y quán dañosos son los tales en la república.

CAPITULO VI.

Que los príncipes y grandes señores deven mucho advertir en elegir buenos juezes para que administren justicia, porque en esto consiste todo el bien de su

CAPITULO VII.

De una carta que escribió Marco Aurelio Emperador a Antígono, su amigo, en respuesta de otra que dende Sicilia él le avía embiado, dándole aviso que los juezes romanos eran muy rigurosos. Divídela el auctor en cinco capítulos y es letra muy notable contra los juezes crueles.

CAPITULO VIII.

En el qual Marco Aurelio prosigue su carta contra los juezes crueles, y pone dos exemplos: uno de un juez romano crudelíssimo y otro de un rey de Chipre piadoso.

CAPITULO IX.

En el qual Marco Aurelio Emperador prosigue su carta contra los juezes crueles, y pone unas palabras que dixo el Emperador Nero muy buenas, y pone una instrucción que dio el Emperador Augusto a un juez que embiava al reyno de Dacia.

CAPITULO X.

En el qual Marco Aurelio prosigue su plática contra los juezes crueles y pone una muy notable plática que un embaxador del reyno de Judea hizo en el Senado de Roma, quexándose de los juezes que governavan aquella tierra.

CAPITULO XI.

En el qual Marco Aurelio concluye su carta contra los juezes crueles, y entre otras cosas pone lo que aconteció al rey Boco, y las palabras que el abuelo deste rey dixo en el Senado.

CAPITULO XII.

Do el autor persuade a los príncipes y grandes señores que sean amigos de la paz y que huyan las ocasiones de la guerra.

CAPITULO XIII.

Do el auctor pone los provechos que se siguen de la paz, y de cómo muchos príncipes començaron por muy pequeñas ocasiones grandes guerras.

CAPITULO XIV.

Do comienza una carta de Marco Aurelio Emperador a Cornelio, un su amigo, en la qual trata de los trabajos de la guerra y de la vanidad del triumpho. Es letra para los príncipes amigos de guerra y que se dan poco por la paz.

CAPITULO XV.

Do Marco Aurelio prosigue su carta, y pone la orden que tenían los romanos en hazer la gente de guerra, y cómo es escandalosa cosa yr mugeres y sacerdotes a ella, y de los desafueros que hazen los capitanes y la otra gente de guerra.

CAPITULO XVI.

Do Marco Aurelio prosigue su carta, y llora y nunca acaba de exclamar por qué Roma tomó guerra con Asia, y de los grandes daños que se siguen en los pueblos de que sus príncipes toman guerras con reynos extraños.

CAPITULO XVII.

En el qual el auctor amonesta a los príncipes y grandes señores en quanto más les cargaren los años, tanto más son obligados a afloxar los vicios.

CAPITULO XVIII.

En el qual el autor amonesta a los príncipes y grandes señores a que después que llegaren a viejos sean templados en el comer, sean sobrios en el beber, sean honestos en el vestir y, sobre todo, que sean muy verdaderos en el hablar.

CAPITULO XIX.

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a Claudio y a Claudina, a los quales reprehende mucho porque siendo viejos vivían a manera de moços. Divide el auctor la carta en quatro capítulos, y es letra muy notable para reprehender a los hombres viejos que son viciosos y disolutos.

CAPITULO XX.

En el qual el Emperador prosigue su carta, y persuade a Claudio y a Claudina que, pues son ya viejos, no deven creer al mundo ni a sus regalos.

CAPITULO XXI.

En el qual el Emperador Marco Aurelio prosigue su plática, y prueba por muy buenas razones que, pues los viejos quieren ser servidos y honrados de los moços, deven ser más honestos y virtuosos que ellos.

CAPITULO XXII.

En el qual el Emperador Marco Aurelio concluye su carta, y dize cuánto peligro se les sigue a los viejos de vivir como moços, y para remedio dello dales muy buen consejo.

CAPITULO XXIII.

Do el auctor persuade a los príncipes y grandes señores miren mucho en los inconvenientes que trae consigo el vicio de la avaricia, y que el hombre avariento es a Dios y al mundo odioso.

CAPITULO XXIV.

Do el auctor prosigue su propósito, y por maravilloso estilo toca las poquedades en que cae el hombre avaro.

CAPITULO XXV.

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a un amigo suyo llamado Cincinato, el qual se tornó mercader en Capua aviendo sido primero cavallero en Roma, y divídela el auctor en tres capítulos. Es letra muy notable para reprehender a los cavalleros que presumen de sangres delicadas y por otra parte sin empacho tratan en mercaderías.

CAPITULO XXVI.

En el qual el Emperador Marco Aurelio prosigue su carta, y notablemente pone las cosas que los hombres generosos han de hazer y de las malas que se han de guardar.

CAPITULO XXVII.

Do Marco Aurelio concluye su carta, y persuade a Cincinato, su amigo, tenga en poco las cosas del mundo; y que el hombre, por mucho que sea sabio, siempre tiene necesidad de ajeno consejo.

CAPITULO XXVIII.

Do el auctor persuade a los príncipes y grandes señores que se guarden de ser míseros; y que la largueza y la magnificencia mucho conviene a la real person

CAPITULO XXIX.

Do el auctor prosigue su intento, y persuade a los que presumen de cavalleros por ningún interesse se abatan a viles oficios.

CAPITULO XXX.

De una carta que escribió Marco Aurelio Emperador a Mercurio, vezino de Samnia, el qual era mercader y avía por la mar perdido cierta mercadería. Divídela el auctor en dos capitulos, y es letra muy notable para los que por la mar tratan hazienda y en la tierra tienen mucha cobdicia.

CAPITULO XXXI.

En el qual Marco Aurelio prosigue y concluye su carta, do reprehende mucho a su amigo Mercurio porque estava triste, y dízele qué cosa es fortuna y pone en el fin la condición de los avaros.

CAPITULO XXXII.

Que los príncipes y grandes señores deven considerar quán mísera es la naturaleza humana, y que muchas cosas naturales tienen los animales brutos las quales no tienen los hombres racionales.

CAPITULO XXXIII.

Do el autor prosigue su intento, y con maravilloso artificio compara la miseria de los hombres con la libertad de los animales.

CAPITULO XXXIV.

De una carta que embió Marco Aurelio, Emperador de Roma, a Domicio, vezino de Capua, consolándole de un destierro, el qual fue desterrado por un ruydo que levantaron él y otro sobre correr un cavallo. Es letra muy notable para el hombre que, estando seguro, le sucedió un caso peligroso.

CAPITULO XXXV.

Que los príncipes y grandes señores deven tener particular cuydado en ser abogados de las biudas y ser padres de los huérfanos.

CAPITULO XXXVI.

Que sin comparación es muy mayor el trabajo de las mugeres biudas que no el de los hombres biudos, y que por esso deven los príncipes tener más compassión dellas que no dellos.

CAPITULO XXXVII.

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a Lavinia romana, consolándola de la muerte de su marido. Es letra muy notable para consolación de las viudas, en especial las que son generosas señoras. Divide el auctor la carta en dos capítulos.

CAPITULO XXXVIII.

En el qual el Emperador Marco Aurelio prosigue su carta y persuade a las mugeres biudas se conformen con la voluntad de los dioses, y también las conseja que sean muy honestas.

CAPITULO XXXIX.

Que los príncipes y grandes señores deven ser menospreciadores de las cosas del mundo, porque al fin todo lo que ay en el mundo es un manifiesto engaño.

CAPITULO XL.

Do el auctor prosigue su intento, y habla muy profundamente contra los engaños del mundo.

CAPITULO XLI.

De una carta que escribió Marco Aurelio Emperador a un amigo suyo llamado Torquato, en la qual le consuela del destierro que padecía, aunque no dize por qué fue desterrado. Es letra muy notable para conocer las vanidades del mundo.

CAPITULO XLII.

En el qual Marco Aurelio prosigue su carta, y persuade por muy notables razones a todos los que viven en el mundo que se guarden del mundo; y, si lo que dixo arriba fue sabroso de leer, esto es muy digno de a la memoria encomendar.

CAPITULO XLIII.

Que los príncipes y grandes señores no deven ser amigos de juglares y truhanes, y de las leyes que en este caso los romanos tenían hechas.

CAPITULO XLIV.

De cómo fueron algunos truhanes en los tiempos antiguos castigados, y de los juglares y truhanes de nuestros tiempos.

CAPITULO XLV.

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a Lamberto, governador de Ponto, en la qual le haze saber cómo ha desterrado a todos los truhanes de Roma, y se los embía a aquella isla. Divídela el auctor en tres capítulos. Es letra muy notable para los que tienen por magnificencia tener un loco en su compañía.

CAPITULO XLVI.

En el qual Marco Aurelio prosigue su carta, y relata cómo en la ysla de Ponto (do él desterró a los truhanes) halló a muchos filósofos enterrados, y pone las causas por que los truhanes fueron desterrados.

CAPITULO XLVII.

En el qual Marco Aurelio concluye su carta, y pone la causa y el tiempo que la primera vez fueron admitidos los truhanes y juglares en Roma, y de muchos dellos que fueron muy ricos.

CAPITULO XLVIII.

Que los príncipes y grandes señores deven acordarse que son mortales, y ni porque tengan muchos regalos en la vida, no por esso han de escusarse de saber a qué sabe la sepultura. Pone aquí el auctor notables palabras para no temer la muerte.

CAPITULO XLIX.

De la muerte de Marco Aurelio Emperador, y de cómo son muy pocos los amigos que osan dezir las verdades a los enfermos, y toca aquí el auctor quán dignos son de reprehender los que, estando sanos, no se aparejan para morir.

CAPITULO L.

De lo que el secretario Panucio dixo al Emperador Marco Aurelio a la hora de la muerte. Es por cierto plática digna de tener en la memoria, y para leerla a los enfermos que están ya en la hora postrera.

CAPITULO LI.

Do el secretario Panucio sigue su plática y persuade a los que mueren que por ninguna cosa que dexen en esta vida deven llevar en la muerte pena.

CAPITULO LII.

De lo que el Emperador Marco Aurelio respondió a su secretario Panucio, en la qual respuesta da a entender que no muere con pena por dexar este mundo, sino por dexar después de sí a un mal hijo por erederero.

CAPITULO LIII.

En el qual el Emperador Marco Aurelio concluye su plática, y pone muy notables exemplos de algunos príncipes moços, los quales por ser viciosos perdieron a sí y a sus reynos.

CAPITULO LIV.

Cómo el Emperador Marco Aurelio a la hora de su muerte mandó llamar a su hijo Cómodo, y de una muy notable plática que hizo. Divídela el auctor en quatro capítulos. Contiénense en ella muchas doctrinas y exemplos para que los padres den a sus hijos.

CAPITULO LV.

En el qual Marco Aurelio prosigue su plática, y persuade a su hijo que para los negocios arduos tenga cabe sí a hombres sabios que le den buenos consejos, y qué cosas ha de hazer para su passatiempo y cómo se ha de aver en su secreto consejo.

CAPITULO LVI.

En el qual Marco Aurelio prosigue su plática, y encomienda a su hijo algunas cosas particulares, y dízele tan buenas palabras, que todo hombre las avía de tener en el coraçón escriptas.

CAPITULO LVII.

En el qual el buen Marco Aurelio da fin a su plática y aun a su vida, y de las postreras palabras que dixo, y de la tabla de consejos que dio a su hijo Cómodo.

EL REY

Por quanto por parte de vos, fray Antonio de Guevara, nuestro predicador y coronista, me fue hecha relación que vos traduxistes en romance castellano un libro llamado *Marco Aurelio*; y que ansimismo hezistes y compusistes otro libro intitulado *Relox de príncipes*, en el qual va incorporado el dicho *Marco Aurelio*; y que por ser libros de mucha doctrina y provecho los querríades hazer imprimir; y me suplicastes y pedistes por merced que, aviendo respecto al trabajo que en ordenar y traduzir los dichos libros passastes, os hiziesse merced; y mandasse que la persona o personas que vuestro poder uviessen (y no otras algunas) pudiessen imprimir ni vender los dichos libros ni alguno dellos por el tiempo que fuesse servido, y como la mi merced fuesse. E Yo, acatando lo susodicho, y porque los dichos libros fueron vistos por algunos del mi Consejo y aprovados por buenos, túvelo por bien; y por la presente doy licencia y facultad; y mando que por tiempo y espacio de diez años, que se cuenta desde el día de la hecha desta mi cédula en adelante, la persona o personas que vuestro poder uvieren (y no otras algunas) puedan imprimir, y impriman, y vendan en estos dichos nuestros reynos y señoríos, los dichos libros llamados *Marco Aurelio* y *Relox de príncipes* y qualquier dellos, so pena que qualquier persona o personas que sin tener para ello vuestro poder los imprimieren o hizieren imprimir o vender en estos dichos nuestros reynos y señoríos los traxeren a vender de fuera dellos, pierdan la impresión que hizieren, y los moldes y aparejos con que lo hizieren, y los libros que vendieren y tuvieren para vender, y incurra más cada uno

dellos en pena de cien mill maravedís por cada vez que lo contrario hizieren. La qual dicha pena mandamos que se reparta en esta manera: la tercia parte, para nuestra Cámara y Fisco; y la otra tercia parte, para la persona que lo acusare; y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Y mando a los del mi Consejo, presidente y oydores de las nuestras audiencias, alcaldes, alguaziles de la nuestra Casa y Corte y chancellorías, y a otras qualesquier justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reynos y señoríos; que guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir, esta mi cédula y lo en ella contenido, y contra ella no vayan ni passen so pena de la nuestra merced y de diez mill maravedís para la nuestra Cámara a cada uno que lo contrario hiziere. Hecha en Burgos, a treze días de deziembre de quinientos y veynte y siete años.

Yo, el Rey

Por mandado de Su Majestad

Francisco de los Cobos

Don Carlos, por la divina clemencia Emperador de romanos siempre augusto, Rey de Germania; doña Juana, su madre, y el mismo don Carlos, por la gracia de Dios Reyes de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Iherusalén, de Ungría, de Dalmacia, de Croacia, de León, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galizia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algezira, de Gibraltar, de las Yslas de Canaria, y de las Yslas Indias y tierra firme del mar océano; Archiduques de Austria, Duques de Borgoña y de Bravante, etc., Condes de Barcelona, de Flandes y de Tirol, etc., Señores de Bizcaya y de Molina, duques de Athenas y de Neopatria, Condes de Rossellón y de Cerdania, Marqueses de Oristán y de Gociano: A todos y qualesquier lugartenientes, generales, nuestros vicecancelleres y rigentes la cancellería rigente y por tant vezes de general gobernador justicias y bayles generales nuestros en los Reynos de Aragón y Valencia, Principado de Cataluña y Condados de Rossellón y Cerdaña; y otros qualesquier oficiales y súbditos nuestros a quien pertenezca y de lo infrascripto serán requeridos salud y dilección. Por quanto Nós avemos mandado imprimir la obra y libro nuevamente compuesto y ordenado por el venerable religioso fray Antonio de Guevara, predicador de Nuestra Real Capilla, y nuestro coronista, intitulado *Relox de príncipes*, con especial privilegio que por tiempo de diez años en ninguna otra parte de vuestros reynos pueda ser impresso. Por ende con tenor de las presentes de nuestra cierta sciencia y auctoridad real, vos dezimos y mandamos so incurrimiento de nuestra yra y indignación y pena de tres mill florines de oro de los bienes de cada uno de vos que lo contrario hiziere, erigederos y a nuestros cofres aplicaderos, que en vuestras provincias, districtos y jurisdicciones no consintáys que persona alguna sea osado de imprimir la dicha obra por todo el dicho tiempo de diez años; y assimesmo mandamos so la dicha pena a todos y qualesquier impressores y libreros dessos dichos nuestros reynos y señoríos, que ninguno dellos sea osado de imprimir ni vender el dicho libro de *Relox de príncipes* pública ni ocultamente, guardándovos attentamente los unos y los otros de hazer o consentir que lo contrario se haga en alguna manera, por quanto la gracia Nuestra tenéys cara y la pena susodicha

teméys incurrir. Data en la ciudad de Toledo, a seys días del mes de noviembre del año del nascimiento de Nuestro Señor Jesuchristo. MDXXVIII.

Yo, el Rey

Christiana y Católica Magestas mandavit mihi

Ugoni de Urriés

PRÓLOGO

Apolonio Thianeo, disputando con los discípulos de Hiarcas, dezía que no ay cosa más natural en nuestra naturaleza que es el apetito que tenemos todos de conservar la vida. Sin que aquellos grandes dos philósthos discutieran esto en su disputa, lo vemos cada día por experiencia, pues por vivir trabajan los hombres, por vivir buelan las aves, por vivir nadan los pesces, por vivir se asconden los animales; finalmente digo que no ay oy animal tan bruto, que de vivir no tenga un natural apetito.

Si muchos de los antiguos paganos parece que tuvieron en poco el vivir y que de su voluntad se ofrescieron al morir, no es porque ellos aborrecían la vida, sino que pensavan que teniendo ellos en poco su vida, terníamos nosotros en mucho su fama; porque los hombres de altos coraçones más aman alcançar la fama larga que no posseer la vida corta. Quán poca voluntad tengan los hombres de quererse morir, véanlo en las diligencias que hazen no más de por vivir, porque natural cosa es a todos los mortales dexar la vida con dolor y tomar la muerte con temor. Dado caso que esta muerte corporal todos la gustan, y que al fin al fin buenos y malos todos han fin, mucho va de la muerte de los unos a la muerte de los otros, en que los buenos si dessean la vida es para más bien hazer, y los malos si dessean vivir no es sino por más del mundo gozar; porque todos los hijos de vanidad no llaman tiempo bueno sino aquél do ellos vivieron con reposo y regalo.

Hago saber a todos los que agora son y a todos los que después de nosotros vernán, y enderezco mi pluma a los que son hombres virtuosos (y no a los que se van desapoderados en pos de los vicios), que no mira Dios qué tales somos, sino qué tales desseamos ser. Y no diga nadie «quiero y no puedo ser bueno», porque al fin como tenemos osadía para cometer la culpa, también si quisiésemos terníamos fuerças para hazer la emienda. Toda nuestra perdición está en que todos desseamos ser virtuosos, y por otra parte empleamos todas nuestras fuerças en vicios, y éste es un engaño con que está todo el mundo engañado; porque los cielos no están llenos sino de buenas obras y los infiernos no están poblados sino de buenos desseos.

Yo confieso que todos los hombres y todos los animales ninguno dessea morir, sino que todos trabajan y dessean vivir, mas pregunto agora yo: ¿qué aprovecha dessear y procurar de alargar la vida si la vida es infame y aviessa? El hombre que es bullicioso, superbo,

invidioso, ocioso, tahúr, blasphemo, mentiroso, goloso y reboltoso, a este tal ¿para qué le queremos en el mundo? Porque si a un pobre ladrón quitan la vida no más de porque hurtó una capa, yo no sé para qué vive el que revuelve toda una república. ¡O, si pluguiese a Dios que no uviessse en la república más ladrones de los que andan a hurtar las haciendas de los ricos, y no tropeçássemos a cada passo con los que andan a robar las famas de los ricos y pobres! Mas, ¡ay, dolor!, que castigan a los unos y dissimulan con los otros, lo qual parece muy claro en que al ladrón que hurtó a mi vezino un sayo ponen en la horca y el que me roba la fama se pasea cada día por mi puerta.

El divino Platón, en el primero libro *De legibus*, dezía: «Ordenamos y mandamos que el hombre que no tuviere bien concertada su persona, bien corregida su casa, bien regida su hazienda, bien disciplinada su familia y no tuviere paz con la vezindad propria, que al tal hombre que le den ayos que le rijan como a loco; y si no, que por vagabundo sea alañado del pueblo; porque jamás se desconcierta la república sino por hombres que tienen desconcertada la vida.» Por cierto, tiene razón en dezir lo que dize el divino Platón, porque el hombre que es desbaratado en su persona, descuydado en las cosas de su casa, tiene mal disciplinada su familia y que no tiene paz con la república, al tal justo es que le alancen del pueblo y que le aten como a loco, que de verdad muchos ay en las casas de los inocentes atados los quales puestos en libertad no harían tanto mal como algunos de los que andan por las calles sueltos. No ay oy generoso señor, ni delicada señora, que antes no sufriessse una pedrada en la cabeça que no una cuchillada en la fama; porque la herida de la cabeza en un mes se la darán sana, mas la manzilla de la fama no saldrá en toda su vida.

Dize Laercio en la *Vida de los philosophos* que preguntó uno a Diógenes que cuál fue la intención de los que ordenaron leyes, y respondióle él: «Hágote saber, amigo, que toda la armonía de los antiguos y todo el fin de los philosophos fue enseñar a los de su república cómo avían de hablar, negociar, comer, dormir, tratar, vestir, trabajar y descansar; porque en esto consiste todo el bien de la policía humana, en que cada uno reforme su casa y concierte su persona.» De verdad que tocó este philosopho en su respuesta una muy buena philosophía, porque no para otra cosa se haze la ley sino para aquél que vive sin razón y ley.

Los hombres que quieren vivir quietos y assossegados en esta vida, esles necessario tomar algún estado y manera de vivir en ella, y este estado no ha de ser según lo que dessea la locura de su persona, sino aquél en que Dios los puso para mayor salvación de su ánima; porque los hombres vanos no procuran sino lo que la sensualidad quiere y no lo que conforme a razón conviene. Desde que los árboles fueron criados siempre hasta oy conforme a su primera naturaleza llevan la hoja y fruta, lo qual parece claro en que la palma lleva dátiles; la higuera, higos; el nogal, nuezes; el peral, peras; el castaño, castañas; y la enzina, bellotas. Finalmente digo que todas las cosas han conservado su naturaleza si no es el pecador del hombre que ha declinado a malicia. Los planetas, las estrellas, los cielos, las aguas, la tierra, el huego, el ayre, los animales, las plantas y los peces: todos están en lo que fueron criados sin se quejar ni tener embidia unos de otros. Sólo el hombre nunca se acaba de quejar, nunca se acaba de hartar y siempre dessea su estado mudar; porque el pastor querría ser labrador, y el labrador querría ser escudero, y

el escudero querría ser cavallero, y el cavallero querría ser rey, y el rey querría ser emperador. Finalmente digo que muy pocos son los que procuran de mejorar la vida y muy muchos los que trabajan de aumentar el estado y hazienda. No por otra cosa está oy perdido el mundo sino porque las enzinas secas de las montañas quieren venir a ser palmas regaladas en las huertas. Quiero dezir que los que ayer no se hartavan de bellotas duras en sus casas tienen oy hastío de manjares delicados en casas ajenas.

Qué estado han de tomar los hombres en este mundo para tener más segura la conciencia y para tener más reposo en la vida, no fácilmente lo podría determinar qualquier persona, sino que solamente digo que no ay estado en la Yglesia de Dios en el qual los vivos no se pueden salvar, ni ay en el mundo manera de vivir do los malos si quieren no se puedan perder. Plinio, en una epístola que escribe a Fábato, su amigo, dize: «Entre los mortales no ay cosa más común, y con esto más peligrosa, que dar lugar al pensamiento a que piense que el estado de los unos es muy mejor que el estado de los otros, y de aquí viene que la malicia humana assí ciega a los hombres que quieren más alcançar lo ageno con trabajo que no gozar de lo suyo proprio con reposo.» El estado de los príncipes digo que es bueno si usan bien dél; el estado de los plebeyos digo que es bueno si se contentan con él; el estado de los religiosos digo que es bueno si se aprovechan dél; el estado de los ricos digo que es bueno si se templan en él; el estado de los pobres digo que es bueno si tienen paciencia en él; porque no está el merecimiento en que suframos muchos trabajos, sino en la paciencia que tenemos en ellos. Durante el tiempo desta mísera vida no podemos negar sino que en todos los estados ay peligro y pena, porque aquel solo se podrá llamar estado perfecto quando nos viéremos gloriosos en ánima y cuerpo, do viviremos sin temor de la muerte y do gozaremos sin peligro de vida.

Viniendo, pues, al propósito, Sacra, Cessárea, Cathólica Magestad, caso que todos valemos poco, todos tenemos poco, todos alcançamos poco, todos sabemos poco, todos podemos poco y todos vivimos poco; mas entre todo esto poco, digo que el estado de los príncipes es algo, porque los hombres mundanos dizen que no ay igual felicidad en esta vida sino tener auctoridad para mandar a muchos y no tener obligación de servir a ninguno. ¡O, si supiesen los súbditos qué les cuesta a los príncipes el mandar! ¡O, si supiesen los príncipes quán dulce cosa es en paz vivir!, yo juro a mí, pecador, que los menores tuviessen compassión de los mayores y los mayores tuviessen embidia de los menores; porque muy pocos son los placeres que los príncipes gozan respeto de los enojos que los príncipes sufren. Pues el estado de los príncipes es mayor que todos, puede más que todos, vale más que todos, sostiene más que todos, tiene más que todos y al fin dél procede la governación de todos, necessario es que la casa, y la persona, y aun la vida del príncipe sea ordenada y corregida más que la de todos, porque assí como con una vara mide el mercader toda su ropa, assí con la vida del príncipe se mide toda la república.

Mucha fatiga tiene una muger en criar a un niño, mucho enojo passa un maestro en enseñar a un discípulo, mucho trabajo se le haze a un governador governar a un pueblo; pero a mayor trabajo y peligro me offresco yo en ofrecerme a ordenar el estado y vida de aquél de cuya vida depende todo el bien de la república. A los príncipes y grandes señores hémoslos de servir y no ofender, hémoslos de exortar y no lastimar, hémoslos de rogar y no injuriar, hémoslos de corregir y no infamar. Finalmente digo que por muy

simple se ha de tener el médico que con los unguentos que sanó los calcañares duros quiere curar los ojos muy delicados. Quiero por esta comparación dezir que no es mi fin de dezir en este libro a los príncipes y grandes señores qué tales son, sino amonestarles qué tales deven ser; no dezirles lo que hazen, sino avisarlos de lo que deven hazer; porque el cavallero que no emendare su vida por lo que le remuerde su consciencia, no pienso que se emendará por lo que escribe aquí mi pluma.

Paulo Diácono, en el segundo libro de sus *Comentarios*, cuenta una antigüedad, la qual es muy digna de saber y muy sabrosa de leer, aunque a la verdad a mí será daño averla de relatar, porque muchas vezes escarva tanto en el muladar la gallina que descubre el cuchillo con que le cortan la cabeça. Fue, pues, éste el caso: Aníbal, aquel muy nombrado príncipe de los carthaginenses, después que por el venturoso Scipión fue vencido, fuesse a Asia para el rey Anthíoco, que en aquellos tiempos era príncipe muy valeroso, el qual le recibió en su reyno y le tomó en su amparo y le hizo muy buen tratamiento. Y de verdad el rey Anthíoco lo hizo en esto como rey piadoso, porque no ay cosa en que más los príncipes se muestren ser muy valerosos, que en amparar los generosos desfavorecidos. Estos dos príncipes tenían en costumbre de yrse muchas vezes a caçar a los montes, a passear a los campos, a ver sus exércitos, y las más vezes ývanse a las achademias a oýr a los philósophos. Y, a la verdad, ellos lo hazían como hombres cuerdos y sabios, porque no ay hora en el día tan bien empleada como es oýr a un hombre de dulce lengua. En aquellos tiempos había en Épheso un gran filósofo llamado Phorvión, el qual leýa y doctrinava a todos los de aquel reino, y como un día entrassen aquellos dos príncipes a oýrle en su achademia, el philósopho Phorvión mudó la materia de que leýa y començó de improviso a hablar de los modos y cautelas que han de tener los príncipes en la guerra y de la orden que han de guardar en dar una batalla. Fueron tantas, y tan nuevas, y por tan alto estilo las cosas que dixo, que no sólo espantó a los que nunca lo avían visto, mas aun a los que cada día le avían oýdo; porque esta excellencia tiene el hombre curioso y cuydadoso en estudiar, que nunca le faltan cosas nuevas que dezir. Quedó el rey Anthíoco muy vanaglorioso de ver que aquel philósopho avía tan bien hablado delante aquel príncipe estrangero, y esto a fin que conosciessen los estrangeros que tenía su reyno poblado de sabios, porque los animosos y generosos príncipes de ninguna cosa se han tanto de preciar, como de hombres esforçados que defiendan sus fronteras y de hombres muy prudentes que gobiernen sus repúblicas. El rey Anthíoco preguntó al príncipe Aníbal que qué le avía parecido de lo que el philósopho Phorvión avía dicho, a la qual pregunta respondió Aníbal con tan gran osadía, y mostróse tan valeroso en aquella respuesta como si fuera aquél el día do en la de Canas venció la gran batalla, porque los príncipes generosos y animosos aunque pierden todos sus estados y reynos, no por esso confessarán que fueron sus coraçones vencidos. Las palabras que allí dixo Aníbal fueron éstas:

Hágote saber, rey Anthíoco, que yo he visto a muchos viejos perder el seso, mas jamás vi hombre tan loco como es Phorvión, éste que tú llamas gran philósopho; porque supremo género de locura es quando el hombre que no tiene sino un poco de sciencia vana presume de enseñar no al que tiene sciencia vana, sino al que tiene experiencia cierta. Dime, rey Anthíoco: ¿qué coraçón lo ha de sufrir, ni qué lengua lo ha de callar, ver a un hombrezillo como es este philósopho, criado toda su vida en un rincón de Grecia estudiando philosophía, osar como osó ponerse a hablar delante el príncipe Aníbal a

hablar y disputar de las cosas de la guerra, como si uviera sido príncipe de África o capitán de Roma? Por cierto, que o él sabe poco, o muestra terneros en poco, porque de sus vanas palabras se collige querer él saber más en las cosas de guerra no más de por lo que en los libros ha leído, que no por las famosas batallas que Aníbal ha dado. ¡O!, rey Anthíoco, cuánto y cuánto va del estado de los filósofos al estado de los capitanes, de saber bien leer en la academia a saber bien ordenar una batalla, de la ciencia que en esto saben los sabios a la experiencia que tienen los hombres guerreros, de saber cortar la peñola a saber menear la lanza, de estar uno rodeado de libros a tener a ojo para enfrentar con los enemigos; porque son muchos los que con gran elocuencia blasonan las cosas de la guerra y después son muy pocos los que en aquella hora tienen corazón para aventurar la vida. Este pobre filósofo Phorvión jamás vio gente de guerra en campo; jamás vio romper un ejército con otro; jamás vio tocarse la dolorosa trompeta para darse batalla; jamás vio las trayciones de los unos, ni sintió las covardías de los otros; jamás vio cómo son pocos los que pelean y son muchos los que huyen. Finalmente digo que a un filósofo y letrado quan honesto le es loar y engrandecer los bienes que se siguen de la paz, tan ageno ha de ser de su boca hablar en los peligros de la guerra. Si ninguna cosa de las que ha dicho este filósofo ha visto con los ojos, sino que las ha leído en los libros, dígalas a los que no las han visto, ni menos las han leído, porque las cosas de la guerra mejor se dependen en los campos de África que no en los estudios de Grecia. Bien sabes tú, rey Anthíoco, que por espacio de treinta y seis años yo tuve largas y peligrosas guerras así en España como en Italia, en las cuales se mostró muy próspera y muy adversa la fortuna, como suele hazer con todos los que emprenden alguna cosa muy ardua, en testimonio de lo qual heme aquí a mí, que antes que me naciesen barbas fui servido, y después que me nacieron canas comencé a servir. Yo te juro al dios Mars, o rey Anthíoco, que si alguno me preguntasse agora cómo se avían de aver en la guerra, no le osasse dezir ni una palabra, porque son cosas que consisten en experiencia y no se dependen por plática; porque los príncipes comencamos las guerras con justicia y seguýmoslas con cordura, mas el fin dellas consiste en ventura y no en esfuerço y maña. Otras más cosas dixo Aníbal al rey Anthíoco, y el curioso que las quisiere ver lea el *Apothémata* de Plutharco. Este exemplo, Sereníssimo Príncipe, más es para que condenéys mi atrevimiento que no para que loéys mi propósito, diziendo que tan incógnitas son a mí las cosas de la república como a Phorvión los peligros de la guerra. Justamente me podrá Vuestra Majestad dezir que, siendo yo un pobre religioso y criado de largos años en el monesterio, quién me dio atrevimiento de escrevir cómo un príncipe tan poderoso ha de corregir a sí y gobernar a su reyno; porque (hablando la verdad) tanto será uno tenido por mejor religioso quanto menos supiere de los bullicios del mundo. El estado de los príncipes es estar muy acompañados y el estado de los religiosos es estar solos, porque el siervo de Dios ha de tener soledad de vagamundos pensamientos y estar acompañado de sanctos propósitos. El estado de los príncipes siempre los trae inquietos, mas el estado de los religiosos es estar encerrados, porque de otra manera espiritual apóstata es el religioso que tiene el cuerpo en la cela y el corazón en la plaza. A los príncipes esles necessario hablar y comunicar con todos, mas a los religiosos esles muy dañoso ser libres en el conversar y ser absolutos en el hablar; porque los buenos religiosos las manos han de ocupar en trabajar, el cuerpo en ayunar, la lengua en rezar y el corazón en contemplar. El estado de los príncipes comúnmente se emplea en la guerra, mas el estado de los religiosos es dessear y procurar la paz; porque si el príncipe se ocupa

en derramar sangre de los enemigos, el buen religioso se ha de ocupar en derramar lágrimas por los pecadores. ¡O!, si pluguiesse al Rey del Cielo que como conozco todo a lo que soy obligado, Él me dicesse su gracia para cumplirlo; mas, ¡ay de mí!, que para escrevirlo tengo muy bien cortada la pluma, mas para obrarlo siento en mí mucha tibieza. Es mi fin de dezir lo que he dicho, y de hablar contra mí mismo, para que Vuestra Magestad sabrá las cosas de los príncipes por experiencia, mas yo ni las sabré dezir ni escrevir sino por sciencia. Los que han de aconsejar a los príncipes, los que han de ordenar las vidas de los príncipes, los que han de adoctrinar a los príncipes, deven tener el juyzio muy claro, la intención muy recta, las palabras muy corregidas, la doctrina muy sana y la vida muy sin sospecha; porque hablar de grandes cosas sin tener experiencia dellas no es otra cosa sino el hombre que es muy ciego querer adestrar al que ve algo.

Sentencia fue del gran Xenofonte que no avía cosa más difícil en esta vida que era conocer a un hombre sabio en ella, y la razón que para esto dava era que el hombre sabio no podía ser descubierta ni conocido sino por otro sabio. Podemos inferir desto que dize Xenofonte que assí como a un sabio no le puede conocer sino otro sabio, assí el que avía de escrevir la vida del príncipe avía de aver sido príncipe; porque mejor [16] contará y aun avisará de los peligros el que ha navegado por la mar un año, que no el que ha morado diez años en el puerto. Escribió Xenofonte un libro de doctrina de príncipes, y introduze al rey Cambises cómo doctrina y habla al rey Ciro, su hijo; y por semejante Honesícrito escribió otro libro de arte de cavallería, y introduze al rey Philipo cómo enseña a pelear a su hijo Alexandro; porque les pareció aquellos philósophos que no tenía auctoridad aquella escritura si no yva en nombre de aquellos príncipes, los quales de aquello que ellos escrivían tenían experiencia. ¡O!, si un príncipe anciano quisiesse escrevir con la péñola, y si no que nos lo dixesse por palabra, qué infortunios ha passado después que tomó la governación del reyno, qué desacatos le han hecho sus vassallos, qué enojos le han dado sus criados, qué ingratos le han sido sus amigos, qué cautelas han tenido con él sus enemigos, en qué peligro se ha visto su persona, qué diferencias ha visto en su casa, en qué faltas le han echado los suyos, cuántas vezes le han engañado los estraños; finalmente, qué importunidades ha passado de día, qué indigestos suspiros ha dado de noche. Por cierto que pienso, y aun en lo que pienso no me engaño, que si por entero nos contasse un príncipe toda su vida, y particularmente nos dixesse cada cosa, nos espantássemos de cuerpo que tal ha sufrido y nos escandalizássemos de coraçón que tal ha dissimulado.

Cosa enojosa, cosa peligrosa, cosa superba, cosa atrevida, cosa inconsiderada y aun cosa peligrosa es querer uno con la péñola ordenar la república y concertar a un príncipe la vida; porque, a la verdad, no se persuaden los hombres a bien vivir con palabras muy compuestas, sino con obras muy virtuosas. No sin causa digo que no es poco, sino muy presumptuoso, el hombre que se atreve dar al príncipe consejo; que, como los príncipes tienen en muchas cosas los pensamientos altos, y en algunas dellas son voluntariosos, do pensamos tenerlos propicios tornámoslos contra nós más ayrados; porque el consejo antes daña que aprovecha si el que le da no tiene mucha cordura y el que le recibe no tiene mucha paciencia. Yo, Señor, no he sido príncipe para saber los trabajos de los príncipes, ni soy principal para aconsejar a los príncipes, sino que si me he atrevido a componer este libro, no ha sido con presunción de aconsejar a Vuestra Magestad, quanto con toda

humildad avisar a Vuestra Majestad, porque para dar consejo confiéssome no tener crédito, mas para dar aviso abástame ser vuestro criado.

Qué tal sea el ordiembre deste libro, es a saber: quán prouechoso para saber, quán sin pesadumbre para leer, quán profundo en las doctrinas y quán estremado en las historias, no quiero que lo escriba mi pluma, sino que lo digan los que leyeren la obra. Muchas vezes acontece que pierden mucha auctoridad los libros, no porque ellos no son muy buenos, sino porque los auctores fueron presumptuosos y vanos; porque, a mi parecer, no es otra cosa loar uno mucho su escriptura, sino dar a todos licencia que digan mal dél y della. No piense nadie que lo que he escripto lo he escripto sin averlo bien pensado y examinado, que yo confiesso al Redemptor del mundo que he consumido y espendido tanto tiempo en buscar lo que avía de escrevir que ha onze años que apenas ha passado día en que mi péñola no escribiesse o corrigiesse en esta obra. Confiesso que he tenido muy gran trabajo en escrevirlo, porque es la verdad como la verdad que cinco vezes ha sido este libro escripto de mi mano propria y otras tres de mano agena. Confiesso que he leýdo y buscado por diversas partes muchos y muy peregrinos libros, y esto para hallar buenas doctrinas; y, junto con esto, he tenido gran aviso en buscar y aplicar al propósito las Historias, porque no puede ser cosa mas fría que aplicar sin propósito una hystoria. He también mirado mucho en que no fuesse tan breve en mi escrevir que me notassen de obscuro, ni tampoco fuesse tan largo que me infamassen de verboso, porque toda la excellencia del escrevir está en que debaxo de pocas palabras se digan muchas y muy graves sentencias.

Nero el Emperador enamoróse de una dama romana, la qual se llamava Pompeya, que era en extremo muy hermosa, y al fin hora por ruego, hora por dinero, el Emperador alcanço della todo lo que quiso; porque, en caso de amores, do sobra la porfía y falta la resistencia no puede mucho tiempo conservarse la pudicicia. Fue tan estremado el amor que tuvo el Emperador Nero a esta dama Pompeya, que como tuviesse ella los cabellos de color de ámbar, que no es otra cosa sino ser roxos, compuso Nero unos versos heroycos en alabança de aquellos cabellos de su amiga Pompeya, los quales él mismo cantava, y aun con un instrumento los tañía, porque Nero fue príncipe muy docto en la lengua latina y muy gran cantor y tañedor en la arte de música. Plutharco, en el libro *De gestis mulierum*, cuenta esta historia y, para agraviar más la vanidad y liviandad de Nero, dize que aquella muger Pompeya tenía el cuerpo mediano, los dedos largos, la boca pequeña, las cejas delgadas, las pestañas espessas, las narizes aguileñas, los dientes menudos, los labrios colorados, la garganta blanca, la frente ancha; finalmente tenía los ojos grandes y salidos, y los pechos altos y bien proporcionados. Dado caso que en cada una de todas estas cosas el Emperador Nero puso los ojos para de aquella dama se enamorar, en ninguna cosa él empleó su coraçón tanto como fue en los cabellos roxos para de amores della se morir; porque los hombres inconsiderados y livianos muchas vezes aman no lo que razón les dize, sino lo a que su voluntad les lleva. Creció tanto el amor en el Emperador Nero, que él mismo contó uno a uno los cabellos de su amiga Pompeya; y no fue nada contarlos, sino que a cada cabello puso su nombre para le nombrar y le hizo una canción para le cantar, por manera que aquel infame príncipe más tiempo gastava en cantar y festejar a su amiga Pompeya que no en oýr ni remediar los agravios de la república. No paró en esto la locura de Nero, sino que le hizo un peyne de oro con que se peynasse, y, si acaso se le

caña algún cabello de la cabeça, luego le engastonava en oro y le ponía en el templo encima de la diosa Juno; porque los romanos hora fuessen buenas, hora fuessen malas las cosas que más amavan, aquéllas a sus dioses ofrecían. Como Pompeya tenía de color de ámbar los cabellos y el Emperador Nero estava enamorado dellos, todas las damas de Roma y de Ytalia trabajavan mucho no sólo de enruviar los cabellos, mas aun de traer de aquel color los vestidos, de manera que hombres y mugeres tenían los collares de ámbar, las medallas de ámbar, los anillos de ámbar y los joyeles de ámbar; porque siempre fue y siempre será que las cosas a que los príncipes son inclinados aquéllas más que otras aman y siguen los pueblos. Antes que el Emperador Nero hiziesse esta liviandad en Roma, la piedra ámbar era en muy poco precio tenida; y después que fue a Nero aquella color tan acepta, no avía en Roma piedra preciosa tan estimada; y (lo que más es) que en ninguna cosa de oro ni de seda tanto como en ello se ganava, y ya de tierras estrañas no traían los mercaderes otra tan principal mercadería; y desta vanidad yo no me maravillo, porque los hijos deste siglo más trabajan por imitar una vanidad agena que no por cumplir con su necesidad propia.

Viniendo al propósito, Sereníssimo Príncipe, por este exemplo que he dicho, para conjeturar lo que quiero dezir, y es que si esta mi escriptura fuere a Vuestra Magestad acepta, soy cierto que a ninguno será enojosa, y si alguno quisiere poner en ella la lengua, no osará en pensar que esta a Vuestra Serenidad ofrecida; porque las cosas que los príncipes toman debaxo de su amparo tenemos obligación a defenderlas, mas no tenemos licencia de retraerlas. Atrévome a dezir que, dado caso que no sea profunda en lo que dize y no sea muy eloqüente en el modo cómo lo dize lo que dize mi escriptura, que todavía saque más provecho Vuestra Magestad en leerla que no sacó Nero de su amiga Pompeya; porque al fin con el estudiar y leer en buenos libros se tornan los hombres sabios, y con tratar y conversar con personas viciosas se tornan los hombres viciosos.

No soy, Señor, tan sobervio ni vano que quiera yo que Vuestra Magestad dé tanto color y favor a mi doctrina para que sea tan tenida en España como fue el ámbar en Roma, mas lo que yo pido y suplico es que el tiempo que Nero el Emperador gastava en cantar y contar los cabellos de su amiga, aquél gaste Vuestra Magestad en oír y remediar los agravios de su república; porque el generoso y cuydadoso príncipe la menor parte del día ha de emplear en las recreaciones de su persona. Después que aya dado audiencia a los de su consejo, a los embaxadores, a los grandes señores y perlados, a los ricos y a los pobres, a los naturales y estraños, y se retruxere a su retraymiento, allí querría yo que Vuestra Magestad leyesse en este libro o en otro mejor que éste; porque en las cámaras de los príncipes muchas vezes los privados gastan mucho tiempo en hablar y porfiar cosas de poco provecho, el qual tiempo sería mejor emplearle en leer en un libro. En todos los negocios que tratamos y en todos los libros que componemos, mucho y muy mucho haze al caso ser el hombre bien fortunado; porque, a la verdad, do la fortuna es contraria, muy poco aprovecha la diligencia. Ya que la fortuna me fuesse contraria, en que esta obra no fuesse a Vuestra Magestad acepta, sin comparación me sería más pena y afrenta dezirme que le era muy acepta para leer, y por otra parte no quisiessse de sus avisos se aprovechar; porque no ha sido mi intención, Sereníssimo Príncipe, componer este libro para que passéys tiempo, sino para que aprovechéys el tiempo.

Aulo Gelio, en el tercero libro, capítulo xii, dize que el divino Platón, entre los otros discípulos que tuvo, fue uno el gran philósopho Demóstenes, el qual fue muy estimado de los griegos y muy desseado de los romanos, porque era en su vida muy áspero y en su lengua y doctrina satírico. Si Demóstenes viniera en los tiempos de Phálaris el tyrano, quando estava Grecia poblada de tyranos, y no viniera en tiempo de Platón, quando estava llena de philósophos, no menos Demóstenes fuera lumbré de Asia que el gran Cicerón fue luz de toda Europa. Gran parte es de fortuna venir un hombre notable en una edad o venir en otra. Quiero dezir que si un cavallero esforçado viene en tiempo de un príncipe animoso y valeroso, será por cierto el tal estimado y en cosas de gran importancia puesto; mas si viene en tiempo de otro príncipe que no sea sino pusilánime y cobdicioso, en más terná a uno que le crezca su renta que no al cavallero que le vence su batalla. Lo semejante acontece a los hombres sabios y a los hombres virtuosos, los quales si vienen en tiempos de príncipes virtuosos y doctos son estimados y honrados, mas si concurren en tiempos de príncipes viciosos y vanos muy poca cuenta se haze dellos; porque costumbre es ya muy antigua entre los hijos de vanidad que no honran al que es en la república mas provechoso, sino al que es al príncipe más acepto.

El fin porque se dize esto es porque estos dos tan famosos philósophos fueron en Grecia contemporáneos, y por lo mucho en que el divino Platón fue tenido, hizo que al philósopho Demóstenes no tuviessen en tanto, porque la sobrada fama de solo uno escurece el nombre de muchos en el pueblo. Aunque era Demóstenes tal qual hemos dicho, es a saber: de fecunda memoria, de divino ingenio, de estremada vida, de sano consejo, en fama muy nombrado, en edad muy anciano, y en philosophía varón muy doctíssimo, no por esso dexava de entrar cada día en la academia a oír de Platón moral philosophía. El que esto oyere o leyere no se deve maravilliar, sino dello se aprovechar, es a saber: que un philósopho deprendía de otro philósopho, que un sabio se dexava doctrinar de otro sabio, porque es de tal calidad la sciencia que cuánto más uno sabe, cada día le crece el apetito de más saber.

Todas las cosas desta vida después de gustadas y posseídas, empalagan, hartan y cansan, si no es la verdadera sciencia, la qual ni harta, ni empalaga, ni cansa; y si por caso parece que alguna vez fatiga, serán los ojos que se cansan de leer, mas no el espíritu de lo sentir y gustar. Muchos señores y familiares amigos me dizen y riñen que cómo es possible que aya de vivir con tanto estudiar, a los quales yo respondo que cómo es possible que ellos puedan vivir con tanto holgar; porque, considerados los sobresaltos de la carne, los peligros del mundo, las tentaciones del demonio, las assechanças de los enemigos, las importunidades de los amigos, ¿qué coraçón podrá sufrir tantos y tan continuos trabajos si no es leyendo y consolándose con los libros? Mayor compassión se ha de tener a un hombre simple que no a un hombre pobre, porque no ay tan alto género de pobreza como es faltarle a un hombre prudencia para se gobernar.

Prosiguiendo, pues, nuestro propósito, fue el caso que yendo un día Demóstenes a la academia de Platón vio en la plaça de Athenas un gran concurso de gente que estavan oyendo a un philósopho, el qual de nuevo avía allí venido; y no sin misterio se dize que estavan oyéndole gran concurso de gente, porque naturalmente todas las cosas nuevas siempre es amigo el vulgo de oírlas. Preguntó Demóstenes que quién era aquel

philósopho en pos del qual se yva todo el pueblo, y como le dixessen que era Calístrato el philósopho, varón que en el modo del dezir era dulcíssimo, acordó de pararse, yr a verle, oýrle, con fin si era verdad o vanidad lo que del dezía el pueblo; porque acontece muchas vezes que ay en los pueblos unos hombres muy famosos y esto les viene más por el favor que procuraron que no por las letras que aprendieron. Ésta es la diferencia que avía entre el divino Platón y el philósopho Calístrato, en que Platón era muy docto y Calístrato era muy eloqüente, y de aquí vino que en la vida imitavan a Platón, mas en la doctrina seguían a Calístrato; porque muchos hombres ay assaz dotos, los quales saben muy profundas doctrinas, mas ninguna gracia tienen en enseñarlas. De sola una vez que oyó Demóstenes a Calístrato, tomó tanto amor con su doctrina, que nunca oyó más a Platón ni entró en su academia, de la qual novedad se maravillaron muchos sabios de Grecia, y esto no más de por ver que fuesse tan poderosa la lengua de uno que pusiesse silencio a las doctrinas de todos.

Sin que aplique este exemplo, ya Vuestra Magestad me terná entendido qué ha sido mi fin de recontarle; mas con todo esso digo que tiene Vuestra Celsitud tan corregidos libros en su Cámara y tiene varones tan doctos en su Casa, que no inmérito ternán la auctoridad que tenía Platón en su Academia, y en tal caso no me pesaría que aconteciesse a Vuestra Magestad con este libro lo que aconteció a Demóstenes con Calístrato. No quiera Dios que sea mi fin dezir esto para persuadir a Vuestra Magestad que dexede de hablar con hombres sabios y para que dexede de leer en otros libros, que esto sería dexar a Platón, que era divino, y seguir a Calístrato, que era más humano; sino que de quando en quando tome por estilo de leer en este libro un poco, y podrá ser que halle en él algún saludable aviso, el qual le aprovechará en algún tiempo; porque los buenos y curiosos príncipes han de tener siempre en la memoria las cosas buenas que leyeren y han de raer de la memoria las injurias que les hizieren.

No sin causa digo que el que leyere esta mi escriptura hallará en ella algún aviso, porque todo lo que se escrivió se escrivió muy sobre aviso, y fue esto hecho con tanta diligencia en que tan mirada y tan corregida era cada palabra y sentencia, como si de aquella sola dependiera toda la escriptura; porque éste es el mayor trabajo que sienten los hombres doctos en el escrevir, de pensar que si fueren muchos los que emplearen los ojos en sus doctrinas para las leer, serán muchos más los que pornán en ellas las lenguas para las dañar. He tenido fin de poblar esta mi escriptura como el que planta de nuevo una huerta generosa, do pone rosas que huelan las narizes, do ay verduras en que se ceven los ojos y do ay fructas que cojan las manos; mas al fin fin, como soy hombre y escriba para hombres, como hombre podré aver errado y acertado, porque no ay en el mundo pintura tan perfecta que no presuma otro pintor mejorarla. Los que curiosamente se ocuparen en leer esta obra, hallarán en ella consejos muy provechosos, leyes muy vivas, razones muy buenas, dichos muy notables, sentencias muy profundas, y hazañas muy estremadas y historias muy antiguas, porque (hablando la verdad) yo tuve respecto que la doctrina fuesse antigua y el estilo fuesse nuevo. Ni porque Vuestra Magestad sea el mayor Rey de todos los reyes y reynos y yo sea el menor de todos sus criados, no se deve despreciar emplear los ojos en este libro, ni se deve descuydar de lo que bien le pareciere ponerlo en efecto; porque, siendo buena y bien corregida la letra, no deve ser menospreciada, ni porque sea con mala péñola escripta. Dixe, digo y diré que los príncipes y grandes

señores quanto son más valerosos, quanto son más ricos y quanto son más animosos, tanto tienen mayor necesidad de tener cabe sí buenos consejeros con quien hablen y muy buenos libros en que lean; y esto deven hazer en los tiempos prósperos y adversos, para que con tiempo sean sus negocios consultados y remediados, porque de otra manera avrá tiempo de arrepentirse y no avrá lugar de remediarse.

Plinio y Marco Varro y Estrabo y Machrobio, historiadores que fueron no menos graves que verdaderos, traen entre sí mucha contienda sobre saber y averiguar qué cosas en la república fueron más antiguas y en qué tiempo fueron por todos aceptadas. Séneca, en una epístola que escribe a Lucillo, loa y nunca acaba de loar la república de los rodos, en la qual con muy grandíssima dificultad se ofrecían todos en común de guardar una cosa, mas después que la aceptavan inviolablemente la conservavan y guardavan. El divino Platón, en el vi libro de sus *Leyes*, ordenó y mandó que si algún ciudadano inventasse alguna cosa nueva, la qual jamás uviessse sido vista ni oýda, que el tal inventor primero la experimentasse por espacio de diez años en su casa antes que se introduxesse en la república; porque si la invencion fuesse buena, él llevasse el provecho; y, si fuesse mala, sobre él y no sobre otro cayesse el daño. Plutharco, en su *Apothémata*, dize que Ligurgo so graves penas prohibió que ninguno de los de su república fuesse osado de peregrinar a tierras estrañas, ni tampoco fuesse osado de acoger a los peregrinos en sus casas propias; y el fin de hazer esta ley fue porque los peregrinos no truxessen a sus casas cosas peregrinas, y ellos andando por tierras estrañas no deprendiessen costumbres nuevas.

Es ya tanta la presunción de los hombres y tan poca la consideración de los pueblos, que todo lo que uno quiere dezir dize, todo lo que quiere inventar inventa, todo lo que quiere escribir escribe; y no es nada hazerlo, sino que no ay uno que le vaya a la mano, porque el vulgo es en este caso tan liviano que con tal que cada día vea cosa nueva, poco se le da que sea en provecho o en daño de la república. Véngase oy un hombre vano y liviano a un pueblo, el qual hombre jamas fue visto ni oýdo; si el tal es un poco agudo y astuto, pregunto qué es lo que querrá dezir que no diga; qué es lo que querrá inventar que no invente; qué es lo que querrá proponer que no proponga; qué es lo que querrá persuadir que no le crean. Cosa por cierto es maravillosa, y aun no poco escandalosa, que baste uno para trastornar el seso a todos, y no basten todos de reprimir la liviandad de uno. Cosas nuevas y inusitadas ni los pueblos las avían de admitir ni los príncipes consentir, porque no menos ha de ser examinada una novedad antes que se introduzga en la república que se examina un grave escrúpulo de conciencia. Rufino, en el segundo libro de su *Apología*, reprehende mucho a los egypcios porque fueron amigos de cosas ingeniosas, y arguye mucho a los griegos porque fueron muy curiosos en dezir palabras compuestas; y por contrario loa mucho a los romanos, los quales fueron muy incrédulos en creer lo que los griegos dezían y fueron muy graves en aceptar lo que los egypcios inventavan. Razón tiene este auctor de loar a los unos y condenar a los otros, porque de juyzio vano y de coraçón liviano procede creer uno todo lo que oye y hazer todo lo que ve. Veniendo, pues, al propósito, dize Marco Varro que cinco cosas fueron muy graves de introducir en el mundo, ninguna de las quales después que en común fueron aceptadas jamás dexaron perder ni olvidar ninguna dellas; porque assí como las cosas que con liviandad se aceptan, con facilidad se dexan, assí las cosas que con gravedad se aceptan, con mucha solicitud se guardan.

La primera cosa que comúnmente por todos los del mundo se aceptó fue vivir todos los hombres juntos, es a saber: que fiziessen lugares y ciudades y repúblicas, porque, según dize Platón, los primeros animales que inventaron repúblicas fueron las hormigas, las quales (según vemos por experiencia) viven juntas, trabajan juntas, andan juntas y para el invierno hazen la provisión juntas; y, lo que más es, que ninguna dellas aplica para sí cosa propia, sino que todo les es común en su república. Cosa monstruosa es ver la república de las hormigas ver cómo alimpian sus cuevas, ver cómo enxugan el grano de que está mojado, ver cómo viven de su trabajo propio, ver cómo no hazen mal unas a otras, ver cómo gozan unas del trabajo de las otras; y (lo que para mayor confusión nuestra es) que si a mano viene viven cincuenta mil hormigas en una pequeña cueva y no se compadescen solos dos hombres dentro de una república. Pluguiesse a Dios Nuestro Señor que fuesse tan grande la prudencia de los hombres para se salvar quanta es la providencia de las hormigas para vivir. Como el mundo fue más creciendo y los ingenios se fueron más avivando, levantáronse tyranos que opremían a los pobres, ladrones que robavan a los ricos, bulliciosos que desassossegavan a los quietos, homicidas que mataban a los pacíficos y ociosos que comían de sudores ajenos, lo qual visto por los que eran virtuosos, acordaron de juntarse en uno y vivir todos juntos, porque desta manera podían conservarse los buenos y resistir a los que quisiessen ser malos. Conforme a esto que hemos dicho dezía Macrobio, en el segundo libro *De somno Scipionis*, que la mucha cobdicia y la grande avaricia fueron ocaasión que los hombres inventassen entre sí república. Plinio, en el vii libro, capítulo lii, dize que los primeros que hizieron poblaciones pequeñas fueron los de Athenas y los primeros que edificaron ciudades grandes fueron los de Egipto.

La segunda cosa que comúnmente por todos los del mundo se aceptó fueron las letras que leemos y de que en el escrevir nos aprovechamos. Según dize Marco Varro, los egypcios dizen y se alaban que ellos las inventaron, y por contrario los asirios afirman y juran que entre ellos primero que entre otros parecieron. Plinio, en el vii libro, dize que en los primeros siglos no tuvo el abc mas de xvi letras, y que el gran Palamedes estando cercada Troya añadió otras quatro. Aristótiles dize que luego en el principio se hallaron las xviii letras, y que después Palamedes añadió no más de dos, que fueron por todas veynte, y que el philósopho Epipharno añadió otras dos que fueron veynte y dos. Muy poco va que ayan hallado las letras los egypcios o que pareciessen entre los assirios, mas digo y afirmo que fue cosa muy necessaria para la república y aun para el aumento de la naturaleza humana; porque si careciéramos de letras y escripturas ni de los tiempos passados pudiéramos saber, ni a los que vernán en pos de nosotros pudiéramos avisar. Plutharco, libro ii *De laudibus antiquorum*, y Plinio, en el vii libro, en el capítulo lvi, loan mucho a Pirodas porque inventó a sacar fuego del pedernal; loan mucho a Pretheo porque inventó el arnés; loan mucho a Panthasilea porque inventó la hacha; loan mucho a Scitheo porque inventó el arco y la saeta; loan mucho a Pheniceo porque inventó la ballesta y la honda; loan mucho a los lacedemones porque inventaron el capacete, y la lança, y la espada; loan mucho a los de Thesalia porque inventaron a pelear a cavallo; loan mucho a los afros porque hallaron el arte de pelear por mar; mas yo loo y nunca acabaré de loar no a los que hallaron armas para emprender guerra, sino a los que buscaron letras para deprender sciencia. Quanta diferencia vaya de mojar la péñola en la

tinta a teñir la lança en la sangre, y de estar rodeado de libros o estar cargado de armas, de estudiar cómo cada uno ha de vivir, o andar a saltar en la guerra para a su próximo matar, no ay ninguno de tan vano juyzio que no loe más los exercicios de la sciencia que no los bullicios de la guerra; porque al fin al fin, el que depende cosas de guerras no depende sino cómo a los otros ha de matar, y el que depende sciencia no depende sino cómo él y los otros han de vivir.

La tercera cosa que comúnmente por todos los del mundo en conformidad de todos se aceptó fueron las leyes, porque dado caso que ya los hombres vivían en común juntos no querían subjectarse unos a otros, y por esta causa nascían entre ellos no pocos enojos y escándalos; porque, según dezía Platón, no ay mayor indicio de perderse una república que quando se levantan muchas cabeças en ella. Plinio, libro vii capítulo lvi, dize que una reyna llamada Ceres fue la primera que en el mundo enseñó a sembrar los campos, y a moler en los molinos, y amassar y cozer en los hornos, y la primera que enseñó a vivir debaxo de leyes a los pueblos, y por todas estas cosas llamáronla diosa los antiguos. Desde aquellos tiempos acá jamás hemos visto, ni oýdo, ni leydo de algún reyno ni de alguna nación, por estraña ni por bárbara que fuesse, que no tuviessen leyes con que se favoreciessen los buenos, y no tuviessen en ellas señaladas penas para castigar a los malos; aunque a la verdad yo más querría (y aun por más seguro lo ternía) que amassen los hombres la razón que no que temiessen a la ley. Los que dexan de hazer malas obras no por más de por no caer en las penas que por ellos están señaladas, digo de los tales que si los hombres apruevan lo que hazen, condena Dios lo que dessean. Séneca, en una epístola que escribe a Lucillo, su amigo, dize estas palabras:

Escrívesme, Lucillo, que los de essa ysla de Sicilia han llevado mucho trigo a España, y aun a África, la qual saca está prohibida por una ley romana, y que han incurrido en muy gran pena. Como por ser virtuoso me puedes enseñar a bien obrar, assí yo por ser viejo te puedo enseñar a bien hablar. Y es el caso que entre los hombres sabios y virtuosos no se sufre dezir 'esto dispone la ley', sino dezir 'esto mandaréys conforme a razón'; porque la corona del bueno es la razón y el verdugo del malo es la ley.

La quarta cosa que comúnmente en el mundo se aceptó por todos fueron los barberos, y no lo tome nadie esto a burla, que si lee a Plinio en el capítulo lix del vii hallará por verdad que cccc y liiii años estuvieron los romanos en Roma, ninguno de los quales jamás se rayó la cabeça ni se hizo la barba. Marco Varro dize que Publio Ticino fue el primero que desde Sicilia truxo barberos a Roma, y sobre si serían admitidos o sobre que no fuesen admitidos uvo grandes contrariedades entre los romanos, porque dezían ellos que les parecía cosa temeraria fiarse la vida de la cortesía de un hombre. Dionisio Siracusano jamás fió su barba de ningún barbero, sino que sus hijas quando eran muy pequeñas le cortavan con unas tixerlas las barbas; mas, después que las moças fueron crecidas, no fiava dellas la barba, sino que el mismo Dionisio se quemava los pelos con unos carboncitos encendidos. Preguntado este Dionisio por qué no fiava de algún barbero su barba, respondió: «Porque yo soy cierto que le darán al barbero más porque me quite la vida, que no le daré yo porque me raya la barba.» Plinio, en el vii libro, dize que el gran Scipión Africano y el Emperador Augusto fueron los primeros que se afeytaron en Roma, y pienso que fue el fin de dezir esto Plinio para engrandecer aquellos dos

príncipes, los cuales uvieron menester tanto ánimo para dexar llegar las navajas a la garganta como para pelear el uno con Aníbal en África y el otro con Sexto Pompeyo en Sicilia.

La quinta cosa que comúnmente en el mundo se aceptó fueron los relojes, de los cuales carecieron muchos tiempos los romanos, porque, según dize Plinio y Marco Varro, quinientos y noventa y cinco años estuvieron en Roma sin ellos. Los curiosos historiadores tres maneras ponen de relojes que tuvieron los antiguos, es a saber: reloj de horas, reloj del sol y reloj de agua. El reloj del sol inventó Anaximénides Mileto, discípulo que fue del gran Anaximandro; el reloj de agua inventó Scipión Nasica; y el reloj de horas inventó un discípulo de Tales el filósofo. De todas las antigüedades que se truxeron a Roma ninguna a los romanos les fue tan grata como fueron los relojes, con los cuales medían por horas al día, porque de antes ni sabían dezir «a las siete nos levantaremos», «a las diez comeremos», «a las doze nos veremos», «a la una nos partiremos», «a las tres negociaremos», sino solamente dezían «después que saliere el sol haremos esto» y «antes que se ponga haremos esto otro».

La ocasión de contar estas cinco antigüedades en este preámbulo no ha sido sino por dar cuenta qué fue mi fin de llamar *Relox de príncipes* a este mi libro, porque siendo como es la denominación del libro tan nueva, razón sería que la doctrina fuesse muy estimada. No quiera Dios que ose yo dezir que han estado en España tanto tiempo sin relojes de doctrina quanto estuvieron en Roma sin relojes del sol y de agua, porque en España siempre uvo varones muy doctos en la sciencia y hombres muy estremados para la guerra. Con mucha razón y con gran ocasión son de loar los príncipes de España, los cavalleros de España, los pueblos de España, los ingenios de España, los coraçones de España, los ayres de España, las aguas de España y la fertilidad de España; mas, junto con esto, maldigo y reniego de muchos vulgares libros que ay en España, los cuales como unos relojes quebrados merecían echarse en el fuego para ser otra vez hundidos. No sin causa digo que muchos libros merecían ser rotos o quemados, porque ya tan sin vergüença y tan sin conciencia se componen oy libros de amores del mundo como si enseñassen a menospreciar el mundo. Compassión es de ver los días y las noches que consumen muchos en leer libros vanos, es a saber: a Amadís, a Primaleón, a Duarte, a Lucenda, a Calixto, con la doctrina de los cuales osaré dezir que no passan tiempo, sino que pierden el tiempo, porque allí no deprenden cómo se han de apartar de los vicios, sino qué primores ternán para ser más viciosos. Este *Relox de príncipes* no es de arena, ni es de sol, ni es de horas, ni es de agua, sino es reloj de vida, porque los otros relojes sirven para saber qué hora es de noche y qué hora es de día, mas éste nos enseña cómo nos hemos de ocupar cada hora y cómo hemos de ordenar la vida. El fin de tener relojes es por ordenar las repúblicas, mas este *Relox de príncipes* enséñanos a mejorar las vidas, porque muy poco aprovecha que estén muy concertados los relojes y que anden en bandos y dissensiones los vezinos.

ARGUMENTO

Archiménides, aquel muy famoso philósopho al qual Marco Marcello por su sciencia le otorgó la vida y después por usar del arte mágica mereció perderla, preguntado qué cosa era tiempo, respondió: «El tiempo es un inventor de todas las cosas nuevas y un cierto registro de las cosas antiguas.» Y dixo más: «El tiempo es el que vee principiarse, y mediarse, y acabarse todas las cosas, y al fin el tiempo es el que a todas las cosas da fin.» No podemos negar a este philósopho ser muy verdadera la difinición que nos dio del tiempo, porque si los tiempos supiesen hablar, de muchas cosas que tenemos dubda, ellos nos las dirían como testigos de vista. Dado caso que todo se acaba, todo perece, sola una cosa ni perece ni se acaba, y ésta es la verdad, la qual entre todas las cosas es tan privilegiada, que ella del tiempo y no el tiempo della triumphá; porque según la sentencia divina, más fácil cosa sería el cielo y la tierra se acabar que no una verdad perecer. No ay cosa tan entera que no se disminuya, no ay cosa tan sana que no se estrague, no ay cosa tan rezia que no se quebrante, no ay cosa tan guardada que no se corrompa, no ay cosa tan fina que no falte; finalmente digo que sobre todas las cosas el tiempo tiene señorío si no es sobre la verdad, la qual a ninguno reconoce subjeción.

Las frutas de la primavera ni tienen fuerça para dar sustancia, ni dulçura perfeta para dar sabor; mas, passado el verano y en la otoñada resfriándose ya más el tiempo, todo lo que se come da más esfuerço y lo que se prueba tiene más gusto. Quiero por esta comparación dezir que en el principio que començó el mundo a tener sabios, quan estimados fueron los philósophos por sus muy corregidas costumbres, tanto merecieron ser reprehendidos por sus depravados entendimientos. Platón, en el ii *De republica*, dize que los antiguos philósophos assí griegos como egyptios y caldeos, los quales se remontaron a especular los astros del cielo, y se subieron al monte Olimpo a contemplar las influencias de los planetas en la tierra, y començaron a mirar los movimientos de la tierra, osaréles dezir que más merescen perdón por su ignorancia que no gracias por su sabiduría. E dize más Platón: «Los philósophos que nos precedieron fueron los primeros que se dieron a buscar las verdades de los elementos del cielo y los primeros que sembraron errores en las cosas naturales de la tierra.» Homero en su *Illíada* conforme a lo de Platón dixo: «De los philósophos mis antepassados condeno lo que supieron y agrádzcoles lo que dessearon saber.» Por cierto, dixo la verdad Homero y no dixo mal Platón, porque si en los primeros y muy antiquísimos philósophos no reynara tanta ignorancia, no uviera tantas sectas en cada academia. Quien ha leýdo no los libros que ya perecieron, sino las opiniones que los muy antiguos philósophos tuvieron, no me negará que siendo la sciencia una la partieron en sectas diversas, es a saber: en cínicos, stoycos, peripatéticos, académicos, platónicos y epicúreos, los quales todos fueron tan contrarios unos de otros en las opiniones, quan diversos en las condiciones.

No quiero ni es razón que mi pluma se desmesure tanto en reprehender a los passados, que demos toda la gloria a solos los presentes, porque ni los unos lo supieron todo, ni los otros lo ignoraron todo. Si merece gualardón el que me enseña el camino por donde tengo de yr, no menos merece gracias el que me avisa a dó le puedo yo errar. La ignorantia de los antiguos no fue sino una guía para acertar nosotros, y porque ellos erraron entonces cúponos la suerte de acertar nosotros después. Para más gloria de los antiguos y para mayor confusión de los modernos, osaré dezir que, si los que somos agora fuéramos entonces, supiéramos menos que supieron, y si los que fueron entonces fueran agora,

sabrían más que sabemos. Muy claro parece ser esto verdad, pues aquellos antiguos por ser virtuosos y estudiosos, de las veredas y sendas cerradas fizieron caminos, y nosotros por ser viciosos y ociosos los caminos que nos dexaron abiertos se nos han tornado prados cerrados.

Viniendo, pues, al propósito, no nos podemos quejar los que somos agora como se pudieran quejar muchos de los que fueron antes, pues la verdad, la qual dize Aulo Gelio ser hija del tiempo en este postrero tercio del mundo, nos aya declarado muy por estenso todos los errores de que nos hemos de guardar y todas las verdaderas doctrinas que hemos de seguir. ¿Qué ay ya que ver que no esté visto? ¿Qué ay ya que descubrir que no esté descubierto? ¿Qué ay ya que leer que no esté leydo? ¿Qué ay ya que escrevir que no esté escrito? ¿Qué ay ya que saber que no esté sabido? Está oy la malicia humana tan experta, son los hombres ya tan ábiles, hanse adelgazado tanto los entendimientos, que nos falta muy poco que saber de lo bueno y nos perdemos por saber más de lo que es menester en lo malo. No puede nadie pretender ignorancia para escusarse de la culpa, pues todos saben, todos leen, todos aprenden; lo qual parece muy claro en la competencia de un labrador y un letrado, porque si van ambos a dos a pleyto, con tan gentil estilo dirá el labrador media dozena de malicias en el consejo como el letrado acotará dos o tres leyes del código. Si los hombres empleassen lo que saben en ser más honestos, más sabios, más pacientes, más piadosos, bien sería, mas ¡ay, dolor! que si saben, no es sino para dar más sutilmente a logro, para engañar a su vezino, para defender lo que tiene robado, para hazer un aventajado partido, para inventar un nuevo renuevo; finalmente digo que, si saben, no saben emendar sus vidas, sino aumentar sus faziendas. Si el demonio pudiesse como pueden los hombres dormir, seguramente se podía echar a dormir, porque si él vela para engañarnos, nosotros nos desvelamos para perdernos.

Dado caso que todo lo sobredicho es verdad, dexadas aparte las malicias, sino hablando de las sciencias, es tan poco lo que alcançamos y ay tanto que podríamos y devríamos saber, que lo mucho que sabemos es la menor parte de lo que ignoramos. Assí como en las cosas naturales según la variedad de los tiempos, assí fazen sus operaciones los elementos, por semejante en las dotrinas morales, según han sucedido las edades, assí se han descubierto las sciencias. No por cierto todas las frutas vienen juntas, sino que quando se acaban unas comiençan a tomar sazón otras. Quiero dezir que ni todos los doctores entre los christianos, ni todos los philósofos entre los gentiles concurrieron en un tiempo, sino que, muertos unos buenos, les sucedieron otros mejores. Aquella Suprema Sabiduría, la qual todas las cosas mide por su justicia y las reparte según su bondad, no quiso que en un tiempo estuviesse el mundo poblado de sabios y en otro tiempo no fuessen sino todos simples, porque no cabía en razón que a unos cupiesse toda la fruta y a otros no les cupiesse más de la hoja.

Aquel antiquíssimo siglo de Saturno, que por otro nombre se llama el siglo dorado, fue por cierto muy estimado de los que le vieron, muy loado de los que dél escrivieron y muy desseado de los que dél no gozaron. Y es de saber que no fue dorado por los sabios que tuvo que le dorassen, sino porque carecía de hombres malos que le desdorassen, porque según nos enseña la esperiencia, de la poquedad o de la generosidad de sola una persona depende la fama o la infamia de toda una parentela. Llámase aquella edad dorada, que

quiere dezir de oro; llámase esta nuestra edad edad férrea, que quiere dezir de hierro; y esta diferencia no nació de que entonces se falló el oro y después se descubrió el hierro, ni aun porque faltan en esta nuestra edad sabios, sino porque sobran en ella maliciosos. Confieso una cosa, y pienso tener muchos que me favorezcan en ella, y es que jamás el mundo tuvo tantos que enseñassen virtudes y nunca uvo menos que se diessen a ellas. Phabormo, el philósopho maestro y amigo que fue de Aulo Gelio, dezía muchas vezes que por esso fueron tenidos en tanto los philósophos antiguos, porque avía muy pocos que enseñassen y muchos que deprendiessen. Lo contrario desto vemos agora, porque son ya infinitos los que tienen presumpción de ser maestros y son muy pocos los que tienen humildad para ser discípulos.

Por lo mucho en que fueron tenidos los philósophos antiguos se puede conocer en qué poco son tenidos los que agora son sabios, a muchos de los quales les fuera mejor no aver aprendido letras, según el poco provecho que dellas sacan y según la mucha afrenta que con ellas reciben. ¡Qué cosa fue ver a Homero entre los griegos, a Salomón entre los hebreos, a Ligurgo entre los lacedemonios, a Phoroneo entre los griegos, a Prometheo entre los egyptios, a Livio entre los romanos, a Cicerón entre esos mismos latinos, a Apolonio entre los indos, a Secundo entre los asirios! ¡O, qué felices fueron aquellos philósophos en venir como vinieron en aquellos tiempos, en los quales estava el mundo tan poblado de ydiotas y tan despoblado de sabios, que concurrían los hombres de diversos reynos, de remotas tierras, de estrañas naciones, no sólo a oír sus doctrinas, mas aun a ver sus personas. El glorioso Hierónymo, en el prólogo de la Biblia, dize que en el tiempo que más Roma prosperava entonces Tito Livio sus *Décadas* escribía, mas, esto no obstante, muchos más venían a Roma por hablar con Tito Livio que no por ver a Roma ni a su alto Capitolio. Marco Aurelio, escribiendo a Pulión, un su amigo, dize estas palabras: «Hágote saber, amigo, que a mí no me hizieron emperador por la sangre de mis antepassados, ni por el favor que tuve en los presentes, porque otros avía en Roma que eran de sangres más delicadas y que tenían en sus casas muy muchas riquezas. Puso en mí los ojos mi señor el Emperador Adriano, y escogióme por su yerno el Emperador Antonio, mi suegro, no más de porque vio en mí ser amigo de sabios y ser enemigo de simples.» Muy dichosa fue Roma en elegir emperador tan cuerdo, y no menos lo fue él en alcanzar tal y tan grande imperio, no porque lo eredó de sus passados, sino por darse tanto a los estudios. Por cierto si fue dichosa aquella edad en gozar su persona, no menos lo será esta nuestra edad en gozar su doctrina.

Dize Salustio que se deve mucha gloria a los que famosas hazañas hizieron, y que no son dignos de menor fama los que en alto estilo las escribieron. ¿Qué fuera del Magno Alexandro si no escribiera dél Quinto Curcio? ¿Qué fuera de Ulixes si no naciera Homero? ¿Qué fuera de Alcibíades si no le engrandeciera Xenophón? ¿Qué fuera de Ciro si no pusiera por memoria sus hazañas el philósopho Chilo? ¿Qué fuera de Pirro, rey de los epirotas, si no fuera por su coronista Hermicles? ¿Qué fuera del gran Scipión Africano si no fuera por las *Décadas* de Tito Livio? ¿Qué fuera de Trajano si no le fuera tan buen amigo el famoso Plutharco? ¿Qué fuera de Nerva y Antonino Pío si no fiziera dellos memoria Phoción, el griego? ¿Qué supiéramos del gran ánimo de Julio César y de las grandezas de Pompeyo si no las escribiera Lucano? ¿Qué fuera de los doze Césares si Suetonio Tranquilo no hiziera el libro *De Cesaribus*? ¿Qué supiéramos de las

antigüedades del pueblo hebreo si no fuera por el muy corregido Josepho? ¿Quién pudiera saber la venida de los longobardos en Italia si Paulo Diácono no la escribiera? ¿Qué supiéramos del ingreso y progreso y fin de los godos en España si el curioso Roderico no nos alumbrara? Por esto que hemos dicho pueden ver los lectores qué es lo que se deve a los historiadores, los quales a mi parecer dexaron de sí tan inmortal memoria por lo que escribieron como aquellos príncipes por lo que hizieron.

Espontáneamente confiesso, que ni por lo que he escripto, ni por lo que he traducido, ni por lo que he compuesto, yo no merezco entre los grandes sabios ser computado; porque, sacadas aparte las divinas letras, no ay cosa en el mundo tan curiosamente escripta, que no tenga necesidad de censura y lima. Como digo lo uno, también quiero dezir lo otro, y es que assí como por mi voluntad yo renuncio la gloria que los buenos me quisieren dar por mi doctrina, por semejante no faltarán malos que contra mi voluntad pongan en ella la lengua. Los escriptores estudiosos en muy poco tenemos los trabajos que padecemos en el escribir, con pensar que ha de aver mil embidiosos que nos han de calumniar. Ay oy muchos tan mal comedidos, o por mejor dezir tan embidiosos, que quando el auctor estava trabajando, ellos se andavan paseando; quando él velava, ellos dormían; quando él ayunava, ellos comían; quando él rebolvía los libros, ellos andavan rebultos en vicios; y, esto no obstante, assí se ponen a juzgar y a pravar y a condenar la doctrina agena como si ellos tuviessen la auctoridad que tuvo Platón en Grecia o la eloqüencia que tuvo Cicerón en Roma. Quando se hallare uno ser en la lengua latina muy curioso, en el romance muy polido, en las historias muy fundado, en la lengua griega bien experto y en buscar y passar libros muy cuydadoso, deste tan heroyco varón no sólo admitiré que corrija mi obra, mas aun le rogaré que debaxo de sus pies ponga mi doctrina; porque al hombre humilde y virtuoso ninguna afrenta le es ser corregido de un sabio. Mas pregunto agora yo qué paciencia basta para sufrirlo, o qué coraçón para dissimularlo, que se junten dos o tres o quatro después de comer sobremesa, y, tomando un libro entre manos, uno dize que es prolixo; otro dize que habla fuera de propósito; otro dize que es oscuro; otro dize que tiene mal romance; otro dize que todo lo que dize es ficto; otro dize que no habla provechoso; otro dize que es curioso; otro dize que es malicioso, por manera que a mejor librar la doctrina queda por sospechosa y el auctor no escapa sin mácula. Presupuesto que son tales los que lo dizen y adonde lo dizen, que es sobremesa, dignos son de perdonar, pues hablan no según los libros que avían leydo, sino según los manjares que avían comido; porque muy poco sabe de burla el que no toma lo que se dize sobremesa de burla.

Muy antigua pestilencia es todas las obras virtuosas aver quien murmure dellas, y en esta regla no sólo entran los que las obran, mas aun los que las escriven, y parece esto ser verdad porque Sócrates fue reprehendido de Platón, Platón de Aristótiles, Aristótiles de Avenruyz, Secilio de Vulpicio, Lelio de Varrón, Marino de Tolomeo, Ennio de Oracio, Séneca de Aulo Gelio, Crastonestes de Estrabo, Thésalo de Galieno, Hermágoras de Cicerón, Cicerón de Salustio, Orígenes de Hierónimo, Hierónimo de Rufino, Rufino de Donato, Donato de Prósper, y Prósper de Lupo. Pues en estos varones tan heroycos y en sus obras cupo correpción, los quales fueron lumbré del mundo, no es por cierto mucho que quepa en mí, sabiendo como sé tan poco. Con mucha razón le han de notar de vano y acusar de liviano al hombre que aquello que un sabio escribió sobre mucho estudio y

acuerdo, no más de por leerlo una vez lo tiene en poco. Muchas veces son reprehendidos los auctores y escritores no de los que saben componer o traduzir escrituras, sino de los que no saben entendellas ni aun por ventura leerlas, porque a fin que las mugeres y hombres simples que están presentes los tengan por sabios, toman por partido de calunniar y dezir mal de aquella doctrina; porque piensen los otros que el que lo dize es un pozo de sciencia. A Dios Nuestro Señor hago juez para que juzgue si fue buena o si fue vana mi intención de copilar esta obra, y junto con esto a los pies de todos los sabios y virtuosos pongo esta mi dotrina, para que ellos sean buenos protectores y defensores della; porque espero en mi Dios que si vinieren algunos que calunnien las palabras simples que dixere, no faltarán otros que tornen por la intención buena que tuve.

Declarándome más, digo que fueron muchos los que escrivieron de los tiempos deste Marco Aurelio, es a saber: Erdiano escribió poco, Eutropio menos, Lampridio mucho menos y Julio Capitolino algo más. Es también de saber que los maestros que a Marco Aurelio enseñaron las sciencias fueron Junio Rústico, Cina Cathulo y Sexto Cheronense, sobrino que fue del gran Plutharco. Estos tres fueron los que principalmente como testigos de vista escrivieron todo lo más de su vida y doctrina. Muchos se espantan en oír doctrina de Marco Aurelio, diciendo que cómo ha estado oculta hasta este tiempo, y que yo de mi cabeça la he inventado, y que jamás uvo Marco Aurelio en el mundo. No sé yo ya qué no osen dezir los que del número de los emperadores al buen Marco Aurelio osan quitar, pues es notorio a los que muy poco han leýdo que fue marido de Faustina, fue padre de Cómodo, fue hermano de Annio Vero, fue yerno de Antonino Pío, fue el decimoséptimo emperador romano. Los que dizen que yo solo compuse esta dotrina, por cierto yo les agradezco lo que dizen, aunque no la intención con que lo dizen; porque a ser verdad que tantas y tan graves sentencias aya yo puesto de mi cabeça, una famosa estatua me pusieran los antiguos en Roma. Vemos en nuestros tiempos lo que nunca vimos, oýmos lo que nunca oýmos, experimentamos no un nuevo mundo, y por otra parte maravillámonos que de nuevo se halle agora un libro. No porque yo en descubrir a Marco Aurelio aya sido cuydadoso y en traduzirle aya sido estudioso, es por cierto justo sea de los sabios notado ni de los embidiosos acusado; porque muchas vezes acontece en la caça que a manos del más pobre montero viene a morir el venado. La última cosa que los romanos conquistaron en España fue Cantabria, que era una ciudad en Navarra a ojo de Logroño, en un alto puesta do ay agora un pago de viñas; y el Emperador Augusto, que la destruyó, hizo diez libros *De Bello Cantábrico*, do pone cosas assaz dignas de notar y no poco sabrosas de leer que le acontecieron en aquella conquista. Assí como a *Marco Aurelio* me truxeron de Florencia, assí este otro libro de la guerra de Cantabria me truxeron de Colonia. Si por caso tomasse trabajo de traduzir aquel libro, como son pocos los que le han visto, también dirían dél lo que dizen de Marco Aurelio; porque ay hombres tan largos en el hablar y tan cortos en el estudiar, que sin empacho o vergüença osan dezir que no ay libro oy en el mundo que ellos no ayan visto o leýdo.

Heme aprovechado en esta escriptura que es humana de lo que muchas vezes los doctores se aprovechan en la divina, en no traduzir palabra de palabra, sino sentencia de sentencia, porque los intérpretes no estamos obligados dar por medida las palabras, sino que abasta dar por peso las sentencias. Yo comencé a entender en esta obra en el año de mil y quinientos y deziocho, y hasta el año de veynte y quatro ninguno alcançó en qué yo

estava ocupado; luego el siguiente año de veynte y quatro, como el libro que tenía yo muy secreto estuviesse divulgado, estando Su Magestad malo de la quartana me le pidió para passar tiempo y aliviar su calentura. Yo serví a Su Magestad entonces con *Marco Aurelio*, el qual aun no le tenía acabado ni corregido, y supliquéle humildemente que no pedía otra merced en pago de mi trabajo sino que a ninguno diesse lugar que en su Real Cámara trasladasse el libro; porque, en tanto que yo yva adelante con la obra y que no era mi fin de publicarla de la manera que entonces estava, si otra cosa fuesse, Su Magestad sería muy deservido y yo perjudicado. Mis pecados que lo uvieron de hazer, el libro fue hurtado y por manos de muy diversas personas traydo y trasladado, y como unos a otros lo hurtavan y por manos de pajes le escrevían, como cada día crecían en él las faltas y no avía más de un original por do corregirlas, es verdad que me truxeron algunos a corregir que, si supieran hablar, ellos se quexaran más de los que los escribieron, que no yo de los que le hurtaron. Añadiendo error sobre error, ya que yo andava al cabo de mi obra y quería publicarla, remanece *Marco Aurelio* impresso en Sevilla, y en este caso yo pongo por juezes a los lectores entre mí y los impressores, para que vean si cabía en ley ni justicia un libro que estava a la Imperial Magestad dedicado, era el auctor niño, estava imperfecto, no venía corregido, que osasse ninguno imprimirlo ni publicarlo. No parando en esto el negocio, imprimiéronse otra vez en Portugal y luego en los reynos de Aragón; y si fue viciosa la impresión primera, no por cierto lo fueron menos la segunda y la tercera; por manera que lo que se escreve para el bien común de la república, cada uno lo quiere aplicar en provecho de su casa.

Otra cosa conteció con *Marco Aurelio* la qual he vergüença de la dezir, pero más la avían de tener los que la osaron hazer, y es que algunos se hazían auctores de la obra toda, otros en sus escripturas enxerían parte della como por suya propria, la qual parece en un libro impresso do el auctor puso la plática del Villano y en otro libro también impresso puso otro la habla que hizo Marco Aurelio a Faustina quando le pidió la llave. Pues estos ladrones han venido a mi noticia, bien pienso yo que se deve aver hurtado más hacienda de mi casa. En esto verán que *Marco Aurelio* no estava corregido, pues agora se le damos muy castigado; en esto verán que no estava acabado, pues agora sale perfecto; en esto verán que le faltava mucho, pues agora le verán añadido; en esto verán que no fue mi principal intento de traduzir a *Marco Aurelio*, sino hazer un *Relox de príncipes* por el qual se guiasse todo el pueblo Christiano.

Como la doctrina avía de ser para muchos, quíseme aprovechar de lo que escribieron y dixeron muchos sabios, y desta manera procede la obra en que pongo uno o dos capítulos míos y luego pongo alguna epístola de Marco Aurelio o otra doctrina de algún antiguo. No se engañe el lector en pensar que lo uno y lo otro es del auctor, porque dado caso que el estilo del romance es mío, yo confieso que todo lo más que se dize es ageno. Como los historiadores y doctores de que me aprovechava eran muchos y la doctrina que escribía no más de una, no quiero negar que quitava algunas cosas inútiles y insípidas, y entretexía otras muy suaves y provechosas, por manera que es menester muy delicado juyzio para hazer que lo que en una lengua era escoria, en la otra parezca oro.

Este *Relox de príncipes* se divide en tres libros: en el primero se trata que el príncipe sea buen christiano; en el segundo, cómo el príncipe se ha de aver con su muger y hijos; en el

tercero, cómo ha de gobernar su persona y república. Començado tenía otro de cómo se avía de aver el príncipe en su Corte y Casa, sino que la sobrada importunidad de los amigos para que sacasse esto a luz me hizieron suspender la péñola. Como estoy tan ocupado en escribir las Imperiales Corónicas, y junto con esto de predicar en la Capilla Real fiestas y quaresmas, y agora que sobrevino en hazerme Su Magestad Obispo y darme cargo de ánimas; dudo me quede lugar para que me ocupe en otras escripturas, mas por ésta yo prometo que en tanto que el Redemptor me diere vida, yo no dexé de escribir para servicio de mi príncipe y de toda la república de España.

PRIMER LIBRO

PRÓLOGO

La mayor vanidad que hallo entre los hijos de vanidad es que, no contentos de ser vanos en la vida, procuran que aya memoria de sus vanidades después de la muerte; porque parece a los hombres vanos y livianos que en la vida sirvieron al mundo con obras, desde la sepultura le ofrezcan a más no poder sus voluntades. Muchos de los del mundo están tan encarnizados en el mundo que si él los dexa a ellos de hecho, no dexan ellos a él con el desseo, porque yo juraré que juren los tales, que si el mundo pudiesse perpetuarles la vida, ellos le harían voto de permanecer para siempre en su locura. ¡O, cuántos vanos ay en esta vida vana los quales ni se acuerdan de Dios para le servir, ni de la gloria para la cobdiciar, ni de los pobres para los remediar, ni de la vida para la emendar, ni de la conciencia para la alimpiar, sino que como unos animales brutos se van en pos de sus bestiales apetitos! El bruto animal enoja si le enojan; descansa si se cansa; duerme si lo ha gana y come si tiene necesidad; bebe si ha sed, y, si no le constriñen, no trabaja, ni se da nada por la república; porque ni sabe seguir la razón, ni resistir a la sensualidad. Si todas las vezes que el hombre ha gana de comer come; y, si le enojan, se venga; y, si es tentado adultera; y, si ha sed, bebe; y, si le toma sueño, duerme; al tal mejor lo podemos llamar animal criado en la montaña que no hombre nascido en la república, porque solo aquel con verdad se puede preciar de ser hombre que se va a la mano en las cosas de hombre.

Dexemos a los hombres vanos quando son vivos y entremos en cuenta con ellos después de muertos, a los quales osaremos dezir que quando andan en el mundo, siguen el mundo y viven en el mundo, no es de maravillar que se les apegue algo del mundo; mas, después que ya se les acabó su infelice y desaprovechada vida, ¿por qué quieren oler a la vanidad del mundo en la sepultura? Afrenta y vergüença es, para entre hombres vergonçosos y coraçones generosos, que vean todos el fin de nuestra vida y ninguno jamás vea el fin de nuestra locura. No vemos, ni oýmos, ni leemos otra cosa más común, sino que los hombres que son más inútiles en la república, de más dañada y reprovada vida, aquéllos presumen de más honra quando viven y de dexar mayor memoria de sí quando mueren. ¿Qué yqual vanidad puede ser en el mundo que querer tener cuenta con el mundo, el qual no tiene cuenta con nadie, y de dexar de tener cuenta con Dios, el qual tiene cuenta con todos? ¿Qué yqual desatino puede caer en un hombre, el qual por mejorar su hazienda

empeora cada día su ánima? Antigua pestilencia es ya en la naturaleza humana que muchos o los más de los hombres dexan muy atrás la emienda de su vida por poner adelante las cosas de su honra.

Suetonio Tranquillo, en el primero libro *De los Césares*, dize que Julio César estando en la Ulterior Hespaña, en la ciudad de Gades (que agora se llama Cádiz) vio en el templo esculpidos los triumphos de Alexandro Magno, lo qual por él visto, dio de lo íntimo del corazón un gran suspiro, y preguntado por qué sospirava, respondió: «O, triste de mí, que en los treynta años de edad que yo tengo agora, ya tenía Alexandro sojuzgada toda la tierra y estava descansando en Babilonia; mas yo, siendo como soy romano, ni he hecho cosa porque merezca gloria en la vida, ni dexé fama después de mi muerte. Dión Griego, en el ii libro *De audacia*, dize que el noble Drusio Germánico tenía en costumbre de yr a visitar los sepulcros de todos los varones famosos que estavan enterrados en Italia, y esto hazía él todas las vezes que se avía de partir para la guerra, y preguntado por qué lo fazía, respondió: «Visito las sepulturas de Scipión y de otros semejantes muertos, delante los quales temblava toda la tierra quando eran vivos, porque mirando su felice fortuna cobro esfuerço y osadía.» E dixo más: «Gran ánimo pone a herir en los enemigos acordarse el hombre que ha de dexar de sí memoria en los siglos advenideros.» Cicerón dize en su *Rhetórica*, y aun Plinio haze dello mención en una epístola, que vino dende Thebas de Egypto un cavallero a Roma, no por más de por ver si eran verdad las grandes cosas que se dezían de Roma, y preguntado por Mecenas qué era lo que sentía de los romanos y qué le parecía de Roma, respondió: «Más me contenta la memoria que oyo de los passados, que no la gloria que tienen los presentes, y la razón desto es que unos por passar a los vivos y otros por ygualar con los muertos hazen tan estrañas hazañas en la vida, que merecen renombres de inmortales después de muertos.» No poco se alegraron los romanos en oír de boca de un estrangero tal palabra, con la qual a los passados loava y a los presentes engrandecía.

Toda aquella gentilidad antigua, como no tenían infierno ni esperavan paraíso, sacavan de la flaqueza fuerças, de la covardía corazón, del temor esfuerço, del peligro ánimo, de los enemigos amigos, de la pobreza paciencia, de la malicia esperiencia; finalmente digo que su mismo querer negavan y el parecer de otros seguían sólo por dexar alguna memoria con los muertos y tener un poco de honra con los vivos. ¡O, cuántos y cuántos son los que se cometen a los baybenes de la fortuna no más de por dexar de sí alguna notable memoria! Traygamos a la memoria algún exemplo y verán ser verdad lo que digo. ¿Quién hizo al rey Nino inventar tantas guerras; a la reyna Semíramis hazer tantos edificios; a Ulixes, el griego, navegar tantas mares; a Alexandro Magno peragrar tantas tierras; a Hércules, el thebano, poner do puso sus colunas; a Gayo César, el romano, dar cincuenta y dos aplazadas batallas; a Ciro, rey de Persia, conquistar a las dos Asias; a Haníbal carthaginense hazer tan cruda guerra a Roma; a Pirro, rey de los epirotas, decender en Italia; a Athila, rey de los hunnos, a tomarse con toda Europa? Por cierto que no emprendieron ellos tan arduas cosas sólo por el dezir de los que entonces eran, sino porque dixésemos lo que dezimos los que agora somos.

Siendo como somos hombres y hijos de hombres, no poco es de maravillar ver qué va de un hombre a otro y de un corazón a otro, porque no vemos otra cosa cada día sino que si

ay diez esforçados que buscan ocasiones para hallar la muerte, ay diez mill covardes que no buscan sino regalos para alargar la vida. Ténganse por dicho los ambiciosos de honrra que el hombre que tuviere en mucho su fama, el tal ha de tener en poco su vida, y el que por el contrario tuviere en mucho su vida, de éste ternemos en poco su fama. Los siros, los asirios, los babilonios, los griegos, los macedonios, los rodos, los thebanos, los romanos, los carthaginenses, los germanos, los hunnos y los hispanos: si los varones heroycos que se señalaron entre todos éstos, si no hundieran sus vidas en el crisol de los peligros, no sacaran tan inmortal memoria para los siglos advenideros. Sexto Cheronense, en el libro iii *De gestis romanorum*, dize que el famoso capitán Marco Marcello, el que fue el primero que vio las espaldas de Haníbal en el campo, preguntado por uno que por qué era tan denodado en romper las batallas y por qué era tan atrevido en dar los combates, respondióle él: «Amigo, yo soy romano y capitán de Roma, y conviene a mí poner cada día en peligro la vida, porque desta manera se perpetúa para siempre la fama.» Tornado otra vez a preguntar por qué con tanta ferocidad hería en los enemigos y después con tanta clemencia llorava con los vencidos, respondió: «El capitán que es capitán romano y no se precia de tyrano, con las manos ha de derramar sangre de sus enemigos y juntamente ha de derramar lágrimas de sus propios ojos, porque más se ha de preciar de la clemencia que no loarse de la vitoria.» E dixo más Marco Marcello: «Quando el capitán romano estuviere en el campo, mire a los contrarios como a enemigos con esperança que los puede vencer; mas, después de vencidos, acuérdesse que son hombres y puede él ser vencido; porque en ninguna cosa se muestra tan común la fortuna como es en las cosas de la guerra.» Fueron por cierto estas palabras dignas de tal varón. A buen seguro osaremos dezir que todos los que esto oyeren y leyeren loarán las palabras que este romano dixo, mas muy pocos serán los que imitarán las obras que hizo; porque para loar lo bueno ay muchos, mas para seguirlo ay muy pocos.

Los hombres que tienen los coraçones muy inquietos y tienen los coraçones muy alterados, quando tuvieren embidia de los antiguos que alcançaron grandes triumphos, acuérdesse qué peligros y trabajos passaron antes que se viessen en ellos, porque jamás ningún capitán triumphó en Roma sin que mil vezes primero no arriscasse la vida. Pienso que no me engaño en esto que quiero dezir, y es que la cañada de la fama todos la dessean gustar, mas el peligro del huesso ninguno le quiere roer. Si con sólo los desseos se uviesse de comprar la honra, digo y afirmo que mayores los tiene un pobre page deste tiempo que no los tuvo el gran Scipión romano, porque no ay oy hombre en el mundo que por pobre que sea de hazienda no sea muy desseoso de honra. Qué cosa es ver a muchos cavalleros mancebos viciosos y vagamundos, los quales como oyen que es dada una famosa batalla y que otros de su edad y profesión hizieron maravillas en ella, luego les toma dellos embidia, luego se les enciende la cólera, luego truecan por armas la ropa, luego les toma gana de yr a la guerra, luego hazen exercicios de cavallería; finalmente con aquel ímpetu juvenil al rey importunan por licencia para se yr y entre los parientes cohechan dineros para gastar. Después que son salidos de sus tierras y se hallan en tierras estrañas, como han en el campo malas noches y peores días; hora tocan al arma, hora les mandan ser centinela; quando tienen qué comer no tienen dó se alojar, quando viene una paga ya está ella y aun otra comida; con estos y con otros semejantes trabajos desmayan los pobres mancebos, mayormente acordándose de las salas regadas do sesteavan en verano y de las chimineas abrigadas do jugavan en invierno; porque la memoria de los

plazeres passados mucho aumenta en los trabajos presentes. No obstante lo que primero les dixeron sus parientes y lo que allá les dizen sus amigos, determinan de dexar la guerra y bolverse cada uno a su casa, por manera que, si pidieron una vez licencia para se yr, embíanla a pedir diez veces para se tornar y (lo que es peor de todo) que fueron cargados de dineros y buelven cargados de vicios.

Es mi fin de dezir todo esto para que vean los hombres cuerdos y esforçados qué manera tienen de ganar honra los vanos y livianos, la qual no se gana ojeando ventanas, sino guardando fronteras; no jugando por los tableros, sino peleando por los campos; no entrapado en seda, sino cargado de armas; no ruando con mulas polidas, sino descubriendo las peligrosas celadas; no durmiendo hasta medio día, sino trasnochando hasta la mañana; no alabándose de más galán, mas preciándose de más esforçado; no banqueteeando con sus amigos, sino haziendo entradas en sus enemigos. Ya que todas estas cosas un cavallero haga, no dexo de conocer que es vanidad y locura; mas, pues el mundo puso las cosas de la honra en este estilo y quiere que se alcancen por éste y no por otro camino, deven los cavalleros mancebos emplear allí sus fuerças con ánimo de hazer grandes hazañas. Porque, al fin al fin, quando la guerra es justa y se haze por defensión de la patria, más embidia se ha de tener al que muere en poder de enemigos, que no al que vive acompañado de vicios.

Gran afrenta y vergüença es de los cavalleros, los quales estándose ellos en su casa, oyen loar a los otros que están en la guerra, porque el cavallero mancebo y animoso no ha de tener por oficio oír ni contar nuevas de otros, sino que otros cuenten las hazañas dél. ¡O, cuántos y cuántos ay oy en el mundo, los quales muy inflados de sobervia y no muy ricos de cordura, con sólo blasonar de la fama se les passa la vida sin fama! No sin causa digo que muchos blasonan de la fama y se les passa la vida sin fama, porque nuestros antepassados peleavan en el campo con las lanças, mas los mancebos pelean agora sobre mesa con las lenguas. Presupuesto que todos los hombres vanos dessean y aun procuran dexar de su vanidad memoria, tales cosas deven hazer en la vida mediante las quales fama gloriosa y no infamia vergonçosa se les siga después de la muerte; porque muchos de los passados dexaron de sí tal memoria, a los quales ternemos más compassión que embidia. A los que esto oyeren o leyeren pregunto si ternán embidia a Membroth, el primero tyrano; a Semíramis, que pecó con su fijo; a Anthénor, que vendió a Troya; a Medea, que mató a sus fijos; a Tarquino, que forçó a Lucrecia; a Bruto, que mató a César; a Sila, que derramó tanta sangre; a Cathilina, que tyranizó la patria; a Jugurta, que mató a sus hermanos; a Calígula, que estupró a sus hermanas; a Nero, que mató a su madre; a Helio Gábalo, que robó los templos; a Domiciano, que no sabía sino matar hombres por mano agena y caçar moscas con su mano propria. Pocos son los que he contado respecto de los que pudiera contar, de los quales digo y afirmo que yo siendo ellos no sé qué quisiera; pero, ellos siendo yo, más pena me diera cobrar la infamia que cobraron que no perder la vida que perdieron.

Poco aprovecha que esté el río lleno de peces y el monte lleno de caça si el que va allá no sabe caçar, ni sabe pescar. Quiero por esta comparación dezir que muy poco aprovecha que pongan a un hombre en grandes cosas si no sabe honrar y estimarse en ellas; porque para alcançar la honra es necessaria mucha prudencia y para conservarla mucha

paciencia. Con muy gran tino, con muy gran cordura deven los hombres cuerdos emprender cosas graves y peligrosas, porque les hago saber que nunca se gana la honra sino do se suele cobrar la infamia. Viniendo, pues, al propósito, Sereníssimo Príncipe, dende agora juro y adevino que juraría Vuestra Magestad dessear más fama immortal para la muerte que qualquier reposo para esta vida; y desto no me maravillo, porque de las proezas de los buenos príncipes siempre ay que contar, y de los regalos de los malos príncipes nunca falta quien murmurar. Caso que Vuestro Imperial Estado sea mucho y Vuestra Cathólica Persona merezca más, yo, Señor, os miro con tales ojos, que son tan altos vuestros pensamientos para cosas altas dessear, y es tan animoso vuestro corazón para las emprender, que Vuestra Magestad tiene en poco lo mucho que eredó de sus passados respecto de lo mucho más que entiende de ganar y dexar a sus erederos.

Preguntado un capitán de Julio César (según se cuenta en sus *Comentarios*) por qué en invierno trasnochava con tantas nieves y en el verano por qué caminava con tantos calores, respondió: «Yo quiero hazer lo que es en mi mano, después hagan los hados lo que es en la suya; porque en más es de tener el ánimo con que se da la batalla, que no la dicha de alcançar la victoria, pues lo uno da fortuna y lo otro guía ventura.» Palabras fueron éstas como de capitán romano y de hombre valeroso. El blasón que traéys, Señor, en torno de vuestra divisa, paréceme que dize *Plus ultra*, que quiere dezir «más adelante». Por cierto, animoso corazón Vuestra Magestad en su cuerpo vidriado devría sentir quando por estas palabras, *Plus ultra*, a todos los passados os obligastes a passar. Pues no quesistes, Señor, correr a la pareja con muchos, sino adelantaros a passar a todos, es razón que os pongamos delante a muchos príncipes que hizieron muchas proezas, en pos de los quales devéys encaminar vuestras pisadas. Los príncipes que dessean ser buenos, razón es que sepan qué príncipes fueron buenos, porque no todo lo que los maliciosos condenan es de desechar, ni todo lo que los mundanos alaban es de admitir.

¡O, de cuántos príncipes leemos, a los quales tengo yo no poca compassión de ver cuántas adulaciones oyeron sus orejas siendo vivos, y ver después qué blasfemias escribieron dellos después de muertos! Los príncipes y grandes señores deven tener muy gran advertencia, no en lo que veen en su presencia, sino en lo que se haze en su ausencia; no en lo que oyen, sino en lo que no querrían oír; no en lo que les dizen, sino en lo que les querrían dezir; no en lo que les escriven quando vivos, sino en lo que dellos escribirán después de muertos; no en los que les dizen lisonjas, sino en los que si osassen les dirían las verdades; porque muchas cosas se dexan de dezir no porque falta fidelidad en el vassallo, sino por ser algo sospechoso el señor. El animoso y curioso príncipe ni se ha de alterar con las verdades de que le avisan, ni se ha de dexar engañar con las lisonjas que le digan, sino fazer reflexión sobre sí, para ver si con la verdad le sirven o con la mentira le engañan; porque no ay tan gran testigo de la verdad o de la mentira como es la propia conciencia.

He dicho todo esto para que sepa Vuestra Magestad que no quiero hazeros servicio con aquello que ni queréys ni devéys ser servido, es a saber: mostrarme en esta escritura lisongero; porque muy injusto y aun inhonesto sería que adulaciones por oídos de tan alto príncipe se osassen entrar y por boca de mí que predico las palabras divinas las viesse salir. En fe de sacerdote hablo, que quiero más ser menospreciado por dezir

verdades que no ser honrado por dezir lisonjas, porque (hablando la verdad) en Vuestra Celsitud sería gran poquedad oýrlas y en mi poquedad sería gran sacrilegio inventarlas. Prosiguiendo, pues, el propósito, digo que loan mucho los historiadores a Ligurgo, que dio leyes a los lacedemonios; a Numa Pompilio, que honró los templos; a Marco Marcello, [41] que lloró por los que fueron dél vencidos; a Julio César, que perdonó a sus enemigos, a Octavio, por ser amado de sus pueblos; a Alexandre Magno, por hazer mercedes a todos; a Héctor, el troyano, por ser tan animoso en sus guerras; a Hércules, el thebano, por emplear tan bien sus fuerças; a Ulixes, el griego, por aventurarse a tantos peligros; a Pirro, rey de los epirotas, por inventar tantos ingenios; a Cathulo Régulo, por sufrir tan crudos tormentos; al Emperador Thito, por ser padre de huérfanos; a Trajano, por hazer tan grandes edificios; al buen Marco Aurelio, porque supo más que todos.

Yo no digo, Cesárea Magestad, que un príncipe de los presentes esté obligado a cumular en sí las hazañas de todos los príncipes passados; mas también oso dezir que, como un príncipe seguir a todos en todo le sería impossible, por semejante no seguir a ninguno en ninguna cosa le sería infamia. No pedimos a los príncipes que hagan todo lo que pueden, sino que se esfuercen a hazer algo de lo que deven. Y no sin causa digo que hagan algo de lo que deven, porque si los príncipes se ocupassen en todo lo que son obligados, ningún tiempo les quedaría para ser viciosos. Dize Plinio en una epístola que el gran Cathón Censorino traía un anillo en el dedo, en torno del qual traía escriptas estas palabras: «Esto amicus unicus et inimicus nullius», que quieren dezir: «sey amigo de uno y enemigo de ninguno.» El que quisiere profundamente considerar estas palabras, hallará debaxo dellas muchas y muy graves sentencias. Aplicando esto, pues, a mi propósito, digo que el príncipe que quisiere gobernar bien su república, quiere conformar a todos en justicia, quiere tener la vida quieta, quiere alcanzar con todos fama y quiere dexar de sí eterna memoria, deve abraçarse con las virtudes de uno y deve carecer de los vicios de todos. Alabo y mucho alabo que tengan los príncipes ánimo de ygualar y sobrepujar a muchos, mas aconséjoles que la maña y fuerças no la empleen sino en ymitar a uno; porque muchas vezes acontece que los hombres que con su vida piensan passar a muchos, las más vezes se mueren sin ygualar con ninguno. Por mucho que un hombre aya hecho y blasone más que ha de hazer, al fin al fin, cada uno de los mortales no tiene más de un ser, un querer, un poder, un nacer, un vivir y un morir, por manera que pues no es más de uno, no deve presumir más de por uno.

De todos los buenos príncipes que arriba puse en el cartel de la justicia, el postrero que nombré fue a nuestro Marco Aurelio para que quedasse por mantenedor de la tela, porque dado caso que de muchos príncipes leemos notables cosas que hizieron, digo que son para las leer y saber, mas todo lo que dixo y hizo Marco Aurelio es digno de saberse y necessario de imitar. No digo que sigamos a este príncipe en los ritos gentílicos, sino en los actos virtuosos; no nos atengamos a lo que él creía, sino abracémonos con lo bueno que hazía; porque comparados muchos christianos con algunos de los paganos, quanto los dexamos reçagados en las cosas de la fe, tanto nos passan delante en las obras de virtud.

Todos los notables príncipes en el tiempo antiguo tenían por su muy familiar amigo a algún philósopho, como fue Alexandre de Aristótiles, el rey Darío de Plotinio, Augusto de Pisto, Ponpeyo de Plauto, Thito de Plinio, Adriano de Secundo, Trajano de Plutharco,

Antonino de Apolonio, Theodosio de Claudio, Severo de Fábato; finalmente digo que tenían los philosophos tanta autoridad en casa de los príncipes, que los hijos los reconocían por padres y los padres los reverenciaban como a maestros. Vivos eran todos estos sabios quando andavan en compañía de los príncipes, mas el buen Marco Aurelio, cuya doctrina yo presento a Vuestra Magestad, no es vivo sino muerto; mas ni por esso deve dexar de admitir su escriptura, dado caso que no tenga cabe sí a su persona, porque ya puede ser que nos aproveche más lo que éste escribió con sus manos que todo lo que los otros dixeron quando eran vivos. Según cuenta Plutharco, en tiempo del Magno Alexandro era vivo Aristóteles y era muerto Homero; mas preguntemos cómo creya al uno y cómo reverenciava al otro, porque, por cierto, la doctrina de Homero teniéndola en las manos se adormecía, otras vezes en despertando leya en ella, y siempre en el seno o en la cabeça la tenía, la qual privança no tenía Aristóteles, el qual no todas las vezes era oýdo, y muy menos creýdo, de manera que Alexandro tuvo a Homero por amigo y a Aristóteles por ayo.

Otros sabios no fueron más de simplemente philosophos, mas nuestro Marco Aurelio fue philosopho muy sabio y príncipe muy poderoso, y por esta cosa es razón que sea más creýdo que otro, porque como príncipe contará los trabajos y como philosopho dará los remedios. A este sabio philosopho y noble Emperador tome Vuestra Magestad por ayo en su mocedad, por padre en su gobernación, por adalid en sus guerras, por guión en sus jornadas, por amigo en sus trabajos, por exemplo en sus virtudes, por maestro en sus ciencias, por blanco en sus desseos y por competidor en sus hazañas.

La vida deste que fue gentil, y no la vida de otro que fuesse christiano, quise, Señor, escriviros, porque quanta gloria tuvo en este mundo este príncipe pagano por ser bueno, tanta pena terná Vuestra Magestad en el otro si fuere malo. Tomé también motivo de escrevir deste Emperador Marco Aurelio, a causa que su naturaleza fue de España, como se toca en el i capítulo de la presente obra; porque me parecía a mí que, teniendo yo príncipe tan excellentísimo a quien loar y de quien escrevir, natural de mi patria, que no era razón fuesse yo a loar a los príncipes de Grecia. El Emperador Trajano, y el Emperador Marco Aurelio, y el Emperador Theodosio fueron naturales de España, de manera que tenemos tres emperadores ya muertos y Vuestra Magestad que es el quarto, y vivo, y plega al Rey del Cielo que tan bien y tan largos tiempos viva él en la religión christiana como estos príncipes vivieron en su seta gentílica. Ved, Serenísimo Príncipe, la vida deste príncipe y veréys quán claro fue en su juyzio, quán recto en su justicia, quán recatado en su vida, quán agradecido a sus amigos, quán sufrido en los trabajos, quán dissimulado con los enemigos, quán severo con los tiranos, quán pacífico con los pacíficos, quán amigo de sabios, quán émulo de simples, quán venturoso en sus guerras, quán amigable en las pazes y, sobre todo, quán alto en sus palabras y quán profundo en sus sentencias.

Muchas vezes me paro a pensar si la Magestad Eterna que dio a los príncipes magestad temporal, si como os hizo mayores que a todos en todas las grandezas, por ventura si os esentó más que a nosotros de las flaquezas humanas. A esto se responde que no, por cierto. Veo que, como soys unos de los hijos deste siglo, no podéys vivir sino a la manera del siglo; veo que, como andáys en el mundo, no podéys saber sino cosas del mundo; veo

que, viviendo en la carne, no podéys sino estar sujetos a las miserias della; veo que, por mucho que alarguéys la vida, al fin al fin avéys de anochecer en la sepultura; veo que vuestro trabajo es inmenso y veo que por vuestras puertas jamás entra descanso; veo que en invierno avéys frío, veo que en verano tenéys calor; veo que os fatiga la hambre, veo que os aquexa la sed; veo que os dexan los amigos, veo que tenéys enemigos; veo que tenéys tristeza, veo que carecéys de alegría; veo que estáys enfermos, veo que no soys bien servidos; veo que tenéys mucho y veo que os falta mucho. Finalmente digo: ¿qué queremos más ver, pues a un príncipe le vemos morir? ¡O!, príncipes y grandes señores, pues en la muerte avéys de venir a manos de gusanos, ¿por qué en la vida no os subjectáys a tomar buenos consejos?

Los príncipes y grandes señores, si por ventura hazéys algún yerro, no se os osa dar por ello castigo, de do se sigue que tenéys mucha necesidad de aviso y consejo; porque el caminante que de principio se desvía del camino, quanto más anduviere yrá más errado. Si yerra el pueblo deve ser castigado, y si yerra el príncipe deve ser avisado y como el príncipe quiere que reciba de su mano el pueblo el castigo, también es justo que el príncipe reciba con paciencia de su pueblo el aviso. Porque el bien del uno, como depende del bien del otro, téngase por dicho que, si el príncipe va errado, nunca yrá el pueblo camino derecho. Si Vuestra Magestad quiere castigar a su pueblo con palabra, mándeles que lean la presente obra, y si él quisiere servir a Vuestra Celsitud con algún aviso, suplíquenle que lea este libro, porque en él se hallará lo de que ellos se han de emendar y todo lo que, Señor, avéys de hazer.

Si es inútil o si es provechosa la presente escriptura, no quiero que lo blasone mi pluma, sino que lo confiessen los que leyeren en la obra, porque los auctores tenemos el trabajo de componer y traduzir, y otros para sí usurpan la autoridad de nos sentenciar. Desde que nací hasta agora, assí en el mundo de do fui como en la religión a do me acogí, todo lo más de mis años he ocupado en leer y estudiar libros divinos y humanos, aunque confieso mi flaqueza de no aver leýdo tanto quanto pudiera, ni he estudiado tanto quanto deviera. Mas, con todo esso, de todo lo que he leýdo ninguna cosa tanto me ha espantado como es la doctrina de Marco Aurelio, por ver que en la boca de un pagano pusiesse Dios tan gran thesoro. Todo lo más que él escribió fue en griego, y también escribió muchas cosas en latín; saqué pues del griego con favor de mis amigos, de latín en romance con mis sudores propios. Sienta pues cada uno qué se sentiría sacarle de griego en latín, de latín en romance, y de romance grossero ponerlo en suave estilo; porque no se puede llamar generoso combite do los manjares no son preciosos y do las salsas no son muy sabrosas. En traduzir las sentencias, en ordenar las palabras, en examinar los romances, en castigar y tantear las síllabas, cuántos sudores se ayan sufrido en el enojoso verano, cuántos fríos en el enojoso invierno; cuánta abstinencia aviendo de comer, cuánto trasnochar aviendo de dormir; cuánto cuydado estando descuydado, júzguelo el que lo experimentaré si a mí no me creyere.

La intención de mis trabajosos trabajos ofrezco a la Magestad Divina, y a Vuestra Magestad de rodillas presento la presente obra. Yo pido a mi Dios, Sereníssimo Príncipe, que la doctrina deste libro haga tanto provecho en vuestra vida y república quanto daño me ha causado en la salud corporal de mi persona. He querido ofrecer a Vuestra Magestad

como a mi Soberano Señor la suma de mis vigilijs, y si por caso tuviéredes en poco mis trabajos, ni por esso dexaré de serviros, porque para mí no es pequeño premio quererme tener por su criado. En pago de mi trabajo y en remuneración de mi buen desseo, no suplico a Vuestra Magestad, sino que la rudeza de mi ingenio, la baxeza de mi estilo, la cortedad de mis palabras, el mal ordimbre de mis sentencias y la poquedad de mi eloqüencia, no sea ocasión de tener en poco tan excelente obra; porque no es razón que un muy preciado cavallo abaxe de su estima, aunque el cavallero no sepa en él passar la carrera. Yo he hecho lo que pude, Vuestra Magestad haga lo que deve, dando a la presente obra gravedad y a mí su intérprete auctoridad. No digo más sino la divina clemencia que dio a la Sacra, Cessárea, Cathólica Magestad tal ser y poder en la tierra, le dé la fruición de su essencia divina en la gloria. Amén. Amén. Amén.

CAPÍTULO I

Del linage y nascimiento del Emperador Marco Aurelio, y pone el auctor en el principio del libro tres capítulos, en los quales se trata el discurso de su vida, porque con sus epístolas y doctrina se aprueba todo lo más de la presente obra.

En el año de la fundación de Roma de seyscientos y noventa y cinco, en la Olimpiada clxiii, muerto el Emperador Antonio Pío, siendo cónsul Fulvio Catón y Gneo Patroclo, en el alto Capitolio, a quatro días del mes de octubre, a pedimiento de todo el Pueblo Romano y consentimiento de todo el Sacro Senado, fue declarado por emperador universal de toda la monarchía romana Marco Aurelio Antonio. Este excelente varón fue natural de Roma, nascido en el monte Celio. E nasció en las seys kalendas de mayo, que son, según el cuento de los latinos, a xxvi días andados del mes de abril. Su abuelo se llamó Annio Vero y fue hecho patricio en tiempo de los emperadores Tito y Vespasiano. Su visabuelo también se llamó Annio Vero, el qual nasció en España *ex Sucubitano municipio*, quando andavan muy encendidas las guerras de César y Pompeyo, en cuyos tiempos muchos de España se fueron a Roma y muchos de Roma se quedaron en España. Y, assí, este Emperador tuvo el visabuelo Romano y la visabuena española. Su padre se llamó Annio Vero, assí como el abuelo y el visabuelo, por cuya ocasión muchas vezes los hystoriadores le llaman Marco Antonio Vero. Verdad es que Adriano el Emperador siempre le llamava Marco Veríssimo, porque en él jamás se halló mentira ni faltó verdad. Estos Annios Veros, según dize Julio Capitolino, era un linaje en Roma que se jactavan descender de Numa Pompilio y de Quinto Curcio, el famoso romano, el qual por librar de peligro a Roma y a su persona dar perpetua memoria, espontáneamente se precipitó en el lago Curcio, que en aquellos tiempos fue visto. La madre de este Emperador se llamó Domicia Clavila. Según cuenta Cina en los libros que hizo de los linages de Roma, el linage destes Clavilos era tenido en mucho en aquellos tiempos, a causa que se jactavan descender de Camilo, aquel famoso y muy venturoso capitán romano que libertó a Roma quando por los gallos estava tomada y el Capitolio cercado. Los hombres que descendían deste linage llamávanse Camilos por memoria de Camilo, y las mugeres del mismo linage llamávanse Clavilas por memoria de una hija de Camilo que uvo nombre Clavila. Esta Clavila no se quiso casar y metióse a vivir entre las vírgines vestales, do hizo por largos tiempos muy larga y muy estrecha vida, y fue tan única romana que en tiempo de Severo

Emperador de Roma era en reliquias tenida su vida, en la qual estava escripto este epitaphio que dezía: «Aquí yaze Clavila, única hija de Camilo, la qual quiso más ser casta y estar quarenta y seys años encerrada, que no ser libre y casarse con el rey de Trinacria. Injustamente comen los gusanos su cuerpo después de muerta, pues su cuerpo fue limpio siendo viva.» Estava este epigrama en metro eroyco y en la lengua griega por muy alto estilo puesto. Prosiguiendo, pues, nuestra hystoria, es de saber que los romanos tenían una ley en las Doze Tablas cuyas palabras eran éstas: «Ordenamos y mandamos que todos los romanos en aquel lugar para siempre tengan algún particular privilegio, en el qual lugar sus antepassados al Pueblo Romano hizieron algún gran servicio, porque es muy justo que allí do el ciudadano aventuró la vida, allí la ciudad le dé la honrra.» Por virtud desta ley, todos los descendientes del linage de Camilo tenían siempre la tenencia del alto Capitolio, a causa que por su esfuerço y industria quitó a los gallos del cerco. No es oculto, por cierto, que otras cosas yguales y mayores que no ésta uviesse hecho el buen capitán Camillo, pero por aver esto hecho dentro del ámbito de Roma fue en más que todas sus hazañas estimada, en lo qual no estavan lexos de la razón los romanos, porque entre todas las virtudes heroycas, aquélla se tiene por más suprema que en provecho de la república fue empleada. Nunca acaban de llorar los historiadores romanos cómo la variedad de los tiempos, la muchedumbre de los tyranos, el bullicio de las guerras ceviles fue ocasión de venir en total perdición la antigua policía de Roma y en su lugar entroduzirse una nueva y no buena manera de vida. Y desto no se deve ninguno maravillar, porque en todos los reynos y naciones acontece que con la mudança de nuevos señores luego se engendran en los pueblos vicios estraños. Dize Pulión que por varios casos en que se viesse la república, ni por muchas calamidades que pasasse Roma, jamás esta libertad que tenían los del linage de Camillo les fue quitada, es a saber: del alto Capitolio ellos tener la tenencia, excepto en los tiempos del cónsul Silla do fue este linage muy perseguido no más de porque ellos seguían la parcialidad del cónsul Mario. Muerto Silla el cruel, como prevaleciesse el piadoso Julio César, todos los desterrados de Roma fueron tornados a la república.

Quanto a lo que toca a los padres de Marco Aurelio Emperador, qué aya sido la condición, estado, pobreza, riqueza, favores, desfavores, prosperidades o adversidades que ayan tenido, no lo hallamos en las escripturas, aunque con toda diligencia han sido buscadas, y la causa desto era que los coronistas romanos callavan las vidas de los padres de los emperadores, mayormente quando los hazían monarchas más por el merecimiento que tenían los hijos que por la auctoridad que eredaron de sus padres. Dize Julio Capitolino que Annio Vero, su padre de Marco, fue en Rodas pretor de los exércitos y también fue capitán en otras fronteras, conviene a saber: en tiempo de los emperadores Trajano el bueno, Adriano el sabio y Antonio el piadoso, los quales emperadores no cometían sus exércitos sino a hombres muy virtuosos; porque los príncipes cuerdos siempre eligen capitanes que con cordura gobiernen la guerra y con esfuerço den la batalla. Los romanos, aunque tenían extravagantes guerras, siempre tenían en quatro partes del mundo muy grandes guarniciones, conviene a saber: en Bizancio, que agora es Constantinopla, por resistir a los partos; y en Gades, que agora se llama Cáliz, por amor de los lusitanos; y en la ribera del Ródano, que agora se llama el río Rin, por amor de los germanos; y en los Colosos, que agora se llama Rodas, por sojuzgar a los bárbaros. En el mes de Jano, al qual los latinos llaman enero, quando en Roma se repartían los oficios por

el Senado, proveído el dictador semestre y los dos cónsules anuales, luego en el tercero lugar se proveían los quatro más famosos varones para guardar aquellas quatro muy peligrosas fronteras. Como los romanos no temían infierno, ni esperaban en el cielo gloria, todo su fin era buscar ocasiones para dexar de sí alguna memoria, y aquel romano era tenido por más esforçado y del Senado era más favorecido al qual cometían la guerra más cruda y más peligrosa; porque su competencia no era sobre alcançar oficios para ganar dineros, sino sobre que les diessen fronteras para destruir enemigos. En cuánto eran tenidas aquellas quatro fronteras podemoslo conocer en que todos los valerosos romanos fallamos alguna parte de su mocedad aver estado capitanes fronteros en aquellas fronteras, hasta que para otras mayores cosas de allí fueron sacados; porque en aquellos tiempos no avía palabra más injuriosa en Roma que era dezir a otro ciudadano: «Andad, que vos no os avéys criado en la guerra.» Y porque provemos esto por exemplo, es de saber que el gran Pompeyo invernó con los bizancios, el dichoso Scipión con los colosenses, el animoso Julio César con los gaditanos y el muy estimado Mario con los ródanos; y no sólo estuvieron estos quatro en estas quatro fronteras siendo moços, pero aun allí hizieron tales y tan grandes hechos, que su memoria duró allí por largos tiempos. Esto emos dicho para provar que, pues Annio Vero, padre de Marco el Emperador, hallamos aver sido uno de los capitanes de aquellas quatro fronteras, que devía ser en Roma una de las personas muy esforçadas y señaladas; porque según dixo Scipión a Masimissa, su amigo, estando en África: «Impossible es que en capitán romano falte cordura o ventura, porque éstos son hados con que nacen los hijos de Roma.»

No tenemos por auténticas historias dónde, cuándo, cómo, en qué tierras, con qué personas este buen Emperador aya expendido el tiempo de su mocedad, y la causa desto es que los graves historiadores romanos no tenían por costumbre escrevir las cosas que hizieron sus príncipes antes que fuessen príncipes, sino sólo de aquellos moços que dende moços tuvieron muy altos los pensamientos. Y a mi parecer es assí muy bien hecho, porque mayor gloria merece el que alcanza el imperio por cordura que no el que lo uvo por erencia, con tal que no aya avido tyranía.

Suetonio Tranquillo, libro i *De Cesaribus*, cuenta por estenso las hazañas y temerarios casos que hizo Julio César siendo moço, y quán sin pensamiento estavan todos que él avía de alcançar el Imperio, y aun también lo escriven para que noten los príncipes cómo a Julio César le sobró manera para alcançar la monarchía, y cómo le faltó prudencia para sostenerse en ella. Escribió un philósopho desde Roma una carta a Phálaris, el tyrano, el qual estava en Cicilia, diziéndole que por qué tanto tiempo tenía aquel reyno tyranizado. Rescribióle Phálaris en una epístola estas breves palabras: «Llámame tyrano porque tomé este reyno y porque ha xxxii años que lo poseo. En tomarlo yo confieso que fuy tyrano, porque ninguno ocupa lo ageno que con razón no le llamen tyrano; pero no consiento que me llames tyrano a causa que ha xxxii años que le poseo, porque si lo ocupé con tyranía, helo governado con prudencia. Porque te hago saber que tomar lo ageno es fácil, pero sustentarlo es difícil.»

Fue casado Marco Aurelio Emperador con una hija de Antonio Pío, xvi Emperador de Roma. Llamávase ella diva Faustina y, como su padre no tenía hijos, ella eredó el Imperio, y assí, por vía de dote y casamiento, vino a ser emperador Marco Aurelio. Fue

esta Faustina en extremo muy hermosa, y junto con esto no muy honesta. Tuvo della dos hijos: a Cómodo y a Veríssimo. Triumphó Marco Aurelio dos vezes: la una porque venció a los partos; la otra porque venció a los argonautas. Fue varón doctíssimo y de muy alto entendimiento. Supo la lengua griega y latina como la materna. Fue temperatíssimo en el comer y beber. Escribió muchas cosas en las cuales puso muchas y muy graves sentencias. Murió en Panonia, conquistando aquel reyno que agora se llama Ungría. Fue [68] tan llorada su muerte quan desseada y amada su vida, y fue en tanta manera, que porque durasse para siempre su memoria cada romano puso una estatua dél en su casa, lo qual jamás se lee averse hecho por ningún emperador, ni aun por Augusto César, que fue el más quisto en Roma. Governó el imperio por espacio de xviii años en muy gran justicia. Murió de edad de sessenta y tres años, en el año climatérico, que es a los lxiii, do la vida humana corre grave peligro, porque allí se cumplen ix sietes o siete nueves. Haze desto un capítulo Aulo Gelio en el libro *De noctibus acticis*. Fue Marco Aurelio uno de los príncipes del mundo de más limpia vida, de más profunda doctrina, de más dichosa fortuna, excepto en la muger Faustina y en el hijo Cómodo. Y porque vean quién fue Marco desde su infancia, he acordado de poner una epístola suya, que es ésta.

CAPÍTULO II

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a un amigo suyo llamado Pulión, en la qual le cuenta la horden de su vida, y entre otras cosas haze mención de una cosa que aconteció a un censor de Roma con un mesonero de Campania.

Marco Aurelio, único Emperador romano, a ti Pulión, su muy antiguo amigo, salud a tu persona y paz a la república dessea.

Estando en el templo de las vírgines vestales, me dieron una letra tuya, de muchos días escripta y de muchos más días por mí desseada. Y lo bueno es que, escriviéndome tú corto, ruegas que te escriba yo largo, lo qual no conviene a la auctoridad del que está en la cumbre del Imperio, mayormente si el tal es avaro, porque no ay ygual ynfamia en un príncipe que ser largo en las palabras y ser corto en las mercedes. Dízesme que tienes mala una pierna y que se te ha abierto en ella una llaga. A mí me pesa de todo corazón en que carezcas de lo que yo te desseo y a ti conviene, que es la salud; porque al fin al fin todos los trabajos de la vida se sufren con tener salud la persona. Fázeme saber por tu carta que te has venido a Rodas, y ruégasme te escriba cómo me fue allí quando era moço, y qué tanto tiempo gasté allí en el estudio, y qué tal avía sido el discurso de mi vida hasta venir a ser emperador de Roma. Y en este caso maravillado estoy de ti que me hagas tal demanda, y muy más maravillado no pensar que no puedo sin gran afrenta responder a esta pregunta; porque las cosas de la mocedad no fueron en ninguno tan honestas que no sea más honesto emendarlas que contarlas.

Annio Vero, mi padre, queriéndome fazer obras de padre, aún no avía yo cumplido xiii años quando me destetó de los vicios de Roma y me embió a Rodas a deprender sciencia, más cargado de libros que acompañado de dineros. Y allí me di tan buena maña, que a los xxvi años yo leya ya públicamente en la academia natural y moral filosofía, y aun

retórica. Y no uvo causa que hiziesse darme tanto a los libros como verme falto de dineros; porque la pobreza en los hijos de los buenos mucho los obliga a ser virtuosos, de manera que alcancen por virtudes lo que tienen otros por riquezas. Mucho sentía, amigo mío Pulión, la ausencia de Roma, mayormente de que me veía tan sólo en esta ysla; mas como ay en Rodas leí diez años filosofía, ya me tenía yo por natural de la tierra, y aun también pienso que lo hazía mi conversación con ellos no ser mala; porque infalible regla es que la virtud al extranjero faze natural y el vicio al natural en su tierra torna extranjero.

Ya sabrás cómo Annio Vero, mi padre, fue en essa frontera capitán quinze años contra los bárbaros por mandado de Adriano, mi señor, y Antonio Pío, mi suegro, ambos de gloriosa memoria; y cómo fuy encomendado a los amigos antiguos de mi padre. Ayudóme esto para olvidar los regalos de Roma y abezarme a las asperezas de la ysla, y cierto era bien menester, porque el amor natural de la patria siempre daña a la persona. Hágote saber que los rodos son hombres agradecidos, lo qual acontece a pocos insulanos, a causa que generalmente todos son hombres mañosos. Y dígolo esto porque los amigos de mi padre siempre me socorrían con consejos y con dineros, y estas dos cosas éranme tan necessarias que no sé cuál fuesse más necesaria; porque el hombre extranjero aprovéchase del dinero para remediar la enojosa pobreza y aprovéchase del consejo para olvidar el dulce amor de la patria. Bien quisiera ay en Rodas tantos años leer filosofía quantos mi padre en essa mesma Rodas estuvo en la guerra; mas no pudo ser, a causa que Adriano, mi señor, me mandó venir a residir en Roma. Y a mí que no me pesó mandarme tornar a mi patria, aunque como te dixere, a mí me tratavan como si fuera natural de la ysla; pero al fin al fin, en tierras estrañas, aunque se cevan los ojos, no se satisfaze el corazón.

Esto es lo que toca a Rodas. Quiérote agora contar cómo antes desto en el monte Celio, que era el barrio de mi padre, yo me crié en Roma en el tiempo de mi infancia. Era ley muy usada y costumbre muy guardada en la policia de Roma que todo ciudadano que gozava de la libertad romana, que en cumpliendo diez años su fijo no fuesse osado por las calles dexarle andar vagabundo, porque era costumbre en Roma que los fijos de los buenos romanos fasta los dos años mamavan, hasta los quatro los regalavan, hasta los seys leyan, hasta los ocho escribian, fasta los diez en gramática estudiavan. Passados los x años, ya los moços avían de deprender oficios, o darse a los estudios, o yrse a los exercitos, de manera que por Roma no anduviessen ociosos. En una ley de las Doze Tablas están estas palabras escriptas: «Ordenamos y mandamos que todo ciudadano romano que en el ámbito de Roma fuere vezino sea obligado de diez años arriba tener a su fijo muy corregido. Y, si acaso el moço por dexarle andar ocioso o por no le aver enseñado oficio hiziere alguna travessura, no menos el padre que el fijo reciban la pena; porque no ay cosa que más vicios engendre en los pueblos que es ser los padres descuydados y los fijos atrevidos.» Dezía más otra ley de las nuestras: «Ordenamos y mandamos que, passados los diez años, al primero desorden que hiziere el infante en Roma sea su padre obligado llevarle a criar a otro cabo, o dar fianças que su fijo será pacífico; ca no es justo que por gozar el padre del fijo el pueblo esté escandalizado, porque todo el bien de la república consiste en conservar a los pacíficos y desterrar a los reboltosos.»

Quiérote dezir, mi Pulión, una cosa, y soy cierto que te maravillarás de oýrla, y es ésta. Quando Roma triumphava, y por su buena policía Roma al mundo regía, passava el número de los vezinos romanos de cc mil, do es de creer que avía entre ellos más de cient mil niños. Y el que tenía cargo dellos teníalos tan sojuzgados y en las cosas aun muy mínimas tan doctrinados, que a un hijo de Catón Uticense desterraron porque quebró un cántaro a una moça que yva por agua, y a otro hijo del buen Cina también desterraron sólo porque entró a coger fruta en una huerta. Y ninguno destos tenía hedad de quinze años cumplidos, porque en aquellos tiempos más se castigavan las cosas de burla, que se castigan agora las cosas de veras.

Dize nuestro Cicerón en el libro *De legibus*: «Sobre ninguna cosa más se desvelaron los antiguos romanos que sobre proveer en que los moços y viejos no estuviessen ociosos, y tanto duró la honrra de su policía quanto no consintieron andar los moços perdidos por Roma, porque aquella sola se puede llamar bienaventurada tierra, do todos gozan de su trabajo y ninguno bive del sudor ageno.» Hágote saber, mi Pulión, que yo me acuerdo, siendo niño, aunque agora no soy muy viejo, que ninguno era osado públicamente andar por Roma sin traer alguna señal del oficio de que bivía. Y, si alguno en lo contrario era tomado, no sólo como a loco le gritavan los niños por las calles, mas aun el Censor le condenava a trabajar con los captivos en las obras públicas; porque en Roma no menos tenían por infame al moço ocioso, que en Grecia al philósopho nescio. Y porque veas que lo que te escrivo no son novelas, has de saber que el emperador llevaba un blandón ardiendo delante de sí; el cónsul, unas hachas de armas; los sacerdotes, unos pileos a manera de escofias; los senadores, unas conchas en los braços; los censores, un peso pequeño; los tribunos, unas maças; los régulos, un sceptró; los pontífices, una guirlanda; los oradores, un libro; los gladiadores, una espada; los plateros, un crisol; e assí de todos los otros oficios, excepto los negociantes estrangeros, los quales de una manera avían todos de andar señalados, porque a ningún estrangero consentían en Roma andar vestido ni señalado como los hijos de Roma.

¡O, mi Pulión, y qué cosa fue ver entonces la prosperidad y disciplina de Roma, y qué lástima es agora ver su calamidad y caída!, que por los inmortales dioses te juro, y assí el dios Mars en las guerras rija mi mano, que el hombre muy recogido de agora no vale tanto como el más dissoluto de entonces; porque entonces entre mil no hallaran un vicioso en toda Roma, y agora no hallarán entre veynte mil un virtuoso en toda Italia. No sé por qué los dioses son tan crueles y los tristes hados me son tan contrarios, que quarenta años ha que no hago sino llorar por ver cómo se mueren los buenos y que luego son olvidados, y, por el contrario, ver cómo biven los malos y siempre son prosperados; porque al fin al fin todos los trabajos de la vida humana el corazón generoso los puede sufrir, si no es ver al bueno abatido y al malo prosperado, que esto ni lo puede el corazón sufrir, ni menos dissimular.

A este propósito, mi Pulión, te quiero escrivar una cosa, la qual hallé en los libros que están en el alto Capitolio, do se tracta de los tiempos de Mario y Silla, y cierto es digna de encomendar a la memoria, y es ésta. Era costumbre y ley inviolable en Roma desde los tiempos de Cina que un censor señalado por el Senado fuesse a visitar los lugares de la provincia que le cabía por toda la tierra de Italia, y el fin de su visitar eran tres cosas: lo

primero, para ver si alguno tenía queja de la justicia; lo segundo, para ver en qué estado estaba la república; lo tercero, para que cada año diessen de nuevo la obediencia a Roma. ¡O!, mi Pulión, ¿qué te parece? Si visitasen oy a Italia como entonces visitavan a Roma, qué de carcoma hallarían en ella, que ya como sabes la república está perdida, la justicia desacatada y, sobre todo, Roma desobedescida; y no sin mucha razón, porque justamente pierde el señorío la que fue capitana de virtudes y se torna sentina de viciosos.

Fue el caso que, dos años después de las guerras de Silla y Mario, fue el censor annual a Nola, un lugar en la provincia de Campania, por visitar como era costumbre aquella tierra. Y, como fuesse verano y el lugar caluroso, y no pareciesse gente por el pueblo, dixo el censor al hostelero do se avía apeado: «Amigo, yo soy censor embiado por los senadores de Roma, y vengo a visitar esta tierra. Por esso, ve, corre, llama a todos los buenos del pueblo, porque les tengo de hablar de parte del Sacro Senado.» El hostelero, como devía ser más sabio (aunque menos rico) que el censor romano, fuese a los sepulchros de los muertos que en aquel lugar estavan enterrados, y díxoles a grandes bozes: «Hombres buenos, andad acá conmigo, que os llama el censor de los romanos.» Visto por el censor que no venían, mandóle que tornasse otra vez a llamarlos, y el hostelero como de primero fuese a los sepulchros y dixo a los muertos: «Hombres buenos, andad acá, que os llama el censor de los romanos.» Fueron llamados por la mesma manera y con las mesmas palabras tercera vez, y como por la primera, ni por la segunda, ni por la tercera jussión no viniessen, enojado el censor romano, dixo al hostelero: «Pues no quieren venir a mi mandamiento los hombres buenos, yo quiero yr allá, y vente tú conmigo a mostrármelos; porque digno es de grave castigo el que desobedesce al Sacro Senado.» Aquel pobre hombre, tomando al censor por la mano, llevóle a los sepulchros do él yva primero, y de nuevo tornó a hablar con los muertos, diziendo: «Hombres buenos, he aquí el censor de los romanos que viene a hablaros.» Enojado el censor, díxole: «¿Qué es esto, hostelero? ¿Embiéte a llamar a los bivos y tú llámame a los muertos?» Respondióle el ostalero:

¡O, censor romano!, si eres discreto no te maravillarás de lo que he hecho, porque en esta tierra todos los hombres buenos todos son ya muertos y todos están enterrados en estos sepulchros. No te has de espantar tú de mi respuesta; antes yo me tengo de escandalizar de tu demanda, en demandar hombres buenos tropeçando a cada passo con tantos hombres malos; porque te hago saber si no lo sabes, que si quieres hablar con un hombre bueno, no le hallarás en todo el mundo, de manera que o ha de resucitar de los muertos o le han de criar de nuevo los dioses. El cónsul Silla, vuestro capitán, estuvo cinco meses en esta ciudad llamada Nola de Campania, sembrando el fructo que cogistes de sus manos allá en Roma, es a saber: que él dexó aquí a los padres sin hijos, a los nietos sin abuelos, a las fijas sin madres, a los maridos sin mugeres, a las mugeres sin maridos, a los tíos sin sobrinos, a los vassallos sin señores, a los señores sin criados, a los dioses sin templos y a los templos sin sacerdotes, a los montes sin ganados y a los campos sin frutos; y lo peor de todo, que aquel maldito nos despobló la tierra de buenos y nos la pobló de vicios y viciosos. Jamás carcoma royó tanto la madera, ni polilla estragó tanto la ropa, ni gusano podreció tanto la fructa, ni langosta taló tanto las espigas, como el estrago que hizo el cónsul Silla en esta tierra de Campania. Y si es mucho el daño que hizo en las personas, sin comparación es mayor el que hizo en las costumbres; porque al fin al fin los

buenos que degolló descansan ya con los muertos, pero los vicios que nos dexó entierran a los bivos. En esta tierra ya no ay sino sobervios que quieren mandar; en esta tierra no ay sino embidiosos que no saben sino malquerer; en esta tierra no ay sino maliciosos que no saben sino maldezir; en esta tierra no ay sino ociosos que no saben sino holgar; en esta tierra no ay sino glotones que no saben sino comer; en esta tierra no ay sino ladrones que no saben sino hurtar; en esta tierra no ay sino bulliciosos que no saben sino mentir. E si tú y tus romanos tenéys a estos por buenos, espera, que yo te los llamaré aquí todos; porque si matássemos y pesássemos a los malos en la carnicería como a carne de ternera, ternían carne que comer todos los vezinos de Italia. Mira, censor, en esta tierra de Campania no llaman buenos sino a los pacíficos; no llaman buenos sino a los sobrios; no llaman buenos sino a los cuerdos; no llaman buenos sino a los sufridos; no llaman buenos sino a los honestos; no llaman buenos sino a los sabios; no llaman buenos sino a los virtuosos; finalmente digo que no llamamos buenos sino a los que no quieren hazer mal y no se ocupan sino en hazer bien. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, y es que si buscamos algunos destes no los hallaremos sino en estos sepulcros; porque justo juyzio de los dioses fue que reposen en las entrañas de la tierra aquéllos que no meresció tener consigo la república. Tú vienes a visitar esta tierra do luego serás de los malos servido, y para encubrir sus flaquezas serás no poco importunado. Créeme, si no te quieres perder, antes te fía destes huessos podridos que no de sus entrañas dañadas; porque al fin al fin más aprovechan los exemplos de los muertos que fueron buenos que no los consejos de los bivos que son malos.

CAPÍTULO III

En el qual el Emperador Marco Aurelio concluye su carta y cuenta por extenso todas las sciencias que aprendió y todos los maestros de quien oyó, y al fin pone cinco muy notables casos en que los romanos eran muy cuydadosos.

He querido contarte todo esto, mi Pulión, a causa que conozcas qué sobra ay en el mundo de malos y qué penuria y carestía ay en Italia de buenos. Y el daño desto no viene sino de no criar los padres a sus hijos como se criavan en los tiempos passados, porque impossible es que un moço sea en las costumbres muy aviesso si con rigurosa disciplina fue bien criado. Annio Vero, mi padre, en este caso digno es de mucha alabança quanto yo soy digno de reprehensión, ca siendo niño jamás me dexó dormir en cama, assentar en silla, ni comer con él a la mesa, ni yo osava alçar los ojos a mirarle a la cara. Y esto porque muchas vezes me dezía él: «Hijo mío, Marco, más quiero que seas romano honesto que philósopho dissoluto.»

Embíasme a rogar te escriba qué tantos maestros tuve y qué fueron las sciencias que deprendí quando niño. Yo tuve muchos y muy buenos maestros, aunque salí mal discípulo. Y deprendí muchas sciencias, aunque agora sé pocas. Y no porque yo las quisiera olvidar, sino que los negocios del Imperio me han de mis sciencias desposseydo; porque ésta es regla general, que no permanesce la sciencia do no está libre la persona.

Yo estudié gramática con un maestro que se llamava Eufornión. Dezían ser natural de España, y en la cabeça era muy cano, y en el hablar muy reposado, y en la disciplina muy riguroso, y en la vida muy honesto; porque era ley en Roma que los maestros de los niños fuesen hombres ancianos, de manera que si el discípulo no llegava a diez, el maestro no avía de passar de cinquenta. Rethórica estudié y leý mucho tiempo, y fue della mi maestro Alexandro Greco, natural de Licaonia. Era tan excellente orador, que si tuviera vena en la péñola para escribir como tuvo gracia para orar, no fuera él de menor fama entre los griegos que Cicerón entre los romanos. Muerto este mi maestro (que murió en Partínuples), fuyme a Rodas, y torné a oýr rethórica de Orosio, de Frontón y Pulión; y cierto eran varones en el arte oratoria muy diestros, especial en componer comedias y tragedias y facecias en extremo fueron graciosos. En philosophía natural fue mi primero maestro Cómodo Calcedonense, varón anciano y que con Adriano tuvo mucho crédito, y éste fue el que de griego en latín traduxo a Homero. Muerto éste, tomé por maestro a Sexto Cheronense, sobrino que era del gran Plutarco, el qual Plutarco fue maestro de Trajano. Yo conocí a este Sexto Cheronense de edad treynta y cinco años. E cierto él tenía entonces tan gran crédito, que dubdo jamás ningún philósopho averle tenido tal en todo el Imperio Romano. Aquí le tengo conmigo y, aunque es octogenario, todavía escribe las hystorias y calamidades de mi tiempo. Hágote saber, Pulión, que estudié dos años leyes, y por buscar las leyes de todas las naciones fue ocasión que supe muchas antigüedades, y en esta sciencia fue mi maestro Bolusio Meciano, varón que las sabía muy bien leer y muy mejor quebrantar, a tanto que una vez jocosamente me dixo: «Di, Marco, ¿piensas que ay alguna ley en el mundo que yo no sepa?» Respondíle yo: «Di, maestro, ¿ay alguna ley en el mundo que tú guardes?» En el quinto año que estuve en Rodas vino una grave pestilencia, y fue ocasión que se desbarató nuestra achademia. Y como estoviesse en un lugar pequeño y estrecho, y estuviessen allí unos pintores pintando, en que pintavan una obra muy rica para el reyno de Palestina; y de veras yo deprendí a debuxar y pintar, y fue mi maestro Diogeneto, que en aquellos tiempos era pintor famoso. Este pintó en Roma seys emperadores buenos en una tabla y otros seys emperadores tyranos en otra, y estava entre los malos Nero el cruel tan al natural pintado, que en los ojos de todos parecía estar bivo; y por decreto del Sacro Senado fue mandada quemar la tabla do estava pintado Nero, diziendo que hombre de tan mala vida no merescía tan buena pintura. Otros dizen que estava tan al natural y tan ferozmente pintado, que a los que le miravan ponía espanto, y que si allí le dexavan algún día hablaría como bivo. Estudié un poco de tiempo en el arte de nigromancia, con todas sus especies de giromancia y eromancia, y en esta arte no tuve particular maestro más de quanto me yva muchas vezes a oýr cómo la leya Apolonio. Después ya que era casado con Faustina, deprendí cosmographía en la ciudad de Argileta, que es la silla del Illírico, y fueron mis maestros Junio Rústico y Cina Catulo, coronistas y consejeros que fueron de Adriano, mi señor, y aun de Antonino, mi suegro. Y porque no me quedasse ninguna cosa por deprender de las que la flaqueza humana puede alcançar, estando en la guerra de Dacia dime a la música, y hallé que tenía habilidad para ella, y fue mi maestro uno que se llamava Gémino Cómodo, hombre sobre todos los que yo vi en el Imperio Romano, de muy concertada mano en el tañer y de muy dulce garganta en el cantar. Éste fue el discurso de mi vida y el tiempo que yo gasté en las sciencias. Y de buena razón hombre tan ocupado obligación tenía a ser muy virtuoso, pero yo te juró y confiesso que no me dava tanto al estudio, que cada día no perdiessse harto tiempo; porque es tan libre la

mocedad y tan delicada la carne, que, por mucho que la pongan en trabajos estraños, ella ha de ahorrar tiempo para sus plazerer propios.

Caso que los antiguos romanos en muchas cosas eran muy cuydadosos, pero entre todas sobre cinco tenían suprema vigilancia, en las cuales ni el Senado se descuydava, ni ruego de ninguno aprovechava, ni alguna ley antigua ni moderna dispensava. Y es de loar su diligencia, porque los príncipes que gobiernan grandes señoríos, allí han de emplear el corazón y los ojos do piensan que para su república ay mayores peligros. Las cinco cosas eran éstas. Lo primero, no se consentía en Roma que los sacerdotes fuessen desonestos, porque en los pueblos que los sacerdotes son desonestos es señal que los dioses contra ellos están ayrados. Lo segundo, no se permitía en Roma que las vírgines vestales fuessen dissolutas, porque muy justo es que la virgen que por su voluntad prometió ser buena en público, contra su voluntad la hagan ser casta en público y secreto. Lo tercero, no consentían en Roma que los censores fuessen injustos, porque no ay cosa que más assuele la república sino no tener el juez con todos ygual la balança. Lo quarto, no consentían en Roma que fuessen covardes los capitanes que avían de yr a la guerra, porque no ay ygual peligro para la república ni ygual infamia para la persona que cometer el ejército al que quiere ser el primero en el mandar en la guerra y postrero en el acometer la batalla. Lo quinto, no consentían en Roma que los hombres que tenían cargo de los niños fuessen hombres viciosos, porque no ay cosa más monstruosa y aun escandalosa que el que es maestro de los niños sea discípulo de los vicios.

¿Qué te parece, mi Pulión? ¿Por ventura, quando estas cosas se guardavan en Roma, piensas que la juventud romana era tan dissoluta como es agora? ¿Por ventura piensas que es ésta aquella Roma do en los tiempos antiguos y en aquella hedad dorada eran los viejos muy honestos, los moços muy disciplinados, los exércitos muy corregidos y los censores y senadores muy justos? A los dioses immortales invoco, y a ley de bueno te juro, que ni es ésta Roma, ni sabe a Roma, ni huele a Roma, ni remeda a Roma, y el que dixere que esta Roma es aquella antigua Roma sabe muy poco de Roma. Es el caso que, muertos los antiguos y virtuosos romanos, parecióles a los dioses que aún nosotros no éramos dignos de sus hedificios, de manera que o ésta no es Roma, o nosotros no somos los romanos de Roma, porque mirando las hazañas y virtudes de los antiguos, mucha infamia les sería llamarnos nosotros sus sucessores. Todo esto te he querido dezir, mi Pulión, porque veas quáles fuemos y quáles somos, y no es esto nada con lo que fuemos, porque las cosas grandes han menester muchos días y muchas fuerças para crecer, y después en un punto y con un puntapié las hazen caer. Algo más de lo que pensava me he alargado en esta letra. Ya lo he dicho que con mis ocupaciones en tres o quatro vezes la he escripto; de lo que faltó a la tuya y sobra a esta mía, hiziéramos una razonable carta y, pues yo te perdono que fueste corto, perdóname tú si soy largo. Una vez te vi en Alexandría buscar ulicornio; ay te embío un buen pedaço. También te embío un cavallo, a mi parecer bueno. Si es biva Drusilla, tu hija, con la que yo mucho me burlava, escrívemelo, que yo te ayudaré a casarla. Los dioses, mi Pulión, sean en tu guarda, y a tu muger y suegra y hija de mi parte y de mi Faustina nos las saluda. Marco del monte Celio, Emperador romano, te escribe de su propria mano.

CAPÍTULO IV

De la excellencia que tiene la religión christiana en tener conoscimiento de Dios verdadero, y de la vanidad de los antiguos en tener tantos dioses, y que antiguamente quando se reconciliavan los enemigos en sus casas, también hazían que se abraçassen los dioses en los templos.

Aquél que es solo Verbo Divino, Unigénito del Padre, Señor perpetuo de las Gerarchías, más antiguo que todos los siglos, Príncipe de las Eternidades, Principio de do uvo todo principio, Mayorazgo de Dios y Criador de todas las criaturas, en el abismo de su eterna sabiduría acordó que toda la armonía y ordiembre de la religión christiana de tal manera se cimentasse sobre cimientos tan seguros, que ni ventisqueros de malos christianos la perturbassen, ni avenidas de tyranos la llevassen, ni vientos importunos de hereges se la derrocassen; porque más fácil sería perescer el cielo y la tierra que no suspender por un día que no uviesse religión christiana.

Aquellos dioses antiguos, que no eran sino unas invenciones humanas, como el fundamento de sus reprovadas setas era arena instable, tierra movediza, tremedales peligrosos y unos caminos descaminados, los míseros miserables unos dellos, como nao que da al través, encallando quedaron anegados; otros, como edificios carcomidos, desmoronándose los cimientos, cayeron muertos; finalmente aquellos dioses que sólo el nombre tenían de dioses, con un perpetuo olvido para siempre quedaron olvidados, porque a la verdad sólo aquello será perpetuo que en Dios y por Dios y de Dios tuviere principio. Grande y muy diversa fue la muchedumbre de las naciones passadas, conviene a saber: sirios, assirios, persas, medos, macedonios, griegos, scithas, argivos, corinthos, caldeos, indos, athenienses, lacedemonios, afros, vándalos, suevos, alanos, hunnos, germanos, britanos, hebreos, palestinos, gallos, yberos, lidos, mauros, lusitanos, godos y hispanos. E por cierto en todos éstos, quanta fue la variedad de los pueblos, tanta fue la diferencia de los ritos que tenían y de los dioses que adoravan; porque tenían este error los gentiles, que, según la muchedumbre de lo que estava criado, dezían que para criarlo no era un solo dios poderoso.

Osaré dezir delante todos los sabios, y no me lo negarán quantos fueron y son oy paganos, que sin comparación fue mayor la muchedumbre de los dioses que con liviandad adoraron y inventaron, que no los reynos y provincias que conquistaron y posseyeron; porque a tanta demencia vinieron los antiguos poetas, que osaron en sus escripturas afirmar los dioses de una tierra ser enemigos mortales de otra provincia. De manera que mayor enemistad tenían los dioses de Troya con Grecia, que no los príncipes de Grecia con Troya. Qué cosa fue ver a los assirios con cuánta reverencia adoravan al dios Belo, los egyptios al dios Apis, los caldeos al dios Ysis, los babilonios al dios Dragón Vorace, los pharaones a la Statua Áurea, los palestinos a Belzebuth, los romanos a Jovis, los penos a Mars, los corinthos a Apolo, los árabes a Astaroth, los argivos al Sol, los acayos a la Luna, los sidonios a Belphegor, los amonitas a Balim, los indos a Bacho, los lacedemonios a Osiges, los macedonios a Mercurio, los ephesinos a Diana, los griegos a Juno, los armenios a Líbero, los troyanos a Bestal, los latinos a Februa, los tarentinos a Ceres, los rodos adoravan al dios Jano, según dize Apolonio Thianeo. Y, sobre todo, de lo

que más nos hemos de maravillar es que muchas veces entre sí contendían no tanto sobre la posesión y señorío de los reynos quanto si eran mejores y para más los dioses de los unos que los dioses de los otros; porque ymaginavan ellos que de no estar sus dioses poderosos venían los pueblos a estar pobres, perseguidos y mal fortunados.

Cuenta Pulión, en su segundo libro *De dessolatione regnorum orientalium*, que la primera provincia que se rebeló contra el Emperador Helio Adriano, el qual fue el quintodécimo Emperador de Roma, fue la tierra de Palestina, contra la qual embió a un capitán que avía nombre Severo Julio, varón de gran ánimo y en las armas muy venturoso; porque los buenos capitanes no sólo han de ser animosos, pero requiérese que en las armas sean bien fortunados. Este capitán no sólo dio fin a la guerra, pero aun hizo tanto daño y estrago en aquella tierra, que assoló cincuenta y dos ciudades cercadas, y quemó nuevecientas y ochenta aldeas, y, en batallas y combates y rencuentros y por justicia, degolló y mató más de cincuenta mil personas; porque el superbo y cruel capitán no piensa que tiene gloria sino quando riega con sangre humana la tierra. Y, lo que más es, que en los lugares quando estaban cercados, pobres y viejos, niños y mugeres, de hambre y pestilencia murieron más de otros tantos; porque en las prolixas guerras el cuchillo del enemigo hiere en algunos, mas la pestilencia y trayción y hambre mata a todos. Passada esta guerra de Palestina, luego entre los alanos y armenios se levantó otra guerra más cruda, porque los trabajos y calamidades en los reynos y provincias muchos son los que veen sus principios y muy pocos los que veen sus fines y remedios. Fue la ocasión desta guerra que, como los unos y los otros concurriessen a las fiestas del monte Olimpo, levantóse plática entre ellos sobre quién tenían mejores dioses, y porfiando los unos y contradiziendo los otros, acabadas las fiestas y tornados a sus tierras, vinieron en tantas guerras que, so color de tornar por la honrra de sus dioses, ayña se perdiera la memoria de aquellos dos reynos; porque, si queremos bien parar mientes, hallaremos que de ocasiones muy pequeñas se levantaron las guerras muy famosas. Embió el Emperador Helio Adriano al sobredicho capitán Julio Severo a poner paz entre los alanos y los armenios, mandándole que a los que no quisiessen paz que los persiguiesse con guerra, porque los hombres reboltosos justamente merescen ser destruydos. Finalmente, diose a tan buena maña Julio Severo, que sin llegar con ellos a las manos los fizo a todos amigos, la qual cosa fue no menos al Emperador grata que al reyno provechosa; porque tanta gloria merece el capitán que sojuzga por concordia la tierra como el que la vence por batalla. Hiziéronse los tratos de la paz con tal condición que los alanos tomassen por dioses a los dioses de los armenios y los armenios tomassen por dioses a los dioses de los alanos, y que quando se abraçassen y se reconciliassen los hombres en el Senado, se abraçassen y reconciliassen los dioses en el templo. Era tan vana la vanidad de los antiguos, y era tan ciega la ceguedad de los mortales, y estaban tan sujetos a los consejos diabólicos, que quán fácilmente la sabiduría eterna cría agora un hombre verdadero, tan fácilmente entonces un hombre vano inventava un dios falso; porque los esparcianos tuvieron por opinión que no menos eran poderosos los hombres para inventar dioses que los dioses para criar hombres.

CAPÍTULO V

De cómo fue entre los antiguos muy estimado el filósofo Bruxilo y de la vida que hizo, y de la habla que hizo a los romanos a la hora de la muerte, y de cclxxx mill dioses que dio a los romanos.

Pharasmaco, libro xx *De libertate deorum*, de quien haze mención Cicerón in *De natura deorum*, dize que en los tiempos que los godos tomaron a Roma y cercaron el Capitolio vino con ellos un filósofo que avía nombre Bruxilo, el qual después que los gallos fueron alañados de Italia él quedóse con Camillo en Roma. E como en aquellos tiempos Roma carecía de filósofos, fue este Bruxilo tenido en grandíssima veneración por todos los romanos, en tanto que él fue el primero estrangero cuya statua siendo bivo se puso en el Senado; porque los romanos tenían por costumbre a los naturales hazer estatuas en la vida y a los estrangeros no sino en la muerte.

Fue la edad deste Bruxilo ciento y treze años, los sessenta y cinco años de los quales residió dentro de los muros de Roma, y entre las otras cosas cuentan siete muy notables de su vida. La primera, que en sessenta años jamás romano le vio salir fuera de los muros de Roma; porque antiguamente eran tenidos en muy poco los sabios si con ser sabios no eran hombres muy retraýdos. La segunda, que en sessenta años nunca hombre le oyó dezir palabra ociosa; porque las palabras demasiadas mucho deshazen la auctoridad de las personas. La tercera, que en todo aquel tiempo nunca le vieron perder una hora de tiempo; porque no ay mayor exceso en el sabio que es verle perder un momento de tiempo. La quarta es que en todo aquel tiempo de ningún vicio fue notado, y no se tenga esto en poca excellencia; porque pocos son de larga vida que no sean notados de alguna infamia. Lo quinto, que en todos aquellos sessenta años ninguno tuvo dél enojo ni querella, y no menos esto que lo otro se ha de tener en mucho; porque a la verdad monstruo se puede llamar en natura el hombre que en este mundo vivió sin dar a otro enojo ni pena. Lo sexto, que le aconteció estarse tres y quatro años que no salía fuera de los templos, y en este caso se mostró aquel filósofo ser hombre limpio; porque el hombre virtuoso no se ha de contentar con carecer de los vicios, sino que se ha de apartar de los hombres viciosos. Lo séptimo, que más vezes hablava con los dioses que no con los hombres.

Venido, pues, este filósofo a la hora de la muerte, como le viniessen a visitar todo el Senado, y le diessen muchas gracias por el tiempo que en tan buena conversación con ellos avía vivido, y que muy de corazón pesava a toda Roma porque tan excelente hombre perdía la vida, el buen filósofo en presencia de todos dixo estas palabras al Senado.

CAPÍTULO VI

De lo que dixo a la hora de la muerte el dicho filósofo al Senado de Roma.

«Pues soys sabios, Padres Conscriptos, no me parece que devéys tomar pesar de mi muerte, pues yo la tomo con alegría; porque no se ha de llorar la muerte que tomamos,

sino la vida mala que hezimos. Muy simple es el hombre que teme la muerte no por más de perder los plazer de la vida, ca no se ha de temer la muerte porque se pierde la vida, sino porque no es otra cosa la muerte cruda sino un verdugo de la vida mala. Yo muero, Padres Conscriptos, con alegría. Lo primero, porque no me acuerdo en toda mi vida aver hecho mal a ninguno en la república, y soy cierto que el hombre que no hizo mal a los hombres en la vida no le harán a él mal los dioses en la muerte. Lo segundo, yo muero con alegría por ver que de perder yo la vida toma pesar toda Roma; porque muy malaventurado es el hombre cuya vida lloran todos y en cuya muerte ríen muchos. Lo tercero, yo muero con alegría no por más de acordarme que en sessenta años que he estado en Roma siempre trabajé de aprovechar a la república; porque los justos dioses me dixeron a mí que no ay muerte con trabajo sino do uvo vida sin provecho. Lo quarto, yo muero con alegría no tanto por el provecho que he hecho a los hombres, quanto por el servicio que he hecho a los dioses; porque mirando en quán inútiles cosas empleamos la vida, podemos dezir que sólo aquel tiempo vivimos que en servicio de los dioses empleamos.

Dexando lo que toca a mi persona, quiero, Padres Conscriptos, descubriros un secreto que toca a la vuestra república, y es éste: Rómulo, nuestro padre, fundó a Roma; Numa Pompilio erigió el alto Capitolio; Anco Marcio la cercó de muro; Bruto la libertó de tyranos; el buen Camillo alañó della a los gallos; Quinto Cincinato amplió sus reynos; pero yo la dexo poblada de dioses, los quales guardarán mejor a Roma que no los muros ni hombres, porque al fin más vale el favor de un dios que el esfuerço de todos los hombres. Quando yo vine a Roma, era confusión ver quán pobre de dioses estava Roma, ca no avía sino cinco dioses, conviene a saber: a Jovis, a Mars, a Jano, a Verecinta y a la diosa Vestal. Pero agora no es assí, sino que para cada uno queda un dios señalado, porque muy injusto es que estén los erarios llenos de tesoros y veamos los templos privados de dioses. Como son cclxxx mil vezinos, assí os tened por dicho que os dexo cc y ochenta mil dioses. Y por esos dioses os conjuro, o romanos, se contente cada uno con el dios de su casa y no cure de aplicar para sí a los dioses de la república; porque es reo a los dioses y odioso a los hombres, el que haze suyo proprio lo que en común es para muchos.

Ésta será la orden que ternéys con los dioses si no queréys errar en el servicio de los dioses, conviene a saber: que a la madre Verecinta ternéys para aplacar los dioses ayrados, y a la diosa Vestal ternéys para moderar a los hados desdichados; al dios Júpiter encomendaréys la governación de vuestra república y a él ternéys por dios sobre todos los dioses del cielo y de la tierra, porque si Júpiter no templasse la yra y embidia que tienen los dioses allá en el cielo, ya no avría memoria de los hombres acá en la tierra. De los otros dioses que yo os dexo particulares, aprovechaos dellos en particular, pero parad mientes, romanos, que si os fuere contraria en algún tiempo la fortuna, no sea osado alguno dezir mal del dios que tiene en casa; porque los dioses me dixeron a mí que harto abastava dissimular con los que no los sirvían, sin que perdonassen a los que los ofendían. Y no os engañéys, diciendo que son dioses particulares y desfavorecidos, porque os hago saber que no ay dios tan abatido, que para vengar una injuria no sea poderoso. ¡O!, romanos, razón es que de aquí adelante bivan todos muy alegres, y con esto penséys que quedáys muy seguros, y tengáys por imposible ser vencidos de

vuestros enemigos, porque ya no vosotros de vuestros vezinos, sino vuestros vezinos de vosotros demandarán dioses prestados. Porque ya no me veréys más, a vuestro parecer paréscos que oy me tengo de morir, y a mi parecer sólo porque muero, oy comienzo a bivar; porque me voy para los dioses que os dexo y os dexo los dioses para que me voy.»

CAPÍTULO VII

Cómo los gentiles pensavan que no era poderoso un dios para defenderlos de sus enemigos, y de cómo los romanos, quando fueron combatidos de los godos, embiaron por todo el imperio a pedir dioses prestados.

En el año de la fundación de Roma de mil clxiii, que, según la computación nuestra, era en el año de ccccxii de la Encarnación de Christo, según dize Paulo Orosio, libro sexto *De ornesta mundi*, y Paulo Diáchono, xii libro *Historie romanorum*, los godos, que por otro nombre se llamavan gethas según Spartiano, o según otros se llamavan gétulos, y según otros maságetas, fueron alañados de sus tierras por los hunnos y vinieron a Italia a buscar nuevas sillas do tomassen naturaleza y edificassen casas. Y en aquellos tiempos era emperador romano uno que avía nombre Valente, varón poco esforçado en las armas y menos corregido en las costumbres, porque era de la seta de los arrianos. Venían por reyes destos godos dos muy famosos hombres, conviene a saber: Randagaysmo y Alarico. Y, destos dos, Randagaysmo fue el primero y fue gentil, y era rey muy cruel, y traía consigo por lo menos dozientos mil godos, los quales todos con él y él con todos hizieron voto de derramar toda la más sangre que pudiesen de los romanos y ofrecerla a sus dioses; porque tenían en costumbre los bárbaros que, en acabando de matar a su enemigo, con aquella sangre untavan al dios que estava en el templo. Venida la nueva cómo aquel crudo tyrano venía con determinación no sólo de assolar a Roma, pero aun de quitar el nombre de romanos que no se nombrasse en toda la tierra, fueron desto todos los pueblos de Italia muy atemorizados, y acordaron todos los poderosos y valerosos cavalleros de meterse en Roma y allí morir sobre defender la libertad della, porque era costumbre inviolable entre los romanos que quando armavan a un cavallero, hazíanle jurar tres cosas. Lo primero, jurava que todos los días de su vida no los espondería sino en la guerra. Lo segundo, jurava que por pobreza, ni por riqueza, ni por otra cosa ninguna, jamás tomaría gajes sino de Roma. Lo tercero, jurava que antes eligería morir libre que no bivar captivo. Después ya que todos los romanos que estavan derramados por Italia se vieron juntos en Roma, acordaron de embiar sus mensageros con letras, no sólo a sus súbditos, mas aun a todos sus confederados. La summa de las cartas era ésta.

CAPÍTULO VIII

De una carta que embiaron los del Senado a todos los del Imperio.

«El Sacro Senado y todo el Pueblo Romano a los sus fieles súbditos y a los sus caros confederados, salud vos dessea y victoria contra sus enemigos a los dioses demanda. La variedad de los tiempos, el descuydo de vosotros y la triste suerte de nuestros hados nos

ha traído a tiempo que do Roma dende Roma conquistava y governava a reynos estraños, oy vienen a conquistarla y destruyrta hombres advenedizos, de manera que los bárbaros que solíamos tener por esclavos juran y perjuran que han de ser señores nuestros. Ya sabéys cómo toda aquella gente bárbara ha conspirado contra nuestra madre Roma, y han hecho ellos y su rey un voto público de ofrescer toda la sangre de los romanos a sus dioses en los templos; y podrá ser que, vista su soberbia y nuestra inocencia, la fortuna disponga otra cosa, porque es regla general que de la guerra que se comienza con malicia y se prosigue con soberbia es imposible que ningún príncipe saque victoria. Hanos parecido que ni porque ellos traygan la demanda injusta, ni nosotros tengamos assaz justificada la causa, no por esso se deve dexar de poner gran solicitud y diligencia en cómo resistiremos a esta gente bárbara, porque muchas vezes se pierde por pereza lo que está ganado por justicia.

Para remedio de todo este mal futuro, hanse proveído las cosas siguientes en este Sacro Senado, y para cumplirlas es necesario vuestro favor y socorro. Lo primero, tenemos determinado con toda presteza de reparar los fossos y puertas y muros, y allí armar nuestros ingenios; y para esto y para otras necessidades de la guerra son necesarios dineros, porque ya sabéys que no se puede hazer buena guerra do sobran los enemigos y faltan los dineros. Lo segundo, tenemos proveído que todos los que han jurado la milicia romana se vengán a meter en Roma. Por esso, embiarnos eys a todos los que de cinquenta decienden y de veynte años arriba suben, porque en las buenas guerras ha de aver hombres ancianos que aconsejen y mancebos esforçados que executen. Lo tercero, tenemos acordado que la ciudad se provea de bastimentos a lo menos para dos años, por cuya causa os rogamos que del vino nos embiéys la décima parte; de carnes, la quinta parte; de pan, la tercera parte; porque tenemos jurado de morir, pero no queremos morir de hambre en el cerco como temerosos, sino peleando en el campo como romanos. Lo quarto, tenemos proveído que, pues nos vienen a combatir bárbaros ignotos, trayamos a Roma para contra ellos dioses estraños, que, como sabéys, desde el gran Constantino acá estamos tan solos y tan pobres de dioses, que no tenemos más de un Dios de los cristianos. Por esta causa os rogamos tengáys por bien en esta extrema necessidad con vuestros dioses socorrernos, porque entre los dioses no sabemos que aya dios tan poderoso que él solo sea poderoso para defender a todo el pueblo romano. Reparados, pues, muy bien los muros, traýdos a la ciudad todos los mancebos belicosos, bastecidas las casas de bastecimientos, proveído el erario de dineros, assestados en sus lugares los ingenios y, sobre todo, llenos de dioses los templos, esperamos en nuestros dioses que avremos victoria de nuestros enemigos; porque peleando con los hombres y no con los dioses siempre se ha de esperar victoria, porque no ay hombres tan poderosos que por otros hombres no puedan ser derribados. *Valete*, etcétera.»

Embiada, pues, esta epístola por todos los confines de Roma, sin esperar respuesta della ya los romanos públicamente blasfemavan el nombre de Christo, y ponían ydolos por los templos, y hazían cerimonias gentílicas, y, lo peor de todo, que dezían públicamente que nunca Roma se vio afrentada de tyranos sino después que eran christianos y que si no tornavan todos los dioses a Roma nunca Roma estaría segura, porque sus dioses, de afrentados que los avían echado de Roma, traýan aquellos bárbaros para vengar sus injurias. La Providencia divina, que no da lugar a que en todo lugar execute sus fuerças la

malicia humana, antes que se reparassen los muros, ni tornassen respuesta los mensageros, ni entrassen en Roma los dioses estraños, el rey de los godos Randagaismo con dozientos mil bárbaros, sin efusión de sangre en los christianos, súbitamente en los montes vesulanos de hambre y de sed, y de piedras que caían del cielo, perdió todo el ejército sin quedar bivo ni uno, y él fue preso y en Roma descabeçado. Esto hizo la Sabiduría eterna porque viessen los romanos que Christo, verdadero Dios de los christianos, para defender a sus siervos no tiene necessidad de dioses estraños.

CAPÍTULO IX

Del Dios verdadero y de la poquedad de los dioses vanos y de muchas maravillas que hizo Dios en la ley vieja para mostrar su potencia divina.

¡O!, crassa ignorancia, ¡o!, obstinación nunca oýda, ¡o!, juyzios de Dios inscrutables, que teniendo aquellos gentiles al Dios verdadero, buscavan los dioses falsos; teniendo al Dios proprio, buscavan dioses de empréstido; teniendo al Dios de verdad, buscavan dioses engañadores; y lo peor de todo es que aquel Dios que crió todas las cosas y sólo para guardar a Roma pensavan que era necessario estar de otros dioses acompañado. Salgan oy todos los dioses en campo de una parte, y yo saldré con solo el Dios verdadero de la otra, y cotegemos las hazañas de aquellos dioses falsos con la menor obra de nuestro Dios verdadero, y verán muy claro la falsedad suya y la verdad nuestra, porque la lengua que habla de Dios no puede tropeçar en una mentira, y la que habla de los ydolos no podrá descubrir una verdad. Y si esto tienen en mucho criarlo con su potencia, no se tenga en menos conservallo y regirlo con su sabiduría; porque muchas cosas se hazen en un momento y de un ímpetu, las quales para conservarse tienen necessidad de prolixo tiempo y enojoso trabajo.

Ítem pregunto: ¿quál dios de los gentiles hiziera lo que hizo el Dios nuestro, conviene a saber: dentro de una arca hazer estar en paz al león con el pardo, al lobo con el cordero, al osso con la vaca, al tigris con el cocodrillo, al cavallo con la yegua, al perro con el gato, a la zorra con las gallinas, a los perros con las liebres, y assí de otros animales cuya enemistad es mayor con otros animales que la de hombres con hombres; porque la enemistad entre los hombres procede de malicia, mas la que es entre los animales de naturaleza?

Ítem pregunto: ¿qué dios, si no fuera el Dios verdadero, fuera tan poderoso que en un día, en una hora, en un momento, a todos los hombres, a todas las mugeres, a todos los animales, a todos los matara, anegara y ahogara, de manera que de todos quantos avía en el mundo, si no fueron ocho, todos perescieron en el diluvio? Y este estrago se hizo los juyzios de Dios lo ordenando y sus gravísimos pecados lo meresciendo, porque jamás haze Dios algunos notables castigos sin que primero precedan muchos y muy notorios pecados. Y si esto se tiene en mucho, otra cosa quiero que se tenga en más, conviene a saber: que si Dios mostró su rigurosa justicia en el castigo, luego mostró su potencia y clemencia en el remedio, en que de aquellos ocho hombres, que eran tan pocos, se multiplicó la generación en mucho y se poblaron muchos y muy grandes reynos, de lo

qual es assaz de maravillar; porque, según dize Aristóteles, las grandes cosas muy fácilmente se destruyen, pero con gran dificultad se reparan.

Ítem pregunto: ¿qué dios de los gentiles fuera poderoso a hazer lo que hizo el Dios de los ebreos en aquel antiguo y opulento reyno de los egypcios, conviene a saber: que como Él quiso y quando a Él le plugo ensangrentó los ríos, enficionó las carnes, espessó los ayres, despertó a los cínifes, secó las mares, mató a los primogénitos, escureció al sol, hizo maravillas en Canaán y cosas espantables en el mar Bermejo; finalmente mandó a las bivas mares que invistiessen al príncipe y a sus egypcios y que dexassen passar en seco a los hebreos? Si una de estas cosas hiziera uno de los dioses falsos fuera de maravillar, pero en hazerla el Dios verdadero no nos emos de espantar, ca todas estas cosas, según lo poco que alcança nuestro juyzio paréscenos mucho, pero según lo que puede la potencia divina es muy poco; porque do el verdadero Dios pone su mano ni ay hombres poderosos, ni animales bravos, ni cielos altos, ni mares profundas, porque assí como Él les dio el ser, assí Él les quita el poder.

Ítem pregunto: ¿qué dios de los gentiles, aunque todos se juntassen juntos, tuviera poder para matar a un hombre solo, como el Dios verdadero, que en tiempo del rey Sedechías en una noche mató ciento y ochenta mil hombres del campo de los assirios, estando dormiendo los hebreos, que eran sus mortales enemigos? Y de verdad en este caso enseñó Dios a los príncipes y grandes señores quán poco les aprovechan los muchos exércitos, ni los muchos dineros, ni los grandes ingenios en las cosas de la guerra, quando Dios por sus desméritos tiene determinada otra cosa; porque, al fin al fin, inventar las guerras procede de la ambición y malicia humana, pero la victoria dellas depende de la voluntad divina.

Ítem pregunto: ¿qué dios de los gentiles hiziera lo que hizo el nuestro Dios verdadero, que puso a los pies del muy nombrado capitán Josué treynta y dos reyes y reynos, a los quales quitó no sólo las tierras, mas aun las vidas, a los tristes reyes haziendo pedaços y a los míseros reynos repartiendo entre los doze tribus? Estos reynos antiguamente avían sido de los antiguos hebreos y avía más de dos mil años que estavan tyranizados, y quiso Dios por mano de Josué que fuessen restituydos. E si Dios acaso les dilata mucho el tiempo, es porque les ha de dar muy grave el castigo, y no porque han passado muchos años lo tiene olvidado; porque muchas tyranías tienen olvidadas los príncipes de su memoria, las quales están corriendo sangre delante la justicia divina.

Ítem pregunto: ¿todos los dioses antiguos, si pudieran no guardaran y ampararan a sus reyes y reynos de sus enemigos? No es de creer, por cierto, que si pudieran no quisieran, pues no perdían menos los dioses en perder sus templos que perdían los hombres en perder sus reynos; porque en más tenían los antiguos perderse un solo templo sancto, que todo un pueblo generoso. Vemos que los dioses de los troyanos no pudieron defenderlos de los griegos, sino que hombres y dioses, y dioses y hombres, vinieron a Carthago; y de Carthago, a Trinacria; y de Trinacria, a Lacio; y de Lacio, a Laurento; y de Laurento, a Roma. Y assí anduvieron corridos y huydos, mostrando que no menos fueron vencidos los dioses de Troya de los dioses de Grecia, que los capitanes de Grecia vencieron a los capitanes de Troya, la qual cosa en los que presumían ser dioses es dificultoso, porque el

verdadero Dios no sólo no ha de temer ni huir, pero aun hase de hazer amar y temer. Lo que dezimos de los unos podemos dezir de los otros, conviene a saber: que todos los dioses todos tenían reynos y templos do eran servidos y adorados, pero vemos que los unos destruyeron a los otros, como parece en los hebreos, que fueron señoreados de los assirios; los assirios, de los persas; los persas, de los macedonios; los macedonios, de los medos; los medos, de los griegos; los griegos, de los penos; los penos, de los romanos; los romanos, de los godos; los godos, de los mauros; de manera que no uvo reyno ni nación en el mundo que de otro reyno o nación no fuesse enseñoreado. No podrán negar todos los que escrivieron, y que en sus escrituras a los dioses y a sus ritos engrandescieron, que los dioses y los cultores, y los cultores y los dioses, al fin todos no uvieron fin, y que sola la religión christiana no terná fin, porque está fundada sobre Aquél que no tiene principio ni fin.

Una de las cosas que ayudan a mi coraçón a ser más confirmado en la religión christiana es ver cómo desde que se fundó la Iglesia a los reyes y reynos más poderosos, a éstos ha tenido por mayores sus enemigos, y los pobres y más flacos y aun más simples, han sido solos sus valedores y defensores. ¡O!, gloriosa Iglesia militante, que no eres agora sino oro entre la escoria; rosa entre las espinas; grano entre la paja; cañada entre los huessos; margarita entre las conchas; ánima sancta entre carnes podridas; única ave fénix enjaulada; nao entre las bravas mares engolfada, la qual quanto más es combatida, tanto se muestra ser más velera; porque nunca la Iglesia muestra su potencia sino quando de los tyranos es combatida. No ay reyno tan pequeño, ni hombre tan desfavorecido, que quando otro o otros le persiguen, de amigos, o parientes, o valedores, no sea favorecido y socorrido; de manera que los que piensan destruyr son destruydos, y aquéllos que pensaron tener de su parte, aquéllos son mayores sus enemigos. Y esto no procede sin un gran secreto de Dios, porque si sufre Dios al malo que sea por algún tiempo malo, no quiere sufrir que un malo combide a otros a hazer mal. Los palestinos no tuvieron por principales enemigos sino a los caldeos; y los caldeos, a los ydumeos; los ydumeos, a los assirios; los assirios, a los persas; los persas, a los argivos; los argivos, a los athenienses; los athenienses, a los lacedemonios; los lacedemonios, a los sidonios; los sidonios, a los rodos; los rodos, a los scitas; los scitas, a los hunnos; los hunnos, a los alanos; los alanos, a los suevos; los suevos, a los vándalos; los vándalos, a los baleares; los baleares, a los sardos; los sardos, a los penos; los penos, a los romanos; los romanos, a los daços; los daços, a los godos; los godos, a los gallos; los gallos, a los hispanos; los hispanos, a los mauros. De todos estos reynos sólo ha sido perseguido un reyno de otro reyno y no todos de uno, sacando la Madre Sancta Iglesia, la qual de todos estos reynos ha sido perseguida y de ninguno si sólo de Christo ha sido favorecida, y si favorecida muy bien defendida, porque las cosas que toma Dios a su cargo, aunque del mundo resciban rencuentro, al fin es impossible que corran peligro.

CAPÍTULO X

Que no ay más de un Dios verdadero y que es dichoso el reyno que tiene el príncipe buen christiano y de cómo los gentiles affirmavan que los buenos príncipes después de

muertos se tornavan dioses, y los malos príncipes se tornavan demonios después de muertos. Prueba esto el auctor por algunos antiguos exemplos.

Caso que la común opinión de los populares y de los simples fue que avía muchos dioses, pero en la común escuela de los filósofos fue no aver más de un Dios, al qual llamavan unos Júpiter, que era dios sobre los dioses, y otros le llamavan primera inteligencia, porque avía criado a todos los orbes, otros le llamavan primera causa, porque fue principio de todas las cosas. Esto parece aver sentido Aristóteles en el duodécimo de su *Metafísica* quando dixo: «Todas las cosas superiores y inferiores quieren ser bien ordenadas, y muchas cosas muy mejor por arbitrio de uno que por parecer de muchos se ordenan; luego un solo príncipe es que las ordena.» Marco Varrón, en los libros de su *Theología mística*, y Tulio, en el libro *De natura deorum*, aunque ellos fueron gentiles y assaz cultores de los templos, burlan de los gentiles que pusieron y creyeron aver muchos dioses, y que Mars y Mercurio y Jovis y toda aquella flota de dioses que ponen los gentiles, todos fueron hombres mortales como nosotros. Y como no conocían ángeles buenos, ni ángeles malos, y ni sabían que avía paraíso para dar gualardón a los buenos y infierno a los malos, tomaron por opinión que todos los hombres buenos se tornavan dioses y todos los hombres malos se tornavan demonios. No contentos con este engaño, trúxolos el demonio a tanto error, que pensavan que poder ser uno dios o ser demonio estava en poder del Senado de Roma, en que quando un emperador moría en Roma, si estava bien con el Senado luego le computavan entre los dioses, y si moría en desgracia del Senado luego le condenavan por demonio.

Y porque no hablemos de gracia, sino que provemos lo que dezimos por escriptura, dize Herodiano que Faustina, su hija de Antonio Pío y muger de Marco Aurelio, los cuales fueron uno en pos de otro emperadores, y de verdad de los que les precedieron y de los que les subcedieron muy pocos fueron tan buenos, y a mi parecer ningunos mejores. Para ser un emperador de inmortal memoria, ha de tener cinco cosas en esta vida, conviene a saber: que sea limpio en la vida, recto en la justicia, venturoso en las armas, docto en las sciencias y bienquisto de sus provincias, las cuales virtudes todas estuvieron en estos dos príncipes excelentísimos. Esta Emperatriz Faustina en extremo fue muy hermosa, y loan los escriptores tanto su hermosura, que dizen que era imposible ser como fue tan hermosa si los dioses no pusieran en ella alguna cosa divina. Pero junto con esto dízese y pónese por duda cuál fue mayor, la hermosura de su cara o la desonestad de su vida, porque con la hermosura espantava a los que la miravan y con la desonesta vida escandalizava a los que la conocían. Pero después que el Emperador Marco Aurelio venció y triumphó de los partos, como anduviesse visitando las provincias de Asia, en el monte Tauro por ocasión de una lenta calentura en espacio de quatro días murió la hermosa Faustina, y assí embalsamada la truxeron a Roma. Y como fue hija de tan buen padre, y era muger de emperador tan quisto, *inter divos Faustina relata este*, como si dixesse: «pusieron a Faustina en el cuento de los dioses.» Y como por aver sido señora tan suelta nunca se pensó que los romanos le hizieran aquella honra, tomó el Emperador Marco tanto plazer desto, que nunca acabava de agradecerlo al Senado; porque en la verdad, aquel beneficio ha de ser muy agradecido el qual el que le rescibió sin esperanza de recibirle le fue hecho. Lo contrario aconteció en la muerte de Tiberio, tercero Emperador romano, al qual no sólo le mataron y por las calles le traxeron arrastrando,

pero aun los sacerdotes de todos los templos se juntaron y públicamente rogavan a los dioses que consigo no le rescibiessen, y rogavan a las furias del infierno que gravemente la atormentassen, diciendo que el tirano que aborresció la compañía de los buenos en la vida, justo es que no tenga lugar sino con las furias infernales en la muerte.

Dexada la común opinión del pueblo rústico, el qual antiguamente no vino en conocimiento del Dios verdadero; contando la opinión de Aristóteles, que pone una primera causa; y la opinión de los stoycos, que resciben la primera intelligencia; y la opinión de Cicerón, que so color de Jovis no pone a otro dios sino a él, digo y confieso con la fe de la religión christiana, que no ay más de un solo Dios criador del cielo y de la tierra, de cuya excellencia, potencia, magestad y gloria es muy poco lo que puede dezir nuestra lengua; porque las cosas divinas ni las puede nuestro ingenio entender, ni nuestro entendimiento discernir, ni nuestra memoria comprender, ni muchos menos nuestra lengua explicar. Lo que los príncipes y los otros fieles deven sentir de Dios es esto, conviene a saber: que Dios es un summo bien, un inmortal bien, un incorruptible bien, un immutable bien, un immenso bien y un omnipotente bien; porque toda la potencia humana es burla respecto de la potencia divina. Digo que nuestro Dios Él sólo es summo bien, que la criatura si tiene algún bien no es summo bien; porque al hombre cotejándole el bien que posee con las miserias y calamidades que le combaten, sin comparación es más el mal que le sigue que el bien que le acompaña.

Ítem Dios Él sólo es immortal *ab eterno*, el qual assí como no tuvo principio, assí no terná fin, y lo contrario es en el mísero hombre, al qual si unos le vieron nacer, otros le verán morir; porque no es otra cosa nascer los niños sino emplazar para la sepultura a los viejos.

Ítem sólo Dios es incorruptible, el qual en su essencia ni padece corrupción ni diminución, pero todos los hombres mortales padecen corrupción en las ánimas con los vicios y en los cuerpos con gusanos; porque, al fin al fin, no ay ninguno tan previlejado, que su cuerpo no esté sujeto a corromperse y su ánima a salvarse o perderse.

Ítem sólo Dios es immutable, y en este caso hase de creer que si alguna vez Dios muda la obra, no por esso muda el eterno consejo, pero en los hombres es lo contrario, los quales muchas vezes comiençan un negocio con gravedad, y al mejor tiempo mudan el consejo y le dexan con liviandad.

Ítem digo que sólo Dios es incomprehensible, cuya magestad no se puede alcançar, ni su sabiduría se puede entender, lo qual es contrario en la sabiduría humana, porque no ay hombre tan sabio ni tan profundo, que lo que él sabe no lo supo otro hombre en otro tiempo.

Ítem sólo Dios es omnipotente, ca Él tiene poder no sólo sobre los bivos, mas aun sobre los muertos; no sólo sobre buenos, mas aun sobre los malos; porque el hombre que no lo sintiere propicio para darle gloria, sentirle ha ayrado para darle pena.

¡O!, príncipes deste mundo, justo es por cierto reconozcáys vassallage al Príncipe de la tierra y del cielo, que al fin por mucho que valgáys, por mucho que tengáys y por mucho que podáys, al respecto del Supremo Príncipe ni valéys nada, ni tenéys nada, ni podéys nada; porque no ay príncipe oy en el mundo que no puede menos de lo que quiere y no quiere más de lo que tiene. Pues todo lo sobredicho es verdad como es verdad, miren los príncipes y los grandes señores quán cónsono a razón es que, pues todas las criaturas no fueron criadas sino por uno, todas las criaturas no adoren más de uno, porque así como un príncipe no permite que otro se llame rey en su reyno, assí no quiere Dios que se adore otro dios sino Él en el mundo. Muy gran beneficio fue criarnos el Padre sin que nadie se lo rogasse, redemirnos el Hijo sin que ninguno le ayudasse y, sobre todo, hazernos christianos el Spíritu Sancto sin que nadie lo mereciesse; porque el menor bien de los que Dios nos haze no se paga con todos los servicios que nosotros le hazemos. En mucho deven tener los príncipes averlos Dios criado hombres y no bestias; y en mucho más deven tener averlos hecho señores y no siervos; y sin comparación deven tener en mucho más averlos hecho christianos, y no moros ni gentiles; porque poco les aprovechara tener sceptros y reynos para se condenar y que no conocieran la Yglesia Santa, fuera de la qual ninguno se puede salvar. ¡O!, divina Bondad, cuántos y cuántos paganos, si los escogieras para tu Yglesia, fueran por ventura mejores que no yo, y a mí si me fizieras pagano fuera peor que no ellos. Dexaste a ellos que te sirvieran y escogiste a mí que te ofendo. Tú, Señor, sabes lo que hazes allá; yo no sé lo que me digo aquí, porque las obras de Dios tenemos obligación a loarlas y no tenemos licencia de retratarlas.

Los emperadores y reyes paganos que fueron buenos y virtuosos (como uvo muchos que lo fueron) quanto mayor tuvieron el recibo, al tiempo del descargo menos se les hará de cargo; y por contrario a los malos príncipes christianos, quanto de beneficios más tuvieron colmada la medida, tanto en las eternas llamas les será dada mayor pena; porque según la ingratitud de los beneficios que tuvieron en este mundo, así será la ferocidad de las penas que ternán en el infierno. Por ser hombres racionales muchas cosas son obligados a fazer los príncipes; y a obrar son mucho más obligados por ser christianos; y a otras muy mucho más por ser poderosos y en tan altos estados constituidos; porque no está la verdadera grandeza en que los príncipes tengan mucho, sino en que valgan mucho. A un árbol enano no le piden más de que dé su fruta en el tiempo devido; mas un árbol alto, generoso y poderoso está obligado a dar leña a los friolentos, sombra a los cansados, fruta a los hambrientos, y él que se ha de defender de todos los vientos importunos; porque los príncipes virtuosos no han de ser sino una sombra do descansen todos los buenos. A muchas cosas nos combida la Yglesia que hagamos, y de muchas nos remuerde la consciencia que nos guardemos; pero si a mí me prometen los príncipes que harán solas dos cosas, conviene a saber: que serán fieles a la ley de Dios que adoran y que no usarán de tyranía con los próximos que gobiernan, desde agora les prometo la gloria y felicidad que dessean; porque sólo aquel príncipe muere seguro que murió en la caridad de Christo y bivió en el amor del próximo.

Los príncipes y grandes señores que presumen de buenos christianos, mucho deven velar porque todas las cosas se hagan a servicio de Dios, y se comiencen en Dios, y se prosigan por Dios y se acaben en Dios. Y, si en esto deven velar, fágoles saber que en las cosas que tocan al enxalçamiento de la fe se deven desvelar, de manera que conozcan todos que

por defensión della está aparejado a morir, porque si el príncipe cree que hay pena y galardón para los buenos y malos en la otra vida, es imposible que él no emiende la vida y gobierne bien su república. Ténganse por dicho que los príncipes que no son de Dios temerosos, jamás por jamás pueden ser ellos ni sus reynos bien fortunados; porque la felicidad o la calamidad de los reynos no viene de lo que los reyes o reynos trabajan, sino de lo que los reyes o reynos merecen. En gran peligro bive el reyno el príncipe del qual es mal christiano, y bienaventurada y segura es la república en la qual su príncipe es hombre de buena consciencia, porque hombre de buena consciencia no puede en la república hazer cosa mala.

CAPÍTULO XI

De muchos dioses que tenían los gentiles y de los officios que tenían aquellos dioses, y de cómo se vengavan de los dioses de que no hazían lo que querían ellos, y de cómo heran xx los dioses escogidos y heran infinitos los dioses comunes.

Caso que a los de claro juyzio las obras de Dios por sí mismas sin compararlas a otras son grandes, pero porque mejor se conoce lo blanco estando junto cabe lo negro, quiero para los curiosos contar aquí una flota de dioses falsos, porque por ellos y por sus poquedades verán muy claro en cuánto han de tener los príncipes al Dios verdadero.

Es de saber que los antiguos paganos tenían muchas maneras de dioses, pero los más supremos eran los dioses que llamavan ellos *dii selecti i sursum electi*, que querían dezir dioses del cielo, los cuales descendían pocas vezes acá en la tierra. Eran estos dioses veynte, conviene a saber: Jano, Saturno, Jovis, Genium, Mercurio, Apolo, Mars, Vulcano, Neptuno, Sol, Orcus, Víbar, Tellus, Céris, Juno, Minerva, Luna, Diana, Véneris, Vestalis. Déstos, las ocho últimas son diosas y los doze primeros son dioses. Destos veynte dioses no podía ninguno apropiarlos o tomar para sí alguno dellos, sino que en común para todos avían de aprovechar, conviene saber: para un reyno todo, para una provincia señalada o para una ciudad generosa.

Quanto a lo primero es de saber que tenían un dios que se llamava Cancio, y a éste rogavan y ofrecían muchos dones a fin que les diese dios fijos sabios y agudos, y si esto pidieran al Dios verdadero, ellos tenían razón, porque según la malicia humana es enconada, mucho peligro corre el hombre al qual no le crió cuerdo la Providencia divina. Ítem tenían otra diosa que llamavan Lucina. Y a ésta se encomendavan las mugeres para tener buen parto. Y avía un templo en Roma, vía Salaria, extramuros, assaz grande, do todas las romanas preñadas sacrificavan a su diosa Lucina y le tenían allí novenas. Según dize Frontón, *De veneratione templorum*, el templo desta diosa edificó Numa Pompilio y fue destruydo por el cónsul Ruptilio a causa que, como una hija suya estuviesse preñada y por más devoción se fuesse a tener novenas y a parir al templo de Lucina, fue la desdicha que la moça no sólo malparió, mas aun murió, y de aquel enojo el cónsul Ruptilio secretamente fizo poner fuego al templo; porque muchas vezes leemos que, quando los gentiles se veían en una grande necessidad, si se encomendavan a los dioses y ellos no

los socorrían en sus necesidades, luego les quitaban los sacrificios o les derrocaban los templos o mudaban dioses.

Ítem los gentiles tenían otro dios que llamaban Opis, y este dios era dios del niño que nascía, assí como Lucina era diosa de la madre que le paría, y tenían por costumbre que todos los nueve meses que la madre estava preñada traía la imagen del dios Opis colgada sobre la barriga, atada en la cinta o cosida en la saya; y a la hora que quería parir, tomava en las manos la partera aquella ymagen; y, en assomando a nacer el niño, primero le tocava con el ydolo que con la mano. Si el niño nacía bien, el padre y los parientes hazían aquel día gran veneración aquel ídolo; pero si el infante nascía ahogado, los parientes llevavan ahogar la ymagen del dios Opis en el río.

Ítem los gentiles tenían otro dios que llamavan el dios Vaginato, y a éste sacrificavan ellos por devoción porque no llorassen mucho los niños, y a este fin la ymagen o ydolo deste dios Vaginato traía la el niño colgada del pescueço; porque los gentiles tenían por muy mal agüero quando en la niñez llorava mucho el niño, diziendo que el llorar mucho en la infancia es señal que terná el niño muy adversa la fortuna.

Ítem tenían otro dios que llamavan el dios Cunino, y a éste honrravan y sacrificavan a fin que fuese abogado de guardar los niños en las cunas; y los que eran pobres tenían el dios Cunino y poníanle colgado encima de la cuna, pero los que eran ricos hazían unas cunas ricas, en las cuales estavan esculpidos muchos dioses cuninos. Cuenta Herodiano, y Pulión en la *Vida de Severo*, que, estando el Emperador Severo en la guerra de los gallos, su muger, que avía nombre Julia, parió una fija y fue la primera, y acaso una hermana desta Julia que avía nombre Mesa, natural de Persia, de una ciudad que avía nombre Mesa, embió a la hermana en Roma una cuna, la qual era de olicornio y de oro, y en torno della estavan esculpidas muchas imágenes del dios Cunino. Era la cuna de tan gran precio, que después por muchos tiempos estuvo puesta entre los grandes tesoros del herario, aunque en la verdad los romanos estas semejantes cosas más las guardavan con ambición de memoria que no con desseo de riqueza.

Ítem los gentiles tenían otro dios que llamavan el dios Runino, que quiere dezir dios de los niños que maman. A éste fazían las matronas romanas muchos sacrificios porque les guardasse las tetas y les diesse buena leche para sus criaturas; y todo el tiempo que tenían leche traían la ymagen deste dios colgada de la garganta hasta los pechos; y cada mañana, antes que mamasse el niño, embiava a ofrecer una escudilla de leche la madre al dios Runino. Si no avía templo allí do ella estava, con leche bañava la ymagen del dios Runino que ella tenía.

Ítem tenían otro dios que llamavan el dios Stelino, que era abogado de los niños quando començavan a andar, y a este dios ofrecían las matronas romanas muchos dones a fin que sus hijos no quedassen enanos y supiesen bien andar, de manera que no quedassen coxos ni mancos; porque acerca de los romanos los coxos y los enanos eran tenidos en tan gran vituperio, que ni podían tener oficios en el Senado, ni ser sacerdotes en algún templo. Cuenta Hérculo, libro iii *De republica*, que Cornelia, aquella excelentíssima muger la qual fue madre de los Gracos, los dos primeros hijos que parió, el uno fue enano y el otro

coxo, y ella, pensando que el dios Stelino estava della enojado, en la región xii cabe el campo Gadetano, entre los huertos de Detha hizo templo al dios Stelino, el qual templo duró hasta los tiempos del rey Randagaismo, el qual quando cercó a Roma derrocó todos los templos y taló todos los huertos que estaban en torno de Roma.

Ítem tenían otro dios los gentiles que llamavan el dios Adeón, y éste tenía cargo de fazer al fijo, ya que sabía andar, que se llegasse a la madre y tomasse amor con ella. Y caso que Cicerón, libro ii *De natura deorum*, ponga a este dios entre los otros dioses, no me acuerdo aver leydo que tuviesse templo en Roma hasta el tiempo de Mamea, madre del Emperador Antonino. Esta excelente muger, como quedasse biuda y con dos niños muy pequeños por criar, con desseo que los fijos fuessen buenos y que con ella de que creciesen los fijos fuessen amorosos, en la región xii, en el Vaticano, cabe los huertos de Domicilio, edificó un templo no poco solemne al dios Edeón, cabe el qual hizo otro edificio que avía nombre *Sacelum Mamee*, do ella estuvo por muchos tiempos retraída; porque era costumbre que todas las biudas que querían dar a sus hijos buena dotrina, luego se salían y se apartavan de los plazerres y peligros de Roma.

Ítem tenían los antiguos otro dios que llamavan ellos *Deus mentalis*, que quería dezir dios del seso, conviene saber: que tenía cargo de dar a los niños buen seso o malo. Y a este dios hazían grandes sacrificios los antiguos, especial los griegos aun mucho más que los romanos, en tanto que dize Séneca que no se maravilla de lo que supieron los griegos, sino de lo que no supieron, pues tenían el templo del dios mental dentro de su academia. Todos los niños que avían de aprender para filósofos era ley en Atenas que primero sirviessen en aquel templo tres años. Y, dexado lo que dize Séneca de los griegos, osaré dezir a muchos que son oy bivros que si es verdad que en aquel lugar se dava a los hombres seso, que antes ogaño que otro año se partan a tener novenas en aquel templo; porque no ay en el mundo yqual infortunio con carecer el hombre de seso reposado.

Ítem tenían los antiguos otro dios que llamavan el dios Voluno y la diosa Voluna. Estos dos tenían cargo de los desposados; por esso eran dos dioses, el uno para él y el otro para ella. Y era costumbre que todo el tiempo que estaban desposados traía cada uno a su dios colgado de la garganta; y avían de ser de plata o de oro; y, quando se desposavan, dava ella a su esposo el dios Voluno y dava él a ella la diosa Voluna. En los tiempos que uvo cónsules en Roma, después que fueron alañados los reyes y antes que viniessen los emperadores, poco antes que los Cornelios inventassen las sediciones en Roma, fue un cónsul entre los cónsules que uvo nombre Balvo, y éste dizen ser el primero que edificó el templo a los dioses Voluno y Voluna, y estava su sitio en la región nona cabe la puerta Corinthia, y llamávase *Cripta Valli*, y junto con él avía otro edificio que se dezía *Theatrum Valli*. Todos los cónsules y senadores y varones illustres se yvan a desposar en aquel templo que edificó Balvo, y no faltó quien dixo en Roma la noche que el gran Pompeyo se desposava con la hija de Julio César estas palabras: «Pompeyo no ha querido desposarse en el templo de los dioses, pues desde agora adevino que aquel casamiento no durará mucho tiempo.» Es autor desto Publio Vítor, libro iii *De nuptiis antiquorum*.

Ítem adoravan los antiguos a un dios que avía nombre el dios Agreste, que quiere dezir de los agros, que son los campos y frutos; y a éste no le sacrificavan siempre sino dos vezes

en el año, conviene saber: quando la cimetera y quando las miesses estavan para madurar. Deste dios Agreste fueron grandes cultores los frigios, que eran los troyanos, y los sículos, que eran los de Sicilia; y la causa desto era porque eran tierras do se cogían muchos panes, en tanta manera que Frigia era granero en Asia y Trinacria de Europa.

Ítem tenían otro dios que llamavan el dios Belon, y éste era abogado de los que peleavan en las batallas, conviene saber: que assí como los christianos al tiempo de romper una cruda batalla hazen a su dios oración, assí los antiguos en aquel mesmo punto de rodillas se encomendavan al dios Belon. Dize Livio que entre las otras cosas de que fueron acusados los cavalleros que pelearon en la de Canas contra Aníbal fue que no se encomendaron al dios Belon al tiempo de dar la batalla, ni al dios Mars sacrificaron antes de la batalla, y que por esso los penos quedaron vencedores, porque aquel día a sus dioses fizieron grandes sacrificios. En los tiempos que Pirro, rey de los epirotas, vino en Italia, como supiesen los romanos que traía muy grandes invenciones de guerra acordaron de edificar un templo al dios Belon, y éste estava dentro de los muros de Roma en la región ix, junto a la puerta Carmental, y llamávase *Edis Belone*, y tenía frontero de sí una solemníssima columna do estava esculpida la orden de dar una batalla.

Tenían los gentiles otro dios que llamavan el dios Victoria. A éste fazían los romanos más que todas las otras naciones muchos sacrificios porque dios les diesse victoria de sus enemigos. Deste dios de la victoria avía muchos templos y muy solemnnes en Roma, pero el mayor y más principal estava cabe la puerta Venia, en la región xii, en la plaça que llamavan de la Vitoria, el qual templo y plaça fue constituydo en el año de la fundación de Roma cccclxxvii, y fue por ocasión de la vitoria que uvieron Apio Claudio y Quinto Fabio en Sicilia la primera vez que el pueblo romano peleó contra los africanos, siendo rey de Sicilia Herón. Desta guerra y vitoria uvieron principio todas las guerras crudas, largas y peligrosas que tuvo Roma y África.

Ítem uvo otro dios entre los dioses que llamavan los antiguos el dios Honorio, que quiere dezir dios que tenía cargo de proveer que los huéspedes fiziessen honra a los caminantes y fuessen bien tratados por las provincias y reynos que passassen. Era costumbre en Roma que todas las vezes que algún romano avía de yr largo camino, su muger luego yva al templo del dios Honorio a hazer sacrificios. En el año xv después que Aníbal passó a Ytalia, los romanos supieron por una profecía que si traían la ymagen de la diosa Verecinta, que era madre de todos los dioses, que luego que ella entrasse en Roma, Aníbal saldría de Ytalia, y para este efecto los romanos embiaron su embaxada al reyno de Frigia, que es parte de Asia, el qual reyno se llamó en otro tiempo Troya para traer a la diosa Verecinta. Y porque sus embaxadores fuessen con bien y bolviessen con salud, y a yda y a venida por los reynos que passassen les hiziessen honra, edificaron un templo al dios Honorio dentro de los muros de Roma, en la región iii, en la plaça que llamavan *Forum transitorium*.

CAPÍTULO XII

De otros dioses más naturales y particulares que tuvieron los antiguos, y es el fin de

*escribir esto el auctor porque vea el príncipe christianíssimo cuánto beneficio es no
conocer sino a un Dios verdadero.*

Y porque sería cosa prolixa escribir todos los dioses que tuvieron los gentiles, y junto con ellos escribir en qué tiempos y en qué reynos eran más honrados que no en otros, y por qué causas les fabricaron templos; concluyré con relatar algunos más dioses, diciendo solamente el apellido para que los tenían los gentiles, y esto porque vean los que vieren esta mi escritura quánta merced le hizo Dios al que truxo a la religión christiana. El dios *Esculano* era dios de las minas y a éste rogavan que descubriese siempre minas de oro y plata. *Pecunia* era dios de los metales, y a éste rogavan que les diese muchos dineros. *Fessoria* era diosa de los caminantes, y a esta diosa rogavan que no les dexasse cansar quando caminavan a pie. *Pelonia* era diosa que tenía cargo de echar los enemigos de la tierra. *Esculapio* era dios abogado de los enfermos, y, si la enfermedad era grande, invocavan al dios Apolo, que era padre de Esculapio. *Spinensis* era el dios a que los antiguos rogavan que alimpiasse las miesses de cardos y de espinas. *Rubigo* era dios que tenía cargo de guardar las viñas de pulgón y los panes de langosta. *Fortuna*, ésta era la diosa de la fortuna buena, y a esta diosa hizieron las mugeres un templo solemne en Roma, en el tiempo de Silla y Mario. *Muta*, ésta era la diosa a quien rogavan los antiguos que no dexasse hablar a sus enemigos, sino que los enmudeciesse al tiempo que quisiessen dezir mal dellos. *Genoria* era diosa que tenía cargo de alañar la pereza de aquéllos que se le encomendavan; a ésta honrravan los griegos, especial los filósofos quando yvan o entravan en las achademias. *Stimula*, ésta era diosa que despertava y dava priessa a los negociantes que no se descuydassen en los negocios. Su ymagen ésta estava en Roma a la puerta del Senado, y era abogada de los pleyteantes. *Murcia*, esta diosa era abogada de los hombres y mugeres que no desseavan ser flacos; a esta diosa ofrecían muchos dones las matronas romanas porque las fiziesse gruessas, ca en Roma antes se quedava por casar una muger flaca que no una muger fea. *Busina*, propriamente ésta era diosa del campo, y a ésta ofrecían sacrificios los antiguos porque tuviesse cargo de guardar las yervas que nascían en los campos; y fueron grandes cultores desta diosa los scitas, los quales no tenían lugares ni casa, sino que moravan en los campos, y si faltava yerva para sus ganados, luego eran perdidos. *Jugatino* era dios del monte alto, y a este dios hazían unas criptas los antiguos encima de los montes altos, a do ellos yvan muchas vezes a sacrificar, especial quando hazía truenos y relámpagos. *Vallonia* era diosa de los valles, y ésta tenía cargo de poner freno a los aguaduchos quando las aguas descendían de los altos montes, para que no fiziessen daño en las presas y molinos por do passassen. *Sera*, ésta era una diosa en todas las naciones muy acatada, porque era diosa de la sementera, y tenían por costumbre de ofrecer un pan de todas las semillas que sembravan. Sus criptas o hermitas estavan en los campos, pero sin éstas avía en Roma un templo no muy grande en la región ix, en el campo Marcio, junto a los huertos de Lúculo, y deste templo dizen que nació la fuente de los Scipiones. *Segecio* diosa era que tenía cargo de hazer nacer las miesses después que eran sembradas; no me acuerdo aver fallado escripto que tuviesse templo en Roma. *Tutilina*, ésta era una diosa que tenía por oficio de yr a la mano al dios Júpiter que no apedreasse los panes, y assí la pintavan los antiguos, que parecía Júpiter llover piedras y ella cogerlas todas. Tenía esta diosa un templo en Roma en la región x, en la plaça de Apolo, junto a la casa de Rómulo, y cada vez que tronava luego encendían en aquel templo los romanos muchas candelas por aplacar

aquella diosa que no apedreasse los panes. *Floran*, esta diosa era propicia de las viñas, conviene saber: que les guardava que no se elassen. Fueron grandes cultores desta diosa los capuanos, do se dize primero que otros aver plantado las viñas en Ytalia. *Matura*, tenía cargo esta diosa de hazer madurar las uvas, y tenían por costumbre los antiguos que las primeras uvas que maduravan las ofrecían en el lugar do estava aquella diosa, y por la mayor parte tenía una cripta entre las viñas do le sacrificavan. *Ruana*, esta diosa era abogada de los que cogían el pan para que se arrancasse muy bien, de manera que no se quebrassen las cañas del trigo, ni se cayesse el grano de la espiga. Pintávanla a ésta los antiguos con cañas de trigo en la mano derecha, de manera que estuviessen las espigas sanas. *Forculum* era el dios de los cerrojos y cerraduras, y a éste sacrificavan porque cerrasse bien las puertas y no permitiesse que se pudiesen quebrar las cerraduras o falsar las llaves, y a este dios pintavan los antiguos con un candado en la mano y su simulacro estava encima de la puerta Trigémina. *Limentimen*, este dios era dios del umbral de la puerta; no he podido hallar qué fue la intención de inventar este dios, mas de que pienso (no porque lo hallé escrito) que rogavan a este dios tuviesse por bien hiziesse a sus enemigos tropeçar y caer en los umbrales de la puerta, si acaso por mal recaudo estoviesse abierta. *Forculum*, este dios era el dios de las puertas, y pintávanle con dos puertas en las manos, y a éste ofrecían sacrificios los antiguos porque no abriessen las puertas a sus enemigos estando ellos durmiendo, y a este dios sacrificavan los romanos en todas las puertas de Roma, y los que estavan enemistados pintávanle a la puerta de su casa. *Cardea*, ésta era diosa del quicio, y el fin de sacrificar a esta diosa era porque los enemigos no fuessen poderosos de desquiciar las puertas, y si lo intentassen a hazer luego sonasse el quicio y sintiesse el dueño que estava a la puerta el enemigo. *Silvano*, éste era un dios de los más queridos y honrrado entre los antiguos, especial entre los romanos; tenía este dios a cargo de guardar a todos los que yvan a tomar plazer a los huertos, según dize Plinio en una epístola que escribe a Rotulio. El primero que edificó templo al dios Silvano fue Mecenas, el qual fue en los tiempos de Augusto y el mayor amigo de hazer combites en los huertos que uvo en el Inperio Romano. Estava este templo en la región xi, en la plaça de la diosa Venus, junto a la plaça Murcea; fue destruydo en tiempo del Emperador Antonino Pío por ocasión de un gran terremoto, con el qual cayeron muchos edificios en Roma. *Jugatibus* era el dios de los casados, y este dios tenía cargo de hazer que el amor que se tenían quando moços que les durasse hasta que fuessen viejos. Era cosa de maravilliar ver la devoción que tenían a este dios todas las mugeres rezién casadas y los dones que ofrecían en el templo deste dios. Que avía deste Dios templo escrívelo Suetonio Tranquillo, pero por quién fue edificado no lo hallo escrito, mas de quanto dize Helio Sparciano que el Emperador Elio Gábalo halló muchas riquezas en el templo del dios Jugativo y que las tomó todas para una guerra. *Bacho*, éste era dios de los borrachos, y era costumbre en Roma de celebrar su fiesta hombres que totalmente estuviessen enagenados de seso, y si alguno sentían que tenía un poco de juyzio, luego lo echavan del templo y buscavan en su lugar otro borracho. El templo de Bacho estava en la región x, en los prados que llamavan Bachanales, fuera de la ciudad, vía Salaria, junto a las aras de la diosa Februa. Edificaron este templo los gallos quando tenían cercada a Roma en los tiempos de Camillo. *Februa*, ésta era una diosa de las calenturas; tenían costumbre en Roma que, en tomando a uno calenturas, luego embiavan algún sacrificio a la diosa Februa. No tenía esta diosa templo, pero tenía su ydolo en el Pantheon, que era el templo de todos los dioses, y allí le hazían los sacrificios. *Pavor*, éste era el dios del temor, y

tenía cargo de quitar el temor del corazón de los romanos y darles grande esfuerço contra sus enemigos. El templo de Temor estava en Roma en la región vi, en la plaça de Mamuria, junto al Capitolio viejo, y todas las vezes que tenían enemigos luego yvan los romanos a ofrecer allí sacrificios, y allí estava una statua de Scipión Africano toda de plata la qual él ofreció allí quando triumphó de los cartaginenses. *Meretrix*, ésta era la diosa de las malas mugeres y, según dize Publio Víctor, avía en Roma quarenta y quatro barrios de mugeres públicas, en medio de los quales estava el templo de la diosa Meretrix. Fue el caso que en tiempos de Anco Marcio, que fue quarto rey de los siete primeros reyes romanos, uvo en Roma una muger meretrice natural de Laurento, y fue tan hermosa que con su cuerpo alcançó muy gran riqueza, y a la hora de la muerte fizo erederio de todos sus bienes al pueblo romano, por cuya memoria los romanos le fizieron un templo y diéronla por diosa de todas las meretrices. *Cloatina*, ésta era diosa de las cloacas, conviene saber: de las latrinas o necessarias, y a esta diosa se encomendavan todos los que tenían cólica passión para que les ayudasse a purgar el vientre. *Quies*, éste era el dios de la holgança y del reposo, y a éste fazían los romanos grandes sacrificios porque les diesse reposo y holgança. Especial el día que avía triumpho en Roma, davan a aquel templo muchos dones porque les conservasse aquella gloria y alegría. El templo deste dios edificó Numa Pompilio, segundo rey de romanos, y estava fuera de la ciudad para denotar que mientra hombre bive en esta vida no puede tener holgança. *Teatrica*, ésta era diosa que tenía cargo de guardar los teatros quando los romanos celebravan sus juegos. La ocasión de inventar esta diosa fue que muchas vezes, quando avían de representar farsas, hazían unos teatros tan solemnes, que cabían xx mil hombres en ellos, y otros tantos debaxo para mirar aquellos espectáculos; y acontecía que, con el gran peso quebrava la madera y matava a quantos estavan debaxo, y desta manera las fiestas se tornavan en lloros, y los que yvan a matar los animales quedavan muertos en los teatros. Los romanos, que eran en todo proveýdos, acordaron de hazer sacrificios a la diosa Teatrica porque los guardasse en los peligros de los teatros, y fiziéronle un templo muy solemne en la región ix, en la plaça Cornelia, junto a las casas Fabias. Este templo destruyó Domiciano, xii Emperador de Roma, porque estando él en unas fiestas se quebró un teatro y mató a muchos. Y, de que la diosa Teatrica no guardó el teatro, el Emperador mandóle derrocar el templo. Por ventura a los que poco han leydo les parecerán estas cosas nuevas: lean a Cicerón, *De natura deorum*; a Juan Bocacio, *De genealogia deorum*; a Pulió, *De dijs antiquis*; al divo Augustino, libro j, xi, xviii *De civitate dei*.

CAPÍTULO XIII

Cómo un cavallero llamado Tiberio fue elegido por governador del Imperio por ser él buen christiano y después por ser buen governador fue electo por emperador; y que el Emperador Justiniano el moço por ser hereje y vicioso permitió Dios que perdiessse el seso y el imperio.

El quinquagésimo Emperador de Roma fue Tiberio Constantino, el qual sucedió a Justiniano el moço. Este Justiniano fue muy péssimo emperador, en que cuenta Paulo Diácono dél aver sido enemigo de los pobres, robador de los ricos, gran amigo de riquezas y muy enemigo de gastarlas; porque natural condición es de hombre avariento

bivir toda su vida pobre por hallarse el día de la muerte rico. Fue en tanta manera avaro, que mandó hazer arcas de hierro y ponerlas en su palacio para guardar los tesoros que tenía robados; y esto no es de maravillar, porque dize Séneca que los príncipes avaros no sólo de los suyos, mas aún de sí mismos son sospechosos.

En aquellos tiempos estava muy contaminada la Yglesia con la heregía de los pelagianos, y el favorecedor y cabeça de ellos era este malaventurado príncipe Justiniano, de manera que para sí procurava riquezas y para el demonio grangeava las ánimas; porque aquellos que una vez Dios desampara de su mano no sólo se hazen siervos del demonio, mas aun procuran ser procuradores del infierno. Pues como los pecados de los hombres sean muchos, y los juyzios de Dios sean ocultos, y muchas vezes queriendo su misericordia salvar las ánimas quiere su justicia también castigar los cuerpos, viendo que quanto más yva tanto más en su damnación aumentava; súbitamente, sin haber precedido ninguna señal de enfermo, el Emperador Justiniano se tornó loco; y por ser la cosa tan súbita puso gran temor en Roma, porque estar el príncipe loco era estar mudo el Imperio Romano. Fue este Emperador tan loco, que la vida y la locura juntamente uvieron fin en un día; porque las enfermedades que Dios da a los príncipes no por desconcierto de humores sino por corrupción de costumbres, ni ay médico que las alcance, ni medicina que las remedie.

Visto por el Imperio que el Emperador por sus pecados Dios le avía tornado loco, y que de su locura no se esperava remedio, acordaron de elegir una buena persona que tuviesse cargo de gobernar la república; porque a la verdad más sufrimiento y cordura ha menester uno para gobernar hazienda ajena que no para regir su casa propia. Cupo la suerte a un cavallero que avía nombre Tiberio, varón por cierto casto, justo, útil, sabio, esforçado, piadoso, limosnero, justiciero, en las armas venturoso y, sobre todo, christianíssimo. Y no se tenga en poco ser el príncipe buen christiano, porque no ay más bienaventurada república que la que es regida por príncipe de buena conciencia. Y porque no le faltasse ninguna virtud de las que un buen príncipe ha de tener, era temido de muchos y amado de todos, lo qual no es de tener en poco; porque ésta es la suprema cosa en los príncipes, conviene saber: que por la dulce conversación sean amados y por la rectitud de la justicia sean temidos.

Fue muger deste Emperador Justiniano una que se llamava Sofía Augusta, la qual señora era hermosa y sabia, y en lo que tocava a su persona assaz de buena fama; porque no ay cosa en que las señoras devan bivir más recatadas que en quitar las ocasiones de andar por lenguas ajenas. Pero, con todo esto, fue esta señora notada de la avaricia, ca trabajava mucho por juntar pecunia, y deleytábase en miralla, y recebía muy doblada pena en gastarla; porque las personas avaras tienen en poco que se les disminuya la vida con tal que se les aumente la hazienda. Tiberio Constantino, como governador del Imperio, como veía que la Emperatriz Augusta Sophía estava muy rica, queriendo más aprovechar a la república que no atesorar para sí hazienda, no hazía sino hedificar monesterios, reparar hospitales, casar huérfanos, redemir captivos; porque (hablando a ley de christiano) todo lo que sobra habiendo tomado lo necessario en obras piadosas ha de ser expendido. Finalmente hazía este príncipe virtuoso lo que deven hazer los que son príncipes christianos y no tyranos; porque propiedad es de príncipe tyrano juntar muchos thesoros agenos y después gastarlos en vicios propios. Sophía Augusta, viendo que Justiniano por

estar loco ella ya no podía cohechar a los pueblos y robar a los ricos, y que Tiberio sin piedad gastava sus tesoros, por satisfacer a su lastimado corazón lo uno, y por ver si podría poner remedio en lo porvenir lo otro, llamó un día a Tiberio y díxole estas palabras en secreto.

CAPÍTULO XIV

De una plática que hizo la Emperatriz Sophía a Tiberio Constantino, siendo ambos a dos gobernadores del Imperio, y el fin de la plática es reprehender a Thiberio porque en gastar los thesoros del Imperio hera muy largo.

«Bien te acordarás, Tiberio, que ser ayo de Justiniano y gobernador del Imperio, quando estavas en Alexandría ni pensavas que lo merecías; y, si lo pensavas, pensavas que no lo alcançaras, porque tú eres hombre sabio, y el hombre sabio según lo poco o lo mucho en que le puso la fortuna a sí y a sus pensamientos aprieta o afloxa la rienda. Los que tienen la condición vana y a poder de braços quieren hazer que su fortuna sea muy próspera, siempre bivrán los tales vida penada, porque no ay cosa que más acorte la vida que cevar los pensamientos de vana esperança. Por ser tú qual eras en aquel tiempo, y por ser que fueste bienquisto de Justiniano, el pueblo te pidió, el Senado te eligió, el ejército militar te recibió y todo el Imperio de tu elección se alegró. Y no tengas esto en poco, porque no todas las vezes en la elección de uno concurren las voluntades de todos. Fágote saber, Tiberio, que a mí no me pesó que, pues el Emperador estava indispuerto, tú fuesses gobernador del Imperio; y que otra cosa de lo que sentí sintiera, sé cierto que no lo dixera ni contradixera, porque somos de tan baxo crédito las mugeres, que más ganamos en aprobar lo mediano que dizen los otros que no lo muy bueno que dezimos nosotras.

Pues la fortuna a tan alto estado te ha hecho subir, mucho te ruego, mucho te amonesto y mucho te aviso te sepas en él tener bien quedo, porque para subir a la honrra abasta que el cuerpo sude, pero para sustentarla es menester que el corazón llore sangre. Bien sabes tú que mandar más, valer más, poder más y tener más en las casas de los príncipes muchas vezes se da más por solicitud humana que no por merecimientos de la persona, y esto permítelo Dios muchas vezes porque veamos descender y caer con infamia a los que vimos subir y prosperar con sobervia. Tú, Tiberio, eres hombre, yo soy muger; tú tienes prudencia, pero yo tengo larga experiencia; y, si tú alcanças mucho, yo he visto en este mundo harto. Pues en fe desto que he dicho, te digo que en dos maneras se pierden los hombres de tu manera en casa de los príncipes: la una si piensan que merecen mucho y que pueden poco, porque los superbos pensamientos siempre traen los corazones alterados; la otra es que quiere uno solo mandar al Emperador y al Imperio, lo qual si alguno lo alcançare lo alcançará con trabajo, y lo sustentará con peligro, y lo posseerá poco tiempo, porque es impossible que al hombre de gran privança le sea mucho tiempo fiel la fortuna. Aunque seas prudente y sabio, aconséjote que siempre te aproveches del consejo ageno, mayormente en cosa de gobierno, ca mucho va saber mandar o saber obedecer; porque el saber obedecer alcánçase por buena naturaleza, mas el saber mandar sólo se alcança por larga experiencia. Ten esta regla general, que do vieres que será acepto tu ruego, jamás adventures el mandamiento; porque por mandar serás temido y por

rogar serás amado. La cosa que más faze andar descontentos a los que están en las cortes de los príncipes es poder poco, tener poco y valer poco; porque de andar el hombre desfavorecido viene a andar el corazón desmayado. Por contrario, la cosa que faze perderse los grandes privados de los príncipes es poder mucho y valer mucho, y encima desto aprovecharse más del valer que no del saber, de la autoridad que no de la razón; porque no puede durar mucho en la privança el hombre que haze todo lo que quiere en la república.

Todo esto he dicho porque sepas que estoy muy maravillada de tu prudencia y no menos lo estoy espantada de mi paciencia, en ver que los tesoros que Justiniano llegó con mucho trabajo y los conservó con mucho cuydado, que tú agora los gastes con tanto descuydo; y desto no te maravilles, porque no ay paciencia que lo sufra ver la hazienda propria gastarse y desperdiciarse por mano agena. Hágote saber, Tiberio, que ya ni ternemos para guardar ni ternemos para dar, lo qual es muy peligroso en las casas de los príncipes; porque la fama de los muchos tesoros hazen a los príncipes tener sujetos a sus enemigos. Los príncipes tienen necessidad de ser virtuosos y tienen necessidad de ser ricos, porque con la virtud gobiernan a los suyos y con la riqueza reprimen a los estraños. No sólo es necessario que el príncipe no sea pobre, pero también es necessario que su república sea rica; porque en la verdad, de ser muy pobres los pueblos nascen muchos escándalos en los vezinos; porque al fin al fin estando la república rica no puede padecer el príncipe mucha pobreza. Yo no niego que no es muy bueno remediar a los pobres y socorrer a los necesitados, pero también digo que no es obligado ninguno a dar en particular a ninguno el tesoro que está guardado para la conservación del pueblo; porque muchas vezes un príncipe por ser largo en dar de lo suyo, la necessidad le faze después ser tyrano en tomar lo ageno. Fágote saber, Tiberio, que muy pocos príncipes hallarás que no sean o sobervios, o ambiciosos, o viciosos; porque a la verdad, mocedad, soledad, libertad y riqueza crudos enemigos son de la honesta vida. Yo no digo que han sido todos los príncipes malos, pero digo que no han sido muchos los buenos, y los que son y fueren buenos deven ser muy acatados; porque no se pueden llamar tiempos bien fortunados si no aquéllos en que uvo príncipes muy virtuosos.

Fágote saber, Tiberio, que muchos príncipes, careciendo de naturaleza mala y teniendo la inclinación buena, vienen a parar en tyranía no por más de por aver venido a pobreza; porque (a la verdad) el corazón generoso a toda cosa se aventura viéndose acossado de pobreza. E dígotte más, Tiberio, que si los príncipes vienen a ser tyranos por lo mucho que les falta, no menos vienen a ser viciosos por lo mucho que les sobra; y en este caso los príncipes viciosos en los mismos vicios son castigados, porque este mal tiene el sobrado regalo: que no dexa tomar gusto en el deleyte propio. Pues pregúntote agora yo: ¿quál es mejor o, por mejor dezir, destos dos males cuál es el menor: que el príncipe sea pobre y con esto que sea tyrano, o que sea rico y con esto que sea vicioso? A mi parescer, más vale que sea rico y vicioso que no pobre y tyrano; que al fin con el vicio, si dañare, dañará a sí solo mesmo, pero con la riqueza aprovechará al pueblo todo; pero si es pobre, con la tyranía dañará a muchos y con la pobreza no aprovecha a ninguno, porque el príncipe pobre ni puede supeditar a los ricos ni puede socorrer a los pobres. Sin comparación es más provechoso a la república y más tolerable a los hombres que el príncipe sea mal hombre y con esto que sea buen príncipe, que no que sea mal príncipe y

que sea buen hombre, porque según dize Platón, los athenienses acertaron en buscar príncipes antes provechosos que no virtuosos y los lacedemonios erraron en querer príncipes antes virtuosos que no provechosos. Cata, Tiberio, que es cosa más segura y para la república más provechosa que los príncipes tengan tesoros que repartir entre sus criados, que no pobreza y ocasión de robar y cohechar a sus pueblos; porque de ser los príncipes muy necesitados vienen a inventarse grandes tributos en sus reynos.»

CAPÍTULO XV

De lo que respondió Tiberio a la Emperatriz Sofía, en la qual respuesta prueba que los príncipes para ser generosos no tienen necesidad de atesorar muchos thesoros; y de cómo este buen emperador Thiberio por ser buen christiano le reveló Dios un grandísimo thesoro que estava en su palacio ascondido.

Rescibió Thiberio todo este amonestamiento con mucha paciencia y respondió con mucha reverencia a la Emperatriz Sophía, y con mansas y dulces palabras dióle esta respuesta:

Oýdo he lo que me has dicho, serenísima princesa y siempre augusta Sophía, y las amonestaciones yo las rescibo y los consejos yo te los agradezco, mayormente dándomelos por tan alto modo y estilo, porque muchas vezes los enfermos aborrecen los manjares no porque no son buenos, sino porque vienen mal adereçados. Plega al inmortal Dios nuestro que todas estas cosas, así como tú las has sabido dezir, assí las sepa yo fazer, y no te maravilles que en esto ponga dubda; porque las obras de virtud tenemos para loarlas mucho fervor y para ponerlas en obra mucha tibieza. Hablando con aquel acatamiento que a tal y tan alta señora se deve, a cada cosa de las cosas todas que me ha dicho tu excellencia responderé una sola palabra, porque muy justo es que pues tú has dicho lo que sientes de mis obras, que yo diga lo que alcanço de tus palabras.

Dizes que quando yo estava en Alexandría, que ni pensava ser ayo de Justiniano, ni pensava que sería governador del Imperio, y que no me passava por pensamiento merecerlo, ni menos alcançarlo. A esto respondo que si por razón en aquel tiempo yo me regía, ni avía de pensar que tal dignidad merecía, ni menos tan alto estado alcançaría; porque en la verdad las grandes dignidades y estados muy pocos son los que por virtud las merescen y muy menos los que las alcançan aunque las merezcan. Pero si según sensualidad se juzga este caso, dígotte de verdad, señora Augusta, que no sólo pensava merecerlo, mas aun pensava alcançarlo, y desto no te maravilles; porque infalible regla es que allí ay mayor presunción do ay menos merecimiento.

Dizes que me tenías por hombre sabio y que con la cordura tenía arrendado qualquier desordenado apetito. A esto respondo que o a mi prudencia la conocías en cosas propias o la conocías en cosas estrañas: si en cosas estrañas, como no me costava nada siempre fuy amator de justicia; porque no ay hombre tan malo en el mundo, que a costa del bien ajeno no huelgue cobrar nombre de pródigo. Pero si me conocías en cosas propias, no te engañes de ligero, señora Augusta, porque te hago saber que no ay hombre tan cuerdo, ni

tan verdadero, ni de tan claro juyzio, que no se muestre ser flaco do se atraviessa algún interesse proprio.

Dizes que los hombres que tienen los pensamientos altos y la fortuna baxa siempre viven vida penada. Por cierto es assí como tú lo dizes, pero, a mi parecer, como los miembros del cuerpo no sean sino instrumentos del espíritu, parece que es necessario ser los pensamientos agudos para que los hombres no sean perezosos; porque Alexandro y Pirro y Julio César y Scipión y Aníbal, si no tuvieran los pensamientos altos, no fueran como fueron príncipes tan valerosos. Hágote saber, sereníssima señora, que no se pierden los hombres por tener los pensamientos altos, ni por tener los coraçones generosos, ni por ser muy esforçados; piérdense los hombres por començar las cosas con locura, proseguirlas sin prudencia y acabarlas con porfía; porque los hombres generosos quando emprenden cosas generosas no han de emplear sus fuerças según lo que el generoso coraçón les dize, sino según lo que la cordura y razón les enseña.

Dizes que estás maravillada por ver que los tesoros que tú y Justiniano juntastes con tanto cuydado, yo los espendo con mucho descuydo. A esto respondo que no te debes maravillar que se despendiessen en un día las riquezas que se ganaron en muchos años; porque muy antigua maldición es sobre las riquezas enterradas o escondidas, la qual maldición echó Epiménides filósofo por estas palabras, diciendo: «Todos los tesoros que se athesoran por industria de hombres avarísimos, han de venir a gastarse por manos de hombres muy pródigos.»

Dizes que, según lo que yo gasto, a pocos días ni ternás qué dar, ni ternás qué gastar, ni menos ternás qué comer. A esto respondo que si tú, señora augusta, tuviesses cargo de mantener a los pobres, como tú y Justiniano avéys tenido diligencia en robar a los ricos, razón tenías de quejarte y yo de arrepentirme; pero hasta agora no emos visto sino a muchos que de ricos avéys tornado pobres, y (lo que es peor) aún no avéys sido para hazer un hospital para acogerlos.

Dizes que los príncipes para resistir a sus enemigos tienen necesidad de tener muchos tesoros. A esto respondo que si los príncipes son superbos, son bulliciosos, son desasossegados y son de reynos agenos ambiciosos, cierto es que para cumplir sus desordenados apetitos que tienen necesidad de muchos y muy grandes tesoros; porque éste es el fin del príncipe tyrano: por bien o por mal hazerse rico. Pero si el príncipe es o quiere ser asossegado, virtuoso, sufrido, pacífico y de bienes agenos no codicioso, el tal príncipe ¿qué necesidad tiene de mucho thesoro? Porque, en la realidad de la verdad, en las casas de los príncipes más culpa ay porque les sobra que no porque les falta. No quiero gastar muchas razones en responder, pues soy más amigo de obrar que no de hablar, sino que concluyo con esto: que no ay príncipe que en obras virtuosas gaste tanto que no pueda gastar más; porque al fin al fin no ay príncipe que venga a pobreza sólo por gastar lo necessario, sino por destroçarse y gastarse en lo superfluo. Y téngase por dicho que ni por esto será pobre sino más rico; porque ésta es regla en la religión christiana, que más dará Dios a sus siervos que ellos gastarán en xx años.

Fue emperador Justiniano onze años, el qual estando loco, y en la eregía pelagiana obstinado, murió en conformidad de todo el Imperio Romano, cuya muerte tanto todos desseavan quanto su vida todos aborrecían; porque el príncipe tyrano que haze llorar a muchos en la vida, todos aquéllos han de reýr en su muerte. Muerto Justiniano, fue emperador elegido Thiberio Constantino, el qual con tanta prudencia y justicia governó el Imperio, a que con razón ninguno puede a él ser preferido (si no nos engañan las historias de su tiempo), pues muy pocas vezes suelen concurrir en un príncipe lo que concurrió en éste, conviene a saber: rectitud en la justicia, limpieza en la vida y pureza en la consciencia; porque muy raros son los príncipes que de algunos vicios no sean notados.

Paulo Diáchono, libro xviii *De gestis romanorum*, cuenta una cosa que aconteció a este Emperador, maravillosa que fue de ver entonces y muy digna de saber agora, y es ésta. En la ciudad de Constantinopla tenían los emperadores romanos un palacio muy solemníssimo, assaz conveniente a la auctoridad y magestad Imperial, el qual se començó en tiempo del gran Constantino y después, como yvan sucediendo buenos o malos emperadores, assí afloxavan o crecían los edificios; porque de príncipes muy virtuosos es derrocar los muchos vicios de la república y levantar grandes edificios en su patria. Avía este emperador Thiberio gastado muchos y muy grandes thesoros en redimir captivos, edificar hospitales, plantar monesterios, casar huérfanas; y fue en esto tan pródigo que quasi vino a tiempo de no tener qué comer en su palacio, y de verdad fue ésta una necessidad bienaventurada; porque los cathólicos príncipes sólo aquello han de dar por bien empleado que sólo en servicio de Christo han expendido. Y esto no lo tenía el Emperador por afrenta, sino por mucha gloria, pero sentía él mucha pena ver que la Emperatriz de verle padecer necessidad se gloriava, porque los coraçones lastimados no sienten tanto el trabajo proprio quanto ver que de su trabajo se alegra su mortal enemigo. Nuestro Señor Dios, que jamás desampara aquéllos que por su amor vinieron a pobreza, aconteció que un día, andando el Emperador Thiberio passeándose por su palacio, vio en el suelo una losa de piedra mármol, y en ella estava esculpida la cruz de Christo, Nuestro Redentor, y llamando a un criado suyo díxole esta palabra: «Luego a la hora quita de aquí esta piedra, en la qual está la cruz del Redentor del mundo esculpida; porque muy injusto es que pisemos con los pies la cruz con que nos sanctiguamos y de nuestros enemigos nos defendemos.» Tomaron los artífices aquella piedra y, pensando que no avía otra cosa debaxo, luego en pos della hallaron otra piedra, en la qual también estava la cruz muy bien esculpida; y, quitada aquélla, hallaron otra tercera piedra, no menos que las otras con la cruz señalada; y, como fuesse del profundo de la tierra sacada, fallaron un grandíssimo tesoro allí enterrado, y fue en tanta cantidad, que llegava la summa a un millón de ducados. El buen Emperador Thiberio Constantino, dando muchas gracias al Señor, si hasta allí era largo, dende en adelante lo era mucho más, ca todos aquellos thesoros los repartió a pobres y monesterios.

Veán y aprovéchense, y lean este exemplo los príncipes y grandes señores, y ténganse por dicho que por dar limosna a pobres no ayan miedo de verse pobres; porque al fin al fin no se puede llamar rico el hombre vicioso, ni se puede llamar pobre el hombre virtuoso.

CAPÍTULO XVI

Cómo un capitán llamado Narsetes venció grandes batallas sólo por ser buen christiano, y de lo que passó con la Emperatriz Sophía; y aquí se toca el daño que se sigue por ser los príncipes ingratos a los que los sirven.

En el año de la Encarnación del Señor de quinientos y xxviii, siendo emperador el gran Justiniano, hijo que fue de una hermana de Justino Emperador, su predecesor que fue en el Imperio, dicen los historiadores, en especial Paulo Diáchono, libro xviii *De gestis romanorum*, que fue en Roma un cavallero de nación griego, aunque siempre desde la niñez criado en Italia; varón de estatura mediano y de gesto rupho, y en la ley de Christo assaz virtuoso, lo qual en aquellos tiempos no era poco, porque no sólo muchos cavalleros, mas aun casi todos los obispos de Italia eran arrianos.

Este cavallero avía nombre Narsetes, y por ser tan esforçado y en las armas tan venturoso, fue elegido por capitán sobre todos los exércitos del Imperio Romano; porque esta excelencia tuvieron los romanos, que do podían aver un capitán virtuoso y esforçado jamás le dexavan, aunque le pesassen a oro. Hizo tales y tan grandes cosas, y emprendió tan grandes conquistas, y venció tantos reyes, y de sus enemigos uvo tantas victorias, que dezían los romanos estar en él solo las fuerças de Hércules, la audacia de Héctor, la generosidad de Alexandro, el ingenio de Pirro y la fortuna de Scipión; porque tenían por opinión muchos de la vana gentilidad, que assí como los cuerpos repartían las haziendas en vida, assí las ánimas repartían sus dones y gracias después de la muerte.

Era este Narsetes capitán muy piadoso, en la fe de Christo muy constantíssimo, en dar limosna muy largo, en edificar de nuevo monesterios muy cuydadoso, en reparar yglesias caídas muy solícito; y de verdad era ésta cosa muy nueva, porque en las guerras no por muy grandes cosas suelen los capitanes derrocar las yglesias. Lo que era más que todo, que en oír missas, visitar hospitales y rezar devociones con muchas lágrymas, estando de noche solo en las yglesias era muy continuo. No menor excelencia es ésta que la otra, porque los capitanes a tal hora más se ocupan en matar a los enemigos por las encruzijadas, que no en llorar sus pecados por las iglesias. Finalmente era tan buen christiano y tan devoto, que todos pensavan que le dava el Señor las victorias más por las oraciones que hazía que no por las armas con que peleava, porque jamás le vieron derramar sangre de sus enemigos en la batalla, que primero no uviesse derramado lágrimas de sus ojos en alguna yglesia. Y porque vean los príncipes christianos y los capitanes de grandes exércitos cuánto vale más tener a Dios aplacado con lágrimas y oraciones que no tener su campo lleno de soldados y de muchos dineros, de muchas contaré unas pocas de sus hazañas, y son las siguientes.

Estando Justiniano Emperador en Alexandría, Tothila, rey de los godos, hazía muchos y muy grandes daños por toda Italia, de manera que los romanos no osavan andar por caminos, ni aun estar en sus casas seguros, porque los godos de día corrían los campos y de noche siempre intentavan hurtar y saquear los pueblos. Justiniano, el buen emperador, embió por capitán general contra los godos a Narsetes, el qual, venido en Italia, luego se confederó con los longobardos, que a la sazón tenían su asiento en Panonia, y embió sus mensageros al rey Alboyno, que era rey dellos, para que le embiasse socorro contra los

godos, y que si esto hiziesse él vería cómo sería fiel amigo con sus amigos y crudo enemigo contra sus enemigos. Alboyno, rey de los longobardos, oyda la embaxada de Narsetes holgó mucho con ella, y sin poner dilación en la cosa, luego a la hora hizo y armó una muy gruesa armada, la qual por el mar Adriático vino en Italia, de manera que la respuesta y el ofrecimiento junto con la obra todo llegó a Narsetes en un día. Juntáronse dos exércitos, conviene a saber: el de los romanos y el de los longobardos, en uno, debaxo una bandera, y so su capitán que fue Narsetes. Totila, rey de los godos, como no avía experimentado la fortuna de Narsetes, ni las fuerças de los longobardos, embióles a ofrecer la batalla, la qual batalla se dio junto a los campos de Aquileya; y fue de entrambas partes muy ensangrentada y porfiada; y finalmente Tothila, rey de los godos, fue vencido sin quedar él ni hombre con él en su campo bivo. El buen capitán Narsetes, después de vencida la batalla, dio muchos y muy largos dones a los longobardos, y assí ricos y victoriosos se tornaron a Panonia para su rey Alboyno; y en esto hizo el buen Narsetes lo que era obligado, porque no se puede pagar con hacienda el amigo que por su amigo pone la vida. Ydos los longobardos, Narsetes hizo repartir todo el despojo del campo entre sus exércitos, y lo que a él le cupo dividiólo todo a pobres y monesterios, de manera que deste hecho alcançó Narsetes tres renombres excellentíssimos, conviene saber: nombre de muy magnífico en lo que dio a los longobardos; nombre de limosnero en lo que dio a los pobres y monesterios; nombre de valentíssimo capitán en vencer a tan poderosos enemigos.

Tendeberto fue rey de los francos en la Galia Transalpina y, como era príncipe moço y animoso, y de cosas de honrra muy desseoso, no por más de por dexar de sí fama, acordó él mismo en persona de passar a Italia, aunque ningún título tenía a ella; porque los coraçones apoderados de sobervia poco scrúpulo toman aunque la demanda sea injusta en la guerra. Fue tan fortunado que el día que pasó el río del Rubicón, do antiguamente los romanos ponían la raya de Ytalia, llególe nueva cómo era levantada toda su tierra. Y no fue esto, por cierto, sin gran permission de Dios, porque muy justo es que qualquiera príncipe pierda sus reynos por sola justicia divina, pues él quiere tomar otros reynos no por más de por locura humana. Avido su acuerdo el rey Tendeberto con los grandes señores de su reyno que llevaba consigo, acordaron todos que él en persona tornasse a la Galia, y por la reputación que dexasse todo el exército en Italia, del qual exército quedaron por capitanes Bucellino y Amingo; porque más vale que el príncipe defienda su tierra con justicia, que no que conquiste la tierra agena con tyranía. Este Bucellino, como tenía exército grueso, y él (que era capitán animoso) hazía muchos daños en Italia, especial en la tierra de Campania, y, lo que peor era, que a todas las riquezas que saqueava y a todos los captivos que tomava, ni lo quería tornar, ni menos rescatar, sino que todo assí como lo tomava, assí luego al rey lo embiava, de manera que se mostrava ser más amigo de robar que no de pelear. Estando, pues, este capitán Bucellino en Campania, en un lugar que se llama Taneto, recogido con todo su exército por amor del invierno, Narsetes repentinamente dio sobre él y uvieron ambos a dos capitanes una cruda batalla en la qual fue vencido Bucellino, y no sólo vencido, pero quedó en el campo muerto. El otro capitán de los gallos que avía nombre Amingo, después de muerto su compañero Bucellino, confederóse con Avidino, capitán que era de los godos, y entrambos juntos fueron contra los romanos, lo qual sabido por Narsetes, dioles una batalla junto a Gaeta, en la qual fue vencedor Narsetes y fueron vencidos los dichos dos

capitanes y tomados bivos, de los quales Amingo hizo Narsetes que degollassen y Avidino embiólo preso a Constantinopla al Emperador Justiniano.

Uvo el capitán Narsetes otra batalla contra Sindual, rey de los bretones, el qual vino en Italia con gran copia de gentes, y vino con título de recuperar el reyno de Partínuples, que agora llaman Nápoles, porque dezía que le pertenecía a causa de descender del linage de los Hércubos, que fueron antiguos reyes en aquel reyno. Este rey Sindual luego se fizo amigo con Narsetes, y después andando el tiempo intentó rebelarse contra los romanos y querer ser rey él solo en Italia, por cuya causa entre Narsetes y él se levantaron largas y crudas guerras en las quales fueron varias las vitorias, porque no ay capitán tan venturoso que en una guerra larga le diga siempre bien la fortuna. Finalmente, el rey Sindual y Narsetes acordaron de cometer su fortuna buena o mala a la batalla de un día, de manera que juntos ambos exércitos entre Verona y Tridento dieron la batalla, do fue vencido el rey Sindual, y prendiéronle bivo, y luego en aquella noche sin más dilación fue públicamente ahorcado. Y porque no solía usar Narsetes de tal crueldad con los vencidos, mayormente con reyes y cavalleros generosos, mandó Narsetes poner este título en la forca do estava el rey ahorcado, que dezía assí: «A este rey mandó ahorcar Narsetes no porque fue su enemigo en la guerra, sino porque le fue traydor en la paz.»

Estas y otras muchas batallas y vitorias uvo este venturoso capitán, no sólo en los límites de Ytalia, pero aun en Asia, do tuvo muchos años la governación della; y, como era príncipe christiano, en todos sus trabajos siempre halló cabe sí a Cristo. Después de passadas todas estas guerras, Justiniano el menor puso en el reyno de Constantinopla a Narsetes por universal governador de todas aquellas provincias, y si bien lo avía hecho en las cosas de la guerra, muy mejor lo hazía en la administración de la república; porque los hombres quebrantados en los trabajos aquéllos son los que rigen con madurez a los pueblos. Por esta ocasión entre todos los mortales de aquella tempestad Narsetes era loado, conviene saber: de muy esforçado por las batallas que venció; de muy rico por los despojos que uvo; de muy estimado por las governaciones y estados que tuvo. Como Narsetes era de nación de griegos, siempre le tuvieron embidia muchos de los romanos, mayormente acrecentando como acrecentava cada día mayor gloria y riqueza; porque en la verdad esfuerço, honrra y riqueza en una persona no son sino tizonas para que todos le tengan embidia. Fue el caso que un día muchos nobles romanos fueron al Emperador Justiniano y a la Emperatriz Sophía a quejarse de Narsetes y de su modo de governación, y dixerón estas palabras: «Hazémosos saber, serenísimos príncipes, que por menos mal terníamos servir a los godos que no a los griegos; y esto dezimos porque Narsetes, eunucho y griego, nos manda, y más a su servicio que al tuyo nos constriñe; y (lo que es peor) que él lo haze y tú no lo sabes, y, si lo sabes, no lo remedias. Escoge una de dos cosas: o nos libra de ser gobernados de griegos o sufre que a Roma y a nosotros pongamos en manos de los godos, porque menos mal es a los romanos ser sujetos a un rey poderoso que a un eunucho griego y tyrano.» Oýdas por Narsetes estas querellas, dizen que dio esta respuesta: «Si yo he hecho algún mal, impossible es que halle quien me haga bien; pero si he hecho bien, ninguno será poderoso de hazerme mal.» La Emperatriz Sophía de largos tiempos tenía passión a Narsetes (unos dizen porque era eunucho, otros dizen porque era rico, otros dizen porque mandava más que no ella en el Imperio) y, como vio sazón y tiempo para mostrárselo, dixo unas palabras muy

lastimosas a Narsetes, y fueron éstas: «Narsetes, pues eres eunucho, no siendo hombre, no eres ábile como hombre para tener oficio, por cuya causa yo te mando que vayas al telar do texen mis donzellas y allí asparás y las servirás de maçorcas y las ayudarás a texer las telas.» Sintió mucho Narsetes estas palabras, y de verdad fueron mal dichas, a las quales respondió con buen ánimo y dixo a la Emperatriz Sofía: «Mucho quisiera, excellentíssima princesa, que me castigaras como señora y no me lastimaras como muger con palabras; mas, pues assí es que la libertad que tú tienes en me mandar, la mesma tengo en obedescer, yo me parto a urdir una tela la qual tú no sabrás destexer en toda tu vida.»

Partióse luego Narsetes para Italia y vínose a Nápoles, antigua ciudad de Campania, de do luego embió sus embaxadores al reyno de Panonia, do los longobardos tenían su silla, amonestándoles y persuadiéndoles que, dexada aquella tierra que era inculta, áspera, fría y estrecha, se viniessen a poblar a Italia, que era tierra llana, fértil, templada, ampla y muy rica, y que agora sino nunca avía disposición para apoderarse de ella. Y no contento con esto, Narsetes, por despertar más a sus amigos y fazerlos más cobdiciosos, embióles de todas las cosas buenas que avía en Italia, conviene a saber: cavallos muy ligeros, armas muy ricas, fructas muy suaves, metales muy finos y especias y unguentos muy odoríferos, y sedas y ropa de diversas maneras. Llegados los embaxadores a Panonia, que agora es Ungría, fueron muy bien recibidos; y, vistas tantas y tan buenas cosas aver en Italia, determinaron los longobardos dexar a Panonia y yr a poblar y conquistar aquella tierra, aunque la tierra era de Roma, y a la sazón ellos eran amigos de los romanos; pero a esto tuvieron ellos poco respecto, y de esto no es de maravillar, porque jamás ay amistad perfecta do sobre mandar es la demanda. Determinados los longobardos de passar en Italia, vieron visiblemente todos los de Italia muchos exércitos de fuego en el cielo unos contra otros darse crudas batallas, la qual visión puso muy gran espanto a todos los pueblos, y por ella conocieron que en breve avían de ser derramadas muchas sangres dellos y de sus enemigos; porque muy antigua costumbre es que, quando ha de acontecer algún gran caso en algunos reynos, primero hazen señales los planetas o elementos. La ingratitude que tuvo el Emperador Justiniano con Narsetes, su capitán, y las palabras lastimosas que le dixo Sophía fueron ocasión que los longobardos entrassen y destruyessen a toda Italia, la qual cosa deven mucho notar los príncipes valerosos para guardarse no sean a sus criados ingratos de los servicios; porque regla general es que la ingratitude de un gran beneficio haze que el criado de desesperado se torne loco o de fiel siervo se torne crudo enemigo. Y no se fíen los príncipes en pensar que por ser naturales de sus reynos, ser criados antiguos de sus palacios y aver sido siempre fieles a sus servicios que por esso no se amotinarán y se tornarán sus enemigos, ca la tal imaginación es vana; porque el príncipe que de hecho es ingrato no podrá conservar a un hombre mucho tiempo en su servicio.

Una cosa hizo con Narsetes el Emperador Justiniano, de la qual se deve guardar todo príncipe que es cuerdo, conviene a saber: que no sólo oyó a sus enemigos, pero aun los creyó; y no sólo los creyó, mas aun delante dellos le afrentó, la qual cosa le hizo venir en suprema desesperación; porque no ay paciencia que lo sufra delante sus enemigos a ningún hombre de bien hazerle una affrenta. Digna fue de gran culpa la Emperatriz Sophía en dezir a Narsetes aquella palabra tan lastimosa, conviene a saber: embialle a

hazer maçorcas o cañillas para la tela; porque officio es de las generosas princesas mitigar la yra de los príncipes quando están ayrados. Narsetes, pues, recelándose de la Emperatriz Sofía, jamás tornó a Constantinopla do ella estava, antes viniendo de Nápoles a Roma, un año antes que los longobardos viniessen a Italia, el dicho Narsetes, rescebidos todos los sacramentos, como buen christiano murió en Roma, y llevaron su cuerpo en un ataúd de plata, lleno de muchas joyas a enterrar en Alexandría. No se sabe cuál fue mayor: el pesar que tomó toda Asia de no ver a Narsetes bivo, o el plazer que tomó Sophía de verle traer muerto; porque el coraçón apassionado no descansa hasta ver a su enemigo muerto.

CAPÍTULO XVII

De cómo embió una carta Marco Aurelio Emperador al rey de Sicilia, do le trae a la memoria los trabajos que passaron entrambos en la mocedad y reprehéndele porque es mal devoto a los templos, especial porque derrocó un templo para ensanchar su palacio.

Marco Aurelio, único Emperador romano, natural del monte Celio, nombrado tribuno, a ti, Gorbino, señor y rey de Sicilia, salud a la persona y aumento al estado te dessea. Como es costumbre a los emperadores romanos, el primero año de mi Imperio escreví en general a toda essa ysla, y el segundo año escreví en general a tu corte y casa. Agora escribo más peculiarmente a sola tu persona; porque los príncipes aunque tengan muchos y grandes reynos, no por esso han de dexar de communicarse con sus antiguos amigos. Después que tomé la péndola para te escrevir, he tenido por mucho espacio parada la mano para no te escrevir, y esto no porque tenía pereza sino porque avía vergüença, y hame venido esta pena y vergüença de ver que está de ti escandalizada toda Roma. Hágote saber, excellent príncipe, que en esto veo que soy tu verdadero amigo, en que de todo coraçón siento tu trabajo, que al fin al fin bien dezía Erípides que lo que de coraçón se ama, de coraçón se llora. Antes que diga la causa porque te escribo, quíérote traer a la memoria algunas cosas de nuestra juventud passada, y por ellas veremos cuáles fuemos entonces y cuáles somos agora; porque ninguno goza de la prosperidad presente si no trae a la memoria la miseria passada.

Bien te acordarás, excelente príncipe, que deprendimos a leer juntos en Capua, y después estudiamos un poco en Taranto; y de allí nos fuemos a Rodas, do yo leya retórica y tú oýas philosophía; y después a cabo de diez años nos passamos a la guerra de Panonia, en la qual yo me di a la música; porque es tan variable el apetito de los moços que cada día querrían conoscer reynos y mudar officios. En todas estas jornadas, con la fuerça de la mocedad, con la dulce compañía, con el hablar de la sciencia y con una vana esperança dissimulávamos nuestra enojosa pobreza, la qual era tan grande, que muchas vezes desseávamos no lo que tenían muchos, sino lo poco que sobrava a pocos. Bien te acordarás que, quando navegamos por el golfo arpino para yr a Elesponto, nos sobrevino una muy larga tormenta, en la qual fuemos presos de un pirata, y a mejor librar nos hizo nueve meses remar en una galera, do no sé cuál fue mayor: la falta de los panes o la sobra de los açotes. Bien te acordarás que, quando estuvimos cercados en Rodas de Bruxeydo, poderoso rey de los epirotas, por espacio de xiiii meses, en los x de los quales tu

Excellencia y yo no comimos carne si no fueron dos gatos, el uno que compramos y el otro que hurtamos. Bien te acordarás que, estando tú y yo en Tharento, fuimos combidados por nuestros huéspedes a yr a la gran fiesta de la diosa Diana, en el templo de la qual no podía nadie en aquel día entrar sino vestido de ropas nuevas, y (hablando a la verdad) acordamos de no yr allá, tú porque tenías la ropa rayda y yo porque tenía los çapatos rotos. Bien te acordarás que dos vezes que enfermamos en Capua, que jamás nos curavan con dieta, porque no era nuestro mal de ahító sino de flacos; y muchas vezes Rétropo, el médico, nos dezía burlando de nosotros en la Academia: «A lo menos, hijos, no moriréys de opilados.» Y de verdad tenía razón, porque era la tierra tan cara y era tan poca la moneda, que jamás comíamos hasta más no poder, sino hasta más no tener. Bien te acordarás del año que uvo la gran hambre en Capua, por cuya causa nos fuemos tu excellencia y yo a la guerra de Alexandría, en la qual las carnes me tiemblan en acordarme qué peligros passamos en el golfo Terebinto, qué nieves en los puertos Hésperos, qué tremedales en los valles Umbrosos, qué asperezas en las cumbres Lodoveras, qué crudos fríos todo el invierno, qué enojosos calores en el verano, qué general hambre en los reales, qué peligrosa pestilencia en los pueblos y, lo peor de todo, qué perseguidos de los estraños y quán mal agradescidos de los nuestros. Bien te acordarás que en la ciudad de Partínuples rogamos a Fulava phetonissa nos dixesse qué avía de ser de nosotros después que saliésemos de los estudios, y a mí dixo que sería emperador y a ti dixo que serías rey, a la qual respuesta dimos tanto crédito, que no sólo lo tomamos por burla, mas aun por injuria. Y desto no me maravillo, que entonces nos maravillássemos tú y yo, porque la embidiosa fortuna más exercita sus fuerças en derrocar ricos que no en sublimar pobres.

Mira, excelente príncipe, la grandeza de los dioses, la rueda de la fortuna y las variedades de los tiempos. ¿Quién pensara, quando yo tenía dessolladas las manos con el remo de la galera, que en mis manos se avía de fiar el governalle de la governación de Roma? ¿Quién pensara, quando yo enfermava de comer poco, que avía de enfermar en el tiempo advenidero por comer mucho? ¿Quién pensara, quando aún no me podía hartar de carnes de gatos, que avía de venir a tanta abundancia que ternía hastío de manjares muy delicados? ¿Quién pensara en aquel tiempo, quando dexé de yr al templo por tener los çapatos rotos, que avía de venir otro tiempo en que avía de entrar en carros triumphales y en ombros agenos? ¿Quién pensara que lo que oý de la muger phetonissa con mis orejas en Campania que lo avían de ver mis ojos en Roma?

¡O!, cuántos y cuántos, quando nosotros estávamos en Asia, esperavan ellos ser gobernadores y señores de Roma y de Trinacria, a los quales faltó no sólo la honra que desseavan, mas aun les sobrevino la muerte de que no se temían; porque muchas vezes acontece a los hombres ambiciosos que al mejor tiempo que tienen tramada y ordida la honrra, en un punto se les quebranta el telar y la tela de la vida. Si en aquel tiempo preguntaran al tirano Laodocio, el qual pensava ser rey de Trinacria, y preguntaran a Rupho Calvo cónsul, el qual pensava ser emperador de Roma, qué sentían de sí, yo juro que juraran su esperança ser tan cierta como la nuestra dudosa; porque natural cosa es a los hombres superbos cevarse de pensamientos vanos. Cosa es maravillosa de ver y digna a la memoria de encomendar que, ellos teniendo la honra a ojo, y a nosotros de alcançarla aún no nos passando por pensamiento, quiso la fortuna mostrarse en este caso muy

poderosa, en que proveyó y mandó que los desesperados esperassen y los que esperavan desesperassen, lo qual les devía causar algún gran dessabrimiento; porque no ay paciencia que lo sufra ver que alcança uno con descuydo lo que no pudo alcançar otro con trabajo.

No sé si hable como simple romano, diziendo que estas cosas consisten en fortunados hados, o si diga como buen philósopho que las ordenan todos los dioses; porque al fin al fin, ningún hado es poderoso en cosa que los dioses ponen la mano. Trabajen quanto quisieren los sobervios, y anden solícitos quanto pudieren los ambiciosos, que yo digo y afirmo que muy poco aprovecha la diligencia humana para alcançar grandes estados si a los dioses tenemos por enemigos. Ora lo ordenen los hados malos, ora lo permitan los dioses buenos, veo que los que tienen pensamientos baxos muchas vezes les sucede la fortuna alta y los que tienen los pensamientos altos, las más vezes los vemos de fortuna baxa; porque muchos muchas vezes se sueñan ser señores de grandes estados y en despertando se hallan ser esclavos de todos.

Jamás leý tal condición como tiene la honra, y por esso deven mucho mirar por sí los que tratan con ella, ca las condiciones de la honra son éstas: pregunta por quien no conoce; habla a quien no le escucha; trata con quien nunca ha visto; corre tras quien della huye; honra a quien no la estima; quiere a quien no la quiere; da a quien no le pide; fíase de quien no conosce; finalmente tiene por oficio la honra que se despide del que la tiene en mucho y haze assiento con el que la tiene en poco. Los curiosos caminantes no preguntan qué tal es el lugar, sino por el camino que va aquel lugar, quiero dezir que los varones heroycos y generosos no han de poner luego los ojos en la honra, sino en el camino de la virtud que va a parar en la honra, porque, de otra manera, cada día vemos a muchos quedar infames sólo por buscar la honra y a muchos más quedar honrados sólo por huyr de la honra.

¡O!, mundo inmundo, bien sabes tú que te conozco yo; lo que de ti conozco es que eres un sepulcro de muertos, una cárcel de vivos, una botica de viciosos, un verdugo de virtuosos y un olvido de los passados; un enemigo de los presentes, un despeñadero de grandes y una sima de pequeños; un mesón de peregrinos y una plaça de vagabundos; finalmente eres, ¡o! mundo, un rebentón de buenos y un resvaladero de malos y un atolladero de todos. En ti, mundo, hablando sin mentir, es impossible que ninguno viva contento, ni menos viva honrado, porque a los buenos si les quieres dar honra tiénense por desonrados y a tu honra tiénenle como cosa de burla; y, si acaso los tales son malos y livianos, permítesles que alcancen de burla la honra, porque de allí se les siga la infamia de veras. Muchas vezes me paro a pensar de quál terné más compassión: del hombre malo y sublimado sin ningún mérito, o del hombre bueno y abatido sin ningún demérito; y de verdad en este caso el hombre piadoso de entrambos terná piedad, porque el malo si vive es cierto que ha de caer y el bueno si no muere estamos en duda si tornará a subir. Si todas las caýdas fuessen de una manera, todas sanarían con una medicina; pero unos caen de pies, otros caen de codo, otros tropieçan y no caen, otros van a caer y danles la mano. Quiero dezir que unos ay que caen de sus estados y no pierden más de la hazienda; otros caen, y de pura tristeza no la hazienda, pero aun pierden la vida; otros caen, que ni

pierden la hazienda ni la vida, pero pierden la honra, de manera que, según estava contra ellos cruel la fortuna, si más les hallara, más les quitara.

De una cosa estoy muy maravillado, y que los dioses jamás en ella ponen remedio, conviene saber: ¿por qué la fortuna, de que comienza a perseguir y derrocar a un miserable, no sólo le quita todo aquello que halló que le quitar, pero aun le quita todos aquellos que podían y le querían socorrer, de manera que el triste está obligado a llorar más el daño ageno que no el suyo propio? Mucha diferencia ay entre los infortunios de los buenos y entre los acaescimientos de los malos, porque el malo no podemos dezir que deciendo sino que cae, y el bueno no podemos dezir que cae sino que deciendo, que al fin al fin la verdadera honra no consiste en la dignidad que hombre tiene, sino en la buena vida que haze.

Grave cosa es ver a los vanos deste siglo, de que les toma imaginación de procurar y alcanzar una cosa, el madrugar que hazen de mañana, y el trasnochar de noche, y el aguardar a otros; ser importunos a muchos y ser enojosos a todos; y después, quando no se catan, uno de los que menos pensavan holgando y sin trabajo alcanzó la honra, y ellos con mucho sudor y no poco dinero cobraron infamia; porque muchos negocios he visto yo perderse por pereza y muchos más por sobrada diligencia.

CAPÍTULO XVIII

Do prosigue el Emperador su carta y persuade a que los príncipes sean de sus dioses temerosos, y de la sentencia que dio el Senado contra el príncipe que derrocó el templo.

Todas estas cosas, excelente príncipe, te he dicho no por más de te reprehender y afean tu caso, porque el curioso médico para quitar el agror de la purga haze morder al enfermo de una dulce manzana. A xx días del mes de Jano se presentó una muy larga información de tu vida aquí en el Senado, y fue enviada por el cónsul que fue a visitar a essa ysla de Sicilia, que como sabes es ordenación muy antigua que de tres en tres años se visite toda la tierra subjecta a Roma; porque muy injustos son los príncipes que tienen solicitud en hazer coger toda su renta y son perezosos en saber si a sus pueblos se administra justicia. De la información que se tomó de ti y de tu persona, si mi memoria no me engaña, ésta era la summa, conviene a saber: que eres templado en el comer, moderado en los gastos, piadoso con las biudas, padre a los huérfanos, grato a los que te sirven, sufrido con los que te ofenden, solícito en conservar la paz y fiel en mantener las treguas; solamente eres acusado que en el servicio de los dioses eres muy perezoso. Por un solo portillo se pierde una ciudad cercada si queda abierto; cincuenta huevos sanos se estragan mezclando un güero; por una traición sola se pierden infinitos servicios passados. Quiero dezir, excelente príncipe, que poco aprovecha en las cosas morales y agibles poner mucho cuydado, y a las virtudes heroycas y divinas poner en olvido; porque el buen príncipe primero ha de cerrar las puertas a los vicios que no entren en sus súbditos, que no alçar y reparar los muros contra sus enemigos. Sea cada uno qual fuere y diga cada uno lo que mandare, que para mí yo tengo por averiguado que el hombre que no es cultor de sus dioses, todas sus virtudes le han de estimar como vicios; porque ésta es regla general en

la muy alta philosophía, que no se llama una obra virtuosa porque yo la obro, sino que entonces es virtuosa quando a los dioses es acepta.

¡O!, excellente príncipe, ¿y tú no sabes que no ay hombre tan cuerdo, que no le falte más que tiene de cordura? ¿Y tú no sabes que no ay hombre tan sabio, que no ignora más que tiene sabido? ¿Y tú no sabes que no ay hombre tan prudente, que no yerre más cosas con la ignorancia que acierta con su prudencia? ¿Y tú no sabes que no ay hombre tan justo, que no le falte mucho para alcançar la verdadera justicia? Finalmente digo que no ay virtud tan virtuosa, que no le falte más que tiene para ser perfecta, por cuya ocasión toda nuestra justicia se ha de perfeccionar y refinar en la justicia divina, y lo mucho de virtud que a nosotros falta se ha de cumplir con mucha perfección que a los dioses sobra. Esta ley tenemos los romanos y ésta es la summa de todos los philósophos: que acá entre los mortales, ni de los mortales, ni con los mortales no ay cosa perfecta si no es por los dioses y en los dioses y con los dioses perfeccionada. Los hombres, como son flacos, no puede ser menos sino que cometan algunas flaquezas, y en tal caso los príncipes que son cuerdos todas las flaquezas que cometen los hombres pueden y deven con ellos dissimular, excepto las que son en desservicio de los dioses, las quales, si fuesse possible, antes que fuessen pensadas avían de ser punidas; porque no se puede llamar príncipe sino tyrano el que en vengar sus injurias es solícito y en castigar las de los dioses es perezoso.

Siéntase quien se sintiere, quéxese quien se quexare; que el príncipe que por ensanchar sus reynos, aumentar sus estados; diere ocasión a que se desminuya el servicio de los dioses, al tal no le llamaremos rey que gobierna, sino tyrano que tyraniza, si llamamos tyrano al que despuebla a los pueblos, mata a los hombres, persigue a los inocentes, estupra a las vírgines y roba a los reynos. Dime, excellente príncipe, ¿qué le faltará para tyrano al príncipe que se atreve a los templos y no reverencia a los flámines y, lo peor de todo, que tiene en poco el servicio de los dioses?

No ay mayor tyranía, y de verdad es verdadero tyrano el príncipe o señor que a sus dioses es atrevido; porque no ay trayción ni maldad que no cometa el que ya a los dioses tiene la vergüença perdida. Licurgo, glorioso rey de los lacedemonios, dezía en una de sus antiguas leyes estas palabras: «Ordenamos y mandamos que ningún hombre lacedemonio sea osado rescebir mercedes de manos del príncipe que a sus dioses no haze servicios; porque no sólo no es bueno, pero aun es muy dañoso todo aquello que por los hombres y no por los dioses nos es otorgado.» ¡O!, excellente rey, ¡o!, glorioso siglo, ¡o!, bienaventurado reyno en el qual querían que fuessen tan justos sus príncipes, que sólo para repartir la hazienda querían que fuesse muy justa su persona, y todo aquello davan por mal empleado que por mano de malos hombres les avía venido.

Una cosa heziste, sereníssimo príncipe, muy fea, la qual yo he vergüença de escrevirla, y es que por ensanchar tu palacio derrocaste un muy antiguo templo, lo qual no sólo no lo devieras hazer, pero aun ni por pensamiento te avía de passar; porque al fin al fin aunque las piedras de los templos valen poco, los dioses a quien están ofrescidas y dedicadas valen mucho. Perdóname, excellente príncipe, que te quiero hazer saber qué ha sido este hecho de tal qualidad, que a mí me ha espantado, a toda Roma escandalizado, al Sacro Senado has muy enojado, y a ti te tienen por hombre atrevido, y todos reclaman que seas

muy bien castigado. Y desto no te maravilles, porque tienen por fe en Roma que el príncipe que se atreve a derrocar los templos, deve tener muy poca fe con los dioses.

Por ser príncipe muy generoso y por ser amigo mío antiguo, he trabajado por ponerte en gracia con el Senado, pero como no ay excusa que excuse el error cometido, no determinan de perdonarte esta culpa sin que vean primero en ti una gran emienda. Y, a la verdad, paréceme que tienen razón, porque no ay cosa que más aýna alborote a los pequeños que ver que ellos y no los grandes son castigados. Lo que ha ordenado el Sacro Senado es que luego a la hora tornes a reedificar el templo, y ha de ser más ancho, más alto, más polido y más rico, de manera que tomes otro tanto de tu casa para alargar el templo quanto tomavas del templo para aumentar tu casa. Después que esto tuvieres en perfección puesto, como agora estás corrido y afrentado ternáste por dichoso y bienaventurado, porque no tú de los dioses, sino los dioses de tu casa para sí tomaron.

Bien creo que se te recrecerá gasto hasta que ayas acabado el templo. Aý te embío quarenta mil sextercios para ayuda del edificio, y, porque sea más secreto, embiótelos con Panucio, mi secretario, al qual en todo y por todo darás crédito. Aý te embío un collar de oro que me truxeron del río Nilo; salióme algo angosto, pienso para ti será más justo. Del reyno de España me han traýdo unas mulas; aý te embío dos dellas. Panucio, mi secretario, lleva una mula muy buena y tiénela muy preciada, de manera que no ay hombre que se la pueda sacar, ni la quiere emprestar; reciba yo tanto plazer que comprada o hurtada hagas que él buelva sin ella a Roma. Mi Faustina te saluda y a la excelente reyna, tu muger, de su parte y de la mía con el acatamiento devido nos encomienda, y esos papagayos Faustina le presenta. Marco, Emperador romano, te escribe de su mano.

CAPÍTULO XIX

Que trata en cuánta veneración eran tenidos entre los gentiles los que de los dioses eran muy cultores.

Los antiguos hystoriadores romanos cuentan que siete reyes fueron los que en el principio governaron a Roma por espacio de ccxlj años, el segundo de los quales fue Numa Pompilio, el qual entre todos los sobredichos siete es el más estimado, y no por más de por aver sido muy gran cultor de los dioses; porque los príncipes romanos tanto eran amados por servir a los dioses como por vencer a los enemigos. Fue en tanta manera, que consagró a los dioses a toda Roma, y él hizo para sí fuera de la ciudad una casa; porque era ley entre los antiguos que la casa que estuviesse a los dioses consagrada, ningún hombre humano era osado morar en ella.

El quinto rey de romanos fue Tarquino Prisco, y quan malo fue Tarquino el superbo, tanto fue éste de bueno y del pueblo amado; y entre las otras cosas le loan mucho que era muy temeroso de los dioses y que muy continuamente visitava los templos; y no contento con los que halló hechos, él edificó en la plaça del Capitolio el muy famoso templo de Júpiter; porque ningún príncipe romano podía para su persona edificar casa sin que primero hiziesse un templo para los dioses de la república. Fue tenido en tanto este

templo, que assí como a Júpiter tenían los romanos por dios de todos los dioses, assí era tenido este templo por cabeça de todos los templos.

Teniendo guerra los romanos contra los falisques y contra los capenates, dos capitanes de Roma fueron vencidos, y el uno dellos muerto, que avía nombre Gemecio, y cayó tanto temor sobre los vencidos, que muchos, desamparada la guerra, se tornaron a Roma; porque este privilegio tienen los victoriosos, que, aunque sean pocos, siempre son de los vencidos temidos. Por esta ocasión los romanos como hombres prudentes de nuevo pusieron otros capitanes, y cierto acertaron en ello; porque muchas vezes acontece que, mudados los caudillos de la guerra, se muda la próspera o adversa fortuna. Fue elegido por capitán de aquella guerra Marco Furio Camillo, el qual, aunque era capitán esforçado y valeroso, antes que fuesse a la guerra hizo a los dioses grandes sacrificios en Roma, y hizo voto que haría un solemne templo si bolvía con victoria; porque era costumbre que en aceptando el capitán romano la empresa, luego prometía de hazer alguna notable cosa en Roma. Como bolviesse, pues, con victoria Camillo, no sólo edificó el templo, mas aun dotóle de todas las riquezas que a él le cupieron del despojo y triumpho; y, como fuesse desto retraído, diciendo que los capitanes romanos avían de ofrecer los coraçones a los dioses y los thesoros repartir a los exércitos, respondió él estas palabras: «Yo como hombre no pedí a los dioses más de un triumpho, y ellos como dioses diéronme muchos triumphos; pues avido a esto respecto, justo es que si yo fui corto en el prometer, que sea largo en el cumplir; porque assí como yo les agradecí mucho lo que me dieron allende lo que yo les pedí, assí ellos ternán en mucho lo que les doy allende de lo que les prometí.»

Aviendo grandes guerras entre Roma y la ciudad de Neye, tuviéronla los romanos cercada cinco años continuos. Finalmente, por ocasión de una niña fue la ciudad tomada; porque cada día acontece en las guerras ganarse por maña lo que por fuerça se sustenta. El dictador romano que allí estava por capitán, que era Marco Furio, mandó pregonar que, al tiempo que se tomasse la ciudad, no fuesse muerto ningún enemigo sino el que hallassen armado; y, como fue sabido por los enemigos, desarmáronse todos, y assí escaparon todos; y de verdad fue este exemplo muy digno de notar; porque los capitanes quanta ferocidad muestran hasta ser vencedores, tanta piedad han de tener después con los vencidos. Fue loado aquel dictador por otra cosa que hizo muy mayor que la sobredicha, y fue ésta, conviene a saber: que no sólo no consintió robar los templos ni maltratar a los dioses, pero él mismo con gran reverencia tomó todas las cosas sagradas de los templos y a los dioses que estavan en ellos, especial a la diosa Juno, y llevólos todos a Roma; porque fue ley entre los antiguos que los dioses de los vencidos no podían venir en suerte de los capitanes vencedores. Y en el monte Aventino hizo un solemníssimo templo Camillo, y allí puso a todos los dioses juntos con todas las cosas sacras que truxo; porque los romanos quanto mayor triumpho avían de los enemigos, tanto mejor tratavan a los dioses de los vencidos.

Ítem es de saber que los romanos, después de muchas victorias, acordaron de hazer una corona de oro muy grande y muy rica para ofrecerla al dios Apolo, y, como estoviesse el erario pobre (en que avía poco oro y plata), las matronas romanas liberalmente deshizieron todas sus joyas de oro y plata para hazer aquella corona; porque en Roma para servicio de los dioses, para reparar los templos, para rescatar captivos, jamás entre

los romanos faltaban dineros. El Senado estimó en tanto este servicio, que les concedieron tres cosas a las mugeres, conviene a saber: tener guirlandas en las cabeças, yr en carros a los juegos públicos, yr públicamente en las fiestas de los dioses; porque eran tan honestas las antiguas romanas, que jamás ponían oro en las cabeças y a las fiestas siempre yvan atapadas. Que hiziessen esto los antiguos romanos con las matronas romanas no se deve nadie maravillar, porque tenían por costumbre en Roma que la paga de un servicio avía de ser con muchas y muy señaladas mercedes.

Acontesció otra cosa muy notable en Roma, y fue que los romanos embiaron a dos tribunos, los cuales se llamavan Caulio y Sergio, a la ysla Delfos a llevar un gran presente al dios Apolo y a visitarle; porque, según dize Tito Livio, cada año embiava Roma un presente al dios Apolo y Apolo embiava un consejo a Roma. Como navegassen por el mar de Trinacria, dieron al través los tribunos y cayeron en manos de unos piratas cossarios; y así, presos con todo su thesoro, los llevaron a la ciudad de Liparia; y, sabido en la ciudad cómo lo que llevavan eran cosas sagradas para el dios Apolo, no sólo los soltaron y todas las cosas les tornaron, mas aun les dieron guías que fuessen y viniessen con ellos hasta sacarlos de todos los peligros. Tornados los mensageros a Roma con salud, tomaron los romanos tanta alegría, que ordenaron en Roma que los generosos de Liparia fuessen patricios romanos y todos los otros fuessen sus confederados y que en el templo de Júpiter uviessen siempre dos sacerdotes dellos, y este privilegio jamás se concedió a estrangeros sino a éstos; porque los romanos tenían tan gran zelo de sus dioses, que no fiavan el servicio de los templos sino a los naturales más antiguos y a los hombres más virtuosos.

En los tiempos que estava Quinto Fabio y Publio Decio en la guerra contra los sanites y contra los esturques y contra los umbros, fueron en Roma vistas muchas señales terribles y espantables, las cuales pusieron temor no sólo a los que las vieron, pero aun a los que las oyeron; por cuya ocasión los romanos y las matronas romanas hazían de noche y de día muchos y muy grandes sacrificios a los dioses, porque dezían ellos que si ellos aplacavan una vez a los dioses en Roma, no tenían temor de sus enemigos en la batalla. Fue el caso que, andando las matronas romanas por los templos a fin de aplacar a sus dioses, vinieron al templo de la castidad muchas señoras patricias a sacrificar; porque en el tiempo de la gran policía de Roma las mugeres romanas sacrificavan en el templo de los dioses. A la sazón sobrevino Virginia, hija de Aurio Virgíneo, cónsul plebeyo, y fue desechada del sacrificio porque no era señora patricia, sino muger plebeya, como si dixessen era labradora y no fijadalgo; porque en Roma eran en tanta veneración tenidas las patricias, que no parecían sino esclavas suyas las mugeres plebeyas. La noble romana Virginia, como se vio de las otras matronas afrentada, fizo de su casa propria un templo a la diosa de la castidad, a la qual ella servía con tanta reverencia, y fue tal que a poco tiempo venían allí a sacrificar todas las mugeres casadas de Roma; porque es la fortuna tan variable, que muchas vezes aquellos que con sobervia nos negaron la entrada por sus puertas, con humildad después vienen a servirnos a nuestras casas. Por esta causa fue en tanto tenuta la fundadora Virginia, que en vida los romanos la hizieron patricia y en muerte le pusieron en el alto Capitolio una estatua. Encima desta estatua estavan esculpidas unas letras griegas que en sentencia dezían estas palabras: «Ésta es la ymagen

de la gran matrona Virginia, la qual porque dio su casa a los dioses en vida, los dioses la llevaron a su casa en la muerte.»

De todas las historias sobredichas haze mención Tito Livio en la primera *Década*, libro ij, v, ix; y aunque él las pone por más estenso, pero abasta esto para lo que haze a mi propósito. He querido entre los gentiles buscar estos pocos de exemplos para confundir y reprehender a los príncipes christianos, en que vean cuánto zelo tenían al servicio de sus dioses falsos aquéllos y quán tibios y descuydados en el servicio del nuestro Dios verdadero somos nosotros. Vergüença es de dezir cómo los antiguos romanos a los dioses de burla servían de veras, y los más de los christianos al Dios de veras sirven de burla; porque los hijos deste siglo no quieren sobre sí trabajo sino solamente por los deleytes del cuerpo. Muchos se maravillan qué sea la causa que Dios hazía tanto por ellos, ellos no haciendo nada por Dios, y a esto se puede dezir que si ellos a un Dios verdadero conocieran, todo lo que a muchos dioses sacrificavan, a un Dios sacrificaran, y, como nuestro Dios es justo, remuneráales en estas prosperidades temporales no porque acertavan, sino porque desseavan acertar; porque en nuestra sancta ley no mira Dios quáles somos, sino quáles desseamos ser.

Los príncipes christianos maravillanse qué es la causa que ellos no son assí de Dios socorridos y prosperados como lo fueron los gentiles, y a esto se puede dezir que o ellos son buenos o malos. Si son buenos, por cierto gran injuria les faría Dios en pagarles sus fieles servicios en estos bienes mundanos, porque más valen diez mil de juro perpetuo en la gloria que cien mil de juro de por vida en esta triste vida; pero si los tales príncipes y grandes señores son malos en sus personas, no solícitos en gobernar sus tierras, no favorecedores de pupilos y biudas, no muy temerosos de Dios y de sus iglesias, y, sobre todo, que jamás se acuerdan de hazer a Dios un servicio sino quando se veen metidos en algún peligroso trabajo, en tal caso ni quiere Dios oýrlos, ni menos favorecerlos; porque sin comparación es más acepto el servicio que se haze por voluntad, que no el que se ofrece por necesidad.

CAPÍTULO XX

Que por cinco razones deven los príncipes ser mejores christianos y más virtuosos que no sus vassallos.

A mi parecer, por cinco razones deven y son obligados los príncipes a ser virtuosos, digo virtuosos en que sean de Dios muy temerosos, porque sólo aquél se puede llamar virtuoso que en la fe de la Iglesia y en el temor de Dios está muy entero. Lo primero, deven los príncipes temer, honrar y servir a un solo Dios que adoran, pues a Él solo y no a otro conocen por superior en los cielos y en la tierra; porque al fin al fin no ay cosa tan poderosa que a la divina potencia no sea subjecta. Y de verdad si el príncipe que gobierna no tiene siempre delante los ojos al Superior Príncipe a quien ha de dar cuenta, en gran peligro tiene la salvación de su ánima; porque el príncipe mucha ocasión tiene a ser vicioso, acordándose que por el vicio no ha de ser castigado. En muchas y diversas escripturas lo he mirado, y jamás hallé príncipe antiguo que con tener a un solo Dios

fuesse contento, ca tenía muchos dioses, porque Julio César cinco dioses traía en una tabla pintados y el gran Scipión siete dioses traía en una medalla esculpidos; y, lo que más es, que no se contentavan con tener muchos, sino que en sacrificios y servicios cumplían con todos. Y los príncipes christianos, que no tienen sino un solo Dios verdadero, no son para darse recabdo en tenerle contento y hazerle el devido servicio. Y si acaso dixeren los príncipes que más trabajo es servir a un Dios verdadero que a todos los dioses falsos, a esto respondo que servir aquéllos era trabajo y servir a nuestro Dios es descanso, y servir aquéllos era costoso y de servir a Dios sácase provecho; porque aquellos dioses pedían muchos y muy ricos sacrificios y nuestro Dios no pide sino puros coraçones y sanctos desseos.

Lo segundo, deven los príncipes ser mejores christianos que todos porque tienen más que perder que todos, y el que tiene que perder más que otro ninguno ha de servir a Dios, porque assí como Él solo lo puede dar, assí Él solo y no otro lo puede quitar y tornar. E si un vassallo pierde o le toman alguna cosa, hazésela cobrar el príncipe a quien sirve, mas si el príncipe es agraviado y de otro príncipe o tyrano suprimido, no tiene a quien se querellar ni socorrer sino a su Dios piadoso; que al fin al fin un poderoso no puede ser desagaviado sino por otro poderoso. Pero miren los príncipes que el hombre que quiere dar algún gran salto desde lexos viene primero corriendo. Quiero dezir que el príncipe que quiere tener a Dios para sus necessidades propicio deve tener a esse mismo Dios con servicios muy grangeado, porque con vergüença se pide socorro aquél a quien jamás hezimos servicio.

Lo tercero, deven los príncipes ser mejores christianos, y verse ha esto en que socorran a los pobres, favorezcan a los desfavorecidos, visiten a los hospitales, freqüenten los templos y se esfuerçen a oír los oficios divinos, y de todas estas cosas no sólo rescebirán premio porque las hazen, pero aun recibirán honrra porque por su buen exemplo otros harán la misma obra. De ser los príncipes de Dios y de sus mandamientos poco temerosos vienen sus reynos y vassallos a ser malos christianos; porque, siendo la fuente salobre, imposible es que sus arroyos sean dulces. Vemos por experiencia que un freno enfrena un cavallo, un rodezno mueve a un molino y un governalle rige a una nao. Quiero dezir que un príncipe bueno o malo llevará tras sí a todo el reyno, que, si ellos adoran a Dios, todos le adoran; si ellos le sirven, todos le sirven; si ellos le alaban, todos le alaban; y, si ellos le blasfeman, todos le blasfeman; porque es imposible que el árbol brote otras fructas ni flores sino conforme al umor que tienen sus raýzes. Los príncipes esta preminencia tienen entre todas las criaturas, que si son buenos nunca rescebirán gualardón por una obra sino por muchas, porque fueron ocasión que las obrassen muchos; y, por contrario, no sólo serán castigados por el mal que ellos hizieron, pero aun por los males que por ocasión de sus malos exemplos otros cometieron. ¡O!, príncipes que oy soys vivos, cuánto desseo yo que pudiéssedes hablar con uno de los príncipes que son ya muertos, especial si fuessen de los que en aquellas eternas llamas están dañados, y veríades y oyríades que los mayores tormentos que passan son no por lo que hizieron, sino por los males que fueron ocasión de se hazer; porque muchas vezes pecan los príncipes y prelados más por lo que dissimularon a otros que por lo que cometen ellos. ¡O!, cuánta vigilancia deven tener los príncipes y grandes señores en mirar mucho lo que dizen, y quán desaminado ha de ser todo lo que hazen, porque no sólo sirven a Dios por sí

solos, pero sírvanle en todo lo que sirven sus súbditos. Y, por el contrario, no sólo los príncipes ofenden por sí solos, pero ofenden y pecan en todo lo que ofenden y pecan sus reynos; porque al pastor muy grave le han de dar el castigo quando por su culpa el lobo mata al ganado.

Lo quarto los príncipes deven ser mejores christianos que otros a causa que a solo Dios han de dar cuenta de sus estados. Tanto quanto más somos ciertos ser justo el Dios que nos ha de tomar la cuenta, tanto devemos trabajar más de estar en su gracia, porque si hallare o no hallare en nuestra vida alguna falta con amor y piedad nos la corrija. Los hombres en esta vida no tienen cuenta sino con otros hombres, y al fin al fin cuenta buena, cuenta mala, toda passa entre los hombres, porque son hombres. Pero ¿qué harán los tristes de los príncipes, que no tienen cuenta sino con Dios, el qual ni puede ser engañado con palabras, ni corrompido con dones, ni temeroso por amenazas, ni convencido por ruegos, ni satisfecho con excusas? Tienen los príncipes sus reynos llenos de crudas justicias que castigan las flaquezas humanas; tienen sus consejos llenos de fiscales que acusan los excessos contra ellos cometidos; tienen sus palacios llenos de truhanes que les acuerden las vidas ajenas; tienen sus cortes llenas de contadores que de todas sus rentas les dan cuenta; y, entre todas estas cosas, ¿por qué no quieren tener memoria de aquel estrecho día en el qual de su mala vida darán estrecha cuenta? Paréceme a mí que, pues los príncipes todo su rescibo es de la mano de Dios, que todo su gasto ha de ser en cosas de Dios, y todo su trato ha de ser con Dios, y la cuenta de su vida no la han de dar sino a Dios; que, pues son dioses en la auctoridad que tienen sobre las cosas temporales, que pareciessen a Dios más que los otros en las virtudes; porque más heroyco es el príncipe que supedita dos vicios que el príncipe que subjuzga diez reynos. Pero ya les perdonaremos, y aun rogaremos, que no sean dioses en la tierra, sino que sean unos hombres buenos en la república; porque todo el bien de los príncipes está en que sean muy valerosos con los estraños y poco presumptuosos con los suyos.

Lo quinto, los príncipes deven ser mejores christianos que otros porque el favor o disfavor les ha de venir de mano de Dios solo y no de otro ninguno. Muchas vezes lo he visto que los príncipes que toda su esperanza ponen en el socorro y favor de otros príncipes, aquéllos son de Dios más desamparados; y, por contrario, los que no curan de los hombres sino de Dios, aquéllos tienen a Dios y a los hombres en su favor y socorro. Muchas vezes al mejor tiempo que con gran brío el favor umano passa su carrera, el secreto juyzio de Dios le haze parar con una sofrenada. Quiero dezir que muchas vezes los confederados y amigos de los príncipes les pueden y quieren ayudar y Dios no quiere que sean ayudados ni favorecidos, porque vean que no está su remedio en la solicitud humana, sino en la providencia divina. Un príncipe que tiene un reyno no permite sin su parecer se haga ninguna cosa en el reyno, pues no es de menos señorío Dios en el cielo que son los príncipes en la tierra, porque quiere Dios que como es señor de todo hagan cuenta dél en todo, y como es fin de todas las cosas, en él y con él se comiencen todas las cosas. ¡O!, príncipes, si supiéssedes quán poco mal es estar mal con los hombres, y si supiéssedes quánto os va en estar bien con Dios, yo os juro que a los hombres aun burlando no quisiéssedes hablar una palabra, y a Dios no dexaríades de encomendaros a él de noche y de día; porque más prontitud tiene Dios para nos socorrer que nosotros tenemos solicitud para le llamar; que al fin al fin el favor que os pueden dar los hombres

puédenlo deshazer otros hombres, pero el favor que os diere Dios ni ay hombres que lo resistan, ni otro dios que lo contradiga. Todos los que han alcançado mucho y tienen mucho dévense favorecer con los que pueden mucho, y, si es assí, hágoles saber a los príncipes que todos los hombres juntos no pueden tanto como puede Dios solo; porque más espanta el bramido del león que no el aullido del lobo. Yo confieso que los príncipes y grandes señores pueden algunas vezes ganar, procurar, alcançar muchas cosas, pero preguntóles qué es del favor que tienen para conservarlas. Muchas vezes vemos que en breves tiempos se alcançan grandes señoríos, los quales ni juyzios humanos abastan para regirlos, ni fuerças humanas para conservarlos; porque los romanos la libertad que en seyscientos años ganaron, por tomarse con los godos en tres años la perdieron. Vemos por experiencia cada día que un hombre para regir sola su casa tiene necessidad del consejo de sus amigos y vezinos, y ¿piensan los príncipes y grandes señores con solo su parescer gobernar tantos reynos?

CAPÍTULO XXI

Quién fue el philosopho Bías, y de la constancia que tuvo quando perdió todo lo que tenía, y de un razonamiento que hizo a los que lo consolaban de su trabajo, y de diez leyes que dexó a los príncipes, las quales para los príncipes son leyes muy notables.

Entre todas las naciones y géneros de gentes que se preciaron tener consigo sabios fueron los griegos, los quales por excellencia no sólo tuvieron para leer en sus achademias grandes philosophos, pero aun los eligieron por príncipes de sus reynos; porque, según dize Platón, en aquellos tiempos y en aquellos reynos, o eran philosophos los que imperavan o los que imperavan philosophavan, según escribe Laercio, libro ii *De antiquitatibus grecorum*. Préciáanse mucho los griegos aver tenido de todas las condiciones de gentes muchas y muy notables personas, conviene saber: siete mugeres muy sabias; siete reynas muy honestas; siete reyes muy virtuosos; siete capitanes muy esforçados; siete ciudades muy insignes; siete edificios muy sumptuosos; siete philosophos muy doctísimos, que fueron éstos: Thales, que fue el primero que halló el norte para navegar; el segundo fue Solonino, el qual dio las primeras leyes a los de Athenas; el tercero fue Chilón, el qual fue a Oriente por embaxador de los athenienses; el quarto fue Phítaco, el qual no sólo fue philosopho, pero aun fue capitán de los mitilenos; el quinto fue Cleóbolo, el qual descendía del antiguo linage de los Hércoles; el sexto fue Periandro, el qual por mucho tiempo gobernó el reyno de Corintho; el séptimo fue Bías Perineo, el qual fue príncipe de los perinenses.

Hablando, pues, deste Bías qué haze a mi propósito, es de saber que en los tiempos que reynava Rómulo en Roma, Ezechías en Judea, avía en Grecia muy gran guerra entre los metinenses y entre los perinenses; y destos perinenses era philosopho y príncipe y capitán Bías, el qual por ser sabio leya en la academia, por ser esforçado era capitán de la guerra y por ser muy prudente era príncipe que gobernava la república. Y no se maraville desto ninguno, porque en aquellos tiempos dávase a tanta virtud los sabios, que el philosopho que no tenía habilidad más de para una cosa en muy poco le tenían en su república. Después de muchas contiendas entre los metinenses y perinenses, diose una cruda batalla,

de la qual fue capitán el philósopho Bías, y uvo la victoria della, y ésta fue la primera batalla que por manos de filósofo se dio en Grecia, de la qual victoria Grecia tomó mucha sobervia, por ver que sus filósofos eran tan venturosos en las lanças como dulces en las lenguas. Y acaso como le truxessen muchas donzellas vírgines captivas para que las vendiesse, y dellas y del precio dellas se aprovechasse, el buen filósofo Bías no sólo no las corrompió ni vendió, mas aun libertólas y vestiólas; y, libres de toda infamia, las hizo llevar a su tierra. Y no se tenga en poco esta liberalidad de soltar a los cativos y no corromper a las vírgines, porque muchas vezes los vencidos son vencidos con las armas de los vencedores y los vencedores se pierden en los regalos y vicios de los vencidos. Fue este fecho tan loado entre los griegos y fue en tanto tenido de sus enemigos, que luego los metinenses embiaron embaxadores a pedir paz a los perinenses, y ordenaron entre sí paz perpetua con tal condición que al filósofo Bías fiziessen una immortal estatua, pues por sus manos y más por sus virtudes avía entre ellos cessado aquella guerra. Y de verdad ellos tuvieron razón, porque más merece el que alcança la paz ganando los coraçones de los enemigos, que no el que alcança vitoria derramando sangre por los campos. Los coraçones de los hombres son generosos, y vemos cada día que muchas vezes ante uno vence a muchos por bien, que muchos vençan a él por mal, y assí dizen que dezía estas palabras el Emperador Severo: «Por bien, atado por un cabello me llevará el menor esclavo de Roma; y por mal aun no me podrán mudar todos los poderosos de Ytalia, porque mi coraçón más quiere ser siervo de los buenos que no ser señor de los malos.» Cuenta Valerio Máximo que, como una vez fuesse tomada de los enemigos la ciudad de Periene, y fuesse saqueada, de manera que al filósofo Bías le avían a su muger muerto, a los fijos le avían cativado, la hazienda le avían robado, la su ciudad avían derrocado y a su casa avían puesto fuego; Bías fuesse a Atenas escapada la vida. En este tan lastimoso caso, el buen filósofo Bías no sólo no mostrava tristeza, pero aun yva por el camino cantando con gran alegría, y como se espantassen todos de aquella alegría, díxoles esta palabra:

Habla de Bías, el philósopho

«Los que dizen que por carecer yo de mi ciudad, por carecer de mi muger, por carecer de mi casa, por carecer de mis hijos, por esto he perdido quanto tenía, los tales ni saben qué cosa es fortuna, ni sienten bien de philosophía; porque perder hijos y hazienda no se puede llamar pérdida quando queda la vida sana y en la fama no ha hecho estrago la pestilencia. Que sea verdad esta sentencia, pensemos profundamente esta cosa: si permitieron los dioses justos que viniessen esta ciudad a manos de tyranos crudos, la permissão fue muy justa; porque no ay cosa más conforme a justicia que aquéllos que no gustan la buena doctrina de los sabios que sientan el áspero castigo de los tyranos.

Ítem, si me mataron a mi muger los enemigos, soy cierto que no fue sino con acuerdo de los dioses, los quales en nasciendo una criatura luego le tassan los días de la vida. Pues ¿por qué lloraré yo su muerte, si hasta allí tenían los dioses tassada su vida? Lo mucho en que tenemos la vida nos haze parecer que la muerte es repentina, y que la vida sin tiempo y sazón es de la muerte salteada; pero ésta es plática de los hijos de vanidad, porque con

voluntad de los dioses nos visita la muerte y contra voluntad de los hombres se nos despiden la vida.

Ítem, mis hijos son filósofos virtuosos, y aunque estén en poder de los tiranos, no por eso los llamaremos captivos; porque no se llama captivo el que está cargado de hierros, sino el que está rodeado de vicios.

Ítem, si el fuego quemó a mi casa, ni por ello tengo de tomar tristeza, que a la verdad ella era ya vieja y los vientos combatían los tejados, los gusanos royan las maderas, las aguas desmoronaban las paredes, de manera que un día cayera y allí a traición me matara; porque la envidia y la malicia y la casa vieja sin llamar a la puerta acometen a la persona. Vino, pues, el elemento del fuego, y hízolo en tres cosas como generoso: la una, que me quitó el cuidado de la hacer; la segunda, que me quitó la costa de la derribar; la tercera, que quitó de pleitos a mis herederos de la heredar; porque muchas veces con lo que se gasta sobre la herencia de una casa pobre se haría otra muy rica.

Ítem, decir que me tomaron mi hacienda en carecer que carezco de los bienes de fortuna, no tienen razón los que tal piensan, ni menos los que tal dicen; porque la fortuna estos bienes temporales jamás a ninguno los da por cosa propia, sino que en los que ella quiere y por quanto ella quiere los deposita. Pues como la fortuna ve que a los hombres que ella tenía por depositarios se le alcan por herederos, al tiempo que piensan tener por más suya la hacienda, entonces se la quita y da a otra persona. Con razón yo no puedo tener queja que aya perdido ninguna cosa, porque los bienes temporales la fortuna encoméndolos a otro, pero la paciencia y filosofía llévola conmigo, de manera que me descargaron de lo ajeno y ya no tengo cargo sino de mí solo.»

Cuenta Laercio, libro v *De dictis grecorum*, que este filósofo Bías acordó de yr a los juegos del monte Olimpo, a do concurrían de todas las naciones del mundo, y mostróse allí de tan alto ingenio, que entre todos los filósofos él quedó por único y llevó la fama de verdadero filósofo. Estando, pues, en aquellos juegos Olimpos, preguntáronle algunas preguntas otros filósofos, y aunque las preguntas fueron muchas y de diversas cosas, no pregunté aquí sino las más substanciales, que son las siguientes.

Preguntas hechas al filósofo Bías

La primera pregunta fue ésta: «Di, en este mal mundo, ¿quién es el hombre más desdichado?» Respondió Bías: «En este mundo aquél es más desdichado que en la desdicha no puede tener sufrimiento; porque no matan a los hombres las adversidades, sino la impaciencia que tenemos en ellas.»

La segunda pregunta fue: «¿Cuál es la causa que de juzgar es más enojosa?» Respondió Bías: «No ay cosa de juzgar más enojosa que es juzgar entre dos amigos una contienda; porque juzgar entre dos enemigos, el uno queda por amigo, más juzgar entre dos amigos, el uno queda por enemigo.»

La tercera pregunta fue: «¿Qué cosa es más dificultosa de medir?» Respondió Bías: «No ay cosa en el mundo do se requiera tan gran tiento como quando se mide el tiempo; porque el tiempo se ha de medir tan justo, que ni le falte a la razón tiempo para fazer bien, ni le sobre a la sensualidad tiempo para hazer mal.»

La quarta pregunta fue: «¿Cuál es la cosa en el cumplimiento de la qual no ha de aver escusa para cumplirla?» Respondió Bías: «Lo que se prometió, porque do ay coraçones generosos y rostros vergonçosos, todo lo que por voluntad se prometió de necessidad se ha de cumplir, que de otra manera más perdería el que perdiessse el crédito de su palabra que no el que perdiessse la promessa a él fecha.»

La quinta pregunta fue: «¿Cuál es la cosa en que los hombres buenos y malos han de ser más solícitos?» Respondió Bías: «En ninguna cosa han de ser los hombres tan solícitos como en buscar consejos y consejeros; porque no se pueden sustentar los prósperos tiempos, ni se pueden resistir a los muchos enemigos si no es con hombres maduros y con consejos anejos.»

La sexta pregunta fue: «¿Cuál es la cosa en la qual los hombres son loados por ser perezosos?» Respondió Bías: «En una sola cosa tienen los hombres licencia de ser perezosos, y es en elegir los amigos; porque el amigo muy tarde se ha de elegir y jamás por jamás se ha de dexar.»

La séptima pregunta fue: «¿Cuál es la cosa que más desseá el hombre abatido?» Respondió Bías: «Es mudança de fortuna, y la cosa que más aborrece el próspero es pensar que es mudable la fortuna; porque el hombre abatido piensa que si muchas mudanças haze fortuna, siempre le cabrá alguna parte della, y el hombre próspero piensa que por una mudança que haga fortuna, luego le ha de despedir de su casa.»

Estas cosas fueron las que preguntaron y respondió el philósopho Bías en los juegos del monte Olimpo, en la Olimpiada lx. Vivió el philósopho Bías noventa y cinco años, y, como llegasse a la muerte, los perinenses mostrando mucho pesar de carecer de tan gran varón, rogáronle afectuosamente tuviesse por bien de ordenarles algunas leyes, mediante las quales supiesse elegir caudillo y príncipe que a él le sucediesse en el reyno. Oýdas estas cosas por el philósofo Bías, dioles las siguientes leyes en breves palabras, de las quales leyes y del autor dellas haze mención el divino Platón en el libro *De legibus*, y Aristóteles en los libros de las *Yconómicas*.

Las leyes que dio el philósopho Bías a los perinenses

Ordenamos y mandamos que ninguno sea elegido por príncipe de todos los pueblos si no uviere a lo menos quarenta años; porque de tal edad han de ser los gobernadores, que ni la poca edad y experiencia les haga errar los negocios, ni la mucha edad y flaqueza les estorve a sufrir los trabajos.

Ordenamos y mandamos que ninguno sea elegido por gobernador del pueblo si universalmente por todo el pueblo no fuere aprobado por bueno; porque nunca será bien obedecido el que de todos fuere tenido por malo.

Ordenamos y mandamos que ninguno entre los perinenses sea por gobernador elegido si no fuere en las letras griegas muy docto; porque no ay mayor pestilencia en la república que faltar sapiencia y prudencia en el que la gobierna.

Ordenamos y mandamos que ninguno sea entre los perinenses por gobernador elegido si no fuere a lo menos diez años en las guerras criado; porque aquel solo sabe conservar [163] la paz desseada que supo por experiencia qué cosa son los trabajos de la guerra.

Ordenamos y mandamos que ninguno que fuere en crueldad notable tomado sea por gobernador de algún pueblo elegido; porque todo hombre que fuere de crueldades amigo es impossible sino que pare en tyrano.

Ordenamos y mandamos que si el gobernador de los perinenses fuere osado a quebrantar tres leyes antiguas del pueblo, en tal caso sea de la gobernación privado y del pueblo expelido; porque no ay cosa que más destruya a la república que hazer leyes nuevas y quebrantar las buenas costumbres antiguas.

Ordenamos y mandamos que al príncipe o gobernador de los perinenses les sean muy bien pagados los tributos, y, si acaso en casa del tal gobernador fuere mayor el gasto que no el tributo, luego el tal sea del gobierno privado; porque el príncipe que tiene poco y gasta mucho, o ha de perder el reyno o él ha de tornarse tyrano.

Ordenamos y mandamos que el gobernador que uviere de gobernar a los perinenses sea muy cultor de los immortales dioses y muy amigo de los sacros templos; porque de otra manera el príncipe que a sus dioses no tiene reverencia no esperen los hombres alcançar dél justicia.

Ordenamos y mandamos que el príncipe de los perinenses se contente con las tierras que le dexaron sus passados y no invente guerras para tomar reynos estrangeros, y, si acaso lo quisiere hazer, ninguno con dineros ni persona sea obligado a le seguir ni servir; porque el dios Apolo me dixo que el hombre que tomasse lo ageno los dioses le tomarían a él lo suyo proprio.

Ordenamos y mandamos que el gobernador de los perinenses vaya cada semana dos vezes a orar a los dioses y a visitar a los templos, y, si lo contrario hiziere, no sólo de la gobernación sea privado, más aun después de muerto carezca de sepulchro; porque el príncipe que no honrra a los dioses en la vida no es razón que sus huessos sean honrrados después en la sepultura.

CAPÍTULO XXII

Cómo Dios desde el principio del mundo siempre contra los malos puso justicia, especial contra los príncipes que se atreven a su Yglesia, y que todos los malos christianos no son sino parrochianos de los infiernos.

Quando aquel Opífice eterno, el qual todas las cosas mide con su omnipotencia y las pesa con su sabiduría, en el ser efectivo crió todas las cosas assí celestes como terrestres, visibles como invisibles, corpóreas y incorpóreas, no sólo prometió a los buenos que le sirviessen premio, pero juntamente amenazó a los que se le atreviessen con castigo; porque la justicia y misericordia de Dios siempre andan juntas y jamás combida la una a los buenos sin que amenaze la otra a los malos. Parece esto ser verdad, porque no aviendo más de un Dios; y aquel Dios no criando más de un mundo; y en todo el mundo no aviendo más de un huerto; y en aquel huerto no aviendo más de una fuente; y cabe aquella fuente no aviendo más de un hombre; y cabe aquel hombre estava sola una muger; y cabe aquella muger sola estava una serpiente; y cabe la serpiente estava solo un árbol vedado; cosa maravillosa de dezir y no menos espantosa fue de ver que el día que el mundo acabó de ser criado, aquel día puso Dios en el Paraíso Terrenal horca y cuchillo: la horca fue el árbol vedado de do comieron, por el qual fueron justiciados nuestros primeros padres, y el cuchillo fue la pena con que somos degollados hasta oy nosotros, sus míseros hijos, porque en la verdad ellos comieron el agraz de la culpa y nosotros tenemos la dentera de la pena.

No quiero dezir cómo nuestro Dios con su potencia levanta lo que está abatido, con su sabiduría encamina lo mal guiado, con su voluntad dissimula mucho de lo mal hecho, con su clemencia perdona lo a él ofendido, con su luz alumbrá lo que está obscuro, con su rectitud endereça lo que está quebrado, con su largueza paga más de lo merecido; pero quiero aquí dezir y muy por estenso declarar cómo nuestro supremo Dios con su justa justicia castiga a todos los que no están en su gracia. ¡O!, quán seguros han de estar los tus fieles servidores, Señor, en que por sus pocos servicios han de llevar de ti muchos y muy copiosos gualardones; y ¡o!, quán sospechosos han de bivar siempre los malos, en que por sus muchos males les has de dar agros y horrendos castigos. Caso que nuestro Dios con su bondad no dexé servicio sin gualardón, ni con su justicia no dexé culpa sin pena, pero es de saber que sobre todo y más que todo aquello más gravemente castiga, la ofensa de lo qual toca en desacato de la Santa Fe Cathólica; porque Christo por tan injuriado se siente de los que persiguen a su Yglesia como de los que pusieron las manos en su persona.

En los tiempos passados leemos aver hecho Dios en muy altos príncipes y en muy famosos hombres muchos y muy señalados castigos, pero en ninguna cosa su rigor aplomó tanto las manos como en aquéllos que adoravan los infames ydolos y violavan los templos sacros; porque acerca de Dios ésta es la suprema culpa, conviene a saber: dexar su Santa Fe Cathólica en la vida y desesperar de su misericordia en la muerte. Pluguiesse a la divina clemencia que tanto conocimiento tuviésemos nosotros de nuestras culpas como Dios tiene razón de darnos castigo por ellas; porque si esto assí fuesse, nosotros haríamos la emienda en lo advenidero y Dios haría perdón general de todo lo passado.

Veó una cosa, y pienso que no me engaño en ella, y es que en cometer flaquezas y miserias nos contamos por naturales, y en la satisfacción y emienda dellas dezimos ser estrangeros, de manera que admitimos la culpa y condenamos la pena que merecemos por ella. Los secretos juyzios de Dios permitiéndolo y sus pecados mereciéndolo, yo no niego sino que los malos poder podrán tener y posseer esta vida a su plazer; pero yo les juro que, quando no cataren, ellos la pierdan a su despesar; porque son tan inconstantes los plazerés de esta vida que apenas començamos a gustarlos quando desaparecen delante de nuestros ojos. Regla es infalible, y de buenos y malos experimentada, que todos naturalmente dessean antes que les sobre que no que les falte; y todo lo que mucho se dessea, con mucha diligencia se busca; y lo que con diligencia se busca, con trabajo se alcança; y lo que con trabajo se alcança, con amor se possee; y lo que con amor se possee, con dolor se pierde; y lo que con dolor se pierde, para siempre se llora; que al fin al fin no podemos negar sino que de los coraçones lastimados sus pregoneros son los ojos llorosos. En los juyzios bivos y en los coraçones temidos lástima es que siempre lastima, pena es que no descansa, gusano es que siempre roe, acordarse un hombre que ha de perder la vida regalada que tanto ama y que ha de gustar la muerte espantosa que tanto aborrece.

Viniendo, pues, al propósito de lo que quiero provar en este caso, es razón que sepan todos los príncipes si no lo saben, que assí como la divina Providencia los sublimó en altos estados (y esto sin ver en ellos méritos), assí su rigurosa justicia los abatirá si fueren a sus beneficios ingratos; porque la ingratitud de los beneficios recibidos haze inábile al hombre para rescebir otros. Quanto más uno fuere con beneficios privilegiado, tanto si mal usare dellos será gravemente punido. Todos los hombres prudentes, si paran mientes en ello, hallarán que muchas vezes en aquellos pecados comiença Dios el castigo los quales tenemos nosotros más en olvido; porque delante la justicia de Dios siempre están corriendo sangre nuestras culpas secretas, para que hagan de nosotros justicias públicas. E digo más, que en este caso no veo ser más esento al príncipe que bive en la cumbre de la felicidad humana que al pobre labrador que bive en una estrecha y muy pobre aldea, y aun las más vezes veemos por experiencia que los repentinos y espantosos rayos dexan los edificios baxos y derruecan en un momento los omenajes superbos.

Quiere Dios, y es su determinada voluntad, que quanto sublimó a un hombre más que a todos los otros hombres, tanto más le reconozca por señor que todos los otros hombres; [167] porque no crió Dios los altos estados y señoríos para cometer grandes delictos, sino que con ellos tengan los príncipes ocasión de fazerle muchos y mayores servicios. Todo príncipe que no fuere buen christiano y de la Sancta Fe Católica zeloso, y a los templos de Dios fuere atrevido, y en el culto divino no fuere muy cuydadoso; téngase por dicho que en este mundo perderá la fama y en el otro terná en peligro el ánima, porque todos los malos christianos no son sino parrochianos del infierno.

CAPÍTULO XXIII

En que prueba el autor por doze exemplos quán ásperamente son los príncipes castigados quando son atrevidos a sus templos.

Por qué fueron castigados los hijos de Aarón

Tiempo es ya que dexemos de persuadir con razones y palabras, y provemos todo lo sobredicho con muchas y excelentes historias; porque al fin al fin los coraçones humanos más se mueven con pocos exemplos que con muchas palabras. En el libro que se llama *Vegethra*, primo *Levitici*, x, se cuenta que en los tiempos que el hierno de Jethró (sacerdote que fue de Madián) era príncipe muy principal sobre todos los descendientes del linaje de Seth, juntamente con él tenía cargo del summo sacerdocio el hermano de María la leprosa; porque en todas las leyes que Dios puso su mano siempre proveyó que uno tuviesse cargo de las cosas civiles y otro de las cosas sacras y divinas. Tenía, pues, aquel summo sacerdote dos hijos, que avían nombre Nadab y Abiuth, ambos que eran mancebos, sabios y esforçados y hermosos, los quales desde niños ayudavan a su padre a ofrecer los summos sacrificios; porque en aquella antigua ley sufríase no sólo que los sacerdotes tuviessen mugeres y fijos, mas aun que les sucediessen los hijos en los templos y heredassen los beneficios. Fue el caso desdichado que, estando estos dos mancebos vestidos de ropa blanca los cuerpos, ceñidos con balteo las renes, cubiertas con thiaras las cabeças, en la una mano el turíbulo y en la otra el encienso, aviendo pereza de encender fuego nuevo (conforme a lo que la ley tenía ordenado) y tomando brasas del fuego (que estava prohibido); cosa espantosa de ver que, todo el pueblo mirándolo y ninguno ninguna cosa sospechando, súbitamente salió un fuego que dio con los moços muertos en el suelo y dio mal fin al sacrificio. Por cierto fue la sentencia rigurosa, pero fue muy justa; porque bien merecían perder las vidas, pues se atrevieron a sacrificar en brasas ajenas. No quiero negar sino que aquellos dos sacerdotes cometieron grave delicto, pues el castigo fue tan riguroso; pero yo diría que más gravemente pecan los que oy comulgan o consagran con entrañas dañadas que no aquéllos que pecaron en ofrecer en brasas ajenas. Parece esto ser verdad, porque aquellos moços salvaron las ánimas y pagaron con las vidas; pero estos malaventurados asegúrales Dios las vidas porque han de perder para siempre las ánimas.

Por qué fueron castigados los azotos

Quando el reyno de Palestina era reyno sin rey, a la sazón regía el reyno un viejo muy honrado, padre que fue de los dos cavalleros Ofni y Phinees; porque en aquellos tiempos no se governavan los fijos de Israel por reyes que los fatigaran, sino por hombres sabios y esforçados que en justicia los mantuviessen. Aconteció que, viniendo a hazer guerra a los palestinos los azotos, que era una gente de Arabia assaz belicosa, los palestinos o ebreos sacaron el arca en medio de la batalla, que era como quien sacasse agora el Sancto Sacramento a despartir una gran escaramuça. Y sucedióles el caso tan malo, que no sólo fueron los palestinos vencidos, pero aun de la arca que era su relicario despojados. Muertos quatro mil de los palestinos, y sus reales despojados, los azotos llevaron el arca llena de reliquias al templo de la ciudad de Azoto, y pusieronla junto cabe Dagón, el qual era su ydolo maldito. El Dios verdadero, que no quiere que se le ygualle a Él, ni a cosa que represente a Él, ningún dios fengido, luego aquella noche fue la ymagen del dios Dagón derrocada sin que nadie la derrocasse, y fecha pedaços sin que nadie la tocasse;

porque es nuestro Dios tan poderoso, que para la ejecución de su justicia no tiene necesidad de la industria umana. No contento Dios con derrocar y despedaçar el ydolo, quiso también castigar a los cultores dél, en que a todos los de Azoto, de Aschalon, de Geth, de Acharón y de Gaza, que eran cinco muy antiguas y muy famosas ciudades, fueron heridos hombres y mugeres en las partes inferiores del mal de almorranas, de manera que ni podían comer estando assentados, ni menos yr camino cavalleros. Y porque viessen todos quán grave avía sido la culpa por la pena que rescibían por ella, proveyó y mandó la justicia divina que todas las casas y todas las plaças, todas las huertas, todos los sotos, todas las miesses y todos los campos estuviessen llenos de ratones. Avían éstos ofendido en adorar al ydolo falso y dexar al Dios verdadero, y quiso Dios castigarlos en otras dos cosas, conviene a saber: en que las almorranas atormentassen a sus personas y los ratones destruyessen sus haziendas. Porque aquél que por su voluntad ofreció al demonio su ánima, no es mucho que Dios contra su voluntad le quite la hazienda.

Esto assí passando, pregunto agora yo: ¿quién pecó más, los azotos en poner el arca en el templo, que a su parescer era el lugar más sancto y más honrado, o los christianos que, pospuesto el temor de Dios, roban los bienes del templo y se aprovechan dellos en el mundo? De verdad, quanta diferencia ay de la ley de los azotos a la ley de los christianos, tanta ay de la gravedad del pecado de los unos a la gravedad del pecado de los otros; porque ellos pecaron no creyendo que aquella arca era figura del Dios verdadero, mas nosotros, creyéndole y confessándole por Dios verdadero, sin vergüença cometemos contra Él el pecado. Por este castigo tan nuevo parece que los príncipes y grandes señores no sólo han de tener a solo Dios por señor, pero aun a todas las cosas a él dedicadas han de tener reverencia; porque las leyes humanas, hablando de la reverencia del príncipe, no menos mandan que muera el que combate o roba su casa, que el que pone las manos en su persona.

Por qué fue castigado el príncipe Oza

En el libro que escribió el hijo de Helcana, hoc est *Regum*, ij, capítulo vi, dize que, estando el relicario de Israel con sus reliquias (que eran un poco de rocío, y un palo, y dos losas de piedra) en la casa de Aminadab (el qual era vezino en la ciudad de Gabaa), acordó el hijo de Esay (que a la sazón era único rey de los ysraelitas) de llevar aquellas reliquias y colocarlas en su ciudad y casa; porque le pareció que era gran infamia (siendo él príncipe mortal) le sobrasse casa para sus plazerres, y a Dios (que es príncipe immortal) le faltasse un templo para sus reliquias. Señalado, pues, el día de la translación en que de Gabaa avía de trasladar las reliquias a Bethleen, ayuntáronse de la gente plebeya treinta mil hombres israelitas, y con el Rey todos los grandes del reyno, para que el relicario fuesse muy honrado y el Rey fuesse más acompañado. Y sin esto avían concurrido muchas gentes estrañas; porque en los semejantes regozijos más es la gente que de suyo se viene que no la que con mandamiento se llama. Aconteció que, yendo todos los señores a pie, y todos los plebeyos cantando, y el mismo rey en persona baylando, trastornóse un poco la rueda del carro; y acaso el príncipe Oza tocóla con la mano, y

arrimó el hombro a la rueda porque no cayesse el carro, y súbitamente delante de todos el príncipe Oza se cayó muerto.

Nótese mucho este castigo, que de verdad fue muy espantoso, en que se deve pensar que, pues por sólo poner la mano en el carro porque no cayesse le dieron la muerte, no deve esperar ningún príncipe que ayudando a caer la Iglesia le alargará Dios la vida. ¡O!, príncipes y grandes prelados, quando Oza con tanta diligencia perdió la vida, dezidme: ¿qué esperáys vosotros, que con tanta pereza dexáys caer la Iglesia? Torno otra vez a esclamar contra vosotros: ¡o!, príncipes y grandes señores, si el príncipe Oza mereció tal castigo porque sin reverencia tuvo el archa que se cayó, ¿qué castigo os darán a vosotros, que más por malicia que por inocencia ayudáys a caer la Yglesia?

Por qué fue castigado el rey Baltasar

Darío, rey de los persas y medos, teniendo cercada la muy antigua ciudad de Babilonia la caldea, era príncipe y señor della Baltasar, hijo del gran Nabuchodonosor; y fue tan mal hijo, que en muriendo su padre le hizo trezientos pedaços y le dio a comer a trezientos halcones, porque no pudiesse resuscitar y tornar a la vida y quitarle la erencia. No sé cuál es el padre loco que quiere tomar trabajo por dexar a su hijo en regalo, pues las entrañas de las aves con que caçava el hijo fueron sepulchros tristes do fue sepultado el padre. Estando, pues, assí cercado Baltasar, una noche acordó de fazer un gran combite a todos los señores de su reyno, y a los príncipes que avían venido a su socorro, y a los famosos capitanes de su ejército. Y esto hizo él como hombre mañoso, porque viessen los persas y medos que le tenían echado cerco en quán poco los tenía, estando tan estrechamente cercado. Suelen los señores generosos y de altos coraçones, quando están cercados de muchos trabajos, buscar ocasiones de inventar regozijos porque a los suyos pongan esfuerço y a los enemigos espanto y desmayo. De Pirro, el gran rey de los epirotas, se cuenta que, estando cercado en la ciudad de Tharanto, de manera que Curio Dentato, capitán romano, le tenía puesto en mucho estrecho, dixo a sus capitanes:

«No desmayéys, amigos, pues jamás os vi desmayados, que si los romanos nos tienen cercados los cuerpos, nosotros tenemos echado cerco sobre sus coraçones; porque os hago saber que soy de tal complisión, que quanto los hombres me ponen en más estrecho, tanto se me haze el corazón más ancho. Y digo más, que si los romanos han derrocado los muros, sé que nuestros coraçones quedan enteros; porque agora que no ay muralla de por medio haremos conoscer a los romanos cómo son más duros los coraçones de los griegos de vencer, que no las piedras de los tharentinos de derrocar.»

Siendo, pues, la cena acabada, y en ella gran parte de la noche espendida, estando el rey Baltasar muy contento a causa que a su plazer se avía hecho el convivio, y aun porque él en el vino no era muy sobrio, mandó sobre mesa traer muchos ciphos de plata y muchas copas de oro del tesoro de sus tesoros, do beviessen sus mancebas y todos los combidados. Hizo el rey Baltasar esto a fin que aquellos señores y capitanes con mayor ánimo le ayudassen a defender aquel cerco, pues tenía tantos thesoros para poderles pagar su trabajo; porque (fablando la verdad) no ay cosa que más esfuerço ponga en los trabajos

que ver el premio delante los ojos. Estando, pues, todos los combidados beviendo en aquellos vasos con gran regozijo, los quales Nabuchodonosor en Jerusalén avía robado del templo, Dios permitiéndolo y sus pecados mereciéndolo, súbitamente en la pared apareció una mano, la qual estava sin cuerpo y sin braço, y escribió estas palabras con el dedo: «Mane, thetel, phares», que quiere dezir: «O, rey Balthasar, Dios ha mirado el registro de tu vida y falla que es cumplida ya tu malicia. Mandó pesar a ti y a todo tu reyno, y halló que os falta mucho para venir al fiel del peso. Manda que la vida te sea quitada por tus pecados y que el reyno sea entregado a los persas y medos, que son tus enemigos.» No fue la visión vana, que aquella noche, sin alargar más la ejecución de la sentencia, la ciudad fue de los enemigos tomada, el rey Balthasar muerto, el reyno perdido, los tesoros robados, las mancebas degolladas, los varones illustres presos y los caldeos todos cativos.

Pregunto agora yo, quando Balthasar fue tan crudamente castigado sólo porque dio a beber en los vasos sagrados a sus mancebas, ¿qué pena merecen los príncipes y prelados que roban las iglesias para cosas profanas? Por malo que fue el rey Balthasar, ni trocó, ni dio, ni vendió, ni empeñó aquellos tesoros del templo de la sinagoga; pero ¿qué diremos de los prelados y grandes señores, que sin vergüença ninguna gastan, truecan y venden los bienes de la Iglesia? Por muy menos pecado tengo yo dar como dio el rey Balthasar a beber en el cálice a su manceba, que no entrar como entran oy muchos en la Iglesia por simonía. Aquel tirano más fue vencido de locura que no de cobdicia, pero estos otros juntamente son vencidos de locura y de cobdicia y simonía. Ítem ¿qué quiere dezir que, aviendo en Jerusalén Nabuchodonosor fecho el robo, venga Baltasar su hijo a recibir por ello el castigo? No parece muy cónsono a razón, ni conforme a ley humana, que el padre faga el hurto y el hijo pague las setenas. A esto se responde que, para el hijo ser bueno, es obligado a restituyr todo lo que su padre le dexó mal ganado; ca no menos pena merece el que goza del hurto, que el que cometió el hurto, porque al fin al fin todos son ladrones y en la horca de la divina vengança todos serán ahorcados.

Por qué fue castigado el rey Achab

En el primero libro de Malachin, hoc est, iii *Regum*, viii, se cuenta que, profetizando en Hierusalén y siendo rey de Judea Oza, era en aquellos tiempos rey de Israel Anrri, el qual muerto sucedióle su hijo Achab de edad de veynte y dos años. Fue este Achab en la edad muy moço y en la vida muy malo, de manera que no le cuentan por malo, sino por muy malo; porque la Escritura a todos los que se estremaron en fazer mala vida tiene por costumbre de ponerles nombres estremados de infamia. Deste rey Achab fueron muchas sus maldades, de las quales contaré aquí unas pocas, que son las siguientes. Lo j, que siguió en todo y por todo las pisadas del rey Jeroboán, el qual fue el primero que hizo ydolatrar a Israel, la qual cosa le fue a gran infamia notada; porque los príncipes yerran en no imitar a los buenos y pecan en seguir las pisadas de los malos. Lo ij, el rey Achab casóse con una hija del rey de los ydumeos, que avía nombre la infanta Jezabel, y era del linaje de los gentiles, y él era rey de los ebreos, y de verdad este casamiento fue muy monstruoso; porque los príncipes sabios la muger conforme a su ley y a su condición la han de tomar si no se quieren después arrepentir. Lo iii, reedificó la ciudad de Jericó, la

qual por mandado de Dios fue destruyda y so grave pena mandado que ninguno fuesse osado reedificarla; porque fueron tan grandes sus pecados, que no sólo merecieron los moradores perder la vida, mas aun que jamás en Jericó no oviessse piedra sobre piedra. Lo iiii, el rey Achab en la ciudad de Samaria hizo un templo al ydolo Baal muy sumptuoso, y consagróle y diole un bosque que él tenía muy deleytoso, y puso en el templo su imagen de oro muy fino; de manera que en tiempo deste maldito rey era en tanto tenido Baal, ydolo profano, que públicamente burlavan del Dios verdadero. Fue el caso que un día, descendiendo Achab contra el rey de Siria por tomarle una ciudad que avía nombre Ramothgalaath, estando en la batalla diéronle entre los pulmones y el estómago una saetada, por cuya ocasión no sólo perdió la vida, mas aun los perros le comieron la sangre que cayó en tierra. ¡O!, príncipes y grandes señores, si tomáys mi consejo no os preciaréys de cosa más que es de ser buenos christianos, pues veys que este príncipe assí como de coraçón sirvió a los dioses, assí mereció que sus sangres se enterrassen en las entrañas de los perros.

Por qué fue castigado el rey Manases

El rey Manasses fue fijo de Ezechías y padre de Amón, los quales todos fueron reyes. Y de verdad fueron tan diferentes en las costumbres, que no fácilmente se podría juzgar cuál fue mayor: las proezas y virtudes del padre, o los atrevimientos y maldades del fijo. Este Manasses fue príncipe muy malo, en que edificó de nuevo templos al ydolo Baal, y en las ciudades hizo hermitas a los ydolos, y en las montañas reparó todos los altares que estaban consagrados a los demonios; consagró muchos bosques a los ydolos, adoró por dioses a las estrellas, y a los planetas, y a los elementos; porque el hombre que Dios de su mano desampara no ay infidelidad ni trayción que no cometa. Creció en tanta manera su obstinación, que tenía en su casa real ariolos, aurúspices, phitones, y cada día hazía sahumar a su hijo con la llama del fuego de los ydolos, de manera que todos sus criados eran hechizeros y todo su passatiempo era en entender en hechizerías. Y porque no le faltasse ninguna maldad, pues le faltavan todas las virtudes, fue tan cruel, que derramó tanta sangre de inocentes en su reyno, que si la sangre fuera agua y estuviera toda junta, todos los muertos pudieran ser con ella cubiertos y los bivos anegados. No contento con todo lo sobredicho, puso en el templo del Señor un ydolo viejo que estava en un bosque caýdo, en pena del qual maleficio permitió Dios que sus mesmos criados le matassen a su hijo el mayorazgo. Pues nuestro Dios, no queriendo con su divina justicia sufrir ya tantas maldades a la malicia umana, mandó dar un pregón en Jerusalén que dezía estas palabras: «Pues el rey Manasses se atrevió él solo a cometer los pecados de todos, Yo le castigaré a él solo con los castigos que castigué a todos.» Por estas palabras noten aquí los príncipes cómo la divina vengança no se estiende a más de lo que se estiende nuestra culpa; de manera que, si nuestro pecado es pequeño, su castigo es muy templado, pero si el príncipe en sus maldades fuere atrevido, téngase por dicho que el castigo ha de ser muy riguroso.

Por qué fueron castigados Julio Pompeyo, Xerxes, Cathilina, Germánico y Breno

Quando el gran Pompeyo passó en Oriente con toda la hueste del pueblo romano, y después que sojuzgó a toda la Siria, y a Mesopotania, y a Damasco, y a Arabia, passóse al reyno de Palestina, que por otro nombre se llamava Judea, y Pompeyo hizo y recibió en aquel reyno muchos y muy grandes daños, en que fueron muchos los muertos (assí ebreos como romanos), y finalmente tomó por fuerça de armas la potentíssima ciudad de Jerusalén, la qual dize Plinio que era la mejor de toda la Asia. Dize Strabón, *De situ orbis*, que de Italia era la cabeça Roma, de África era Cartago, de España era Numancia, de Germania era Argentina, de Caldea era Babilonia, de Egipto era Thebas, de Grecia era Athenas, de Phenicia era Thiro, de Capadocia era Cesarea, de Thracia era Bizanzio y de Palestina era Jerusalén. No contento, pues, Pompeyo en aquella guerra de matar a todos los viejos, cativar a todos los moços, degollar los padres, forçar las madres, despedaçar a los fijos, derrocar los edificios y robar todos los tesoros, añadiendo maldad a maldad, assolado todo el pueblo, hizo del templo de Dios para sus cavallos establo. Fue tan abominable delante Dios este hecho, que como hasta allí fuesse Pompeyo vencedor y de veynte y dos reyes oviesse triunfado, dende en adelante fue desdichado y en todas las batallas vencido. Aquel muy famoso tirano Cathilina, afirma dél Salustio que jamás los dioses permitieran ser vencido si un templo que a ellos estava consagrado no oviera robado. El noble Marco Marcelo, con cuyas virtudes tarde igualará ningún romano, el mismo día que quemó un templo de la diosa Februa, aquel día le mataron en la batalla. El muy querido Drusio Germánico, famoso capitán que fue romano, porque dio de comer a un buey, que era dios de los caldeos (la qual cosa estava prohibida) dentro de un mes perdió la vida y fue assaz su muerte llorada en Roma. Dize Suetonio que Julio César desde que robó en las Gallias los templos, siempre le espantavan de noche los dioses. Xerxes, hijo que fue del rey Darío, quando passó a hazer guerra a los griegos, antes de todas las cosas embió quatro mil ombres de cavallo y otros tantos de pie a Delphos, do estava el templo del dios Apolo, para que le derrocassen; porque era tanta la sobervia de Xerxes, que no sólo quería sojuzgar a los ombres, pero quería conquistar y vencer a los dioses. Fue el caso que, assí como llegaron a vista del templo de Apolo toda aquella gente queriendo derrocalle, súbitamente vino sobre ellos tan gran tempestad, que con piedras y con rayos todos quedaron en aquellos campos muertos. Breno fue uno de los famosos capitanes que tuvieron los godos, el qual, como oviesse vencido a los griegos, acordó de robar todos los tesoros de los templos, diziendo que los dioses avían de dar a los ombres y no los hombres a los dioses, y que era mucha honra de los dioses que con los tesoros de sus templos se hiziessen los ombres ricos. Provando, pues, a robar el primero templo, vinieron tantas saetas por el ayre, que el capitán Breno fue muerto, y no menos todo su ejército sin quedar sólo uno bivo. Sexto Pompeyo, después que fue vencido en una batalla nabal cerca de Cecilia por Octavio Augusto, fuesse a las Arces Lacinias, do estava un antiquíssimo templo a la diosa Juno consagrado y de muchas y muy grandes riquezas dotado. Aconteció que, como un día los de su ejército le pidiessen dinero y él no tuviesse de dónde dárselo, mandóles que derrocassen el templo de la diosa Juno y que se entregassen y se pagassen de su thesoro. Dizen los historiadores que, no poco espacio después que hizo este atrevimiento, fue Sexto Pompeyo preso de los cavalleros de Marco Antonio, y como le truxessen delante Thito, capitán que era general del ejército, díxole estas palabras: «Hágote saber, Sexto Pompeyo, que no te mando matar por los deservicios que has hecho a mi señor Marco Antonio, sino por el templo que derrocaste y robaste a la diosa Juno; porque ya sabes tú que los buenos capitanes han de olvidar las

passiones de los hombres enemistados y vengar primero las injurias de los dioses ofendidos.»

CAPÍTULO XXIV

De cómo el Emperador Valente por ser mal christiano en un día perdió la vida y el imperio, porque en una choça le quemaron los godos vivo.

En los tiempos que imperava Juliano Apóstata, mandó aquel maldito Emperador conquistar el reyno de Panonia, que por otro nombre agora se llama Ungría, y la conquista fue no por más de por ganar aquel reyno y después anexarle al Imperio Romano; porque los príncipes tyranos ponen muchas fuerças en ganar mucha tierra y ponen muy poca diligencia en ver si la ganan con justicia. Allende que el Imperio Romano hazía las huestes gruesas, Juliano, el Emperador, como era ambicioso, tenía en aquella conquista un poderoso ejército y superbo, el qual hazía en la tierra muy gran estrago; porque el fruto de la guerra es quitar a los enemigos las vidas y quitar a los inocentes las haciendas. Aconteció que, como un día en el campo anduviessen cinco escuderos a robar, según que en las guerras lo suelen hazer, toparon con un mancebo, el qual llevaba una sogá en la mano, y como ge la quisiessen tomar para atar y echar sus cavallos a pacer, todos cinco pusieron sus fuerças para tomársela, y el moço no fue covarde en defendérsela. Finalmente pudo más él solo que todos cinco ellos juntos. Espantados los cavalleros romanos de ver que aquel moço a sí y a su sogá avía defendido dellos, rogáronle con mucha instancia tuviesse por bien de yrse con ellos al campo romano, y allí le harían dar muy largo sueldo; porque eran tan curiales los romanos, que ninguna cosa estremada dexavan por dineros.

Llamávase este moço Graciano y era natural, como diximos, del reyno de Panonia, y nacido en una tierra que se llamava Cibala, y su linaje era ni de muy baxos plebeyos, ni de muy estimados ciudadanos, sino de hombres que vivían del sudor de su cara y vivían con honra en la república. Y a la verdad no es pequeño beneficio averle Dios hecho de mediano estado; porque nacer de baxo suelo haze a los hombres ser menospreciados y descender de muy alta sangre cría a los hombres superbos. Llevado aquel mancebo a los reales de los romanos, derramóse la fama entre todos cómo él solo avía vencido cinco escuderos. Fue el esfuerço del moço Graciano en tanto estimado, que en breves días le hizieron pretor del ejército; porque los romanos no según el favor, sino según la habilidad de las personas repartían los oficios de honra en las guerras. Dando, pues, muchas bueltas los tiempos y, como suele, padeciendo eclipsi muchos estados, después de hecho pretor del ejército y aviendo en las guerras muy bien aprobado; la fortuna (que muchas vezes haze en breves días lo que no haría la malicia umana en muchos años) en muy breve tiempo vino este Graciano a mandar el Imperio Romano, porque a la verdad más vale una hora de buen hado que todo el favor del mundo. No sólo este Graciano fue singular en las fuerças, y animoso en las batallas, y dichoso en los oficios, mas aun sobre todo fue venturoso en los hijos, conviene a saber: que tuvo dos hijos, y entrambos fueron emperadores, y llamáronse el uno el Emperador Valente y el otro el Emperador Valentiniano. En este caso puédense gloriar los hijos de aver tenido tan esforçado padre,

pero mayor es la gloria del padre en aver tenido tan generosos hijos; porque no ay otra bienaventurança mundana sino alcançar honra y hazienda en esta vida, y después tener buenos hijos a quien dexarla en la muerte.

El mayor de los dos hermanos fue Valente el Emperador, el qual imperó en Oriente por espacio de quatro años y fue xxxix Emperador de Roma, començando desde Julio César la línea (aunque algunos quieren començar la línea desde Octavio, diziendo que fue virtuoso, porque a Julio César levántanle que usurpó el Imperio como tyrano). Fue este Valente muy dotado de gracias, pero muy pobre de virtudes, por manera que fue más fermoso que virtuoso, más esforçado que piadoso, más rico que limosnero, más animoso que justiciero; porque ay muchos príncipes que en ordenar premáticas de la república son muy diestros y en la execución dellas son muy remissos. En aquellos tiempos prevalecía mucho la seta de Arrio, erege maldito, y este emperador Valente fue della muy tocado, en que no sólo favoreció a los erejes arrianos, pero aun persiguió a los limpios christianos. Y mostrólo en que mataba por esta ocasión a muchos legos, prendía a muchos clérigos, desterrava a muchos obispos, derrocava muchas iglesias, tomava a muchos christianos sus haziendas; porque el príncipe que se daña de eregía y pierde la vergüença a la Iglesia no ay mal ni trayción que no haga. En los desiertos de Egipto, y en las montañas de Armenia, y en las ciudades de Alexandría, avía gran muchedumbre de monjes y religiosos, entre los quales avía varones muy dotados de sciencia, y muy probados en vida, y en la defensión de la Iglesia varones de mucha constancia; porque aquél sólo es verdadero religioso que en el tiempo de la paz tiene caridad para dotrinar a los ignorantes y en el tiempo de la persecución tiene constancia para resistir a los erejes. El Emperador Valente no sólo fue amigo de los arrianos y enemigo de los christianos, pero aun fue perseguidor de los monjes y religiosos, en que mandó pregonar en todo el Imperio que todos los monjes que fuessen moços en la edad, sanos en los cuerpos, en los coraçones animosos, luego desnudassen los hábitos y tomassen las armas, y, dexado cada uno su monesterio, se fuesse a tomar sueldo de guerra al campo; porque dezía él que no se avían inventado los monesterios sino para retraerse en ellos los que eran feos, ciegos, coxos y mancos. Sobre este caso hizieronse grandes tyranías, despobláronse muchos monesterios, desfiziéronse muy notables cenobios, martyrizaron a muchos hermitaños, açotaron a muchos monges, desterraron a muchos varones notables; porque los varones señalados más aman los rigores y asperezas del monesterio que no las libertades y regalos del mundo. No contento con esto, como un día acaso su muger deste emperador Valente le loasse la hermosura de una romana que se llamava Justina, sin más ni más casóse con ella, no dexando a la muger primera, y fizo luego una ley general en todo el Imperio que sin incurrir en pena alguna cada christiano pudiesse tener dos mugeres y casarse con ellas en fe de matrimonio; porque los príncipes tiranos por encubrir sus vicios fazen leyes de vicios. Grande fue la desvergüença que tuvo Valente el Emperador en casarse dos vezes contra el mandamiento de la Iglesia, pero muy mayor maldad fue ponerlo por obra y ponerlo por ley en toda su tierra; porque un vicio particular corrompe a uno, pero una ley general estraga a todos.

Estavan en aquellos tiempos en las partes de Oriente los godos muy poderosos, los quales en las cosas de la guerra eran animosos y diestros, pero en las cosas de la fe christiana estavan muy mal instructos, caso que todos o los más dellos estavan baptizados; porque

en aquel tiempo estava la Iglesia muy pobre de prelados, aunque de verdad los que tenía eran muy buenos. Después que los godos fueron bautizados y de los bullicios de la guerra estuvieron algo quitos, embiaron al Emperador Valente sus embaxadores, rogándole mucho que luego a la hora les embiasse obispos muy cathólicos y sanctos, con cuya dotrina fuessen en las cosas de la fe christiana instruidos; porque los emperadores romanos no podían tener en sus cortes sino a obispos muy virtuosos. Este malaventurado de emperador, como ya de la eregía estava dañado y la costumbre de traer cabe sí buenos obispos avía pervertido, embióles a un obispo que se llamava Endoxio, el qual era muy de coraçón arriano, y llevó consigo a otros obispos heréticos, los quales fueron ocasión que los reyes y príncipes de los godos fuessen más de dozientos años arrianos. Muy gran vigilancia deven tener los príncipes cathólicos, para que en sus tiempos no sean sus reynos y súbditos de erejes contaminados; porque la pestilencia de los erejes y eregía muy tarde sale de la tierra do una vez se apodera.

Emos dicho de la poca fe que tuvo este emperador con Christo y de los muchos daños que hizo en la Iglesia; veamos agora qué tal fue el fin de su vida, porque el hombre de mala vida pocas vezes alcança la muerte buena. Fue el caso que, como los godos fuessen alañados por los hunnos del reyno de Panonia, vinieron luego al reyno de Thracia, el qual a la sazón era sujeto a Roma, y el Emperador Valente sin fazer ningún pacto ni conveniencia recibiólos en su tierra, la qual cosa le fue tenida a mucha locura y a muy poca prudencia; porque regla general es que la gente bulliciosa y estrangera siempre destruye el reyno y la tierra do mora. Estuvieron en el reyno de Thracia algunos años los godos que no nacieron enojos entre ellos y los romanos, y después por la gran avaricia de Máximo, capitán de los romanos, el qual negó los bastimentos a los godos aviendo sido tan grandes amigos, levantóse entre ellos tan grande guerra, que aquella guerra fue ocasión de perderse Roma y Italia; porque a la verdad no ay enemistad que faga más daño que es la de los amigos quando vienen en enojo. Encendida ya la guerra, derramáronse los godos por todo el reyno de Thracia, en que no dexavan fuerça que no derribavan; no tomavan ciudad que no saqueavan; no prendían hombre que no matavan; no cativavan muger que no forçavan; no entravan en casa que no la robavan; finalmente mostraron muy bien por sus obras los godos la mala voluntad que tenían a los romanos. Y no se maraville ninguno que hiziessen aquellos daños los bárbaros, pues por nuestros pecados los hazen oy tan grandes y mayores los christianos; porque común error es en la gente bulliciosa que lo que roban muchos en la guerra dizen que no es obligado a restituырlo ninguno en la paz.

Estava a la sazón que esto passava el Emperador Valente en la ciudad de Antiochía; y, como allí juntasse poderoso ejército y le viniesse muy gran socorro de Italia, acordó de poner en el campo de los romanos a su persona y personalmente dar a los godos la batalla, en la qual cosa se mostró más esforçado que prudente; porque un príncipe en una batalla no puede más de por uno pelear, y si muere es ocasión que todos ayan de perescer. Juntos los dos muy poderosos ejércitos de godos y romanos, travósse entre ellos una muy prolixa y cruda batalla, en que en el primero ímpetu mostráronse tan fuertes los godos, que hizieron huyr a todos los cavalleros romanos, por manera que dexaron a todos los de pie solos, los quales en breve fueron desbaratados y sin quedar uno solo todos fueron muertos; porque avían jurado los bárbaros que o aquel día avían de ser todos los godos

muertos, o aquel día para siempre avían de aniquilar el nombre de los romanos. Después que el Emperador Valente estaba mortalmente herido, visto que era perdida la batalla, acordó de ponerse en huyda y salvar su persona; mas (la fortuna que, de que comienza perseguir a uno, no le dexa hasta verle muerto o abatido) como el triste emperador se acogiesse a una cabaña de pastores y siguiessen el alcance los enemigos, finalmente pusieron allí fuego, y allí lo quemaron vivo y herido; y assí en un día perdió la persona y la vida y la honra y el Imperio. Razón es que abran los ojos leyendo esto los príncipes y grandes señores, para que no osen desfavorescer las iglesias, irreverenciar a los sacerdotes y dissimular con los malos erejes; que, pues Valente el Emperador fue castigado, no piensen ellos ser perdonados; porque infalible regla es que los príncipes que fueren malos christianos han de ser traýdos en manos de sus enemigos.

CAPÍTULO XXV

Del Emperador Valentiniano, y del Emperador Graciano, su hijo, los quales imperaron en tiempo de Sant Ambrosio, y que por ser buenos christianos fueron príncipes muy valerosos y venturosos, y que a los príncipes muchas vezes les da Dios las victorias más por las lágrimas de los que oran que no por las armas de los que pelean.

Justiniano y Valente ambos fueron hermanos, sino que Justiniano fue el mayor dellos, y éste sucedió en el oficio del padre, conviene a saber: en ser prector de los exércitos, porque era ley muy usada entre los romanos que, si el padre moría en gracia del pueblo romano, de jure y de eredad el hijo sin más pedirlo eredava el oficio. Era Justiniano mancebo muy dispuesto, en que era blanco y roxo, y tenía el cuerpo bien sacado, y (lo que valía más que todo) era muy buen christiano y de todos en general por su amigable conversación era muy bienquisto; porque en un hombre generoso ninguna gracia se le iguala con tener la condición buena. En el tiempo que el Emperador Juliano más crudamente persiguía a los christianos, entonces Justiniano era pretor de sus exércitos, y como supo Juliano que Justiniano era christiano, embióle a mandar que sacrificasse a los ydolos de los emperadores romanos o dexasse los oficios que tenía en sus exércitos. Bien quisiera Juliano matar a Justiniano, pero no osó; porque era ley inviolable entre los romanos que ningún ciudadano de Roma fuesse muerto si no fuesse por el Senado sentenciado. Visto por Justiniano lo que por el Emperador le era mandado (conviene a saber: que dexasse la cavallería o que dexasse la fe christiana), no sólo dexó el oficio que tenía, mas aun perdonó todo el dinero que le devían; y, por ser mejor christiano, fuese fuera de Roma a un cenobio, y allí estuvo desterrado y encerrado dos años y medio, y dio en esto gran cuenta de sí; porque gran señal es de ser muy buen christiano aquél que por su voluntad renuncia las cosas del mundo. Aconteció que Juliano el Emperador fue a conquistar el reyno de los persas, y, como en la batalla súbitamente fuesse herido, súbitamente cayó allí muerto; porque a los tristes casos de fortuna tan sujeto está el emperador con todo su estado y regalo como el más pobre hombre que cada noche duerme en el suelo.

Venida la nueva a Roma que Juliano era muerto, en conformidad de todos Valentiniano por emperador fue electo, de manera que, aviéndole por Christo desterrado, muy

justamente le dieron la corona del Imperio. No tenga nadie en nada perder lo que tiene, no tenga nadie en nada ser abatido por Christo; porque al fin al fin no nos pueden abatir tanto los hombres en mil años, quanto nos puede enalçar Christo en una hora. En este año, que fue ab urbe condita mxcix, en una ciudad que se llamava Atróbata, súbitamente llovió mucha y verdadera lana, la qual era muy fina, de manera que aprovechó y enriqueció a toda la tierra. En aquel mismo año, en la ciudad de Constantinopla granizó tales piedras que mató a muchos ombres y no dexó en los campos ganados. Por aquel mismo tiempo vino un terremoto por toda Italia, y aun estendióse en Cecilia, en que cayeron muchos y muy grandes edificios, y mataron muchos hombres y, sobre todo, la mar salió de madre y anegó muchas ciudades marítimas. Dize Paulo Diáchono, libro xi *De gestis romanorum*, que este Emperador Valentiniano fue de agudo ingenio, de aspecto grave, en el hablar muy polido (aunque hablava poco), en la corrección de los delictos era sobervio, en los negocios era pressuroso, en las adversidades era sufrido, de los hombres viciosos era muy enemigo, en comer y beber fue templado, de hombres virtuosos y religiosos fue muy amigo; de manera que dezían todos que parecía al Emperador Aureliano. Desde que murió el Emperador Marco Aurelio, en el qual se acabó la felicidad del Imperio Romano, tenían por costumbre en Roma que a todos los príncipes nuevos siempre los comparavan a uno de los antiguos, conviene a saber: que si era animoso, dezían que parecía a Julio César; si era virtuoso, dezían que era otro Otaviano; si era desdichado, dezían que parecía a Thiberio; si era atrevido, dezían que parecía a Calígula; si era cruel, dezían que parecía a Nero; si era verdadero, dezían que parecía a Trajano; si era feroso, dezían que parecía a Thito; si era ocioso, dezían que parecía a Domiciano; si era sufrido, dezían que parecía a Vespasiano; si era templado, dezían que parecía a Adriano; si era piadoso, dezían que parecía a Antonio Pío; si era cultor de los dioses, dezían que parecía a Aureliano; finalmente, el que era muy sabio y virtuoso dezían que parecía al buen Marco Aurelio.

Fue este Emperador Valentiniano muy buen christiano y en todas las costumbres de emperador fue muy corregido; sólo de una cosa y mérito fue notado, conviene a saber: que favoreció y se fio tanto de sus criados y privados, que por esta ocasión y su mala governación uvo muchas dissensiones en los pueblos. Dixo una vez Séneca al Emperador Nero: «Hágote saber, señor, que no ay paciencia que lo sufra, querer dos o tres absolutamente mandar a todos no porque son más virtuosos, sino porque son más privados.» ¡O!, príncipes y grandes señores, si yo fuesse vosotros, no sé qué me faría; pero vosotros siendo yo, de tal manera me avría con los que están en mi casa, que ellos se tuviessen por criados para me obedecer y no se alabassen de privados para me mandar; porque no es cuerdo el príncipe que por contentar a pocos quiere estar en desgracia de muchos. Murió este Emperador Valentiniano en el año cincuenta y cinco de su nacimiento, y en el año xi de su imperio, y murió de una enfermedad muy larga, en que se le secaron las venas, a que no le podían sacar ni una gota de sangre, y el día de su enterramiento hizo un muy largo y excelente sermón sancto Ambrosio; porque en aquellos tiempos quando muría alguno que avía favorecido mucho a la Iglesia, concurrían todos los sanctos obispos a su sepultura.

Siendo emperadores los dos hermanos, conviene a saber: Valentiniano y Valente, por ruego del suegro que quería mucho al nieto, y por ruego de la muger que desseava ver en

honra al hijo, el Valentiniano crió en agosto a un hijo suyo que avía nombre Graciano, el qual era en edad tan tierno, que aún no tenía barbas en el rostro. Y de verdad no consintiera esta novedad el Senado si no viera que el padre era muy virtuoso y el moço era muy cuerdo. Pero esto, y más que por él hiziera el Senado, Valentiniano lo tenía al Pueblo Romano muy bien merecido; porque muy justo es que los príncipes en la provisión de los oficios tengan más respecto a los servicios de los padres que no a la poca edad que tienen los hijos. Salió este mancebo Graciano tan reposado en la persona y tan buen christiano para favorecer a la Iglesia, que fue muy gran descanso para el pueblo romano que le eligió, y mucha alegría para su padre en quanto bivió, de manera que dexó en él una inmortal memoria después que murió; porque en el hijo virtuoso siempre está viva la memoria del padre muerto. En el año *ab urbe condita* mcxxxii, siendo que fue primero en agosto criado por universal erederero y único Emperador del Imperio Romano, el sobredicho mancebo Graciano por todo el pueblo romano fue declarado, ya que era muerto su tío Valente y su padre Valentiniano. Quando Graciano entró en el Imperio estaban muchos obispos cathólicos desterrados desde el tiempo de Valente Emperador, su tío, y luego este buen príncipe Graciano mandó desterrar a todos los obispos arrianos y que tornassen a sus iglesias todos los obispos cathólicos, y de verdad en esto se mostró religiosíssimo príncipe; porque no ay más justa justicia que confunda la malicia de los malos que en restituyr en su estado a los buenos. El primero año del imperio de Graciano todos los germanos y los gallos se rebelaron contra el Imperio Romano, en que no sólo no le querían obedecer, mas aun hizieron un muy grande y terrible exército para le conquistar, imaginando que, como Graciano era moço, no ternía seso ni esfuerço para defenderlo; porque debaxo de los príncipes muy moços sienpre suelen padecer grandes calamidades los reynos. Llegada la nueva a Roma cómo era rebelada toda la Galia y Germania, escribió a todos los obispos cathólicos para que sobre este caso hiziessen en sus iglesias grandes sacrificios, y también proveyó que se hiziessen processiones generales por toda Roma, para que el Señor de su pueblo alçasse la yra; porque los buenos christianos primero deven aplacar a Dios con oraciones que no resistir a los enemigos con armas. No menos en esto que en lo otro se mostró muy buen christiano este emperador Graciano, porque muchas vezes da Dios a los príncipes las victorias más por las lágrimas de los que oran que no por las armas de los que pelean. Esto hecho, y el negocio a Dios encomendado, acordó el Emperador Graciano adereçar para la guerra y personalmente dar la batalla. Y, si en lo primero se mostró príncipe christiano, en esto se mostró emperador muy valeroso; porque gran infamia sería de los príncipes lo que sus antepassados ganaron por esforçados y solícitos, ellos lo perdiessen por covardes y perezosos. Sin comparación era muy mayor el exército de los enemigos que no el exército de los romanos, y como se hallassen los unos y los otros juntos cabe un lugar que se llamava Argentaria, los romanos como eran pocos a la verdad ovieron gran temor a los enemigos; porque en la guerra la pujança de la potencia haze tener duda de la desseada victoria. Los romanos, visto esto, importunaron y rogaron al Emperador que no dicesse la batalla, pues no tenía gente para ella, y en esto no dezían muy mal; porque un príncipe cuerdo no fácilmente la vida y la persona ha de cometer a los baybenes de la fortuna. El Emperador Graciano, sin mostrar mudança en el rostro ni turbación en las palabras, a todos los cavalleros que estaban en torno de su persona dioles esta respuesta.

CAPÍTULO XXVI

De las palabras christianísimas que dixo el Emperador Graciano al tiempo de dar una batalla.

«Cavalleros y mis comilitones: en muy señalado servicio os tengo aver vendido vuestras haciendas y venir con vuestras mismas personas acompañarme en esta guerra. Y en esto hazéys lo que devéys; porque posponer la hacienda y poner en peligro la vida sólo se ha de hazer por la defensión de la patria. Pero, si os agradezco la compañía, mucho más os agradezco el buen consejo que me days en esta hora; porque en los grandes conflictos pocas vezes se hallan juntos consejo sano y coraçón esforçado. Si yo començara esta guerra con esperançã de la potencia umana, vosotros terníades razón que no diéssemos la batalla según lo mucho que a ellos sobra y lo mucho que a nosotros falta; porque, según dexistes, las cosas de la honra no fácilmente se han de cometer a la sospechosa fortuna.

Yo emprendí esta guerra tan enojosa y tan peligrosa con informarme primero que de mi parte era la justicia, y, pues Dios es la misma justicia, espero en Él que Él me sacará victorioso della; porque en las crudas guerras más aprovecha a los príncipes la justicia que tienen que no la gente armada que traen. Pues yo tengo justificada mi causa, yo tengo puesto a solo Dios por juez della. Paréceme que, si por temor umano dexasse de dar la batalla, a mí infamaría ser príncipe de poca fe y a Dios levantaría ser juez de poca justicia; porque muchas vezes allí muestra Dios más su potencia do la flaqueza humana más desconfía. Pues yo hago la guerra, y por mí se levantó la guerra, y por mí venistes a la guerra, tengo determinado de entrar en la batalla; y, si muriere en ella, soy cierto que muero en defensa de mi justicia, y esto será para mejor honrra y salvación de mi ánima; porque no es morir morir por la justicia, sino dar y trocar la muerte por la vida. E, si haziendo esto perdiere la vida, a lo menos no perderé mi honrra y, junto con esto, cumplo con lo que soy obligado a la república; porque en un príncipe sería muy gran infamia siendo la guerra propria hazerla con sangre ajena. Yo quiero provar oy en esta batalla si la elección de mi imperio fue de la voluntad divina, que si acaso en ella Dios me mata, es señal que tiene guardado otro mejor emperador para su república; y, si por su misericordia me guarda la vida, es señal que me guarda para otra mejor cosa; porque al fin al fin el cuchillo del enemigo no es sino verdugo del pecado proprio.

Lo que a mí me parece en este caso es que hasta el tercero día no se dé la batalla, sino que todos nos confessemos esta noche y nos comulguemos mañana, y junto con esto perdone cada uno a su hermano si ha sido dél injuriado; porque muchas vezes, aunque la demanda de la guerra es justa, por pecados de los que la administran se reciben muchos reveses en ella. Después que los tres días uvieren passado, y nos uviéremos confesado, y comulgado, y unos a otros perdonado, haga Dios lo que fuere servido, que yo determinado estoy de entrar en la batalla. Y en esto no pongáys, mis comilitones, duda, porque a mí me conviene oy vencer o morir; y si venço, alcanço lo que quiero; y si muero, cumplo con lo que devo. No quiero más deziros, sino que cada uno vea y haga lo que es obligado, acordándose que es cavallero romano y pelea por la libertad de su pueblo; que ya en tan grande estrecho estamos, que más nos aprovecharán pocas obras

que muchas palabras; porque la paz hase de conservar con la lengua, pero la guerra hase de despachar con la lança.»

Dichas estas palabras, y passados los tres días, el Emperador Graciano dio la batalla hallándose él mismo en ella, y fue por ambas partes crudamente herida y ensangrentada. Finalmente el Emperador Graciano de sus enemigos uvo victoria, en que más de treynta mil franceses y alemanes fueron muertos, y no peligraron cinco mil de los romanos, porque a la verdad sólo aquel ejército es guardado que a la voluntad divina es acepto.

Tomen, pues, agora exemplo deste príncipe todos los príncipes, mirando cuánto les va ser buenos christianos, y que en los grandes conflictos y guerras han de tener en poco verse con ejército grueso, y han de tener en mucho ver a su Dios aplacado, porque más desmayan al corazón los peccados ocultos que no los enemigos manifiestos.

CAPÍTULO XXVII

Cómo el capitán Theodosio, padre que fue del gran Emperador Teodosio, murió christiano, y del rey Ysmaro, y del obispo Silvano, los quales fueron christianíssimos, y de un concilio que celebraron, y de las leyes santas que en él fizieron.

Siendo emperadores los dos hermanos (conviene a saber: Valentiniano y Valente), en las partes de África, en el reyno de los mauritanos se levantó un tyrano por rey contra el señorío de los romanos, el qual avía nombre Thirmo, varón esforçado para los trabajos y muy osado en los peligros; porque los coraçones muy denodados muchas vezes paran en tyranos famosos. Este tyrano Thirmo por bien y por mal apoderóse de todo aquel reyno, y, no contento de apoderarse de Mauritania, tyranizó muy gran parte de la África, y aún aparejava (como hizo Aníbal) de passar en Ytalia y morir en la demanda sobre hazerse emperador de Roma; porque aquél es supremo y famoso tyrano que nunca trabaja sino por tomar y ocupar lo ageno. Los romanos, que en todas las cosas eran muy cuerdos y que de tyranía de tyranos estavan muy escarmentados, luego mandaron hazer grueso ejército, el qual passasse en África y apaziguasse aquel reyno y destruyesse aquel tyrano, con intención y mandamiento del Senado que por ningún pacto ni concierto aquel tyrano quedasse bivo. Y de verdad el mandamiento fue muy justo, porque al perturbador de la república muy poco castigo le es quitarle la vida.

En aquellos tiempos avía en Roma un cavallero por nación español, que avía nombre Theodosio, varón en días anciano, y en las cosas de la guerra muy diestro, y de los bienes de fortuna no muy dotado, y que se jatava (y era verdad) venir de la sangre del gran Emperador Trajano, por cuya causa era en Roma muy acatado y tenido; porque eran tan agradecidos los romanos a sus príncipes, que todos los que descendían de emperadores virtuosos para siempre eran en la república muy acatados. Como este Theodosio era en los días tan anciano, y en las canas tan honrrado, y en la sangre tan generoso, y en las armas tan experimentado, para la conquista de África por el Emperador Valentiniano y por todo el Senado en conformidad fue electo, y él de la elección fue contento, y todo el pueblo romano muy satisfecho, y de verdad tenían los unos y los otros razón, porque

Theodosio tenía alegría de ver que yva contra aquel tyrano y el pueblo estava alegre por llevar tal capitán su ejército.

Partido Theodosio de Roma, en breves días vino a Bona, que era populosa ciudad y puerto de mar en África, y como él y su ejército saltassen en tierra, el tyrano Thirmo luego sacó su gente en campo, y salidos, pues, todos en campo, los unos por ofender y los otros por ofender y defender, uvieron entre sí aquellos ejércitos muchos rencuentros, faziéndose unos a otros muchos daños, de manera que los que oy eran vencidos, mañana eran vencedores, y los que ayer fueron vencedores oy se hallaron vencidos; porque en las guerras prolixas siempre la fortuna haze muchas mudanças. En la provincia Mauritania avía una ciudad fortíssima llamada Obelisca, y, como el capitán Theodosio por su buen esfuerzo enseñoreasse el campo, el tyrano Thirmo hízose fuerte en aquella ciudad Obelisca, la qual como por Theodosio fuesse fortísimamente combatida y casi entrada, el tyrano Thirmo por no venir en manos de sus enemigos matóse con sus propias manos; porque propiedad es de coraçones superbos morir antes en libertad que no bivar en cativeño. En este tiempo el Emperador Valente por arte de nigromancia trabajó mucho de saber quién le avía de suceder en el Imperio de Roma, y acaso una muger phetonissa uvo del demonio respuesta que el nombre que con estas letras tuviesse escrito, aquél sería su sucesor en el Imperio; y las letras eran éstas: *t, e, o, d*. El Emperador Valente, inquiriendo con sobrada diligencia todos los nombres que con estas quatro letras podían ser nombrados, hallaron que los Theodotos, los Theodores, y los Theodosios, y todos los que destos nombres eran hallados, todos a cuchillo eran muertos. Y la causa porque los matavan era que, como el Emperador Valente era malo, pensava que en vida le avían de quitar el Imperio; porque el príncipe tyrano siempre bive sospechoso.

El excelente capitán Theodosio, aviendo ya muerto el tyrano Thirmo y sojuzgado a toda África al Imperio Romano, levantáronle que era en secreto traydor al Emperador y que quería tyranizar el Imperio. Por esta causa, el Emperador Valente sentencióle a ser degollado, y esto sin ser oído, ni menos ser culpado; porque los príncipes voluntariosos en las cosas de justicia son absolutos. Venido a noticia del capitán Theodosio cómo avía de ser degollado, embió por un obispo de Cartago y pidióle el agua del sancto Baptismo, y assí, baptizado y en la fe de Christo instructo, fue por el carnífice muerto. Deste caso tan grave todos juzgaron el Theodosio padecer como innocente y el Emperador juzgar como tyrano; porque la innocencia que tiene el bueno es el mayor enemigo que tiene el malo. Al tiempo que este Theodosio pidió el baptismo, según dize Prósper en su *Corónica*, dixo al obispo que le quería baptizar:

«Sancto Rogerio Obispo, por el Criador que nos crió te conjuro, y por Jesús Crucificado te ruego me des el agua del Baptismo, porque yo prometí de ser christiano si Christo me dava victoria del tyrano mi enemigo; y, pues Él me dio la victoria, yo quiero cumplir mi palabra; porque las cosas que la necessidad sola nos haze prometer, la voluntad sola nos las ha de hazer cumplir. Pésame de todo coraçón, porque para ser christiano me queda poca vida, y, pues que assí es, por su amor ofrezco la vida y en sus piadosas manos encomiendo mi ánima. Ay dexo un hijo mío que llaman Theodosio, y, si el amor de padre no me engaña, pienso será moço esforçado y aun será hombre cuerdo; y, pues por tus manos ha sido baptizado, ruégote, santo Obispo, que con tu prudencia en las cosas de la

fe sea bien instruido, porque si él es buen christiano, espero en Dios será gran hombre en el Imperio.»

Este Theodosio fue padre del gran Emperador Theodosio, de manera que el padre fue christiano y el hijo christianíssimo. No muchos años después que el Emperador Valente hizo matar a Theodosio, padre del Emperador Theodosio, el mesmo Valente por mandado de los godos fue muerto, y de verdad fue esto juyzio de Dios; porque justamente le quitan la vida al que injustamente procuró a otro la muerte.

Dize Rufino, libro ii *Historiarum*, que (después que el capitán Theodosio mató al tyrano Thirno, y Valente el Emperador mató a Theodosio, y Valente por mano de los godos fue muerto), los romanos criaron un rey en África que avía nombre Hismaro, el qual fue varón christianíssimo. En este tiempo, que fue en la hera cclxxvii, en la gran ciudad de Carthago era obispo un sancto varón que se llamava Silvano, varón en las letras divinas y aun humanas muy doctíssimo, y como el rey era tan justo y el obispo era tan sancto, la Yglesia estava muy favorecida, la república muy corregida y aun toda África muy pacífica; porque las guerras civiles más vezes se levantan por la sobervia de los mayores que no por la desobediencia de los menores. Pues este sancto Obispo y aquel christianíssimo Rey, queriendo en su tiempo dar buen exemplo a sus súbditos y para los siglos advenideros dexar buenos preceptos, celebraron en la ciudad de Bona un concilio con todos los obispos de África, en el qual se halló el mismo rey Hismaro en persona; porque en los antiguos concilios no sólo se hallavan presentes los reyes de aquellos reynos, mas aun todos los señores de altos estados. Entre muchas cosas y muy buenas que dize Rufino aver allí sido ordenadas, parecióme poner aquí estas pocas, porque vean los príncipes presentes quán christianísimos eran los príncipes passados.

Habla el Concilio Hipponense

Éstas son las cosas que en el Sacro Concilio Hipponense fueron ordenadas, en el qual se halló presente el muy cathólico rey Hismaro y presidió el muy religioso obispo Silvano. Y en lo que se ordenó queremos que en unas cosas hable el rey y en otras hable el concilio; porque en los semejantes actos es muy justo que la preeminencia real sea acatada y la auctoridad de la Yglesia no se pierda.

Ordenamos que de dos en dos años se junten todos los obispos, abades y prelados de nuestro reyno para que celebren un provincial concilio, y en este concilio no se ha de hablar del daño de las temporalidades sino de la mala governación que tienen las yglesias; porque no se pierde la Yglesia de Dios por el dinero que le falta, sino por el thesoro que le sobra.

Ordenamos, y a todos los perlados que son y serán rogamos, que quando algún concilio en nuestro reyno quisieren hazer, primero que se celebre nos lo hagan saber; porque so color de sancto concilio no se haga algún sospechoso ayuntamiento.

Ordenamos que de aquí adelante los príncipes y grandes señores sean obligados a hallarse, en los sacros concilios, en compañía de los santos obispos; porque más justo es se hallen en destruir los herejes con que ganen las ánimas que no en pelear contra los enemigos do pierden las vidas.

Ordenamos que el príncipe que no viniere al concilio y lo dexare por pereza, en tal caso queremos que hasta otro concilio no le administren el sacramento de la Eucaristía; pero si acaso dexare de venir no por pereza sino por malicia, queremos que entonces procedan contra él como contra sospechoso de la Sancta Fe Cathólica; porque el christiano que por sola malicia comete el pecado no deve sentir bien de la fe sancta de Christo.

Ordenamos que la primera cosa que se haga en el concilio sea que después que los perlados estén juntos en uno, todos juntos primero y después cada uno por sí digan el Credo cantando, el qual acabado, puesto de rodillas, el rey diga el mismo Credo rezado; porque si el príncipe de la Sancta Fe Cathólica es sospechoso, impossible es que sea cathólico ni christiano su pueblo.

Ordenamos que en aquel concilio tengan libertad los perlados para dezir al rey lo que le conviene, y el rey tenga libertad para dezir al concilio lo que le pareciere, por manera que los perlados libremente digan al rey el descuydo que tiene en destruir los erejes, y el rey libremente diga a los perlados la pereza que tienen en la guarda de sus ovejas; porque no ha de ser otro el fin de los concilios sino castigar los delictos passados y remediar los daños advenideros.

Ordenamos que todos los príncipes de África luego de mañana, antes que fagan otra cosa, pública y muy atentamente oyan una missa rezada, y queremos que en esta missa estén todos sus familiares y consejeros que con él han de entrar en los consejos; porque no puede dar buen consejo la criatura la qual primero no se ha encomendado y aconsejado con su Criador.

Ordenamos que los arçobispos, obispos y abades todo el tiempo que durare el concilio cada día se confiessen y digan missa en público, y uno dellos proponga la Palabra divina al pueblo; porque si cada perlado es obligado a dar buen exemplo estando solo, mejor le han de dar estando todos juntos.

Ordenamos que los príncipes en quanto pudieren den buen exemplo a sus pueblos, en especial que todos los días festivos se confiessen y comulguen y oyan los divinos officios; porque gran escándalo sería el príncipe que ha de reprehender en los otros los vicios nunca le viessen a él confessar ni rescebir los sacramentos.

Ordenamos que en las tres Pascuas señaladas vayan los príncipes a las yglesias metropolitanas; y, si no tuviere impedimento, dirá la missa el diocesano; y, dicho el Evangelio, el príncipe sea obligado a alta boz dezir el Credo compuesto en el Sacro Concilio Niceno; porque los buenos príncipes no sólo han de tener en el coraçón la fe de Christo, pero aun son obligados a confessarla por la boca delante su pueblo.

Ordenamos que el príncipe no sea osado de traer en su corte más de dos obispos, el uno que le oya de penitencia y el otro que le predique la Palabra divina; y éstos queremos que se los señale el concilio; y el concilio sea obligado a señalar a dos personas de los más ancianos y más virtuosos; y éstos que no estén en la Corte del príncipe más de dos años, y después vengan otros; porque no ay cosa más monstruosa que ver sin prelado mucho tiempo a una yglesia.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo en la república es muy bueno que no aya más de un príncipe que mande en ella, porque no ay mayor enemigo de la república que el hombre que procura que manden muchos en ella.

Muchas vezes me paro comigo a pensar que, pues la divina Providencia, la qual todas las cosas haze por peso y medida, y dél y no de otro todas las criaturas son regidas y gobernadas, y sobre todo en Dios no ay acepción de personas, por qué faze a unos ricos y a otros pobres; a unos sabios y a otros simples; a unos sanos y a otros enfermos; y a unos prósperos y a otros abatidos; a unos siervos y a otros señores. No se maraville nadie que yo me maraville desto, porque la variedad de los estados es el fundamento de la dissensión en los pueblos. Paréceme al parecer humano sería mejor que todos fuessen conformes en el vestir, todos fuessen yguales en el mandar, ninguno fuesse mejorado en el tener, todos se contentassen con un comer, se quitassen estos nombres de mandar y obedecer; porque, quitada toda la miseria de los unos y la prosperidad de los otros de por medio, desde aquí protesto que no avría embidia en el mundo. Dexado el juyzio humano, el qual no se ha de cotejar con el parecer divino, pregunto yo agora qué razón abasta a pensar que de dos hermanos (conviene a saber: Jacob y Esaú, ambos hijos de sanctos varones) quiso la divina Providencia que el uno fuesse electo y el otro aborrescido; el uno mandasse y el otro obedeciesse; el uno fuesse deseredado, siendo mayor, y el otro eredasse el mayorazgo, siendo menor. Lo que aconteció a Jacob con Esaú, aconteció a sus hijos de Jacob con Joseph, que, siendo todos hijos de un padre, siendo todos hermanos, siendo todos patriarcas, siendo todos conformes, siendo todos electos; proveyó y ordenó Dios que a Joseph que era menor le sirviessen y obedeciessen todos onze hermanos. Hízose esto contradiziéndolo todos los onze hermanos, pero no les aprovecharon sus pensamientos; porque impossible es que pueda desordenar la malicia humana aquello que tiene ordenado la Providencia divina. No vemos otra cosa cada día, sino aquello que tiene concertado el parecer humano, en un punto lo desbarata el juyzio divino, y por cierto no es mal hecho sino muy bien ordenado; porque al fin al fin el hombre, como es hombre, en pocas cosas puede acertar, y Dios, como es Dios, es impossible pueda en ninguna errar. Muy gran beneficio es del Criador querer emendar y corregir las obras de las criaturas; porque, si Dios nos dexasse del todo al parecer nuestro, en todo seríamos contrarios al parecer suyo. No sin gran misterio ordenó Dios que en una familia no aya más de un padre de familias; a un pueblo generoso quiere que solo le mande un ciudadano; en una provincia no quiere que aya sino un governador solo; un rey solo quiere que gobierne a un reyno superbo; un ejército poderoso por solo un capitán quiere que sea regido; y (lo que es más de todo) quiere que un emperador solo sea

monarcha y señor del mundo. Por cierto, son cosas éstas que las vemos con los ojos y no las conocemos, que las oímos con las orejas y no las alcanzamos, hablámoslas con las lenguas y no las entendemos; porque es de tan baxo estilo el entendimiento humano, que sin comparación es más lo que ignora que no lo que sabe.

Apolonio Thiano, aviendo peragrado todo lo más de Asia y de África y de Europa, conviene a saber: desde el Pontho de Nilo (do estuvo Alexandro) hasta Gades (do estaban las columnas de Hércules), estando un día en Épheso en el templo de Diana, preguntáronle los sacerdotes de Diana cuál era la cosa de que más se avía maravillado en toda la tierra; porque general cosa es que los hombres que han visto mucho, siempre notan más uno que otro. Aunque el filósofo Apolonio se preciava más de obrar que no de hablar, a los que le hizieron aquella demanda luego allí les dio esta respuesta:

«Hágovos saber, sacerdotes de Diana, que yo he andado el reyno de los galos, el de los britanos, el de los hispanos, el de los germanos, el de los lacios, el de los lidos, el de los ebreos, el de los griegos, el de los parthos, el de los medos, el de los phrigios, el de los corinthos, el de los persas y, sobre todo, el gran reyno de los indos; y llámole reyno sobre todos los reynos porque vale más él solo que todos estos reynos juntos. Hágoos saber que todos estos reynos en muchas y muchas cosas son diversos, conviene a saber: en lenguas, en personas, en animales, en metales, en aguas, en carnes, en costumbres, en leyes, en tierras, en edificios, en vestidos, en mantenimientos; y, sobre todo, son diversos en dioses y templos, porque no ay tanta diferencia de una lengua a otra quanta ay de los dioses y templos de Europa a los dioses y templos de Asia. Entre todas las cosas que he visto, de dos solas estoy maravillado, la primera de las cuales es que en todo lo que he andado del mundo, vi el pacífico ser mandado del reboltoso; el humilde, del sobervio; el justo, del tyrano; el piadoso, del cruel; el animoso, del covarde; el prudente, del ignorante; y sobre todo vi que los peores ladrones ahorcavan a los más inocentes. La ii cosa de que estoy maravillado es que en todo quanto he andado no he podido hallar a un hombre perpetuo, sino que todos son mortales, y al fin al fin mayores y menores todos han fin; porque muchos anohecen en la sepultura, los cuales aquel día pensavan tener más segura la vida.»

Dexado aparte el juyzio divino, de verdad en lo que dixo habló muy altamente este philósopho, porque parece un disparate gracioso ver cómo gobiernan los hombres al mundo.

Viniendo, pues, agora al caso, razón es sepamos qué es la causa desta tan antigua novedad, en que quiere Dios que uno mande a todos y todos obedezcan a uno, porque no ay cosa que Dios haga que, aunque sea a nosotros ignota la causa della, no por esso carezca de razón en su eterna sabiduría. En este caso hablando como christiano, digo que si nuestro padre Adán quisiera obedecer a un mandamiento solo que Dios le dio en el Paráyso, nosotros quedáramos libres y señores del mundo; pero como no quiso obedecer a un mandamiento, házenos agora guardar muchos mandamientos; finalmente, y por no obedecer a un señor entonces, somos esclavos de tantos señores agora. ¡O!, maldito seas pecado, que por ti solo fue introduzida la servidumbre en el mundo. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, que por fazerse nuestros primeros padres esclavos del pecado,

perdimos nosotros de ser señores del mundo; porque, estando el corazón preso del pecado, muy poco vale la libertad del cuerpo. Grandes diferencias uvo entre la achademia de Pitágoras y entre la achademia de Sócrates, en que dezían los unos que era mejor que todas las cosas fuessen comunes y que todos los hombres fuessen iguales; los pitagóricos, por contrario, dezían que era mejor república do cada uno tenía proprio y do todos obedecían a uno; de manera que los unos admitían este nombre de siervos y los otros aborrecían este nombre de señores. Según dize Laercio, libro i *De vitis philosophorum*, Demóchrilo fue philósopho cathegórico, pero también fue de opinión que para ser bien regidos los pueblos se avían de quitar estos dos nombres de señores y vassallos; porque los unos por querer mandar con sobervia y los otros por no querer ser mandados con tyranía, derraman la sangre de los inocentes, fazen violencia a los pobres, destruyen los famosos pueblos, toman osadía los malos tyranos, lo qual todo sería quitado si no oviesse señorío ni servidumbre en el mundo. Pero, esto no obstante, según el Philósopho, primo *Politicorum*, por quatro razones naturales podemos provar ser muy necessario el mandar y obedescer en el pueblo.

La i razón es de parte de los elementos simples y mistos; ca vemos por experiencia que, para que los elementos se compadezcan juntos y se conformen los cuerpos mistos, es necessario que un elemento mande más que todos. Y assí parece por experiencia en los cuerpos pesados, que el elemento del agua, y el elemento del fuego, y el elemento del ayre obedecen, y el elemento de la tierra manda y contra su naturaleza los trae por tierra. Pues si todos los elementos generosos obedecen al elemento más vil sólo por formar un cuerpo misto, más razón es que todos obedezcan a una persona virtuosa porque esté bien gobernada la república. La ii razón se toma del ánima y del cuerpo, en cuya armonía el ánima manda como señora y el cuerpo obedece como siervo; porque el cuerpo ni oye, ni entiende, ni sabe sin el ánima, pero el ánima, oye, sabe y entiende sin el cuerpo. Infiere de aquí el Philósopho que los hombres sabios naturalmente han de ser señores de todos los otros, porque no ay cosa más monstruosa que mandar los simples en la república. La iii razón se toma de parte de los animales. Vemos por experiencia que muchas bestias se rigen por el solo saber de los hombres; pues muy justo es que muchos hombres que son más bestias que las bestias se dexen regir por personas sabias; porque a la verdad más aprovecha en la república un animal bruto que un hombre sin seso. La iiii razón se toma de parte de las mugeres. Vemos que, siendo ellas criadas a la imagen de Dios, mandó Dios que fuessen sujetas a los hombres, con presupuesto que no tienen tanto saber como los hombres. Pues si esto es assí, ¿por qué muchos hombres mortales, los quales sin comparación saben menos que mugeres, no se ternían por dichosos ser mandados de uno con tal que aquel uno sea hombre muy virtuoso?

Como el hombre naturalmente sea político, que es ser amigo de compañía, la compañía engendra embidia; la embidia pare discordia; la discordia cria la guerra; la guerra levanta la tyranía; la tyranía dissipa a la república; y, perdida la república, tienen todos en peligro la vida. Por esso es muy necesario que en todo ayuntamiento muchos se rijan por uno, que al fin al fin no ay república bien regida si no la que por un solo bueno es gobernada. Los muchos inconvenientes que hallaron los antiguos en el tiempo passado les hizo venir a que en la república todos obedeciessen a uno, pues vemos que en el campo todos obedecen a un capitán, en la mar todos a un piloto, en el monesterio todos a un prelado,

en la Iglesia todos a un obispo, en la colmena todas a una abeja; y, pues las abejas no están sin rey en la colmena, no es justo estén los hombres sin rey en la república; porque de otra manera en la colmena de las abejas avría miel y en la república de los hombres avría hiel. Los hombres que no quieren rey en la república no son sino los abejones que sin trabajar comen la miel de la colmena, y sería mi parecer en este caso que todo hombre que no quiere ser mandado, como enemigo del bien público públicamente del pueblo fuesse alañado; porque no ay tan gran enemigo de la república como el hombre que procura que aya muchos que manden en ella. En la república tomando uno el cuydado de todos, y todos obedeciendo el mandamiento de uno, será en ello Dios servido, el pueblo aumentado, los buenos honrados, los malos abatidos y los tyranos suprimidos; porque jamás se concluye una congregación de muchos si no se remiten al parecer de pocos. ¡O!, cuántos pueblos y reynos por no querer obedecer a sus príncipes con justicia fueron después mandados de crudos tyranos con tyranía; porque muy justo es los que menospreciaron los sceptros de los príncipes piadosos, esperimenten los açotes de los crudos tyranos. Siempre fue, siempre es y siempre será aver en el mundo quien mande y sea mandado, aver quien rija y sea regido, aver quien gobierne y sea gobernado. Y en este caso no diga nadie «yo soy esento», porque fasta oy no se ha visto príncipe ni cavallero que no aya arado so las coyundas deste yugo. Amonesto, ruego y importuno a todos los hombres virtuosos tengan por bien de ser fieles siervos porque todos merezcamos amorosos señores; que al fin al fin el príncipe malo faze que su vassallo sea rebelde y el siervo rebelde torna a su señor tyrano. Mucho está en mano de los pueblos que sean buenos o malos sus gobernadores; porque no ay príncipe tan remisso que para siempre dissimule lo malo, ni ay gobernador tan tyrano que en algún tiempo no conozca lo bueno. Muchas vezes permite Dios emperadores en los imperios, reyes en los reynos, gobernadores en las provincias, señores en las tierras y prelados en las yglesias no según lo requiere la buena governación de los pueblos, sino según lo merece la muchedumbre de sus pecados; porque muchos vemos oy tener cargo de ánimas en la Yglesia, los quales no merecían aun guardar ovejas en la montaña. Que esto sea verdad parece muy claro, porque los tales no gobiernan, sino desconciertan; no amparan, sino ofenden; no resisten a los enemigos, sino entregan a los inocentes; no son juezes, sino tyranos; no son [205] clementes, sino carniceros; no aumentadores de república, sino dissipadores de justicia; no conservadores de leyes, sino inventores de tributos; no despertadores de lo bueno, sino mollidores de todo lo malo; finalmente pone Dios malos perlados y gobernadores no por administradores de sus leyes, sino por verdugos de nuestras maldades.

CAPÍTULO XXIX

Que no ay cosa que más destruya a la república que consentir los príncipes cada día novedades en ella.

En el *Libro de los Reyes*, capítulo viii, dize la Sagrada Escritura que, siendo ya muy viejo el sancto propheta Samuel, puso en su lugar para regir el pueblo a dos hijos suyos llamados Joel y Abia; porque naturalmente los padres han gana de dexar en honra a los hijos. Residían y tenían la judicatura los hijos de Samuel en la ciudad de Bersabee, que era el último lugar de Judea, y el viejo fuesse a morar a la ciudad de Ramatha, y juntos

todos los hombres honrados y ancianos del pueblo de Israel ordenaron para embiar a Samuel una embaxada y que la llevassen los más ancianos de la sinagoga; porque los antiguos fueron en esto muy avisados, de jamás negociar cosas públicas por manos de moços. Llegados los viejos a Ramatha, dixeron a Samuel estas palabras: «Tú, Samuel, eres viejo, y ya por tu vejez no puedes regir al pueblo. Como padre piadoso encomendaste a tus hijos la governación del pueblo. Hazémoste saber en este caso que tus hijos son muy avaros lo uno; resciben presentes de los pleyteantes lo segundo; hazen muchas injusticias a los pobres lo tercero. Por esso, danos un rey que nos rija, y este rey ha de yr delante nosotros a la batalla; porque ya no queremos juezes que nos juzguen sino reyes que nos defiendan.» El viejo Samuel, oýda la embaxada, afrentóse mucho de lo que le dixeron los viejos de Judea, lo uno por ser sus hijos malos, lo otro porque les querían quitar los oficios. Y de verdad tenía razón Samuel sobre tal caso estar afrentado y penado; porque los vicios y travessuras de los moços cuchillos son que traspasan los coraçones de los padres viejos. Visto por Samuel que todos los hebreos estavan determinados en quitar la governación del pueblo a sus hijos, no tuvo otro remedio sino quexarse a Dios deste agravio; y Dios, oýdas sus querellas, respondióle estas palabras:

«No estés triste, Samuel, que en pedir como piden rey, no menosprecian a tu persona, sino menosprecian a mi Providencia; y no te maravilles que dexen a tus hijos porque son traviessos, pues dexaron a mí su Dios y se fueron en pos de los ýdolos falsos. Pues piden rey, yo tengo determinado de darles rey; pero diles primero las condiciones del rey, y son éstas: el rey que os tengo de dar tomará a vuestros hijos con sus carretas y bestias, y embiarlos ha cargados de fardaje y ropas; y, no contento con esto, hará a vuestros hijos correos para sus caminos, tribunos y centuriones para sus batallas, y farálos labradores, ortelanos de sus huertas, segadores de sus panes, herreros de sus armas. Ternéys fijas delicadas y veréys mal gozo dellas, porque el rey que os daré harálas boticarias para curar los heridos de sus guerras, harálas cozineras en su palacio y harálas panaderas en su despensa. El rey que os diere, si tratare mal a vuestros hijos y hijas, muy peor tratará vuestras haziendas; porque los mejores prados que tenéys pacerán sus ganados, de vuestras viñas cogerán las mejores uvas, de los olivares escogerán el mejor azeyte y azeytunas. Y, si algún fruto después desto quedare en los campos, querrán que lo cojan no vosotros, sino sus escuderos. Pues más ha de hazer el rey que os tengo de dar: de diez caýzes de trigo le avéys de dar uno; de diez vacas le avéys de dar una; de diez ovejas le avéys de dar una; de manera que de todo lo que cogeredes en el campo, aunque no queráys, avéys de dar a vuestro rey diezmo. De vuestros esclavos y esclavas más se ha de servir el rey dellos que no vosotros; y tomará a todos los moços a los quales vosotros pagáys sueldo; y tomará a todos los bueyes que estén arando y trabajando en vuestras eredades; y llevarlos ha a trabajar a sus bosques y huertas, de manera que pagaréys vosotros la soldada y aprovecharse ha el rey dellos para su hazienda. Todo lo sobredicho ha de tener el rey que les tengo de dar.»

La historia que aquí he contado no es patraña de Ovidio, ni es égloga de Virgilio, ni es ficción de Homero, sino sentencia y palabras de Dios vivo y verdadero, el qual ni sabe burlar, ni menos mentir. ¡O!, juyzios de Dios ascondidos, ¡o!, ignorancia de los mortales, que pedimos y no sabemos lo que pedimos, ni para qué lo pedimos, ni a quien lo pedimos, ni adónde lo pedimos, ni cuándo lo pedimos; lo qual todo causa en nosotros

muchos daños; porque no errar en elegir y acertar en el pedir muy pocos de los mortales lo suelen alcanzar. Piden los hebreos remedios, y ofréceles Dios más daños; piden quien los rija, y dáles Dios quien los destruya; piden rey, y ofréceles tyrano; piden quien los mantenga en justicia, y amenázalos con tyranía; piden quien no los coheche, y dales quien los robe; piden quien liberte a sus hijos, y dales quien se los torne esclavos; finalmente pensando los hebreos ser libres de los juezes que tomavan presentes de grado, dióles Dios un rey que se los tomasse por fuerça. ¡O!, cuántas y cuántas vezes ha de ser Dios rogado que dé príncipes en la república y perlados en su Iglesia no a peso de nuestra culpa, sino a medida de su clemencia.

Dize Platón, libro i *De legibus*, que una de las cosas que los sicionios tuvieron por excelencia en su policia fue guardar mucho sus ciudades que no uviessen mudança en la governación dellas, y a la verdad aquellos bárbaros fueron cuerdos en hazerlo y Platón fue muy sabio en loárselo; porque no ay cosa que más destruya a la república que consentir cada día novedades en ella. Parece todo esto ser verdad en los hebreos, los quales en sus gobiernos fueron muy bulliciosos, ca primero se governaron por patriarchas, como fue Abraham; después se governaron por prophetas, como fue Moysén; después se governaron por capitanes, como fue Josué; después se governaron por juezes, como fue Gedeón; después se governaron por reyes, como fue David; después se governaron por pontífices, como Abdías; finalmente, descontentándose los hebreos de todos éstos, permitió Dios que cayessen en manos de Antíoco, y de Tholomeo, y Herodes, que fueron tyranos. Fue esta penitencia por Dios muy bien ordenada, según que lo merecía su culpa; porque muy justo fue que los que no supieron gozar de la libertad de Judea gustassen la cruda servidumbre de Babylonia.

La condición que tuvieron los inquietos hebreos, la misma tuvieron en su gobierno los superbos romanos, los quales en el principio de su imperio se governaron por reyes; después por los diez viratos; después por los cónsules; después por los dictadores; después por los censores; después por los tribunos; después por los senadores; finalmente vinieron a ser gobernados por emperadores tyranos. Todas estas mudanças y modos de governaciones inventó el Imperio Romano no por más de por ver si pudiera librarse del ageno señorío; porque eran tan superbos en este caso los romanos, que amavan la muerte con libertad y aborrecían la vida con captiverio. Dios que lo tenía assí ordenado y sus tristes hados se lo tenían assí prometido, quando los romanos acabaron de assolar a todos los reyes y reynos de la tierra, començaron a gustar la servidumbre tyránica de Roma.

Anden y anden todos los hijos de vanidad, por mucho que los esclavos limen los grillos, los súbditos alcen el pleyto omenaje, los vassallos levanten la obediencia, los súbditos inventen guerras, los reyes ganen reynos, los emperadores alcancen imperios, quieran o no quieran, que mayores o menores, menores o mayores, todos se han de conocer por siervos. Regla es infalible que mientras vivimos en la carne jamás por jamás podemos de nosotros sacudir el yugo de la servidumbre. Y no digáys los príncipes que por ser príncipes poderosos de la servidumbre soys esentos; porque sin comparación es más intolerable tener los coraçones cargados de cuydados, que no tener los pies y gargantas rodeadas de hierros. Un esclavo, si es bueno, aflóxanle los hierros; pero a vosotros, los príncipes, quanto más soys mayores, más os aploman los cuydados; porque el príncipe

que de la república es zeloso un momento no tiene el corazón asosegado. Un esclavo espera que le han de ahorrar en la vida, pero vosotros jamás esperáys ser libres hasta la muerte. A un esclavo échanle los grillos por peso, pero a vosotros cárganos los cuydados sin medida; porque en el corazón triste más pesa una onça de cuidado, que pesan sobre el cuerpo diez quintales de hierro. Un esclavo estando solo quebranta o lima sus hierros, pero en vosotros la soledad atormenta al corazón con mil cuydados; porque los lugares solitarios vergeles son de los corazones afligidos. Un esclavo no tiene que satisfacer ni con quien cumplir más de con uno, mas los príncipes tenéys de cumplir con todos; porque el buen príncipe sólo el tiempo ha de tener para sí, y a sí y a lo que tiene cabe sí ha de querer para todos. Dezía el divino Platón, y dezía bien, que el que menos parte ha de tener en el príncipe ha de ser el mismo príncipe; porque el príncipe para que sea todo suyo no ha de tener parte en sí mismo. Un esclavo, si trabaja de día, sin cuidado reposa y duerme de noche; mas a vosotros los príncipes los días se os passan en oír importunidades y las noches en dar unos indigestos sospiros. Finalmente digo que a un esclavo, sea bueno, sea malo, acabada la vida se acaba su pena sin que dél aya más memoria; mas ¿qué hará un triste de príncipe quando muere, que si ha sido bueno de su bondad ay poca memoria, y si ha sido malo jamás se le cae la infamia? Esto he dicho, porque mayores y menores, siervos y señores, en Aquél sólo deven conoscer señorío que por sólo hazernos señores vino a ser siervo en este mundo.

CAPÍTULO XXX

Quándo començaron los tyranos a tyranizar, y quándo començó y por qué el señorío en los hombres de mandar y ser mandados, y como el señorío que el príncipe tiene en el reyno es por mandamiento divino.

Dexadas aparte las historias poéticas y las ficciones antiguas, hablando la verdad según las historias divinas, el primero enamorado del mundo fue nuestro padre Adán, el qual comió la mançana vedada, y esto no tanto por traspasar la jussión divina, sino por no contristar a su muger Eva; porque muchos oy siguiendo esto sufren mucho tiempo tener la conciencia dañada por no ver un día a su muger descontenta. El primero homicida del mundo fue Caín, el primero que murió en el mundo fue Abel, el primero bigamo del mundo fue Lamech, la primera ciudad del mundo fue de Enoch fundada en los campos de Edón, el primero músico del mundo fue Tubalcaín, el primero que navegó en el mundo fue Noé, el primero tyrano del mundo fue Membroth, el primero sacerdote del mundo fue Melchisedech, el primero rey del mundo fue Anrraphel, el primero duque del mundo fue Moysén, el primer que se llamó emperador en el mundo fue Julio César; porque hasta aquel tiempo los que governavan llamávanse cónsules, censores y dictadores, y desde Julio César acá sólo se llaman emperadores. La primera batalla que leemos averse dado en el mundo fue en los Valles Silvestres, que por otro nombre se llaman agora el Mar Salado, porque gran parte de lo que entonces era tierra viva es agora Mar Muerto. No nos puede engañar la Sagrada Escripura, la qual de toda verdad está llena, y por ella parece que mil y ochocientos años passaron desde el principio del mundo en que no se juntó gente a dar batalla en campo; porque todo aquel tiempo que el mundo no tuvo ambición ni codicia, todo aquel tiempo no supo qué cosa era guerra. Razón es que digamos en esta

escritura qué fue la ocasión de darse en el mundo la primera batalla, porque los príncipes queden avisados y los curiosos queden satisfechos. Fue el caso éste, que Bassa, rey de Sodoma; Bersa, rey de Gomorra; Sennaar, rey de Adamee; Semehar, rey de Siboin; y Vale, rey de Segor; todos estos cinco reyes, siendo tributarios a Chodorlaomor, rey que era de los elamitas, todos cinco reyes conspiraron contra él no queriendo pagarle tributo ni reconocerle vassallage. Y esto no es de maravillar, porque los reynos tributarios siempre fueron bulliciosos. Fue esta rebelión en el terciodécimo año del reinado de Chodorlaomor, y luego el siguiente año Anrraphel, rey de Sennaar, y Arrioch, rey de Ponto, y Atadal, rey de los alófilos, juntáronse con Chodorlaomor, y después de todos juntos comenzaron a hazer guerra y destruir las tierras de los enemigos; porque antigua malicia es de la guerra, no pudiendo aver a los enemigos culpados, saquear y destruir a los inocentes pueblos. Los unos ofendiendo y los otros defendiendo, al cabo viniendo en un campo todos juntos, diéronse la batalla como con dos enemigos, y los muchos fueron vencidos de los pocos y los pocos quedaron vencedores de los muchos. E quiso Dios permitir esto en la primera batalla del mundo para que tomen exemplo los príncipes que todos los reveses de la guerra no vienen sino por no tener en la guerra justicia. Si Chodorlaomor se contentara con sus términos, como se avían contentado sus antepassados, y no conquistara a los reynos sus vassallos, ni los fiziera sus tributarios, ni ellos a él perdieran la vergüença, ni él con ellos viniera en batalla; porque de ser los unos ambiciosos y de ser los otros codiciosos vienen las enemistades en los pueblos.

Dicho de los que contendieron primero de señorío, veamos agora de dó uvo primero origen la servidumbre, y este nombre de siervos y señores si fue en los siglos antiguos, y si fue introduzida en el mundo la servidumbre por concierto de hombres virtuosos o fue inventada por ambición de tyranos; porque mandar uno y obedecer otro es una de las novedades del mundo. La primera servidumbre del mundo uvo principio del primero que fue caçador en el mundo, según cuenta la Divina Escritura, y fue de esta manera. El patriarcha Noé tuvo tres hijos, los quales se llamaron Sem, Cham, y Japhet, y este segundo hijo que fue Chan engendró a Chus, y este Chus engendró a Membroth, y este Membroth hízose caçador de bestias fieras en las montañas. Éste fue el primero que comenzó a tyranizar las gentes, haziendo fuerça a sus personas y tomádoles por fuerça sus haciendas, y llamávale la Escritura *oppressor hominum*, que quiere dezir «hombre que acossa y opprime a los hombres»; porque los hombres de mala vida siempre son enojosos y pesados a la república. Éste enseñó a los caldeos a adorar el fuego, éste fue el primero que inventó de ser señor absoluto y que le reconociessen todos vassallage, y este maldito tyrano dio fin a la edad dorada, en la qual eran todas las cosas comunes en la república; porque entre los antiguos sólo las vidas tenían proprias, que las voluntades y haciendas todas eran comunes. En mucho es de tener ser el tyrano malo en su persona, pero en más se ha de tener ser alborotador de su república, y en mucho más se ha de tener ser destruydor de las buenas costumbres de su patria; pero lo más iniquo de todo es dexar alguna costumbre mala introduzida en la república; porque muy digno es tener renombre de infamia el que no sólo fue malo entre los suyos, pero aquel malo trabajó que se imitasse en los siglos advenideros. Quiere sentir Eusebio que este Membroth, después que uvo destruydo el reyno de pestilencia, con ocho hijos varones vino en Ytalia y edificó la ciudad de Camesa, la qual después en tiempo de Saturno se llamó Valencia, y a la postre en tiempo de Rómulo se llamó y se llama agora Roma. E, si esto es assí, no es

maravilla que en los tiempos passados aya sido Roma de tyranos posseída y de tyranos combatida, pues fue de tan famosos tyranos fundada; porque assí como Hierusalem fue fija de reyes pacíficos en Asia, assí Roma fue madre de príncipes superbos en Europa.

Las historias de los gentiles que no alcançaron las Escrituras divinas, de otra manera ponen el primero señorío y la servidumbre cuándo entraron en el mundo; porque los ydólatras no sólo no conocieron al Criador del mundo, pero aun ignoraron cuándo començaron muchas cosas del mundo. Dizen, pues, que el tyrano Membroth tuvo entre los otros un hijo que tuvo por nombre Bello; y este Bello fue el primero que reynó en la tierra de Siria; y éste fue el primero que inventó guerras en la tierra; y éste puso entre los assirios la primera gerarchía; finalmente murió, aviendo reynado sesenta y cinco años en Asia y dexando en grandes guerras a toda la tierra. La primera monarchía del mundo fue la de los assirios y duró mil cccii años, y el primero rey fue Bello, y el último rey do se acabó fue Sardanápalo, al qual quando le mataron fallaron entre unas mugeres hilando a la rueca, y de verdad aquella ynomiosa muerte fue en él muy bien empleada; porque el príncipe no ha de defender con las ruecas lo que sus antepassados ganaron con las lanças. Como emos dicho, Membroth engendró a Bello, y tuvo por muger a Semíramis; y Semíramis fue madre de Nino; y Nino sucedió a su padre en la tyranía y en el imperio; y la madre y el hijo, no contentos de ser tyranos, inventaron statuas de dioses nuevos; porque la malicia humana ante prosigue el mal que los malos inventaron que no el bien que los buenos començaron. Emos querido mostrar cómo el abuelo, y el padre, y la madre y el nieto, unos en pos de otros fueron ydólatras y bellicosos, porque vean los príncipes y grandes señores que no de pacíficos y virtuosos, sino de hombres ambiciosos y sediciosos començaron sus imperios. Hora sea Membroth el primero que hizo tyranías, hora sea Bello su hijo el primero que inventó guerras, hora sea Chodorlaomor el primero que inventó batallas, hora sean otros que no cuentan las Escripturas, tomando cada uno por sí y después todos juntos, ellos fueron ocasión en el mundo de hartos escándalos. Consentir esto tiene mucha culpa nuestra inclinación; porque para el mal los que tienen crédito son muchos, y para el bien los que tienen poder son pocos.

CAPÍTULO XXXI

Do el autor habla de la edad dorada y de la miseria humana que tenemos agora.

En aquella primera edad y en aquel siglo dorado todos vivían en paz, cada uno curava sus tierras, plantava sus olivos, cogía sus frutos, vendimiava sus viñas, segava sus panes y criava sus hijos; finalmente, como no comían sino de sudor proprio, vivían sin perjuyzio ageno. ¡O!, malicia humana, ¡o!, mundo traydor y maldito, que jamás dexas las cosas permanecer en un estado; y, si te llamo traydor, no te maravilles, porque al tiempo que nos es más favorable la fortuna, entonces nos hazes cruda execución de la vida. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, que, aviendo passado dos mil años del mundo sin saber qué cosa era mundo, Dios permitiéndolo y la malicia humana lo inventando, los arados tornaron en armas, los bueyes en cavallos, las agujadas en lanças, las rejas en saetas, el picote en malla, las hondas en ballestas, la simplicidad en malicia, el trabajo en ociosidad, el reposo en bullicio, la paz en guerra, el amor en odio, la caridad en crueldad,

la justicia en tyranía, el provecho en daño, la limosna en robo y, sobre todo, la fe en ydolatría; finalmente el sudor que sudavan en provecho de su hazienda tornaron a derramar sangre en daño de su república. En esto se muestra el mundo ser muy mundo, y en esto se muestra la malicia humana ser muy maliciosa, en que huelga uno de enfermar porque aquél muera; huelga uno de tropezar porque aquél cayga; huelga uno de ser pobre porque aquél no sea rico; huelga uno de estar desfavorecido porque aquél no esté privado; huelga uno de estar triste porque aquél no esté alegre; finalmente somos tan malos, que despedimos el bien de nuestras casas sólo porque entre el mal por puertas ajenas. Quando el Criador crió la machina y redondez de todas las cosas, luego a cada cosa dio sus lugares y estancias, conviene a saber: que dio el cielo imperio a las inteligencias; a las estrellas, el firmamento; a los planetas, los orbes; a los elementos, el mundo; a las aves, el ayre; a la tierra, el centro; a los peces, el agua; a las serpientes, los centros; a las bestias, las montañas; de manera que a todo lo que está criado le señaló Dios lugar do tome reposo. Los príncipes y grandes señores no tomen vanagloria diziendo que son señores de la tierra, que a la verdad de todo lo criado sólo Dios es el señor verdadero, que el hombre mísero no tiene más en ello del uso y frutos; porque si nos parece justo gozar el provecho de lo criado, muy más justo es reconocer en Dios el su primero señorío. Yo no niego (mas antes confieso) que todas las cosas crió Dios para que sirviessen al hombre, con tal condición que el hombre sirviesse a Dios; pero quando el hombre se levantó contra Dios, luego las criaturas se rebelaron contra el hombre; porque justamente es desobedescido en todo aquél que no quiso obedecer un mandamiento solo. ¡O, cuánta desventura tiene la criatura no por más de aver desobedecido a su Criador, en que si el hombre guardara en el Paraíso su mandamiento, Dios conservara en el mundo su señorío; pero las criaturas que Él crió para su servicio, aquéllas le son ocasión de mayor enojo; porque la ingratitud del beneficio mucho lastima en el corazón discreto! Gran compassión es ver al hombre quién fue en el Paraíso y quién pudiera ser en el Cielo, y ver quién es agora en el mundo y, sobre todo, después ver qué será en el sepulchro; porque en el Paraíso terrenal fue inocente, en el cielo fuera beato, y en el mundo está agora cercado de cuydados, y en la sepultura estará después roído de gusanos.

Veamos agora de la desobediencia que tuvimos al mandamiento divino qué fructo emos sacado en el mundo; porque harto simple es el que se atreve a cometer un vicio sin sacar dél un deleyte para el cuerpo. A mi parecer, de aquel pecado que cometieron nuestros padres en el Paraíso quedó esta servidumbre a nosotros sus hijos en el mundo, en que si entro en el agua, me ahogo; si toco el huego, me quemo; si llevo a un perro, me muerde; si amenazo a un cavallo, me hiere; si resisto al ayre, me derrueca; si persigo a la serpiente, me emponçoña; si acosso al osso, me mata; finalmente el hombre que quería comer a los hombres en la vida sin piedad, las entrañas le roen los gusanos en la sepultura. ¡O!, príncipes y grandes señores, cargaos de brocados, acumulad muchos thesoros, juntad muchos exércitos, inventad muchas justas, buscad grandes passatiempos, vengaos de vuestros enemigos, servíos de vuestros vassallos, casad en altos reynos a vuestros hijos, fazeos temer de todos los tyranos, emplead los cuerpos en muchos regalos, dexad muchos reynos a vuestros erederos, levantad para dexar memoria superbos edificios; que yo juro por Aquél que me ha de juzgar tengo más compassión a vuestras ánimas pecadoras que no imbidia a vuestras vidas regaladas, porque muy en breve se os acabarán los passatiempos y muy en breve os entregarán a los hambrientos gusanos. ¡O!,

si pensassen los príncipes, aunque nazcan príncipes y se ayan criado en grandes estados, cómo el día que nascen del vientre de su madre, luego en pos dellos sale la muerte en busca de su vida, y aquí toma, y allí toma; quando sanos, quando enfermos; hora cayendo, hora levantando; jamás los dexa una hora fasta encerrarlos en la estrecha sepultura. Pues es verdad como es verdad que lo que poseen los príncipes en esta vida es poco y lo que esperan en la otra es mucho, por cierto yo estoy maravillado, y aun escandalizado, porque los príncipes que han de estar tan estrechos en la sepultura osan vivir con tantas larguezas en esta vida. Por ser ricos, por ser señores, por tener estados, no deven los hombres tener soberbia, pues veen quán frágile es la condición humana; porque al fin al fin la vida tenemosla arrendada como alcavala de viento, mas la muerte tenemosla por perpetuo juro; la muerte es un patrimonio que sucessivamente se ereda, pero la vida es un juro de por vida que cada día se quita; porque la muerte tiénenos por tan suyos, que muchas vezes viene sin nos avisar, y la vida tiénenos por tan estraños, que muchas vezes se nos va sin se despedir. Pues si esto es verdad como es verdad, ¿por qué los príncipes y grandes señores son tan atrevidos, que assí quieren mandar en casa agena, que es esta vida, como en su casa propria, que es la sepultura? Dexadas las opiniones dichas, digo que por solo el pecado entró la servidumbre en el mundo, porque, si no oviera pecadores, de creer es que no oviera señores ni siervos. Caso que la servidumbre generalmente entró en el mundo por el pecado, digo que el señorío de los príncipes es por mandamiento divino, ca Él dixo: «Por Mí el rey gobierna, y por Mí el príncipe administra justicia.» Concluyo esta materia con esta razón, que pues es verdad los príncipes ser puestos por mano de Dios para gobernar, nosotros somos obligados en todo y por todo a los obedecer; porque no ay mayor pestilencia para la república que levantar contra su príncipe la obediencia.

CAPÍTULO XXXII

Cómo el Magno Alexandro, después que venció al rey Darío en Asia, fue a conquistar a la gran India, y de lo que le aconteció con los garamantes, y cómo tiene más fuerça la buena vida que ningún aparato de guerra.

En el año *ab urbe condita* de quatro mill y novecientos y setenta, en la quinta edad del mundo, siendo summo sacerdote en Jerusalem Jado, y siendo cónsules Romanos Decio y Mamilio, en el tercer año de la monarchía de los griegos; el Magno Alexandro, hijo de Philippo, rey de Macedonia, dio la última batalla a Darío, rey de Persia, en la qual Alexandro escapó herido, el rey Darío quedó muerto, y el imperio de los persas se passó a los griegos; porque los príncipes mal fortunados no sólo pierden las vidas con que nacieron, mas aun pierden los reynos que eredaron. Después que Darío fue muerto, y Alexandro se vio señor del campo, y los persas y medos quedaron subjectos a los griegos, aunque muchos reyes y señores en aquellas crudas batallas fueron muertos, parecióle al gran Alexandro que era poco verse señor de los reynos de Asia, y acordó de yr en persona a conquistar a la gran India; porque los coraçones superbos alcançando lo que desseavan mucho, luego comiençan tenerlo en poco. Reparados sus exércitos y puestos gobernadores en todos los reynos de Asia, partióse el Magno Alexandro a conquistar la India, y, como tuviesse jurado y a sus dioses prometido que en todo el mundo no avía de

aver más de un Imperio, y éste que avía de ser suyo, y que jamás pornía sus pies en reyno ageno que no quedasse por suyo, toda la tierra por do Alexandro yva, a mejor librar quedava destruyda o sojuzgada; porque a la verdad los coraçones tyránicos hasta conseguir su propósito malo ningún respecto tienen al daño ageno.

Yendo, pues, Alexandro su camino, conquistando reynos y destruyendo provincias, acaso dixéronle que de la otra parte de los montes Ripheos, a las vertientes que corren a la India, avía unas gentes bárbaras, los quales se llamavan los garamantes, y que éstos jamás de persas, ni medos, ni romanos, ni de griegos avían sido conquistados; porque dellos no alcançavan triumpho, pues no tenían armas, ni sacarían provecho, pues no tenían riquezas. El Magno Alexandro, que para tomar reynos superbos era muy animoso y de ver cosas estrañas era muy amigo, acordó no sólo de embiar a ver la tierra, mas aun de yr él mismo en persona y dexar de sí allí alguna eterna memoria como lo hizo de hecho, en que dexó allí unas aras como Hércules dexó en Gades unas colunas; porque es el corazón humano tan superbo que no sólo trabaja por igualar con muchos, pero aun procura de passar a todos. Fueron embaxadores para que dixessen a los garamantes cómo venía el Magno Alexandro, y les contassen las feroces guerras que avía fecho, y las crudas batallas que avía vencido, y cómo el poderoso rey Darío era ya muerto, y que toda Asia estava so su imperio, y que toda la tierra se le rendía, y que contra su mandamiento no avía lança alçada. Estos y otros muchos miedos les pusieron, porque muchas vezes espantan más las palabras de los hombres animosos que no las lanças de los hombres covardes. Dize Lucio Bosco, libro iii *De antiquitatibus grecorum*, cuyo es el original desta historia, que aquellos bárbaros, después que les hablaron los mensageros de Alexandro, ni se turbaron con la embaxada, ni se pusieron en huyda, ni hizieron aparejo de guerra, ni tomaron en las manos armas, ni se pusieron en resistencia y, lo que más es, que de la ciudad do estavan no se fue persona, ni salió ninguno fuera de su casa; finalmente, que a ninguno de los de Alexandro hablaban palabra, ni dieron respuesta. A la verdad en lo que hazían estos bárbaros eran cuerdos, porque muy por demás es persuadir con palabras a los hombres que de hecho hazen una cosa.

Cosa es espantable lo que cuentan destos garamantes los historiadores, conviene a saber: que todas las casas eran iguales, todos los hombres andavan de una manera vestidos, no tenían más eredades unos que otros, en el comer no eran voraces, en el beber vino eran temperatísimos, pleytos y enojos totalmente dellos eran agenos, no sufrían entre sí hombres ociosos, no tenían armas porque no tenían enemigos; finalmente hablaban pocas palabras, y las que hablaban eran muy verdaderas. Informado el Magno Alexandro de los garamantes y de su vida, y cómo a sus capitanes no hazían ninguna resistencia, y que no querían hablar palabra, acordó llamarlos en su presencia, y rogóles mucho que si avían sabios entre ellos viniessen, y por escripto o por palabra le hablassen alguna cosa; porque Alexandro era tan amigo de sabios que todos los reynos que tomava luego los dava, excepto a los sabios que tomava y llevava para su persona. Cuenta Quinto Curcio que muchas vezes dezía el Magno Alexandro que un príncipe era bien empleado gastar sus thesoros todos en conquistar un reyno sólo por cobrar y alcançar la conversación de un sabio, y de verdad tenía razón Alexandro; porque más provecho les será a los príncipes estar en la vida arrodoados de sabios que no dexar en la muerte muchos tesoros a sus erederos. Venidos, pues, en presencia de Alexandro algunos de los garamantes, uno

dellos, al parecer más anciano, y a la verdad más sabio que todos, habló él solo callando todos, y dixo estas palabras en nombre de todos.

CAPÍTULO XXXIII

De una habla que hizo un sabio de los garamantes al Magno Alexandro, en la qual le prueba que valen ellos más por tenerse en poco y tener poco, que no él por tener mucho y tenerse en mucho; y que es sobrada locura querer mandar mucho aviendo de vivir poco.

«Costumbre es, ¡o!, Alexandre, entre los garamantes hablarse pocas vezes unos a otros, y casi nunca hablar con los estrangeros, en especial si son hombres bulliciosos y escandalosos; porque la lengua del hombre maligno no es sino pregonera del corazón apasionado. Quando nos dixeron que venías a esta tierra, luego determinamos de no salir a recebirte, ni ponernos en resistirte, ni alçar los ojos a mirarte, ni abrir la boca para hablarte, ni mover las manos para enojarte, ni levantar guerra para ofenderte; porque muy mayor es el aborrecimiento que nosotros tenemos con las honras y riquezas que tú amas, que no el amor que tú tienes a las honras y riquezas que nosotros aborrescemos. Has tenido por bien que te veamos no te queriendo ver, y te sirvamos no te queriendo servir, y te hablemos no te queriendo hablar; somos contentos de lo fazer, con tal condición que seas paciente en nos escuchar, y lo que te dixéremos más servirá para que emiendes tu vida que no para que desistas de la conquista de nuestra tierra; ca muy justo es que sepan los príncipes de los siglos advenideros por qué nosotros tenemos en tan poco lo que es claramente nuestro, y por qué tú mueres y trabajas en tomar lo que es claramente ageno.

¡O!, Alexandre, pregúntote una cosa, a la qual dudo si sabrás responderme a ella, porque los corazones superbos siempre tienen los juyzios ofuscados. Dime: ¿adónde vas?, ¿de dónde vienes?, ¿qué quieres?, ¿qué piensas?, ¿qué desseas?, ¿qué procuras? y ¿hasta qué reynos o provincias se estienden tus desordenadas codicias? No sin causa te pregunto lo que te pregunto, conviene a saber: qué es lo que quieres, qué es lo que demandas, qué es lo que buscas, ca pienso que no sabes lo que buscas; porque el corazón superbo y ambicioso él mismo de sí mismo no sabe con qué será satisfecho. Como eres ambicioso, engaña te la honra; como eres pródigo, engaña te la cobdicia; como eres moço, engaña te la ignorancia; como eres superbo, engaña te el mundo; de manera que sigues la gente y no sigues la razón, sigues tu parecer proprio y dexas el consejo ajeno, amas los lisongeros y sacudes de ti los sabios; porque los príncipes y grandes señores más quieren ser loados con mentira que ser reprehendidos con verdad. Yo no sé a qué causa todos los príncipes bivís tan engañados a tener en vuestras casas reales truhanes y lisongeros, porque en casa de los príncipes si ay uno que blasone sus hazañas, ay diez mil que blasfeman sus tyranías. Yo te miro con tales ojos, ¡o!, Alexandre, que primero darán los dioses fin a tu vida primero que pongas tú fin en tu guerra; porque el hombre criado en bullicio su quietud es estar inquieto. Véote rodeado de exércitos; véote cargado de tyranos; véote robar los templos; véote sin provecho gastar tus tesoros; véote matar a los inocentes; véote inquietar a los pacíficos; véote enemistado con todos; véote carecer de amigos, que es el mayor mal de todos. Pues tan horrendos trabajos como éstos, imposible es que tú los sufras sino o porque tú eres loco o porque los dioses te lo han dado por castigo.

Muchas veces permiten los dioses que, estándose los hombres asossegados y quietos, se meten en algunos profundos negocios, y esto no para que sean honrados en lo presente, sino para que sean castigados de lo pasado; porque son los dioses tan justos, que tarde o temprano ningún malo ha de quedar sin castigo. Dime, te ruego: ¿por ventura no es sobrada locura tornar a muchos pobres por hazer a ti solo rico?, ¿por ventura no es sobrada locura querer tú mandar como tyrano y que todos pierdan la possession de su señorío?, ¿por ventura no es sobrada locura en perjuyzio de nuestras vidas querer tú dexar en el mundo muchas memorias?, ¿por ventura no es sobrada locura que aprueven los dioses tu apetito desordenado y condenen el querer y parecer de todo el mundo?, ¿por ventura no es sobrada locura querer con lágrimas de pobres y biudas alcançar tan sangrientas victorias?, ¿por ventura no es sobrada locura querer con sangre de inocentes bañar la tierra por alcançar en el mundo una loca fama?, ¿por ventura no te parece sobrada locura, aviendo los dioses entre tantos repartido el mundo, quererle tú usurpar y robar para ti solo? ¡O!, Alexandre, no son éstas obras de criatura nacida entre los hombres mortales, sino de furia nacida y criada entre las furias infernales; porque no estamos obligados a juzgar los hombres por la buena naturaleza que tienen, sino por las buenas o malas obras que hazen.

Maldito es si no lo fue, y maldito será si no lo es, el hombre que quiere vivir lo que vive en perjuyzio de todos, no más de porque le loen de esforçado en los siglos advenideros; porque muy pocas veces permiten los dioses gozar en buena paz lo que se ganó de mala guerra. Quiérote preguntar: ¿qué es la insolencia que te movió a rebelarte contra tu señor, el rey Darío, el qual después que fue muerto intentaste a conquistar todo el mundo, y esto no como rey heredero, sino como tyrano advenedizo; porque propriamente aquel se llama tyrano que a sinrazón ni justicia se apodera del bien ageno? O tú buscas justicia, o tú buscas paz, o tú buscas riquezas, o tú buscas honras, o tú buscas reposo, o tú buscas favor para tus amigos, o buscas vengança de tus enemigos. Pues yo te juro, Alexandre, que ninguna de todas estas cosas halles en las jornadas que tú andas; porque los panales dulces no se crían entre las hieles amargas. ¿Cómo creeremos que buscas justicia, pues contra razón y justicia tyranizas toda la tierra? ¿Cómo creeremos que buscas paz, pues a los que te resciben hazes tributarios y a los que te resisten tratas como a enemigos? ¿Cómo creeremos que buscas reposo, pues pones escándalo en todo el mundo? ¿Cómo creeremos que buscas clemencia, pues eres un verdugo de la flaqueza humana? ¿Cómo creeremos que buscas riquezas, pues no te abastan tus thesoros propios, ni lo que te cabe de los vencidos, ni lo que te ofrecen los vencedores? ¿Cómo creeremos que buscas provecho para tus amigos, pues de los amigos viejos has tornado enemigos nuevos? Hágote saber, Alexandre, que el mayor al menor ha de dar doctrina, y el menor al mayor ha de tener obediencia; solamente entre los iguales está la amicicia, pero tú, como no sufres igual en el mundo, no esperes jamás tener amigo en el mundo; porque muchas veces los príncipes con la ingratitud pierden muy buenos amigos y con la ambición cobran muy peores enemigos. ¿Cómo creeremos que buscas vengança de tus enemigos, pues tomas tú de ti mismo más vengança estando vivo que tomarían de ti tus enemigos si te tuviessen preso? Caso que fuesse verdad que en otro tiempo oviessen a Philipo, tu padre, maltratado, y a ti, su hijo, agora desobedecido, más sano consejo te sería cobrarlos

por amigos que no confirmarlos por enemigos; porque los coraçones piadosos y generosos, quando de alguno toman vengança, de sí mismos hazen carnicería.

No podremos con verdad dezir que tus trabajos son bien empleados por alcançar la honra generosa, pues tienes la conversación y vida tan aviessa; porque la verdadera honra no consiste en lo que dizen los lisongeros, sino en lo que hazen los señores. No se gana la honra andando rodeado de malos, sino teniendo conversación con los buenos; porque la mucha familiaridad con el malo muy sospechosa haze la vida del bueno. No se gana la honra ahorrando thesoros para la muerte, sino expendiéndolos muy bien en la vida; porque cosa provada es que el hombre que tiene su fama en mucho que ha de tener el dinero en poco, y el hombre que tiene el dinero en poco es señal que tiene su fama en mucho. No se alcança la honra matando inocentes, sino destruyendo tyranos; porque toda la armonía de la buena governación de los príncipes está en castigar a los malos y premiar a los buenos. No se alcança la honra tomando a otro lo ageno, sino dando de lo suyo proprio; porque no ay cosa que más hermostee la magestad del príncipe que en hazer mercedes muestre su grandeza y en tomar servicios no muestre codicia. Finalmente, te quiero hazer saber quién es el que alcança y tiene la honra en esta vida, y es no el que passa la vida en guerra, sino aquél a quien toma la muerte en paz. ¡O!, Alexandre, véote que eres moço y desseas mucha honra; pues hágote saber que no ay cosa en que más baybenes dé la honra que es en dessear y procurar mucho la honra; porque los hombres ambiciosos si no alcançan lo que quieren, quedan con infamia, y de alcançar lo que buscavan no se les sigue honra. Créeme una cosa, Alexandre, que la verdadera honra, para que sea honra, hase de merescer muy bien merecida, y por ninguna manera ha de ser procurada; porque toda honra que se procura con tyranía al fin al fin ha de parar en infamia.

Compassión te tengo, Alexandre: veo que careces de la justicia porque amas la tyranía; veo que careces de la paz porque amas la guerra; veo que no eres rico porque has tornado el mundo pobre; veo que careces de reposo porque buscas el bullicio; veo que no tienes honra porque andas con infamia a ganalla; veo que careces de amigos porque los has tornado enemigos; finalmente, te veo que no te vengas de tus enemigos porque tú para ti eres verdugo de sus desseos. Pues que assí es, ¿para qué vives en esta vida, pues careces de los bienes por los quales se ha de dessear la vida? Por cierto, el hombre que sin provecho suyo y en daño ageno passa la vida por justicia le avían de quitar la vida; porque no ay cosa que más presto pierda la república que tolerar hombres inútiles en ella. Hablando, pues, las verdades, de las quales los príncipes soys muy pobres, yo creo que por esso tú conquistas el mundo, por no reconocer señor en el mundo, y junto con esto quieres quitar a tantos la vida, para que con su muerte alcances tú mucha fama. Si los príncipes guerreros y crueles como tú de todos los que matan eredassen las vidas para aumentar sus vidas como eredan sus haziendas para aumentar sus casas, aunque no fuesse justa sería tolerable la guerra; pero ¿qué aprovecha que pierda oy el siervo la vida y quede el señor aplazado de la muerte para mañana? ¡O!, Alexandre, sobra es de locura o falta de cordura querer mandar mucho aviendo de vivir poco. Los hombres presuntuosos y ambiciosos, que miden sus obras no con los pocos días que han de vivir, sino con los altos pensamientos que tienen de mandar, la vida se les passará en trabajo y la muerte con peligro; y el remedio desto es que el hombre sabio y cuerdo si no alcança lo que quiere,

conténtese con lo que puede. Hágote saber, Alexandre, que no está la perfección de los hombres en ver mucho, en oír mucho, en saber mucho, en procurar mucho, en trabajar mucho, en alcançar mucho, en posseer mucho, en poder mucho, ni en mandar mucho; finalmente digo que aquel hombre es perfecto que no merece lo que tiene a su parecer propio, y merece mucho más de lo que tiene al parecer ageno. Nosotros tenemos por opinión que aquél es indigno de la honra que piensa ser digno della, y por esso tú, Alexandre, mereces ser esclavo de todos, porque piensas merecer el señorío de todos. Por los dioses immortales te juro, yo no sé qué mal te supo ser amigo y vassallo del rey Darío, ni sé qué sabor tomas en querer el señorío del mundo; porque a la verdad más vale la servidumbre en paz que no señorío en guerra, y el hombre que contradixere todo lo sobredicho, dígole que tiene el gusto estragado.»

CAPÍTULO XXXIV

En el qual el sabio de los garamantes prosigue su plática, en la qual muestra que perpetuar la vida no se puede comprar por mucha hazienda, y de siete leyes que tenían aquellos bárbaros, y que los reynos que los príncipes ganan son finitos, pero los cuydados que echan sobre el coraçón son infinitos.

«No me negarás, ¡o!, Alexandre, que tenías más salud siendo rey de Macedonia que no agora que eres señor de toda la tierra; porque los trabajos excessivos hazen los hombres no estar concertados. No me negarás, Alexandre, que quanto más ganas y tienes crece en ti más el apetito de ganar y tener; porque al coraçón que arde en llamas de codicia no le han de cargar de leña de riqueza, sino ahogarle con tierra de la sepultura. No me negarás, Alexandre, que lo mucho tuyo te parece poco y lo poco ageno te parece mucho; porque los dioses dieron en penitencia al coraçón ambicioso y codicioso que con lo poco ni con lo mucho estuviesse contento. No me negarás, Alexandre, que, si has ganado muchos thesoros, has perdido muchos y muy buenos amigos; porque general maldición es sobre los ricos que amamos sus riquezas y aborrecemos sus personas. No me negarás, Alexandre, que, si de veras tomas el pulso a tu coraçón codicioso, verás en él que primero se te acabará la vida regalada que no la cobdicia maldita; porque si mucho tiempo se apoderan del coraçón los vicios, sola la muerte es bastante para alcançarlos. No me negarás, Alexandre, que teniendo más que todos gozas menos que ninguno; porque el príncipe que tiene mucho todo se ha de ocupar en defenderlo, pero el príncipe que tiene poco tiene mucho tiempo para gozarlo. No me negarás, Alexandre, que, de todo lo que ganas, siendo señor solamente llevas el nombre, y los otros siendo vassallos se llevan todo el provecho; porque los coraçones enconados de cobdicia en adquirir y allegar descansan, y en gastar y gozar lo ganado mueren. Finalmente, no me negarás, Alexandre, que lo que has ganado en esta tan prolixa conquista es poco y lo que has perdido de tu sabiduría y reposo es mucho; porque los reynos que has adquirido son finitos, pero los cuydados que has ayuntado sobre tu coraçón son infinitos. Hágote saber una cosa, y es ésta: que soys más pobres los señores ricos que no los vassallos pobres, porque no es más rico el que tiene más que merece, sino el que quiere aun menos de lo que tiene. Por esso vosotros los príncipes no tenéys nada, porque si estáys llenos de thesoros, estáys muy pobres de buenos desseos.

Dacá, Alexandre, entremos en cuenta, y veamos qué es el fin de tu conquista. O tú eres hombre, o tú eres dios; si eres alguno de los dioses, haznos que seamos inmortales, y, si esto hizieres, toma a nosotros y a nuestros bienes, porque perpetuar para siempre la vida no se puede comprar por ninguna hazienda. ¡O!, Alexandre, hágote saber que por esso nosotros no curamos de fazerte guerra, porque vemos que a ti y a nosotros se nos ha de acabar presto la vida; que al fin al fin resabio tiene de locura en casa ajena hazer morada propia. Si tú, Alexandre, como Dios nos diesses vida perpetua, cada uno trabajaría por defender su casa propia, mas como sabemos que se nos ha de acabar presto la vida, dásenos muy poco que a ti o a otro quede nuestra hazienda; porque si es locura en casa ajena hazer morada propia, muy mayor locura es el que pierde la vida tomar dolor por la hazienda. Presupuesto, Alexandre, que no eres dios sino hombre, por los inmortales dioses te conjuro vivas como hombre, andes como hombre, hables como hombre, te trates como hombre, te contentes como hombre, no quieras más que hombre, no dessees más que hombre, no procures más que hombre; porque al fin al fin te has de morir como hombre, y te han de enterrar como hombre, y metido en la sepultura avrá de ti poca memoria. Ya te dixé que me pesava por verte animoso, verte dispuesto, verte moço; agora me pesa de ver quán engañado te trae el mundo, y lo que siento de ti es que entonces conocerás el daño quando ya tu daño no llevare remedio; porque el mancebo superbo primero que sienta la herida tiene ya del coraçón asida la yerva.

Vosotros, los griegos, llamáys a nosotros los destas montañas bárbaros, y en este caso digo que nosotros holgamos ser bárbaros en las lenguas y ser griegos en las obras, y no como vosotros, que tenéys las lenguas de griegos y tenéys las obras de bárbaros; porque no es bárbaro el que obra bien y habla mal, sino el que tiene la lengua aguda y tiene la vida mala. Pues lo he començado, a causa que no quede de dezir ninguna cosa, quiero dezirte qué tal es nuestra ley y nuestra vida, y no tengas en mucho oýrlo dezir, pero ten en mucho verlo guardar; porque las obras de virtud infinitos son los que las blasonan y muy pocos los que las guardan. Hágote saber, Alexandre, que nosotros tenemos poca vida, tenemos poca gente, tenemos poca tierra, tenemos poca hazienda, tenemos poca codicia, tenemos pocas leyes, tenemos pocas casas, tenemos pocos amigos y, sobre todo, carecemos de enemigos, porque el hombre cuerdo ha de ser amigo de uno y enemigo de ninguno. Junto con esto, tenemos entre nosotros mucha hermandad, tenemos mucha paz, tenemos mucho amor, tenemos mucho asossiego y, sobre todo, tenemos mucho contentamiento; porque más vale la quietud de la sepultura que no sufrir la vida descontenta. Nuestras leyes son pocas, y a nuestro parecer son buenas, las quales se encierran en siete palabras.

Ordenamos que nuestros hijos no hagan más leyes de las que nosotros sus padres les dexamos, porque las leyes nuevas hazen olvidar las buenas costumbres antiguas.

Ordenamos que no tengan nuestros sucessores más de dos dioses, el un dios será para la vida y el otro dios será para la muerte; porque más vale un dios servido de veras que muchos dioses servidos de burla.

Ordenamos que todos se vistan de un paño, se calcen de un modo, no trayga ninguno más vestidos uno que otro; porque la variedad de las vestiduras engendra locura en las gentes.

Ordenamos que ninguna muger esté casada con su marido más años de quanto oviere parido tres hijos, porque la abundancia de los hijos haze a los hombres ser cobdiciosos; y, si alguna muger pariere más hijos, delante sus ojos sean a los dioses sacrificados.

Ordenamos que todos los hombres y mugeres sobre todas las cosas traten verdad, y si alguno tomaren en mentira, sin tomarle en otra culpa muera porque dixo mentira; porque solo un hombre mentiroso abasta a perder un pueblo.

Ordenamos que ninguna muger viva más de quarenta años y el hombre viva hasta cincuenta, y, si entonces no fueren muertos, sean a los dioses sacrificados; porque gran ocasión es a los hombres para ser viciosos pensar que han de vivir muchos años.»

CAPÍTULO XXXV

Que los príncipes deven trabajar por saber para qué son príncipes, y de quién fue el filósopho Thales, y de doze preguntas que le hizieron, y de la respuesta que dio a todas, y de la competencia que avía entre los sabios de Grecia y los capitanes de Roma, y que el príncipe sobre todos ha de ser mejorado, excepto en la justicia, la qual ha de ser yqual entre él y su república.

Es común y antigua sentencia, y por el pagano Aristóteles muchas vezes repetida, que al fin al fin todas las cosas se hazen por algún fin; porque no ay obra buena ni mala que no tenga algún fin el que la comiença. Si preguntas algún ortolano qué es su fin de regar tanto las plantas, responderá que por sacar algún dinero de sus ortalizas. Si preguntas al río por qué va tan raudo y apressurado, responderá que es su fin de tornar a las mares de do uvo principio. Si preguntas a los árboles por qué echan flores a la primavera, responderán que por fin de dar fruta en la otoñada. Si viésemos a un caminante que passa los puertos con nieves, los ríos con peligros, los montes con sospechas, el verano con siestas, el invierno con aguas; si le preguntamos: «Amigo, ¿qué es el fin de vuestro camino, por el qual sufrís tan insufrible trabajo?», y él nos respondiesse: «Por cierto, señor, yo no sé más que vos el fin dello, y ni sé por qué me sufro este trabajo.» Pregunto yo agora qué determinaría un hombre prudente de aquel inocente caminante. Por cierto, al tal hombre sin más ser oýdo le sentenciarían por loco, porque harto es malaventurado el que por su trabajo no espera premio. Viniendo, pues, al propósito, un príncipe que se engendró como los otros hombres, nació como los otros hombres, se crió como los otros hombres, vive como los otros hombres, muere como los otros hombres, y junto con esto manda a todos los hombres; al tal si le preguntássemos para qué le dio Dios tal señorío, y él nos respondiesse que no sabe más de quanto se nació con ello, en este caso juzgue cada uno quán indigno sería el tal rey del reyno; porque impossible es que sepa uno administrar justicia si no sabe primero qué cosa es justicia. Los príncipes y grandes señores oyan esta palabra y encomiéndenla para siempre a la memoria, y es ésta. Quando aquel Opífice eterno se determinó de hazer reyes y señores en este siglo, no crió a los

príncipes para que coman más que todos, ni bevan más que todos, ni duerman más que todos, ni hablen más que todos, ni huelguen más que todos, ni menos que se regalen más que todos, sino que quando mandó que mandassen más que todos, fue con condición que fuesen obligados a ser mejores que todos.

Cosa es muy injusta y que engendra no poco escándalo en la república ver a un poderoso con cuánta auctoridad manda a los virtuosos y con cuánta desvergüença es señor de todos los vicios. Yo no sé cuál es el señor que a su vassallo osa por una culpa dar castigo viendo él en sí que por cada cosa meresce ser castigado; porque monstruosa cosa es que el que es del todo ciego quiera curar al que no le falta más de un ojo. Preguntado el gran Catón Censorino qué tal avía de ser el rey para ser bueno, de manera que fuese amado y temido, y no menospreciado, respondió: «El buen príncipe ha de ser como el triaquero, el qual, si no le empece la ponçoña, vende muy bien su triaca. Quiero dezir que aquel castigo es muy acepto al pueblo, el qual no se da por hombre vicioso. Jamás por jamás el triaquero será creýdo si la prueba de la triaca en la plaça no oviere hecho; quiero dezir que no es en él otra cosa la buena vida sino una muy fina triaca para curar su república. Y ¿qué otra cosa es tener en una mano el rejalgat que quita la vida y tener en la otra mano la triaca que resiste a la muerte sino el hombre que blasona con la lengua de las virtudes y emplea las fuerças en los vicios? Para que un señor de todo en todo sea obedecido es necessario que en su persona todo lo que mandare aya executado; porque de las obras virtuosas ningún señor se puede ni deve exemir dellas.» Ésta fue la respuesta que dio Catón Censorino, el qual a mi parescer habló más como christiano que no como romano.

Aquel Dios humanado, aquel Christo verdadero, quando por nosotros quiso venir al mundo, treynta años empleó en sólo obrar, y solos dos años y medio empleó en obrar y predicar; porque el coraçón humano mucho más se persuade con la obra que vee que no con la palabra que oye. Deprendan, pues, los que son señores del que es verdadero Señor, y deprendan los príncipes a saber para qué son príncipes; porque jamás será buen piloto el que por las bravas mares no ha navegado. A mi parecer, si un príncipe quiere saber para qué es príncipe, yo diría que para gobernar muy bien la república y mantener a todos en justicia, y esto no ha de ser con palabras que espanten y obras que escandalizen, sino con palabras dulces que animen y con obras buenas que edifiquen; porque el coraçón generoso no puede mostrar resistencia si lo que le mandan se lo mandan con buena criança. Los que quieren domar a los animales silvestres y bravos, entre cient vezes que los amenazan, sola una vez los açotan; y, si los tienen atados, por otra parte les hazen muchos beneficios, de manera que la ferocidad del animal se pierde con la mansedumbre del hombre. Pues si esta experiencia tenemos de los animales silvestres, conviene a saber: que por bien se doman, mucho más la emos de tener de los hombres que son racionales, conviene a saber: que por bien obedezcan; porque no ay coraçón humano tan indómito que el buen tratamiento no le haga manso. ¡O!, príncipes y grandes señores, quiéroos dezir en una palabra lo que ha de hazer el buen señor y gobernador en su república. Todo príncipe que tiene la boca llena de verdades, y tiene las manos abiertas a mercedes, y tiene las orejas cerradas a mentiras, y tiene el coraçón abierto a clemencias; el tal es bienaventurado y el reyno que le tiene se puede llamar muy dichoso; porque aviendo en el príncipe verdad, y largueza, y clemencia no pueden morar injusticia ni tiranía en la república. Por el contrario, todo príncipe que tiene el coraçón encarniçado en tiranías, y

tiene la boca llena de mentiras, y tiene las manos sangrientas de crueldades, y tiene las orejas inclinadas a lisonjas; el tal es muy malaventurado y muy más lo es el pueblo que está so su gobierno; porque es imposible aver paz ni verdad en la república si el que la gobierna es amigo de lisonjas y de mentiras.

En el año de cccc y xl ante que Christo encarnasse, que era en el año ccxliiii *ab urbe condita*, siendo rey de Persia Darío el quarto, y siendo cónsules romanos Bruto y Lucio, floreció en Grecia el gran philósopho Thales, el qual fue príncipe de los siete sabios famosos, por ocasión de los quales todos los reynos de Grecia rescibieron muy gran gloria; porque más jactancia tenía Grecia de los sabios que tenía que no Roma de los capitanes que criava. Tenían en aquellos tiempos muy gran competencia los romanos y los griegos, en que dezían los griegos que eran mejores porque tenían más sabios; los romanos dezían que ellos lo eran porque tenían más exércitos. Replicavan los griegos que no sabían hazer leyes sino en Grecia; dezían a esto los romanos que si se hazían las leyes en Grecia, no se guardavan sino en Roma. Dezían los griegos que en Grecia avía grandes achademias para criar sabios; dezían los romanos que en Roma avía grandes templos para adorar sus dioses, y que al fin al fin en más se ha de tener un servicio hecho a los dioses immortales que no el provecho que pueden aprovechar los hombres. Preguntado un cavallero thebano qué le parecía de Roma y de Grecia, respondió: «Digo que ni me parecen mejor los romanos que los griegos, ni los griegos que los romanos; porque los griegos ponen su gloria en las lenguas y los romanos en las lanças, pero nosotros ponémosla en las obras virtuosas; porque más vale una buena obra que todas las lanças largas de Roma ni las lenguas agudas de Grecia.»

Tornando, pues, al propósito, este philósopho Thales fue el primero que halló la tramontana o norte para navegar; y el primero que halló la división de los años, la grandeza de la luna y del sol; y el primero que dixo las ánimas ser inmortales y que el mundo tenía ánima; y, sobre todo, no quiso ser casado, porque a la verdad los cuydados de contentar a la muger y criar a los hijos mucho añubla a los delicados juyzios de los sabios. Fue este philósopho Thales en extremo muy pobre y, burlando unos de su pobreza, él compró toda la oliva del año siguiente, ca conoció por astrología que avía de aver gran penuria della el tercero año, y desta manera mostró a sus émulos que por su voluntad aborrecía la riqueza y amava la pobreza; porque no es pobre generoso el que contra su voluntad carece de los bienes deste mundo. Fue este philósopho un espejo entre todos los sabios de Grecia; y fue muy acatado de todos los reyes de Asia; y fue su nombre muy nombrado en Roma; y fue tan sabio, que a todo lo que le preguntavan respondía de improviso, lo qual procedía de hombre muy agudo, y en verdad era gran cosa, porque los más de los hombres mortales ni quieren saber, ni saben preguntar, ni menos saben responder. Fuéronle a este philósopho hechas diversas preguntas, según dize Diógenes Laercio, en la respuesta de las quales mostró la grandeza de su sabiduría, la riqueza de su memoria y la sutileza de su juyzio, y son las siguientes.

Fue preguntado lo primero: ¿Qué cosa es Dios?; respondió Thales: «Dios es la cosa más antigua entre todas las antigüedades, porque a Dios ni los passados le vieron principio, ni los futuros le verán fin.»

Preguntáronle lo segundo: ¿Cuál era la cosa más hermosa?; respondió Thales: «El mundo es el más hermoso, porque toda la artificial pintura no puede ygualar con la menor parte que hizo naturaleza.»

Preguntáronle lo tercero: ¿Cuál es la cosa más grande?; respondió: «La cosa más grande es el lugar, porque el lugar do cabe todo de necessidad ha de ser mayor que todo.»

Preguntáronle lo cuarto: ¿Quién es el que sabe más?; respondió: «No ay ninguno tan sabio como es el tiempo, porque sólo el tiempo halla las cosas nuevas y renueva las cosas passadas.»

Preguntado lo quinto: ¿Cuál es la cosa más ligera?; respondió: «El entendimiento es más ligero que todo, porque el entendimiento ni toma trabajo en discurrir por la tierra, ni corre peligro en passar la mar.»

Preguntado lo sexto: ¿Cuál es la cosa más fuerte?; respondió: «El hombre necessitado es el hombre más esforçado, porque la necessidad abiva el entendimiento del rudo y al covarde faze esforçado en el peligro.»

Preguntado lo séptimo: ¿Cuál es la cosa más dificultosa de conocer?; respondió: «Conocer el hombre a sí mismo, porque no avría contienda en el mundo si el hombre se conociesse a sí mesmo.»

Preguntado lo octavo: ¿Qué cosa es más dulce para ganar?; respondió: «Lo que se dessea es dulce ganancia, porque muy gran plazer toma la persona acordarse del trabajo que passó en alcançar lo que desseava.»

Preguntado lo nono: ¿Quándo descansa el hombre enemistado?; respondió: «Quando vee a su enemigo muerto o abatido, porque a la verdad la prosperidad del enemigo crudo cuchillo es al corazón lastimado.»

Preguntado lo décimo: ¿Qué hará el hombre para vivir justamente?; respondió: «El consejo que da a los otros que le tome para sí, porque todo el error de los mortales está en que les sobran los consejos para los otros y les falta uno bueno para sí.»

Preguntado lo undécimo: ¿Qué bien tiene el que no es avaro?; respondió: «El tal es libre de los tormentos del avaricia y cobra amigos para su persona, porque al avaro los pensamientos le atormentan porque no guarda y los hombres le persiguen porque no gasta.»

Preguntado lo duodécimo: ¿Qué tal ha de ser el príncipe que a otros ha de gobernar?; respondió: «Primero ha de gobernar a sí y después a los otros, porque es imposible esté la sombra derecha estando la vara que haze la sombra tuerta.»

Por ocasión desta última respuesta he querido poner todas estas preguntas, para que vean los príncipes y grandes señores cómo cada uno dellos es una vara de justicia y no es otra

cosa la república sino una sombra de aquella vara, la qual en todo y por todo ha de ser muy derecha; porque luego se siente en la sombra de la república si la justicia o la vida del que gobierna está torcida.

Dando, pues, conclusión a todo lo sobredicho, si me preguntasse un príncipe que para qué es príncipe, yo le diría [238] una sola palabra y es ésta. El que es Príncipe verdadero os ha hecho príncipe deste mundo para que seáis destruydor de los erejes, padre de los huérfanos, amigo de los sabios, émulo de los maliciosos, verdugo de los tyranos, remunerador de los buenos, açote de los malos, defensor de la Iglesia, único zelador de la república y, sobre todo, soys mero esecutor de la justicia, començando primero de vuestra casa y persona; porque en todas las cosas se sufre mejoría excepto en la justicia, que ha de ser igual entre el príncipe y la república.

CAPÍTULO XXXVI

De quién fue el gran philósopho Plutarco, y de las palabras que dixo al Emperador Trajano; y cómo el buen príncipe es cabeça de la república; y que, estando sana esta cabeça, no puede estar enferma la república; y de cinco leyes de los rodos que dispone la manera del castigar a los malos; y de cómo si es bueno bivar debaxo de justa ley, es muy mejor bivar debaxo de justo rey.

En los tiempos de Trajano Emperador floreció en su corte un philósopho por nombre Plutarco, varón muy limpio en la vida y muy sabio en la sciencia y muy estimado en Roma; porque el Emperador Trajano preciósse mucho de tener sabios en su compañía y de hazer notables edificios por doquiera que andava. Éste es el que escribió las *Vidas* que llaman de Plutarco, conviene a saber: de muchos griegos y romanos; sobre todo compuso un libro el qual intituló *Doctrina de príncipes*, y ofrecióle al Emperador Trajano; en aquella escriptura mostró él la integridad de su nobleza, el zelo a la república, la alteza de su eloqüencia y la profundidad de su sabiduría; porque fue muy elegante en el escrevir y muy dulce en el hablar. Entre las otras cosas dignas de notar que escribió en aquel libro fueron aquellas palabras las quales avían de estar escriptas con letras de oro do dizen assí: «Hágote saber, señor mío Trajano, que tú y tu Imperio no soys sino un cuerpo místico, a manera del cuerpo vivo y verdadero, porque han de estar tan conformes que el Emperador se alegre en tener tales súbditos y el Imperio se precie de tener tal señor. Y porque pintemos el cuerpo místico que es el Imperio a manera de un hombre vivo, has de saber que la cabeça, que es sobre todos, es el príncipe que lo manda todo; los ojos con que vemos son los buenos en la república que seguimos; las orejas que oyen lo que dezimos son los vassallos que hazen lo que mandamos; la lengua con que hablamos son los sabios de quien las leyes y doctrinas oýmos; los cabellos que cuelgan de la cabeça son los agraviados que piden al rey justicia; las manos y los braços son los cavalleros que resisten a los enemigos; los pies que sustentan a todos los miembros son los labradores que dan de comer a todos los estados; los huessos duros que sustentan a la carne flaca son los hombres sabios que llevan el trabajo de la república; los coraçones que no vemos público son los privados que dan los consejos en el consejo secreto; finalmente la

garganta que junta el cuerpo con la cabeça es el amor del rey y del reyno que hazen una república.»

Estas palabras dixo el gran Plutarco a Trajano, y de verdad el ordiembre y repartimiento fue de muy alto juyzio, porque tres propiedades tiene la cabeça, las quales convienen mucho al governador de la república. La primera condición es que assí como la cabeça en el cuerpo es lo más alto de todos los otros miembros, assí la auctoridad del príncipe es mayor que la de todos los otros estados; porque sólo el príncipe tiene auctoridad de mandar y todos tienen obligación de le obedescer. Caso que aya muchos nobles, muchos ricos y muchos generosos en la república, siempre deven reconocer vassallage al señor della; porque los generosos príncipes cada día relevan a muchos de la servidumbre, pero jamás esentan a nadie del vassallage. Los que son muy valerosos y muy poderosos en un reyno dévense contentar con lo que se contentan las almenas en el castillo, conviene a saber: que están más altas que el adarve y más baxas que el omenaje; porque el hombre cuerdo y de honrado estado no ha de mirar al príncipe que es omenaje poderoso, sino a la barrera y barbacana, que es el pobre menospreciado. Quiero dezir una palabra y enójese quien se enojare della, que no es otra cosa los grandes señores querer mandar al rey y a su república, sino tener siempre los braços y las manos encima de la cabeça. Por lo mucho que he oýdo, y por lo mucho que he leydo, y aun por lo mucho que en mis tiempos ha acontecido, aviso y amonesto a todos los que vernán después deste siglo que, si quieren gozar de su hazienda, si quieren tener segura su vida, si quieren ser libres de tyranía, y quieren vivir en paz en la república, no consientan aver más de un rey en un reyno y un señorío; porque regla general es que en la república do mandan muchos, al fin ella y ellos se han de perder todos. Vemos por experiencia que naturaleza nos compuso de muchos nervios, de muchos huessos, de muchas carnes, de muchos dedos y de muchos dientes, y de todos éstos se compone un cuerpo, y este cuerpo no tiene más de una cabeça; porque de muchos estados se compone la república, y no ha de aver más de un príncipe para governalla. Si fuesse en mano de los hombres poner príncipes, también ternían auctoridad para quitarlos, pero si es verdad, como es verdad, que los pone Dios, a mi parescer ni puede, ni deve quitarlos otro sino Dios; porque las cosas que ya van medidas por el juyzio divino, no tiene licencia de echarles el rasero el parescer humano. No sé qué ambición pueden tener los medianos, ni qué embidia los menores, ni qué soberbia los mayores para mandar y no querer ser mandados, pues somos ciertos que en este cuerpo de la república el que vale más valdrá por un dedo cortado de la mano, o por una uña seca del pie, o por un cabello cortado de la cabeça. Viva cada uno en paz en su república y reconozca a su príncipe obediencia, y el que no lo hiziere y contradixere, sépase que como dél procede la culpa, en él redundará la pena; porque antigua sentencia es que el que contra el príncipe alçare lança le ponga a sus pies la cabeça.

Lo segundo es comparado el rey a la cabeça porque la cabeça es principio de la vida humana. Todas las más cosas que naturaleza cría hazen sus operaciones hazia arriba. Vemos la tierra que vaporea hazia arriba, las plantas crecen hazia arriba, las mares ondean hazia arriba, los árboles brotan hazia arriba, el fuego todo su fin es subir a lo alto; sólo el mísero hombre crece hazia abaxo, porque la carne humana que no es sino tierra, y nació de tierra y vive en la tierra, todo su fin es yr a parar en la tierra. Bien dixo Aristóteles que el hombre no era sino un árbol plantado al revés, cuya raíz es la cabeça,

el tronco es el cuerpo, las ramas son los brazos, la corteza es [242] la carne, los ñudos son los huesos, la tea es el corazón, la carcoma es la malicia, la goma es el amor, las flores son las palabras y las frutas son las buenas obras. Para el hombre andar a derechas, do tiene los pies avía de tener la cabeça, y do tiene la cabeça avía de tener los pies, pues la cabeça es la raíz y los pies son las ramas; pero en este caso yo juro que correspondemos con nuestro principio, porque si al revés tenemos plantada la carne, muy más al revés tenemos encaminada la vida.

Viniendo, pues, al propósito, digo que no menos principio tiene el reyno del rey que el rey del reyno, lo qual parece claro porque las leyes y fueros el rey las da al reyno, y no el reyno al rey; las mercedes y dones del rey vienen al reyno, y no del reyno al rey. Inventar guerras, tomar treguas, hazer pazes, premiar a los buenos y reprimir a los tyranos, del rey al reyno procede, y no por lo contrario; porque a la magestad sola del príncipe pertenece ordenar y mandar, y a la república pertenesce autorizar y obedescer. Assí como en el superbo edificio es mayor peligro que esté movediza una piedra del fundamento que no que se caygan quinientas tejas del tejado, assí es más de acriminar una sola desobediencia hecha a la justicia, que no cien excessos hechos en la república, porque de una pequeña desobediencia hemos visto levantarse mucho escándalo en la república. ¡O!, cuánto le va al rey en ser de su reyno muy amado, y ¡o!, cuánto le va al reyno que sea de todos su rey muy temido, porque el rey que no es de su reyno amado, no puede vivir quieto, y el reyno que de su rey no es temido, no puede ser bien gobernado. El reyno de Trinacria que agora llaman Cicilia, siempre fue en sus príncipes muy estremado, porque en los tiempos antiguos o lo governavan reyes muy virtuosos y esforçados, o lo governavan tyranos crudos y maliciosos.

En los tiempos de Severo el Emperador uvo en Cicilia un rey que uvo nombre Lelio Pío, assaz virtuoso y en todo el Imperio Romano muy estimado, y a este propósito hallamos que se hizieron las siguientes leyes en aquel reyno:

Ordenamos que si entre personas iguales se hizieren unos a otros injurias, dellas sean castigadas, dellas dissimuladas; porque do está la enemistad arraygada más aprovecha reconciliar las voluntades que no castigar las personas.

Ordenamos que si el mayor fuere ofendido del menor, la tal ofensa sea poco reprehendida y sea muy bien castigada; porque el atrevimiento y desvergüença del siervo no se remedia sino con grave castigo.

Ordenamos que si alguno contradixere el mandamiento del príncipe en público, sin tomar más dilación muera por el; o, porque del injusto mandamiento han de suplicar con reverencia y no desacatarlo con escándalo.

Ordenamos que si alguno contra el príncipe levantare la república, qualquiera sin pena le pueda cortar la cabeça; porque muy justamente es privado de la cabeça propia el que quiere que aya muchas cabeças en república agena.

Es auctor de todo lo sobredicho Heriano, libro iiii *De regibus rodorum*, do pone muchas y muy singulares leyes y costumbres que tuvieron los antiguos no para pequeña confusión de los modernos; porque a la verdad no sólo nos excedieron en hazer obras buenas, pero aun en dezir palabras profundas. Tornando, pues, al propósito, mucho trabaja la vida humana por defender siempre la cabeça, en tanto que alguno se dexa cortar la mano por no ser en la cabeça herido, para denotar que un enojo en la república es cuchillada que manca, mas la desobediencia al príncipe es herida que mata. Si a mí me preguntassen qué connexidad han de tener entre sí los príncipes con su república, yo les respondería esta palabra.

Digo que todo el bien del reyno y del rey está en que el rey se acompañe de buenos y no sufra entre sí malos; porque es imposible que el príncipe sea amado de su república si la compañía que tiene cabe sí es sospechosa. Ítem deve el rey amar de veras a su reyno y el reyno no deve servir de burla a su rey; porque la república que conoce de su príncipe ser amada ninguna cosa para su servicio hallará dificultosa. Ítem el rey trate a sus súbditos como a hijos y los súbditos sirvan a su rey como a padre; porque al fin al fin el buen padre no puede sufrir ver peligrar a los hijos, ni los buenos hijos no saben desobedecer a su padre. Ítem el rey deve ser justo en sus [244] mandamientos y el reyno deve a su rey ser fiel en los servicios; porque si es bueno vivir debaxo de justa ley, muy mejor es estar debaxo de justo rey. Ítem deve el rey defender a sus vassallos de los enemigos y ellos deven a su rey pagarle muy bien sus tributos; porque el príncipe que tiene a la república limpia de tyranos, justamente es señor de los bienes de todos. Ítem el rey deve tener en paz a su república y el reyno deve tener en mucho acatamiento a su persona; porque el príncipe que es tenido en poco, jamás su mandamiento será bien obedecido; finalmente te digo, que el buen rey deve velar por hazer a su reyno plazer y el reyno fiel dévese desvelar por quitar a su rey de pesar; porque no se puede llamar desdichado el príncipe que de su república es bienquisto.

CAPÍTULO XXXVII

Que assí como en la cabeça están los dos sentidos del oler y del oír, assí el príncipe, que es cabeça de la república, ha de oír a todos los agraviados y ha de conocer a todos para pagarles los servicios; y que los cuerdos príncipes han de ser en el oír a todos prontos y en el determinar han de ser graves.

Dicho emos cómo el príncipe es cabeça de la república; es de saber agora una cosa muy notable, y es que, assí como en la cabeça están todos los sentidos, assí en el príncipe deven estar todos los estados; porque las virtudes que están entre muchas derramadas han de estar en un príncipe recogidas. No tienen por oficio los pies de ver, sino de caminar; no tienen por oficio las manos de oír, sino de trabajar; no tienen por oficio los ombros de oler, sino de sustentar; todos estos oficios no a los miembros que son los vassallos, sino al rey solo pertenesce exercitarlos. No es otra cosa la cabeça sola tener ojos, y no ninguno de los otros miembros, sino que el príncipe y no a otro como señor de todos pertenesce conocer a todos; porque Julio César a todos los de sus huestes conocía y por sus propios nombres los llamava. Amonesto y mucho amonesto a los príncipes que esto oyeren y

leyeren, que huelguen de visitar y ser visitados, ver y ser vistos, comunicar y ser comunicados; porque las cosas que no vemos con los ojos no las podemos amar con las entrañas.

Ítem es de saber que la cabeça sola tiene oídos para denotar que al rey y no a otro pertenesce oír a todos y tener abiertas las puertas a los que tienen negocios; porque no es pequeño bien para la república tener con su príncipe fácil audiencia. Helio Esparciano lo mucho al Emperador Trajano que, como estuviese ya en el cavallo para yr a la guerra, se tornó apear sólo para oír una querella que le dava una muger pobrezita, la qual cosa fue muy notada en Roma; porque si los hombres no fuessen vanos más honra darían a un príncipe por una obra de justicia que no por aver vencido una batalla. No sólo es justo, mas antes digo que es trabajoso para él y enojoso para el vulgo que el príncipe se esté siempre encerrado; porque de cerrar las puertas los príncipes a sus vassallos viene no abrir las entrañas los súbditos a sus señores. ¡O!, cuántos y cuántos escándalos se levantan en la república sólo por no dezir los príncipes una palabra. Julio César era emperador muy virtuoso, pero de que ya estava en la cumbre del Imperio, en el negociar era algo pesado y, por no oír a uno que le quería dezir cómo yva vendido, le dieron xxiii puñaladas en el Senado. Lo contrario se lee de Marco Aurelio Emperador, el qual era con todos tan familiar que, como fuesse monarca y los negocios que están agora repartidos entre muchos dependían dél solo, jamás tuvo portero en su casa, ni camarero, ni jamás por negociar solo con él se tuvo algún negociante de un día arriba. De verdad que es el príncipe muy corto, y aun aynda diría indigno de ser amado, que a los que le sirven con muchas y buenas obras él sea escasso aun de buenas palabras; porque los cuerdos príncipes han de ser en el oír a todos prompts y en el determinar los negocios graves. Muchos vienen a hablar a los príncipes con presupuesto que ni han de aceptar sus consejos, ni conceder sus ruegos; y, con todo esto, quieren y importunan de ser oídos; y a la verdad deven ser de su señor oídos, porque el corazón preñado y lastimado mucho descansa en ser oído.

Ítem pregunto: ¿por qué en sola la cabeça está el sentido del olfato para oler, y no en las manos, ni en los pies, ni en otra parte del cuerpo, sino que al príncipe que es cabeça de todo pertenesce conocerlo todo y ser informado cómo vive cada uno? En las grandes y espessas montañas los castizos canes más por el oler que no por el ver descubren la caça. Quiero dezir que es impossible que un príncipe siendo solo pueda conocer a todos y oír a todos, y por esso es necessario que sea informado de la vida de todos; porque no puede el príncipe gobernar bien a su república si no conoce las particularidades della. Necessario es que el buen príncipe conozca a los buenos para los honrar; porque infame es la república do los malos no son conocidos y los buenos no son honrados. Necessario es que el príncipe conozca a los malos para los corregir; porque gran mal ay en la república do sin ninguna vergüença la maldad de los malos es solapada. Necessario es que el príncipe conozca a los sabios para con ellos se aconsejar; porque los antiguos romanos no llamavan ni tenían por consejo sino al que de philósophos y de viejos estava poblado. Necessario es que el príncipe conozca a los que son hábiles para hazerlos enseñar; porque en las cortes de los príncipes romanos siempre uvo capitanes que enseñavan las armas y varones doctos que enseñavan las sciencias. Necessario es que el príncipe conozca a los pobres de su reyno para los socorrer; porque de tal manera han de compassar los

príncipes a la república que ni sobre a los ricos para los vicios, ni falte a los pobres para las necesidades. Necesario es que el príncipe conozca a los presumptuosos y maliciosos para los humillar; porque los pobres con la embidia y los ricos con la soberbia en breve espacio suelen destruir a una generosa república. Necesario es que el príncipe conozca a los pacíficos para en paz y quietud los conservar; porque oficio es del buen príncipe desplumar los altos pensamientos de los bulliciosos y dar alas de favor a los pacíficos. Necesario es que el príncipe conozca a los que le han hecho servicios, para que por sus servicios sean gualardonados; porque el generoso corazón con muy pequeñas mercedes se obliga a hazer muy grandes hazañas. Es necesario que el príncipe conozca a los nobles de su reyno, para que auida oportunidad los tome en su servicio; porque muy justo es que el hombre que está dotado de virtudes y nobleza sea preferido a todos los otros en la república. Finalmente digo que el príncipe deve conocer a los murmuradores para jamás los creer y a los que le dizen las verdades para siempre los amar; porque acerca del buen príncipe ninguno ha de estar tan privado como el hombre verdadero y ninguno ha de ser tan aborrecido como el hombre mentiroso.

¡O, cuánto es necesario al príncipe tener buen conocimiento de todo su reyno porque no le engañen como le engañan a cada passo! Al fin al fin, los más de los príncipes todos son engañados no por más de por no querer ser avisados y informados de hombres discretos; porque muchos hablan con los príncipes y dizen tales palabras, que parescen sonar a su servicio, y por otra parte es su fin de engañarlos y guiar el negocio a su provecho. Helio Esparciano dize que Severo Alexandre, xxv Emperador romano, fue hombre muy virtuoso, y entre las cosas de que le loan es que tenía en su cámara un familiar libro do tenía escritos a todos los nobles del Imperio, y quando vacava algún oficio no le dezían más de quanto estava vacuo; porque el buen emperador no le proveya porque se le pidiesse uno ni otro, sino por la información que tenía en su libro secreto. Yo juraré que juren los príncipes que en el repartir de las mercedes si yerran no yerran porque querrían errar, pero no podré negar que gravemente yerran en no se querer informar, y si se informan valdría más no se informar; porque nunca al príncipe dará sano consejo el que pretiende en el consejo algún interesse proprio. Todo el bien de los príncipes está en saber elegir lo mejor de las prosperidades y lo más seguro de las adversidades, y saber repartir las mercedes entre los buenos, y en este caso deven los príncipes tener más consideración a los que le han hecho muy buenos servicios que no a las muchas importunidades de privados, porque de otra manera agradecería la merced al criado que la procuró y no al príncipe que la dio. Todo esto que dezimos no presta más de persuadir que, pues el príncipe es señor de todos, es mucha razón esté informado del estado y condición de todos, porque de otra manera a cada passo le engañarán mil maliciosos que ay en la república. Concluyendo, torno a dezir que si el príncipe no es informado de la vida de todos, la corteza se le fará substancia; el hueso, cañada; el salvado, harina; la escoria, oro; la paja, grano; las hezes, vino; la hiel, miel. Quiero dezir que, al tiempo de repartir las mercedes, pensando de dar en el blanco desarmará en el terrero.

CAPÍTULO XXXVIII

De la gran fiesta que celebravan los romanos al dios Jano el primero día de enero, y de

una gran largueza que hizo el Emperador Marco Aurelio en el día de aquella fiesta, y que los príncipes virtuosos tienen necesidad de ser muy sufridos quando saben que son murmurados, y que es de tener gran compasión a los príncipes, porque si son malos están en desgracia de los buenos, y si son buenos luego son murmurados de los malos.

Entre las fiestas celebérrimas que inventaron los antiguos romanos fue una la fiesta del dios Jano, y ésta celebrábanla el primero día del año que agora es en el mes de enero; porque los ebreos començavan su año en principio de março y los romanos començavan el año el primero día de enero. A este dios Jano pintavan los romanos con dos caras para demostrar que era fin del año passado y principio del año presente. A este dios Jano estava dedicado un templo sumptuosíssimo en la ciudad de Roma, y llamábanle el templo de paz, y era tenido en muy gran reverencia, y ofrecíanle muchos sacrificios todos los ciudadanos romanos, a causa que los guardasse de sus enemigos; porque no ay gente a quien aya tan prósperamente sucedido la guerra, que no se ovieran mejor hallado con paz. Quando los emperadores romanos yvan a la guerra o venían de la guerra, lo primero visitavan el templo de Júpiter, lo segundo el templo de las vírgines vestales, lo tercero el templo de Jano; porque era ley en Roma que el emperador lo último que visitasse a la partida fuesse el templo de Júpiter, y a la buelta lo primero que visitasse fuesse el templo de Jano. Y sepan aquí los curiosos y amigos de antigüedades que a los emperadores quando yvan a la guerra en el templo de las vírgines vestales les echavan la muça sobre los ombros, y en el templo de Júpiter le besavan el pie los senadores, y en el templo de Jano le besavan las muñecas los cónsules; porque desde el tiempo que el cruel Silla mató a tres mill vezinos que le besavan la mano derecha, jamás le besaron más las manos a ningún emperador de Roma. Pues si los emperadores gentiles no salían de Roma sin visitar los templos malditos, ni tornavan a Roma sin primero tomar la bendición de aquellos dioses descomulgados, mucho mejor deven hazer esto los príncipes christianos, los quales saben que sus templos son al Dios verdadero consagrados y están dedicados a los oficios divinos; porque el príncipe que, olvidado Dios, encomienda sus hechos a los hombres, él verá cómo sus negocios se expiden como por manos de hombres.

Prosiguiendo, pues, el propósito, el día que se celebrava la fiesta del dios Jano holgavan en todos los barrios de Roma, porque las fiestas de Mars, de Júpiter, de Jano, de Venus, de Verecinta holgavan en toda Roma, y las fiestas de los otros dioses como eran muchos holgábanse por barrios. Vestíanse los romanos aquel día sus mejores ropas, porque tenían en costumbre que el romano que no tuviesse vestidura diferenciada para honrar la fiesta, o se avía de salir aquel día de Roma o estarse encerrado en casa. Ponían aquel día muchas luminarias encima las casas, y encendían a las puertas muchas hogueras, y hazían muchas farsas los pantomimos y muchos juegos los juglares, porque las fiestas de los hombres vanos más son para regozijar sus cuerpos que no para reformar sus espíritus. Velavan toda la noche en los templos, soltavan aquel día a todos los presos que por deudas estavan presos, y del erario público eran las deudas pagadas, y sin esto tenían por costumbre en Roma que a todos los patricios que venían a pobreza los sustentavan de los bienes de la república. Tenían aquel día puestas mesas de comer a las puertas con muy gran abundancia de manjares, de manera que avía de valer más lo que sobrasse que no lo que se gastasse; porque los hombres vanos en los semejantes regozijos más loan lo que se desperdicia que no lo que aprovecha. Pesquisavan aquel día por todos los pobres, para

que de todas cosas fuesen muy proveýdos; porque era ley entre los antiguos que ninguno osasse hazer fiesta en público sin que primero proveyese a todos los pobres de su barrio. Pensavan los romanos que si en aquel día gastassen con mucha largueza, el dios Jano, que era dios de los temporales, los sacaría de toda penuria, diciendo que el dios Jano es dios muy agradecido, y que si gastassen por él poco, él les daría mucho. Hazíanse muchas processiones en la fiesta del dios Jano, no todos juntos, sino que el Senado yva por sí, los flámines por sí, los censores por sí, los plebeyos por sí, las matronas por sí, y las donzellas por sí, y las vírgines vestales por sí, y todos los embaxadores estrangeros yvan en processión con los captivos. Era costumbre en Roma que aquel día el Emperador se vistiese la toga, que era la insignia imperial, y todos los captivos que le podían tocar con la mano eran libres, y todos los malhechores eran perdonados, y todos los desterrados eran absueltos; porque los príncipes romanos jamás se hallaron en alguna fiesta que no hiziessen algún acto de clemencia o hiziessen merced de alguna notable cosa.

Era en aquel tiempo emperador en Roma Marco Aurelio, marido que fue de la hermosa Faustina, el qual un día en la fiesta de Jano dexada la processión de los senadores, sin llevar guarda consigo metióse en la processión de los cativos, los cuales fácilmente le tocaron la ropa, y assí fácilmente alcançaron la libertad por ellos muy desseada. Digo muy desseada porque, a la verdad, el hombre que está cativo de muy pocas cosas tiene contentamiento. Y porque no ay cosa buena hecha por algún bueno que luego no sea contrariada de otro malo, fue aquel hecho tan retraýdo de los malos quanto fue alabado de los buenos; porque no ay cosa de buena obra que no la cerque la espina de alguna intención mala. De una cosa he visto larga experiencia en esta mísera vida, conviene a saber: que assí como entre los buenos se señala uno por bueno, assí entre los malos se señala uno por malo, y lo peor que hallo en esto es que no tiene tanta gloria el virtuoso de la virtud quanta desvergüença tiene el malicioso de su maldad; porque naturalmente la virtud haze al hombre recogido y el vicio torna al hombre dissoluto. Esto se dize porque en el Senado de Roma avía un senador por nombre Fulvio, el qual era muy blanco por las canas y muy obscuro por las malicias, de manera que por la ancianidad era honrado en Roma de muchos y por la malicia era en el Imperio aborrescido de todos. Trabajava este senador Fulvio en los tiempos de Adriano a suceder en el Imperio, y a esta causa siempre tuvo por competidor a Marco Aurelio, y doquiera que se hallava siempre hablava dél como de enemigo; porque el corazón toxicado de embidia no puede consigo dezir aun una palabra. Estava tan lastimado este senador de ver que Marco Aurelio siendo moço, y él siendo viejo, le avía llevado el Imperio, que jamás hazía Marco cosa buena en público que no la desfiziesse y anichilasse él en secreto; porque natural cosa es a los que tienen dañadas las entrañas por ocasión de muy pequeñas cosas derramar sus malicias.

Muchas vezes me paro a pensar cuál es mayor, la obligación que tienen los buenos a contradezir el mal o la osadía que tienen los malos para contradezir el bien; porque no ay bestia en el mundo tan osada como el malo después que a las gentes pierde la vergüença. Oxalá y pluguiesse a Dios fuesse tanta la liga y esfuerço de los buenos en las cosas buenas, como es la hermandad y desvergüença de los malos en las cosas de maldad; porque un virtuoso para una obra de virtud no aya quien ge la ayude a obrar, y después que la ha obrado bien tiene mil a se la contradezir. Querría que todos los que leéys en esta escriptura encomendássedes mucho a la memoria esta palabra, y es que en los malos el

summo mal de sus maldades es quando, olvidados de ser hombres y acoceada la razón, a la verdad y a los virtuosos van a la mano, y del todo afloxan las riendas al vicio; porque si es malo ser uno malo, muy peor es no querer que sea otro bueno. Aviso a los príncipes y a los grandes señores, que en haziendo alguna obra virtuosa no les ha de faltar quien diga que es mal hecha, y si han menester esfuerço para ser virtuosos, tienen necessidad de paciencia para sufrir a los hombres malignos; porque el corazón generoso más siente la envidia agena que no el sudor que sudó su carne flaca. No se deven espantar los príncipes y grandes señores aunque les digan que de sus buenas obras son murmurados, que al fin al fin son hombres y tratan con hombres, y no pueden escaparse de las miserias de los hombres; porque jamás uvo príncipe en el mundo tan exento que con lenguas de malos no fuesse açotado. Por cierto, es de tener gran compassión a los príncipes, agora sean buenos, ora sean malos; porque si son malos, están en enemistad de todos los buenos; y si son buenos, luego son retraydos y murmurados de todos los malos. El Emperador Octavio fue muy virtuoso y fue de émulos muy perseguido, y como le dixessen que por qué sufría haziendo bien a todos ser murmurado de muchos, respondió: «Mirad, amigos, quien libertó a Roma de los enemigos, también libertó las lenguas de los hombres malos; porque no es justo se loen de libertad las piedras y se quexen las lenguas que están atadas.» De verdad que este buen Emperador Octavio se mostró en estas palabras príncipe de corazón generoso, y que de las superfluas murmuraciones de los malos tenía poco cuydado, como a la verdad no lo ha de tener el hombre virtuoso; porque regla general es que los vicios siempre paren defensores y las virtudes siempre crían émulos. En el libro *De legibus* dezía el divino Platón (y dezía bien) que los malos siempre son dobladamente malos, porque traen armas defensivas para defender sus males propios y traen armas ofensivas para ofender los bienes agenos. Deven los hombres virtuosos velar mucho por buscar a los buenos y dévense mucho desvelar por guardarse de los malos; porque un hombre bueno con un dedo puede mandar a todos los virtuosos, y para guardarse de un solo malo ha menester pies y manos y amigos. Dezía Temísthocles, el thebano, que no sentía él otro mayor trabajo en el mundo que su honra propria dependiesse de parescer ageno; porque rezio caso es la vida y honra de un bueno esté a medida de la lengua de un malo. Assí como en la fragua las prunas ignitas no pueden estar sin centellear, ni lo corrupto puede estar en los muladares sin heder, assí el que tiene las entrañas sanas prorumpe en palabras amorosas y el que tiene las entrañas dañadas sobresale en palabras lastimosas; porque si de hornija podrida arde el fuego, es impossible ser el humo claro. En los amores profanos, poco tiempo el amor del enamorado se puede refrenar; quiero dezir que mucho menos tiempo la passión del corazón apassionado se puede asconder, porque los sospiros son los que hazen alarde del corazón lastimado y las palabras son las que descubren al hombre malicioso.

Dize Pulio, libro i *De Cesaribus*, que Marco Aurelio el Emperador era virtuoso en el obrar, sabio en el conoser, justo en el sentenciar y zeloso en el castigar, pero sobre todo era muy prudente en el dissimular, y en esto era él muy cuerdo; porque hombre bien sufrido jamás fue sino bien librado. Con el sufrimiento y cordura vemos que de negocios malos se hazen razonables, y de razonables se tornan buenos, y de buenos se tornan muy buenos. Por el contrario contesce en los que sobresalen más de lo que es menester; porque hombre que no es bien sufrido, aun en las cosas muy justas no se espere buen tratamiento. Muchas vezes solía dezir Marco Aurelio el Emperador: «Julio César alcançó

el Imperio con la lança, Augusto fue emperador por erencia, Calígula lo alcançó porque su padre venció a Germania, Nero sostuvo el Imperio con tyranía, Tito fue emperador porque sojuzgó a Judea, el buen Trajano alcançó el Imperio por su esfuerzo y nobleza; pero yo no alcance el Imperio sino por sola paciencia, porque mayor excelencia es sufrir las injurias de los maliciosos que no disputar en las achademies con los sabios.» Y dezía más este buen emperador: «En la governación del Imperio mucho más me ha aprovechado la paciencia que no la sciencia; porque la sciencia aprovecha sólo para descanso de la persona, mas la paciencia aprovecha a la persona y a la república.» Julio Capitolino dize que el Emperador Antonio Pío fue príncipe muy sufrido, en tanta manera que muchas vezes estando en el Senado veía a los que le amavan y otros que con el pueblo le rebolvían, y era tanta su templança que ni los amigos por el desagradescimiento quedavan tristes ni los enemigos por algún disfavor quedavan quexosos.

Queriendo, pues, en este capítulo juntar el fin con el principio, digo que como el Emperador Marco Aurelio se metió entre los captivos, y este hecho romano fuesse por todos loado, aquel senador Fulvio no pudo tener prudencia para sufrirlo y dixo al emperador estas palabras, medio burlando: «Señor Emperador, maravillado estoy; ¿por qué te das a todos, como la reputación de los emperadores no se pueda conservar sino siendo esquivos?» Oýdo por Marco lo que en presencia de todos le dixo el senador Fulvio, tuvo muy gran sufrimiento y con un rostro alegre dixo: «La demanda que oy me pone el senador Fulvio quédese para mañana, porque será más madura mi respuesta y estará más mansa su cólera.» Venido, pues, otro día al Senado en el Capitolio, según lo dize Pulio en la *Vida de Marco*, este buen emperador en presencia de todos dixo estas palabras.

CAPÍTULO XXXIX

De la respuesta que dio Marco Aurelio Emperador al senador Fulvio delante todo el Senado porque le avía motejado que por ser tan amigable a todos no guardava la autoridad de los emperadores graves; y de cómo este buen Emperador en su respuesta dize que los príncipes pierden mucho por ser esquivos y ganan mucho en ser bien acondicionados; y que tales han de ser los reyes y grandes señores, que aya quien ruegue a Dios por su vida, y aya quien después de la muerte tenga dellos memoria.

«Padres Conscriptos y Sacro Senado, no quise responder ayer a lo que me dixo el senador Fulvio, lo uno que como nos detuvimos en los sacrificios era tarde, y lo otro que para responder a sus palabras me parecía temprano; porque señal es de poca sabiduría y de mucha locura el hombre que a cada pregunta luego da respuesta. La licencia que tienen los simples de preguntar, de aquella licencia están privados los sabios para responder; porque la pregunta procede de ignorancia, mas la respuesta ha de proceder de cordura. Buenos estavan los hombres sabios si a todas las cosas oviessen de satisfacer y responder a los hombres simples y maliciosos (los quales muchas vezes preguntan más para lastimar que para aprovechar, más para tentar que para saber), y las tales preguntas deven los hombres cuerdos con dissimulación passarlas; porque los sabios y prudentes deven tener las orejas muy abiertas para oír y deven tener las lenguas muy cerradas para callar.

Hágoos saber, Padres Conscriptos y Sacro Senado, que yo deprendí esto poco que sé en Rodas, en Partínuples, en Capua, en Tharanto, y todos mis preceptores me dezían que éste era el fin de andar los hombres por los estudios sólo para saberse valer entre los hombres maliciosos y descomedidos; porque no aprovecha para otra cosa deprender sciencia sino para tener la vida corregida y para tener la lengua muy encerrada. Las cosas que oy dixere en este Sacro Senado, protesto que no las digo por odio ni malquerencia, sino sólo por satisfazer a lo que toca a la autoridad de mi persona; porque las cosas de la honra hanse primero de satisfazer por palabra y después vengarse por la lança.

Veniendo, pues, al propósito, y dirigiendo las palabras a ti, el cónsul Fulvio, a lo que me preguntas que por qué me doy a todos a esto respondo que por esso me doy a todos porque todos se den a mí. Bien sabes tú, Fulvio, que yo he sido cónsul como tú, y tú no has sido emperador como yo; pues créeme en este caso, que de ser el príncipe sacudido y desamorado vienen a tenerle poco amor en el pueblo. Ni lo quieren los dioses, ni lo permiten las leyes, ni lo sufre de grado la república que los príncipes sean señores de muchos y no se comuniquen sino con pocos; porque de ser los príncipes muy comunicables en la vida vinieron los antiguos a hazerlos dioses después de la muerte. El pescador cossario para pescar diversos peces en el río no se va con un cebo solo, y para pescar en la mar brava no se va el marinero con una red sola. Quiero dezir que las voluntades profundas que están en los profundos coraçones a unos dándoles dones, a otros diziéndoles dulces palabras, a estos con buenas promessas, a aquéllos con ciertas esperanças se los hemos de ganar; porque los buenos príncipes más han de trabajar por ganar los coraçones de sus súbditos que no por conquistar los reynos estraños. Los coraçones avaros y cobdiciosos no tienen passión porque les cierran las entrañas con tal que les abran las arcas, pero los hombres generosos y valerosos en poco tienen que les cierran los thesoros de las arcas con tal que en sus amigos hallen las entrañas abiertas; porque jamás se puede pagar el amor si no se paga con otro amor. Los príncipes y grandes señores, como son señores de muchos, forçados son servirse de muchos; y, serviéndose de muchos, están obligados a satisfazer a muchos; y esto assí en general como en particular no pueden descargar con sus servidores, porque no menos es obligado el príncipe de pagar el servicio a su criado que el padre de las compañías el jornal al jornalero. Pues si esto es verdad como es verdad, ¿qué harán los tristes de los príncipes que tienen muchos reynos, y teniendo muchos reynos tienen muchos cargos, y para satisfazer aquellos cargos tienen pocos dineros? En este caso haga cada uno lo que mandare y tome el consejo que le pluguiere, que yo aconsejaría a los otros lo que he experimentado en mí, y es que el príncipe sea de tan buena conversación con los suyos, y sea tan afable y comunicable con todos, que con sola su dulce conversación se den todos por bien pagados; porque los príncipes con las mercedes solamente pagan los servicios a sus servidores, pero con las buenas palabras pagan los servicios y roban los coraçones. Vemos por experiencia que muchos merchantes más quieren comprar caro de una tienda porque el mercader es gracioso, que no comprar barato de otra tienda porque el vendedor es dessabrido. Quiero dezir que ay muchos que quieren más servir a un príncipe de balde que no a otro príncipe por dinero, porque no ay servicio tan mal empleado como el que se haze al hombre dessabrido y desconocido.

Jamás faltan en las casas de los príncipes hombres malignos y bulliciosos, los cuales imponen a sus señores cómo aumentarán las rentas, echarán tributos y impondrán empréstitos, y no ay uno que les diga cómo ganarán las voluntades de sus súbditos, pues saben que es más necessario que estén bienquistos que no que sean muy ricos. Aleve es a su príncipe el que le acarrea mucho thesoro y con esto le aparta del amor de su pueblo. Mucho deven trabajar los señores de ser tan conversables con sus súbditos, que amen más por voluntad servirlos, que no por el pago de sus dineros; ca, faltándoles dineros, luego cessan los servicios y suceden mil descontentamientos, lo qual no es en los voluntariosos servidores; porque el que de corazón ama ni en la prosperidad se ensobervesce, ni en la adversidad se retrae, ni en la pobreza se quexa, ni en el disfavor se descontenta, ni en la persecución se desmaya; finalmente el amor y la vida no han fin hasta la sepultura. Por experiencia vemos que vale más la grangería de los pobres labradores de Sicilia que no los dineros de los escuderos de Roma, porque el labrador cada vez que va al campo saca provecho y el escudero cada vez que sale a la plaça buelve sin dinero. Por esta comparación quiero dezir que la grangería de los príncipes ha de ser que sean afables, sean comunicables, sean mansos, sean piadosos, sean benignos, sean generosos y, sobre todo, sean muy amorosos, para que sepan que con esto y no con dineros se ganan los corazones de sus súbditos; porque a un príncipe esle muy enojoso y aun peligroso querer las voluntades de sus criados ganar por dinero. Deven los príncipes trabajar de ser bienquistos, siquiera porque hallen quien les ayude a sentir sus infortunios, lo qual no es en los príncipes malquistos, ca todos se huelgan de sus trabajos; porque a la verdad el corazón que tiene pena mucho descansa en ver que otros tienen dél lástima. Deven assimismo los príncipes trabajar de ser bienquistos porque en la muerte sean de sus criados y amigos llorados; porque tales deven ser los príncipes que aya quien a los dioses ruegue por su vida y aya quien después de su muerte los tenga en la memoria.

¡O!, quán mal fortunado es el príncipe y quán desdichada es la república en la qual el pueblo no sirve al señor sino por las mercedes y el señor no los ama ni los defiende sino por los servicios; porque jamás entre los hombres el amor es fixo quando anda algún interesse de por medio. De muchas piedras y de una clave que está sobre todas se fabrica el edificio, y de muchos pueblos y de un príncipe que es mayor que todos se compone la república; porque no se puede llamar príncipe el que no tiene república, y no se puede llamar república la que no tiene príncipe, que es la cabeça. Si geometría no me engaña, la cal que junta piedra con piedra súfrese que sea mezclada con arena, mas la piedra que cierra la bóveda ha de ser con cal viva; y esto con razón, porque apartándose las piedras ábrese la pared, mas cayéndose la clave perece el edificio. De buena razón el que fuere sabio sin más dezir me avría entendido, pero todavía aplicaré la comparación a mi propósito. El amor entre vezino y vezino bien se sufre que sea aguado, pero el amor del príncipe con su pueblo requiérese que sea puro. Quiero dezir que el amor entre los amigos bien puede passar por algún tiempo, aunque sea tibio, pero el amor entre el rey y su pueblo corre muy gran peligro si no es amor verdadero; porque do ay amor perfecto no ay palabra ni servicio fingido. Muchas passiones en los barrios de Roma vi ser atajadas en un día, y sola una que se levantava entre el señor y la república hasta la muerte no la veyá concluyda; porque muy trabajosa cosa es concertar a uno con muchos y a muchos con uno. En este caso, que es ser los unos sobervios y ser los otros rebeldes, ni quiero salvar a los príncipes, ni dexar de condenar a los pueblos, porque al fin el que hallaremos

de ellos más salvo, merescerá ser bien reprehendido. ¿De dó pensáys que vienen oy los señores con enojo mandar cosas injustas y a los súbditos no les obedecer aun en las cosas justas? Pues oýd, que yo os lo diré. El señor haziendo de hecho y no de derecho quiere fundir las voluntades de todos en el crisol de su juyzio, y sacar de sí y de todos un solo parecer y querer; porque los señores assí como pueden más que todos, assí piensan que saben más que todos. Lo contrario acontece en los súbditos, los quales tocados de una no sé qué frenesí, desplomando el buen juyzio de su señor, quieren que su príncipe quiera no lo que él quiere para todos, sino lo que cada uno dessea para sí; porque son oy los hombres tan vanos y tan locos, que cada uno piensa que en él solo ha de poner el príncipe los ojos. Por cierto, grave cosa es (aunque muy usada) querer uno que le vengan las vestiduras de todos, y tan terrible es querer todos les armen las armas de uno. Pero ¿qué haremos, Padres Conscriptos y Sacro Senado, que con esta locura nos dexaron el mundo nuestros padres, y con esta porfía le tenemos nosotros sus hijos, y con esta pertinacia le dexaremos a nuestros herederos?

¡O!, cuántos príncipes de mis antepassados he leýdo y oýdo averse perdido sólo por ser çahareños y despegados, y de ninguno he leýdo ni oýdo averse perdido por ser comunicable y amoroso. Quiero dezir algunos exemplos que he leýdo en mis libros porque vean los señores qué ganan en la buena conversación y qué pierden en la mucha estrañeza. El reyno de los siciomios fue mayor en armas que no el de los caldeos, y fue menor en antigüedad que no el de los assirios, y en este reyno uvo una debastía que llaman ellos un linaje de reyes, la qual les duró ccxxv años porque todos aquellos reyes fueron de loable conversación, y otra debastía no duró sino quarenta y tres años porque aquellos príncipes salieron hombres de mala condición. Los reyes muy antiguos como gozaron de la paz que los modernos carecemos, y ygnoraron las guerras que agora tenemos, siempre fueron amigos de buscar reyes que fuessen antes de buena conversación para la república que no esforçados ni bulliciosos para la guerra.

Según dize Homero en su *Yllíada*, los muy antiguos egypcios llamavan a sus reyes epíphanos, y tenían por costumbre que sus epíphanos entrassen siempre en los templos de los dioses descalços y, como un epíphano mal acondicionado entrasse en el templo calçado, luego del reyno fue privado y en su lugar otro elegido. Pondera allí Homero que aquel rey era superbo y mal acondicionado, y los egypcios por esto le privaron del reyno tomando por ocasión que no avía entrado en el templo del dios a pies descalços; porque a la verdad quando los señores son malquistos, con pequeña ocasión se les levantan los pueblos. Dize el mismo Homero que los indómitos parthos llamavan a sus reyes arsácidos, y que el sexto arsácida fue del reyno privado y aun desterrado no por más sino que, siendo presuntuoso, combidóse a las bodas de un cavallero y no quiso yr siendo combidado a las bodas de un pobre plebeyo.

Dize Cicerón en sus *Tosculanas* que en los siglos passados mucho persuadían los pueblos a sus príncipes para que comunicassen con los pobres y se apartassen de los ricos; porque con los pobres deprenen los príncipes a ser piadosos y con los ricos no deprenen sino a ser regalados. Bien sabéys, Padres Conscriptos, cómo esta nuestra tierra primero se llamó la gran Grecia, después se llamó Lacia, después se llamó Italia, y en el tiempo que era de los lacios llamavan a sus reyes murranos, y de verdad que si tuvieron los términos de la

tierra estrechos, a lo menos tuvieron muy grandes los ánimos. Dizen los annales de aquellos tiempos que al tercero Silvio suscedió un murrano, el qual era superbo, ambicioso y mal acondicionado, en tanta manera que por el temor de los populares dormía siempre encerrado, y a esta causa le privaron del reyno; porque dezían los antiguos que el rey a ninguna hora de la noche ni del día ha de tener a sus súbditos la puerta cerrada.

Tarquino, que fue último rey de los primeros siete reyes romanos, fue muy ingrato a su suegro, fue infame a su sangre, fue traydor a su patria, fue cruel a su persona y cometió adulterio con Lucrecia, pero no le llaman ingrato, ni infame, ni cruel, ni traydor, ni adúltero, sino Tarquino el Superbo sólo por aver sido mal acondicionado. A ley de bueno vos juro, Padres Conscriptos, que si el triste de Tarquino en Roma fuera bienquisto, por el adulterio de Lucrecia nunca él del reyno fuera privado; porque al fin si cada liviandad de moço fuesse por entero castigada, en muy breve espacio no avría república. Otras maldades y atrevimientos antes de Tarquino y después de Tarquino se cometieron por emperadores viejos en el Imperio Romano, las quales eran tales que hazían muy pequeñas las de aquel moço liviano; porque a la verdad, tanteando la poca edad de los unos y la mucha experiencia de los otros, la mayor culpa que comete el moço no es sino un contrapeso de la menor culpa que comete el viejo.

Julio César, último ditador y primero Emperador, siendo loable costumbre el Senado saludar al emperador de rodillas y el emperador levantarse a ellos y a sus medidas, por no querer de presumptuoso guardar esta cerimonia con xxiii puñaladas le quitaron la vida. Thiberio fue emperador y infámanle de borracho; Calígula fue emperador y acúsanle cometer con sus hermanas maleficio; Nero fue emperador y mató a su madre y a Séneca, su maestro, y por esto alcanzó renombre de cruel para siempre en Roma; Sergio Galva fue emperador y muy vorace, en que de una assentada hizo gastar siete mil aves en una cena; Domiciano fue emperador y de todas las maldades y tacañerías fue muy notado, porque las maldades que estavan derramadas por cada uno se hallavan juntas en Domiciano solo. Todos estos míseros príncipes al cabo fueron arrastrados, empozados, ahorcados y degollados. Yo vos juro, Padres Conscriptos, que no fueron ellos muertos por aquellos vicios, sino porque fueron superbos y mal acondicionados; porque al fin al fin el príncipe con solo un vicio no puede hazer mucho daño en el pueblo, pero con la estrañeza y condición mala destruye a la república.

Ténganse por dicho los grandes señores que, si dan muchas ocasiones para mal los querer, después una muy pequeña abasta a sus súbditos para ge lo mostrar; porque el señor, si no muestra su odio, es por no querer; pero el vassallo, si no venga su corazón, es por no poder. Creedme, Padres Conscriptos y Sacro Senado, que assí como los médicos con poco ruybarbo purgan muchos umores de los cuerpos, assí los príncipes sabios con muy pequeña benivolencia de las entrañas de sus súbditos quitan mucha carcoma. Para estar bien concertados los miembros con su cabeça, a mí parece que el pueblo deve a su príncipe obediencia y a sus mandamientos, y acatamiento a su persona, y el buen príncipe deve tener igual la justicia con todos y dulce conversación con cada uno. ¡O!, bienaventurada república en la qual el príncipe halla obediencia en los pueblos, y los pueblos hallan amor en el príncipe; porque del amor del señor nace la obediencia en el

súbdito y de la obediencia del vassallo nasce el amor en el señor. El emperador en Roma es como la araña en medio de la tela, do si un extremo de aguja toca a un extremo de la tela, por passito que sea luego lo siente el araña. Quiero dezir que todas las obras que haze el emperador en Roma, luego son publicadas en toda la tierra; porque al fin al fin los príncipes como están en el miradero de todos, muy mal pueden encubrir sus vicios.

Bien veo, Padres Conscriptos, que oy he sido juzgado de malicia umana por aver acompañado a la processión de los captivos; y me dexé tocar dellos porque gozassen del privilegio no de ser jamás captivos; y en este caso yo doy gracias a los inmortales dioses porque me hizieron emperador piadoso para soltar los presos y no me hizieron crudo tyrano para prender los libres. Como dize el proverbio que de un tyro se matan dos páxaros, assí fue ayer en este caso; porque el beneficio fue para estos míseros captivos, pero el favor fue para todos los reynos estraños. ¿Y no sabéys que el buen príncipe y virtuoso quando quita los hierros de los pies de los captivos, que los echa a los coraçones de sus tierras y reynos? Concluyendo, digo que es más seguro a los príncipes y aun más provechoso a la república servirse en sus casas de coraçones libres con amor que no de vassallos aherrojados con temor.»

CAPÍTULO XL

De una carta que embió Marco Aurelio Emperador a Pulión, su amigo, en la qual reprehende a los romanos los quales querían que sus emperadores fuessen cortos en el escrevir, y por otra parte dissimulavan si eran largos en el robar; y que la vida del príncipe no es sino un relox que concierta a toda la república; y de quién fue Periandro el tyrano, y de los epigramas que puso en su sepultura, y de las leyes buenas que hizo; y de cómo fueron muy varios los fines en que los antiguos pusieron su bienaventurança.

Marco, Emperador romano, tribuno del pueblo, pontífice magno, cónsul segundo, padre de la patria, monarca de toda la monarchía; a ti, Pulión, su amigo antiguo, buenos hados contra la siniestra fortuna te dessea.

La carta que me embiaste desde Capua recibí aquí, en Bithinia, y, si la escreviste con buen coraçón, yo la leý con buenos ojos, de lo qual debes tú estar muy contento; porque antiguo dicho es del Homero que aquello que con buenos ojos se mira, con dulce coraçón se ama. En fe de los inmortales dioses te protesto que no te escribo como emperador romano, que es como suele escrevir el señor al siervo, ca desta manera avíate de escrevir muy breve y muy de propósito, lo qual no conviene hazerse con el peculiar amigo; porque las cartas de hombres pesados nunca avían de començar y las cartas de nuestros amigos nunca se avían de acabar. Escrívome, mi Pulión, como a un particular amigo, como a un antiguo compañero, como aquél que es de mis desseos fiel secretario, en cuya conversación jamás tomé pesadumbre, y en cuya boca nunca hallé mentira, y en cuya promessa jamás sentí falta; y, esto siendo, pues, como es assí, trayción cometería yo en ley de amicia si de mis entrañas te ascondiesse alguna cosa; porque todo lo que está represado en el coraçón lastimado no ha de ser sino para comunicarlo con el buen amigo. ¿Piensas tú, Pulión, que un emperador romano que tiene poco trabajo en escrevir como

emperador, en hablar como emperador, en andar como emperador, en comer como emperador, finalmente estar de propósito como emperador? Y desto no me maravillo, porque a la verdad la vida del emperador virtuoso no es sino un reloj que concierta o desconcierta al pueblo. De lo que yo me maravillo es de la locura de Roma, de la vanidad de la república, en que dizen todos que el príncipe, para que sea grave y del pueblo muy estimado, ha de andar muy passo, ha de hablar muy poco, ha de escrevir muy breve, de manera que en escrevir cartas le quieren corto y en conquistar reynos estraños no le reprehenden que sea largo. Los hombres sabios deven dessear que sus príncipes tengan la condición mansa porque no decline a tyranía; y tengan la intención buena para hazer a todos igual la justicia; tengan los pensamientos buenos para no dessear reynos ajenos; tengan el coraçón limpio para que no esté apassionado; tengan las entrañas sanas para perdonar las injurias; tengan amor a los suyos para servirse dellos; tengan conocimiento de los buenos para honrarlos; tengan noticia de los malos para resistirlos; que en lo demás poco nos va que el rey ande rezio, que coma mucho, que escriba breve; porque no está el daño en los defectos que ay en su persona, sino en el descuydo que tiene de su república.

Gran consolación recibí, mi Pulión, con tu letra; mayor la recibiera con tu presencia, porque las cartas de los amigos antiguos no son sino un despertador de los tiempos passados. Mucho gozo es al mareante de hablar del peligro en el puerto; al caçador, hablar del frío que ha passado estando al fuego; al caminante, fablar del camino quando está ya en reposo; al capitán, hablar de la batalla en el día del triumpho. Quiero dezir que es un gozo sobre todos los gozos los que se veen prósperos y fueron viejos amigos hablar de los acérrimos trabajos que passaron quando eran moços. Créeme una cosa, y no dudes en ella, que no ay hombre que sepa fablar, ni sepa poseer, ni sepa conocer, ni sepa gozar, ni sepa conservar los bienes que le dieron los dioses sino aquél que le costaron muchos trabajos; porque muy de coraçón amamos aquello que con nuestro puro sudor alcançamos. Pregúntote una cosa: ¿quién deve más a los dioses, o quién es más estimado entre los hombres: Trajano el justo, criado en todas las guerras de Dacia, Germania y España, o Nero el cruel, criado en todos los plazer y regalos de Roma? Por cierto, él uno no fue sino entre las espinas rosa y el otro no fue sino entre las flores hortiga. Esto digo porque el buen Trajano en todos los siglos advenideros a todos olerá la rosa de su vida, y Nero el cruel a todos los advenideros hará ronchas con la hortiga de su infamia. No digo todos porque muchos son que fueron buenos, pero por la mayor parte los príncipes que fueron criados en regalo cada uno dio mal recaudo de su reyno; porque como no han experimentado en sí qué cosa es trabajo proprio, descuýdase y tienen en poco el trabajo ajeno.

No quiero, mi Pulión, que pienses ya te tengo olvidado después que los dioses me subieron al Imperio, porque si entrambos subimos el rebentón de la mocedad, yo quiero que juntos descansemos en lo llano de la vejez. Bien me acuerdo que tú y yo barbechávamos en Rodas por las letras, y después sembramos en Capua por las armas; plugo a los dioses que las miesses de mi fortuna madurassen aquí en Roma, y a ti y a otros mejores que no yo no quiso dar la fortuna ni sola una espiga. No doy licencia que tu pensamiento esté de mí sospechoso, pues en mi coraçón estás pregonado de fiel amigo, porque si la variable fortuna fió de mí que yo le vendimiasse su viña, créeme que no te faltará en mi casa una buena rebusca. Nunca los dioses justos lo manden, ni mis tristes

hados lo permitan, que hallando yo veynte años tus puertas abiertas, hallases tú un momento mis entrañas cerradas. Después que a la cumbre del Imperio me truxeron mis hados, dos cosas he mucho tenido delante los ojos, conviene a saber: no me vengar de mis enemigos, ni ser ingrato a mis amigos; porque ruego a los dioses que, si con ingratitud ha de ser infamada mi fama, antes con olvido sea en la sepultura enterrada mi vida. Ofrezca un hombre quantos sacrificios quisiere a los dioses, haga quantos servicios pudiere a los hombres, que el amigo que fuere ingrato amigo, en todo y de todos merece ser reprochado. Porque veas, mi Pulión, los amigos antiguos en cuánto han de ser tenidos, quíerote contar un exemplo de un philósopho, del qual no recibirás pena en oýrlo.

Cuentan las muy antiguas historias de los griegos que entre los siete sabios de Grecia fue uno que llamaron Periandro, el qual fue príncipe y gobernador mucho tiempo, y concurrió en él tanta biveza de ingenio por una parte, y tanta cobdicia de los bienes deste mundo por otra, que dudan los historiadores cuál fue mayor: o la filosofía con que doctrinava en la Academia, o la tiranía con que robava la república; porque a la verdad la sciencia que no está sobre verdad fundada mucho daña a la persona. En el año segundo de mi imperio estuve en la ciudad de Corintho, y allí vi la sepultura do estaban los huessos de Periandro, en torno de la qual sepultura de letras griegas y antiguas estava este epigrama.

Aquí cabe Periandro en esta estrecha sepultura, cuya tyranía no cabía en toda la gran Grecia.

Aquí yaze Periandro, muerto do comen sus carnes los gusanos, el qual biviendo comía los bienes de los huérfanos.

Aquí yaze Periandro el tyrano, el qual vivió en perjuyzio de muchos y murió en provecho de todos.

Aquí yaze Periandro el tyrano, cuya vida quitó muchas vidas, cuya muerte escusó muchas muertes.

Aquí yaze Periandro el tyrano, cuya vida fue derramar sangre de pobres y cuyo fin fue aprovecharse de sudores ajenos.

Aquí yaze Periandro el corintho, el qual en las leyes que ordenó se mostró justo y en no guardar ninguna se mostró tyrano.

Aquí yaze Periandro el tyrano, el qual en ochenta años acabó su tyranía y para siempre durará en Corintho su infamia.

Más letras avía en la sepultura, sino que como la sepultura estava en un campo sola, las muchas aguas la tenían gastada, de manera que con mucha pena se leya la letra. Y a la verdad ella era antigua y en su tiempo devía ser sumptuosa cosa, pero el mal reparo la tenía perdida. Y no es de maravillar, porque al fin al fin es tan poderoso el tiempo largo, que a los hombres famosos pone en olvido y a los superbos edificios derrueca por el

suelo. Si quieres saber, mi Pulión, en qué tiempo fue este filósofo tyrano, hágote saber que quando Cathania famosa ciudad fue edificada en Cicilia cabe el monte Ethna, y quando Perdica era rey quarto de Macedonia, y quando Cardieca era rey tercero de los medos, y quando Candarol era rey quinto de los libios, y quando Asaradoch era rey ix entre los assirios, y quando era xii rey Merodach entre los caldeos, y quando reynava Numa Pompilio, segundo rey entre los romanos; en los tiempos destos reyes buenos reynava Periandro entre los assirios. Razón es que sepas otra cosa, y es que este Periandro fue tyrano no sólo de hecho pero aun de fama, que no hablaban de otra cosa en toda la Grecia; pero, junto con esto, aunque tuvo malas obras, tuvo buenas palabras, y procurava que las cosas de la república fuessen bien corregidas; porque al fin al fin no ay hombre tan bueno, que no hallen en él qué reprehender, ni ay hombre tan malo, que no vean alguna cosa que loar.

Acuérdome que, siendo yo ni muy viejo ni muy moço, vi una vez al Emperador Trajano, mi señor, cenar en Agripina, y acaso movióse plática de hablar de los buenos y malos príncipes passados, assí griegos como romanos, y todos los que allí estaban loavan mucho al Emperador Octavio, y por contrario vituperavan todos a Nero el cruel; porque antigua costumbre es lisongear a los príncipes presentes y murmurar de los príncipes passados. El buen Emperador Trajano en la mesa quando comía y en el templo quando orava por maravilla le veían hablar palabra; y aquel día, como vio que los unos se extremavan en loar al Emperador Octavio y los otros aplomavan más de lo que era menester en acusar al Emperador Nero, díxoles el buen Trajano:

«Yo huelgo que vosotros loéys al Emperador Octavio, pero pésame que en mi presencia digáys mal del Emperador Nero ni de otro ninguno; porque gran infamia es del príncipe bivo consentir que en su presencia digan mal de ningún príncipe muerto. Por cierto el Emperador Octavio fue muy bueno, pero no me negaréys que no pudiera ser mejor; y el Emperador Nero fue muy malo, pero también pudiera ser peor. Digo esto porque Nero en los primeros cinco años de su imperio fue mejor que todos y en los otros nueve siguientes fue peor que todos, de manera que si ay de qué le vituperar, también ay de qué le loar. Los hombres virtuosos, quando hablan de príncipes muertos delante los príncipes que son bivos, son obligados a loar una sola virtud que tuvieron y no tienen licencia de afear los vicios que le notaron; porque el bueno merece galardón porque para la virtud se haze fuerça, y el malo también merece perdón porque pecó por la flaqueza.»

Todas estas palabras dixo estando yo presente el buen Trajano, y fueron con tanta severidad dichas, que todos los que allí estaban se demudaron las caras, de manera que dende adelante todos tenían refrenadas las lenguas; porque a la verdad no siente tanto el hombre incorregible la disciplina dura como el hombre vergonçoso siente sola una palabra áspera.

He querido contar esto, mi Pulión, para que si Trajano tornó por Nero y falló en él qué loar, no menos pienso lo mismo del tyrano Periandro, al qual si condenamos por las malas obras que hizo, salvarle hemos por las buenas palabras que dixo y por las muy corregidas leyes que hizo; porque en el hombre malo no ay cosa más fácil que aconsejar y no le es cosa más difícil que el bien obrar. Caso que Periandro hizo diversas leyes para la

república de los corinthos, de las muchas no contaré aquí sino muy pocas que son las siguientes:

Ordenamos que, si acaso alguno sobre palabras matare a otro, con tal que no sea por engaño que no muera por ello, sino que le hagan siervo perpetuo del hermano o pariente más propinco; porque menor pena es la muerte breve que no la servidumbre larga.

Ordenamos que, si alguno fuere ladrón cossario no muera por ello, pero con fierros de hierro sea en la frente bien señalado, de manera que sea por tal conocido; porque en los hombres de vergüença mayor mal es la infamia larga que no la vida corta.

Ordenamos que el hombre o muger que en perjuyzio de otro dixere alguna mentira por espacio de un mes entero trayga una piedra en la boca; porque no es razón se suelte en el hablar el que es desenfrenado en el mentir.

Ordenamos que todo hombre o muger que en la república fuere reboltoso, con gran vituperio sea alañado del pueblo; porque imposible es ser ninguno amigo de los dioses siendo enemigo con sus vezinos.

Ordenamos que, si alguno en la república rescibiere algún beneficio de otro y después le provare que fue ingrato de tal beneficio, que en tal caso que muera por ello; porque el hombre ingrato del beneficio no merece bivar en el mundo.

Mira, pues, mi Pulión, esta antigüedad que te he contado, en cómo eran los corinthos tan piadosos con los homicianos, y piadosos con los ladrones cossarios, y por contrario sin más ocasión mandavan matar a los hombres ingratos. Y de verdad a mi parecer los corinthos tenían razón, porque a un hombre cuerdo no ay cosa que assí le haga desacordado como es ver a uno que le es ingrato del beneficio. Toda esta historia de Periandro te he querido contar no por más de que veas y conozcas, pues tanto afeo la ingratitud del beneficio, trabajaré no me noten de ingrato; porque no es virtuoso el que reprehende mucho los vicios, sino el que totalmente se aparta dellos. Ten de mí esta palabra, y sey cierto que no la digo fingida, y es que, aunque soy emperador romano, siempre te seré fiel amigo y presumiré de serte agradecido, ca no tengo por menor gloria conservar un amigo con la prudencia que aver alcançado el Imperio por la philosophía.

Una cosa pides por la letra que me embiaste, a la qual para responderte me veo no en pequeña congoxa, porque quisiera más abrir las arcas para embiarte dineros para tus necessidades que no abrir los libros para responder a tus preguntas. Aunque es a mi costa, yo confieso que tienes razón en esta demanda, y lóote por ello y tórnote mucho a loar; porque al fin al fin más vale procurar de saber un secreto de las antigüedades passadas que no athesorar thesoros para las necessidades advenideras. El philósopho como philósopho atesora sabiduría para passar la vida en paz y esperar la muerte con honra; el codicioso como cobdicioso atesora hazienda para tener la vida en guerra y acabar la muerte con infamia. En este caso, yo te juro que vale más un día que se emplea en la philosophía, que diez mil que se expenden en allegar hazienda; porque la vida de los hombres pacíficos no es sino una peregrinación no mucho enojosa, y la vida de los

hombres bulliciosos no es sino una muerte prolixa. Pídesme, mi Pulión, que te escriba en qué todos los de los siglos passados pusieron su bienaventurança, conviene saber: qué fueron los fines tan diversos, en que unos aborrecieron la vida, otros la desseavan, otros alargaron la vida, otros acortavan la vida, otros teniendo plazer buscaban trabajos, otros teniendo trabajos buscaban plazer, la qual variedad no procedía sino de tener diversos fines; porque de ser los gustos diversos vienen los ombres a buscar manjares inauditos.

Por los dioses immortales te juro que me tiene espantada tu demanda, en ver que para responderte a ella no abasta mi filosofía, porque si lo preguntas por tentarme, motéjame de presumptuoso; si lo preguntas de burla, motéjame de liviano; si lo preguntas de veras, motéjame de simple; si lo preguntas porque me lo quieres enseñar, sey cierto que estoy aparejado para lo deprender; si lo preguntas porque tú lo quieres saber, yo confieso que no te lo sabré enseñar; si lo preguntas porque desta pregunta fueste preguntado, sey cierto que ninguno con mi respuesta será satisfecho; y, si acaso lo preguntas porque lo soñaste durmiendo, ya que estás despierto no te creas en el sueño, porque todo lo que ymagina de noche la fantasía, ha de pregonar la lengua luego a la mañana. ¡O!, mi Pulión, razón tengo de quejarme de ti, en que no miras por la auctoridad de mi persona, ni miras por el crédito de tu philosophía; porque he miedo que a ti juzguen de curioso en el demandar y a mí me juzguen de simple en el responder. Esto no obstante, determínome responderte no como devo, sino como puedo, no según lo mucho que pides tú, sino según lo poco que sé yo, y esto hago lo uno por cumplir tu mandamiento y lo otro por satisfacer a mi desseo, y dende agora adevino que todos los que leyeren esta carta han de ser crudos verdugos de mi ignorancia.

Del philósopho Epicurio

En la olimpiada ciii, siendo Serges rey de los persas, y siendo capitán de los peloponenses el crudo tirano Lisandro, dióse una famosa batalla entre los athenienses y Lisandro a las riberas del gran río Egón, y fue vencedor della el tyrano Lisandro. Y a la verdad, si no nos engañan los historiadores, sintieron mucho en Athenas aquella rota, a causa que se perdió aquella batalla más por negligencia de sus capitanes que no por la sobrada potencia de los enemigos; porque en la verdad muchas vitorias se alcançan más por la covardía de los unos que no por el esfuerço de los otros. Florecía en aquellos tiempos el philósopho Epicurio, el qual era de mediana estatura, y tenía el ingenio bivo y la memoria prompta, y era medianamente docto en la philosophía, pero era de muy alta eloqüencia, y para animar y aconsejar los capitanes atenienses embiáronle a la guerra; porque los antiguos, quando emprendían guerras, primero elegían los sabios para aconsejar que no a los capitanes para pelear.

Entre los otros prisioneros fue preso el philósopho Epicurio, al qual y con el qual holgó y le hizo mucho honra el tyrano Lisandro. Y, después que fue preso, jamás le apartó de tener consigo, y hazía que le leyesse philosophía, y que le contasse historias de los tiempos passados y del esfuerço y virtudes de muchos griegos y troyanos, y desto holgava mucho Lisandro; porque a la verdad los tyranos huelgan mucho en oír las proezas y virtudes de los passados y después siguen los vicios y maldades de los presentes. Tomado, pues, el

triumpho por Lisandro, y teniendo todavía su flota por mar y mucha gente por tierra en las riberas del río Egón, Lisandro el tyrano y todos los capitanes de su campo, olvidados los peligros de la guerra, afloxavan las riendas a la carne flaca, de manera que en gran perjuyzio de la república traían una vida muy dissoluta; porque el fin de los príncipes tyranos es sacudir de sí los trabajos propios y gozar de los sudores ajenos.

Aviase criado Epicurio en la muy corregida academia de Athenas, do los philósophos bivían en tan estrecha pobreza que durmían en la tierra desnudos y aun no se hartavan de agua fría; ninguno dellos tenía casa propria; aborrecían el dinero como pestilencia; trabajavan por poner paz do avía discordia; eran únicos defensores de la república; jamás fablavan palabra ociosa; era entre ellos sacrilegio dezir mentira; finalmente era inviolable ley entre ellos que al philósopho ocioso le desterrassen y al vicioso que le matassen. El malaventurado de Epicurio, olvidada la doctrina de sus maestros, y teniendo en poco la gravedad a que son obligados los sabios, dando lugar que se apoderassen dél los vicios parecióle bien aquella vida bestial y voluptuosa, y assí en dicho y en fecho puso su bienaventurança en ella; porque los hombres que de su natural no son virtuosos con pequeña ocasión dan consigo en los vicios. Fue el fin deste bestial philósopho poner su bienaventurança en que los perezosos tuviessen las camas blandas, los delicados no sintiessen calor ni frío, los carnales tuviessen hermosas mugeres, los borrachos sabrosos vinos y los golosos tuviessen dulces manjares. No me maravillo yo de Epicurio, pero maravillome de la muchedumbre de discípulos que ha tenido, y tiene, y terná en el mundo; porque son muy pocos oy en Roma los que a su sensualidad van a la mano y son infinitos los que se van a sabor del mundo. Y, hablando contigo la verdad, mi Pulión, ni me maravillo que aya virtuosos, ni me espanto que aya viciosos; porque el virtuoso no es mucho que sea bueno, pues espera gozar y descansar con los dioses en el otro mundo, y el vicioso no es mucho que se entregue en los vicios desta vida, pues no espera gozar ni descansar con los dioses en la otra; porque a la verdad de no tener los hombres fe que ay otra vida después desta vida, do han de ser los malos castigados y los buenos remunerados, viene a que anden los viciosos tan aviciados en los vicios.

Del philósopho Esquilo

Siendo Artabano sexto rey de los persas, y siendo el agricultor Quinto Cincinato, único ditador entre los romanos, en la provincia de Tarsia fue un philósopho llamado Esquilo, varón que fue feo en el rostro, disforme en el cuerpo, feroz en el aspeto y muy de rudo juyzio, aunque fue muy fortunado en el crédito; porque no menor crédito tuvo él entre los tarsos que tuvo Homero entre los griegos. Cuentan deste philósopho que, aunque fue de rudo juyzio, por otra parte tuvo un saber natural muy bueno, y era en los negocios arduos muy atinado, y con los que le injuriavan tenía gran sufrimiento, en las contrariedades y adversidades tenía sobrado ánimo, y de lo que más le tengo embidia es que en la conversación era muy dulce y en hablar era muy sabroso; porque sólo aquel hombre se puede llamar dichoso do todos loan su vida y ninguno reprehende su lengua.

Dizen los antiguos griegos en sus historias que este philósofo Esquilo fue el primero que inventó las tragedias y ganava de comer en representarlas, y, como era la invención nueva

y sabrosa, no sólo le seguían doquiera que yva muchos populares, mas aun dábanle mucho de sus bienes. E no te maravilles dello, mi Pulión, que es tanta la liviandad de la gente menuda, que para ver cosas vanas yrán todos y para oír la excellencia de las virtudes no yrá uno. Este philósopho Esquilo, después que uvo escripto muchos libros, en especial en su arte de tragedias, y después que uvo andado muchas y diversas tierras, paró y moró el residuo de la vida acerca de las ysas que están cabe la laguna Meothis; ca, según dize el divino Platón, los filósofos antiguos quando eran moços estudiavan, quando eran ya hombres peregrinavan y quando eran ya viejos se retraían. A mi parecer, aquellos philósophos en hazer lo que fazían eran cuerdos, y no menos lo serían los hombres que quisiessen oy imitarlos; porque los padres de la prudencia son la sciencia y esperiencia, y en esto consiste la verdadera esperiencia, en que se retrayga el hombre algún día de los bullicios desta vida. Dime, Pulión, yo te ruego: ¿qué aprovecha que un hombre aya deprendido mucho, aya oído mucho, aya visto mucho, aya conoscido mucho, aya peregrinado mucho, aya traído mucho, aya sufrido mucho, aya experimentado mucho; si después de todo esto passado no se retrae a gozar un poco del reposo? Por cierto no se puede llamar sabio sino loco el ombre que de su voluntad se ofrece al trabajo y no tiene cordura para procurar el reposo; porque a mi parecer la vida inquieta no es sino una muerte prolixa. Siendo ya muy viejo este filósofo, acaso como estuviesse durmiendo acerca de la laguna Meothis, un caçador tenía una liebre metida en una jaula de barro para caçar otras liebres, y una águila abatióse y llevó en alto la jaula y la liebre; y, como no pudiesse comerla, soltóla y dióle al filósofo sobre la frente, y matóle.

Este filósofo Esquilo, como fuesse preguntado en qué consistía la bienaventurança desta vida, respondió que a su parecer y opinión consistía en dormir. La razón que dava para esto era que quando dormimos no nos estimulan los movimientos de la carne; no nos persiguen los enemigos, no nos importunan los amigos; no nos fatiga el invierno erizado, ni nos congoxa el verano prolixo; no tenemos embidia por lo que vemos, no tomamos passión por lo que no alcançamos; finalmente quando dormimos ni sentimos los dolores del cuerpo, ni las passiones del ánima. Para conseguir este fin, conviene a saber: para que en pronto quando estavan enojados o fatigados tomassen el sueño, enseñó a los de su tierra unos brevajos, por manera que assí como el hombre lo bevía, assí luego se dormía. Finalmente, todo el estudio que ponían los epicurios en comer y buscar manjares, esse mismo ponían éstos en dormir y tener buenas camas.

Del philósopho Píndaro

En el año *ab urbe condita*, que es desde que Roma se fundó, cclxii, siendo rey de Persia Darío, el segundo deste nombre, el qual fue hijo de Histapsi, y en la línea de los reyes fue quarto rey de Persia, y siendo en Roma cónsules Julio Bruto y Lucio Collatino, los quales fueron los primeros cónsules en Roma, en la gran Thebas de Egipto fue un philósopho por nombre Píndaro, y era príncipe de todo aquel reyno. Deste philósopho Píndaro se dize que en la philosophía excedía a todos sus contemporáneos, pero que en la música y tañer instrumentos excedió a todos sus antepassados; porque afirman dél los thebanos que jamás tuvo ninguno tanta prontitud en la lengua para hablar como él tenía presteza en la mano para tañer. Fue este Píndaro gran philósopho moral y no fue muy estimado en la

philosophía natural, ca él era hombre callado, retraído y muy virtuoso, por manera que sabía mejor obrar que no hablar; lo qual es oy contrario en nuestros sabios de Roma, porque saben poco y parlan mucho, y (lo que es peor) las palabras dízenlas compuestas y las obras buenas házenlas fingidas. El divino Platón, en el libro de sus *Leyes*, haze mención deste philósopho, y Junio Rústico en la *Thebayda* cuenta dél una cosa, y es que, estando en Thebas un embaxador de los lidos, como viesse que Píndaro era muy virtuoso en la vida y muy desgraciado en la habla, díxole estas palabras: «O, Píndaro, si tus rudas palabras fuessen tan limadas delante los hombres como son tus obras limpias delante los dioses, por essos mismos dioses inmortales te juro fuesses tan estimado en la vida como lo fue Prometeo y dexasses en la muerte de ti tanta memoria como dexó el gran Homero en toda la Grecia.»

Preguntado este philósopho Píndaro en qué consiste la bienaventurança, respondió estas palabras: «Es de saber que el ánima interior por la mayor parte en muchas cosas sigue al cuerpo exterior; y, presupuesto esto, digo que aquél se puede llamar bienaventurado que no tiene dolores en el cuerpo; porque a la verdad, estando la carne lastimada, no puede en el corazón reynar alegría.» Siguiendo, pues, los thebanos el consejo de Píndaro, sobre todas las naciones fueron muy solícitos en apartar de dolores a sus cuerpos. Dize Annio Severo que se sangravan cada mes por la sangre demesiada, usavan cada semana vómitos por las repleciones, continuavan los baños por evitar opilaciones, traían olores muy suaves contra los lugares immundos, finalmente no ponían en otra cosa estudio los thebanos sino en conservar y regalar sus cuerpos.

Del philósopho Zenón

En la olimpiada cxxxiii, siendo cónsules en Roma Gneo Servilio y Gayo Brisio, los quales fueron destinados contra los áthicos luego el mes de enero que fueron electos, y en el xxix año que reynava Tholomeo Philadelpho, este gran Tholomeo a la costa de Alexandría edificó una torre a la qual puso por nombre Faro, por amor de una amiga suya que se llamava Faro de Dolovina. Estava esta torre edificada sobre quatro ingenios de vidrio, y era la torre ancha y alta, en quadra hecha, y eran las piedras de toda la torre transparentes, a manera de vedrieras, de manera que siendo la torre de xx pies en ancho, si una candela ardía dentro veían la luz los que estavan defuera. Hágote saber, mi Pulión, que los antiguos historiadores estimavan en tanto este edificio que lo mientan por uno de los siete edificios del mundo. En los tiempos que esto passava fue en Egipto un philósopho por nombre Zenón, por cuyo consejo y industria Tholomeo hizo aquella torre tan famosa, y aun por su consejo Tholomeo governava su tierra; porque antiguamente los príncipes que no se governavan por sabios en la vida, escrivíanlos en el registro de los locos en la muerte. Como era fuerte aquella torre y tenía consigo mucha alegría, lo más del tiempo el gran Tholomeo tenía allí a la su muy querida amiga, lo uno porque estoviesse guardada, lo otro porque estoviesse contenta. Y él tenía a sus mugeres en Alexandría, pero lo más del tiempo estava con Faro Lodovina; porque antiguamente los persas, siciomios y los caldeos no se casavan sino para tener hijos que eredassen sus bienes, que en lo demás con las amigas tenían sus vicios y plazer.

Preciábanse mucho los egypcios (digo los hombres que no eran sabios) de ser grandes luchadores, y sobre este caso con los extranjeros hazían muchos desafíos. Y como los ejercicios del luchar fuessen continuos, avía entre ellos notables maestros; porque a la verdad, freqüentándose muchas vezes una cosa, siempre el que la freqüenta saldrá maestro della. Fue el caso que como en aquella torre estuviessen muchos egypcios dados al oficio de luchar, entre otros avía uno al qual ninguno le podía derrocar; y un día antojósele al philósopho Zenón de luchar, y de fecho luchó y derrocó en el suelo al gran luchador, el qual de ninguno hasta allí avía sido derrocado. Esto hecho tomóle a Zenón tanto contentamiento de su persona, que dixo con su lengua y escribió con su péndola que no consiste en otra cosa la bienaventurança sino en tener fuerças y maña para derrocar y poner a sus pies a otra persona. El fundamento deste philósopho fue que derrocar a uno en tierra es mayor género de victoria que no vencer a muchos en la guerra, ca en la guerra injustamente lleva uno sólo la victoria, pues fueron muchos en alcançarla; mas en la lucha, como es suya sola la conquista, suya sola es la victoria, y por esso está en ella la bienaventurança, mayormente que desto más que de otra cosa queda el ánima más contenta; porque a la verdad aquélla diremos en este mundo bienaventurança do el coraçón está contento y el cuerpo no está resabiado.

Del philósopho Anatharso

En los tiempos que reynava entre los medos Heritace, vii rey que fue dellos, y en el tiempo que reynava en Roma Tarquino Prisco, quinto rey de romanos, fue en las partes de Scithia un philósopho por nombre Anatharso, natural de una ciudad llamada Epiménides. Nuestro Cicerón loa mucho la doctrina deste philósopho y dize que no sabe quál fue mayor en él destas dos cosas, conviene a saber: la muy profunda sciencia que le dieron los dioses, o la muy cruda malicia con que le persiguieron sus émulos; porque a la verdad, según dize Pitágoras, los más privados y regalados de los dioses, aquéllos son los más perseguidos y malquistos de los hombres. Siendo, pues, como era este Anatharso de nación scitha, la qual entre los romanos es tenuta por muy bárbara, aconteció que un romano malicioso quiso lastimar con palabras a este philósopho, y hízolo de hecho, y a la verdad movióse más con malicia que no con simpleza; porque las palabras maliciosas pregonan estar las entrañas dañadas. Díxole, pues, aquel romano a este buen philósopho: «No es possible, Anatharso, que tú seas de la nación scitha, porque hombre de tanta eloqüencia no se sufre ser de tierra tan bárbara.» Respondióle Anatarso: «Muy bien has dicho, y en este caso consiento en tus palabras, aunque no acepto tu intención, porque tú con razón me puedes vituperar de mala tierra y loarme de buena vida, y yo con muy mayor razón te puedo acusar de mala vida y loarte de buena tierra. En este caso sey tú juez solo: entre ambos, ¿quál de nosotros terná más gloria en los siglos advenideros, tú que naciste romano y vives como bárbaro, o yo que nací bárbaro y vivo como romano; que al fin al fin en la huerta desta vida más quiero ser mançano verde y llevar fruta que no ser líbano seco derramado por tierra?»

Passados grandes tiempos en que Anatharso avía estado en Roma y en Grecia, siendo como era ya viejo, con el amor de la patria acordó que ya deviera tornarse a Scithia, y era a la sazón rey de Scithia un hermano suyo por nombre Cabdino, el qual tenía el nombre

de rey y los hechos de tyrano. El buen philósopho, como vio a su hermano hecho tyrano y vio el reyno tan dissoluto, acordó con buenos consejos corregir a su hermano; y con buenas leyes dar orden en el pueblo; lo qual visto por los bárbaros, como a hombre que inventava nuevos ritos de vivir en el mundo, en conformidad de todos públicamente fue muerto; porque te hago saber, mi Pulión, que no ay mayor señal que una república está llena de vicios que quando mata o destierra de sí a los buenos. Llevando, pues, como le llevavan a este philósopho a matar, mostró sentir mucho la muerte y que le pesava de coraçón dexar la vida, por cuya ocasión díxole uno esta palabra: «Di, Anatharso, siendo tú hombre tan virtuoso, y siendo tú gran sabio, y siendo ya tan anciano, no me parece devrías tomar pesar por dexar este mísero mundo; porque el hombre virtuoso deve dessear compañía de virtuosos, de los quales carece este mundo; y el hombre sabio deve procurar tratar con otros sabios, de los quales carece este mundo; y el hombre anciano deve tener en poco perder la vida, pues sabe con cuántos trabajos se passa la vida; porque a la verdad especie es de loco el que ha passado una muy prolixa y aun muy peligrosa jornada y llora y le pesa porque se vee al fin della.» Respondióle Anatharso: «Muy buenas palabras dizes, amigo, y oxalá sea tal tu vida quales son tus consejos; pero pésame que en este tan gran confflito ni tengo juyzio para gustarlo, ni tengo tiempo para agradecértelo; porque te hago saber que no ay lengua humana que pueda explicar lo que un hombre siente quando se quiere morir. Yo muero y, como tú vees, solamente me matan porque soy virtuoso, y ninguna cosa tanto siento como no me poder vengar de mi hermano Cabdino, porque a mi parecer en esto consiste toda la bienaventurança, conviene a saber: la injuria que a sin razón es hecha vengarla antes que pierda hombre la vida. Loable cosa es que el philósopho perdone las injurias, assí como suelen hazer los buenos y virtuosos philósophos, pero también sería justo que las injurias que perdonamos los hombres injuriados que tomassen cargo de vengarlas los dioses justos; porque muy dura cosa es ver que un tyrano quita la vida a un bueno, y que de aquel tyrano jamás sus amigos vean castigo.» Paréceme a mí, Pulión, que este philósopho en vengar un agravio puso toda la felicidad deste mundo.

De los sármatas

El monte Cáucaso, según dizen los cosmógraphos, parte por medio a la gran Asia, el qual comiença en la India y fenece en Scithia, y, según la variedad de las gentes que habitan en sus aldeas, assí aquel monte tiene diversos nombres, y las vertientes que corren a la India tienen en sí gran variedad de gentes, porque quanto más las tierras son montuosas, tanto se crían en ellas gentes más bárbaras. Entre las otras tierras que están a la sombra de aquel monte son los sármatas, y riega aquella tierra de Sarmacia el río Thanays, y en esta provincia a causa de las grandes frialdades no se cría vino, como sea verdad que en todo el Oriente no ay nación tan amiga dello; porque la privación de una cosa pone mayor apetito a dessearla. Esta gente de Sarmacia es gente bellicosa, aunque a la verdad es desarmada, y danse muy poco por comer manjares delicados y mucho menos por vestir preciosos vestidos, porque toda su felicidad en este mundo no consiste sino en hartarse de vino.

En el año de la fundación de Roma de cccxviii, nuestros antiguos padres destinaron contra los sármatas y otras naciones bárbaras a Lucio Pío cónsul. Y, como fuese entre ellos varia la fortuna, después que andava encendida la guerra, finalmente vinieron a treguas, y todos los capitanes de los sármatas con sus tierras se hizieron sujetos al Imperio Romano sólo porque el cónsul Lucio Pío en un combite los hartó de vino. Passada la guerra y subjeta a Roma toda la tierra de Sarmacia, el cónsul Lucio Pío vínose a Roma y en remuneración de su trabajo pidió que le diessen el acostumbrado triumpho, el qual no sólo le fue negado, pero aun en pena de su maleficio fue públicamente degollado, y en torno de su sepulcro fue puesto este epitaphio por sentencia y voluntad del Sacro Senado.

Aquí yaze Lucio Pío cónsul, el qual venció a los sármatas, y fue esta infame conquista en el año cccxviii desde la fundación de Roma.

Venciólos no como vencen romanos, sino como suelen engañar los tyranos.

Venciólos no en la guerra con armas, sino en la mesa con manjares.

Venciólos no peleando con peligro, sino comiendo de reposo.

Venciólos no con lanças en el campo, sino emborrachándolos de vino.

El día que Lucio Pío pidió el triumpho, aquel día fue degollado.

Puso el Sacro Senado este epitaphio para que los capitanes romanos en él tomen exemplo; porque la magestad de los romanos no consiste en vencer a los enemigos con vicios y regalos, sino con armas o con ruegos. Sintieron mucho los romanos el atrevimiento que hizo Lucio Pío cónsul; y, no contentos con averle al triste degollado y, sobre todo, puéstole en la sepultura aquel infame título, luego se pregonó en Roma cómo todo lo que avía hecho Lucio Pío el Sacro Senado lo dava por ninguno; porque era ley muy antigua que quando alguno degollavan por justicia también le quitavan toda la autoridad que avía tenido en Roma. No contentos con esto, el Sacro Senado escribió a los sármatas en que les alçavan el pleyto omenaje que avían hecho de estar sujetos a Roma, y que de nuevo los tornavan a poner en su libertad, y esto hazían porque no era costumbre entre los generosos romanos ganar imperios emborrachando a los enemigos con vino, sino derramando su sangre propria en el campo. Esto he dicho, mi Pulión, porque a mi parescer el cónsul Lucio Pío vio que los sármatas ponían toda su felicidad en hartarse de vino.

Del philósopho Chilón

En la xv debastía de los lacedemonios, siendo rey de los medos Deodeo, y siendo rey de los lidos Gigión, y siendo rey de los caldeos Merrea, y siendo rey entre los macedonios Argeo, y siendo rey de los romanos Tullio Hostilio, en la olimpiada cxxvii, fue en Athenas un philósopho natural de Grecia por nombre Chilón, el qual es uno de los siete

sabios que tienen los griegos entre sus tesoros. Andaban en aquellos tiempos entre los dos reinos de Athenas y Corintho muy travadas guerras, según colegimos los que las historias griegas leemos. Después que Troya fue destruyda jamás uvo paz en los reinos de Grecia, porque no fue tan grande la guerra que hizieron los griegos a los troyanos, quanta después fue la que se hizieron los unos a los otros. Los griegos, pues, como eran prudentes, repartían los oficios de la república según la abilidad que tenía cada persona, conviene saber: que a los esforçados cometían las guerras, a los pacíficos las governaciones, a los sabios encomendavan las embaxadas de tierras estrañas, y a esta causa los de Athenas embiaron a los de Corintho al philósopho Chilón para tratar de la paz.

Llegando este philósopho a la ciudad de Corintho (por ventura aquel día devía ser en ella fiesta), hallólos a todos jugando, en que los moços jugavan a la bola por los campos, los viejos jugavan a los dados por las plaças, las mugeres jugavan al alquerque en las huertas, los sacerdotes jugavan a la ballesta cabe los templos, los senadores jugavan a las tablas en los consistorios, los gladiadores jugavan de esgrima en los theatros, los niños jugavan por las calles con los huessos; finalmente a todos los corinthos falló ocupados en juegos. Visto esto por aquel virtuoso filósofo, sin hablar palabra ni decender de la cavalgadura tornóse a su patria sin querer explicar la embaxada, y, como los corinthos fuessen en pos dél y le preguntassen por qué no dezía a lo que venía, respondióles: «Amigos, yo vine de Athenas a Corintho no con poco trabajo, y agora torno de Corintho a Athenas no poco escandalizado, y podéyslo ver en que no he querido hablar palabra a persona de quantos estávades en Corintho; porque yo no traygo autoridad para hazer pazes con jugadores perdidos, sino con gobernadores sabios. No me mandaron a mí en Athenas hazer liga con los que tienen las manos ocupadas en los dados, sino con los que tienen los cuerpos quebrantados en las guerras y los ojos quemados en los libros; porque los hombres que tienen guerra con los dados, es impossible tener paz con los vezinos.» Dichas por Chilón estas y otras semejantes palabras, tornóse para Athenas.

Hágote saber, mi Pulión, que tienen por summa felicidad los corinthos ocupar días y noches en juegos, y no lo tomes a burla, que a mí me dixo un griego, estando yo en Antiochía, que más felicidad tenía un corintho en ganar un juego que un capitán romano en ganar un triumpho. En todas las cosas según dizen fueron los corinthos hombres cuerdos y templados, si no fue en los juegos en que además fueron viciosos. Paréceme, mi Pulión, que respondo más largo de lo que demandava tu demanda, y aun de lo que quería mi salud, que es poca, de manera que tú ternás allá fastidio en leer y yo terné acá trabajo en escrevirlo. Quiero en breve hazerte una summa de todos los otros que se me ofrecen a la memoria, los quales en varias y diversas cosas pusieron su bienaventurança.

De Crathes philósopho

Crathes el philósopho puso la felicidad en próspera navegación, diziendo que el que navega impossible es que tenga [perfecta alegría, imaginando cómo entre la muerte y la vida no está más de una tabla, por cuya causa jamás el coraçón se siente tan

bienaventurado como después de aver passado algún mar bravo y mira a la mar desde el puerto.

De Estilphón el filósofo

Estilphón el filósofo puso la felicidad en tener gran poderío, diciendo que el hombre que puede poco, vale poco y tiene poco, injusticia le hazen los dioses en que viva mucho; porque aquél sólo es bienaventurado que tiene poderío para repremir a sus enemigos y tiene con qué socorrer y remunerar a sus amigos.

De Seménides filósofo

Seménides el filósofo puso la felicidad en ser el hombre bienquisto en su pueblo, diciendo que los hombres austeros y que son mal acondicionados a las montañas los avían de embiar a morar con los brutos; porque no ay igual felicidad en esta vida con que un hombre vea que todos le aman en su república.

De Arquita filósofo

Arquita el filósofo puso la felicidad en vencer batallas, diciendo que naturalmente el hombre es tan amigo de sí y de salir con su apetito, que aun en muy pequeñas cosas y burlando no querría ser vencido; porque a la verdad liberalmente el corazón humano sufre todos los trabajos desta vida sólo con pensar que algún día alcanzará victoria.

De Gorgias filósofo

Gorgias el filósofo puso la felicidad en oír cosas que aplazen, diciendo que no siente tanto la carne una grave herida quanto siente el ánima una mala palabra; porque a la verdad no ay música tan dulce a las orejas como son sabrosas al corazón las buenas palabras.

De Crisipo filósofo

Crisipo el filósofo puso la felicidad en hazer grandes edificios, diciendo que los hombres que no dexan de sí alguna memoria, su vivir y morir no ha sido más que de una bestia; porque los famosos y superbos edificios no son sino inmortales pregones de coraçones generosos.

De Antístenes filósofo

Antístenes filósofo puso la felicidad en tener fama después de la muerte, diciendo que con verdad no se puede llamar pérdida sino aquella que se pierde la fama; porque el hombre cuerdo en muy poco ha de tener la muerte si por virtudes y hazañas dexa la fama viva.

De Eurípides filósofo

Eurípides el filósofo puso la felicidad en tener muger hermosa, diciendo que el descontentamiento que tiene el que tiene muger fea, antes le faltará tiempo que no que dezir a la lengua; porque a la verdad el que alcanza muger virtuosa y hermosa, de razón no tiene más que desear en la vida umana.

De Sófocles filósofo

Sófocles el filósofo puso la felicidad en tener hijos que sucedan al padre, diciendo que el daño que tiene el que carece de hijos es el más supremo sobre todos los trabajos; porque la mayor felicidad es tener honra y hacienda en esta vida, y después de muy gozada tener hijos que sucedan en la erencia.

De Palemón filósofo

Palemón el filósofo puso la felicidad en ser él hombre eloquente, diciendo y jurando que el hombre que no sabe hablar en todas las cosas, no es tan pariente de los hombres como es de las bestias; porque al parecer de muchos no ay igual bienaventurança en esta triste vida con ser hombre de dulce lengua y honesta vida.

De Temístocles filósofo

Temístocles el filósofo puso la felicidad en descender de hombres generosos, diciendo que el hombre que es de linaje obscuro no parece que tiene obligación a hazerse hombre famoso; porque a la verdad las virtudes y proezas de los passados no son sino un despertador que despierta para grandes cosas de los presentes.

De Arístides el filósofo

Arístides el filósofo puso la felicidad en tener mucho de los bienes temporales, diciendo que el hombre que no tiene aun para comer y sustentar la vida humana, mejor consejo le sería de su voluntad yrse a la sepultura; porque sólo aquél se puede llamar en este mundo bienaventurado que no tiene necesidad de entrar por las puertas de su vezino.

De Heráclito philósopho

Heráclito puso la felicidad en tener tesoros, diciendo que el hombre pródigo y desperdiciado por mucho que tenga siempre será a todos importuno; porque a la verdad respectos tiene de hombre cuerdo el que para las necesidades futuras guarda algún secreto thesoro.

Ya avrás sabido, mi Pulión, cómo ha siete meses que estoy quartanario, y por los dioses inmortales te juro que en el passo que estoy escribiendo esto, me tiembla la mano, y es señal que me quiere tomar el frío, por cuya ocasión avré de dar fin a tu mandamiento, aunque no a mi desseo; porque entre los verdaderos amigos, aunque cesen las obras con que se sirven, no por esso se han de resfriar las entrañas con que se aman. Si me preguntas, amigo mío Pulión, de todo lo sobredicho qué es lo que siento, y a cuál de las sobredichas opiniones más me allego, a esto respondo que yo en este mundo no confieso alguno poder ser bienaventurado; y si alguno ay, allá le tienen los dioses consigo, porque escogiendo de una parte el camino llano, enxuto y sin lodo, y de la otra el camino bravo y lodoso y pedregoso, más llamaremos a esta vida despeñadero de malos que no seguridad de buenos. Sólo quiero dezir una palabra, y mira bien lo que quiero dezir por ella, y es si entre los infortunios de la fortuna osamos dezir aver en este mundo bienaventurança, aquél sólo llamaremos bienaventurado al qual de la íntima adversidad le levantó su prudencia y después en la cumbre de la felicidad se sostuvo con cordura. No quiero (y aunque quiero, no puedo) más alargar, sino que los inmortales dioses sean en tu guarda, y a ti y a mí nos aparten de la siniestra fortuna.

Como estás allá tan apartado en Bithinia, bien sé que querrías te escribiesse nuevas de Roma, y al presente no ay cosa nueva, sino que los carpentanos y lusitanos en España andan muy rebueltos. De Illírico recibí letras cómo están los bárbaros asossegados, aunque la hueste que allí está en guarda está algo temerosa, a causa que en la frontera toda ha andado pestilencia. Perdóname, mi Pulión, que estoy tan dessabrido, que aun de mí mismo no me acuerdo; porque es tan crudo mal la quartana que el hombre quartanario de ninguna cosa toma contento. Ay te embío dos cavallos de los mejores que [288] me traxeron de la Ulterior España; y también te embío dos copas de oro de las más ricas que me presentaron de Alexandría; y a ley de bueno te juro quisiera embiarte dos o tres oras de las que me atormenta mi quartana, de doze que me dura quando me toma. Mi Faustina te saluda, y de su parte y de la mía a Cassia, tu madre anciana y noble biuda, nos recomienda. Marco, Emperador romano, te escribe de su propria mano, y de nuevo te torna a saludar a ti, Pulión, su amigo antiguo.

CAPÍTULO XLI

Que los príncipes y grandes señores no se han de preciar por ser dispuestos y hermosos; y de cómo los thebanos heran enemigos de los que en extremo eran hermosos y de las mugeres que en extremo eran feas; y que ningún príncipe dexó de sí fama inmortal por

aver sido de hermoso rostro, sino por aver hecho grandes hazañas con la lança en el puño.

En el tiempo que Josué triumphava entre los ebreos, y en el tiempo que Dárdano desde la Gran Grecia passó a Samothracia, y en el tiempo que los hijos de Agénor fueron en busca de su hermana Europa, y en el tiempo que Sículo reynava en Trinacria, la qual después de su nombre se llamó Sicilia; en Asia la mayor, en el reyno de Egipto, fue edificada una gran ciudad llamada Thebas, la qual edificó el rey Busiris, de quien Diodoro Sículo en su *Bibliotheca* habla muy largo. Plinio, en el xxxvi de su *Natural hystoria*, y Homero, en el segundo de su *Helíada*, y Stacio por todo el libro de su *Thebayda*, cuentan grandes maravillas desta ciudad de Thebas, lo qual se ha de tener no en poco sino en mucho; porque de autores tan graves no es de creer que hablando de veras escribirían ficciones. Dizen que tenía Thebas en torno de sí para andar la andadura de quarenta millas, y que los muros en alto tenían treynta estados y en el ancho tenían seys. Dize también que tenía la ciudad cien puertas además fuertes y sumptuosas, y en cada puerta dozientos de cavallo en guarda. Passava por medio de Thebas un río poderoso, el qual en moliendas y pescado a la ciudad hazía mucho provecho. Quando Thebas estava en su prosperidad, dizen que llegó a tener dozientos mill huegos y, lo que más es, que se enterravan allí todos los reyes egypcios; y, según dize Strabo, *De situ orbis*, quando Thebas fue destruyda de los enemigos hallaron en ella lxxvii sepulcros de reyes antepassados. Y es de notar que todos aquellos sepulcros eran de reyes virtuosos; porque era inviolable costumbre entre los egypcios que al rey que avía sido malo en la vida en la muerte no le diessen sepultura. Ante que fuesse la valerosa Numancia fundada en Europa, y la rica Carthago en África, y la venturosa Roma en Italia, y la hermosa Capua en Campania, y la gran Argentina en Germania, y la muy conquistada Helia en Palestina, sola Thebas en todo el mundo era la más nombrada. Fueron estos thebanos entre todas las naciones muy nombrados, assí por sus riquezas como por sus edificios, y aun porque en sus leyes y ritos tuvieron muchos extremos (y todos los hombres estremados, aunque no quieran, sus extremos los hazen ser conocidos). Dize Homero que los thebanos tenían cinco costumbres, por las quales se estremavan de todas las otras naciones.

La primera era que, en llegando a edad de cinco años, a todos los niños con un fierro ardiendo hazían en las frentes una señal a manera de thau, porque querían ellos que doquiera que estuviesse el thebano por aquella señal de thau fuesse entre todos conocido. La ii era que en Thebas a todos los niños que avían dos años luego les sacavan las chuecas de las rodillas porque tuviessen para andar más ligeras las piernas. La ocasión que tenían para hazer esto era que los egypcios tenían a los animales por dioses, y a esta causa quando algún egypcio yva camino jamás yva cavallero, porque no pareciesse que él yva sobre su dios assentado. La iii era que los vezinos de Thebas no sólo no se casavan con gente de estrañas naciones, mas aun los hazían casar parientes con parientes; porque casándose deudos con deudos fuessen más firmes los matrimonios y tuviessen ocasión de ser mayores amigos. La iiii costumbre era que ningún thebano podía hazer casa para do morasse, sin que primero hiziesse la sepultura do se enterrasse. No me parece que en esto los thebanos eran estremados, sino hombres cuerdos; y aun a ley de verdad juro que lo eran más que nosotros, porque si nosotros siquiera de pensamiento gastássemos dos horas al día en fabricar nuestra sepultura, impossible es que no corrigiésemos algún día la

vida. La v costumbre era que a todos los niños que en extremo eran hermosos a todos los ahogaban en las cunas, y a todas las niñas que en extremo eran feas a todas las mataban y sacrificaban a las diosas, diciendo que quando estaban los dioses descuidados entonces se engendravan los hombres hermosos y las mugeres feas; porque el hombre muy fermoso no es sino muger hombruna y la muger fea no es sino bestia montesina.

El dios mayor de los thebanos era Ysis, y éste era un toro bermejo criado en el río Nilo, y tenían por ley que todo hombre que fuesse bermejo le matassen y sacrificassen a su dios Isis en el templo. En contrario desto hazían con los animales, ca como su dios era un toro bermejo, ninguno era osado matar algún animal bermejo, de manera que les era lícito matar los hombres y no a los animales. Yo no alabo que era bien hecho que los thebanos matassen a sus niños, ni apruevo que hazían bien en sacrificar a los hombres rufos, ni me parece bien que reverenciassen a los animales bermejos, pero espántome porque tenían aborrecimiento con las mugeres feas y con los hombres fermosos, pues de fermosos y feos estuvieron y están poblados todos los siglos presentes y passados. Pues si aquellos bárbaros, viviendo como vivían en ley de mentira, al hombre que los dioses davan hermosura ellos le quitavan luego la vida, más razón es que nosotros que somos christianos tengamos en poco la hermosura del cuerpo, pues las más vezes della se sigue la fealdad del ánima.

Debaxo del christalino yelo está el cenagal peligroso, en la muralla labrada se cría la culebra maldita, en lo interior del diente blanco taladra el neguijón importuno, en el paño muy fino haze la polilla mayor estrago, el árbol más frutífero es más perseguido del gusano. Quiero dezir que debaxo de lindos cuerpos y de muy fermosos rostros se asconden muchos y muy horrendos vicios. Por cierto en los moços no muy cuerdos, sino que son un poco livianos, no es otra cosa la buena disposición y fermosura sino madre de muchos vicios y madrastra de todas las virtudes. Créanme una cosa los príncipes y grandes señores (digo a los que presumen de hermosos y bien dispuestos), que do ay mucha abundancia de gracias corporales, para sostenerlas ha de aver muy gran hueste de virtudes; porque los árboles más altos de más importunos vientos son combatidos. Tomar vanagloria de alguna cosa deste mundo, por muy perfeta que sea, digo que es vanidad de vanidad, pero tener presunción de fermosura del cuerpo digo que es liviandad de liviandad. Entre todas las cosas agradables que naturaleza dio a los mortales, no ay cosa más superflua en el hombre y menos necessaria que es la buena disposición o hermosura; porque a la verdad por ser hermosos o por ser feos ni somos más amados del Criador, ni por esso dexamos de ser aborrecidos de la criatura. ¡O!, ceguedad mundana, ¡o!, vida que nunca vive, ¡o!, muerte que nunca acaba, yo no sé por qué del acidente desta hermosura ningún hombre osa tomar vanagloria, pues sabe que toda la gentileza de su carne está secrestada para la triste sepultura y toda la delicadez de sus miembros se ha de confiscar para los hambrientos gusanos.

Burlen y mofen los grandes de los pequeños, los fermosos de los feos, los sanos de los contrahechos, los blancos de los negros, los derechos de los corcobados, los gigantes de los enanos, que al fin al fin todos han de aver fin. Por cierto, a mi parecer por ser los cipreses muy derechos, los laureles muy altos, los plátanos muy sombrosos, los cedros muy hermosos, los nebrs muy odoríferos, los álamos muy altos y ventosos, no por esso

estos árboles son más fructíferos. Por esta comparación quiero dezir que aunque un hombre generoso sea muy derecho en el cuerpo, muy alto por el linaje, muy sombrero por el favor, muy hermoso en el rostro, muy odorífero en la fama, muy alto y muy poderoso en la república, no por esso es de mejor vida; porque a la verdad no se rebuelven los pueblos por los simples labradores que trabajan en los campos, sino por los hombres regalados y viciosos y vagabundos. Si no me engaño, debaxo de las enzinas secas se mantienen los animales gruesos, el árbol enano da la fructa primera, entre las pungentes espinas se crían las odoríferas rosas, el castaño erizado nos da las castañas sabrosas. Quiero dezir que los hombres feos y pequeños a las vezes en la república son más provechosos, porque los rostros pequeños y los rostros morenos indicios son de coraçones esforçados.

Dexemos los ombres vanos, que son de carne que presto se acaba, y hablemos de los hedificios superbos y generosos que son de piedra, en los quales si andamos a mirar qué tales fueron, podremos alcançar el vestigio de su grandeza, pero no alcançaremos la manera de su fermosura; porque es el tiempo tan privilegiado, que a lo más hermoso quita de súbito la hermosura, y lo que parece perpetuo en breve espacio faze que no aya dello memoria. También quiero dexar los edificios antiguos, sino que vengamos a los edificios de nuestros tiempos, y veremos que no ay hombre que haga una casa muy fuerte y muy hermosa que por poco que viva no vea perdido el lustre della; porque hartos hombres ancianos desde los cimientos vieron fazerse una grande y hermosa casa, y después la vieron caída y despoblada. Que sea todo esto verdad parece muy claro en que o desdizen los cimientos, o se desmoronan las paredes, o blanda la madera, o se abren las juntas, o nascen nuevas goteras, o se levantan los suelos, o se podrecen las ventanas, o se quebrantan las puertas, en manera que por el menor de estos casos se pierden los edificios. Pues ¿qué diremos de los retretes enluzidos, de las salas pintadas y de los corredores blanqueados, lo qual todo en muy breve espacio o carbón de niños, o candelas de moços, o hachas de pajes, o clavos de reposteros, o humo de chimineas, o telas de arañas causan que las paredes estén más feas que ante estavan hermosas?

Pues si esto es verdad como es verdad, pregunto agora yo: ¿qué esperança terná el hombre que será firme la fermosura de su cuerpo, pues vemos tal destroço por aquella hermosura que es de piedra y madera y de cal y de ladrillo? ¡O!, príncipes descuydados, ¡o!, hijos de vanidad atrevidos, no se os acuerda que toda vuestra loçanía está subjecta a la opilación del baço, al calor del hígado; al dolor del estómago, a la hinchazón de los pies; a la discordia de los humores, a los movimientos de los cielos; a las conjunciones de la luna, a los eclipsis del sol; al enojoso verano, al importuno invierno. Por cierto y por verdad, no sé yo cómo entre tantos sobresaltos estáys tan vanagloriosos los hombres hermosos, pues una pequeña calentura no sólo quita la hermosura, pero aun para la cara amarilla. De una cosa estoy maravillado, y aun aún diría escandalizado, conviene saber: que todas las cosas del cuerpo quieren los hombres que estén limpias, la ropa limpia, el sayo limpio, la cama limpia, la mesa limpia; sola la triste ánima sufren que esté suzia. Osaré dezir, y a fe de christiano afirmar, que querer tener la casa limpia (la qual hizo el hombre) y querer sufrir el ánima suzia (la qual plasmó Dios), o es por falta de cordura, o por sobra de locura.

Querría yo saber qué excellencia tienen aquellos que están dotados de hermosura sobre aquellos que naturaleza privó della. ¿Por ventura tiene dos ánimas el hombre hermoso y no tiene más de una el hombre feo? ¿Por ventura los hermosos son los sanos y los feos son los enfermos? ¿Por ventura los hermosos son los sabios y los feos son los simples? ¿Por ventura en los hermosos está el esfuerço y en los feos la covardía? ¿Por ventura los hermosos solos son bien fortunados y los feos son los abatidos? ¿Por ventura solos los que son hermosos están esentos de vicios y los que son feos están privados de virtudes? ¿Por ventura solamente los que son hermosos tienen de juro perpetuo la vida y los que son feos son obligados a poblar la sepultura? Digo que no, por cierto. Pues si esto es verdad, ¿por qué burlan los gigantes de los enanos, los blancos de los negros, los derechos de los corcobados, los hermosos de los feos; pues saben que la hermosura de que tienen vanagloria se les acabará oy o mañana? Uno que es hermoso y dispuesto no por eso es más virtuoso, y uno que es feo y mal aliñado no por eso es más vicioso, de manera que ni la virtud depende de la gentileza del cuerpo ni tampoco el vicio procede de la fealdad del rostro; porque cada día vemos la fealdad ser hermoseada con virtudes y la hermosura ser afeada con vicios.

No todo aquél que es derecho en las espaldas es recto ni derecho en las obras, porque a la verdad peor es tener una corcoba en las costumbres que tener quatro corcobas en las espaldas. Ítem digo que por ser uno grande no es por eso de mayor esfuerço y por ser uno pequeño no por eso es menos esforçado; de manera que no es regla general que el cuerpo alto arguya corazón animoso ni que el hombre pequeño arguya corazón desmayado; porque por experiencia lo vemos que muchos hombres quanto son mayores, tanto son más covardes, y otros quanto son de cuerpos más pequeños, tanto son de corazones más finos. Dize la Divina Escripura del rey David que era roxo en la cara y en el cuerpo no grande, sino de mediana estatura, pero a Golías, el valentíssimo gigante, como ambos viniessen en pelea matéle de una pedrada y con su misma espada le cortó la cabeça. E no se deve nadie maravillar que un pastorcico pobre matasse a un valentíssimo gigante, porque muchas vezes del pedernal muy pequeño sale centella muy viva, y de la roca muy grande no sale ni una centella. Pues más hazía el rey David, que siendo él en el cuerpo pequeño y en la edad muy moço, descarrillava a los leones, quitava los corderos a los ossos de la boca y, lo que más es, uvo día que por su propria mano y lança mató ochocientos hombres en una batalla. Aunque no nos hallamos en aquel tiempo, bien podremos adivinar que en ochocientos hombres que matava, por lo menos más de trezientos dellos serían más presumptuosos que no él en linage, más ricos en la hazienda, más hermosos de rostro y más altos de cuerpo; pero ninguno dellos fue tan esforçado, pues él escapó vivo y ellos quedaron muertos en el campo.

Julio César, aunque no fue pequeño de cuerpo, fue muy mal proporcionado, ca la calva tenía toda pelada, la nariz además muy aguileña, una mano más corta que otra, la cara (aún siendo moço) la tenía arrugada, la color algo amarilla, y, sobre todo, andava siempre desabrochado, y el ceñidero medio floxo y caído; porque a la verdad los hombres de ingenio delicado pocas vezes le emplean en componer el cuerpo. Fue Julio César en su cuerpo tan mal ataviado, que después de la batalla de Pharsalia dixo un vezino romano al gran orador Tulio: «Dime, Tulio, ¿por qué tú, siendo tan sabio, seguiste las parcialidades de Pompeyo y no alcançaste que Julio César avía de ser señor y monarca del mundo?»

Respondió a estas palabras Tulio: «Dígame de verdad, amigo, que a Julio César ver como le vi en la mocedad tan mal ceñido me hizo [296] tenerle en poco.» Mejor le conoció el viejo de Silla, el qual, como veía a Julio César andar mal ceñido y peor ataviado siendo moço, muchas vezes dezía Silla en el Senado: «Guárdaos de este moço mal ceñido, porque si no le atajan los passos con tiempo, éste ha de matar y acocear al pueblo romano.» Según dize Suetonio Tranquillo in libro *De Cesaribus*, aunque Julio César era de gesto feo, temían tanto sólo de nombrar su nombre en el mundo, que si acaso los reyes y príncipes hablaban de Julio César sobre cena, de miedo aquella noche no podían dormir hasta la mañana. Como en la Galia Góthica Julio César diesse una batalla, acaso un cavallero galo prendió a un cavallero cesarino, y, llevándole preso, dixo el prisionero «Chaos, César», que quiere dezir «dexa a César», lo qual oydo tomóle tan gran pavor de oír el nombre de César, que, dexado el prisionero, sin más ocasión se cayó del cavallo.

Veán agora aquí los príncipes que para ser hombres valerosos quán poco al caso haze que sean feos ni que sean hermosos; pues Julio César, siendo feo, sólo con nombrar su nombre a todos hazía perder el color del rostro; porque a la verdad más feos eran los príncipes de su tiempo por covardía, que no era Julio César en la cara por naturaleza. Aníbal, venturoso capitán y príncipe que fue de carthaginenses, llámanle monstruo no sólo por las hazañas que hizo en el mundo, pero aun por la mala proporción de su cuerpo, ca de dos ojos le faltava el ojo derecho, y de dos pies echava tuerto el pie yzquierdo; junto con esto era muy cejunto y, sobre todo, era pequeño de cuerpo y muy feroz en el rostro. Las hazañas y conquistas que hizo Aníbal con el pueblo romano largamente las cuenta Tito Livio; solamente diré una, la qual cuenta un historiador harto aficionado a las cosas de Roma, y es ésta. Frontón, libro *De magnitudine penorum*, cuenta que en xvii años que Aníbal conquistó a Italia fueron tantos los romanos que mató, que si los hombres muertos se tornaran vacas y la sangre derramada se tornara vino, bastara para dar en su ejército a comer y beber a ochenta mil peones que tenía en su campo y dieziete mil de cavallo que tenía en su ejército.

Pregunto agora yo: ¿quántos y quántos fueron en aquellos tiempos dispuestos en los cuerpos, hermosos en los rostros, de los quales está oy tan olvidada su fermosura, quanto ay y avrá destos capitanes inmortal memoria?, porque ningún príncipe dexó de sí eterna fama sólo porque fue de hermoso rostro, sino porque emprendió grandes cosas con la lança en el puño. El Magno Alexandre no fue más dispuesto ni hermoso que otro, porque dizen dél sus coronistas que tenía la garganta pequeña, la cabeça grande, la cara verdinegra, y los ojos un poco turbios, y el cuerpo pequeño, y los miembros no muy bien proporcionados. Con toda esta fealdad destruyó a Darío, rey de los persas y medos, y sojuzgó a todos los tiranos, apoderóse de todos los castillos, prendió a muchos reyes, degolló y desposseyó a señores de altos estados, saqueó a todos los ricos pueblos, despojó a todos los erarios y, sobre todo, temblava delante dél toda la tierra sin osar contradizearle una palabra.

CAPÍTULO XLII

De una carta que embió Marco Aurelio Emperador a un sobrino suyo, en la qual le

cuenta cómo desde niño le hubo criado y puesto al estudio, y que después ha salido muy vicioso. Y, como este moço presumiese de muy dispuesto, pruévale por muchas y altas razones que preciarse los hombres de hermosos es señal de ser livianos. Finalmente habla de la miseria humana, diziendo que es ajeno de toda razón nos dé a la rodilla la vida y nos arrastre la locura.

Cuenta Sexto Cheronense, libro ii *De vita Aurelii*, que el buen Marco Aurelio Emperador tuvo una hermana por nombre Annia Milena, la qual parió un hijo que se llamó Epésipo, y fue este moço no sólo sobrino mas aun discípulo de Marco; y, después que fue criado Emperador, embió al sobrino a Grecia para que estudiase la lengua griega, por destetarle de los vicios de Roma. Era este mancebo Epésipo de muy claro juyzio, dispuesto en el cuerpo y en extremo muy hermoso en el rostro; y, como en su juventud se preciase más de hermoso mancebo que no de eloqüente philósopho, el tío como lo supo en Roma escrivióle una carta a Grecia en esta forma.

Comiença la carta

Marco, Emperador romano, cónsul primero, tribuno del pueblo, Pontífice magno; a ti, Epésipo, mi sobrino y discípulo, salud y disciplina te dessea. En las tres calendas de deziembre vino Annio Vero, tu primo, y toda la parentela se [299] holgó con su venida, y más en dezirnos nuevas de Grecia; porque a la verdad quando el coraçón tiene ausencia de lo que mucho ama, hora ni momento está sin sospecha. Después que Annio Vero, tu primo, en general habló a todos y a todos dio nuevas de sus amigos y hijos, él y yo nos retraýmos, y diome una carta tuya, la qual es muy contraria a todo lo que de allá me escriven de Grecia; porque tú escríveme te embíe dineros para continuar el estudio, y de allá me escriven que cada día eres más moço y te metes más en el mundo. Eres mi carne, eres mi sangre, eres mi sobrino; fuiste mi discípulo y fueras mi hijo si fueras bueno; pero nunca los dioses lo manden que tú seas mi sobrino ni yo te llame mi hijo durante el tiempo que tú fueres moço liviano; porque con el hombre vicioso ningún bueno puede ni deve tener parentesco. No puedo negar sino que te amava de coraçón, y assí de tu perdición me pesa de coraçón; y, quando leý las cartas de tus desatinos, hágote saber que se me saltaron las lágrimas de los ojos; pero quiero tener paciencia, porque los hombres sabios y cuerdos aunque les pena oýr semejantes cosas, plázeles por remediar sus pérdidas.

Bien sé que no te acordarás, pero también sé que lo avrás sabido que Annia Milena, tu madre y hermana que fue mía, quando murió la desdichada murió muy moça, por manera que no avía sino deziocho años, y tú no tenías edad de quatro oras; ca tú naciste a la mañana y ella murió al medio día, de manera que quando el hijo començó la vida, la madre gustó la muerte. Séte dezir que perdiste una madre y yo perdí en ella una hermana que dudo oviesse otra mejor en Roma, ca era sabia, cuerda, prudente, honesta y hermosa; y por nuestros tristes hados prudencia, honestidad y hermosura no de ligero se halla en una muger romana. Allende que tu madre era mi hermana, en averla yo criado y casado, era de mí muy querida, y quando ella murió aquí en Roma, a la sazón leýa yo en Rodas

retórica; porque era tan extrema mi pobreza, que por ninguna manera otra cosa yo no tenía sino lo que a leer retórica ganava.

Quando me llegó la triste nueva en cómo Annia Milena, mi hermana, era muerta, absentándose de mí toda la consolación humana, apoderósse en mí tanto la tristeza que me temblavan los miembros, se me descoyuntavan los huesos, lloravan sin descansar los ojos, apressurávanse los solloços, a cada passo le tomavan al corazón mil desmayos, de lo íntimo de las entrañas dava los suspiros; finalmente, esecutando en mí su privilegio tristeza, la alegre compañía me dava pena y con la muy sola soledad descansava. No puedo dezirte por palabra quán de corazón sentí la muerte de mi hermana Milena, ca durmiendo la soñava, despierto se me representava, acordávame de quando era viva, lastimávame en acordarme que era muerta, descontentávame tanto la vida que holgara meterme en su sepultura; porque a la verdad aquél siente de veras la muerte agena que siempre tiene en tristeza a su vida propia.

Acordándome, pues, de lo mucho que mi hermana me quiso en la vida y en qué se lo pagaría yo después de su muerte, ymagine que en ninguna cosa le podía yo ser tan grato, como en criarte a ti, que eras su hijo y quedavas tan niño; porque éste es el supremo trabajo entre todos los trabajos: quando muere una muger y dexa por criar a sus hijos. Muerta mi hermana, lo primero que hize fue venir a Roma y embiarte a ti a criar a Capua, y allí te dieron a mamar dos años a costa de mis ojos, que como sabes lo que ganava en Rodas a leer rhetórica apenas abastava para la porción quotidiana, sino que de noche leía extraordinario algunas horas y de aquello pagava la leche que mamavas, de manera que tu criança fue a costa de mi vida. Después ya que te destetaron, embiéte a Bietro a un amigo mío y pariente mío que se llamava Lucio Valerio, con el qual estuviste hasta cumplir los cinco años, dando yo para ti y para él los bastimentos, ca era en extremo muy pobre y era en extremo muy plático, en tanta manera que a todos era enojoso y a mí era pesado; porque a la verdad tan de buena voluntad se han de dar dineros a un hombre muy parlero porque calle como a un sabio porque hable. Cumplidos los cinco años, embiéte a Toringo, ciudad de Campania, a un maestro que estava allí de enseñar niños, que avía nombre Emilio Torquato, el qual porque te enseñasse a leer y escrevir tres años, me dio un hijo suyo porque le leyesse yo griego quatro, de manera que no podía en ti aver provecho sin que a mí no se me recreiesse trabajo. Ya después que avías ocho años y sabías bien leer y escrevir, embiéte a la famosa ciudad de Taranto a estudiar y allí te sostuve quatro años, pagando a tus maestros hartos dineros; porque oy por nuestros tristes hados no ay hombre que quiera enseñar a otro si no es a peso de dinero.

No sin lágrimas lo digo, que en los tiempos cincinos, que fueron desde Quinto Cincinato fasta Cina y Catulo, jamás en Roma los maestros de philosophía llevaron dinero por leerla, sino que todos los maestros eran por el Sacro Senado pagados, y ninguno dexava de estudiar por falta de dineros; porque en aquellos tiempos a todos los que querían darse a la virtud y deprender sciencia, a todos los sustentavan del dinero de la república. Nuestros antiguos padres, como eran tan concertados, en todas las cosas tenían orden, ca no sólo repartían por orden los oficios, mas aun pagavan por orden los dineros. De manera que pagavan del erario público lo primero a los sacerdotes de los templos, lo segundo a los maestros de los estudios, lo tercero a las pobres biudas y huérfanos, lo

quarto a los cavalleros estrangeros que por su voluntad se avían hecho ciudadanos romanos, lo quinto a todos los veteranos que avían xxvi años continuos servido en la guerra; porque a los tales después que se retraían a su casa muy honradamente los sustentava en sus casas la república.

Passados los xii años, fui yo mismo a Taranto y tráxete a Roma, y allí te leý retórica, lógica y philosophía, y aun mathemáticas y astrología, teniéndote en mi casa, en mi compañía, en mi mesa, en mi cama y, sobre todo, te tenía en mi corazón y ánima, lo qual has de tener en más que no darte mi casa y hazienda; porque sólo aquél es verdadero beneficio que sin respecto ni interesse es hecho. Túvete conmigo desta manera en Laurento, en Rodas, en Partínuples y en Capua, hasta que los dioses me hizieron emperador de Roma, y entonces acordé de embiarte como te embié a Grecia para que deprendiesses la lengua griega, y aun porque de hecho te acostubrasses a obrar lo que quiere la verdadera philosophía; porque los verdaderos y virtuosos philósophos han de confirmar con las obras lo que pregonan con las palabras. No ay igual infamia en uno que presume de sabio y quiere que le tengan por virtuoso que hablar mucho y obrar poco; porque el hombre de dulce lengua y de mala vida, éste es el que encona y echa a perder la república. Quando te embié a Grecia y te saqué de Roma, no fue por echarte de mi compañía, de manera que aviendo gustado de mi pobreza no gozasses de mis prosperidades; sino que, considerando que eras moço, eras dispuesto, eras libre, tuve miedo que te perdiesses en palacio, mayormente que presumieras de privado, acordándote que eras mi sobrino; porque a la verdad los príncipes que huelgan que sean sus queridos y privados los moços, dan ocasión a que los tengan a ellos no por muy cuerdos y a los moços juzguen por muy livianos.

Hete contado lo que en ti y por ti hize en Italia. Quiérote agora hazer saber cómo es notorio todo lo que has hecho y hazes en Grecia, conviene a saber: que, preciándote de moço dispuesto, has dexado el estudio; y menospreciando mis consejos buenos, haste acompañado con moços livianos; y que los dineros que te embío para libros, tú los gastas en vicios y juegos, lo qual todo si es en daño tuyo, no menos es en afrenta mía; porque general cosa es quando un moço sale loco echar la culpa a aquél con quien fue criado. No me pesa porque te di a criar, ni me pesa porque te hize enseñar a leer, ni me pesa porque te hize estudiar, ni me pesa porque te tuve en mi casa, ni porque te tuve en mi mesa, ni te tuve a mi cama, ni aun me pesa porque gasté contigo tanta hazienda; pero pésame de corazón verdadero que me has dado ocasión a que no te haga ningún beneficio; porque ninguna cosa da tanta pena a los corazones de los príncipes generosos como no hallar personas ábiles para hazerles beneficios. Hanme dicho que eres dispuesto en el cuerpo y hermoso en el rostro; y que tú presumes dello; y que por gozar de tu gentileza has dexado la philosophía. Mucho me pesa dello; porque al fin al fin la hermosura corporal tarde o temprano perece en la sepultura, pero la virtud y la sciencia fazen al hombre de eterna memoria.

Nunca los dioses lo manden, ni las academias de Italia y Grecia lo permitan, tener lleno de philosophía el ánimo estando el rostro gordo y el cuerpo polido; porque el verdadero filósofo entre lo más olvidado tiene las cosas del cuerpo. El verdadero philósopho, para que sea y parezca philósopho, ha de tener los ojos turbados, las pestañas quemadas, la

cabeça pelada, las mexillas hundidas, el rostro amarillo, el cuerpo flaco, la carne seca, los pies descalços, la vestidura pobre, el comer poco y el velar mucho; finalmente deve vivir como lacedemonio y hablar como greciano. Las insignias del famoso capitán son heridas y las señales del estudioso philósopho son asperezas; porque tanto se ha de afrentar el sabio en que le llamen grueso y dispuesto como a un capitán que le llamen covarde y perezoso. Bien me plaze, aunque el philósopho estudie las antiguas antigüedades de sus passados, escriba cosas profundas para los siglos advenideros, enseñen doctrinas salubérrimas a los que agora son bivos, inquiren con diligencia los movimientos de los astros, consideren de dónde se causan las alteraciones en los elementos; pero yo te juro, Epésipo, que jamás estas cosas alcançó ningún sabio de Roma ni de Grecia sino buscando el reposo del espíritu y acoceando los regalos del cuerpo. Yo tengo deudo con los animales por parte del cuerpo y tengo parentesco con los dioses por parte del espíritu; si condescendo a las bestialidades de la carne, torno a mí menos que a mí; y si me inclino y sigo las cosas del espíritu, subo a mí encima de mí; porque a la verdad la sensualidad házenos inferiores de las bestias y la razón házenos superiores que los hombres. Naturalmente la malicia y presunción humana dessea más subir que descendir, y dessea antes valer que desmedrar, dessea antes mandar que no querer ser mandada. Pues si esto es verdad como es verdad, ¿por qué nos abatimos a ser menos que bestias por los vicios, pudiendo encumbrarnos y fazernos más que hombres por las virtudes?

Entre todas las elaciones que de sí pueden tener los hombres, no ay cosa más tierna para se quebrar ni ay cosa más dañada para se corromper como es la buena y elegante disposición de que nos queremos ensobervescer; porque a mi parecer no es otra cosa preciarnos de ser dispuestos y hermosos sino preciarnos que soñamos ser muy ricos y poderosos, y en despertando nos hallamos pobres y abatidos. Parece esto ser verdad por lo que quiero dezir. Qué cosa es ver a un mancebo en su primera edad, la cabeça pequeña, los cabellos ruvios, la frente ancha, los ojos negros, las mexillas blancas, la nariz aguileña, los labrios colorados, la barba hendida, el rostro alegre, la garganta sacada, el cuerpo de buena cintura, los braços medianos y los dedos largos; finalmente es tan aseado y tan proporcionado en sus miembros, que se cevan los ojos en mirarle y se emplean los coraçones en amarle. Si este mancebo assí hermoso y dispuesto permaneciese con la fermosura algún largo tiempo, bien sería dessearla, bien sería procurarla, bien sería guardarla, bien sería alabarla, bien sería conservarla; porque al fin al fin si amamos la hermosura en los animales y en los edificios, con más razón la hemos de dessear en nosotros mismos. Pero ¿qué diremos?, que quando no catamos a esta florezita que ayer en el árbol estava sana, entera y hermosa, y sin sospecha de su pérdida, la elada de una calentura la quema, el viento importuno de una tribulación la tuerce, el cuchillo del enemigo la corta, las abispas de los inopinados casos la desçuman, el agua de las tribulaciones la deshaze, y el calor de las persecuciones la consume; finalmente el gusano de la breve vida la roe y para marchita y después el pedrisco de la muerte la derrueca por tierra.

¡O vida humana, que siempre estás en desdichas!, a los hados llamo crueles y a ti llamo desdichada, pues, ellos lo queriendo y tú dello no reclamando, los plazeres te dan entre sueños y los pesares te dan estando velando; el trabajo te dan en las manos que le gustes y al descanso sólo permiten que le oyas; la adversidad quieren que la prueves, mas a la

prosperidad no sino que la veas; finalmente dante por onças la vida y la muerte sin medida. Dizen los malos y viciosos que es gran plazer vivir en plazer y regalos; pues yo les juro que jamás ninguno de los mortales tuvo tanta consolación y compañía con los vicios, que no quedasse con mayor pena y soledad quando se viesse despedido dellos; porque en el corazón do mucho tiempo el vicio tuvo su asiento siempre dexa allí un no sé qué resabio por do quando buelve es recebido.

Querría yo que todos abriessen los ojos y viessen cómo viven engañados, ca todos los regozijos que regozijan el cuerpo hazénnos encreyente que vienen de asiento, y por otra parte pássanse de largo por otro camino, y por contrario las enfermedades y tristezas que cauterizan el espíritu, dizen que vienen por huéspedes y alcánsenos por moradores. Maravillado me tienes, Epésipo, porque no sospechas que será de tu hermosura en el tiempo advenidero lo que tú vees agora en la sepultura que es de los del tiempo passado. Quando los árboles están en las huertas, por la variedad de las frutas se conocen sus diferencias, conviene a saber: la enzina en las bellotas, la palma en los dátiles, el plátano en las hojas, las viñas en los razimos, pero después que se seca la raíz, se corta el tronco, se coge la fruta, se cae la hoja, y los echan en el fuego y se tornan ceniza, pregunto agora yo: en essa ceniza, ¿conocerá alguno de un árbol a otro en qué fue la diferencia? Por esta comparación quiero dezir que entretanto que la vida desta muerte y la muerte desta vida viene, todos somos como árboles en la huerta, los quales unos se conocen en las raíces de sus passados, otros en las hojas de sus palabras, otros en las ramas de sus favores, otros en las frutas de sus riquezas, otros en la corteza de ser feos, otros en las flores de ser hermosos, otros en ser baxos como enanos, otros en ser altos como gigantes, otros en ser secos como viejos, otros en ser verdes como moços, otros en ser fructíferos como ricos, otros en ser estériles como pobres. Finalmente en una cosa sola todos nos parecemos, en que todos sin quedar ninguno a la sepultura caminamos.

Pregunto agora yo: quando la muerte barajare a todos éstos en lo último de la vida, ¿qué diferencia avrá entre hermosos y feos en la estrecha sepultura? Por cierto, no avrá una ni ninguna diferencia, y si parece que avrá alguna es de parte de los sepulcros que inventaron los hombres vanos, y no me arrepiento llamarlos vanos; porque no ay igual liviandad en que no contentos los hombres ser vanos en la vida quieren sustentar su vanidad con solemne sepultura. A mi parecer, porque el cedro sea alto y hermoso no por esso su carbón es más blanco, y porque la enzina sea más baxa y fea no por esso su ceniza es más negra. Quiero dezir que muchas vezes permiten los dioses que sean más honrados los huessos de un pobre filósopho que vivió en asperezas que no los huessos [306] de los príncipes que vivieron en muchos regalos. No quiero más amenazarte con la muerte, que, según agora tú estás metido en los vicios desta vida, no querrías que aun te la mentassen por palabra; pero quiero dezirte una cosa aunque recibas pena de oýrla, y es que te criaron los dioses para morir, que te engendraron los hombres para morir, que naciste de las mugeres para morir, que vives en este mundo para morir; finalmente digo que con tal condición nacen oy unos con que mañana se morirán y darán su lugar a otros. Quando los árboles grandes y fructíferos brotan fijos por las raíces, señal es que se llega el tiempo de cortarles las ramas secas. Quiero dezir que no es otra cosa nacer los niños en casa sino emplazar a los padres y abuelos para la sepultura.

Si me preguntan qué cosa es muerte, yo diría que es un atolladero do atollan todos los desta mísera vida; porque a la verdad el que pensó passar más seguro, para siempre quedó allí entrampado. Siempre lo leý de los passados, y muchas vezes lo vi en los presentes, y pienso que lo mismo será en los siglos futuros; que, quando a uno es más dulce la vida, entra de súbito por sus puertas la muerte; y por contrario, quando uno tiene más aborrecida la muerte, sin dezir nada se le despide la vida. ¡O!, dioses inmortales, ni sé si os llame crueles, ni sé si os llame piadosos; porque nos days carne, nos days huessos, nos days honra, nos days hazienda, nos days amigos, nos days plazeres, finalmente days a los hombres que sobre todas las cosas sean poderosos, si no es la tassa de la vida, que guardastes para vosotros mismos. Pues no puedo lo que quiero, de necessidad tengo de querer lo que puedo; pero si en mi querer se dexara, yo quisiera más un día seguro de vida que no toda la riqueza de Roma; porque ¿qué aprovecha trabajar de aumentar la honra y la hazienda desminuyéndose cada día un día menos de vida?

Tornando, pues, a lo primero, conviene a saber: que te precias de dispuesto y hermoso, querría yo saber de ti y de los otros que soys moços y hermosos si os acordáys que avéys de ser viejos podridos; ca, si avéys de vivir poco, no es razón que tengáys la hermosura en mucho; porque muy ageno de toda razón es que nos dé a la rodilla la vida y nos arrastre la locura. Si los moços pensáys llegar a viejos, devéys acordaros y jamás en esto descuydaros, que el cuchillo que sirve mucho, quando no cata se le acaba el azero. Por cierto, el hombre moço no es más que un cuchillo nuevo, el qual por discurso de tiempo un día se mella en los sentidos, otro día se despunta en el juyzio; oy pierde el azero de las fuerças, mañana le toma el orín de las enfermedades; agora se tuerce con adversidades, agora se embota con prosperidades; quando de muy agudo salta por rico, quando de muy gastado no corta por pobre; finalmente muchas vezes acontecce que quanto más con regalos el filo se haze delgado, tanto más se pone la vida en peligro. Quán cierta cosa es que son necessarios pies y manos para subir a las vanidades de la mocedad, y después de un puntapié rodando descendemos en las miserias de la vejez; porque a nuestro parecer ayer conocimos a uno que era moço y hermoso, y quando no catamos, en haziendo assí, le vemos viejo podrido. Quando yo me paro a pensar y mirar a muchos hombres amigos y no amigos, a los quales no ha muchos años que yo los conocí muy verdes y muy hermosos, y agora los veo viejos y secos y enfermos y feos, pienso que lo soñé entonces, o que no son ellos agora. Qué cosa es tan espantable y si acaeciesse en uno como acaesce en muchos, casi sería increíble, ver a un hombre mísero y esto en espacio de poco tiempo que se le muda la proporción del rostro, se le pierde el lustre de la cara, la barba ruvia se torna blanca, la cabeça negra se torna calva, en las mexillas hazen surcos las rugas, las nuves ciegan los ojos como cortinas, a los dientes como marfil blancos negrece la tova, a los pies ligeros echa grillos la gota, en los braços rezios pone pasmo la perlesía, la garganta lisa con rugas está plegada y el cuerpo muy derecho en sí mismo está embevido. Sobre todo lo dicho digo esto a ti, Epésipo, que presumes de hermoso, que aquél que por su gentileza era espejo de todos quando moço, tal se vee después de viejo que dubda si es él o otro.

Haz lo que quisieres, y préciate de tu hermosura quanto mandares, que al fin al fin no es otra cosa la hermosura en los moços sino un velo para los ojos, unas piuelas para los pies, unas esposas para las manos, una liga para las alas, un sayón del reposo, un ladrón del

tiempo, una ocasión de peligros, un terrero de embidia, una sima de luxuria, y finalmente es un mullidor de ruydos y un verdugo de hombres zelosos. Pues has dexado el estudio, ya yo no tengo obligación de embiarte dineros, mayormente gastándolos como los gastas en cosas de moço. Esto no obstante, con Aulo Vegeno te embío dos mil sextercios para tus vestidos, y de verdad que serás muy ingrato si no me reconoces tan buen beneficio; porque más se ha de agradecer lo que se faze por voluntad que no lo que se haze por necesidad.

De acá no ay qué hazerte saber, sino que Annia Salaria tu hermana es casada, y ella dize que está contenta. Plega a los dioses que assí sea, porque en los casamientos los hombres pueden ayudar con dinero, pero los dioses son los que han de dar el contentamiento. Si quieres saber de Toringa, tu prima, sabe que embarcó con la flota que yva a España, y a la verdad nunca pensé yo menos della desde que estuvo tres días ascondida vía Salaria; porque la moça que temprana haze la vendimia, señal es que ha de parar con gente de guerra. De Annio Rufo, tu amigo y compañero, fágote saber que es ydo a la isla de Ponto, y va con poder y autoridad del Senado para entender en el gobierno; y, aunque es moço, junto con ello es sabio, y por esso pienso que dará buena cuenta de lo a él cometido; porque de dos extremos que son, viejos que declinan, moços que saben, yo más me aternía a la prudencia de los moços que no a las canas de los viejos.

Mi Faustina te saluda, y sey cierto que en tus negocios a lo menos conmigo te es muy propicia, y cada día me importuna que no tenga contigo yra, diciendo que los hombres cuerdos no han de hazer cuenta de las liviandades de los moços, y que no ay viejo sabio sino aquél que en todo fue moço. No te digo en este caso más, sino que siendo tú bueno, al fin no te podré negar que no seas mi sobrino, y mi antiguo criado y discípulo, para que, si en ti viere la emienda, de mí se alce la yra; porque a la verdad entre los coraçones que se aman no ay cosa que desraygue del coraçón la voluntad mala si no es la emienda de la aviessa y mala vida.

Por importunidad de mi Faustina te he escrito esta palabra, y no digo más, sino que de su parte y de la mía nos encomiendes a toda la Academia. Los dioses sean en tu guarda, y a ellos plega de dar emienda en tu vida. Marco, Emperador romano, a ti, Annio Epésipo, te escribe de su propria mano.

CAPÍTULO XLIII

Cómo los príncipes y grandes señores en los tiempos passados eran muy amigos de sabios, y de la diligencia que ponían en buscarlos. Es capítulo notable.

Una de las cosas que hizo gloriosos a los siglos antiguos y de inmortal memoria a los gobernadores dellos fue los príncipes ser diligentes en buscar sabios para traer consigo y los reynos ser obedientes en cumplir lo por ellos aconsejado; porque poco aprovecha que el rey trayga consigo un enxambre de sabios para gobernar si los del reyno están armados de malicia para no obedecer. Los príncipes que no tienen en mucho el consejo de los sabios, ténganse por dicho que han de tener en poco sus mandamientos; porque la ley que

de hecho y no de derecho se ordena no merece ser obedecida. No podemos negar los que rebolvemos las historias de los antiguos, sino que los romanos naturalmente fueron sobervios; pero no podemos negar que quan osados eran en las cosas de la guerra, tan mansos y tan templados se mostravan en las cosas de la república, y a lo cierto en esto mostrava Roma su cordura y potencia; porque assí como con feroces caudillos se destruyen los enemigos, assí con prudentes sabios se gobiernan en paz los pueblos. Muchas vezes me paro a pensar de dó procede tanta discordia entre súbditos y señores, y entre príncipes y vassallos; y, echada mi cuenta, hallo que los unos y los otros tienen razón, ca los súbditos quéxanse de la poca benignidad que hallan en sus señores, y los señores quéxanse de la mucha desobediencia que hallan en sus súbditos; porque a la verdad la desobediencia va embuelta con malicia y el mandamiento va encaminado a codicia. Ha crecido tanto la desvergüença del obedecer y hase desenfrenado tanto la ambición en el mandar, que a los súbditos les parece que el yugo de pluma es de plomo, y por contrario a los príncipes y señores les parece que contra un mosquito que buela han menester de desenvaynar la espada. Todo este daño público no viene sino de no tener los príncipes cabe sí hombres sabios que les aconsejen en secreto; porque jamás uvo príncipe bueno teniendo el consejo malo, ni jamás uvo príncipe malo teniendo el consejo bueno.

En los príncipes y prelados que gobiernan ay dos cosas: la una es la dignidad del oficio y la otra es la naturaleza de la persona; ya puede ser que uno sea bueno en su persona y malo en su gobierno, y por contrario uno sea bueno en su gobierno y malo en su persona; y por esso dezía Tulio que jamás uvo ni avrá tal Julio César en su persona ni tan mal gobernador como él fue para la república. Gran bien es que sea uno buen hombre, pero sin comparación es muy mayor bien que sea buen príncipe; y por contrario gran mal es que sea uno mal hombre, pero muy peor es que sea mal príncipe; porque el mal hombre solamente es malo para sí, pero el mal príncipe no sólo es malo para sí, pero es malo para los otros. Quanto la ponçoña está por el cuerpo más derramada, tanto en mayor peligro pone la vida. Quiero dezir que quanto más puede un hombre sobre la república, tanto más daño haze si tiene la vida aviessa.

Yo no sé por qué los príncipes y grandes señores son tan curiosos en buscar los mejores médicos para curar sus cuerpos, y junto con esto son tan remissos en buscar hombres sabios para gobernar sus reynos; porque a la verdad sin comparación es mayor daño la mala gobernación en la república que no la enfermedad en su persona. Hasta oy no hemos leydo ni menos visto por falta de médicos perderse el rey ni perderse sus reynos, pero por falta de sabios consejeros infinitos reyes y reynos hemos visto ser assolados. La falta de un médico puede causar peligro en una persona, pero la falta de un sabio puede acarrear mucha discordia en el pueblo; porque a la verdad en tiempo que ay revoluciones en los pueblos, mayor provecho haze un consejo maduro que cien purgas de ruybarbo. Isidoro, libro iiii de sus *Ethimologías*, afirma que por espacio de quatrocientos años estuvieron los romanos sin médicos, ca Esculapio, hijo de Apolo, fue el último médico en Grecia, y Archabuto, hombre tan insigne en la medicina, pusiéronle en el templo de Esculapio una estatua; porque eran tan agradecidos los romanos, que a uno que se estremava en hazer una cosa señalada o le pagavan con pecunia, o le ponían estatua, o le libertavan en la república. Ya después que el médico Archabuto era viejo y estava rico, como por ocasión de algunas úlceras y llagas peligrosas cortasse braços y piernas, a los romanos

paresciéndoles que era hombre crudo, sácanle por fuerza de su casa y apedréanle en el campo Marcio. Y desto no se maraville nadie, porque a las vezes menos mal es en una enfermedad sufrir los dolores que no esperar los crueles remedios que nos aplican los cirujanos. Es de saber si en el tiempo que Roma estuvo sin médicos si estuvieron los romanos desbaratados y perdidos; a esto respondo que jamás tuvieron ellos tiempos tan prósperos como fue en aquellos cccc años que estuvieron sin médicos; porque entonces se perdió Roma quando en Roma admitieron los médicos y alañaron de Roma los filósofos. No digo esto por prejudicar a los médicos, ni me parecería que los príncipes deven estar sin ellos; y que, según ya es flaca la carne umana, cada día tiene necesidad de ser socorrida; que a la verdad los médicos cuerdos y sabios no nos dan sino sanos consejos, porque no nos persuaden sino a que en el comer, en el beber, en el dormir, en el andar y en el negociar seamos sobrios y tomemos los medios.

El fin porque digo esto es persuadir a los príncipes y perlados y grandes señores que de la mucha diligencia que ponen en buscar médicos y de los muchos dineros que gastan en sustentarlos y contentarlos, que hiziessen alguna cosa destas en buscar hombres sabios para aconsejar sus personas y poblar sus consejos; porque si supiessen los hombres qué cosa es tener a un sabio que mande su casa, por un solo sabio darían toda su hazienda. No poca compassión es de tener a los príncipes y grandes señores que pierden muchos días en el mes y muchas horas en el día en hablar de guerras, de edificios, de armas, de manjares, de bestias, de caças, de medicinas, y aun a las vezes de vidas ajenas; y esto con personas más virtuosas que sabias, los quales ni saben mover plática de alto estilo, ni menos dar conclusión en lo que está platicado. Muchas vezes acontece que el príncipe mueve una plática, y muévela delante aquéllos a los quales por escripto, ni por oídas jamás vino a su noticia; y después assí se ponen a determinarla o, por mejor dezir, a porfiarla, como si toda su vida ovieran estudiado en ella, lo qual procede de mucha desvergüença y de poca criança; porque los privados delante sus príncipes con licencia pueden hablar, pero por privados que sean con licencia ni sin licencia no les es lícito porfiar. Helio Sparciano, en la *Vida de Severo Alexandre*, dize que el Emperador Severo fue una vez preguntado por un embaxador de Grecia que cuál era la cosa que más pena le dava en Roma. Respondió Severo: «No ay cosa que más enojo me faga que, quando yo estoy en plazer, levanten mis criados una porfía; y no me enojo porque me pesa que las cosas sean disputadas y aclaradas, sino quando uno es muy porfiado sin tener en lo que dize fundamento; porque el hombre que da razón de su dicho no se puede llamar porfiado.»

Fue preguntado una vez al grande Emperador Theodosio qué avía de hazer un príncipe para ser bueno. Respondió Theodosio: «El príncipe virtuoso, quando fuere camino, han de yr sabios con él hablando; quando comiere, han de estar sabios a su mesa disputando; quando se retruxere, con sus sabios ha de estar leyendo; finalmente todo el tiempo que le vacare con sus sabios le han de hallar aconsejando; porque no es tan atrevido el cavallero que entra sin armas en la batalla como el príncipe que sin aconsejarse de sabios quiere regir la república.» Lampridio, libro *De gestis romanorum*, dize que el Emperador Marco Aurelio jamás a su comer, a su acostar, a su levantar, a su caminar, ni en público, ni en secreto permitió que se hallassen con él locos, sino sabios, y a la verdad tenía razón; porque no ay cosa de veras ni de burla que los hombres quieran en este mundo que no la

hallen mejor en un sabio que en un loco. Si un príncipe está triste, ¿por ventura no sabrá mejor consolarle un sabio con dichos de la Escritura que no un loco con palabras de locura? Si un príncipe está próspero, ¿por ventura para sustentarse en aquella prosperidad no le valdrá más acompañarse con un hombre cuerdo que no fiarse de un loco malicioso? Si un príncipe tiene necesidad de dineros, ¿por ventura no le dará el sabio mejores medios para averlos que no un loco, que jamás hace sino pedirlos? Si un príncipe quiere passar tiempo, ¿por ventura no se desenojará mejor oyendo a un sabio historias muy sabrosas de los tiempos passados, que no escuchando a un loco cosas desonestas y aun dichos maliciosos de los tiempos presentes?

Lo que dixe de los médicos, lo mismo digo de los locos, ca no digo yo que no los tengan para sus passatiempos, aunque a la verdad mejor diremos que son para perder el tiempo que no para passar el tiempo; porque justamente se llama tiempo perdido lo que se gasta sin servicio de Dios ni provecho del próximo. De lo que estoy maravillado, y aun escandalizado, es no tanto de lo mucho que pueden en casa de los señores los hombres sandios y locos, quanto de lo poco que pueden y en lo poco que tienen a los hombres prudentes y sabios; porque gran injusticia es que en casa de los príncipes entren los locos hasta la cama y no pueda entrar un sabio aun en la sala, de manera que para los unos no ay puerta cerrada y para los otros no ay puerta abierta. Los que agora somos, con razón loamos a los que ante nosotros fueron, no por más sino que en los tiempos passados, siendo muy pocos los sabios y estando el mundo lleno de bárbaros, dessos mismos bárbaros en suprema reverencia los sabios eran tenidos; porque mucho tiempo duró esta costumbre en Grecia, que quando passava un philósopho cabe un greciano se avía de levantar, y aviéndole de hablar no se podía assentar. En contrario desto, todos los que vinieren después reprehenderán a los que agora somos, en que aviendo oy como ay tan gran hueste de sabios, y viviendo no entre bárbaros, sino entre christianos, es lástima verlo y afrenta escrevirlo, ver en quán poco son tenidos; porque oy por nuestros pecados no los que saben más sciencia, sino los que tienen más hazienda, aquéllos mandan más en la república.

Yo no sé si los ha ya depravado la sabiduría, o que ya el mundo totalmente tiene perdido el gusto della, que apenas ay oy sabio que limpiamente viva solo por ser sabio, sino que le es necessario aun para ganar de comer ser bullicioso. ¡O!, mundo, ¡o!, mundo, yo no sé cómo escapa de tus manos, ni cómo se defiende de tus peligros el hombre simple y ydiota, quando los hombres sabios y prudentes aun con toda su sabiduría apenas pueden tomar tierra segura; porque todo lo que saben todos los sabios desta vida, todo lo han menester para defenderse de tu malicia. Leyendo lo que leo de los tiempos passados, y viendo lo que veo en los tiempos presentes, en duda estoy cuál fue mayor: o la solicitud que tuvieron los príncipes virtuosos en buscar sabios para sus consejos, o la mucha cobdicia que tuvieron otros en descubrir minas y mineros para sus thesoros. Hablando en este caso lo que siento, yo les juro a todos los que tienen cargo de gobierno, no me da más sea príncipe, sea perlado, sea hombre privado, que algún día querrían tener cabe sí a un sabio que fuesse verdaderamente sabio, más que no todo el thesoro que tienen athesorado; porque al fin al fin del buen consejo siempre se recrece provecho y del mucho thesoro siempre se presume peligro.

Antiguamente quando morían los príncipes virtuosos, y dexavan a sus hijos por sucesores de sus reynos, y junto con esto por ser moços veían que en las cosas del reyno no quedavan instructos, más solicitud ponían en darles ayos que les enseñassen buenas doctrinas que no en darles mayordomos que les aumentassen sus rentas; porque a la verdad la república, si se defiende con thesoros, no se gobierna sino con buenos consejos. Muchos vicios suelen tener los príncipes que son moços, a los quales por una parte la mocedad los combida y por otra la honestidad ge los niega; y, en los tales, los tales vicios son muy peligrosos, en especial si no tienen sabios que para salir dellos les den buenos consejos; porque con la tierna edad no los saben refrenar y por la mucha libertad no se los osan castigar. Sin comparación, los príncipes tienen más necesidad de tener cabe sí sabios para aprovecharse de sus consejos que no ninguno de todos los otros sus súbditos; porque como están en el miradero de todos para mirar, tienen menos licencia que ninguno de su reyno para errar; ca si miran a todos y tienen licencia de juzgar a todos, sin licencia ellos son de todos mirados y aun juzgados. Mucho deven parar mientes los príncipes de quién fían la gobernación de sus reynos, a quién encomiendan sus exércitos, con quién embían las embaxadas a tierras estrañas, de quién fían el coger y guardar de sus thesoros, pero mucho más deven mirar y examinar a los que eligen por sus privados y consejeros; porque qual fuere la compañía que el príncipe tuviere en su consejo y casa, tal será la fama que tendrá en la tierra estraña y en la república propia. Si contra su voluntad oyen y saben cada día los príncipes la vida de todos los que residen en su república, ¿por qué de su voluntad no examinarán y corregirán a su casa? Sepan los príncipes, si no lo saben, que de la limpieza de sus criados, de la providencia de sus consejos, de la cordura de su persona y de la orden y concierto de su casa depende todo el bien de la república; porque es imposible estando en el árbol las raýzes secas veamos en las ramas verdes las hojas.

CAPÍTULO XLIV

Cómo el Emperador Theodosio a la hora de la muerte proveyó que sus hijos Arcadio y Honorio fuessen con hombres sabios criados; y de lo que passó entre el ayo destos dos príncipes y un philósopho; y pónense aquí diez géneros de hombres viciosos que han de ser de las casas de los príncipes alañados.

Ignacio, el historiador, cuenta, en el libro que compuso *De los dos Theodosios, y de los tres Arcadios, y quatro Honorios*, que el primero y gran Theodosio, teniendo edad de cincuenta años y aviendo governado el imperio xi, queriéndose morir como de hecho murió, llamó a Arcadio y a Honorio, sus dos fijos, y dióles a Estellicón y a Rufino por ayos y por gobernadores de sus estados y señoríos. Ante que muriesse el padre ya avía criado césares a los hijos; y a la verdad los moços no tenían más de cada xvii años; y parecióle al viejo que aún no estaban maduros para governar tantos y tan grandes reynos; y a esta causa les dio tales tutores y ayos. No es regla general ésta: en que si uno ha xxv años tenga más prudencia para governar los reynos que no otro de xvii años, ca cada día lo vemos que aprovamos y loamos x años de uno, y reprovamos y maldezimos xl años en otro. Muchos príncipes ay que, si son en la edad tiernos, son en el seso maduros; y por contrario ay otros príncipes que son en la edad ancianos y son en el seso muy tiernos. Quando murió el buen Emperador Vespasiano, competían sobre el Imperio Tito, su hijo,

y otro senador viejo; y a Tito no tachavan otra cosa sino que era muy moço; y, como llegassen a votar sobre el caso, dixo el senador Rogerio Patroclo en el Senado: «Para mí, más quiero príncipe moço y cuerdo que no príncipe viejo y loco.»

Tornando, pues, al propósito de los hijos de Theodosio, Estellicón, que fue el ayo de Arcadio, hablando un día con un philósopho griego y muy sabio que avía nombre Epimundo, díxole:

Ya sabes, Epimundo, que tú a mí y yo a ti nos conocemos; y cómo en el palacio del Emperador Theodosio, mi señor, nos criamos; y cómo él es muerto y nosotros vivimos; y cuánto fuera mejor que él viviera y nosotros muriéramos; porque para ser criados de príncipes ay muchos, pero para ser príncipes buenos ay muy pocos. Yo no siento otro mayor trabajo en este mundo que es conocer a muchos príncipes en su reyno; porque el hombre que ha visto muchos príncipes en su vida, ha visto muchas novedades y tribulaciones en la república. Ya sabes que quando murió Theodosio, mi señor, me dixo estas palabras, y aun las palabras yvan acompañadas de suspiros y bañadas en lágrimas:

«¡O!, Estellicón, ya vees que muero y estoy para el otro mundo de camino, do tengo de dar estrecha cuenta de todos los reynos que he tenido a cargo; y a esta causa, quando pienso en mis pecados, tengo gran temor, pero quando pienso en la misericordia de Dios, tengo muy mayor esperança. Justo es que esperemos en su misericordia, pero también es razón que temamos su rigurosa justicia; porque a la verdad no se sufre en la ley christiana vivir como vivimos los príncipes en este mundo con tanto regalo y después sin hazer más penitencia esperemos yrnos derechos al Paráyso. De que pienso los muchos beneficios que de Dios he recebido; de que pienso los muchos pecados que he hecho; de que pienso los muchos años que he vivido; de que pienso lo poco que he aprovechado; de que pienso quán inútilmente he gastado el tiempo, por una parte no me querría morir porque he miedo, y por otra parte no querría más vivir pues ya no aprovecho. El hombre de mala vida, ¿para qué quiere más vida? Ya mi vida es acabada, y el tiempo es muy breve para tomar emienda della. E pues Dios no quiere sino el coraçón contrito, de todo coraçón me arrepiento, y de su justicia para su misericordia apelo; porque según nuestra gran culpa para darnos su eterna gloria, mucho ha Dios de poner de su casa. E protesto que muero en la Sancta Fe Cathólica, y encomiendo a Dios mi ánima, y encomiendo mi cuerpo a la tierra, y a vosotros, Estellicón y Rufino, mis fieles criados, os encomiendo a mis muy caros hijos; porque en esto se vee ser grande el amor de los hijos, en que entre los dolores de la muerte no puede el padre olvidarlos. En este caso una sola cosa os amonesto, una cosa os pido, una cosa os ruego y una cosa os mando; y es que con mis hijos no ocupéys los coraçones en aumentar sus reynos, sino que pongáys los ojos en darles buenos criados; porque sólo de tener conmigo hombres virtuosos y sabios alcancé y substenté tantos y tan grandes reynos. Gran bien es que tenga el príncipe capitanes fuertes para la guerra, pero sin comparación es mayor bien tener hombres sabios en su casa; porque al fin la victoria de la batalla consiste en las fuerças de muchos, pero la governación de la república a las vezes se fía del parecer de uno.»

Estas tan lastimosas palabras me dixo mi señor Theodosio. Dime, Epimundo, ¿qué haría agora yo para cumplir su mandamiento?, porque no llevaba él en su coraçón cosa más

atravessada que pensar si sus hijos avían de perder o aumentar la república. Tú, Epimundo, eres griego, tú eres filósofo, tú eres cuerdo, tú eres antiguo criado, tú eres mi fiel amigo; pues por cada una destas cosas eres obligado a darme un sano consejo; porque muchas vezes le oý dezir a Theodosio, mi señor, que no se podía llamar sabio el que tuviesse ni rebolviesse muchos libros, sino el que supiesse y diesses sanos consejos.

Respondió a estas palabras el filósopho Epimundo:

Ya sabes tú, señor Estellicón, que los antiguos y grandes filósophos nos dexaron por doctrina que los verdaderos filósophos han de ser muy breves en palabras y muy cumplidos en las obras; porque de otra manera hablar mucho y obrar poco más es de hombre tyrano que no de filósopho griego. El Emperador Teodosio fue señor tuyo y fue amigo mío, y digo amigo a causa que es libertad del filósopho griego a ningún superior reconocer vassallazgo; porque no puede tener verdadera sciencia el que para reprehender los vicios tiene cerrada la boca. Una cosa me contentó de Theodosio sobre quantos príncipes uvo en el Imperio Romano, y es que sabía y hablava muy bien de todos los negocios, y tenía muy gran promptitud en la execución dellos; ca todo el daño de los príncipes está que en blasonar de los vicios y virtudes son muy zelosos, y en castigar y executarlos son muy tibios; porque los tales príncipes ni saben permanecer en la virtud que loaron, ni menos resistir al vicio que vituperaron.

Yo confieso que Theodosio fue justiciero, fue piadoso, fue magnánimo, fue sobrio, fue esforçado, fue verdadero, fue zeloso, fue agradescido; finalmente en todas las cosas y en todos los tiempos fue bien fortunado; porque los príncipes virtuosos y venturosos muchas cosas les acarrea fortuna como ellos las querían y otras vezes muy mejor que ellos las pensavan. Presupuesto que es verdad como es verdad que a Teodosio le fueron siempre prósperos los tiempos, estoy en duda si se continuará esta prosperidad en la sucesión de los hijos; porque es tan mudable la prosperidad mundana, que morando con uno solo haze mil mudanças cada momento (quanto más obligarse a permanecer con el segundo erederero). De cavallos castizos suelen salir potros indómitos y rixosos; y assí de padres virtuosos suelen nascer fijos mal disciplinados; porque los tristes hijos eredan de sus padres lo peor, que es la hazienda, y quedan deseredados de lo mejor, que es la nobleza.

Lo que siento en este caso, assí del padre muerto como de los hijos vivos, es que Theodosio de hecho fue muy virtuoso, y los hijos tienen habilidad para seguir lo bueno y lo malo, y por esso es necessario que desde agora los pongas en el camino; porque gran peligro tiene el príncipe moço quando desde la mocedad echa por el camino aviesso. Hablar en particular de Arcadio y de Honorio, hágote saber, Estellicón, que es escusado pensar que en ello yo tengo de gastar tiempo; porque las cosas de los príncipes son muy delicadas, y, si tenemos licencia de loar sus hazañas, tenemos obligación a dissimular sus culpas. Como padre sabio rogóte Theodosio que diesses a sus hijos buena compañía, pero yo como amigo te aviso que los guardes de mala; porque al fin al fin acompañarse con malos y despegarse de buenos todo es malo, pero mayor mal se nos sigue de la presencia de los malos que no de la ausencia de los buenos. Ya puede ser que esté uno solo y sin compañía de buenos, y con esto sea bueno; pero estar uno acompañado de malos y que

con esto sea bueno, yo lo tengo por dudoso; porque el día que se acompaña uno de viciosos, aquel día se obliga estar sujeto a los vicios.

¡O!, Estellicón, pues desseas tanto cumplir lo que te mandó tu señor Theodosio, si no pudieres hazer que Arcadio y Honorio agora que son príncipes moços se acompañen con buenos, a lo menos desví de su compañía a los malos; porque en las cortes de los príncipes no son otra cosa los hombres viciosos sino unos solicitadores que tiene allí el mundo a que soliciten los vicios. Quántos solicitadores de diversas naciones emos visto tú y yo en Roma, los quales, olvidados los negocios de sus señores, solicitavan para sí vicios y plazer. Qué tales ayan sido en los tiempos passados los criados de los príncipes, esto yo no lo quiero dezir; pues qué tales ayan de ser cualquiera lo osará declarar. Solamente te quiero dezir no de los que con los príncipes han de privar, sino de aquéllos que aun en las casas reales no avían de vivir; porque los criados y privados de los príncipes avían de ser tan justos, que ni hallasse una tigera qué cortar de su vida, ni tuviesse necesidad de dedal y aguja para remendar su fama. Si tú, Estellicón, has oýdo lo que he dicho, oye agora lo que te quiero dezir y encomiéndalo a la memoria, que por ventura te aprovechará algún día.

En casa de los príncipes no deven estar, ni menos privar, hombres sobervios; porque gran inconveniente es que priven con el príncipe los que ni tienen dulces palabras para mandar ni tienen blando corazón para ser mandados.

En casa de los príncipes no deven estar, ni menos privar, hombres embidiosos; porque si entre los privados del príncipe reyna embidia, siempre avrá dissensión en su casa y república.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres yracundos; porque muchas vezes acontece que de ser los privados mal sufridos vienen a que los pueblos del príncipe estén descontentos.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres avaros ni codiciosos; porque gran ocasión es para que los príncipes no sean de sus pueblos amados ver que sus criados siempre tienen abiertas las manos a recibir servicios.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres carnales; porque lleva tan poca emienda el vicio de la carne, que el privado que con infamia está totalmente de la carne vencido, siempre a su príncipe avía de ser sospechoso.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres voraces ni glotonos; ca como los privados principalmente ayan de servir a sus príncipes de buenos consejos, por cierto (y aun a mi parecer), el hombre después de muy hart, más ábile estará para dar un regüeldo indigesto que no para dar un consejo maduro.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres blasphemos; porque el criado que se atreve a blasfemar de su Criador en público, muy mejor porná la lengua en su príncipe de secreto.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres perezosos ni regalados; porque después de la Providencia divina no ay cosa que más ayude a ser los príncipes poderosos que ser sus criados y privados fieles y solícitos.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres infames; porque no se puede escusar el príncipe que no le redarguyan de culpa quando sostiene en su casa real algún criado infame de pública infamia.

En casa de los príncipes no deven estar, ni privar, hombres ydiotas y simples; porque no se pierden los reynos porque sus príncipes sean moços, sean sueltos, sean viciosos, sino porque son simples, son maliciosos y son viciosos sus consejeros.

¡Hay, hay, hay de la tierra do el señor es vicioso, el súbdito bullicioso, el criado cobdicioso y el que da los consejos es simple y malicioso!; porque entonces se acaba de perder la república, quando ygnorancia y malicia reyna en el governador della.

Éstas son las palabras que passaron entre sí el noble cavallero Estellicón y el philósopho Epimundo sobre la criança de los príncipes Archadio y Honorio. Y porque vean los juezes y perlados que agora tienen cargo de gobernar pueblos en quánto los antiguos tenían tener cabe sí sabios, no obstante lo dicho, quiero traer aquí algunos notables y antiguos exemplos.

CAPÍTULO XLV

Cómo Creso, rey de los lidos, fue muy amigo de sabios, y de una carta que escribió al philósopho Anatharso, y de otra carta que le responde el mismo philósopho; y de siete géneros de hombres viciosos que los príncipes tienen en sus casas, por los quales no es honesto a los hombres sabios morar en ellas.

En el año de la creación del mundo de quatro mil ccclv, en la tercera edad del mundo, siendo rey de los assirios Sardanápalo, y siendo rey de los ebreos Ozías, y siendo pontífice del templo el santo Elchías, y siendo viva Rea, madre que fue de Rómulo, en el segundo año de la primera Olimpiada, tuvo principio el grande y muy famoso reyno de los lidos. Según dize Plinio, libro v *Naturalis Historie*, Lidia es en Asia la menor, y llamóse primero Meonia, después se llamó Lidia y agora se llama Morea. Este reyno de los lidos tuvo ciudades muy insignes, conviene a saber: a Épheso, a Cholofoir, a Calzomena y a Phorca. El primero rey de los lidos fue Ardisio, varón de gran ánimo y de nación griego, y reynó xxxvi años; el ii rey fue Aliaces, y reynó xiiii años; el iii rey fue Meleo, y reynó xii años; el iiii rey fue Candanle, y reynó iiii años; el v rey fue Gingio, y reynó v años; el vi rey fue Cerdo, y reynó vi años; el vii rey fue Sadiates, y reynó xv años; el viii rey fue Aliates, y reynó xlix años; el ix rey fue Creso, y reynó xv años.

Deste rey Creso cuenta Xenophón que fue más esforçado en las cosas de la guerra que no dispuesto en su persona, aunque era coxo de un pie, tuerto de un ojo, en la cabeça no

tenía pelo y en el cuerpo le faltava muy poco para ser enano. Junto con esto, fue este rey Creso hombre muy justo, muy verdadero, muy magnánimo, muy piadoso, muy esforçado y, sobre todo, muy enemigo de los ignorantes y muy amigo de los sabios. Deste rey Creso dize Séneca en el libro *De clemencia* que fue tan amigo de sabios, que los griegos, en los quales estuvo la fuente de la eloqüencia, le llamavan no amador, sino enamorado de sabios; porque jamás hombre enamorado hizo tanto por alcançar una dama, quanto él hazía por traer un sabio a su tierra. Siendo, pues, este rey Creso señor de muchas bárbaras naciones, las quales eran más amigas de beber sangre de inocentes que no de aprender sciencias de hombres prudentes, acordó Creso como excellent príncipe para la consolación de su persona y para el remedio de la república buscar todos los mejores sabios que avía en la Grecia.

En aquellos tiempos florecía el muy famoso philósopho Anatharso, el qual, aunque avía nascido entre los scithas, residía en Athenas; porque en la academia de Athenas no reprochavan a los que eran bárbaros, sino a los que eran viciosos. A este filósofo Anatharso embió el rey Creso un embaxador no con poca auctoridad y riqueza a persuadirle, a combidarle, a rogarle y aquellos dones presentarle para que tuviesse por bien de venir a ver su persona y dar orden en la reformación de su república. El rey Creso, no contento con los muchos dones que le embiava y con lo que por su embaxador le ofrescía, de su propria mano le escribió esta carta.

Carta del rey Creso al philósopho Anatharso

Creso, rey de los lidios, a ti, Anatharso, el gran philósopho que resides en Athenas, salud a tu persona y aumento de virtud te desea. En esto verás cuánto te amo, en que sin verte ni conocerte te escribo; porque las cosas que por los ojos no han sido vistas pocas vezes del corazón son amadas de veras. Si tuvieses en poco, como a la verdad es poco, los dones que te embío, ruégote tengas en mucho el ánimo y voluntad con que te los embío; porque los corazones generosos no lo que les dan, sino lo que les dessean dar reciben. Yo desseo corregir esta tierra bárbara, yo desseo ver emendada la república, yo desseo algún exercicio bueno para mi persona, yo desseo dar otra orden de la que ay en mi casa, yo desseo comunicar con un sabio algunas cosas de mi vida; y ninguna de todas estas cosas se pueden hazer sin tu presencia; porque jamás se hizo cosa buena si no anda de por medio la sabiduría. Yo soy tuerto, yo soy coxo, yo soy pelado, yo soy contrahecho, yo soy enano, yo soy negro, yo soy corcobado; finalmente entre los hombres yo soy monstruo. Pero todas estas fealdades públicas no igualan con otra fealdad que me queda secreta, conviene a saber: que soy tan desdichado, que no tengo conmigo un philósopho; porque no ay igual fealdad ni torpedad en el mundo como es no tener compañía o conversación con un hombre sabio. Téngome por muerto, aunque a los simples parezco bivo, y es la causa de mi muerte que no tengo conmigo ningún sabio; porque a la verdad sólo aquél vive entre los vivos que está rodeado de sabios. Mucho te ruego que vengas, y por los inmortales dioses te conjuro de venir no te escuses; y, si no lo hizieres por lo que yo te ruego, hazlo porque eres obligado; porque muchas vezes condescienden los hombres a hazer aquello que aun no querrían oír más por cumplir con la nobleza propria que no por satisfacer con la demanda agena. Creerás y tomarás lo que mi embaxador de

mi parte te diere y te dixere allá, y por esta mi letra te prometo que, venido acá, seas despensero de mis thesoros, único consejero en mis negocios, secretario de mis secretos, padre de mis hijos, reformador de mis reynos, ayo de mi persona, caudillo de mi república; finalmente Anatharso será Creso porque Creso sea Anatharso. No digo más sino que los dioses sean en tu guarda, y a esos dioses ruego encaminen tu venida, etc.

Partióse el embaxador para Athenas llevando consigo esta carta y mucho oro y joyas; y acaso estava Anatharso leyendo en la achademia, y el embaxador díxole allí en público la embaxada, y presentóle los dones, y dióle la carta, de lo qual estavan todos espantados en la academia; porque los príncipes bárbaros no buscavan philótophos para gobernar la república, sino para quitarles la vida. El gran philótopho Anatharso, oyda la embaxada, y vistos los dones, y rescebida la carta, sin mostrar mudança en el rostro, ni elación en la persona, ni turbación en la lengua, ni cobdicia en la riqueza, luego allí delante todos los philótophos dio por palabra la respuesta, y conforme a ella escribió de su propria mano esta carta.

Carta del filósofo Anatharso para el rey Creso

Anatharso, el menor de los filósofos, a ti, Creso, el mayor y más poderoso rey de los lidos, la salud que le desseas y el aumento de virtud que le embías te embía. Muchas cosas nos dizen acá assí de tu reyno como de ti, y muchas cosas os dizen allá assí de nuestra achademia como de mí; porque mucho se ceva el corazón umano en saber las condiciones y vidas de todos los del mundo. Dessear y procurar de saber todas las vidas de los malos para emendar las nuestras es bueno; dessear y procurar de saber las vidas de los buenos para imitarlas es muy bueno; pero, ¿qué haremos?, que los malos no dessean oy saber las vidas de los malos sino para encubrirlos, y no dessean saber la vida de los buenos sino para perseguirlos. Hágote saber, ¡o!, rey Creso, que los filósofos de Grecia no sienten tanto trabajo en ser virtuosos quanto sienten en defenderse de los malos; porque a la virtud, si le hazéys rostro, luego de vos se dexa tomar; pero el malo, por beneficios que le hagan, jamás se dexa vencer. Bien tengo yo creýdo que no es tan grande la tyranía de tu reyno como dizen acá, ni tampoco has tú de creer que soy yo tan virtuoso como te informan allá; porque a mi parecer los que cuentan nuevas de tierras estrañas son como los pobres que traen las ropas muy remendadas, que son más los remiendos que añaden de viejo que no el paño que tienen suyo proprio. Guárdate, rey Creso, y no seas tú como son los príncipes bárbaros, que tienen buenos dichos y malos hechos, porque quieren encubrir con dulces palabras la infamia de sus malas obras. No te maravilles de que nosotros los filósofos huyamos de vivir con príncipes que tienen cargo de regir reynos; ca los príncipes malos en sus casas no quieren tener sabios sino para escusa de sus yerros, porque haziendo (como hazéys) las cosas de hecho y no de derecho, queréys que piense el vulgo las hezistes por consejo del sabio.

Hágote saber, rey Creso, que el príncipe que dessea regir muy bien su pueblo no se ha de contentar con tener en su casa solamente un sabio; porque no es justo que la gobernación de muchos se fíe del parecer de un solo. Tu embaxador lo dixo por palabra, y lo mismo suena tu carta: que has sabido cómo a mí me tienen por hombre sabio en toda la Grecia, y

que (esto presupuesto) me ruegas tenga por bien de yr a gobernar tu república. Y por otra parte en hazer lo que hazes me condenas por ydiota, porque pensar tú que yo avía de tomar tu oro, no era otra cosa sino motejarme de necio. Ésta es la suprema prueba del que es verdadero philósopho, conviene a saber: si es verdadero menospreciador de las cosas del mundo; porque jamás se compadecieron la libertad del ánima y la solicitud de los bienes desta vida. ¡O!, rey Creso, hágote saber que no se llama sabio el que sabe más de los cursos del cielo, sino el que sabe menos de las cosas del mundo; porque el verdadero philósopho más provecho halla en ygnorar lo malo que no en aprender lo bueno. Hágote saber que yo tengo edad de sesenta y siete años, en los quales jamás reynó en mí yra si no fue quando me dieron tu embaxada y a mis pies vi puesta tanta riqueza; porque aquel hecho arguyó o que en ti faltava la cordura o que en mí sobrava la cobdicia. Ay te torno a embiar el oro que me embiaste, y tu embaxador te dirá como testigo de vista en qué manera tu oro escandalizó a toda la Grecia, ca jamás fue oydo ni visto en la achademia de Athenas entrar oro; porque a los philósophos de Grecia no sólo tener riquezas les pornían culpa, mas aun mostrar dessearlas les sería infamia.

¡O!, rey Creso, si no lo sabes, es razón que lo sepas: que en los estudios de Grecia no aprendemos a mandar, sino a ser mandados; no a hablar, sino a callar; no a resistir, sino a obedecer; no adquerir mucho, sino contentarnos con poco; no a vengar offensas, sino a perdonar injurias; no a tomar lo ageno, sino a dar lo nuestro proprio; no a ser honrados, sino trabajar de ser virtuosos; finalmente deprendemos a aborrecer lo que los otros aman, que es la riqueza, y aprendemos a amar lo que los otros aborrecen, que es la pobreza. O tú pensavas que aquel oro yo lo avía de recibir, o no. Si pensaste que yo recibiera tu oro, justo fuera que después tú no me recibieras en tu palacio; porque el hombre cobdicioso gran infamia es que sea al príncipe acepto. Si pensaste que no lo avía de recibir, no fueste cuerdo en tomar trabajo de me lo embiar; porque nunca los príncipes deven emprender tales cosas en que piensen que los súbditos les han de perder la vergüença en ellas. Cata, rey Creso, que aprovecha poco buscar con diligencia al médico y después no hazer cosa de lo que por él es ordenado. Quiero dezir que no aprovechará, mas ante dañará, yr yo a tu república y después no hazer lo que yo ordenare en ella; porque gran daño se sigue con xaropes alterar los humores si después no toman la purga para alançarlos. Por remediar esse tu reyno bárbaro y por satisfazer a tu buen desseo, yo determinaré de condecender a tu ruego y cumplir tu mandamiento, con tal que de las cosas siguientes tú me hagas seguro; porque no ha de hazer el labrador la sementera, si primero no tiene la tierra bien barbechada.

Lo primero, has de perder la mala costumbre que tenéys los reyes bárbaros, conviene a saber: en atesorar y no gastar los thesoros; porque todo príncipe que es muy cobdicioso de thesoro es imposible sea capaz de buenos consejos.

Lo segundo, has de desterrar no sólo de tu casa, mas aun de tu corte, a todos los hombres lisongeros; porque el príncipe que es amigo de lisonjas necessario es que sea enemigo de verdades.

Lo tercero, has de dexar la guerra injusta que agora tienes con los de Corintho; porque todo príncipe que es amigo de guerra estraña forçado ha de ser enemigo de la paz de su república.

Lo quarto, has de despedir de tu casa y compañía a todos los juglares y maestros de farsas; porque el príncipe que mucho se ocupa en cosas de burlas, al tiempo del menester mal se aplicará a las cosas de veras.

Lo quinto, has de proveer que todos los perezosos y vagabundos de tu persona sean desprivados y de tu casa despedidos; porque ociosidad y pereza crudos enemigos son de la sabiduría.

Lo sexto, has de apartar y desterrar de tu Corte y Casa a todos los hombres bulliciosos y mentirosos; porque quando en la casa del príncipe se sufre tratar mentiras, es señal que el rey y el reyno van de cayda.

Lo séptimo, has de prometer que en todos los días de tu vida no has de importunarme que reciba ninguna cosa, ca el día que tú me corrompieres con dones será necessario corromperte yo con malos consejos; porque no ay sano consejo sino el del hombre que no es cobdicioso.

Si con estas condiciones el rey Creso quisiere al philósopho Anatharso, el philósopho Anatharso querrá la compañía del rey Creso; y si no, más quiero ser discípulo de philósophos que no rey de bárbaros. *Vale, felix rex.*

Quánta fue la humanidad y bondad de aquel príncipe Creso en humillarse a escribir a un pobre philósopho, y quán grande fue el ánimo del philósopho en menospreciar el oro y dezir lo que dixo sobre aquel caso, no es necessario lo escriba mi pluma, pues lo manifiesta su letra. Noten, pues, aquí los príncipes qué tales han de ser los sabios que han de elegir, y noten aquí los sabios con qué condiciones en las casas de los príncipes han de entrar; porque ésta es una venta en la qual pocas vezes una de las partes no se halla engañada.

CAPÍTULO XLVI

Quién fue Phálaris el tyrano, y cómo fue muy sabio, y cómo mató a un artífice porque inventó un género de tormento, y de las sentencias que dixo en sus epístolas, y cómo fue muy gran amigo de sabios, y de una carta que escribió a un philósopho que le motejó de tyrano.

En el año último del reyno de los latinos, y en el primero año del reyno de los romanos, siendo rey de los hebreos Ezechías, y siendo pontífice en el templo sancto Azarías, y siendo propheta en Judea Abacuc, y siendo rey en Babylonia Merodach, quando los lacedemonios fundaron a Bizancio, fue el muy famoso tyrano Phálaris. Deste Phálaris dize Ovidio que fue hombre muy feo en el rostro, en los ojos vizco, y de tener riquezas

muy cobdicioso, y en todas las cosas que prometía era fementido, con sus amigos era ingrato, y con sus enemigos crudelíssimo; finalmente fue tal, que las tyranías que estavan en otros a pedaços se hallaron en él juntas. Entre todas las iniquidades que inventó, y entre todas las tyranías que obró, tuvo este tyrano una virtud muy grande, y fue que, assí como fue único tyrano entre todos los tyranos, assí fue único amator y amigo de philósophos y hombres sabios. No se halla que, en xxxvi años que tyranizó este tyrano, alguna persona llegasse a su barba, ni con él comiesse a su mesa, ni a solas le hablasse palabra, ni menos durmiesse en su cama, ni tampoco en su cara viesse alegría, si no era algún philósopho o hombre muy sabio, del qual liberalmente él fiava la hazienda y el cuerpo. Dizen que dezía muchas vezes este Phálaris: «El príncipe que sacude de sí sabios y se dexa acompañar y tratar de necios, dígoles que, si es príncipe de su república, es crudo tyrano de su persona; porque mayor trabajo es vivir entre simples que no morir entre sabios.»

Publio, libro vi *De gestis romanorum*, dize que un pintor famosíssimo presentó al Emperador Octavio una tabla, en la qual estavan todos los príncipes virtuosos, y al mismo Octavio por príncipe dellos, y al pie de la tabla estavan todos los tyranos, y a Phálaris por capitán de ellos. Vista por Octavio la tabla, loó la pintura y no aprobó la invención della, diziendo: «No me parece cosa justa que a mí, siendo como soy vivo, me pongan por cabeça de todos los virtuosos que son muertos; porque durante el tiempo desta triste vida siempre estamos subjectos a los vicios desta carne flaca. También me parece cosa injusta que a Phálaris pongan por príncipe de todos los tyranos, pues fue verdugo de necios y fue tan gran amator de philósophos.»

Como fuesse muy pública la fama por toda Grecia de las crueldades que hazía Phálaris, un vezino de Athenas llamado Perilo, varón subtilíssimo en labrar metales, vñose para Phálaris, diziendo que él le haría un género de tormento en que quedasse su corazón bien vengado y el hombre reo bien castigado. Fue el caso que aquel artífice hizo un toro de cobre, y en él una puerta por do metiessen al hombre culpado, y, puesto huego debaxo, el toro dava bramidos como si fuera bivo; lo qual era no sólo acérrimo tormento al mísero que lo passava, mas aun ponía gran pavor a los que lo miravan. No nos maravillemos de lo uno ni de lo otro, porque a la verdad el corazón piadoso y que en crueldades no está encarnizado, tanta piedad tiene de ver padecer a otro como del dolor y tormento que padece él mismo. Visto, pues, por Phálaris la invención del tormento, de la qual esperaba su inventor supremo premio, proveyó que al mismo que inventó el tormento metiessen dentro del toro, y que aquella crueldad en él y no en otro fuesse experimentada. No se mostró, por cierto, Phálaris en este caso crudo tyrano, sino príncipe clementíssimo y philósopho muy sabio; porque no pudo ser cosa más justa que la invención de su malicia se executasse en su carne flaca.

A fama que Phálaris era gran amigo de sabios, por muchas vezes le vinieron a ver de Grecia philósophos, y eran muy humanamente dél tratados, aunque a la verdad ellos más se aprovechavan de la hazienda dél que no él de la philosophía dellos. Este tyrano Phálaris no sólo fue de los sabios muy amigo, mas aun él mismo fue muy docto, especial en la philosophía moral fue muy doctrinado, lo qual pareció bien en las epístolas que escribió de su mano, aunque no en la vida que hizo de tyrano; porque no sé en cuál se

mostró mayor, o en las sentencias y doctrina que escribió con su péñola, o en las muertes y crueldades que hizo con su lança. ¡O!, cuántos compañeros tuvo en este caso Phálaris, el tyrano, en los tiempos passados, y oxalá no tenga agora algunos en el tiempo presente, los quales en sus dulces palabras no parecen sino al Emperador Nero. Nunca he leýdo otra cosa de los passados, ni he visto de los presentes, sino a muchos que blasonan de las virtudes, y a infinitos que se van en pos de los vicios; porque a la verdad en la lengua somos muy sueltos y en la carne somos muy flacos. Las epístolas que escribió este Phálaris a todos son manifiestas, digo a los que saben griego o latín, y para los que no lo saben he querido sacar estas sentencias dellas en nuestro vulgar, y esto a fin de dos cosas: la una, para que vean los príncipes quán buena cosa es ser sabios, y que aun los tyranos se preciavan de sabios y de dar buenos consejos; la otra, para que vean los plebeyos quán fácil cosa es bien hablar y quán difícil es bien obrar; porque no ay cosa en este mundo que valga tan barato como es el consejo. Las sentencias, pues, de las epístolas de Phálaris son las siguientes, según por más breve y mejor estilo las podimos collegir, etc.

El particular amor que muestran los príncipes a unos más que a otros muchas vezes causan grandes alteraciones en sus reynos; porque de ser amado uno y de ser desprivado otro, de allí nasce el odio, y del odio nascen los malos pensamientos, y de los malos pensamientos proceden las embidias, y de las embidias vienen en malas palabras, y de malas palabras prorumpen en peores obras; finalmente el príncipe de admitir entre los yguales privança no es otra cosa sino poner fuego a la república.

Deven los príncipes prohibirlo, y los hombres cuerdos no consentirlo, en que los hombres bulliciosos no alboroten los pueblos pacíficos; ca, en levántandose un pueblo, luego despierta la cobdicia, crece la avaricia, cae por sí la justicia, enseñórese la fuerça, reyna la rapina, anda suelta la luxuria, prevalecen los malos, son suprimidos los buenos; finalmente huelgan de vivir cada uno en perjuyzio de otro por encaminar las cosas a su provecho.

Muchos hombres vanos levantan alborotos en los pueblos, pensando que a río buuelto levantarán y aumentarán sus estados, los quales en breve espacio no sólo pierden la esperança de lo que buscavan, mas aun son desposseýdos de lo que antes tenían; porque no sólo es justo, pero es muy justíssimo, que conozcan los tales por esperiencia lo que no les dexó conocer su ciega malicia.

Gran bien es para los pueblos que sus gobernadores no sean desdichados, sino que de su natural sean venturosos; porque a los príncipes bien fortunados muchas cosas les acarrea fortuna como ellos las quieren y otras les encamina mejor que ellos las piensan.

Los príncipes generosos y valerosos, quando se veen con otros príncipes o se hallan en grandes auctos, deven mostrar la franqueza de su coraçón, la grandeza de su reyno, la preeminencia de su persona, el amor de su república, sobre todo la disciplina de su corte y la auctoridad y gravedad de su Consejo y Casa; porque los hombres sabios y curiosos no han de mirar en el príncipe las vestiduras de que anda vestido, pero han de mirar a los hombres de quien toma consejo.

Los hombres cuerdos y que no son cobdiciosos, si emplearen sus fuerças en allegar thesoros, han de ocupar los coraçones en gastarlos; porque no ay hombre tan mal aventurado como el que no puede hazerse fuerça a gastar su dinero.

Como la fortuna sea señora en todas las cosas, y a ella apliquen las buenas o malas obras, aquél sólo se puede llamar varón heroyco que por ningún revés de fortuna se da por vencido; porque a la verdad hombre es de grandíssimo ánimo aquél que la fuerça de la fortuna no le abaxa la fuerça del coraçón.

Si a uno loamos que tiene buena lança, no por esso le loaremos que tiene buena pluma; y si tiene buena pluma, no por esso tiene buena lengua; y si tiene buena lengua, no por esso tiene buena doctrina; y si tiene buena doctrina, no por esso tiene buena fama; y si tiene buena fama, no por esso tiene buena vida; porque de muchos somos obligados a recibir las doctrinas que escrivieron, mas no a imitar las vidas que hizieron.

No ay peor oficio entre todos los oficios que es tomar cargo de castigar vicios ajenos, y por esso dél como de pestilencia deven huyr todos los hombres cuerdos, porque de reprehender los vicios más cierto se sigue odio al castigador que no emienda al que es castigado.

Mucho bien tiene el hombre que buenos amigos tiene, ca muchos ayudaron a sus amigos quando pudieron, y ayudáranles más si más pudieran; porque el amor verdadero ni dexa de amar ni se cansa de aprovechar.

Los hombres cuerdos, aunque ayan perdido mucho, no deven desesperar de alcançarlo en algún tiempo; porque al fin al fin los tiempos no dexan de hazer las mudanças que suelen, ni los amigos cesan de hazer las obras que deven.

Los hombres superbos y orgullosos por la mayor parte siempre caen en malos casos, por esso les es loable medicina alguna vez ser perseguidos; porque la adversidad haze al hombre cuerdo que viva más seguro y aun que ande en menos peligro.

Por mucho que escusemos al que cometió la culpa, no ay culpado ni culpa que no merezca pena; porque el tal, si la cometió con yra y de súbito, fizo muy mal; y si la cometió sobre pensado y con deliberación, hizo muy peor.

Querer hazer todas las cosas por razón es bueno, pero llevarlas todas por orden también es bueno, pero es muy dificultoso; porque los hombres pesados miran tanto en compassar los negocios y ponen tantos inconvenientes en ellos, que jamás se determinan a determinarlos.

Ser hombre en los negocios súbito o ser tardío son dos extremos peligrosos en el hombre que tiene gobierno, pero destos dos el peor es el que es súbito; porque si por deliberar tarde se pierde lo que se pudiera ganar, por determinarse presto se pierde lo ya ganado.

De ser los hombres súbitos se les siguen cada día muchos daños; porque de ser el corazón mal sufrido y tener el juyzio levantado vienen en pos del hombre alborotos, enojos, mudanças, variedades, y aun vanidades, que pierden la hazienda y ponen en peligro la persona.

Como todos naturalmente dessean ser bienaventurados, aquél sólo se puede llamar felice entre todos los felices que con verdad se puede dél dezir que dio doctrina de bien bivar y dexó exemplo de bien morir.

Estas y otras muchas sentencias y doctrinas puso el tyrano Phálaris en sus epístolas, de las quales se aprovechó Cicerón en todas sus obras, y no menos Séneca en sus *Epístolas*, y otros muchos en sus escripturas; porque este tyrano fue breve en las palabras y muy compendioso en las sentencias. Estando, pues, este Phálaris en su ciudad de Agrigentina, escrivióle una carta un philósopho de Grecia, motejándole y agraviándole su tyranía, a la qual carta él responde en esta manera.

Carta de Phálaris tyrano para Popharco philósopho

Phálaris Agrigentino, a ti, Popharco, el philósopho, salud y consolación en los dioses consoladores. Tu letra recibí aquí en Agrigentina y, aunque la carta venía algo satýrica, no recibí con ella pena; porque de los philósophos y sabios como tú no hemos de agraviar las palabras ásperas que nos dizen, sino hemos de considerar la intención con que nos las dizen. Los hombres enojosos y maliciosos quieren por peso y por medida las palabras, mas los hombres virtuosos y pacíficos no miran sino las intenciones; porque si cada palabra que nos dizen nos ponemos a desaminar, a nosotros daremos pena y en la república siempre pornemos cizaña. Yo soy tyrano y aún estoy en la tyranía, mas por los immortales dioses te juro que iamás me alteró palabra, ora fuesse mala, ora fuesse buena; porque si la dize un bueno, sé que la dize por mi castigo; si la dize un loco, tómla por mi passatiempo. Escrívesme que está toda la Grecia escandalizada de mí de lo que suena allá; pues yo te fago saber que está toda Agrigentina edificada de ti de lo que se dize acá. Y que tengas tú tanta gloria y fama, no pequeña ocasión soy yo para tú alcançarla, porque si no fuesse tan aborrecidos los tyranos, no serían tan amados los philósophos. Tú eres tenido por bueno, y éreslo; y yo soy tenido por malo, y soylo. Pues a mi parecer ni tú te debes ensobervecer por lo uno, ni yo tampoco devo desesperar por lo otro; porque la jornada de la vida es larga y en breve espacio da en ella muchas bueltas fortuna, y ya puede ser que yo de tyrano me torne philósopho y tú de philósopho te tornes tyrano.

Cata, amigo, que los largos tiempos muchas vezes hazen que la tierra se torne plata, y la plata y el oro se tornen escoria. Quiero dezir que jamás uvo tyrano en Sicilia ni en Agrigentina que primero no se criasse en la academia de Grecia. No quiero negar que todos los famosos tyranos se criaron en Sicilia, pero también no me negarás que nacieron en Grecia; pues mira quién tiene más culpa: la madre que los parió o la ama que los crió. Yo no digo que sería, pero digo que puede ser, que si yo estuviesse allá en Grecia, sería mejor philósopho que tú, y si tú residiesse aquí en Agrigentina, serías peor tyrano que yo. Querría mucho que pensasses cómo tú estás en Grecia, do podías ser mejor, y yo

estoy en Agrigentina, do puedo ser peor; porque tú no hazes tanto bien como debes y yo no hago tanto mal como puedo. Acá vino el gran artífice Perilo y hizo un toro, y en él un género de tormento el más espantable del mundo, y a la verdad yo hize que lo que inventó su malicia supiese él y no otro por esperiencia; porque no ay ley más justa que los artífices que inventaron arte de matar a otros hagamos que las esperimenten en sí mismos. Mucho te ruego me vengas a ver, y sey cierto que, aunque es grande mi tyranía para ser malo, es mayor tu philosophía para tornarme bueno; porque por buena señal la deve tener el médico quando el enfermo descubre su daño. No te digo más, sino que otra y otra vez te torno a importunar no dexes de me venir a ver, que al fin si no me aprovechare de ti, sey cierto que tú te aprovecharás de mí; y, ganando tú, no podré perder yo. *Vale, felix.*

CAPÍTULO XLVII

Cómo Philippo, rey de Macedonia, y el Magno Alexandro, y el rey Tholomeo, y el rey Antígono, y el rey Archelao, y Pirro, rey de los epirotas, fueron todos estos grandes amigos de sabios; y cómo se acompañavan y se aconsejavan con ellos; y de cinco cosas por que han de llorar los príncipes; y de tres cosas porque da gracia el rey Pirro a sus dioses.

Si Quinto Curcio no me engaña, Alexandro Magno, fijo que fue de Philippo, rey de Macedonia, no mereció este renombre de Magno porque tuvo más millares de hombres en su ejército, sino porque tuvo más filósofos que los otros príncipes en su consejo. Jamás este gran príncipe emprendió guerra que primero por sus sabios y filósofos no fuesse en su presencia examinada la orden y manera que se avía de tener en ella. Y de verdad tenía razón, porque de solas aquellas cosas se ha de esperar próspero sucesso a las quales precedió largo y maduro consejo. Los historiadores que del Magno Alexandro escrivieron, assí griegos como latinos, no saben cuál fue mayor en él: o la ferocidad con que hería en los enemigos o la humildad con que tomava los consejos. Caso que los sabios y filósofos que acompañavan a Alexandro eran en número muchos, pero entre todos ellos Aristóteles y Anaxarco y Onosícrates fueron los sus tres más privados, y en esto se mostró ser muy cuerdo Alexandro; porque los príncipes prudentes han de tomar el consejo de muchos, pero después han de resumir con el parecer de pocos. No se contentava el Magno Alexandro con tener consigo muchos sabios y con embiar a visitar a los que no eran suyos, pero muchas vezes él en persona yva a verlos y a visitarlos y a aconsejarse con ellos, diziendo que los príncipes de ser siervos de los sabios vienen a ser señores de todos.

En los tiempos deste Magno Alexandre fue el filósofo Diógenes, el qual por ruegos ni por promessas jamás quiso no sólo vivir, mas aun ni yr a ver al Magno Alexandre, a cuya causa el Magno Alexandro le fue a ver, y como le rogasse con mucha instancia se quisiesse yr en su compañía, respondióle Diógenes: «O, Alexandro, pues tú quieres ganar honra en llevarme en tu compañía, no es justo yo la pierda en dexar mi achademia, porque, en siguiéndote a ti, tengo de dexar de seguyr a mí; y, en siendo tuyo, avía de dexar de ser mío. Tú has alcançado nombre de Magno Alexandro conquistando el mundo,

y yo he alcanzado nombre de buen philósopho huyendo del mundo. Y, si tú ymaginas que has acertado, yo pienso que no he errado; y, pues tú no quieres ser menos que Alexandro, no pienses que yo quiero perder la auctoridad de philósopho; porque no ay en el mundo ygual pérdida con perder hombre la libertad propria.» Oýdas por Alexandre estas palabras, dixo a los que estavan en torno dél a altas bozes: «Por los immortales dioses juro, y assí el dios Mars en las batallas rija mi mano, que, si no fuesse el rey Alexandro, querría ser Diógenes el philósopho.» Y dixo más: «A mi parecer, no ay agora otra ygual felicidad sobre la tierra que ser uno el rey Alexandre que mande a todos, o ser Diógenes el philósopho para mandar a Alexandro que manda a todos.»

El Magno Alexandro, assí como tuvo por privados a unos philósophos mucho más que a otros, assí tuvo por familiares a unos libros más que a otros, en especial dizen que leýa mucho en la *Elíada* de Homero, que es libro do se trata la destrucción de Troya, y que aquel libro y la lança y la espada ponía quando dormía a la cabecera. Philippo, rey de Macedonia, quando nasció su fijo el Magno Alexandre hizo dos cosas muy notables: la una fue que embió muchos y muy ricos dones a Delphos, a la ysla do estava el oráculo de Apolo, para que los presentassen en aquel templo porque tuviesse por bien de guardarle a su hijo; la otra cosa que hizo fue que luego escribió una carta al gran philósopho Aristótiles, en la qual dezía estas palabras:

Epístola

A ti, el philósopho Aristótiles, que lees en la gran Achademia de Grecia, Philippo, rey de Macedonia, salud y paz te dessea. Hágote saber que Olimpías, mi muger, ha parido un hijo, del qual parto ella y yo y toda Macedonia tenemos mucho gozo; porque gran plazer toman los reyes y los reynos quando nascen a los príncipes successores. Hago immortales gracias a los dioses, y he embiado a ofrecer grandes dones en los templos, y esto no tanto porque me dieron fijo, quanto por dármele en tiempo de tan excelente philósofo. Yo espero que tú le criarás de tal manera, que por erencia será señor del mi patrimonio de Macedonia y por merecimiento será señor de toda Asia; de manera que le llamarán fijo mío y a ti llamarán padre suyo. *Vale, felix, iterumque vale, Etc.*

Tholomeo Socer, rey viii que fue de los egyptios, fue muy amigo de sabios, y assí de los sabios caldeos como de los philósophos griegos; y esto fue tenido a gran virtud a este rey Tholomeo, porque tan cruda enemistad avía entre los philósophos de Grecia y los sabios de Egypto, como entre los capitanes de Roma y los capitanes de Carthago. Fue este Tholomeo muy docto, y preciávase mucho de estar siempre de philósophos acompañado, y desta manera deprendió las letras griegas, latinas, caldeas, y aun hebraycas, a cuya causa como fuessen xi los reyes Tholomeos, y todos varones bellicosíssimos, a éste ponen por cabeça dellos, y esto no por las batallas que venció, sino por las sciencias que deprendió. Tuvo este rey Tholomeo por muy familiar suyo a un philósopho llamado Estelpón megarensis, el qual fue deste príncipe tan amado, que, dexadas aparte todas las mercedes y favores que le hazía, no sólo comía con el rey a la mesa, mas aun muchas vezes el rey le dava a beber lo que sobraba de su copa. Y como los favores que dan los príncipes a sus criados no sean sino un despertador para citar a los maliciosos, acaeció

que como este rey estando cenando diesse lo que le sobró de la copa para que bebiesse el philósopho, no lo pudiendo sufrir un cavallero egypcio, dixo al rey Tholomeo: «Pienso, señor, que por dexarlo para el philósopho Estelpón nunca te hartas de beber, y también pienso que él jamás mata la sed esperando lo que tú le has de dar.» Respondióle el rey Tholomeo: «Bien dizes que Estelpón no se harta con lo que yo le doy, porque no le haze a él tanto provecho beber lo que sobra de mi copa, quanto provecho haría a ti beber lo que a él sobra de philosophía.»

El rey Antígono fue uno de los famosos criados que tuvo el Magno Alexandro, el qual después de su muerte eredó muy gran parte de su imperio; ca el Magno Alexandro quan fortunado fue en la vida, tan infelice fue en la muerte, porque no tuvo hijos que le heredassen la hazienda y tuvo criados que le destroçaron la fama. Fue este rey Antígono hombre muy perdido y en todos los vicios fue muy estremado, pero junto con esto fue de philósophos muy amigo, y esto avíale quedado de la criança del Magno Alexandro, la casa del qual no era sino una escuela de todos los philósophos del mundo. De este exemplo se puede colegir cuánto bien hazen los príncipes en hazer que sus criados sean bien doctrinados y enseñados; porque no ay ninguno tan malo ni tan mal inclinado que no se le apege algo de lo bueno que aprendió quando era niño.

Este rey Antígono tuvo gran amistad con dos philósophos que florecían en aquellos tiempos, conviene a saber: Amenedeo y Abión, de los quales dos el Abión era muy docto y en extremo pauperríssimo; porque en aquella edad antigua ningún philósofo osara leer públicamente philosophía si tuviera un real de hazienda. Según dize Laercio, y muy mejor lo trae Publio, libro v *De dogmatibus grecorum*, estavan tan corregidas las academias de Athenas que el philósopho que más sabía, aquél menos tenía; y el que menos tenía, aquél en más le tenían; de manera que no se gloriavan sino de tener poca hazienda y saber mucha philosophía. Fue el caso que este philósopho Abión enfermó de grave enfermedad, y el rey Antígono embióle a visitar con su proprio hijo, e juntamente con él embióle mucho dinero, porque su vida era conforme a su doctrina, ca vivía en muy estrecha pobreza según convenía a los professos en philosophía. Abión era muy viejo, era muy enfermo, y aquella enfermedad le tenía ya al cabo, de manera que se le acabava el sevo de la carne flaca, pero todavía ardía en él el pavilo de la buena vida. Quiero dezir que no menor ánimo tuvo en menospreciar aquellos dones que el rey Antígono tuvo generosidad en embiárselos. No contento este philósopho con averlo todo menospreciado, dixo al hijo del rey Antígono que le llevaba el dinero:

«Di al rey Antígono que le agradezco mucho el buen tratamiento que me hizo en la vida y los dones que agora me embiava en la muerte; porque no deve más un amigo a otro amigo de ofrecerle la persona y partir con él la hazienda. E dile al Rey, tu padre, que, pues setenta y cinco años he andado el camino desta vida desnudo, ¿por qué me quiere cargar agora de ropa ni de oro al tiempo de passar tan estrecho piélagos como es salir de este mundo? Los egipcios suelen a sus camellos aliviarlos de la carga para passar los desiertos de Arabia, que no doblárgela. Quiero dezir que aquél sólo passa sin trabajo los peligros de la vida que sacude de sí los cuydados de la hazienda. E dile más lo tercero al rey tu padre, que de aquí adelante al hombre que quisiere morir no le socorra con plata

ni con oro, sino con un maduro y sano consejo; porque el oro lo hará dexar la vida con lástima y el buen consejo le hará tomar la muerte con paciencia.»

El quinto rey de los macedonios fue uno que se llamó Archelao, el qual dizen que fue abuelo del gran rey Philippo y visabuelo del Magno Alexandro; y este rey se yactava descender de la sangre del rey Menalao, antiguo rey de Grecia y cabeça que fue en la destrucción de Troya. Fue este rey Archelao amigo de sabios, y entre los otros tuvo consigo un poeta que se llamava Eurípides, el qual en aquellos tiempos tenía no menos gloria en su género de poeta que la tenía Archelao en ser rey de Macedonia; porque oy en día tenemos en más veneración a muchos sabios por los libros que escribieron que no a grandes príncipes por los reynos que tuvieron, ni por las batallas que vencieron. Era tan estrecha la privança que tenía Eurípides con el rey Archelao, y tan gran crédito el que tenía Archelao de Eurípides, que ninguna cosa en el reyno de Macedonia se expedía sin que primero por las manos deste philósopho no se examinava. E como los simples naturalmente no querían estar subjectos a los sabios, aconteció que una noche se detuvo Eurípides mucho hablando con el rey Archelao en hystorias de los passados, y quando se yva el pobre poeta para su casa teníanle espiado sus enemigos, y echáronle unos perros hambrientos, los quales no sólo le despedaçaron, pero aun le comieron, por manera que las carnes fueron sepultadas en las entrañas de los perros y en la sepultura no pusieron sino los huessos roýdos.

Sabido por el rey Archelao el triste caso, y como se lo dixeran assí de súbito, sintiólo tanto, que aýna pareciera salir de juyzio. Y desto no se deve nadie maravillar, porque los coraçones humanos mucho se alteran en los desastrados y repentinos casos. Como fue grande el amor que el rey tuvo a Eurípides en la vida, assí fue grande el sentimiento que hizo en su muerte, ca lloró muchas lágrimas de sus ojos, cortó los cabellos de la cabeça, rayó las barbas de la cara, mudó las vestiduras que traýa de rey de Macedonia, y sobre todo hizo tan solemníssimo enterramiento a Eurípides el philósopho como si enterrara a Ulixes, el griego. No contento con todo esto, jamás le vieron al rey Archelao la cara alegre hasta que de todos los malfechores hizo muy cruda justicia; porque a la verdad la injuria o la muerte que se haze o se da al que bien queremos no es sino una fragua do se ha de mostrar lo que le amávamos.

Hecha, pues, la justicia de los homizianos, y enterrados aquellos huessos roýdos, dixo un cavallero griego al rey Archelao: «Hágote saber, Rey muy excellente, que está de ti escandalizado todo el reyno de Macedonia, no por más sino que de tan pequeña cosa has mostrado muy sobrada tristeza.» Respondió el rey Archelao: «Cosa es muy platicada entre los sabios que los coraçones generosos no deven mostrar flaqueza aun en los casos muy desastrados; porque, estando el rey triste, no puede (y si puede, no deve) estar su reyno alegre. A mi padre oy dezir una vez que los príncipes nunca avían de derramar lágrimas si no fuesse por una de cinco cosas. Lo primero, ha de llorar el buen príncipe la pérdida y daño de su república; porque el buen príncipe todas las injurias hechas a su persona todas las ha de perdonar y por vengar la menor hecha a su república se ha de perder. Lo segundo, deve llorar el buen príncipe si le han tocado en la honrra; porque el príncipe que no llora gotas de sangre en cosa de la honrra, en vida le avían de meter en la sepultura. Lo tercero, deve llorar el buen príncipe por los que poco pueden y mucho mal

passan; porque el príncipe que las calamidades de los pobres no llora, de balde y sin provecho vive sobre la tierra. Lo quarto, deve llorar el buen príncipe la prosperidad y gloria que tienen los tyranos; porque el príncipe a quien no desplaça la tyranía de los malos indigno es de ser amado ni servido de los buenos. Lo quinto, deve llorar el buen príncipe la muerte de los sabios y hombres cuerdos; porque a un príncipe no le puede en su vida venir y gual pérdida con morirse un sabio que governava su república.» Éstas fueron las palabras que respondió el rey Archelao al cavallero griego que le reprehendió porque avía llorado por Eurípides el philósofo.

En cuánta estimación ayan sido tenidos todos los philósophos y hombres sabios, assí entre los romanos como entre los griegos, no saben dezir otra cosa los escriptores antiguos; pero diré una cosa muy digna de ser notada. Ya es notorio en todo el mundo quién fue Scipión Euthica, y de la gran gloria que por su causa alcançó Roma, y como dél y della en todos los siglos advenideros avrá dél memoria, y esto no sólo porque venció a África, mas aun por el gran valor de su persona. No se deven tener en poco estas dos cosas concurrir en un hombre, conviene a saber: ser virtuoso y ser venturoso; porque muchos de los passados alcançaron gran gloria por la lança y después la perdieron toda con la mala vida. Dizen los escriptores romanos que el primero que escribió en metro heroyco en lengua latina fue Ennio poeta, y tuvo en tanto las obras deste poeta Scipión Euthica, que, quando murió este tan venturoso romano, mandó en su testamento que encima de su sepultura colgassen la estatua de Ennio poeta. Por lo que hizo el gran Scipión en la muerte podemos adivinar cuánto fue amigo de sabios en la vida, pues tuvo por más honrra honrrarse con la statua de un pobre poeta que no colgar encima de su sepultura la vadera con que ganó a África.

En los tiempos de Pirro, rey que fue de los epirotas y gran enemigo que fue de los romanos, floreció un philósofo por nombre Cinas, natural de Thesalia, el qual dizen que fue discípulo de Demóstenes. Los historiadores antiguos engrandecen tanto a este Cinas en que dizen que fuesse metro y mensura de toda eloquencia humana, porque fue muy suave en las palabras y muy profundo en las sentencias. Este Cinas servía de tres officios en casa del rey Pirro: lo primero, dezía facecias en su mesa, porque en cosas de burla tenía mucha gracia; lo segundo, escribía los grandes hechos de su hystoria, porque para el estilo tenía gran eloquencia y para escribir la verdad era testigo de vista; lo tercero, yva por embaxador a los negocios de grande importancia, porque de su natural era muy agudo y en despachar negocios era muy venturoso. Dava tantos medios en los negocios y tenía tanta persuasión en sus palabras, que jamás se atravessó a hablar en cosa de guerra que no pusiesse una tregua larga o alcançasse paz perpetua.

A este Cinas dixo una vez el rey Pirro: «¡O!, Cinas, muchas gracias hago a los dioses immortales por tres cosas: la primera, porque me criaron rey y no me criaron siervo; ca éste es el mayor bien de los mortales, conviene a saber: tener libertad para mandar a muchos y no tener obligación de obedecer a alguno. Lo segundo, hago gracias a los dioses en que me dieron naturalmente coraçón generoso; porque el hombre que en cada trabajo desmaya más le valdría dexar con tiempo la vida. Lo tercero, hago gracias a los dioses en que para governación de mi república y para los grandes negocios de la guerra te me dieron en compañía; porque muchas ciudades me dio tu dulce lengua, las quales no

pudo ganar mi cruda lança.» Esto es lo que dixo el rey Pirro a su amigo [346] Cinas el poeta. Vean, pues, aora los príncipes modernos quán amigos de sabios eran los príncipes antiguos; y, como he puesto estos pocos exemplos, pudiera poner otros muchos.

* * *

Aquí se acaba el Primero libro del famosísimo Emperador Marco Aurelio con el Relox de príncipes, en el qual se ha tractado quán necessario es a los príncipes ser buenos christianos y ser amigos de hombres sabios.

SEGUNDO LIBRO

Comiença el segundo libro llamado Relox de príncipes, en el qual va encorporado otro muy famoso libro llamado Marco Aurelio. Es auctor del un libro y del otro el Reverendo Padre fray Antonio de Guevara, de la Orden de los frayles menores de observancia, predicador de la Capilla Real, y coronista de las Imperiales Corónicas del Emperador y Rey Nuestro Señor, don Carlos, Quinto deste nombre. Y tracta el auctor en el presente libro de la manera que los príncipes y grandes señores se han de aver con sus mugeres y de cómo han de criar a sus hijos.

CAPÍTULO I

De quánta excellencia es el matrimonio, y que si los hombres de la república se casan por voluntad, los príncipes se deven casar de necesidad.

Entre todas las amicicias y compañías desta vida no ay tan natural compañía como la del marido y de la muger que biven en una casa; porque todas las otras compañías se causan por voluntad, pero ésta se causa por voluntad y necesidad. No ay oy en el mundo león tan feroz, ni serpiente tan venenosa, ni víbora tan fiera, ni onça tan brava, ni animal tan esquivo, que por lo menos no se junten macho y hembra una vez en el año; porque los animales, aunque carezcan de razón para bivar, tienen un natural instinto para en uno se juntar y por la generación se conservar. En este caso tanto son de reprehender los hombres quanto son de loar los animales, entre los quales después que una vez las hembras se sienten preñadas no consienten que los machos más lleguen a ellas. Según la variedad de las naciones, así entre sí mismos son muy diferentes los hombres unos de otros, es a saber: que difieren en las caras, en los lenguajes, en las leyes, en las cerimonias; pero al fin en una cosa concuerdan todos: en que todos celebran el matrimonio de ser casados. Según lo que nos enseñan las divinas letras, después que fue el mundo criado, no ay cosa más antigua que es el sacramento del matrimonio; porque el día que fue el hombre criado, aquel día celebró bodas con su muger en el Paráyso. Los antiguos escriptores, assí griegos como latinos, muchas y muy grandes cosas escrivieron

en alabanza del matrimonio; pero, dexado lo superfluo y recogiendo hombre a lo más necesario, podemos dezir que siete bienes se siguen al hombre sabio de aver tomado sobre sí el yugo del matrimonio.

El primero beneficio del matrimonio es la memoria que queda en los hijos que suceden de los padres que murieron; porque, según decía Pithágoras, quando un padre passa desta presente vida y dexa fijo heredero en su casa, no le pueden dezir que muere viejo sino que se remocó en su fijo, pues el fijo heredó la carne, y la hazienda, y la memoria del padre. Proverbio muy usado era entre los antiguos que el olor de los olores es el pan, y el sabor de los sabores es la sal, y el amor de los amores son los hijos; porque (fablando la verdad) no ay otros tan naturales amores como son los amores que ay entre padres y hijos. Si acaso alguna vez vemos a los padres mostrar algún desamor a los hijos, no es a la verdad porque los tienen aborrecidos, sino que es tan grande el amor con que el padre ama a su fijo, que no puede sufrir en él algún caso siniestro. No sólo los hombres racionales y los animales brutos, mas aun las plantas verdes y los árboles silvestres y domésticos procuran en quanto pueden de perpetuar sus individuos, lo qual parece muy claro en que primero que se formen las frutas para comer, primero se crían los granos y pepitas para se perpetuar. Naturalmente dessean los hombres honra en la vida y memoria después de la muerte; pues digo yo que la honra se alcanza con fechos heroycos y la memoria se ha de dexar en hijos virtuosos y legítimos; porque los hijos que de adulterio son nascidos en pecado se engendran y con cuydado se crían.

El segundo beneficio de matrimonio es que evitan el pecado del adulterio. Y no se tenga en poco evitar este vicio, ca los hombres adúlteros y amancebados no sólo en la religión christiana son tenidos por pecadores, mas aun entre muchos de los gentiles eran tenidos por infames. En las leyes que dio Solón Solonino a los athenienses so estrecho precepto les mandó que todos fuessen casados y evitassen los adulterios, so pena que el fijo que naciesse de adulterio fuesse del común de la ciudad esclavo. Los romanos, como hombres que en todas las cosas eran muy proveýdos, ordenaron y mandaron en las leyes de las diez tablas que los hijos adulterinos no fuessen de los bienes de sus padres herederos. Quando el orador Eschines fue desterrado de Athenas y se vino para Rodas, en ninguna cosa tanto cargó la mano ni empleó su exercicio como fue en persuadir a los rodos a que fuessen casados y no amancebados; porque entre aquellos bárbaros no eran perpetuos los matrimonios, sino que solamente eran casados los que en la república tenían officios. Dize Cicerón en una epístola familiar que, governando la república el gran romano Marco Porcio, jamás consintió que hiziesen maestro de los cavalleros a un tío suyo llamado Rufo, al qual officio el Senado avía promovido, diziendo que lo que Rufo merecía por esforçado, desmerecía por amancebado; y que nunca sería en voto que a hombre que no tuviesse muger legítima le cometiessen cosa de la guerra. Diría, pues, yo agora que si los gentiles o paganos tuvieron en tanto los matrimonios y aborrescieron los adulterinos casos, mucho más los christianos deven ser en esto cautos y cuydadosos; porque los gentiles no tenían sino la infamia, pero los christianos han de tener la infamia y la pena. Pues el linaje humano de necesidad se ha de aumentar, y vemos que los hombres se dexan de la carne vencer, más vale que se casen y mantengan muger y casa, que no que gasten la hazienda y pierdan la conciencia con una concubina; porque muchas vezes

acontesce que con lo que da y espende un cavallero con una muger errada sosternía muger y hijos en honra.

El tercero beneficio de matrimonio es la loable y amigable compañía que ay entre los casados. Los antiguos philosophos, definiendo qué cosa era hombre, dezían que el hombre era un animal que de su propia naturaleza era comunicable, sociable y risible, de do se sigue que el hombre encogido y solitario no puede en su condición sino ser enojoso. La inclinación buena y la condición mansa en los hombres la desseamos y en los animales la loamos; porque el animal rixoso y el hombre cosquilloso aun lo que comen damos por mal empleado. Un hombre triste, un hombre solo, un hombre sacudido y apartado, yo no sé qué provecho puede él fazer en el pueblo; porque si cada uno se encierra a estar solo en su casa, en breve tiempo perescerá la república. Es mi intención de hablar contra los hombres solteros y vagabundos que sin tomar estado se les han passado quarenta y cinquenta años, los quales no quieren ser casados por andarse toda su vida viciosos. Afrenta y vergüença y conciencia es de muchos hombres que jamás acaban en determinarse a elegir estado de ser casados, o continentes, o seculares, o ecclesiásticos, sino que como un corcho sobre agua se van en pos de la sensualidad do los lleva. Una de las más loables y sanctas compañías que ay en esta vida es la compañía del varón con su muger, en especial si la muger con que se casó es virtuosa; porque la generosa y virtuosa muger aparta a su marido de los enojos que le dan pena y házele servicios con que descansa. Quando la muger es virtuosa y el marido es cuerdo, es de creer que entre los dos está el amor verdadero; porque, no estando el uno del otro sospechoso y teniendo de por medio los fijos, es impossible sino que vivan muy concertados. Por lo que he leýdo y por lo que he visto, diría yo que do el marido y la muger viven bien avenidos no sólo se pueden llamar buenos casados, mas aun llamarse hombres sanctos; porque (hablando la verdad) son tantas las cargas del matrimonio, a que no se pueden cumplir sin mucho merescimiento. Lo contrario se deve y se puede dezir de los que son malcasados, a los quales los llamaremos no compañía de sanctos, sino casa de demonios; ca la muger que tiene mal marido faga cuenta que tiene en su casa el demonio, y el marido que tiene alguna muger mala faga cuenta que tiene el infierno en su casa. Y digo que las mugeres malas son peores que las infernales furias porque en el infierno no atormentan sino a los malos, pero las mugeres indómitas atormentan a malos y buenos. Resolviendo lo que tengo dicho, digo y afirmo que entre el marido y muger que son bien casados entre ellos están los verdaderos amores, y ellos y no otros se pueden llamar perfectos y perpetuos amigos. En los otros amigos y parientes, si nos aman agora, aborrécennos después; si nos aman en presencia, aborrécennos en ausencia; si nos dizen buenas palabras, házennos malas obras; finalmente en la prosperidad nos aman y en la adversidad se descuydan. No es assí entre los virtuosos y generosos casados, ca ámanse en casa y fuera de casa, en prosperidad y adversidad, estando ricos y estando pobres, en ausencia y en presencia, viéndose alegres y sintiéndose tristes; y si no lo fazen, dévenlo por cierto assí de hazer; porque el marido a la muger y la muger al marido, quando dolieren los calcañares duros al uno, lo ha de sentir en las entrañas tiernas el otro.

El quarto beneficio del matrimonio es que las mugeres y hombres casados tienen más autoridad y gravedad que no los mancebos. Muchas y muy varias fueron las leyes que se hizieron en el tiempo antiguo en favor del matrimonio. Ca Phoroneo, en las leyes que dio

a los egyptios, mandó y ordenó so graves penas que el hombre que no fuesse casado no pudiesse en la governación tener oficio; porque, según dezía él, el que no ha aprendido a regir su casa mal podrá governar la república. Solón Solonino, en las leyes que dio a los de Athenas, a todos los de la república persuadió que se casassen por su voluntad, pero a los capitanes que governavan la guerra mandólos casar por fuerça, diciendo que a los hombres efeminados pocas vezes los hazían los dioses victoriosos. Ligurgo, famoso governador y dador de leyes que fue entre los lacedemonios, mandó que los capitanes de los exércitos y los sacerdotes de los templos fuessen casados; porque dezía él que los sacrificios de los casados eran a los dioses más aceptos que otros. Según dize Plinio en una epístola que escribe a Falconio, su amigo, reprehendiéndole porque no era casado, los antiguos romanos tenían por ley que el dictator, y el prector, y el censor, y el quëstor y el maestro de los cavalleros, todos los destos cinco oficios de necessidad fuessen casados, ca dezían ellos que los oficios de cuya governación dependen los pueblos no deven estar en poder de mancebos no casados; porque el hombre que no tiene muger y hijos en casa no puede tener mucha auctoridad en la república. Plutharco, en el libro que hizo *De las alabaças del matrimonio*, dize que los sacerdotes romanos no consentían a los mancebos por casar assentarse en los templos, sino que las moças por casar oravan defuera delante las puertas, y los moços y biudos oravan de rodillas; solos los hombres casados estavan arrimados o assentados. Plinio, en una epístola que escribe a su suegro Fábato, dize que el Emperador Augusto tenía en costumbre que jamás mandava dar silla al mancebo por casar, ni dexava negociar en pie al hombre casado. Plutharco, en el libro que fizo *De las alabaças de las mugeres*, dize que, como en el reyno de Corintho oviesse más amancebados que casados, ordenaron entre sí que el hombre o muger que no oviesse sido casado y mantenido fijos y casa no le diessen después de muerto sepultura.

CAPÍTULO II

En que el auctor prosigue su intento, y pone cómo mediante los casamientos muchas vezes los enemigos se tornan amigos.

Por los exemplos que emos dicho, y por muchos más que dexamos de dezir, se puede assaz conoscer de quánta excellencia sea el matrimonio, no sólo para las cosas de la consciencia, mas aun para las cosas que tocan a la honra; porque (hablando la verdad) los hombres que en la república son casados, poca ocasión tienen para ser viciosos y mucha razón ay para ser honrados. No podemos negar que los matrimonios no sean costosos y enojosos para los maridos (lo uno en criar los fijos, lo otro en sufrir las importunidades de sus madres); pero al fin no podemos negar que la generosa y virtuosa muger es la que hinche la casa y por ella tiene auctoridad su marido en la república; porque en las cosas públicas más fe se da a uno que está rodeado de hijos que no a otro que está cargado de años.

El quinto beneficio que se sigue del matrimonio es la paz y reconciliación que se haze con los enemigos mediante los casamientos. Son los hombres desta vida tan interesales, son tan codiciosos, son tan importunos, son tan maliciosos, a que muy pocos ay que no vengán a parar en tener enemigos y en tener émulos; porque por nuestros pecados

tropeçamos en mil ocasiones para estar enemistados y apenas hallamos una para reduzarnos a ser amigos. Presupuesto lo que los hombres quieren, lo que los hombres procuran, lo que los hombres dessean y a lo que los hombres anhelan, no me maravillo yo cómo tienen tan pocos amigos, sino cómo no tienen más enemigos; ca en las [358] cosas que traen consigo interesse ni miran que han sido amigos, ni miran que son parientes, ni miran que son próximos, ni miran que son christianos, sino que, pospuesta la consciencia y rayda de la cara la vergüença, cada uno encamina para sí el negocio, aunque sea en perjuizio de su vezino. ¿Qué amistad puede aver entre dos hombres sobervios, pues el uno quiere preceder y el otro no se quiere humillar? ¿Qué amistad puede aver entre dos hombres imbidiosos, pues procura el uno lo que posee el otro? ¿Qué amistad puede aver entre dos hombres avaros, pues el uno no se atreve a gastar y el otro no se harta de allegar? Por mucho que leamos, por mucho que veamos, por mucho que andemos, jamás veremos ni oyremos de hombres que ayan carecido de tener enemigos; ca o ellos son viciosos o ellos son virtuosos: si son malos, siempre son retraýdos de los buenos; si son buenos, siempre son perseguidos de los malos.

Muchos de los antiguos philósophos gastaron su tiempo, y aun perdieron de su sueño, en buscar remedios para reconciliar los enemistados y traerlos a ser amigos, en que los unos dixeron que era bueno olvidar las enemistades por algunos años; porque muchas cosas con la razón no se acaban y después con el tiempo se curan. Otros dixeron que para aplacar los enemigos era bueno ofrescer dineros; porque los dineros no sólo quebrantan los coraçones blandos, mas aun rompen las peñas duras. Otros dixeron que el mejor remedio era poner de por medio nuestros amigos, en especial si eran hombres sabios y cuerdos; porque los rostros vergonçosos y los coraçones generosos en ofrecerles dineros se afrentan y con ruegos de buenos se amansan. Pensados todos los medios, y tanteados todos los remedios para reconciliarse los enemigos, no ay otros tan prompts y tan verdaderos como son los casamientos; porque es de tanta excellencia el sacramento del matrimonio, que en unos causa amicicias nuevas y de otros quita enemistades antiguas. Todo el tiempo que Julio César fue suegro del gran Pompeo y Pompeo se tuvo por yerno de Julio, nunca entre ellos se conoció malquerencia ni odio; pero después que Pompeo hizo divorcio con la casa de Julio, nascieron entre ellos enemistades tan formadas, que después pararon en guerras muy crudas; y fueron tales y tan grandes que al gran Pompeyo quitaron contra su voluntad la cabeça y a Julio César vendimieron muy temprano la vida. Quando los que moravan en Roma hurtaron muchas vírgines de tierra de los sabinos, si después no mudaran el consejo, en que de ladrones se tornaron maridos, por aquel hecho perescieran todos los romanos; porque los sabinos avían jurado de perder las haziendas y vidas por vengar la injuria fecha a sus hijas. No podía ser mayor enemistad que la que tenía Dios con el hombre, a causa de estar de por medio el pecado, y después acá jamás uvo ni avrá tan grandes amigos, no por más de por averse entre ellos fecho los admirables matrimonios, en que Dios se fizo hombre y el hombre se fizo Dios, y para más autorizar y confirmar el matrimonio quiso el Fijo de Dios que fuesse su madre desposada. Y después Él mismo fallarse en una boda do él tornó el agua en vino, como oy los mal casados tornan el vino en agua.

No se habla aquí de los varones religiosos, ni ecclesiásticos, ni de los que están en lugares devotos retraýdos; porque estos tales, huyendo las ocasiones del mundo y eligiendo el

camino más sin peligro, ofrescieron a Dios sus ánimas y de sus cuerpos fizieron gratos sacrificios; porque no acontesce en la religión christiana lo que acontescía en la sinagoga; porque allí ofrescían cabrones y terneras, pero acá no se ofrecen sino sospiros y lágrimas. Dexados, pues, aparte aquellos como hombres que están para Dios secrestados, digo y afirmo que es santo y loable consejo aprovecharse del sacramento del matrimonio, el qual (aunque todos le tomen por voluntad) los príncipes y grandes señores le han de tomar por necessidad; porque el príncipe que no tiene muger y hijos, mucha soledad y tristeza tienen sus reynos. Plutharco, en un libro que fizo *De los sacramentos*, dize que era ley muy guardada entre los lidos que sus reyes fuessen de necessidad casados, y tenían en esto tanto extremo, a que si un príncipe moría y dexava hijo ya en edad para gobernar, no le dexavan gobernar el reyno hasta que fuesse casado; y (lo que más era) que el día que la muger muría, juntamente con su muerte la governación y la auctoridad real vacava, por manera que si mucho tiempo [360] estava biudo, mucho tiempo estava sin reyno. Como los príncipes estén en el miradero para mirar a todos y también ellos sean de todos mirados, obligación tienen a ser honestos y retraídos, lo qual en este caso no serán si no son con matrimonio ligados; porque al fin, viéndose de la carne vencidos, forçado les será andar por casas desonestas derramados.

CAPÍTULO III

De muchas y muy varias leyes y costumbres que tenían los antiguos en contraer los matrimonios, no sólo en las electiones de las mugeres, mas aun en la manera de celebrar las bodas.

En todas las naciones passadas y en todos los reynos del mundo siempre fue el matrimonio aceptado y manifiesto; porque, de otra manera, ni el mundo se podría poblar ni el linaje humano continuar. En aprobar el matrimonio, en loar el matrimonio, en aceptar el matrimonio, jamás los de un siglo fueron contrarios al otro; mas en las cerimonias y manera de contraer el matrimonio, aquí uvo grandes diferencias entre los del tiempo passado; porque tantas diferencias tenían ellos en contraer los matrimonios quantas tienen oy en comer los manjares los golosos.

El divino Platón, en los libros de su *República*, amonestava y aconsejava que todas las cosas fuessen comunes, no sólo los animales y eredades, mas aun también fuessen comunes las mugeres, ca dezía él que si se quitassen estas dos palabras -«esto es mío», «esto es tuyo»- de por medio, no avría contiendas en el mundo. A Platón llámanle divino por muchas cosas buenas que dixo, pero agora justamente le pueden llamar humano por este consejo que dio tan profano; porque no sé yo qué ygual brutalidad se puede dezir, ni qué mayor bestialidad se puede pensar, que las vestiduras fuessen proprias y las mugeres fuessen comunes. Los brutos animales no conocen más a sus hijos por hijos del tiempo que los crían a sus pechos. Y desta manera (y aun peor) acontesciera entre los hombres si en la república las mugeres fuessen comunes; porque si conociesse uno a la madre que le parió, desconocería al padre que le engendró.

La ciudad de Tharento, que entre los antiguos fue assaz bien nombrada y de los romanos no poco temida; tenían los tharentinos en ella por costumbre de casarse con una muger legítima para procrear hijos, pero junto con ella podían elegir otras dos mugeres para sus placeres propios. Sparciano dize que el Emperador Helio Vero era en cosas de mugeres muy absoluto y aun dissoluto; y como su muger fuesse moça y hermosa, y se quexasse dél que no hazía vida con ella, dixo él a ella esta palabra: «No tienes tú razón, ¡o! muger, de tener de mí quexa, pues hago vida contigo hasta que estás preñada; que en el restante de tiempo licencia tenemos los maridos de buscar con otras mugeres nuestros passatiempos; porque este nombre de llamar a una muger es nombre que trae consigo honrra, que en lo demás es una muy enojosa y penosa carga.» Lo que aconteció a este emperador romano aconteció al rey Tholomeo de Egipto, el qual tenía a la reyna su muger muy quexosa y a una amiga suya muy contenta.

Caso que todos los griegos son tenidos por sabios, entre todos ellos los athenienses fueron tenidos por sapientísimos; y la causa desto era porque en Athenas residían los sabios que governavan la república y los philósophos que enseñavan la sciencia. Ordenaron los sabios de Athenas que todos los vezinos pudiessen tener dos mugeres legítimas, y junto con esto mandaron so graves penas que ninguno fuesse osado de tener concubinas, ca dezían ellos que por andar los hombres en pos de mugeres ajenas dan mala vida a sus mugeres propias. Según dize Plutharco en su *Política*, el fin que tuvieron los griegos en hazer esta ley fue pensar que no podía ni devía el hombre bivar sin compañía de muger, y que por esso querían que se casassen con dos, para que si la una estuviesse mala o parida, oviesse en casa quien ocupasse la cama y sirviesse la mesa. Tuvieron los de Athenas otro respecto de hazer aquella ley; y fue para que, si aconteciesse que la una fuesse estéril y mañera, la otra procreasse hijos en la república; y en tal caso a la que paría tenían por señora y a la que no paría se tratava como sierva.

Quando esta ley se fizo, ya Sócrates el philósopho era casado con Xantipa, y por cumplir la ley uvo de tomar otra muger que se llamava Mitra, nieta que era del philósopho Aristes; las cuales dos mugeres, como tuviessen entre sí muchos enojos, de manera que escandalizavan a los vezinos, díxoles Sócrates: «Bien me veys vosotras, mugeres, que tengo los ojos vizcos, las piernas tuertas, los cabellos crespos, el cuerpo pequeño, la calva pelada, las manos vellosas y las barbas blancas. Pues si esto es verdad, ¿por qué vosotras, siendo hermosas, reñís y contendéys sobre un hombre feo?» Aunque Sócrates dezía burlando aquellas palabras, fueron ocasión a que cessaron las renzillas de veras.

Los antiguos lacedemonios, que en tiempo de paz y de guerra fueron siempre de los atenienses contrarios, y tenían por legítima ley no que un hombre se casasse con dos mugeres, sino que una muger se casasse con dos hombres, y la ocasión que tomaron para hazer esto fue que, si el un marido se fuesse a la guerra, le quedasse otro en casa; porque dezían ellos que por ninguna manera se avía de consentir en la república estar una muger en su casa sola.

Plinio, en una epístola que escribe a Locracio, su amigo, y Sant Hierónimo, escribiendo a un monge llamado Rústico, dizen que los athenienses tenían en costumbre de casarse hermano con hermana, pero no se permitía casarse sobrino con tía; porque dezían ellos

que casarse hermanos con hermanas era casarse con sus yguales, pero casarse tíos y sobrinos era casarse padres con hijas. Melcíades, que fue varón assaz famoso entre los griegos, tuvo un hijo que se llamó Cimonio, el qual se casó con su hermana, que avía nombre Pinicea; y, como preguntasse uno a Cimonio por qué se casava con Pinicea su hermana, respondió: «Mi hermana es hermosa, es sabia, es rica, es a mi condición hecha; y su padre y mío me la dexó muy encomendada; y como el ruego de los padres le han de tener por mandamiento los fijos, he acordado que, pues naturaleza me la dio por hermana, de mi voluntad la tome por muger.»

Diodoro Sículo dize que ante que los egypcios rescibiessen leyes cada uno tenía quantas mugeres quería y podía, y esto con libertad de ambas las partes, en que libremente ella se despidiesse dél quando quisiesse y él despidiesse a ella quando no le contentasse; porque dezían ellos que era imposible vivir el hombre y la muger muchos años juntos sin que entre ellos oviesse muchos y muy grandes enojos. Una cosa dize Diodoro Sículo hablando en este caso, la qual jamás la leý en libros, ni la oyó de los passados, es a saber: que entre los egypcios ninguna diferencia avía entre los hijos, sino que indiferentemente los tenían a todos por legítimos aunque fuessen de esclavas nascidos; porque dezían ellos el principal auctor de la generación era el padre y no la madre, y que por esso los hijos que nascían la carne solamente tomavan de las madres, pero la honra y dignidad eredavan de sus padres.

Julio César dize en sus *Comentarios* que en la Gran Bretaña (la qual agora se llama Inglaterra) tenían los bretones en costumbre de casarse una muger con cinco maridos, la qual bestialidad de ninguna nación se lee en los tiempos passados; porque si tener un hombre muchas mugeres es cosa escandalosa, ¿por ventura una muger tener muchos maridos no sería cosa escandalosa y vergonçosa? Las mugeres generosas y virtuosas por dos cosas han de ser casadas: la una porque el Señor les dé hijos de bendición en quien dexen su hazienda y memoria; la otra para que con sus maridos vivan acompañadas y honradas cada una en su casa; porque de otra manera dende agora digo y afirmo que la muger que no se contentare con un marido no se contentará con todos los del barrio.

Plutharco en su *Apothémata* dize que tenían en costumbre los cimbro casarse con sus propias y naturales hijas, la qual costumbre les quitó el cónsul Mario después que los venció en Alemania y triumphó dellos en Roma, ca el hijo que de tal matrimonio nascía era hijo y nieto de un solo padre; y era hijo y hermano de una sola madre; y era primo, y era sobrino, y era hermano de un solo hermano. Por cierto la tal costumbre más era de bestias silvestres que no de criaturas racionales; porque muchos o los más de los animales a los que antaño tuvieron por hijos, tienen ogaño por maridos.

Estrabo, *De situ orbis*, y Séneca, en una epístola, dizen que los lidos y los armenios tenían en costumbre de embiar a sus hijas a los puertos y a las riberas de la mar a ganar sus casamientos, vendiendo a los estrangeros sus cuerpos propios, por manera que las que se quisiesen casar primero su virginidad avían de vender.

Los romanos, que en todas las cosas eran sabios y moderados, muy mejor que todas las otras naciones usavan de los casamientos, ca tenían de ley muy antigua y costumbre muy

usada que cada romano se casasse con una muger sola, de manera que assí como entre los christianos tener dos mugeres es conciencia, assí entre los romanos tener dos mugeres era vergüença y infamia. Entre los antiguos y famosos oradores de Roma, uno dellos fue Metello Numídico, el qual dixo estas palabras estando un día orando en el Senado:

«Padres Conscriptos, yo os fago saber que he mucho estudiado en pensar qué tales serían los consejos que os daría en esto de los casamientos; porque el consejo súbito y repentino no todas vezes suele salir provechoso. A que os caséys, yo no os persuado; pues dezir que no os caséys, yo no os lo aconsejo. La verdad es que si pudiéssedes sin mugeres vivir, de muchos enojos os podríades ahorrar; pero ¿qué faremos, ¡o! romanos, que nos hizo tal nuestra naturaleza que tener mugeres es muy gran peligro y vivir sin ellas es muy gran trabajo? Osaría yo dezir, si en este caso mi parecer se quisiese tomar, que no sería mal consejo resistir al deleyte, pues es momentáneo; y no tomar muger, pues es un cargo perpetuo.»

Éstas, pues, fueron las palabras que dixo Metello Numídico, las quales no fueron gratas a los padres del Senado, ca no quisieran ellos que dixera lo que dixo contra el matrimonio; como sea verdad que ningún estado se puede elegir en esta vida en el qual no haga sus mudanças fortuna.

Es agora de saber que, si fueron varios los modos y maneras que tuvieron los antiguos en ordenar sus matrimonios, no por cierto uvo en ellos menor variedad y aun liviandad en contraerlos. Bocacio florentino, en un libro que hizo *De nuptiis antiquorum*, pone muchas y diversas costumbres que tenían los antiguos en el modo de hazer los casamientos, de las quales diré algunas no para aprobarlas ni admitirlas, sino para condenarlas y burlar dellas; porque los escritores no para más escriben los errores que tienen unos, sino para que se conozcan mejor las verdades que tienen los otros.

Los cimbro tenían en costumbre que, al tiempo que se querían casar, después ya que entre los parientes estava concertado el matrimonio, que el esposo se cortase las uñas y embiávalas a su esposa, y la esposa por semejante se cortava las uñas y embiávalas al esposo; y, si él rescibía las della y ella rescibía las dél, luego se davan por casados, y dende en adelante vivían como marido y muger juntos. Los teuthonios tenían por cerimonia que el esposo rayesse la cabeça a la esposa y la esposa rayesse la cabeça al esposo, y en la ora que consentían el uno al otro raerse las cabeças, luego celebravan las bodas. Los armenios tenían por ley que el esposo rompiesse la oreja derecha a la esposa y la esposa rompiesse la oreja yzquierda al esposo; lo qual hecho, ella se quedava por su muger y él se declarava por su marido. Los elamitas tenían en costumbre que el esposo punçava el dedo del corazón de la esposa y chupávale la sangre que de allí salía; ella por semejante punçava el dedo del corazón del esposo; y, después que ambos a dos se avían chupado la sangre de los dedos, luego fazían vida de casados. Los numidanos tenían por cerimonia que el esposo escupía en tierra, y la esposa por semejante, y de la escopetina de ambos se hazía un poco de lodo; y luego el esposo untava con aquel lodo la frente de la esposa y la esposa untava la frente del esposo, por manera que la señal del casamiento era ponerse el uno al otro del lodo. Los daços, quando se querían casar, careávanse en uno el esposo con la esposa; y, después que estavan assí juntos, el esposo ponía un nombre

nuevo qual él quería a su esposa, y la esposa ponía otro nombre nuevo al esposo; de manera que, si consentían el uno y el otro los nombres nuevos, era señal que se davan por casados. Los pannonios, quando se querían casar, embiava el esposo a la esposa un dios familiar hecho de plata (que le llamavan ellos lares, que eran dioses de casa); y por semejante la esposa embiava otro dios de plata al esposo; y a la ora que el uno rescebía el dios del otro se avía de dar por casado. Los de Tracia tenían una muy estraña costumbre en el modo de se casar, y era que la esposa tomava un hierro muy subtil ardiendo y en la frente del esposo hazía un carather; y el esposo en la frente de la esposa con otro hierro ardiendo hazía otro carather, por manera que en señalándose con aquellos hierros se avían de dar por casados. Los siciomios tenían por ley para averse de casar que el esposo embiasse un çapato a la esposa y la esposa embiasse otro çapato al esposo; y si el uno rescebía del otro el çapato, era señal que consentían en el casamiento. Los tharentinos tenían en costumbre que, quando dos se querían casar, assentávanse a comer; y el esposo no comía sino por mano de la esposa, y la esposa comía por mano del esposo; y si por descuydo alguno dellos comía alguna cosa de su propia mano, no era firme ni valedero el tal casamiento. Los scithas tenían por ley que al tiempo que se avían de casar hombres y mugeres, que assí como agora se dan las manos, se tocassen el esposo a la esposa los pies; y luego se tocassen rodillas con rodillas, y luego manos con manos, y luego codos con codos, y luego cabeças con cabeças; y al fin, después que se davan sendos abraçados, quedavan ya confirmados los casamientos.

CAPÍTULO IV

Que las princesas y grandes señoras deven amar a sus maridos si quieren con ellos ser bien casadas, y que el tal amor se ha de procurar con ser ellas virtuosas y no con hechizos de hechizerías.

Todas las personas que quieren en esta vida alcançar alguna cosa muy ardua inventan y buscan muchos medios para conseguirla; porque muchas cosas ay que se acaban con tener en ellas buena maña, las quales se perderían si las quisiesen llevar por fuerça. Como en el matrimonio de la religión christiana no se sufra que los maridos y mugeres sean parientes (dexado aparte que el uno es hombre y la otra es hembra, él es rezió y ella es flaca), muchas vezes acontece que el marido y la muger son más contrarios en las condiciones que diferentes en los parientes. Daría, pues, yo por saludable y aun necessario consejo a las princesas y grandes señoras, y a todas las otras mugeres plebeyas, que (pues con sus maridos han de comer, han de dormir, han de conversar, han de tratar, han de hablar; finalmente han de vivir y morir) pusiessen gran solicitud en saber sus condiciones llevar; porque (hablando la verdad) la muger deve en todo seguir la condición de su marido y el marido deve en algo comportar la condición de su muger. Ora que ella con su paciencia sufra los dessabrimientos dél, ora que él con su prudencia dissimule las importunidades della, de tal manera tengan tan concertada y acordada la armonía de su vida, que todos huelguen de su vida y prosperidad en la república; porque los hombres casados que son bulliciosos y reboltosos y renziliosos en lugar sus vezinos de llorar, pídense albricias unos a otros de verlos muertos. Caso que el marido sea en el gastar avaro, sea en el gesto feo, sea en la condición duro, sea en linaje ínfimo, sea en el

hablar inconsiderado, sea en las adversidades tímido y sea en las prosperidades incauto; al fin al fin siendo como es marido no le podemos quitar que en su casa no sea señor único, por cuya razón es necesario que demos agora a las mugeres algún saludable consejo mediante el qual ellas puedan llevar tan importuno y tan largo trabajo; porque no ay oy marido tan virtuoso ni tan amoroso en el qual no halle su muger algún mal siniestro.

Lo primero que deven trabajar las mugeres es amar muy de veras a sus maridos y trabajar que no de burla sean ellas amadas dellos; ca (según vemos por experiencia) el matrimonio muy pocas vezes se desata por pobreza, ni se perpetúa por riqueza, sino que los mal casados con el odio se descasan dentro de una semana y con el amor se conservan hasta la sepultura. Para las carnes secas y insípidas búscanse salsas para comerlas. Quiero dezir que las cargas del matrimonio son muchas, son enojosas y son prolixas, las quales todas sólo con el amor pueden ser comportadas; porque, según dezía el divino Platón, no se ha de dezir ser una cosa más penosa que otra por las fuerças que en ella empleamos, sino por el mucho o poco amor con que la hazemos. Por áspero y impracticable que sea algún grave negocio, quando con amor se comienza, con facilidad se prosigue y con alegría se acaba; porque muy aplazible es el trabajo en el qual anda el amor por medianero. Bien conozco, y assí lo confieso, que es consejo muy áspero esto que a las mugeres aconsejo, es a saber: que una muger virtuosa ame al marido vicioso, una muger honesta ame al marido dissoluto, una muger prudente ame al marido simple, y una muger sabia ame al marido loco; porque, según nos enseña cada día la esperiencia, ay algunos hombres de tan baxa condición, y ay algunas mugeres de tan generosa conversación, que con muy sobrada razón ellos avían de tener a ellas por señoras, más que no ellas tener a ellos por maridos. Caso que esto en algunos casos particulares tenga verdad, digo y afirmo que generalmente las mugeres son obligadas de amar a sus maridos, pues por su voluntad y no por fuerça se casaron con ellos, ca en semejante confflito (es a saber: si el casamiento le sale a la muger avieso), no tiene tanta razón de quejarse del marido que la pidió, quanta razón tiene de quejarse de sí misma que tal aceptó; porque los infortunios que por nuestra inadvertencia nos vienen, si tenemos mucha ocasión para llorarlos, también tenemos mucha razón para dissimularlos. Por silvestre y indómito que sea un hombre, es imposible que si su muger le ama que él no ame a ella. Y, si acaso no pudiere forçar a su mala condición para que la ame, a lo menos no terná ocasión de aborrescerla, lo qual no se ha de tener en poco sino en mucho; porque muchas mugeres ay (no sólo de las plebeyas, mas aun de las generosas) las quales perdonarían a sus maridos los regalos que les avían de hazer y los amores que les avían de mostrar sólo porque cessassen las palabras injuriosas y estuviessen algunas vezes las manos quedas. Muy notables exemplos tenemos en las hystorias de muchas mugeres generosas, assí griegas como romanas, las quales después de casadas tuvieron tanta lealtad y fidelidad a sus maridos, a que no sólo los siguieron en sus trabajos, mas aun los libraron de grandes peligros.

Cuenta Plutharco en el libro *De las yllustres mugeres* que los lacedemonios a muchos nobles de los mimos, los quales eran a la sazón sus muy capitales enemigos, que como estuviessen sentenciados a muerte acordaron sus mugeres de yr a las cárceles do estaban presos, y al fin alcançaron de los carceleros que pudiessen entrar a ver a sus maridos; porque fueron muchas las lágrimas que delante dellos derramaron y no fueron pocos los

dones que les ofrescieron. Entradas, pues, las mugeres en la cárcel trocaron con sus maridos no sólo las vestiduras, mas aun la libertad; de manera que ellos se salieron vestidos como mugeres, y ellas se quedaron presas y vestidas como hombres. Y, como sacassen a justiciar a las inocentes mugeres pensando que sacavan a los condenados hombres, determinaron los lacedemonios que no sólo fuessen perdonadas, mas aun premiadas y honradas; y esto no por más de por el buen exemplo que dexavan a las otras mugeres a que fuessen bien casadas.

La muy antigua y muy nombrada Panthea, como le viniessse nueva que su marido era muerto en la batalla, acordó ella misma de le yr a buscar, con esperança que aún no era acabado de morir; al qual, como le hallasse muerto, lavóse con la sangre dél todo su cuerpo y rostro, y, firiéndose el corazón con un cuchillo, abraçada con el marido dio el ánima, y assí juntos los llevaron a la sepultura.

Porcia, hija que fue del gran Marco Porcio, como le dixeron que Bruto, su marido, era preso y muerto, hizo tan gran sentimiento, que acordaron los suyos de asconderle todos los instrumentos con que se podía matar, y assimismo guardarla de todos los peligros do podía perescer; porque era tan excelente romana y tan necessaria en la república, que si la muerte de su marido avían llorado con lágrimas de los ojos, a ella avían de llorar con gotas de sangre del corazón. Sintiendo, pues, de todo su corazón Porcia la muerte de su muy querido marido, para mostrar que no lo hazía de burla sino de veras; no por cumplir con el pueblo, sino por satisfazer a su amor tan desordenado; como no hallasse cuchillo con que se matar, ni sogá con que se ahorcar, ni pozo donde se ahogar, acordó de llegarse al fuego, del qual con tanta facilidad y presteza comió de aquellas vivas brasas con quanta comería un hombre sano de un buen razimo de uvas. Podemos dezir que fue muy nuevo y inopinado tal género de muerte que para engrandecer su amor halló esta romana; pero no lo podemos negar sino que alcançó para los siglos advenideros immortal memoria; porque a manera de generosa dama quiso quemar con brasas de fuego las entrañas que tenía quemadas en brasas de amor.

Según dize Diodoro Sículo, costumbre era entre los yndos tener y casarse con muchas mugeres; y por caso, quando moría algún marido, juntávanse a pelear sus mugeres públicamente en la plaça; y la muger que quedava por vencedora, aquélla se metía viva con su marido en la sepultura, por manera que assí peleavan aquellas mugeres para morir, como pelean oy los hombres para vivir.

CAPÍTULO V

De la vengança que tomó una muger greciana del que mató a su marido por casarse con ella.

Plutharco, en el libro *De las illustres mugeres*, cuenta un caso digno de saber y aun a la memoria de encomendar, y es éste. Avía en la ciudad de Galacia dos ciudadanos famosos que avían nombre el uno Sinato y el otro Sinoris, los quales eran en sangre parientes y en familiaridad amigos, y competían sobre el amor de una donzella greciana generosa y

hermosa, sobre cuál dellos la avría por muger. Y para conseguir este fin ambos la servían, ambos la seguían, ambos la amaban y ambos por ella morían; porque la herida del amor es como el golpe del terrón, el qual lastima a uno y ciega a otro. La fortuna que lo quiso assí hazer, y en hados destes dos ciudadanos que avía de acontecer, el Sinato diosse a servir tanto aquella dama (que se llamava Camma), que al fin la alcançó por su muger propria; lo qual como lo viesse su competidor Sinoris, quedó dello no menos afrentado que lastimado; porque no sólo perdía lo que avía servido, mas aun de alcançar lo que desseava quedava desconfiado. Como vio Sinato, marido de Camma, que su muger era generosa, era afable, era graciosa, era amorosa y, sobre todo, que era muy hermosa, acordó de ofrecerla a la diosa Diana para que tuviesse por bien de guardar a él de peligro y a su muger de infamia. Y con verdad no podemos argüir a este cavallero ser inconsiderado en lo que hizo, ni ser precípite en su consejo, pues veya que en ser como era su muger tan hermosa era de tantos desseada; porque con muy gran dificultad se guarda lo que por muchos se dessea.

Aunque ya Camma era casada y estava so protección de la diosa Diana, todavía su antiguo amigo Sinoris moría por ella, y por todas las vías y maneras la servía, la importunava, la seguía y requiría; y todo esto hazía él con cierta esperança que tenía que abastarían sus servicios de mudar a Camma los pensamientos para que, como eligió a Sinato por su marido público, escogería a él para que fuesse su amigo secreto; porque muchas mugeres son como los gustos dañados, las quales comen antes de lo que les es proybido que no de lo que les es sano y provechoso. Con razón era entre todas las de Grecia muy nombrada Camma por su hermosura, pero con mucha más razón era estimada entre todas las virtuosas por muy virtuosa; lo qual pareció muy claro en que jamás después que fue casada pudo con ella Sinoris que rescibiesse dél una joya, ni que le escuchasse una palabra, ni que se pusiesse a una ventana, ni menos que le mirasse a la cara; porque las generosas y virtuosas señoras no cumplen con ser simplemente buenas, sino que no muestren indicios a que si osassen serían malas.

Como sea verdad que el coraçón que de amor está preso por cumplir su desseo se ofrezca a cualquier peligro, visto Sinoris que a su querida Camma, ni con ruegos la podía ablandar, ni con dones la podía convencer, determinó de matar a Sinato, con presupuesto que, quedando Camma biuda, fácilmente se podría casar con ella; ca imaginava él que si Camma dexava de ser mala, no era porque le faltava desseo de serlo, sino que no tenía lugar para cumplirlo. Muerto su marido de Camma, luego fue de Sinoris requerida y de sus parientes importunada para que tuviesse por bien de celebrar con Sinoris matrimonio, y que perdonasse la muerte de su marido. Y, como ella era muger tan heroyca y que por ocasión de aquel casamiento tenía oportunidad de hazer lo que desseava, dixo a los parientes que aceptava su consejo, y dixo a Sinoris que le elegía por marido; y esto más lo hazía ella con ánimo de le segurar que no con intención de le perdonar.

Como fuesse costumbre entre los de Galacia que el novio y la novia comiessen en un plato y beviessen en un vaso el día que se celebravan las bodas, acordó Camma de buscar un vaso de ponçoña, y assimismo una vihuela, la qual tañiéndola con sus manos començó a cantar delante la diosa Diana en esta manera:

«A ti, diosa Diana, que eres mayor de todas las diosas y muy querida de todos los dioses, protesto y juro que si hasta agora he conservado la vida, no ha sido sino con propósito de tomar esta vengança. Si no tuviera yo propósito de vengar la muerte de Sinato, mi marido, ¿para qué avía yo de bivar más que no él en este tan peligroso mundo? Pues me quitaron el con que yo descansava; pues me mataron al que yo amava; pues se absentó por quien yo moría; pues murió aquél por quien yo bivía; ¿por ventura avía yo de elegir otro género de vida sino enterrarme con él en la sepultura? Después que a mi marido vi muerto y vi a mí sola; después que vi a él entre los gusanos y vi a mí entre mis enemigos; después que a él vi cubierto de tierra y a mí cercada de tristura; tú sabes, diosa Diana, que jamás biví contenta y de mí misma estava aborrecida; porque por demás bivía mi cuerpo, estando mi coraçón con mi marido sepultado. El día que vi meter a mi marido en la sepultura, aquel día quise enterrarme con él biva; después acá muchas vezes he estado de colgarme de una sogá o buscar quien me quitasse la vida. Y si estuve de poner en mí las manos crueles, no fue sino por vengar la muerte de mi marido que le dieron cruel; porque, pudiendo y no queriendo, más le ofendía yo en no la vengar que no le ofendió Sinoris en le matar. A ti, gloriosa Diana, suplico, y a ti, gran dios Júpiter, ruego os sea muy acepto el sacrificio que de mi persona yo oy hago; pues es verdad que Sinato, mi marido, entre todas las de Achaya me miró, entre todas las de Grecia me escogió, en servicio mío su hazienda gastó, en seguirme a mí su juventud consumió, por contentarme a mí grandes peligros passó. Y, aunque sea mucho lo que le devo, parésceme cumplir con hazer lo que puedo, que pues a él por mi causa le quitaron la vida, que yo por su servicio acepte la muerte. Mi padre ya es muerto, mi madre no es biva; mis amores ya son acabados, mi hazienda ya es gastada; mi honrra ya es olvidada, mi coraçón está en la sepultura; pues no me queda (¡o!, marido mío) sino la vida, que es lo peor desta vida, de muy buena voluntad la ofrezco por lo que toca a tu honrra. A ti, Sinoris, que presumes de ser mi marido y piensas de consumir conmigo oy matrimonio, yo ruego a los inmortales dioses que en lugar de tálamo, te hagan un sepulcro; en lugar de vestidura, te vistan una mortaja; en lugar de bodas, te celebren las obsequias; en lugar de cama, te den la sepultura; en lugar de manjares preciosos, te entreguen a los hambrientos gusanos; en lugar de música y canto, vayan en pos de ti todos llorando; en lugar de bivar con alegría, te vean morir con rabia; porque muy injustos seríades vosotros los dioses si a este maldito de Sinoris no le quitássedes la vida agora que él más dessea bivar, pues él a mi marido dio la muerte en tiempo que desseava menos morir. Tú lo sabes muy bien, gloriosa Diana, quán contenta y alegre parto desta vida y me voy a cenar con mi marido a la otra; y si caso fuere que me fueren ingratos los muertos, a lo menos este hecho ternán siempre en memoria los bivos.»

Acabada esta oración que hizo Camma a la diosa Diana, bevió ella y dio a beber a Sinoris del vaso de aquella ponçoña, no pensando él que bevía sino vino o agua; y fue el caso que él murió a mediodía y ella murió ya que era noche obscura; y fue en toda la Grecia tan de coraçón llorada su muerte, quanto de coraçón amavan todos su vida.

Las princesas y grandes señoras claramente pueden colegir de los exemplos que aquí son puestos quán honesto y aun quán honroso es las mugeres amar y trabajar de ser amadas de sus maridos; y esto no sólo en el tiempo que los tienen bivos, mas aun después que los veen muertos; porque la muger que sirve a su marido en la vida parece que procede de

temor, mas la que le ama y honra en la sepultura no procede sino de amor. No deven hazer las princesas y grandes señoras lo que se atreven a hazer algunas mugeres plebeyas, es a saber: buscar algunos bevedizos, inventar algunos inormes hechizos para ser amadas de sus maridos; ca, allende que las [376] tales supersticiones no se pueden hazer sin gran rotura de consciencia y gran falta de vergüença, cosa injusta y aun escandalosa sería que sólo por ser de sus maridos amadas holgassen ser de sus dioses aborrescidas. Amar a Dios, servir a Dios, contentar a Dios, no por cierto embota la lança para que la muger honrada sea de su marido amada y regalada. Antes muchas vezes permitió Dios que algunas mugeres, siendo flacas, siendo feas, siendo pobres pacientes, sean de sus maridos más amadas que no las diligentes y hermosas; y esto no por los servicios que a sus maridos hazen, sino por la buena intención que de servir a Dios tienen; porque de otra manera no permite Dios que, estando él ayrado, tenga la muger a su marido contento. Si las mugeres quisieren tomar en este caso mi consejo, yo les enseñaré un muy notable hechizo, y es que sean calladas, sean pacíficas, sean sufridas, sean retraídas y sean onestas, de las quales cinco yervas pueden hazer una confación; la qual si sus maridos la veen sin que la gusten no sólo serán dellos amadas, mas aun adoradas; porque se han de tener por dicho las mugeres que por la hermosura que tienen serán desseadas, pero sólo por ser virtuosas han de ser amadas.

CAPÍTULO VI

Que las princesas y grandes señoras deven ser obedientes a sus maridos, y que es muy grande afrenta y aun vergüença de su marido que le mande su muger.

Mucho sudaron, y mucho tiempo expendieron, y aun muchos libros escribieron algunos oradores antiguos sobre averiguar qué dominio tenía el hombre sobre la muger y qué servidumbre devía la muger al hombre. Y por encarescer los unos la grandeza del hombre y por defender los otros la flaqueza de la muger, vinieron a dezir tantas y tan frías cosas, que les fuera mucha más honrra no escribirlas; porque los escriptores es imposible que no yerren quando se ponen a escribir, no según lo que la razón les enseña, sino según la opinión que cada uno toma.

Los que defendían la parte femenil dezían que la muger tenía cuerpo como el hombre, tenía ánima como el hombre, tenía razón como el hombre, bivía como el hombre, moría como el hombre y era apta y nata a la generación como el hombre, y que les parecía que ningún dominio avía de tener sobre ella el hombre; porque no es razón que las personas que naturaleza hizo libres que ninguna ley las haga esclavas. Dezían assimismo los que en esta materia hablaban que los dioses no por más de por aumentar la generación humana avían hecho a las criaturas, y que en este caso más parte era la hembra que no el varón, ca el hombre solamente tiene aptitud para engendrar, y esto sin peligro y sin trabajo; pero la muger pare con peligro y cría con trabajo, por cuya ocasión y razón parece gran inhumanidad y aun crueldad que a las mugeres, que nos criaron a sus pechos y nos parieron de sus entrañas, las ayamos de tratar como siervas. Ítem dezían que los hombres son los que tienen vandos, levantan sediciones, sustentan guerras, andan enemistados, traen armas, derraman sangre y hazen todos los insultos, de las quales cosas

son libres las mugeres, ca ni tienen vandos, ni matan hombres, ni saltean caminos, ni traen armas, ni derraman sangre, sino que vemos que la priessa que se dan los hombres a matar se dan las mugeres a parir. Pues esto es assí, más razón es que sean mandados los hombres, pues desminuyen a la república, que no las mugeres, pues son causa de aumentarla; porque no lo manda ley divina ni humana que el hombre loco sea libre y la muger prudente sea sierva.

Conformes a esta opinión y fundados sobre esta razón, tenían en costumbre los de Acaya que los maridos obedeciesen y las mugeres mandassen. Y assí se hazía, según dize Plutharco en el libro *De Consolatione*, de manera que el marido barría la casa, hazía la cama, lavava la ropa, ponía la mesa, adereçava la comida y yva por agua; y por contrario su muger governava la hazienda, respondía a los negocios, tenía los dineros y, si se enojava ella, no sólo le dezía palabras injuriosas, mas aun ponía en él las manos ayradas. De aquí vino aquel antiguo proverbio que es de muchos leýdo y de pocos entendido, es a saber: *vita achaye*, y era el caso que quando en Roma un marido se dexava al querer de su muger, dezíanle los vezinos por manera de injuria: «*vita achaye*»; que quiere dezir: «andad para tal y qual, pues vivís a la ley de Achaya, do los hombres son para tan poco, que cada muger manda a su marido.» Plinio, en una epístola que escribe a Fábato, su amigo, le reprehende muy gravemente porque tiene una muger que en todo y por todo le manda, y que le dize que no haze más de lo que quiere ella, el qual caso para mucho se le engrandecer y para más se le afean dize en fin de la carta: «*Quod me valde penitet est quod tu solus Rome polles vita Achaye*»; que quiere dezir: «Esto es lo que más sobre todo me pesa, ver que tú solo en Roma bives a la manera de Achaya.» Julio Capitolino dize que Antonino Caracalla, como anduviesse enamorado de una hermosa dama de Persia y della no pudiesse alcançar cosa, prometióle de casarse con ella a la ley de Achaya, y a la verdad ella se mostró más cuerda en lo que respondió que no él en lo que prometió; porque le dixo que ella no podía ni quería ser casada, que al templo de la diosa Vesta estava ofrecida, y que más quería ser sierva de los dioses que no señora de los hombres.

Contraria costumbre tenían a todo esto los partos, y aun los de Tracia, los cuales tenían en tan poco las mugeres, que no las tratavan ni tenían sus maridos sino como a siervas, y en este caso tenían los hombres tanta libertad (o, por mejor dezir, liviandad), que después que una muger avía parido una dozena de hijos, los hijos quedávanse en casa y vendían a la madre en la plaça, y otras vezes trocávanla por otra que fuesse más moça, para con quien el marido se remoçasse en casa; porque dezían aquellos bárbaros que a las mugeres que ya son viejas y mañeras, o las han de enterrar bivas o se han de servir dellas como esclavas. Dionisio Helicarnaso dize que tenían por ley los lidos, y aun los numidianos, que las mugeres mandassen en casa y los ombres fuera de casa, pero de mi pobre parecer yo no sé cómo esta ley se avía de cumplir; porque de buena razón la muger no ha de salir fuera de casa para que haya de ser mandada, ni el marido ha de entrar en casa agena para mandar. Ligurgo, dador que fue de las leyes a los lacedemonios, dezía que los maridos procurassen las cosas fuera de su casa y que las mugeres fuessen despenseras y desponedoras dellas, por manera que este buen philósopho partió entre el varón y la muger el trabajo, pero todavía dexó el señorío al marido; porque (fablando la verdad) cosa monstruosa parece mandar más la muger que el marido en casa.

En nuestra sagrada religión christiana no ay ley divina ni ay ley humana que en todas las cosas el varón a la muger no se prefiera, y que lo contrario desto algunos filósofos ayan querido disputar y algunas gentes de hecho lo ayan querido hazer, ni me parece bien loarlo, ni menos admitirlo; porque no puede ser cosa más vana y aun liviana que el señorío que a las mugeres negó naturaleza se le quieran dar con alguna ley humana. Vemos por experiencia que naturalmente las mugeres todas son flacas, son tímidas, son encogidas, son atadas, son delicadas, son tiernas y aun para gobernar no muy sabias. Pues si las cosas del mandar y gobernar requieren en sí no sola ciencia y esperiencia, mas aun esfuerço para emprender cosas arduas, prudencia para conocerlas, fuerças para executarlas, solicitud para perseguirlas y paciencia para sufrirlas, medios para sustentarlas y, sobre todo, muy grande ánimo para acabarlas, ¿por qué quieren privar al hombre del señorío, pues en él concurren todas estas cosas, y darle a la muger, pues la vemos privada dellas?

Es nuestro fin de dezir todo lo sobredicho para rogar, aconsejar, amonestar y persuadir a las princesas y grandes señoras que se tengan por dicho de ser obedientes a sus maridos si quieren ser bien casadas con ellos; porque (hablando con verdad y libertad) en la casa do manda más la muger que el varón a ella llamaremos muger varonil y a él llamaremos varón mugeril. Muchas mugeres están engañadas en pensar que por mandar a sus maridos viven más honradas, lo qual por cierto no es assí, sino que todos los que lo veen a ella tienen por vana y a él no por avisado. No dexo de conocer que ay algunos maridos tan derramados en el gastar y tan dissolutos en el vivir, que no sólo no sería bueno sus mugeres obedecer a su mandamiento, mas aun sería cosa saludable yrles a la mano; pero al fin digo que, esto no obstante, vale más y aun es más tolerable que la hazienda toda se pierda que no que entre ellos se levante alguna enconada renzilla. Si a una muger se le mueren los hijos, puede otros parir; si pierde la hazienda, puede otra eredar; si se le van los criados, puede otros tomar; si se vee triste, puédela Dios consolar; si se halla enferma, puédela Dios sanar; pero si está con su marido discorde, yo no sé qué ha de hazer; porque la muger que de su marido se aparta a todos da licencia que pongan en ella la lengua. Como naturalmente las mugeres sean zelosas y con el zelo de necesidad sean sospechosas, si quieren que en aquel caso sus maridos no sean traviessos, deven trabajar por no enojarlos; porque si ella tiene ganado dél su corazón, no entregará él a otra su cuerpo, ca dexará de hazer de vergüença lo que no dexaría por conciencia. Muchas vezes vienen los maridos fuera de su casa alterados, turbados, desassossegados, ayrados y enojados, y en tal caso deven las mugeres guardarse mucho de no atravesar palabras con ellos; porque de otra manera no podrá ser menos, sino que o las han con la lengua de lastimar o las han con las manos de descalabrar.

Cosa por cierto es escandalosa, y ninguna cosa provechosa, que las princesas y grandes señoras se traven con los hombres en palabras. Antes sería yo de parecer que por ninguna cosa la muger se pusiesse con su marido a porfiar; porque ya puede acontecer (*immo* cada día acontece) que comiencen a porfiar de burla y después se enojen de veras. La muger que es prudente y virtuosa deve entre sí pensar que o su marido tiene para reñir ocasión, o por ventura no tiene razón. Diría yo en tal caso que, si tiene razón, le deve sufrir; si no tiene razón, deve con él dissimular; porque de otra manera ya podría ser que

se desmandasse ella en tan malas palabras que, començando él la renzilla, quedasse desculpado, y, al principio estando ella sin culpa, quedasse después condenada. No ay cosa en que más una muger muestre su prudencia que es en sufrir a un marido imprudente; no ay en que más muestre su cordura que es en dissimular con un marido loco; no ay en que más muestre su honestidad que es en sufrir a un marido dissoluto; no ay cosa en que más muestre su abilidad que es compadecerse con un marido inábile. Quiero dezir que si oyere dezir que su marido tiene poco, es para poco y vale poco, que haga encreyente ella a todos que es para mucho y puede mucho y sabe mucho; porque desta manera toda la honra que diere ella a él, aplicarán todos a ella. Parece muy mal a las mugeres poner lengua en sus maridos, ca no pueden a ellos amagar sin que hieran a sí mismas, conviene a saber: que si llaman al marido borracho, dirán que ella es muger del borracho; y si le llaman loco, dicen que ella es muger de loco; y (lo que es más de todo) que podrá ser que al marido veamos con la emienda y a la muger privada de la vida; porque la muger quando dize alguna palabra descomedida paga con una bofetada, pero quando toca en lo vivo de la honra a las vezes paga con la cabeça. Si por caso el marido mandasse a su muger alguna cosa injusta, sería yo en voto que tuviesse ella por bien de obedecerla y no resistirla; y, después que a él se le uviere quitado aquel ímpetu de yra y se le uviere resfriado la cólera, puédele ella dezir y declararle quán inconsiderado fue él en el mandar y quán cuerda fue ella en el obedecer; porque, de otra manera, si a cada palabra que él dize, ella le torna respuesta, ni por solo un día vivirán en concordia.

Leyendo lo que he leýdo, oyendo lo que he oýdo y aun visto lo que he visto, aconsejaría yo a las mugeres no presumiessen de mandar a sus maridos, y amonestaría yo a los maridos que no se dexassen mandar de sus mugeres; porque hazer lo contrario no es más que comer con los pies y andar con las manos. No es mi intención de hablar aquí contra las princesas y grandes señoras que tienen de su patrimonio ciudades y villas; porque a las tales yo no les quito el servicio que sus vassallos les deven de derecho, sino que las persuado a la obediencia que deven a sus maridos por razón del matrimonio. Las mugeres baxas y plebeyas no es maravilla que algunas vezes estén con sus maridos desavenidas, ca éstas tienen poca hazienda que perder y menos honra que aventurar; pero las princesas y grandes señoras que se aventuran a mandar a muchos, ¿por qué no se umillarán a obedecer a uno? Hablando con debido acatamiento, sobra de locura y falta de cordura es que una muger tenga presunción de gobernar un reyno y no tenga condición de compadecerse con su marido.

Séneca en una tragedia dize que en el tiempo de la guerra de Mitrídates aconteció en Roma que los cónsules embiaron a los cavalleros veteranos a mandar que fuessen todos a la guerra con el cónsul Sila, y aconteció que como llegassen en Roma a notificar aquel edito a una casa en la qual no hallaron el marido sino a la muger, respondióles ella que su marido ni devía, ni podía yr a la guerra; y, si por caso él quisiesse yr, que ella no le avía de dar lugar; porque él era cavallero veterano, y que por ser muy anciano estava de la guerra exemido. Fueron los que oyeron esta respuesta muy maravillados, y todos los del Senado muy escandalizados, y mandaron que el marido fuesse desterrado de Roma y su muger fuesse presa en la cárcel mamortina, y esto no porque se escusava de yr a la guerra, sino porque ella mandava a su marido y él se dexava mandar della, y porque

dende en adelante ninguna muger se osasse preciar que yría a la mano a su marido, y ningún marido le diesse a su muger ocasión para ello.

CAPÍTULO VII

Que las mugeres, en especial las princesas y grandes señoras, deven mucho advertir en que de andar fuera de sus casas no sean notadas, y que por ser muy visitadas y freqüentadas se guarden de no andar por lenguas ajenas.

Entre todos los consejos que se pueden y deven dar a las princesas y grandes señoras es que tengan reposo en sus casas y no anden derramadas por casas ajenas; porque, si las tales señoras son buenas, ganan mucha reputación, y, si por caso son malas, quitan de sí las ocasiones. Hora el marido esté presente, hora esté absente, cosa es necessaria y honesta que se esté la muger en su casa; porque desta manera las cosas de su casa yrán bien gobernadas y del corazón del marido se quitarán muchas sospechas. Como el oficio del marido sea allegar la hazienda y el oficio de la muger sea conservarla, la ora que ella sale de casa ha de pensar que las moças se han de derramar, los hijos se han de dissolver, los moços se han de desmandar, los vezinos han de tener que dezir y (lo que es peor de todo) que unos meten las manos en la hazienda y otros pornán huego a su fama. ¡O, cuánta merced haze Dios al hombre al qual le cupo una tal y tan buena muger en suerte, que de su proprio natural huelga de estarse en casa! Digo que el tal escusa muchos enojos y aun ahorra muchos dineros, porque ni gasta la hazienda en se vestir ni da ocasión a las gentes de mal juzgar.

La más doméstica renzilla que ay entre el varón y la muger es sobre que él querría guardar la hazienda para comer y para a sus hijos criar, y por contrario ella no querría sino [384] gastarla toda en vestir; porque en este caso las mugeres son tan curiosas y tan amigas de se vestir, que ayunarían y se absternían de los alimentos de la vida sólo por sacar una ropa nueva para un día de fiesta. Naturalmente las mugeres son amigas de guardar y son enemigas de gastar, excepto en caso de se vestir; porque de veynte y quatro oras que ay en la noche y día para cada hora querrían una ropa nueva. No es mi fin de hablar aquí de las vestiduras, sino para persuadir a las señoras que, si quisiessen ellas estarse recogidas en sus retrainientos, escusarían estos superfluos gastos; porque de ver una muger que su vezina va mejor vestida que no ella se torna contra su marido como una leona. Acontece muchas vezes lo que pluguiesse a Dios que no viésemos acontecer, y es que, si viene una inopinada fiesta o una regozijada justa, no da la muger a su marido vida hasta que le saca para aquel día una ropa; y, como el pobre señor no tuvo dineros para la pagar, uviéronsele de necesidad de fiar; y, como se passasse la vanidad de la fiesta y se llegasse el tiempo de la paga, oviéronle de afrentar la persona y dar a executar la hazienda, por manera que tuvieron bien que remediar y que llorar en un año lo que gastaron y rieron en un solo día. Pocas vezes tiene una muger embidia de otra muger porque es más hermosa, o porque es más generosa, o porque es más valerosa, o porque es mejor casada, ni mucho menos porque es más virtuosa, sino sólo porque la otra anda mejor vestida que ella; porque en caso de vestir no ay muger que tenga paciencia en que otra menor se le yguale ni que otra su igual le sobrepuje.

So graves penas proybió Ligurgo a los lacedemonios que las mugeres no saliesen fuera de sus casas si no era entre año los días señalados de fiestas, ca dezía él que las mugeres o avían de estar en los templos orando a los dioses, o avían de estar en sus casas criando a sus hijos; porque andar las mugeres por los campos a passear o por las plaças a ruar, ni a ellas es honesto, ni a sus casas provechoso. Diría yo que son obligadas las princesas y grandes señoras a residir y estarse en sus casas mucho más que no las mugeres baxas y plebeyas, y esta obligación les viene por alcançar más auctoridad y tener menos necesidad. Y no sin causa digo que conseguirán más auctoridad; porque no ay virtud con que una muger alcance tanta reputación en la república con que vean todos que se está retrayda en su casa. Digo también que una señora deve estar muy retrayda a causa que bive con menos necesidad que otra; porque la muger pobre y plebeya, si sale, no sale sino a buscar de comer, pero la muger rica y generosa, si sale, no sale sino a se passear y regalar. No se maravillen las princesas, no se maravillen las grandes señoras, si en soltando ellas los pies a andar y en derramando los ojos a mirar, luego los enemigos y vezinos con coraçones dañados las juzguen y con lenguas enconadas las infamen; porque de los hechos que las mugeres hazen absolutos nacen en los hombres los juyzios temerarios.

Loo y apruevo los maridos a sus mugeres que las amen, que las consuelen, que las regalen y que dellas fíen, pero aféolo y condénolo que las mugeres se anden de casa en casa a visitar, y que sus maridos no osen o no quieran en esto las contradezir; porque, dado caso que de hecho ellas en sus personas sean buenas, mucha ocasión dan a que las tengan por vanas. Dize Séneca en una epístola quel gran romano Catón Censorino ordenó que ninguna matrona romana saliesse de su casa sola; y que, si fuesse de noche, no pudiesse salir sola ni acompañada; y la compañía no avía de ser qual ella escogiesse, sino qual su marido o el pariente más propinco la señalasse; por manera que con los ojos que miramos agora a una muger dissoluta, con aquéllos miravan entonces a la que andava mucho fuera de su casa. Las señoras generosas y que son de su honra zelosas deven mucho mirar y considerar los grandes inconvenientes que de mucho visitar se les puede seguir, ca las tales han de gastar mucho para se vestir, han de perder mucho tiempo en se adereçar, han de sustentar familia para las acompañar, han de aver enojo con los maridos sobre si han de yr, han de acontecer malos recaudos en sus casas por ellas se absentar, a todos los amigos y enemigos han de dar que dezir; finalmente digo que la muger que anda mucho fuera de su casa, yo le tengo más embidia a la honra que pierde que no a la consolación que toma. Presumiendo como presumo de escrevir con gravedad, digo que he vergüença de lo dezir, pero al fin no dexaré de escrevir la granjería que traen unas señoras con otras de se visitar y procurar de ser visitadas. Y a las vezes nascen entre ellas unos pundonores tan fríos, que hazen a los maridos estar enemistados, y por otra parte más vezes traen a la memoria las visitaciones que han de hazer, que no los pecados que han de confessar.

CAPÍTULO VIII

De los daños y provechos que se siguen de andar a visitar o de estarse en sus casas las princesas y grandes señoras.

Lucrecia, la muy nombrada en conformidad de todos los romanos, fue declarada por más excelente romana que todas las matronas romanas, y esto no porque era más hermosa, ni porque era más sabia, ni porque era más emparentada, ni porque era más generosa, sino porque era más retraída; porque ella era tal que en las virtudes heroicas no avía más que pedir y en las flaquezas mugeriles no avía en ella que emendar. Muy vulgar es en Tito Livio la historia de la casta Lucrecia, que, quando vinieron los maridos de muchas romanas de la guerra, hallaron a sus mugeres, a unas puestas a las ventanas mirando, a otras a las puertas hablando, a otras por los campos paseando, a otras por los huertos comiendo, a otras en las plaças comprando, a otras por las calles visitando; pero a la virtuosa Lucrecia halláronla en su casa encerrada y labrando, por manera que, fuyendo de ser conocida, se hizo más conocida y famosa.

Otro consejo quiero dar a las princesas y grandes señoras, el qual si es a mí voluntario de darle, es a ellas muy necessario tomarle, conviene a saber: que, si quieren ser tenidas por matronas honestas, se guarden de compañías sospechosas; porque las cosas inmundas y suzias aunque no dañen el gusto porque no se comen, a lo menos con el hedor ofenden al odorato de sólo que se traten. Es tan mirada, es tan delicada la honra de las mugeres, que si no les damos licencia para que salgan de sus casas a visitar, menos se la daremos para que sean visitadas; porque visitarse las señoras unas a otras aun parece piedad, pero visitar los hombres a las mugeres es gran desonestidad. En presencia de sus maridos o de sus parientes propincos pueden las mugeres ser comunicadas y visitadas, y esto se entiende de personas aprovadas y honestas; pero diría yo que, no estando el marido en casa, sería sacrilegio que algún varón osasse passar el umbral de la puerta. En el libro *De las alabanças de las mugeres* dize Plutarcho que las mugeres de los numidanos siempre tenían cerradas las casas quando estavan fuera sus maridos, y que tenían por inviolable ley que todo hombre que llamasse a puerta cerrada le cortassen la mano derecha. Cicerón, en el libro *De legibus*, dize que era ley muy usada entre los romanos que, si por caso algún romano tuviesse alguna deuda, que estando el tal fuera de su casa, no pudiesse el acreedor yr a su muger a pedirla; porque so color de cobrar la hazienda no recibiesse algún detrimento en su honra. Diría, pues, yo que si al acreedor no dava licencia Roma para cobrar su hazienda por no estar de su marido acompañada, menos te la daría a ti para que visitasses a una muger sola; porque más razón sería que entrasse el acreedor a cobrar lo suyo proprio que no que entrasses tú por solo tu passatiempo.

El divino Platón, en los libros de su *República*, con razones muy persuasibles persuade a las mugeres de Grecia a que no tengan por sí particulares amicicias, sino que se tenga cada una por dicho que no ha de tener otro distinto amigo más del que tiene su marido; porque las mugeres no han de tener licencia de tomar amigos ni han de tener condición para cobrar enemigos. Deven considerar las princesas y grandes señoras que cada una dellas dio a su marido el cuerpo, le dio la hazienda, le dio la libertad. Pues si esto es assí, diría yo que junto con la libertad le devría dar la voluntad; porque muy poco aprovecha que el marido y la muger tengan de por medio la hazienda y por otra parte se tenga cada

uno su voluntad propia. Para que Dios sea servido y el pueblo edificado, en una casa deven morar, en una mesa comer, en una cama dormir y junto con esto deven una cosa amar; porque si el marido y la muger son en el amar diferentes jamás serán en el vivir conformes. Amonesto, ruego y aconsejo a todas las mugeres que quieren ser bien casadas tengan por bien de querer todo lo que sus maridos quieren, loen lo que ellos loaren, aprueven lo que ellos aprovaren, conténtense con lo que ellos se contentaren y, sobre todo, no amen más de lo que ellos amaren; porque de otra manera ya podría ser que la muger enplee los ojos en otro, el marido empeñe el corazón a otra. Plutharco, en el libro de su *Política*, dize que la muger después de casada ninguna cosa tiene propia, ca la persona, la hazienda y libertad y voluntad el día que contraxo el matrimonio de sí y de todo lo suyo fizo único señor a su marido, de manera que si la muger se atreve a querer otra cosa de la que el marido quiere y quiere amar otra cosa de la que ama, a la tal no la llamaremos curiosa enamorada, sino pública ladrona; porque no hazen daño a los maridos tanto los ladrones en hurtarles los dineros quanto les hazen las mugeres en agenaar dellos los corazones. Si quiere la muger vivir en paz con su marido, deve mucho advertir a lo que él es inclinado, en que si es alegre, ella se regozije; si es triste, ella se mesure; si es avaro, ella guarde; si es pródigo, ella gaste; si es impaciente, ella dissimule; si es sospechoso, ella se guarde; porque la muger que tiene prudencia y cordura, si no puede lo que quiere, deve querer lo que puede. Ora sean los maridos mal inclinados, ora sean bien acondicionados, dende agora juro que les pese en que tengan sus mugeres algunos particulares amigos; porque por muy de baxa ley que sea un hombre todavía quiere que su muger a él sólo, y no a todos juntos quantos ay en el pueblo ame.

Una cosa no puedo dissimular, a causa que veo Dios Nuestro Señor en ella se ofender, y es que muchas señoras se escusan por enfermedad de yr siquiera una vez a missa en la semana, y después vémoslas sanas y buenas para visitar a sus amigas cada día, y (lo que es peor de todo) que no quieren yr a la mañana con la fría a la iglesia y después con el calor ándanse a visitar de casa en casa. Querría yo que las señoras pensassen entre sí antes que saliessen de sus casas a visitar qué es su fin de aquella visitación hazer. Y, si por caso salen a ver y a que sean vistas, ténganse por dicho que serán pocos los que las loarán de hermosas y serán muchos los que murmurarán en verlas callegeras. Ya que se juntan en una casa muchas señoras, es verdad que son cosas graves las que se tratan entre ellas. Dígolo porque se juntan o a comer frutas, o a loar los linajes, o a hablar de los maridos, o a trocar labrados, o a cotejar las ropas, o a notar las mal vestidas, o a tachar las fermosas, o a reýrse de las feas, o a murmurar de las vezinas y (lo que más de notar es) las mismas que dizen mal de las que están en ausencia, aquellas mismas se muerden unas a otras de embidia. Pocas vezes se visitan algunas señoras las quales, después de apartadas, no tengan que murmurar con sus maridos las unas de las otras, en que ésta nota a la otra de mal vestida, la otra nota a ésta de deslenguada, a la una notan de loca, a la otra acusan de simple, por manera que no parece que se juntaron para visitarse, sino para mirarse y acusarse. Muy estraño ha de ser a la muger cuerda pensar que puede tomar plazer fuera de su casa; porque en su casa tiene a su marido con quien hablar, tiene a sus hijos a quien enseñar, tiene a sus hijas que doctrinar, tiene a su familia con quien conversar, tiene a su hazienda que gobernar, tiene a su casa que guardar, tiene a sus parientes con quien cumplir. Pues si dentro de su casa tienen tantos passatiempos, ¿para qué admiten visitaciones de hombres estraños? De tener las mugeres casadas particulares

amicicias, y folgar de visitar y ser visitadas, suele dello suceder en que Dios sea ofendido, el marido injuriado, el pueblo escandalizado y aun la muger casada saca dello poco provecho y la que es por casar saca no buen casamiento; porque en tal caso, si la piden muchos por la hazienda, la desechan muchos más por la mala fama.

CAPÍTULO IX

Que las mugeres preñadas, en especial las princesas y grandes señoras, deven andar muy guardadas por el peligro de las criaturas; y de muy desastrados casos que acontecieron a las mugeres preñadas de los antiguos por dexarles cumplir sus apetitos.

Una de las cosas más necessarias en el que ha de peregrinar por largas y montuosas tierras es que al principio del camino se informe muy bien del camino; porque es cosa no menos enojosa que peligrosa, que al tiempo de tomar reposo se comience de nuevo andar el camino. No me podrá ninguno negar que toda la vida humana no es sino una jornada prolixa, la qual comienza desde que nascemos y se acaba quando morimos; porque al fin al fin tener larga la vida o tener corta la vida no es sino llegar tarde o temprano a la sepultura. A mi parecer, entre todas las locuras ésta es la más suprema locura: quando a uno a su parecer le sobra consejo para otros y al parecer de todos le falta consejo para sí; porque justamente le pueden llamar loco al que llama a todos locos y tiene a sí solo por sabio. De buena razón en este caso cada uno devría estar quedo y dexar vivir en paz a su vezino; y, si tiene a sí por sabio, que no tenga a su amigo por loco, pues no ay ninguno tan prudente que no aya menester toda su prudencia, ni ay ninguno tan sabio que no aya menester toda su sabiduría; porque jamás vimos a ninguno tan viejo ni tan experimentado, a quien hiziesse mal provecho un sano y maduro consejo. E si esta necesidad ay en los viejos muy viejos, mayor la avrá en los moços muy moços, los quales tienen las carnes no secas sino verdes; la sangre no fría, sino caliente; el calor no muerto, sino bivo; los bestiales movimientos no amortiguados, sino encarniçados; y de aquí viene que los moços son amadores del parecer suyo proprio y menospreciadores del parescer ageno.

A los árboles desde que son tiernos los atan para que salgan bien derechos; a los cavallos desde que son potros los enfrenan para que salgan bien enfrenados; a las aves desde el nido las toman para que sean domésticas; a los animales desde pequeños los doman para que tomen bien el andar. Quiero dezir que a los moços desde niños los han de doctrinar para que sepan después bien vivir. Aviso a los padres que tienen hijos, y amonesto a las madres que tienen hijas, que no ay remedio que remedie en nuestros hijos la inclinación mala si no es enseñándolos desde niños a tener criança buena; porque mucho peligro tiene el herido si no le toman la sangre con tiempo. Viniendo, pues, al propósito, a causa que en todas las cosas aya orden y concierto, diremos agora cómo el moço ha de ser criado; y, primero que todo, trataremos cómo se ha de poner muy gran recaudo después que el niño es engendrado y bulle en el vientre de su madre como vivo; porque las princesas y grandes señoras siempre han de vivir muy recatadas después que en las entrañas sienten las criaturas.

Escusado me sería hablar en este caso, pues soy religioso y no he sido casado, mas (por lo que he leído lo uno, y por lo que he oído lo otro) osaré tomar licencia de dezir una palabra; porque muchas vezes da mejor cuenta un sabio de una cosa que ha leído que no la da un simple aunque la haya experimentado. Parece esto ser verdad entre los médicos y los enfermos, do el paciente padece y sufre el mal, y pregunta al médico qué es su mal, y cómo se llama su mal, y qué remedio tiene su mal, de manera que sabe más el médico por la sciencia que no el enfermo por la experiencia. No es de negar que las princesas y grandes señoras sepan por experiencia el dessabrimiento que trae consigo el preñado, el peligro grande que ay en el parto; pero no sabrán de dó procede este daño y en qué consiste el remedio; porque muchos ay que se quejan de los hurtos y no saben cuáles son los ladrones.

Lo primero que a mi parecer deven las preñadas de hazer es que anden passo y con reposo, y huyan de yr ni venir corriendo; porque si tiene en poco la salud de su persona, ha de tener en mucho la vida de su criatura. Quanto el liquor es más precioso y el vaso en que está más delicado, tanto se deve más temer el peligro. Quiero dezir que la complesión de las preñadas es muy delicada y el ánima de la criatura es muy preciosa, y por esso se deve guardar con estremada guarda; porque el tesoro de todas las Indias no es igual al que la preñada trae en sus entrañas. Quando uno planta una viña, luego haze un valladar para cercarla, a fin que los animales no la pazcan estando en cierna, ni los caminantes la vendimien estando madura. Y si esto haze un labrador por coger un poco de vino, el qual al ánima y al cuerpo no todas vezes es provechoso, cuánto mayor diligencia deve poner la muger preñada, la qual ha de dar cuenta al Criador de su criatura, a la Iglesia de su christiano y a su marido del fijo. A mi parecer, do la cuenta ha de ser tan estrecha en la muerte, necessario es se ponga mucha guarda en la vida; porque sabe Dios por tan menudo las cosas de nuestra vida que no avrá en aquel día quien le engañe en la cuenta. No ay paciencia que lo sufra, ni coraçón que lo dissimule, verse un hombre con lo que más desseava, que era tener a su muger preñada, y después por un pequeño antojo (el qual yva muy poco en cumplirlo) fue forçado la triste madre morir, y el innocente hijo no pudo nascer.

Quando una muger es sana y en el preñado no tiene çoçobra, digna es de mucha culpa quando por correr, o baylar, o saltar le sucede alguna desdicha, y tiene mucha razón el marido de sentir y llorar este caso; porque mucho enojo tiene el hortolano quando el árbol carga de flores en la primavera y después no lleva fruta por ocasión de una pequeña elada. No sólo es malo que las mugeres corran y salten quando están preñadas, pero es cosa ésta muy desonesta en las grandes señoras; porque a las mugeres saltadoras siempre las tienen por livianas. Deven las mugeres en general, y las princesas y grandes señoras en particular, andar assossegadas y estar muy quietas; porque el cuerpo assossegado arguye tener la persona buen seso. Naturalmente todas las mugeres dessean ser honradas y auctorizadas, y en este caso hágoles saber que no ay cosa que a la muger dé mayor honra en la república que ser cauta en el hablar y ser reposada en el andar; porque impossible es la muger que tiene el andar de liviana y la lengua de maliciosa que no sea desacatada y aborrecida.

En el año *ab urbe condita* de quatrocientos y sesenta y seys los romanos embiaron a Curio Dentato para que hiziesse guerra al rey Pirro, el qual tenía la ciudad de Taranto y desde allí hazía mucho daño al pueblo romano; porque los romanos tenían ánimo para conquistar las tierras estrañas y no tenían paciencia si los estrangeros entravan en las suyas propias. Este Curio Dentato fue el que al fin venció al rey Pirro, y éste fue el primero que traxo a Roma elefantes en su triumpho, y la ferocidad de aquellas bestias puso gran espanto en el pueblo romano; porque ver a los reyes cargados de hierros teníanlo en poco y ver a los elefantes atados teníanlo en mucho. Tenía este Curio Dentato una hermana sola, la qual él únicamente amava, que, como fuessen siete hermanos, los dos avían muerto en la guerra y los otros tres en una pestilencia, de manera que no le avía quedado sino la hermana sola, y a esta causa de todo su corazón la amava; porque la muerte de los hijos regalados no es sino un despertador para los hijos desfavorecidos. Estava esta hermana de Curio Dentato casada con un cónsul romano, y estava preñada de siete meses; el día que le dieron al hermano el triumpho y acaso bayló, y dançó, y saltó tanto aquella noche del triumpho por amor del hermano, que allí luego movió un hijo. Y fue el caso tan desastrado, que la madre murió, el hijo no vivió, la fiesta del triumpho cessó y el padre del muchacho de pura tristeza súbitamente se le quitó la habla; porque el corazón que de súbito es lastimado, de súbito pierde el sentido. Cuenta muy por extenso esta historia Tibulo, el griego, libro iii *De casibus triumphis*.

Passados nueve años después que fueron alañados los reyes de Roma por la fuerça que hizo Tarquino a la casta Lucrecia, criaron los romanos una dignidad que llamavan dictatura, y el dictador que este oficio tenía era sobre todos señor y monarca; porque vieron los romanos que no se podía gobernar la república sino por una sola cabeça. Y a causa que el dictador [395] tenía tanta autoridad el tiempo que le durava el oficio como agora tiene el emperador, porque no se les tornassen tyranos provayeron que no durasse aquel oficio más de seys meses del año, los quales passados elegían a otro. De verdad ésta era una cosa harto buena, conviene a saber: que fuessen semestres; porque muchas vezes de pensar los príncipes que tienen la auctoridad perpetua se descuydan mucho de administrar la justicia. El primero dictador en Roma fue Largio Mamilo, el qual fue destinado contra los volscos, que a la sazón eran los mayores enemigos que tenían los romanos; porque en tal signo se fundó Roma que siempre fue amada de pocos y aborrecida de muchos. Según dize Tito Livio, este Largio Mamilo venció a los volscos y triumphó dellos, y al fin de la guerra les destruyó una ciudad potentíssima llamada Curiola, y assimismo destruyó otras muchas fuerças y lugares en aquella provincia; porque los corazones crueles no sólo destruyen a las personas, mas aun toman vengança de las piedras. Fue grande el daño que Largio Mamilo hizo en tierra de los volscos, y fueron muchos los hombres que mató, y infinitos los tesoros que robó, y los captivos que metió en su triunfo. Y en especial truxo por cativa a una donzella generosa y fermosa, la qual tenía en su casa para passatiempo de su persona; porque los antiguos romanos davan al pueblo todos los thesoros para las guerras y ellos llevavan todas las cosas viciosas y regaladas para sus casas. Fue el caso que, estando esta donzella preñada, Largio Mamilo llevóla a holgar a una huerta que tenía fruta temprana; y la moça, con el antojo del preñado y con ser la fruta tan temprana, comió tanto della que movió allí luego una criatura, de manera que por una parte paría y por otra revessava. Aconteció esto en los huertos de Vulcano, dos días después que triunfó Largio Mamilo, (caso lastimoso de

dezir) en que el hijo que nació, y a la madre que le parió, y al que le engendró aquel mismo día fueron enterrados en una sepultura, y esto no sin muchas lágrimas de toda Roma; porque si a poder de lágrimas se comprara la vida, ninguno de los tres quedara en la sepultura.

El primero hijo de Roma que tomó armas contra su madre Roma fue Tarquino el superbo; el segundo hijo de Roma el qual bolvió contra ella desde Lucania fue Quinto Marcio; el tercero hijo de Roma que vino contra ella desde Campania fue el cruel de Sila. Fueron tantos y tan grandes los daños que hizieron estos tres hijos de Roma a su madre Roma, que se tuvieron en poco los daños de las tres guerras de África; porque los enemigos aun no pudieron ver los muros de Roma y sus hijos de Roma aýna no le dexaran piedra sobre piedra. Y no es de tener en nada las casas que estos tyranos assolaron, los edificios que derrocaron, los hombres que mataron, las mugeres que forçaron, los huérfanos que fizieron; pero es de tener en mucho los vicios y viciosos que a Roma truxeron; porque no se destruye la república a causa que le faltan ricos y generosos edificios, sino porque le sobran los viciosos y le faltan los virtuosos. Destos tres romanos, el que se llamava Quinto Marcio avía sido tres veces cónsul, y una vez ditador, y quatro vezes censor, y al fin al fin fue desterrado con gran ignominia de Roma, y él por vengar esta injuria vino con gran ejército contra Roma; porque el corazón lastimado y superbo jamás tiene quieta la vida hasta que de sus enemigos toma vengança. Estando, pues, ya casi a las puertas de Roma, fue muy rogado no quisiesse destruir a su madre Roma, y no quiso condescender a ningún ruego fasta que salió su madre y una nieta que él mucho amava, a intercessión y lágrimas de las quales perdió la yra y alçó el cerco de Roma; porque muchos corazones más se ablandan con lágrimas piadosas que no con importunidades y razones justas. Preciávanse mucho las damas romanas de tener los cabellos largos y roxos, y de traer alta y estrecha la cintura, y como la nieta de Quinto Marcio estoviesse preñada y el día que se hazían las pazes entre su abuelo y Roma ella se apretasse mucho la cintura por parecer hermosa, fue ocasión que malparió una criatura. Fue el caso tan triste y tan desdichado que, en naciendo la criatura muerta, luego la madre perdió la vida; y, en perdiendo la madre la vida, súbitamente se cayó muerta el abuela, a cuya ocasión todo el regozijo y plazer se tornó en tristeza; porque costumbre es ya muy antigua quando el mundo está en mayor regozijo, la fortuna venir con un sobresalto. Son auctores desto Tibulo y Porfirio, ambos auctores griegos.

CAPÍTULO X

Do el auctor pone otros desastrados casos que acontecieron a mugeres preñadas.

Acabadas las guerras de Taranto, luego se començó la primera guerra de Cartago, y fue la ocasión de aquellas tan prolixas y peligrosas guerras la possessión de las yslas Mallorquinas, en que sobre tomarlas los unos y defenderlas los otros duraron las guerras entre ellos por espacio de quarenta años; porque muchas vezes sin comparación es más el gasto y daño que se faze en la guerra que no el interesse sobre que se levantó la conquista. En estas guerras el primero capitán por parte de los romanos fue Gayo Duellio, y el primero por parte de los cartaginenses fue Haunón, los quales con sus flotas pelearon

en el mar de Sicilia, y fue entre ellos muy cruda pelea, a causa de pelear en la mar; porque allí t emese la furia del agua y la crueldad de la lança, do con qualquiera destas dos cosas pelagra la vida. Fue en esta cruda batalla el capitán romano vencedor, en que ech  a hondo quatorze naos, y prendió treynta, y mató tres mil hombres, y llevó cativos tres mil cartaginenses. Y fue la primera victoria que el pueblo romano uvo por la mar y de la que más los romanos tomaron plazer; porque en la tierra se hallavan los romanos invencibles y en las mares vencedores. El capitán Gayo Duellio, partiéndose de Sicilia, fuesse para Roma, y tenía all  una hermana no menos virtuosa que rica y hermosa, en casa de la qual se aposent , y de all  dio una cena solemn ssima a todos los senadores que estavan en Roma y a todos los capitanes que venían con él de la guerra; porque los hombres viciosos no saben con qué mostrar el amor a sus amigos sino con combidarlos a manjares delicados. La hermana del capitán Gayo, con la alegría de la venida y con el regozijo de la cena, cen  más de lo que solía, y aun de lo que convenía a muger preñada, a cuya causa le tomaron entre los combidados unos vómitos, en que no sólo ech  el manjar que tenía en el estómago y la sangre que tenía en las venas, pero aun malparió la criatura que tra a en las entrañas, y en pos della se le salió el ánima de las carnes. Fue por cierto este caso no menos que los otros muy lamentable, en perder Gayo a su hermana, en perder el marido a su hijo, en perder ella su vida, en perder Roma tan excelente romana y, sobre todo, en aver acontecido en tiempo de tanta alegría; porque no puede ser peor agüero que entre los grandes regozijos acontecer algún triste caso. Haze mención deste caso Blondo en el libro *De declinatione Imperii*.

El segundo bello p nico entre Roma y Cartago fue en el año de dxi *ab urbe condita*, en el qual fueron capitanes Paulo Emilio y Publio Varrón, y estos dos cónsules dieron la muy nombrada batalla de Canas, en la provincia de Apulla. Digo muy nombrada porque nunca Roma perdió tanta nobleza y juventud romana como perdió aquel día. Destos dos cónsules, el Paulo Emilio fue all  muerto; y Publio Varrón, vencido; y el animoso Aníbal quedó vencedor en el campo; y fueron muertos de los romanos treynta senadores, y trezientos oficiales del Senado, y quarenta mil peones, y tres mil de cavallo; finalmente aquel día fuera fin de todo el pueblo romano si Aníbal, como tuvo esfuerço para dar tan cruda batalla, tuviera cordura para seguir tan generosa victoria. Poco antes que Publio Varrón se partiesse a la guerra av ase casado con una romana moça y hermosa que se llamava Sofía, y quedó de siete meses preñada, y como le dixeron que Paulo Emilio era muerto y su marido vencido, súbitamente cayó all  muerta, quedando la criatura en el vientre viva. Fue este caso sobre todos muy lastimoso, en que después que Publio fue vencido, y vio muerto al cónsul su compañero, y vio tan gran estrago en el pueblo romano, queriendo la fortuna llegarlo fasta el cabo, llegó a tiempo que vio con sus ojos abrir las entrañas para sacar el hijo y vio abrir la tierra para enterrar a la madre. Dize Tito Livio que quedó tan lastimado Publio Varrón de aver sido vencido y de av rsele muerto la muger en tan desastrado caso, que en todo el tiempo que le quedó de vida jams quiso hazer la barba, ni menos dormir en cama, ni assentarse a comer en la mesa, y desto no nos maravilllemos; porque muchas vezes es tan lastimado uno en espacio de una hora, que all  le queda que llorar toda su vida.

Si no podemos dubda en Tito Livio, los romanos tuvieron larga y prolixa guerra con los sannitas por espacio de sesenta y tres años continuos, fasta que el cónsul Anco Rótulo,

que era varón pacífico y virtuoso, tomó un buen apuntamiento de paz con ellos; porque los varones generosos y virtuosos siempre han de combidar con paz a sus enemigos. Andando, pues, las guerras entre ellos muy travadas, Tito Venurio y Espurio Póstumo, capitanes que eran romanos, fueron vencidos de Poncio, valeroso capitán que era de los samnitas, el qual después de la victoria hizo una cosa jamás nunca oyda ni vista, conviene a saber: que a todos los romanos que tomó presos puso encima de sus cuellos unos yugos, y en los yugos estaban estas palabras escriptas: «Aunque pese a Roma, Roma estará so el yugo de Samnia.» Los romanos además sintieron esta injuria y trabajaban mucho por vengarla; porque los coraçones que son muy superbos no pueden sufrir que tengan otros aun pensamientos presuntuosos. Criaron, pues, los romanos para yr contra los samnitas a Lucio Papiro, el qual era más venturoso que hermoso, ca era muy vizco. Y dióse en las armas tan buena maña, y fuele tan favorable la fortuna, en que no sólo venció, destruyó y assoló a los de Samnia, mas aun la injuria que recibió Roma de Samnia, muy mayor la recibió Samnia de Roma; porque es tan varia la fortuna, que a los que ayer vimos en la cumbre de la felicidad humana, oy los vemos echar a los muradales como vassura. Este Lucio Papiro finalmente venció a los samnitas y, no contento de tenerlos por prisioneros, no sólo les echó yugos a los cuellos, pero aun se los ató con coyundas y les hizo de hecho arar de dos en dos las tierras, aguijándolos y lastimándolos los romanos con las aguijadas. Si los samnitas uvieran piedad de los romanos vencidos, los romanos la uvieran dellos quando se vieron vencedores, y por esso tienen tanta necessidad los prósperos de buen consejo como tienen los míseros de algún remedio; porque el hombre que en la prosperidad no fuere piadoso, no se maraville si en la adversidad no hallare algún amigo. Tenía, pues, este Lucio Papiro una sola fija casada con un senador de Roma, y él se llamava Torquato y ella Ypólita; la qual, como estuviesse preñada y en días de parir, salió a rescebir a su padre, que no deviera; y como la gente del recebimiento era mucha y ella estava tan preñada, a la entrada de una puerta, como yva tan apretada, tomóle un desmayo a Ypólita, el qual quitó a ella la vida y a su padre el alegría. Sintió tanto Lucio Papiro la muerte de aquella única fija, mayormente como avía sido tan súbita, que del gran sentimiento que hizo se escandalizó toda Roma, y esto en caer como cayó sobre persona tan esforçada y tan cuerda, y que de su cordura no se aprovechava. Y no se deve nadie maravillar; porque muchos ay que tienen ánimo para derramar sangre de los enemigos y no tienen esfuerço para contener las lágrimas de los ojos. Dize Annio Severo, libro iii *De infelice fortuna*, que el día que esta desdicha aconteció a Lucio Papiro, que alçó los ojos al cielo y dixo estas palabras llorando: «¡O!, fortuna, engañadora de todos los mortales, hezísteme vencedor en la guerra por engañarme y agora quieres que sea vencido en la paz por lastimarme.»

He querido traer todos estos exemplos de las historias antiguas para que conozcan todos quán delicadas son las mugeres preñadas y quánta vigilancia han de traer sus maridos en guardarlas, pues no ay cosa tan líquida para ser regalada, ni tan vidriada para se quebrar; porque vidro ay que aunque cae en el suelo no le vemos quebrar, y a una preñada de sólo trastornarse un chapín la vimos malparir.

CAPÍTULO XI

Que las mugeres preñadas, en especial las princesas y grandes señoras, deven ser de sus maridos servidas y bien tratadas; en especial las deven apartar de toda cosa que les dé trabajo y enojo; y de cómo las mugeres en el tiempo que están preñadas no deven de ser glotonas ni antojadizas.

Si bien hemos entendido el capítulo de arriba, hallaremos que aquellas mugeres preñadas peligraron las unas por ser saltadoras, las otras por ser golosas, las otras por ser glotonas, las otras por yrse a fiestas, las otras por parecer galanas. Y todo esto procede por culpa dellas, en querer ser homicidas de sí mismas. Por cierto en este caso dignas son de mucha culpa las princesas y grandes señoras quando por su culpa malparen las criaturas; y querría yo que tomassen exemplo no de los hombres racionales, sino de los brutos animales; porque no ay en las montañas y silvas animal tan bruto que no se aparte de doquiera que su vida tiene peligro. Las ossas, las leonas, las lobas por maravilla salen de sus cuevas y choças en el tiempo que están preñadas, y esto no por más de por quitar ocasiones a que no sean de pastores y caçadores corridas. Pues si esto hazen los animales brutos, cuyos partos son en perjuzio de los hombres, a causa que sus hambrientos hijos comen a nuestros inocentes ganados, ¡quánto más lo deve hazer la muger preñada, cuyo parto y alumbramiento es en aumento de todo el pueblo christiano!

Si las mugeres no pariessen, si los niños no nasciessen, aunque oviesse tierra, no avría quien poblasse la tierra; porque todas las cosas crió Dios para que sirviessen a la criatura y la criatura crió para que sirviessse a su Criador. Tomen exemplo las mugeres que están preñadas de los castaños y de los nogales y avellanos, cómo y en qué manera guardan sus frutos después que de flores están preñados, ca el castaño la defiende dentro de un herizo, el nogal dentro de una cáscara muy dura, por manera que ni las aguas se los mojan ni los vientos se los derruecan. Pues los árboles, que no tienen sino vida vegetativa, y los animales, que no tienen sino ánima sensitiva, ponen tan gran recaudo en sí después que se sienten preñadas para que salgan a luz sus frutos; mucho más lo deven poner las mugeres preñadas, que tienen ánimas intellectivas, porque por su mal recaudo no malparan las criaturas. Juzgue cada uno quán poco va en que un hombre pierda las nuezes ni las castañas, y por contrario juzgue cada uno quánto le va a la Iglesia en que sean alumbradas las mugeres preñadas; porque la Sancta Madre Yglesia no llora ni pone luto porque se yelen las viñas, sino porque se pierden las ánimas.

Para que el hombre vea el fruto de bendición que dessea y la muger preñada se vea bien alumbrada, deve el marido quitar a la muger de ocuparla en mucho trabajo, y la muger dévese guardar del demasiado regalo; porque en las preñadas es ya regla general que el mucho trabajo las haze malparir y el mucho regalo las haze peligrar. Crudo es y inhumano el hombre que quiere que trabaje tanto su muger después de preñada como trabajava estando senzilla; porque el hombre vestido no puede correr tanto como el que está desnudo. Dize Aristóteles, libro vii *De animalibus*, que, quando el león tiene a la leona preñada, no sólo caça para sí y para ella, pero aun de noche y de día anda en torno della por guardarla. Quiero dezir que las princesas y grandes señoras, después que están preñadas, muy justo es sean de sus maridos servidas y regaladas; porque no puede él a ella hazer tan gran servicio ante del parto como ella haze a él quando le pare un hijo.

Considerando el peligro que tiene la muger en parir, y considerando el trabajo que tiene el marido en la servir, sin comparación es más lo que ella passa que no lo que él sufre; porque al fin la muger en parir haze la triste más de lo que puede, y el marido por bien que la sirva faze menos de lo que deve. El hombre generoso y virtuoso y aun piadoso, desde el tiempo que sintiesse estar su muger preñada, hora ni momento se avía de apartar della; porque en ley de buen marido cabe que emplee los ojos en mirarla, las manos en servirla, la hazienda en regalarla y el corazón en contentarla. No se les faga trabajo a los hombres servir y regalar a sus mugeres preñadas, ca el trabajo dellos consiste en fuerças, mas el trabajo dellas está en las entrañas; y (lo que es mayor lástima) que quando las tristes quieren dar con la carga en tierra, dan consigo mismas en la sepultura.

No menos son de reprehender las mugeres plebeyas, las quales después de preñadas de todos los trabajos de casa quieren ser esentas, lo qual no devrían ellas hazer, ni los maridos lo consentir; porque la ociosidad no sólo es ocasión de no merecer el cielo, pero aun es causa de las mugeres tener mal parto. Tomando de una parte a una señora que estando preñada se regala mucho, y tomando de otra parte a una labradora que toma medianamente el trabajo, a mi parecer más peligran en los partos de señoras regaladas que no de simples labradoras. La carne que es muy gruessa empalaga, la que es muy flaca es insípida; la que es entreverada, aquélla es sabrosa. Quiero dezir que el marido deve trabajar de apartar a su muger de mucho trabajo por lo que deve, y la muger deve huyr del mucho regalo por lo que le conviene; porque el mediano exercicio ocasión es de buen parto.

Deven assimismo las mugeres preñadas, en especial las que son generosas, guardarse no sean glotonas ni golosas, ca las mugeres sin estar preñadas son obligadas a ser muy sobrias; porque la muger muy comedora con trabajo será muy casta. Suélnse desmandar las mugeres preñadas en comer muchas golosinas y, so color que comen por sí y por el hijo, piensan que en el comer tienen licencia de hazer qualquier exceso; y esto no sólo es injusto, mas aun a la madre es desonesto y al hijo nocivo; porque (a la verdad) de los excessos que hizo la madre estando preñada se le recrecen muchas enfermedades al hijo después en la vida.

Deven assimismo trabajar mucho los maridos de no hazer enojo a sus mugeres después que las sienten que están preñadas; porque a la verdad más mugeres malparen por los enojos que les hazen otras, que no por los manjares que comen ellas. Caso que la muger en el tiempo del preñado haga algún enojo a su marido, el marido como ombre cuerdo deve disimularlo, teniendo respeto al fijo de que está preñada y no a la injuria o negligencia cometida, que al fin al fin no puede tener la madre tan gran culpa que no tenga el hijo muy mayor innocencia. No ay necessidad de leerlo en los libros sino mirarlo con los ojos, en que todos o los más de los animales después que las hembras están preñadas, ni ellos las toman, ni ellas más consienten ser tomadas. Quiero dezir que los hombres generosos y de altos estados, después que ya sus mugeres estuviessen muy preñadas, devrían por su honestidad apartarse dellas, y en este caso el que lo fiziere más temprano, aquél ternemos por más virtuoso. No digo esto a fin que esto sea obligatorio, de manera que no hazerlo sea pecado, sino que a los hombres virtuosos lo doy por consejo; porque unas cosas se han de hazer por necessidad y otras por honestidad.

Diodoro Sículo dize que en el reyno de los mauritanos avía tan pocos hombres y nascían tantas mugeres, que avía cinco mugeres para un hombre; y assí era ley entre ellos que a lo menos un marido no casasse menos de con tres mugeres. Pues otra cosa hazían muy rezia, en que si al tiempo que moría el marido alguna de las mugeres era biva avíase de enterrar con él en la sepultura; y si dentro de un mes esto no fazía o no se moría, públicamente la matavan por justicia, diziendo que la muger biuda esle peligro estar en su casa sola, y esle honesto estar en la sepultura acompañada.

En las yslas Baleares acontecía lo contrario, do nacían tantos hombres y avía tan pocas mugeres, que para una muger avía siete hombres, y assí tenían por costumbre, especialmente entre los pobres, que una muger se casava con cinco hombres, ca los hombres ricos embiavan por mugeres a reynos estraños; porque assí cargavan los mercaderes de mugeres para venderlas como cargan agora de mercaderías. A causa desto era costumbre en aquellas yslas que a todas las mugeres preñadas, como eran pocas, en llegando a los siete meses las quitavan de sus maridos y las encerravan en los templos, y allí les davan todo lo necessario del erario público; porque los antiguos tenían en tanta veneración a sus dioses, que a ninguno consentían traer de comer para sí al templo, sino que comiessen de lo que estava a aquel dios consagrado. Encerravan aquellos bárbaros a sus mugeres en aquel tiempo, lo uno porque los dioses teniéndolas en sus templos les fuessen más propicios en sus partos, lo otro por quitarlas de no tener en tales tiempos peligros, y aun porque tenían a gran torpedad que estuviessen en compañía de sus maridos.

El muy famoso filósofo Pulio, libro v *De moribus antiquorum*, dize que en el reyno de Pannonia, que agora es Ungría, eran en tanto tenidas las mugeres preñadas, que quando salía una de su casa todos los que la topavan eran obligados a yr y tornarse con ella, de manera que la reverencia en que es tenido agora el Sancto Sacramento de la Eucharistía era tenida entre aquellos bárbaros la muger preñada. No era menor el privilegio en que eran tenidas las mugeres preñadas de Carthago (quando Carthago era Carthago), en que assí como agora a los homicidas vale la Yglesia, assí eran seguros de justicia todos los que se acogían o asían de una muger preñada. Los galos trasalpinos, según dize Fronto, libro *De veneratione deorum*, a las mugeres preñadas no sólo las tenían en supremo acatamiento, mas aun ponían suprema vigilancia en que uviessen buen parto; porque poco aprovecha a la nao passar por todas las mares segura si después peligra al tiempo de tomar tierra. Era el caso desta manera: que toda la gentilidad antigua tenían dioses mayores en los templos, y tenían otros dioses menores en sus casas, que se llamavan lares y penates, y quando alguna muger avía de parir, cada vezino el dios que tenía en su casa le llevaba a presentar; porque pensavan ellos que quanto fuesse más la muchedumbre de los dioses, tanto serían más poderosos para librarla de aquellos peligros. Fablando como christiano, por cierto qualquiera de aquellos dioses era harto para poco, pues sin ayuda de otros dioses no podía socorrer a una muger en el parto.

CAPÍTULO XII

De quién fue el filósofo Pisto, y de las sentencias que dixo, y de las reglas que dio para las mugeres preñadas.

En los tiempos de Octavio fue un filósofo llamado Pisto, y fue de la seta pitagórica, y en el tiempo que él florecía en Roma fue muy privado del Emperador Octavio y fue muy amado del pueblo, lo qual no es de tener en poco; porque comúnmente el hombre que con el príncipe tiene mucha cabida siempre es aborrecido de la república. Era el Emperador Octavio príncipe muy amoroso, por manera que, quando comía, siempre con los capitanes hablava cosas de guerra; y, quando cenava, con los filósofos siempre hablava cosas de sciencia; y era enemigo que en su presencia se hablasse palabra desonesta ni ociosa.

Fue este Pisto hombre muy grave en las cosas de veras, y muy gracioso en contar facecias y cosas de burlas, y en diversas vezes fue por el Emperador preguntado de diversas cosas, de las quales preguntas y respuestas pórne aquí unas pocas, que son las siguientes:

«Di, Pisto: de los que biven en este mundo, ¿a quién tienes tú por más loco?» Respondió el filósofo: «En mi opinión, aquél tengo yo por más loco de la habla del qual no se sigue provecho; porque a la verdad no es tan loco el que echa piedras como el que dize palabras ociosas.»

«Di, Pisto: ¿a quién con razón le podemos rogar que hable, y a quién con razón le podemos mandar que calle?» Respondió el filósofo: «Entonces es bueno hablar quando el hablar ha de aprovechar, y entonces es bueno callar quando el hablar ha de dañar; porque de querer los unos tornar por lo bueno y de querer los otros defender lo malo se levanta la guerra en todo el mundo.»

«Di, Pisto: ¿qué cosa es de la que más han de apartar los padres a sus hijos?» Respondió el filósofo: «A mi parecer, sobre ninguna cosa deven más velar los padres sobre sus hijos que es que no se le hagan viciosos; porque el buen padre más ha de querer que su hijo muera bien, que no que biva y que biva mal.»

«Di, Pisto: ¿qué hará un hombre destos dos extremos, en que si dize verdad se condena y si dize mentira se salva?» Respondió el filósofo: «El hombre virtuoso ante ha de elegir ser vencido con verdad que no vencer con mentira; porque es imposible que en el hombre mentiroso dure la prosperidad mucho tiempo.»

«Di, Pisto: el hombre cuerdo ¿qué hará para alcançar el reposo?» Respondió el filósofo: «A mi parecer, no puede tener reposo sino el hombre que huye de mucho bullicio y tráfigo; porque los hombres de muchos negocios no pueden tener sino muchos cuydados y los muchos cuydados siempre acarrear grandes enojos.»

«Di, Pisto: ¿quál es la causa en que más se parece uno ser sabio?» Respondió el filósofo: «No ay mayor prueba de que uno sea sabio que si tiene paciencia para sufrir

a un necio; porque para sufrir una injuria más se aprovecha el corazón de la cordura que no de la ciencia.»

«Di, Pisto: ¿cuál es la cosa la qual del hombre virtuoso lícitamente puede ser desseada?» Respondió el philósopho: «Todo lo que fuere bueno y sin perjuyzio de tercero, honestamente puede ser desseado, pero a mi parecer sólo aquello se deve dessear que sin vergüença y públicamente se puede pedir.»

«Di, Pisto: ¿qué harán los hombres con sus mugeres preñadas para que no aborten las criaturas?» Respondió el philósopho: «No ay en el mundo cosa más peligrosa que tener el hombre cargo de una muger preñada; porque si el marido la sirve tiene trabajo y si acaso la descontenta, ella corre peligro. En este caso devrían las mugeres romanas y sus maridos [408] ser muy cuydadosos, y en las cosas siguientes ser más solícitos, las quales yo las digo más por consejo que no por precepto, aunque en el hombre virtuoso tanta impresión ha de hazer el consejo sano como en el hombre malo haze el mandamiento rezio. Tú, Octavio, como eres emperador clementíssimo y tienes a tu sobrina Cossucia preñada, querrías que uviesses agora buen preñado y que fuesse después alumbrada en el parto, lo qual todo verás assí, si guardares esto que te digo.

Lo primero, guárdese la muger preñada de baylar y saltar ni correr en ninguna fiesta; porque el saltar muchas vezes quita a los hombres la habla y a las mugeres preñadas les quita la vida, y no es justo que la locura de la madre ponga en condición la vida del hijo.

Lo segundo, guárdese la muger preñada no sea osada de entrar en huerta do uviere mucha fruta; porque por ocasión de comer mucha fruta no malpara la criatura, y no es justo que la golosina de la madre se pague con perder el inocente hijo la vida.

Lo tercero, guárdese la muger preñada de ceñir cinta muy apretada; porque muchas señoras romanas por ocasión de parecer hermosas traen las ropas tan apretadas, que son ocasión de matar a sus criaturas, y no es justo que pierda el niño la vida sólo porque parezca la madre hermosa.

Lo quarto, guárdese la muger preñada no sea osada de yr a cenar en alguna gran fiesta; porque muchas vezes viene repentinamente un parto peligroso no más de por aver comido demasiado, y no es justo que por una breve cena la madre y el hijo pierdan para siempre la vida.

Lo quinto, guárdese la muger preñada que por ninguna manera de súbito oya alguna mala nueva; porque más peligro corre en oír una cosa que le dé pena que no en sufrir una enfermedad larga, y no es justo que por saber una cosa que va muy poco en saberla, la madre que está por parir y el hijo que está por nacer no sin gran lástima de todos en un momento ayan de peligrar.

Lo sexto, guárdese la muger preñada que por ninguna manera vaya a las fiestas do estuviere mucha gente junta; porque muchas vezes de verse una muger preñada apretada,

sin [409] dezir «aquí estoy» pierde la vida, y no es justo (sino muy injusto) que ninguna muger con apetito de ver hijos ajenos dexé huérfanos a sus hijos propios.

Lo séptimo, guárdese el marido que tuviere muger preñada no niegue a su muger quando le pidiere alguna cosa honesta, porque en concedérsele puede yr poco y en negársele puede recrescer en daño, y no sería justo que, pues ella con su parto honra y aumenta la república de Roma, Roma consintiese que ninguna muger preñada rescibiese afrenta.» Esto es lo que el philósopho Pisto respondió a las preguntas, y éstas son las reglas que dio al Emperador Octavio para las mugeres preñadas, las quales, si fueren guardadas, prometo y oso dezir que las señoras generosas se librarán de muchos peligros y los maridos escaparán de muchos enojos. Concluyendo, pues, todo lo sobredicho, digo que deven las princesas y grandes señoras en el tiempo que están preñadas andar muy recatadas mucho más que las mugeres comunes y plebeyas; porque do se espera mayor provecho, allí se deve poner muy mayor recaudo. Es auctor de lo sobredicho Pulio, libro tertio *De moribus antiquorum*, y Sexto Cheronense, libro quinto *De legibus domesticis*, y deste philósopho Pisto escribió muchas cosas Plutharco.

CAPÍTULO XIII

De tres consejos que dio Lucio Séneca a un secretario amigo suyo que bivía con el Emperador Nero, y de cómo Marco Aurelio emperador tenía ordenadas todas las horas del día; y de cómo él mismo tenía la llave de su cámara, do estavan sus libros; y de cómo la entregó a un romano anciano quando quiso morir; y de unas palabras muy notables que le dixo, dándole la llave; en especial que poco aprovecha el príncipe haga grandes hazañas con la lança si no ay quien ge las engrandezca con la pluma.

Tenía el Emperador Nero un secretario que avía nombre Emilio Varrón, el qual estando en Roma, junto a la puerta Salaria hizo una muy solenne casa, y combidó un día a Lucio Séneca para que ambos se fuessen juntos a comer en la casa nueva a fin que aquella casa fuesse dichosa y bien fortunada; porque los romanos tenían por agüero que, según ventura del que primero entrava, comía y dormía en la casa nueva, assí avía de ser la adversidad o prosperidad de los que después morassen en ella.

Concedió Lucio Séneca al ruego de su amigo Emilio Varrón y, como uviessen solemnemente comido, anduvieron ambos juntos a ver aquel nuevo y generoso edificio, mostrando y declarando a Lucio Séneca todas las cosas por menudo. Dezíale el secretario a Séneca: «Estos entresuelos son para huéspedes; estas salas, para negociantes; estos retretes son para mugeres; estas cámaras son para escuderos; estas açoteas son para vistas; estos corredores son para el sol; este baxo, para cavalleriza; aquella pieça es para botillería.» Finalmente le mostró la casa, la qual para estar muy complida no le faltava ni sola una pieça. Ya después que Emilio Varrón avía mostrado toda su casa, esperando que su huésped Séneca se la loaría, como de razón merecía ser loada, como si no uviera visto ninguna y que de nuevo passara por la puerta dixo a Emilio Varrón: «¿Cúya es esta casa?» Respondióle Emilio Varrón: «Donoso huésped eres tú, Lucio Séneca. He gastado toda mi hazienda en hazer esta casa, hete traydo a ver la casa, has comido conmigo en la

casa, hete mostrado toda la casa, hete dicho que es mía la casa; y ¿pregúntasme de nuevo cómo es la casa?» Respondióle Lucio Séneca: «Tú me has mostrado la casa de los huéspedes, la casa de los esclavos, la casa de las mugeres, la casa de los cavallos, y en toda esta casa no me has mostrado una sola pieza que puramente sea tuya sin que entre en ella otra persona; porque si tú tienes la propiedad de la casa, ellos tienen lo mejor, que es la posesión della. Téngote por hombre cuerdo, téngote por hombre sabio, y aun sé que de corazón eres amigo mío; y, pues he sido oy tu convidado, es mucha razón en remuneración dello que te haga algún servicio, y éste será contarte algún buen consejo; porque los combites suélenlos pagar con dineros los hombres estrangeros, y con dezir mentiras los hombres vanos, y con dezir donayres los chocarreros, y con dezir lisonjas los hombres perdidos; pero los buenos y virtuosos suélenlos pagar con dar buenos consejos. A ti te ha costado esta casa muchos trabajos, y muchos enojos, y aun muchos dineros; y, si tanto te cuesta, justo es te alegres con ella. Toma, pues, agora tres consejos míos, y podrá ser que te falles mejor con ellos que no con dineros estraños; porque muchos tienen hacienda para hazer casas y no tienen cordura para gozarlas.

El primero consejo es que por mucho que quieras a tu muger o a tu amigo, nunca tu corazón le descubras del todo, sino que siempre en ti solo y para ti solo guardes algún particular secreto; porque, según decía Platón, de quien se fía el secreto, dél se confía la libertad.

El segundo consejo es que en negocios particulares ni universales no te ocupes tanto a que en negociar y hablar consumas todo el tiempo, sino que por lo menos tres horas cada día tengas dedicadas para el retraymiento y descanso de tu persona.

El tercero consejo es que dentro de tu casa tengas algún lugar apartado, la llave del qual tengas tú sólo, y allí ternás tus libros, y allí pensarás en tus negocios, allí hablarás con tus amigos; finalmente será aquel lugar secretario de tus pensamientos y un descansadero de tus trabajos.»

Éstas fueron las palabras que dixo Lucio Séneca a su amigo Emilio Varrón, y a la verdad fueron palabras como de tal y tan excellent hombre dichas, y que por rica que fuesse la comida, sin comparación fue muy mayor el escote que escotó Lucio Séneca en ella; porque muy mayor gusto toma el corazón en los maduros consejos que no toma el cuerpo en los sabrosos manjares.

He querido contar este exemplo de Lucio Séneca para dezir otro que aconteció al Emperador Marco Aurelio con su muger Faustina, y porque no se pervierta la orden de la historia diremos aquí primero la gran orden que tenía el Emperador en su vida; porque jamás estará concertada la república si el príncipe no tiene concertada la vida. Tienen necesidad los príncipes de ser en su vivir muy ordenados, de manera que concierten la muchedumbre de los negocios del Imperio con los particulares de su casa, y los particulares de su casa con las recreaciones de su persona, y todo esto se ha de nivelar con la penuria del tiempo; porque el buen príncipe ni le ha de faltar tiempo para los negocios, ni le ha de sobrar tiempo para los vicios. Llamen los mundanos tiempo bueno el tiempo que a ellos fue próspero, y llamen tiempo malo el tiempo que a ellos fue

adverso. Nunca el Criador quiera que esta sentencia aprueve mi pluma, sino que aquél es tiempo bueno que en virtudes es expendido y aquél es tiempo malo que en vicios es empleado; porque los tiempos siempre son unos, sino que los hombres se varían de viciosos en virtuosos y de virtuosos en viciosos.

El buen Emperador Marco Aurelio tenía el tiempo repartido por tiempos, de manera que tenía tiempo para sí y tiempo para todos los negocios; porque el hombre que no es pesado en breve tiempo expide mucho y el hombre que es atado en largo tiempo expide poco. Ésta era la orden que con el tiempo tenía, conviene a saber: siete horas dormía de noche y una hora reposava de día. Y en comer y en cenar solas dos horas gastava; y esto no porque él tardava tanto en comer y cenar, sino que, como los philótophos tenían allí disputa, era ocasión de alargarse más la comida; porque jamás en xvii años hombre le vio comer sin que le leyessen en un libro o disputasse algún philótopho. Como tenía muchos reynos y provincias, tenía deputada para los negocios de Asia una hora, para los de África otra hora, para los de Europa otra hora; en conversación de sus hijos y muger y familiares amigos otras dos horas gastava. Tenía otra hora deputada para negocios extravagantes, como oír agravios de agraviados, querellas de pobres, sinjusticias de biudas, robos de huérfanos; porque los clementísimos príncipes no menos han de oír a los pobres que poco pueden que a los ricos que mucho tienen. Todo el restante del día y de la noche todo le ocupava en leer libros, en escrevir obras, en componer metros, en estudiar antigüedades, en platicar con sabios, en disputar con philótophos; finalmente no tomava gusto de cosa tanto como era de fablar en la sciencia. Si crudas guerras no le empedían, o arduos negocios no le estorvavan, ordinariamente en invierno siempre se acostava a las nueve y despertava a las quatro, y por no estar ocioso siempre a la cabecera tenía un libro; el tiempo que hasta la mañana quedava en leer lo expendía.

Tenían en costumbre los emperadores romanos de traer delante sí fuego (conviene a saber: unas ascuas encendidas), y de noche tenían unas lámparas también encendidas en sus cámaras, de manera que estando despiertos avían de quemar cera y estando durmiendo avía de arder azeyte. El fin porque los romanos ordenaron que azeyte, que se haze de la oliva, y cera, que haze el abeja, se quemasse delante de sus príncipes fue porque se acordassen que avían de ser tan clementísimos y mansos como el olio de la oliva y tan provechosos a la república como la abeja en la colmena.

Levantábase a las seys; vestíase públicamente no con poco sino con mucho regozijo, preguntando a los que estaban [414] presentes en qué avían expendido la noche toda, y él les contava allí lo que avía soñado, lo que avía pensado y lo que avía leýdo. Acabado de vestir, lavávase el rostro y las manos con aguas odoríferas. Era muy amigo de buenos olores, ca tenía tan bivo el sentido del odorato, que alguna vez passando por lugares inmundos recibía enojo. Luego de mañana comía dos bocados de letuario de cantuesso y bevía dos tragos de agua ardiente, y era la razón porque tenía el estómago muy frío a causa de averse dado tanto al estudio. Cada día lo vemos por experiencia los hombres muy estudiosos ser de enfermedades muy perseguidos; porque con el dulçor de la sciencia no sienten cómo se les consume la vida.

Si era verano, yvase luego de mañana a la rivera del río Thíber y passeábase a pie por espacio de dos horas, y allí negociaban con él estando a pie, y a la verdad era ésta buena sagacidad; porque no teniendo el príncipe silla, siempre en sus palabras el negociante se acorta. Ya que entrava más el día y tomava más fuerça el calor, yvase al alto Capitolio, do le esperava el Senado, el qual acabado, tornávase al Coliseo, do estavan todos los embaxadores y procuradores de las provincias, y allí se detenía fasta gran parte del día.

Después que avía comido y estava retraído, yvase al templo de las vírgines vestales, y allí oya a cada nación por sí, según por la orden que estava señalado. No comía más de una vez al día, y esto algo tarde; pero comía muy bien y mucho, y esto de buenas cosas, aunque de pocos manjares; porque los manjares estraños siempre engendran enfermedades estrañas. Por maravilla le vieran andar a passear si no era una vez cada semana, que se yva por Roma, y esto desacompañado de los suyos y de estraños, a causa que todos los pobres y huérfanos libremente le pudiessen hablar y si se quisiessen de sus oficiales querellar; porque impossible es que se remedie la república si el que la ha de remediar no se informa de los daños della. Era tan afable en su conversación, era tan dulce en sus palabras; era tan señor con los mayores, era tan ygual con los menores; era tan limitado en lo que pidía, era tan cumplido en lo que hazía; era tan sufrido en las injurias, era tan agradecido en los beneficios; era tan bueno para los buenos, y era tan severo con los malos; que todos le amavan por ser tan bueno y todos le temían por ser tan justo. No se tenga en poco el amor que tenía con este buen Emperador su pueblo, en que como los romanos fuessen los que por la felicidad de su estado ofreciessen a sus dioses mayores sacrificios que se ofrescían en todos los otros reynos, dize Sexto Cheronense que más y más ricos sacrificios ofrecían en Roma porque los dioses al emperador acrecentassen la vida, que no ofrescían por el estado ni prosperidad de la república. A la verdad ellos tenían mucha razón; porque el príncipe de buena vida es su ánima y coraçón de la república. Pero no me maravillo que este buen Emperador fuesse tan quisto del pueblo romano; porque jamás en su cámara uvo portero si no eran las dos horas que con Faustina estava retraído.

Passado todo lo sobredicho, el buen Emperador se retraía a su casa, en lo más secreto de la qual tenía, conforme al consejo de Lucio Séneca, un retraymiento cerrado con llave, la qual él sólo tenía, y jamás de nadie la fió hasta el día de la muerte que la dio a un viejo anciano llamado Pompeyano, diziéndole estas palabras:

«Bien sabes, Pompeyano, que siendo tú abatido, te puse en honra; siendo tú pobre, te di hazienda; siendo tú perseguido, te traxe a mi casa; siendo yo absente, confié de ti mi honra; siendo tú biudo, te casé con mi hija. Pues toma agora esta llave y mira que en dártela te dó el coraçón y la vida; porque te hago saber que no llevo deste mundo tanta pena porque dexo la muger y los hijos en Roma, sino porque no puedo llevar los libros a la sepultura. Si los dioses me dieran a escoger, yo antes escogiera estar en la sepultura rodeado de libros que no passar la vida en compañía de necios; porque si los muertos leen, yo los tengo por bivos, y si los bivos no leen, yo los tengo por muertos. Debaxo desta llave que te doy quedan libros griegos, libros hebraycos, libros latinos, libros romanos y, sobre todo, quedan allí mis sudores, mis vigiliyas, mis trabajos, que son hartos libros por mí compuestos, por manera que si mi cuerpo despedaçaren los gusanos, a lo

menos hallarán mi corazón entero entre los libros. Tórnote a dezir que tengas en mucho dar como te doy esta llave; porque los hombres sabios lo que amaron mucho en la vida al que más aman lo encomiendan en la muerte. Yo confieso que en mi estudio hallarás muchas cosas de mi mano bien escritas y bien ordenadas, y también confieso que hallarás muy pocas dellas por mí escuchadas. Y en este caso me parece que, pues tú no las supiste escrevir, que las sepas obrar, y desta manera tú alcançarás premio de los dioses por averlas obrado, y yo alcançaré fama entre los hombres por averlas escrito.

Mira, Pompeyano, que he sido tu señor, he sido tu suegro, he sido tu padre, he sido tu abogado y, sobre todo, te he sido muy buen amigo, lo qual es más que todo; porque más vale un buen amigo que todos los parientes del mundo. Pues en fe desta amistad te pido siempre tengas en la memoria en cómo a otros dexo encomendada la muger, dexo encomendada la hazienda, dexo encomendada mi casa; pero a ti dexo encomendada mi honra; porque no dexan de sí los príncipes más memoria de la poca o de la mucha que les da la escriptura. Yo he sido xviii años Emperador de Roma, y ha sessenta y tres años que muero en esta triste vida, en los quales años yo he vencido muchas batallas, yo he muerto a muchos piratas, yo he fecho muchos edificios, yo he sublimado a muchos buenos, yo he castigado a muchos malos, yo he ganado muchos reynos, yo he destruydo a muchos tiranos; pero ¿qué haré, triste de mí, que todos los vezinos y compañeros que destas cosas fueron conmigo testigos de vista, todos han de ser compañeros míos en la sepultura? De aquí a mill años, pues, serán muertos los que agora son vivos. ¿Quién dirá: «yo vi a Marco Aurelio triumphar de los partos», «yo le vi hazer los edificios adventinos», «yo le vi ser amado de sus pueblos», «yo le vi ser padre de los huérfanos», «yo le vi ser verdugo de los tyranos»? Por cierto, si todas estas cosas no las declararen los libros, a lo menos no se levantarán a pregonarlas los muertos.

Qué cosa es ver a un príncipe desde que nasce hasta que muere, la pobreza que passa, los peligros que sufre, las afrentas que dissimula, las amistades que finge, las lágrimas que llora, los sospiros que da, las promessas que haze, y no por otra cosa sufre esta tan triste vida sino por dexar de sí alguna memoria. No ay príncipe oy en el mundo que no tenga harto para tener buena casa, para tener espléndida mesa, para vestirse rica ropa, para pagar a los que lo sirven en su casa, sino que por esta negra honra encima de los labrios sufre el agua y trae los pechos arrastrando por tierra. Como hombre que lo he experimentado, es razón que sea en este caso creydo, y es que no es otro el fin de los príncipes conquistar reynos estraños y dexar padescer tanto a los suyos, sino que las grandezas que en su presencia dizen de los príncipes passados, en ausencia las dixessen dellos en los siglos advenideros. Concluyendo mi plática y declarando mi intención, digo que el príncipe que es generoso y amigo de dexar de sí fama, vea lo que pueden escrevir dél los que escriven su historia; porque poco aprovecha que haga él grandes hazañas con la lança si no ay escriptor que se las engrandezca con la pluma.»

Dichas, pues, estas palabras por el buen Emperador, dio la llave del estudio al honrado viejo Pompeyano, el qual tomó todas las escripturas y púsolas en el alto Capitolio do los romanos las tenían honradas, como los christianos suelen tener a las sanctas reliquias. Todas estas escripturas con otras innumerables perescieron en Roma quando fue por los bárbaros destruyda; porque los godos, a fin de quitar para siempre la memoria de los

romanos, no tocaron en los muros y quemáronles los libros. A la verdad en este caso fueron los godos muy crueles con los romanos, mucho más que si les mataran a sus hijos y les derrocaran los muros; porque al fin mayor testigo es de la fama la letra viva y que siempre habla, que no la piedra, ni la cal, ni la arena.

CAPÍTULO XIV

Cómo la Emperatriz pidió a su marido, el Emperador Marco Aurelio, la llave de su estudio, y de una plática que le hizo en este caso; en especial cuenta muchos agravios que las mugeres resciben de sus maridos, y cómo en ellos y no en ellas es la culpa de ser malcasados.

Dicho cómo el Emperador Marco Aurelio tenía el estudio en lo más apartado de su palacio y cómo él mismo tenía la llave de aquel estudio, es de saber agora que jamás a muger, ni a hijos, ni a familiares amigos dexava entrar dentro; porque muchas vezes dezía él: «Con más alegre corazón sufriré que me tomen los thesoros, que no que me rebuelvan los libros.» Aconteció que un día la Emperatriz Faustina, estando preñada, importunó con todas las maneras de importunidad que pudo tuviesse por bien de darle la llave del estudio, y esto no es maravilla; porque naturalmente las mugeres menosprecian lo que les dan y mueren por lo que les niegan. Insistía Faustina en su demanda, y esto no de burla, sino de veras; no una vez, sino muchas; no con solas palabras, sino con palabras y lágrimas; diziéndole estas razones:

«Muchas vezes te he rogado me diesses la llave de tu cámara y tú siempre lo has echado en burla, y no lo devrías, señor mío, hazer, acordándote que estoy preñada; porque muchas vezes los maridos lo que oy echan en burlas, mañana lo lloran de veras. Acordarte devrías que soy yo, Faustina, la muy nombrada, la qual en tus ojos soy yo la más hermosa, en tu lengua la más alabada, de tu persona la más regalada, de tu corazón la más quista. Pues si es verdad que me tienes en tus entrañas, ¿por qué dudas mostrarme tus escrituras? ¿Comunicas conmigo los secretos del Imperio y ascondes de mí los libros de tu estudio? ¿Hasme dado tu corazón tierno y niégasme agora la llave que es de hierro duro? Agora pienso que tu amor era fingido, que tus palabras eran dobladas, que tus pensamientos eran otros, que tus regalos eran estraños; que, si otra cosa fuera, imposible fuera negarme la llave que yo te pedía; porque, do ay perfecto y no fingido amor, aun lo que de burla se pide de veras se concede.

En costumbre lo tenéys los hombres, que para engañar a las mugeres acometéys con grandes dádivas, dezísles dulces palabras, hazéys grandes promessas, dezís que haréys maravillas, y después que las tenéys engañadas, de vosotros más que de otros son perseguidas. Quando los hombres importunan a las mugeres, si las mugeres tuviessen en negar constancia, en breve espacio os haríamos arar so el yugo y la melena; pero assí como nosotras nos dexamos vencer, assí vosotros os determináys de nos aborrecer y dexar. Déxame, pues, señor mío, ver tu cámara; y mira que estoy preñada y se me sale el ánima por verla; y, si no lo hizieres por hazerme a mí plazer, hazlo siquiera por aliviar a ti de pesar; porque si yo peligro deste antojo, solamente perderé la vida, pero tú perderás el

hijo que avía de nascer y la madre que le avía de parir. No sé por qué tu corazón generoso quieres someter a un caso de fortuna tan vario, en que tú y yo muramos de un solo tiro: yo en morir tan moça y tú en perder muger tan querida. Por los dioses immortales te ruego, y por la madre Verecinta te conjuro me des la llave, o me dexes entrar en tu estudio, y no cures de permanecer en esse tan desaconsejado parescer, de manera que tu muy desacordado acuerdo torne de nuevo acordar; porque todo lo que sin consideración es ordenado, avida oportunidad puede ser deshecho.

Ver hombres que leen los libros y aman los fijos cada día lo vemos, pero nunca yo pensé que en corazón de hombres caía aborrecer los hijos por amar los libros; porque al [420] fin los libros son compuestos de palabras ajenas, pero los fijos son de nuestras entrañas propias. Todos los hombres cuerdos antes que comiencen alguna cosa siempre suelen primero mirar los inconvenientes que pueden seguirse della. Pues si tú no quieres darme esta llave y quieres permanecer en tu obstinada porfía, perderás a tu Faustina, perderás a tu muger querida, perderás la criatura de que estoy preñada, perderás la auctoridad de tu casa, darás qué dezir a toda Roma y nunca del corazón te saldrá esta lástima; porque con ninguna cosa el triste corazón se consuela quando lo que padesce él mismo de padecerlo se tiene la culpa. Si los dioses lo permiten por sus secretos juyzios, y si lo merecen mis tristes hados, y si tú, señor mío, lo quieres no por más de salir con lo que quieres; en que por negarme tú esta llave yo aya de morir, yo quiero morir, pero dende agora adevino que te has de arrepentir; porque muchas vezes acontece aun a los hombres cuerdos que quando ha ya días que se fue el remedio viene de súbito el arrepentimiento. Maravillada estoy de ti, señor mío, cómo en este caso te muestras tan estremado, pues sabes que todo el tiempo que emos estado en uno, tu acuerdo y mi acuerdo siempre fueron de un acuerdo.

Si no quieres darme esta llave porque soy tu Faustina; si no la quieres dar porque soy tu muger querida; si no la quieres dar porque estoy preñada; requiérote me la des por virtud de la ley antigua, porque ya sabes tú que es ley muy antigua entre los romanos que a las mugeres preñadas no les puedan negar sus antojos. Muchas vezes he visto yo delante de mis ojos traer las mugeres sobre este caso en pleyto a sus maridos, y tú, señor, mandavas que por ninguna manera a las preñadas les quebrantassen sus privilegios. Pues si esto es verdad, como es assí, ¿por qué quieres tú que se guarden las leyes con los hijos ajenos y quebrantarlas con tus fijos propios? Hablando con aquel acatamiento que devo, aunque tú lo quieras, yo no lo tengo de querer; y, aunque tú lo hagas, yo no lo tengo de consentir; y, aunque tú lo mandes, yo no lo tengo de obedecer; porque si el marido no acepta el justo ruego de su muger, la muger no es obligada de aceptar el injusto mandamiento de su marido. Los maridos desseáys que vuestras mugeres os sirvan, desseáys que vuestras mugeres os obedezcan en todo, y no queréys condescender al su menor ruego. Dezís vosotros, los hombres, que las mugeres somos desamoradas, como sea verdad que en vosotros esté todo el desamor; porque en esto veréys que vuestros amores son fingidos, en que amores no moran más con vosotros de quanto se cumplen vuestros desseos. Dezís vosotros, los hombres, que las mugeres son sospechosas, como sea verdad que en vosotros y no en nosotras estén las sospechas; porque no de otra cosa están oy en Roma tantas nobles romanas mal casadas sino de tener sus maridos dellas infinitas sospechas.

Muy diferente es la sospecha de la muger y los zelos del marido; porque si lo quieren entender, no es otra cosa tener la muger de su marido sospecha sino mostrar que de todo su corazón le ama. Las inocentes mugeres, como no conocen a otros, ni buscan a otros, ni tratan con otros, ni aman a otros, ni quieren a otros sino a sus maridos, no querrían que sus maridos conociessen a otras, ni buscassen a otras, ni amassen a otras, ni quisiessen a otras sino a sus mugeres solas; porque el corazón que no se emplea sino en amar a uno, no querría que en aquella posada entrasse otro. Pero vosotros, los hombres, sabéys tantas mañas, y usáys con ellas de tantas cautelas, que, aviéndoos de preciar cómo las servís y cómo las regaláys, alabáysos cómo las ofendéys y cómo las engañáys, como sea verdad que en ninguna cosa puede el hombre mostrar más su generosidad y nobleza que en favorecer a una muger muy pecadora. Enlabian los maridos a sus mugeres diziéndoles a cada passo una dulce palabra, y, partidos de allí, ellos saben a quién dan el cuerpo y aun la hacienda. Yo te juro, señor mío, que si la libertad y auctoridad que tienen los hombres en las mugeres, las mugeres la tuviessen en los hombres, de manera que lo que ellos pesquisan en el barrio pesquisassen ellas en el pueblo, que hallassen ellas más malos recados hechos por ellos en un día que ellos hallarán dellas hechos en toda su vida.

Dezís vosotros, los hombres, que las mugeres son maldizientes, como sea verdad que no son otra cosa vuestras lenguas sino unas colas serpentinas; porque a los hombres buenos condenáys y a las matronas romanas infamáys. Y no penséys que, si dezís mal de las otras, que por esso perdonáys a las vuestras, ca no es tanto mal lastimar a las estrañas con la lengua como infamar el hombre a su muger con sospecha; porque el marido que en su muger pone sospecha a todos da licencia que la tengan por mala. Nosotras, las mugeres, como salimos pocas vezes, andamos pocas tierras, vemos pocas cosas; aunque queremos, no podemos ser de malas lenguas. Mas vosotros, los hombres, como andáys mucho, oýs mucho, veys mucho, sabéys mucho; continuamente murmuráys mucho. Una muger todo el mal que puede dezir es dar orejas a sus amigas quando están apassionadas, reñir a sus criadas si son perezosas, murmurar de sus vezinas si son más hermosas, echar maldiciones a los que les hazen injurias; finalmente, una muger por maldiziente que sea no puede murmurar más de las del barrio en que mora. Pero vosotros los hombres infamáys a vuestras mugeres con sospechas, lastimáys a las vezinas con palabras, ponéys en las estrañas crudamente las lenguas, no guárdays fidelidad a vuestras amigas, hazéys todo el mal que podéys a vuestras enemigas, con las presentes murmuráys de las passadas, con las passadas para dexarlas hezistes mil cautelas, finalmente soys por una parte tan doblados y por la otra tan desagradescidos, que a las que no avéys alcançado prometéys mucho y a las que avéys alcançado tenéyslas en poco.

Yo no niego que una muger para ser quien ha de ser sino que le es necessario sea retraýda; y siendo retraýda, será de buena vida; y siendo de buena vida, terná buena fama; y teniendo buena fama, será de todos bienquista; pero si acaso alguna destas cosas le falta, no por esso de su marido ha de ser luego abatida; porque las flaquezas que el marido halla en la muger son pocas y las poquedades que la muger encubre de su marido son muchas. Yo he hablado más largo de lo que pensava, y aun más osado de lo que devía; pero perdóname, señor mío, que no ha sido mi intención enojarte, sino persuadirte; y al fin al fin lo que entre muger y marido passa loco es el que dellos lo toma por injuria. Todavía insisto en lo primero y, si menester es, te lo ruego de nuevo tengas por bien

darme la llave de tu estudio. Y si otra cosa hizieres (como la puedes hazer), haráslo de hecho como hombre que eres, y no de derecho como discreto de que presumes. No me pesa tanto de lo que hazes, quanto de la ocasión que me das: lo uno a que malpara deste preñado, lo otro a que sospeche que tienes ascondida alguna amiga en esse estudio; porque los hombres que en la mocedad fueron traviessos, aunque la vestidura que traen no esté rota, siempre huelgan vestirse otra nueva. Pues por quitar el peligro del parto y por aligerar mi coraçón de tal pensamiento, no es mucho me dexes entrar en tu estudio.»

CAPÍTULO XV

De lo que Marco Aurelio Emperador respondió a Faustina sobre que ella le pidió la llave del estudio; y de cómo este buen emperador confiesa siete virtudes que han de tener los buenos príncipes, de las quales él carece; y del mucho trabajo que tienen los casados con sus mugeres; y de cómo entre los bárbaros las mugeres tenían apartadas las casas de sus maridos. Es capítulo muy notable.

Oídas por el Emperador Marco Aurelio tales y tantas cosas como Faustina le dixo, y (lo que más era) que todas las palabras que dezía bañava en lágrimas, acordó de responderle de veras, pues ella le hablava de veras, diziéndole estas palabras:

«Dicho me has, Faustina, todo lo que has querido, y también has visto con cuánto sufrimiento yo lo he escuchado. Pues ruégote agora yo que el sufrimiento que yo he tenido tengas y la atención con que te he oído me oyas; porque en semejantes casos, en soltándose la lengua a dezir alguna rezia palabra, luego se han de apercebir las orejas a rescebir la respuesta. Hasta oy por nacer está quien sea osado a hablar lo que no debía hablar, y juntamente con esto ser privilegiado de no oír lo que no querría oír. Antes que diga de ti quién eres y qué tal devrías ser, quiero primero dezir quién soy y qué tal devría ser; porque te hago saber, Faustina, que soy tan malo, que es muy poco lo que mis enemigos dicen a respecto de lo que dirían si me conociessen los que me aman.

El príncipe para que sea buen príncipe no ha de ser cobdicioso en los tributos, ni ha de ser sobervio en los mandamientos, ni ha de ser ingrato a los servicios, ni ha de ser atrevido a los templos, ni ha de ser sordo a los agravios, ni ha de ser cruel con los huérfanos, ni ha de ser pesado en los negocios. Y el príncipe que careciere destes vicios será de los hombres amado y de los dioses favorecido. Yo confieso en lo primero que soy cobdicioso; porque al fin al fin aquéllos son de los príncipes verdaderos privados que les dan pocos enojos y les sirven con muchos dineros. Yo confieso lo segundo que soy sobervio; porque no ay príncipe oy en el mundo tan abatido, que quanto tiene más baxa la fortuna no tenga más altos los pensamientos. Yo confieso lo tercero que soy ingrato; porque los servicios que rescebimos los príncipes son muchos y las mercedes que hazemos son pocas. Yo confieso lo quarto que soy muy mal cultor de los templos; porque los príncipes pocas vezes a los dioses ofrescemos sacrificios si no es quando nos vemos de nuestros enemigos cercados. Yo confieso lo quinto que soy negligente en oír los agravios; porque con los príncipes más fácil audiencia tienen los lisongeros para dezir lisonjas que no los tristes pleyteantes para contar sus querellas. Yo confieso lo sexto que

soy descuydado con los huérfanos; porque en las cortes de los príncipes los ricos y poderosos son los privados y los tristes huérfanos aun no son oídos. Yo confieso que en el despachar a los negociantes soy muy perezoso; porque muchas vezes de no proveer los príncipes con tiempo en los negocios se siguen a sus reynos muchos y muy grandes trabajos.

He aquí, Faustina, cómo he dicho quién según razón avía de ser y quién según la sensualidad soy. Y no tengas en poco confessar yo mi yerro; porque grande esperanza da de la emienda el hombre que de su voluntad conosce la culpa. Vengamos agora, Faustina, a hablar de ti, y por lo que he dicho de mí podrás adivinar lo que podremos dezir de ti; porque somos tan mal acondicionados los hombres, que miramos por menudo los defectos ajenos y no querríamos aun oír los nuestros propios. Cosa es muy cierta, Faustina, que quando está una persona muy contenta siempre dize más por la lengua que no en la verdad tiene su corazón en guarda; porque los hombres sueltos de lengua muchas cosas dizen estando acompañados, las quales ellos lloran estando solos. Lo contrario de todo esto acontece a los hombres tristes, los quales no dizen la meytad de sus tristezas; porque los corazones muy lastimados a los ojos mandan que lloren y a la lengua mandan que calle. Los hombres vanos con palabras vanas pregonan sus placeres vanos, y los hombres prudentes con palabras prudentes dissimulan sus passiones crudas; porque los trabajos desta vida, si los hombres los sienten como hombres, los discretos hanlos de dissimular como discretos. Entre los sabios aquél es más sabio que todos que piensa que sabe menos, y entre los simples aquél es más simple que piensa que sabe más; porque si ay alguno que sepa mucho, siempre se falla otro que sepa más. Ésta es una de las diferencias en que se conocen los hombres prudentes y los que poco saben: en que el hombre prudente (aun preguntándole) en el responder es pesado, y el hombre vano (aun no le preguntando) en el responder es liviano; porque en la casa do ay generosidad y cordura dan sin medida las riquezas y dan las palabras por onças. Todo esto he dicho, Faustina; porque me han lastimado tanto tus lastimosas palabras, y me han puesto tanta compassión tus apressuradas lágrimas, y me han alterado tanto tus vanos juyzios, que ni puedo dezir lo que quiero, y pienso que ni tú podrás sentir lo que digo.

Muchos avisos escribieron los que del matrimonio escribieron, pero no escribieron ellos tantos trabajos en todos sus libros quantos una muger sola a su marido solo le haze que passe en un día solo. Bien hablaron los antiguos quando hablaron de los matrimonios, en que todas vezes que hablaban o escribían del matrimonio siempre añadían *onus matrimonii*, que quiere dezir «carga del matrimonio»; porque a la verdad si el hombre no acierta en tomar buena muger, no ay igual carga ni trabajo oy en el mundo con solo un día verse el hombre casado. ¿Piensas tú, Faustina, que es chico trabajo sufrir el marido a la muger lo que riñe, sufrirle lo que dize, sufrirle lo que haze, darle lo que le pide, buscarle lo que quiere, dissimular lo que no quiere? Es esto tan insufrible trabajo, que no querría yo mayor vengança de mi enemigo que es verle con una muy rezia muger casado.

Si el marido es sobervio, vosotras lo humilláys; porque no ay hombre (por mucha sobervia que tenga) que no le trayga a sus pies una muger brava. Si el marido es loco, vosotras le metéys en acuerdo; porque no ay en el mundo igual cordura con saber el hombre llevar a una muger rezia. Si el marido es renzilloso, vosotras le tornáys muy

manso; porque es tanto el tiempo que vosotras os ocupáys en reñir, que no le queda a él aun tiempo para hablar. Y si el marido es perezoso, vosotras le hazéys andar más que de passo; porque tienen tanto sobre ojo vuestro contentamiento, que el triste no osa comer con reposo ni dormir con sossiego. Si el marido es muy parlero, vosotras en pocos días le tornáys mudo; porque son tantas las glosas y respuestas que days a cada palabra, que ya no tiene otro remedio sino echar un freno a la boca. Si el marido es sopechoso, vosotras le hazéys que mude el estilo; porque son tantos los zelos que le pedís cada hora, que no osa dezir aun lo que vee en su casa. Si el marido es vagabundo, vosotras le hazéys presto ser retraído; porque a la verdad days tan mal recaudo en la hazienda, que no halla otro remedio sino estarse siempre en su casa. Si el marido es vicioso, presto le atajáys el camino; porque vosotras le cargáys el coraçón de tantos cuydados, que en mal provecho le entrarían al cuerpo los vicios. Finalmente, digo que, si el marido es pacífico, en breve tiempo lo tornáys renzilloso; porque son tantas y tan continuas vuestras quejas, que no ay coraçón que las pueda dissimular ni ay lengua que del todo las pueda callar.

Naturalmente en todas las cosas tienen espíritu de contradición las mugeres, en que si queréys hablar, ellas callan; si queréys andar, ellas paran; si queréys reír, ellas lloran; si queréys plazer, ellas quieren pesar; si queréys pesar, ellas toman plazer; si queréys paz, ellas quieren guerra; si queréys guerra, ellas quieren paz; si queréys comer, ellas ayunan; si queréys ayunar, ellas comen; si queréys dormir, ellas velan; si queréys velar, ellas duermen; finalmente digo que son de tan siniestra condición, que aman todo lo que aborrescemos y aborrescen a todo lo que amamos. De mi parescer, los hombres cuerdos que tienen que expedir con mugeres algunos negocios no les pidan lo que dessean si quieren alcançar dellas lo que procuran; porque entonces aprovecha la sangría al enfermo quando se la dan en el lado contrario. No es otra cosa sangrar de la vena contraria sino pedir a las mugeres una cosa por la boca, la qual es contraria a lo que el coraçón dessea; porque de otra manera ni lo alcançarán por sobra de ruegos, ni menos lo alcançarán con abundancia de lágrimas.

No te puedo negar, Faustina, que es cosa muy dulce gozar las niñerías de los niños; pero tampoco me puedes tú negar que no es cosa muy cruda sufrir las importunidades de sus madres. Los niños hazen de quando en quando una cosa con que ayamos plazer, pero vosotras sus madres jamás hazéys cosa con que no nos deys pesar. Gran plazer es quando el marido viene de fuera y halla su casa barrida, halla la mesa puesta, halla la comida aparejada; y esto se entiende si debaxo desto no ay otra cosa, pero ¿qué diremos? Quando no cata, halla a los hijos llorosos, a los vezinos escandalizados, a los criados alterados y, sobre todo, halla a la muger dando gritos; por manera que por mejor tiene el triste yrse ayuno de casa que no esperar y comer con renzilla. Yo acabaré con todos los hombres casados que perdonen los plazer de los hijos, con tal que se obliguen a no les dar más enojos sus madres; porque al fin al fin los plazer que dan los niños han fin con una risada, pero los enojos de las madres duran por toda la vida. Una cosa he visto en Roma y jamás me he engañado en ella, y es que los más de los males que hazen los hombres, el castigo dellos remiten los dioses al otro mundo; pero si por plazer de alguna muger cometemos alguna culpa, mandan los dioses que de mano dessa misma muger en este mundo y no en el otro rescibamos la pena.

No ay más fiero ni peligroso enemigo del hombre que es la muger que tiene el hombre si no sabe vivir con ella como hombre; porque, si la tiene muy regalada, luego se le torna mal acondicionada. Ándense los mancebos de Roma en pos de las damas de Capua, que jamás hombre liviano estuvo con alguna muger aviciado algún tiempo, que con muerte o con infamia ella misma no le procurasse el castigo; porque los justos dioses tienen por gran pundonor de honra que assí como vemos las maldades que sufren a los malos, assí vemos los crudos castigos que hazen en ellos. De una cosa soy muy cierto, y no lo digo, Faustina, porque lo he oýdo, sino que contino lo he experimentado: que el marido que condesciende a todo lo que su muger dessea, ninguna cosa hará la muger de lo que su marido le manda; porque no ay cosa con que más el marido tenga a su muger subjeta, que de quando en quando le niegue alguna cosa y aun le diga alguna palabra áspera. A mi parescer, gran crueldad es la de los bárbaros tener como tienen a sus mugeres por esclavas, pero muy mayor liviandad es la de los romanos tener como las tienen por señoras. Las carnes ni han de ser tan flacas que pongan hastío, ni han de ser tan gruesas que empalaguen, sino entreveradas para que den sabor. Quiero dezir que el varón cuerdo a su muger ni la enfrene tanto que parezca sierva, ni la desenfrene tanto que se alce por señora; porque de consentir a sus mugeres los maridos que manden mucho, se sigue después que ellas tengan a ellos en poco.

Mira, Faustina, soys en todo extremo tan estremadas las mugeres, que con poco favor crescéys en mucha soberbia y con poco disfavor cobráys mucha enemistad. No ay muger que de su voluntad sufra a otro mayor, ni ay muger que se compadezca con otro su ygual; y de aquí infiero para mí que vosotras ni amáys a los mayores, ni queréys ser mandadas de los menores; porque de no ser yguales los enamorados siempre los amores son frígidos. Bien sé que no me entiendes, Faustina, pues oye qué más digo que piensas, y aun te diré más que querrías. ¡O!, cuántas y cuántas he visto yo en Roma, las cuales si tenían dos mil sextercios de renta en su casa, tenían tres mil de locura en su cabeça; y lo peor de todo es que muchas vezes se le muere el marido y pierden toda la renta, pero no por esso se les acaba la locura. Pues oye, Faustina, qué más te diré. Todas las mugeres quieren hablar y quieren que todos callen; todas quieren mandar y no quieren ser mandadas; todas quieren ser libres y que todos les sean captivos; todas quieren regir y ninguna ser regida; finalmente una cosa sola quieren y en ésta todas conforman, y es que quieren gozar de los que aman y vengarse de los que aborrescen. Puédese de lo sobredicho colegir que a los moços livianos que siguen sus liviandades acocean como a esclavos, y a los cuerdos que como cuerdos recuten sus apetitos persiguen como a enemigos; porque al fin al fin por mucho que nos amen siempre su amor tiene peso y medida, y por poco que nos aborrescan su desamor es sin cuento y medida.

En los *Annales pompeyanos* me acuerdo aver leydo y notado una cosa digna assaz de ser sabida, y es ésta. Quando el gran Pompeyo passó la primera vez a la Asia, acaso como llegasse a los montes Ripheos halló allí unos bárbaros que vivían en las asperezas de aquellas montañas como salvajes brutos. Y no te maravilles, Faustina, que llame a los que moravan en las vertientes de los montes Ripheos animales brutos; porque assí como las ovejas pasciendo yervas delicadas se les hazen las lanas finas, assí los hombres criados en tierras ásperas se les hazen las personas y condiciones silvestres. Tenían, pues, estos bárbaros por ley y costumbre que cada vezino tuviesse en aquellas montañas dos cuevas

(porque la aspereza de la tierra no sufría en sí casas), y en la una cueva de aquéllas morava el marido y los hijos y criados, y en la otra cueva morava la muger y las hijas y moças. Comían dos vezes en la semana juntos y dormían otras dos vezes en la semana juntos; todo el restante del tiempo siempre estaban apartados los unos de los otros. Preguntados por el gran Pompeyo qué fuesse la causa de vivir en este modo, como fuesse verdad que en todo el mundo ni se hallasse, ni se oyesse, ni se leyesse tan estremado extremo, dize allí la historia que le respondió un hombre anciano, diciendo:

«Mira, Pompeyo, a nosotros nos dieron poca vida los dioses, según solían vivir los hombres de los tiempos passados; y como no vivimos sino sessenta o setenta años a lo más, esto que hemos de vivir querríamoslo vivir en paz; porque es tan breve la vida, que aun apenas ay tiempo para gozar la paz, quanto más que partamos con la guerra. Verdad es que a vosotros, los romanos, con regalo y riqueza hazéseos la vida corta; pero a nosotros, como tenemos trabajo y pobreza, todavía se nos haze la vida larga; porque en todo el año jamás nosotros celebramos tan gran fiesta como quando muere y passa uno desta triste vida. Mira, Pompeyo, si los hombres viviessen muchos años, avrían tiempo para reír y para llorar, para estar contentos y descontentos, para ser ricos y para ser pobres, para estar alegres y para estar tristes, para tener guerra y para tener paz; pero, pues la vida es tan corta, ¿para qué quieren los hombres hazer tantas mudanças en ella? Teniendo como teníamos con nosotros a nuestras mugeres, viviendo muríamos; porque las noches se nos passavan en oír sus quexas y los días expendíamos en sufrir sus renzillas. Teniendo como las tenemos apartadas, ni vemos sus caras tristes, ni vemos llorar a los niños, ni oímos sus graves quexas, ni escuchamos sus palabras lastimosas, ni sentimos sus importunidades; y al fin críanse los hijos en paz y los padres escusan la guerra, por manera que ellas están bien y nosotros estamos mejor.»

Ésta fue la respuesta que dio aquel bárbaro a la pregunta del gran Pompeyo. Y a la verdad yo te digo, Faustina, que, aunque a los maságetas los llamamos bárbaros, en este caso más saben que no los latinos; porque no se libra de pequeña pestilencia el que escapa de su muger renzillosa. Pregúntote agora yo, Faustina: quando aquellos bárbaros no podían sufrir ni se podían apoderar con sus mugeres en aquella áspera montaña, ¿cómo podremos nosotros con vosotras en los regalos de Roma?

Una cosa, Faustina, te quiero dezir, y plega a los dioses te la hagan entender, y es: si los bestiales movimientos de la carne no forçassen al querer de los hombres a que quieran (aunque no quieran) a las mugeres, dubdo si muger fuesse sufrida ni menos amada; porque si naturaleza les dio en sí porque sean amadas, ellas sacan de sí porque sean aborrecidas. Por cierto si los dioses a este amor le hizieran voluntario como le hizieron natural, de manera que queriendo pudiéramos, y no como agora que queremos y no podemos, con graves penas al hombre avían de castigar que por amores de una muger se osasse perder. Gran secreto es éste que guardaron para sí los dioses, y gran miseria es la de los hombres, que siendo como es la carne tan flaca, a un corazón libre haga tanta fuerça, en que todo lo que nos daña procuramos y lo mismo que aborrecemos seguimos. Secreto es éste que los hombres lo saben muy bien sentir, pero a ninguno veo que le sepa remediar; porque al fin todos se quexan de la carne y a todos los veo ser carniceros, y quanto le haze a uno mal provecho, tanto della es más goloso. No tengo embidia a los

dioses vivos, ni a los hombres muertos, sino de dos cosas y son éstas: tengo embidia a los dioses en que viven sin temor de maliciosos y tengo embidia a los muertos en que huelgan ya sin necesidad de mugeres; porque son dos ayres tan corruptos que todo lo corrompen, y son dos landres tan mortales que carnes y coraçones acaban. ¡O!, Faustina, es tan natural el amor de la carne con la carne, que quando de vosotras huye la carne de burla, os dexamos el coraçón en prendas de veras; y si la razón como razón se pone en huyda, la carne como carne se os da luego por prisionera.

CAPÍTULO XVI

En el qual el Emperador Marco Aurelio, hablando con Faustina, prosigue su plática, y dize en ella el gran peligro que tienen los hombres que tratan mucho con las mugeres; y de siete reglas que da a los casados para que bivan en paz con sus mugeres. Es capítulo muy notable para entre marido y muger.

Muchas vezes me acuerdo que en mi mocedad, como yo era de carne, tropecé en la carne con propósito de jamás tornar a la carne; pero si confieso que muchas vezes me venían castos y virtuosos propósitos, dende a una hora dava comigo de rostro en los vicios. Cosa es muy natural que, en acabando uno de cometer el vicio, luego viene en pos dél el arrepentimiento, y, passado el arrepentimiento, luego se torna a cometer aquel vicio; porque durante el tiempo que vivimos en la casa desta carne flaca, álçase la sensualidad por señora y a la razón aun no dexa llegar a la puerta. No ay hombre en Roma que si le hablan no diga maravillas por la lengua de los propósitos buenos que tiene en el coraçón, en especial de ser casto, ser verdadero, ser pacífico, ser callado; y, si acaso preguntáys a los que tratan con él negocios y a los que son sus más propinquos vezinos, hallarán que es un tramposo, que es un mentiroso, que es un blasfemo, que es un doblado, que es un fementido; finalmente engañan a los hombres con sus buenas palabras y ofenden a los dioses con sus malas obras.

Poco aprovecha blasonar de las virtudes con la lengua si la mano en las obras es perezosa; porque no se llama uno justo porque dessea ser bueno, sino porque suda y trabaja de ser virtuoso. El traydor del mundo con ninguna cosa más engaña a los hombres mundanos que es con darles vanas esperanças en que adelante les queda tiempo para ser virtuosos, y los tristes malaventurados después que están emboscados en la profundidad de los vicios, esperando cuándo amanecería el día de la emienda, sobrevínoles primero la noche de la sepultura. ¡O!, cuántos y cuántos prometieron a los hombres y hizieron voto a los dioses, propusieron entre sí mismos que antes de muchos meses començarían a ser virtuosos, a los quales dentro de pocos días los vimos entregar a los hambrientos gusanos. Los dioses quieren que seamos virtuosos y por contrario el mundo y la carne quieren que seamos viciosos. A mi parecer, más vale obedecer a lo que los dioses mandan que no hazer lo que el mundo y la carne quieren; porque el premio de la virtud es honra y la pena del vicio es infamia.

Si paras mientes en ello, Faustina, de una parte están los dioses que nos combidan a las virtudes, y de otra parte está el mundo y la carne que nos combidan con los vicios. Sería

mi parecer en este caso que digamos a los dioses que nos plazze de ser virtuosos, y digamos al mundo y a la carne que, andando más los tiempos, nos emplearemos en sus vicios. De tal manera emos de cumplir con los dioses en obra, y de tal manera emos de entretener al mundo y a la carne con palabras, que gastemos tanto tiempo en hazer buena vida, que aun no nos quede tiempo para dezir una mala palabra. Hágote saber, Faustina, que todo esto que te he dicho a tí, todo lo he dicho contra mí; porque sienpre desde moço he tenido buenos propósitos y con estos buenos propósitos me he envegecido en los vicios. ¡O!, cuántas vezes en mi mocedad conocí a mugeres, traté con mugeres, hablé a mugeres, conversé a mugeres, creyí a mugeres, me engañaron mugeres, me maltrataron mugeres, me infamaron mugeres; finalmente por conocer como conocí a las mugeres me aparté y dexé a las mugeres. Pero yo confieso que si la razón me tenía fuera de sus casas diez días, la sensualidad me tornava con ellas diez semanas. ¡O!, dioses crueles, ¡o!, mundo malo, ¡o!, carne flaca, dezidme: ¿qué es esto: que la razón me lleve a mí por mi voluntad a las virtudes y que la sensualidad contra mi voluntad me torne arrastrando a los vicios? ¿Piensas tú, Faustina, que no veo yo quán bueno es ser bueno y quán malo es ser malo? Pero ¿qué haré?, triste, que no ay tan crudo verdugo de mi honra y de mi fama como es la carne mía propria, la qual contra mi voluntad me haze continua guerra. Por lo qual siempre pido a los dioses que, pues mi ser es contra sí, defiendan a mí de mí.

Mucha culpa tiene en esta tan cruda guerra la carne flaca, pero muy mayor la tiene la muger loca y liviana; porque si el hombre fuesse cierto que las mugeres serían castas, serían vergonçosas, serían retraídas y sacudidas; compornían los pensamientos para no las dessear, ni consumirían el tiempo en las seguir, ni gastarían la hazienda en las servir, ni sufrirían tantas afrentas por las alcançar; porque do una cosa no da de alcançarse de sí esperança no le lleva la voluntad al corazón de seguirla. Pero ¿qué haremos? -di, Faustina- que (como tú sabes mejor que yo) está ya tan perdida la vergüença en las mugeres de Roma, están ya tan dissolutas las mugeres de Italia, que si los hombres se descuydan, ellas los despiertan; si los hombres huyen, ellas los llaman; si los hombres se apartan, ellas a ellos se allegan; si los hombres se encogen, ellas los regozijan; si los hombres callan, ellas a hablar los costriñen; finalmente muchas vezes los hombres comiençan los amores de burla y ellas se dan tal maña que los tornan presto de veras.

Hágote saber, Faustina, que es muy grande el brío que naturaleza puso en la carne de los hombres, pero muy mayor es la vergüença que pusieron los dioses en las caras de las mugeres. Y si es verdad (como es verdad) que los hombres no pierden el brío de la carne, y las mugeres pierden la vergüença de la cara, tengo yo por impossible que aya muger virtuosa ni casta en Roma; porque no ay más perdida república que aquélla do las mugeres tienen la vergüença perdida. ¡O!, mugeres, y quánta razón tienen en huyr de vosotras los que huyen, ascondese los que se asconden, dexaros los que os dexan, apartarse los que se apartan, olvidaros los que os olvidan, estrañarse los que se estrañan, remontarse los que se remontan, morirse los que se mueren, sepultarse los que se sepultan; porque los gusanos no roen en la sepultura sino la carne flaca, pero vosotras metéysnos a saco la hazienda, la honra y la vida.

¡O!, si supiesen los generosos coraçones quántos y quántos males se les siguen de tratar con mugeres, yo les juro que no sólo no las sirviessen como las sirven de hecho, pero aun

de mirarlas no les passasse por pensamiento. ¿Qué más quieres que te diga, Faustina, sino que unos escapan de vuestras manos infames por efeminados; otros, lastimados de vuestras lenguas; otros, perseguidos de vuestras obras; otros, engañados de vuestras mañas; otros, aborrescidos de vuestros descontentos; otros, desesperados de vuestra inconstancia; otros, despechados de vuestros vanos juyzios; otros, alterados de la ingratitud de los servicios? Finalmente, a mejor librar, todos escapan de vuestras entrañas aborrescidos y de vuestras liviandades acoceados. Pues el hombre que siente que esto ha de passar, yo no sé cuál es el loco que os quiere amar ni servir; porque el animal que una vez atolla en el lodo, aun a palos no le farán otra vez tornar a passar por aquel passo.

¡O!, a cuánto peligro se ofrece el que con mugeres trata, en que si no las ama, tiénenle por necio; si las ama, por liviano; si las dexa, por tibio; si las sigue, por perdido; si las sirve, no le estiman; si no las sirve, le aborrescen; si las quiere, no le quieren; si no las quiere, le persiguen; si se entremete, llámanle importuno; si huye, dicen que es covarde; si habla, dicen que es frío; si calla, dicen que es simple; si se ríe, dicen que es loco; si no se ríe, dicen que es bovo; si les da algo, dicen que vale poco; y al que no les da nada llámanle escasso; finalmente, al que las freqüenta tienen por infame y al que no las freqüenta por menos que hombre. Esto visto, esto oýdo, esto sabido, ¿qué hará el hombre triste, en especial si es hombre cuerdo?; porque si quiere apartarse de mugeres, no le da la carne licencia; si quiere seguir a las mugeres, no se lo consiente su cordura.

Piensen en todo su seso los hombres que con regalos y servicios han de contentar a las mugeres. Pues hágoles saber, si no lo saben, que jamás se contenta la muger aunque el hombre haga todo lo que puede como hombre, y haga todo lo que deve como marido, y de la flaqueza saque fuerças con mucho trabajo, y la pobreza remedie con su sudor proprio, y cada hora se ponga por ella en peligro; al cabo la muger no se lo ha de agradecer, diziendo que su amor es con otra y que aquello haze sólo por cumplir con ella.

Muchos días ha, Faustina, que yo desseava dezirte esto, y helo dilatado hasta agora esperando que me diesses una ocasión para dezirlo de quantas me has dado para sentirlo; porque entre los sabios aquellas palabras son estimadas que al propósito de alguna cosa son muy bien traýdas. Acuérdome que ha seys años en que Antonino Pío, tu padre, me eligió por su yerno; y tú a mí elegiste por marido; y yo a ti elegí por muger. Y esto todo se hizo mis tristes hados lo permitiendo y Adriano, mi señor, me lo mandando. El buen Antonino Pío, mi suegro, me dio a ti, Faustina, su única fija, por muger, y a su generoso Imperio me dio en casamiento, y mucho de su thesoro él partió conmigo, y los huertos Vulcanares los señaló para mi passatiempo. Y pienso que en este caso de ambas partes uvo engaño: él en elegirme por hijo y yo en tomarte a ti por muger.

¡O!, Faustina, tu padre y mi suegro llamóse Antonino Pío porque con todos fue piadoso sino conmigo, que fue muy cruel, porque con poca carne me dio gran contrapeso de hueso. Y confiéssote la verdad, que ya ni tengo dientes con que lo roer, ni calor en el estómago para lo digerir, y lo peor de todo es que muchas vezes con él me he pensado ahogar. Quiérote dezir una palabra, aunque recibas pena con ella, y es que por tu estremada hermosura eres desseada de muchos y por tus malas costumbres eres

abhorrecida de todos; porque no son las mugeres hermosas sino como las píldoras doradas, en las cuales se cevan los ojos quando las miran y después reñegan dellas quando las pruevan.

Bien sabes tú, y bien lo sé yo, Faustina, que vimos un día a Drusio y a Bruxilla, su muger, los quales eran nuestros vezinos; y, como riñendo llegassen a las manos y diessen muy grandes bozes, dixе yo a Drusio estas palabras: «¿Qué es esto, señor Drusio: siendo como es oy la fiesta de la madre Verecinta, y estando como estamos cabe su casa, y hallándonos presentes en tan honrada compañía, y sobre todo teniendo como tienes muger tan hermosa; ha de ser possible que aya entre vosotros renzilla? Los hombres que están casados con mugeres feas, a causa que se les mueran presto nunca han de hazer sino reñir; pero los que están casados con mugeres hermosas, a fin que vivan mucho siempre las han de regalar; porque las mugeres hermosas aun de cien años mueren temprano y las mugeres feas aun de diez años mueren tarde?» Drusio, como hombre muy lastimado, alçando los ojos al cielo y de lo profundo del corazón dando un suspiro, dixo: «Perdóneme la madre Verecinta, y perdóneme su sancta casa, y perdóneme toda la compañía, que por los inmortales dioses juro yo quisiera más casar con una muger de las negras de Caldea que no aver casado como me casé con una muger romana y hermosa; porque no es ella tan hermosa quanto es negra y triste mi vida.» Bien sabes tú, Faustina, que quando Drusio dixo esta tan lastimosa palabra yo le enxugué las lágrimas de la cara, y le di del codo, y le rogué al oído no procediesse más en la materia; porque a la verdad los buenos maridos, si sus mugeres no fueren tales, dévenlas muy bien castigar en secreto y después dévenlas mucho honrar en lo público.

¡O!, quán malos son tus hados, Faustina, y quán mal partieron contigo los dioses: diéronte hermosura y diéronte riqueza para te perder, y negáronte lo mejor, que es tener cordura y ser bien acondicionada para lo sustentar. ¡O!, quánta mala ventura le viene a su casa el día que a un hombre le nasce una hija hermosa, si junto con esto no le permiten los dioses que sea cuerda y honesta; porque la muger que es moça y loca y hermosa destruye a la república y infama a toda su parentela. Tórnote a dezir otra vez, Faustina, que fueron muy crueles los dioses contigo, pues te engolfaron en los golfos a do todas las malas peligran y te quitaron las velas y remos con que todas las buenas escapan.

Treynta y ocho años estuve sin me casar que no se me hizieron treynta y ocho días, y en solos seys años de casamiento me parece que ha passado seyscientos años de vida; porque no se puede llamar tormento sino el que passa el hombre que es mal casado. De una cosa te quiero hazer cierta, Faustina, que si alcançara antes lo que alcanço agora, y de lo mucho que siento entonces sintiera, aunque los dioses me lo mandaran y Adriano mi señor me lo rogara, yo no trocara mi pobreza por tu riqueza, ni mi reposo por tu Imperio; pero, pues cupo en tu dicha y en mi desdicha, callo mucho y sufro más. Yo he dissimulado contigo mucho, ¡o!, Faustina, y ha sido tanto, que ya no puedo más; pero yo te confieso que ningún marido sufre tanto a su muger, que no sea obligado a sufrirle más, considerando al fin el hombre que es hombre y la muger que es muger; porque el hombre que eligió echarse entre las hortigas, ¿qué ha de sacar de allí sino ronchas? Atrevida es la muger que se toma con su marido, pero loco es el marido que toma pependencias públicas con su muger; porque si es buena, hala de favorecer porque sea

mejor, y si es mala, hala de sufrir porque no se torne peor. A la verdad mucha ocasión es para que la muger sea mala pensar ella que su marido no la tiene por buena; porque son las mugeres tan ambiciosas, que las que públicamente son malas nos quieren hazer creer que son ellas mejores que todas. Créeme, Faustina, que si el temor de los dioses, la infamia de su persona, el dezir de las gentes no retrae a la muger de lo malo, no la apartará todo el castigo del mundo; porque todas las cosas deste mundo sufren castigo si no es la muger, que como muger quiere ruego. El corazón del hombre es muy generoso y el corazón de la muger es muy delicado, en que quiere por poco bien mucho premio y por mucho mal ningún castigo.

El hombre cuerdo mire bien lo que haze antes que se aya de casar, pero después que se determina de tomar compañía de muger ha de ser como el que entra en la guerra, que determina su corazón para todo lo que le suscediere en ella. No sin causa llamo guerra la vida que tienen los malos casados en su casa; porque más cruda guerra nos hazen las [440] mugeres con las lenguas que no los enemigos con las lanças. Gran poquedad es del hombre cuerdo hazer cuenta de las poquedades de su muger a cada passo; porque si todas las cosas que las mugeres hazen y dicen quieren tomar por el cabo, sepan que jamás les hallarán fin ni cabo. ¡O!, Faustina, si las mugeres romanas quisiéssedes siempre una cosa, procurássedes una cosa, permaneciéssedes en una cosa, holgaríamos los hombres aunque fuesse a nuestra costa condescender en ella; pero ¿qué haremos?, que lo que os agrada agora os descontenta de aquí a un poco; lo que pedís a la mañana no lo queréys a mediodía; con lo que folgávades a mediodía tomáys enojo a la noche; lo que amávades a la noche aborrecéys a la mañana; lo que ayer teníades en mucho oy lo tenéys en poco; lo que antaño os moríades por verlo ogaño aun no queréys oyrlo; lo que antes os causava alegría agora os pone sobrada tristeza; con lo que devríades y solíades llorar con aquello agora os vemos reír; finalmente soys las mugeres como los niños, que se amansan con una mançana y arrojan el oro en tierra.

Muchas vezes he pensado entre mí si podría dezir o escrevir alguna buena regla para que guardándola viviessen los hombres en paz en su casa; y hallo por mi cuenta y aun lo he experimentado contigo, Faustina, que es impossible dar a los hombres casados regla, pues las mugeres viven sin regla. Todavía quiero poner alguna regla de cómo se compadecerán los casados en sus casas; y cómo, si quisieren, evitarán entre sí muchas renzillas; porque teniendo los maridos y mugeres guerra, impossible es aya paz en la república. Y si esta escriptura no aprovechara a mí, que soy desdichado marido, aprovechará a otros que tienen buenas mugeres; porque muchas vezes la medicina que no aprovecha a los ojos haze operación en los calcañares.

Bien sé, Faustina, que lo que he dicho y por lo que quiero dezir, tú y otras semejantes gran enemistad me avéys de cobrar, y es la causa que miráys las palabras que digo y no la intención con que las digo; pero a los inmortales dioses juro en este caso que no es otro mi fin sino avisar a las buenas (que ay muchas buenas) y castigar a las malas (que ay muchas malas). Y si acaso ni las unas ni las otras no queréys creer que yo tengo buena intención en dezir como digo estas palabras, no por esso dexaré de reconocer a las buenas entre las malas y a las malas entre las buenas; porque mi opinión es que la buena muger es como el faysán, del qual estimamos en poco la pluma y tenemos en mucho la carne; y

la mala muger es como la raposa, de la qual tenemos en mucho la pelleja y aborrescemos y desechamos la carne.

Quiero, pues, ya relatar las reglas con las quales vivirán en paz los maridos con sus mugeres propias y son éstas:

Lo primero, deve el marido sufrir y tener paciencia quando la muger está enojada; porque no ay en el mundo serpiente que tenga tanta ponçoña como es la muger quando está ayrada.

Lo segundo, deve el marido trabajar en que provea a su muger según la posibilidad de todo lo necessario, assí para su persona como para su casa; porque acontece muchas vezes que, andando las mugeres a buscar las cosas necessarias, tropieçan con las superfluas y no muy honestas.

Lo tercero, deve el marido trabajar que su muger trate con buenas personas; porque muchas vezes riñen y dan bozes las mugeres no tanto por la ocasión que les dan sus maridos, quanto por lo que les dizen y imponen sus malos vezinos.

Lo quarto, deve el marido trabajar que su muger en ninguna cosa sea estremada, conviene a saber: que ni del todo esté siempre encerrada en casa, ni tampoco muy a menudo la dexé andar fuera; porque la muger muy andariega pone en peligro la fama y pone en condición la hazienda.

Lo quinto, deve el marido guardarse que no se ponga con su muger en porfía a causa que no le pierda la vergüença; porque la muger que una vez a su marido se descara no ay vileza que dende en adelante contra él no cometa.

Lo sexto, deve el marido hazer entender a su muger que tiene della confiança; porque es de tal calidad la muger, que aquello de que no tenían della confiança, aquello cometerá ella más aýna.

Lo séptimo, deve el marido ser cauto en que a su muger ni del todo fíe della la hazienda, ni del todo la escluya della; porque si es a cargo de la muger toda la hazienda, auméntala poco; y si no le da parte y tiene sospecha della, hurta mucho.

Lo octavo, deve el marido a su muger mostrar algunas vezes la cara alegre y otras vezes mostrársela triste; porque son de tal condición las mugeres, que quando sus maridos les muestran la cara alegre, ámanlos, y quando se la muestran triste, témenlos.

Lo nono, deve el marido, si es cuerdo, tener en esto muy sobrado aviso: en que su muger no tome enojos ni pendencias con vezino ni con estraño; porque muchas vezes emos visto en Roma sólo por reñir una muger con su vezina que el marido pierda la vida, y ella pierda la hazienda, y se levante gran escándalo en la república.

Lo décimo, deve el marido ser tan sufrido, que si viere a su muger cometer algún delito por ninguna manera la corrija sino en secreto; porque no es otra cosa castigar el marido a su muger delante testigos sino escupir a los cielos y lo que escupe caerle sobre los ojos.

Lo undécimo, deve el marido tener en esto mucha templança, en que no ponga las manos en su muger para castigarla; porque a la verdad la muger que no se emienda diziéndole palabras rezias y lastimosas, menos se emendará aunque la maten a palos ni puñaladas.

Lo duodécimo, deve el marido, si quiere tener paz con su muger, loarla mucho delante los vezinos y los estraños; porque entre las otras cosas este bien tienen todas las mugeres: que quieren ser de todos loadas y de ninguno permiten ser reprehendidas.

Lo terdécimo, deve el marido guardarse de loar a otra muger estraña delante su muger propria; porque son de tal qualidad las mugeres, que el día que el marido toma en la boca a una muger estraña, aquel día le rae del corazón su muger propria, pensando que a la otra ama y a ella aborrece.

Lo quatuordécimo, deve el marido estar mucho sobreaviso que, aunque sea su muger fea, le diga y haga encreyente que es muy hermosa; porque no ay cosa que entre ellos levante mayor renzilla que pensar ella que la desecha el marido porque es fea.

Lo quintodécimo, deve el marido traer a su muger a la memoria la infamia y lo que mal se habla de las que son malas en la república; porque las mugeres, como son vanagloriosas, porque no digan dellas lo que dizen de las otras por ventura no harán ellas lo que hazen las otras.

Lo sexdécimo, deve el marido escusar a su muger que no tome muchas amistades; porque muchas vezes de tomar las mugeres unas amistades escusadas nascen entre los dos muy peligrosas renzillas.

Lo decimoséptimo, deve el marido fingir y hazer encreyente a su muger que quiere mal a todos los que ella quiere mal; porque son de tal qualidad las mugeres, que si el marido ama lo que ella aborresce, luego ella aborresce todo lo que él ama.

Lo décimooctavo, deve el marido en lo que no va nada condescender y otorgar con lo que su muger porfía; porque más prescia una muger salir con su porfía aunque sea mentira, que si le diessen diez mil sextercios de renta.

En esta materia no quiero dezirte más, Faustina, sino que mires que te miro, y veas que te veo, y sientas que te siento; y, sobre todo, que la dissimulación mía devría bastar a emendar la vida tuya.

CAPÍTULO XVII

Cómo el Emperador Marco Aurelio prosigue su plática y responde más particularmente a lo de la llave.

Agora, Faustina, que he exprimido de mi corazón el venino antiguo, quiérote responder a la demanda presente; porque en las demandas y respuestas que pasan entre los sabios nunca la lengua ha de dezir palabra sin que primero a su corazón pida licencia. General regla es entre los médicos que no aprovechan las medicinas al enfermo si primero no le quitan las opilaciones del estómago. Quiero dezir por esto que he dicho que ninguno puede hablar como conviene a su amigo si antes no le dize de lo que está dél enojado; porque primero se han de reparar los cimientos, si están sentidos, que no intentar edificios nuevos.

Pídesme, Faustina, que te dé la llave de mi estudio, y amenázasme que, si no la doy, luego reventarás deste preñado. Y no me maravillo de lo que dizes, ni me maravillo de lo que pides, ni me maravillo de lo que hizieres; porque las mugeres soys estremadas en los desseos, soys pressurosas en el pedir, soys determinadas en el obrar y soys impacientes en el sufrir. No sin causa digo que son en los deseos estremadas; porque cosas ay que se les antojan a las mugeres, las quales ni los muertos las vieron, ni los vivos dellas oyeron. No sin causa dixe que son las mugeres pressurosas en el pedir, ca son de tal condición las mugeres romanas, que assí como le da a una muger el desseo de una cosa, luego manda a la lengua que la pida, y a los pies que la busquen, a los ojos que la miren, a las manos que la guarden y aun al corazón mandan que la ame. No sin causa dixe que son las mugeres determinadas en el obrar; porque si una muger romana toma tema con una persona, ni dexará de acusarle por vergüença, ni de seguirle por pobreza, ni aun de matarle por temor de justicia. No sin causa dixe que son las mugeres impacientes en el sufrir; porque son de tal condición muchas (no digo todas) que si a una dellas no le dan presto lo que querría y pedía, demúdasele la cara, dize lástimas con la lengua, a bozes atruena la casa, escandaliza a la vezindad toda, finalmente echa espumajos por la boca y no ay quien la hable aquel día.

Buen achaque os tenéys las mugeres preñadas, que, so color que avéys de reventar, queréys que los maridos todos vuestros apetitos ayamos de cumplir. Quando el Sacro Senado en los tiempos del muy venturoso Camilo hizo la ley en favor de las romanas preñadas, no eran entonces las mugeres tan antojadizas; pero agora no sé qué se es, que todas de todo lo bueno tenéys hastío y todas de todo lo malo tenéys antojo. Quiero, Faustina, dezirte la ocasión porque se hizo en Roma aquella ley, y por ella verás si merescas gozar de la ley; porque las leyes no son sino yugos so los quales aren los malos, y también son alas con que buelen y sean libres los buenos. Fue, pues, el caso, que Camillo, un capitán que era romano, partiéndose para la guerra hizo voto solemne a la madre Verecinta que si los dioses le bolvían con victoria, que él les ofrescería una estatua de plata. Y como Camillo alcançasse de sus enemigos victoria y quisiesse cumplir el voto hecho a la madre Verecinta, ni él tenía hazienda ni en Roma avía marco de plata; porque en aquel tiempo estava Roma muy rica de virtuosos y muy pobre de dineros. Ya sabes tú, Faustina, que nuestros antiguos padres eran muy cultores de sus dioses y tenían en soberana reliquia a los templos, y por ninguna pobreza ni pereza se avían de dexar de

cumplir los votos, y en esto tenía Roma tan gran extremo, que a ningún capitán daban el triumpho sin que primero jurasse si avía hecho algún voto y después provasse cómo le avía cumplido.

En aquellos tiempos florecían en Roma muchos romanos virtuosos, florecían muchos filósofos griegos, florecían capitanes muy esforçados, florecían invenciones de grandes edificios y, sobre todo, estava Roma despoblada de malicias y estava poblada de muy excellentes matronas romanas. No poca sino mucha cuenta hazen los antiguos historiadores de aquellas antiguas y excellentes mugeres; porque no menor necesidad ay de mugeres buenas para la república que de capitanes esforçados para la guerra. Siendo, pues, como eran tan virtuosas y tan generosas aquellas matronas romanas, sin que nadie se lo dixesse, ni hombre se lo acordasse, acordaron todas de yr al Capitolio, y allí en presencia de todo el Senado dieron y ofrecieron los chocallos de sus orejas, los anillos de sus dedos, las axorcas de sus muñecas, las perlas de sus tocas, los collares de sus gargantas, los joyeles de sus pechos, las cintas de sus cuerpos, los cabos de sus cintas y los tintinábulo de sus ropas.

Dizen los *Annales* de aquel tiempo que, después que las matronas romanas pusieron a los pies del Sacro Senado tanta y tan gran riqueza, en nombre de todas dixo una que avía nombre Lucina esta palabra sola: «Padres conscriptos, no tengáys en mucho las joyas que damos para fazer la imagen de la madre Verecinta, pero tened en mucho que por alcançar aquella victoria pusieron allí nuestros hijos y maridos la vida; y, si queréys tener en algo nuestro pobre servicio, no miréys lo poco que os ofrescemos, sino lo mucho que os daríamos si lo tuviésemos.» A la verdad los romanos, aunque fue mucho lo que les dieron sus mugeres, en más tuvieron la voluntad con que lo davan que no lo que davan, aunque es verdad que fueron tantas las riquezas que ofrecieron, que no sólo uvo para cumplir el voto de la estatua, pero sobró para proseguir la guerra. En aquel día que las matronas presentaron sus joyas en el Capitolio, luego allí les concedieron cinco cosas en el Senado; porque en el tiempo que Roma era Roma, jamás Roma recibía servicio que no se mostrasse muy generosa en el agradecimiento.

Lo primero que el Senado concedió a las matronas romanas fue que en el día de sus enterramientos pudiesen públicamente hazer oraciones los oradores y en ellas relatar sus buenas vidas; porque antiguamente no podían los oradores sino en la muerte de los hombres orar, que a las mugeres aun hasta la sepultura no las osavan acompañar.

Lo ii que les concedieron fue que se pudiesen assentar en los templos; porque antiguamente quando los romanos ofrecían sacrificios a sus dioses, los viejos estavan assentados, los sacerdotes estavan prostrados, los casados estavan arrimados; pero a las mugeres, aunque fuessen generosas, ni las dexavan hablar, ni las dexavan assentar, ni las dexavan arrimar.

Lo iii que les concedieron fue que pudiesen tener cada dos ropas ricas y que no pidiessen licencia al Senado para sacarlas; porque antiguamente si alguna romana sin pedir licencia sacava o comprava alguna ropa, luego era privada della, y al marido porque lo consentía le desterravan de Roma.

Lo quarto que les concedieron fue que en las graves enfermedades pudiesen beber vino, como fuesse a las mugeres inviolable costumbre en Roma que, aunque les fuesse la vida, no podían beber vino sino agua; porque en el tiempo que Roma estava bien corregida, más infamada era la muger que bevía vino, que no la que a su marido cometía adulterio.

Lo quinto que les concedieron fue que ninguna matrona romana, estando preñada, no se le pudiesse negar ninguna cosa que honestamente por ella fuesse pedida; porque antiguamente (no sé a qué fin) nuestros antiguos padres hazían mucho por las mugeres preñadas y no hazían tanta cuenta de las mugeres paridas.

Todas estas cinco cosas fueron a las matronas romanas otorgadas, y de verdad que fueron todas muy justas, y aun séte dezir, Faustina, que de muy buena voluntad fueron por el Senado concedidas; porque no ay cosa más cónsona a razón que las mugeres que en extremo son buenas, en extremo de todos sean honradas. Esta quinta ley en que manda no negar nada a la muger preñada, quíérote dezir, Faustina, qué fue la ocasión más particular que movió al Senado a hazerla.

Los varones antiguos, assí griegos como latinos, sin muy grandes ocasiones nunca davan a sus pueblos leyes o preceptos; porque los muchos mandamientos lo uno son mal guardados, lo otro son causa de muchos enojos. No podemos negar sino que hazían muy bien los antiguos en huyr pluralidad de los mandamientos; porque más vale que viva el hombre según a lo que la razón le combida que no según a lo que la ley le constriñe. Fue, pues, el caso que, en el año de la fundación de Roma de ccclxiii, estando Fulvio Torcato cónsul en la guerra contra los Boscós, truxeron a Roma los cavalleros mauritanos un monóculo que avían caçado en los desiertos de Egipto, y a la sazón que le truxeron a Roma la muger de Torcato estava en días de parir, porque avíala dexado el cónsul preñada.

Caso que en aquellos tiempos las matronas fuessen tan honestas como las que agora ay en Roma son dissolutas, entre todas era la muger del cónsul Torcato tan honestíssima, que no menos tiempo se gastava en Roma en loar las virtudes della que gastavan en contar las victorias y hazañas dél. Léese en los *Annales* de aquellos tiempos que este cónsul Torcato la primera vez que passó a la guerra de Asia estuvo xi años sin bolver a su casa, y hallóse por cosa verdadera que en todo aquel tiempo que estuvo Torcato fuera jamás a su muger hombre la vio a la ventana. Es de tener en mucho lo que hazía esta excelente romana; porque en aquellos tiempos como los hombres no eran tan atrevidos y las mugeres romanas eran más honestas, con tal que estuviessen cerradas las puertas, lícito les era a las mugeres hablar desde las ventanas. Y, no contenta con esto, vivió tan recatada, que en todos aquellos xi años jamás hombre la vio andar por Roma, ni jamás vieron su puerta abierta, ni a hombre de ocho años arriba consintió entrar en su casa, y (lo que más es) en todo aquel tiempo hombre ni muger vio del todo su cara descubierta. Pues más hizo esta romana (lo uno por dexar de sí gran memoria, lo otro por dar exemplo de virtud a toda Roma), que, como le quedassen tres niños, y el que más avía no llegava a cinco años, en cumpliendo la edad de ocho años, luego los embiava fuera de casa para sus abuelos, porque so color de visitar a los hijos no se le entrassen en casa otros mancebos.

¡O, Faustina, cuántos y cuántas ay oy que lloran en extremo a esta excelente romana, y cuán poquitas serán las que imitarán su vida! ¡Quién acabasse agora con una de las matronas romanas que se abstuviesse xi años sin ponerse a las ventanas, como sea verdad que va ya la cosa tan dissoluta que no sólo se assoman a mirar, pero aun hazen ya estrado de las ventanas para hablar! ¡Quién acabasse agora con una romana que en xi años no abriessse la puerta, como sea la verdad que si un día manda el marido cerrar la puerta, aquel día la muger ha de hundir a bozes la casa! ¡Quién acabasse agora que una muger romana se estuviesse xi años encerrada sin salir por Roma, como sea verdad que la muger que no da cada semana una buelta en Roma, no ay basilisco ni bívora que por la lengua eche tanta ponçoña! ¡Quién acabara oy con una muger romana a que se esté onze años a la continua sin que persona le vea la cara, como sea verdad que todo lo más del día no lo espenden sino en alimpiiar la ropa y pintar la cara! ¡Quién acabasse agora con una muger romana a que se estuviesse onze años sin que fuesse visitada de sus amigos y deudos, como sea verdad que las mugeres con aquéllos tienen mayores enemistades los quales las visitan pocas vezes!

Tornando, pues, al propósito, como aquel monóculo le passassen por la puerta de la muger de Torcato, estando preñada y su marido en la guerra, acaso una criada suya díxole cómo passava el monóculo, y tomóle tan sobrado desseo de verlo, que súbitamente murió de aquel antojo. Por cierto y por verdad te digo, Faustina, que muchas y muchas vezes avía passado aquel monóculo por el barrio do ella morava y jamás quiso ponerse a la ventana, ni menos salirse a la puerta. Fue la muerte desta matrona muy sentida y muy llorada; porque avía muchos años que no avía gozado de tal romana Roma. A petición de todo el Pueblo y del mandamiento del Sacro Senado, le pusieron en el sepulcro este verso: «Aquí yaze la gloriosa Machrina, muger de Torcato, la qual quiso aventurar su vida por assegurar su fama.»

Mira, Faustina, a mi parecer no se hizo la ley por remediar la muerte de aquella matrona, pues ya era muerta, sino porque a vosotras quedasse exemplo de su vida y a toda Roma para siempre de su muerte quedasse memoria. Justa cosa es que, pues la ley se ordenó a causa de preñada honesta, que no se guarde sino con preñada virtuosa. A las mugeres que piden les guarden la ley de las preñadas, por essa misma ley les pregunten si son muy honestas. Hágote saber, Faustina, que en la séptima tabla de nuestras leyes están estas palabras: «Mandamos que do uviere corrupción de costumbres no se les guarden sus libertades.»

CAPÍTULO XVIII

Que las princesas y grandes señoras, pues Dios les dio hijos, no deven desdeñarse criarlos a sus pechos; y de algunas razones que las deve mover a esto. De muchas y muy antiguas historias que trae el auctor para provarlo.

Todos los hombres generosos y que son de muy altos pensamientos, siempre velan por alcançar lo que dessean y siempre se desvelan por conservar lo que poseen; porque con

el esfuerzo se alcanza honra, y con la prudencia y cordura se conserva la honra y la vida. Por estas palabras quiero dezir que la muger que truxo nueve meses en su vientre a la criatura con tanto trabajo, y después la parió con tan sobrado peligro, y por gracia de Dios fue alumbrada en el parto, no me parece sino malo que en lo que más va, que es en criarlo, tenga descuydo; porque no carece de locura que lo que con mucho hervor se procura, después con liviandad se menosprecie. Infinitas son las cosas que naturalmente dessean las mugeres, y entre las otras son muy essenciales quatro o cinco dellas.

Lo primero que dessean las mugeres es ser muy hermosas; porque más dessean ser pobres y hermosas que no ser ricas y feas. Lo segundo que dessean es verse casadas; porque la muger hasta verse casada de lo muy profundo del corazón sospira. Lo tercero que dessean es verse preñadas, y a la verdad en esto tienen mucha razón; porque la muger hasta que ha parido parece que más tiene al hombre por amigo que por marido. Lo quarto que dessean es verse del parto alumbradas, y en ésta más que en todo tienen razón; porque gran lástima es ver a un árbol en la primavera cargado de flores, y después que amezcan una mañana todas eladas.

Ya que Dios permitió que naciessen hermosas, ya que Dios permitió se viessen casadas, ya que Dios permitió se hiziessen preñadas, ya que Dios permitió se viessen alumbradas; ¿por qué las mugeres son tan ingratas que, en pariendo los hijos, los echan de sus casas y los embían a criar por las tristes aldeas? A mi parescer, la muger que es generosa y virtuosa, luego que se viere alumbrada deve alçar los ojos al cielo y de todo su corazón deve dar gracias a Aquél que le dio tan buen alumbramiento; porque la muger que escapa del parto ha de pensar que aquel día nasce en el mundo. Deve assimismo la muger, en naciendo el niño, echarle un poco de agua de Baptismo; porque nace la criatura tan tierna, que sin verlo ni sentirlo a las vezes pierde la vida. Deve assimismo la muger, en viendo que se viere parida, ofrescer al Criador su criatura, y esto en su corazón, allí do está en la cama, suplicando a Dios que, pues tuvo por bien que fuesse ella su madre para le parir, tenga por bien de ser Él su padre para le guardar y salvar. Deve assimismo la muger, en acabando de parir a la criatura, darle a mamar de su leche propria; porque parece cosa muy monstruosa aver parido ella el niño de sus entrañas y que le críen y den a mamar mugeres estrangeras.

Hablando más claro, no me da más que sea muger generosa, que sea muger de condición baxa. Digo y afirmo que toda muger, después que Dios la alumbró en el parto, deve ella misma a sus pechos criar el hijo; porque naturaleza no sólo hizo hábiles a las mugeres para parir, pero juntamente con esto las proveyó de leche para criar. Hasta oy ni hemos leydo, ni menos hemos visto que alguno de los animales, hora sean brutos, hora sean domésticos, que después que naturaleza les diesse hijos encomendassen a otros animales la criança de ellos. No es tanto de notar lo dicho como lo que quiero dezir, y es que muchos animales rezién nascidos, primero que abran los ojos para conocer a sus padres, han ya mamado a los pechos de las madres; y (lo que más es) ver algunos de los animales que paren diez hijos, como son los lobos y puercos, y sin ayuda de otros los crían todos a sus pechos. Y una muger, que no pare más de uno, gran vergüença es que no se atreva a criarlo. Hallarán por verdad todos los que leyeren esta escritura, y si quisieren lo verán como yo lo vi por experiencia, que desde la hora que la mona pare a sus hijos, jamás hasta

que están destetados los dexa de sus braços, y (lo que más es) que muchas vezes riñen tan rezió el mono y la mona sobre quién tomará a los hijos en braços, que es necessario con palos o lanças despartirlos.

Dexemos a los animales que están en los campos y paren hijos, y tomemos a las aves que están en los nidos, las quales solamente ponen huevos para sacar hijos, pero no tienen leche para criarlos. Qué cosa es tan monstruosa de ver a una avezita con cinco o seys hijos debaxo de sus alas, do quando nacen ni tienen sus padres leche con qué les dar a mamar, ni grano de trigo ni migaja de pan con qué les dar a comer; ni los hijos tienen pluma para se cubrir, ni menos tienen alas para volar; y con toda esta flaqueza los pobres páxaros sin darlos a criar a otros crían a sus hijos y mantienen a sí mismos. Cosa es maravillosa lo que en los cisnes proveyó naturaleza, especial quando crían en el agua, en que todo el tiempo que crían siempre las madres están de día con los hijos en el nido y los padres de noche sobre sus mismas alas los traen a passear sobre el río.

Bien es de creer que, pues los cisnes traen encima de sus propios ombros a los hijos, que muy mejor los traerían en los braços si fuessen hombres y les darían a mamar si fuessen mugeres. Según dize Aristóteles en el quinto *De los animales*, los leones, los ossos, los lobos, las águilas y los grifos, y generalmente todos los animales, jamás los verán tan fieros ni tan bravos como quando crían a sus hijos; y parece esto ser verdad, porque muchos animales, pudiendo huyr de los caçadores, sólo por salvar a sus hijos buelven y se dexan hazer pedaços. Dezía Platón, libro iii *De legibus*, que nunca los hijos son tan quistos, ni tan amados como quando la madre los cría a sus pechos y el padre proprio los tiene en los braços. Y es la verdad, porque el amor primero en todas las cosas es el amor verdadero.

He querido contar la criança de los animales brutos para citar a las mugeres paridas delante dellos, en que vean cómo ellos se muestran ser padres piadosos en criar los fijos a los pechos y ampararlos debaxo de sus alas en los nidos; y por el contrario las mugeres se muestran cruels madres en echar a los hijos de sus casas y darlos a criar por casas ajenas. Estremo es ver lo que dizen las madres quando aman a sus hijos, y por otra parte extremo es el desamor que amuestran las madres con sus hijos; y en este caso no sé cuál es lo que más aman, el dinero o el hijo; porque veo que mueren por meter en su casa el dinero de las Indias y mueren por echar de su casa el hijo que parieron de sus entrañas.

Muchas son las razones que deven mover a que las madres críen a sus hijos. La primera razón es que deve mirar cómo el niño nasce solo, nasce pequeño, nasce pobre, nasce delicado, nasce desnudo, nasce tierno, nasce sin juyzio; y, pues la madre le parió con tan malas condiciones de sus entrañas, no es justo en tiempo de tan gran necesidad le fíen de otras personas. Perdónenme las señoras, siquier sean regaladas, siquiera sean plebeyas. La muger que en tal tiempo desampara a la criatura no se puede llamar madre piadosa, sino madrastra y cruel enemiga. Si es crueldad no vestir al desnudo, ¿quién está tan desnudo como un niño rezién nascido? Si es crueldad no consolar al triste, ¿quién más triste ni lloroso que el niño que nasce llorando? Si es inhumanidad no socorrer al pobre necesitado, ¿quién más pobre que el niño rezién nascido que aún no sabe pedirlo? Si es crueldad hazer mal al inocente que no sabe hablar, ¿quién más inocente que un niño, el

qual ni se sabe queixar, ni menos sabe hablar? Quien echa de casa a los hijos propios, ¿qué esperanza ternemos que criará a los hijos estraños?

Quando ya el hijo es grande, es rezio, sabe fablar, sabe trabajar y sabe aprovechar y ganar de comer, pocas gracias que la madre le trayga consigo y le muestre mucho regalo; porque entonces más necesidad tiene la madre del fijo para que la sirva, que no el hijo tiene de la madre para que le críe. Si los hijos naciessen de las uñas, o naciessen de los codos, naciessen de los dedos, o naciessen de las muñecas, parece que no sería mucho darlos a criar a amas estrañas; pero yo no sé qué coraçón de muger basta a lo sufrir, que el hijo que nace de sus mismas entrañas le ose fiar de manos ajenas. ¿Por ventura ay señora oy en el mundo que tenga tan particular amistad con algún amigo, o pariente, o vezino, a quien fíe la llave del cofre do tiene el dinero? Por cierto no. ¡O!, madres crueles, que en poco estuvo mi pluma de llamaros madrastras crudelísimas, que metéys en vuestras entrañas al maldito oro que nació de la tierra y echáys de vuestra casa al inocente hijo que es vuestra hechura. E si me dixeren las mugeres que ellas son flacas y delicadas, y que ya les tienen buscadas buenas amas, a esto respondo que poco amor puede tener con el niño el ama que le cría quando vee tan gran desamor en la madre que le parió; porque a la verdad la madre que parió el hijo con dolor, aquella sola le cría con amor.

Lo segundo, es cosa muy justa que las madres críen a sus hijos a fin que salgan conformes a sus condiciones, que de otra manera no son hijos sino enemigos; porque el hijo que a la madre que le parió desacata, impossible es que con prosperidad goze la vida. Pues no es otro el fin en los padres a criar sus fijos sino para que sirvan a sus padres quando fueren viejos, hágoles saber que, para tomar con sus padres esta criança, que va mucho y muy mucho en la leche que mama; porque mamando el niño leche de muger ajena, impossible es que tome la condición de madre propia. Si un cabrito mama leche de una oveja, hallarán que tiene la lana más blanda y la condición más mansa que si mamasse una cabra; y, si un cordero mama a una cabra, hallarán que tiene la lana más áspera y la condición más inquieta que si mamasse a una oveja, de do se sigue ser verdad el proverbio que dize: «No de do naces, sino con quien paces.» Gran bien es ser el hombre de su natural bien inclinado, pero mucho haze al caso ser desde niño bien criado; porque al fin al fin más nos aprovechamos de las costumbres do vivimos, que no de la naturaleza do nascimos.

Lo tercero, deven las mugeres criar a sus hijos porque sean madres enteras y no medias madres, ca la muger es media madre por el parir, y es media madre por el criar, de manera que aquélla se puede llamar madre entera que pare el hijo y cría el hijo. Después de la deuda que se deve a Dios padre por avernos criado, y lo que se deve al Hijo por avernos redemido, paréceme que es gran deuda la que devemos a nuestra madre por avernos parido, y devríamosle muy mucho más si nos uviesse criado; porque el buen hijo, quando mirare a su madre, en más ha de tener el amor con que le crió que no el dolor con que le parió.

CAPÍTULO XIX

De cómo el auctor todavía persuade a las mugeres a que críen a sus hijos, y que muchas señoras tienen por estado tener perricos en los pechos, y tienen por afrenta criar a sus propios hijos.

En el año de la fundación de Roma de cccccij, acabada la muy porfiada guerra entre Cartago y Roma, en las quales fueron capitanes los muy nombrados Aníbal por los carthaginenses y Scipión por los romanos, luego en pos de aquella guerra se siguió la de Macedonia contra Philipo, y, acabada la de Philipo, siguióse la de Siria contra Anthíoco, rey de Siria; porque en seyscientos y treynta años siempre los romanos tuvieron continua guerra en Asia, o en África, o en Europa. Embiaron los romanos por capitán desta guerra al cónsul Cornelio Scipión, hermano del gran Scipión Africano; y, después de muchas batallas, fortuna mostrando sus fuerças en una ciudad llamada Sepila, que es en Asia la mayor, el rey Anthíoco fue vencido y todo su reyno desbaratado; porque en el árbol do las raýzes viéremos cortadas, muy en breve se secan y pierden las frutas. Vencido el rey Anthíoco y despojado de su tierra, Cornelio Scipión vínose a Roma, en la qual entró con el triumpho de Asia, de do se siguió que llamaron a su hermano Scipión Africano porque venció a África, y llamaron a éste Scipión Asiano porque venció a Asia. Eran tan amigos de honra los capitanes romanos, que no querían otro premio de su trabajo sino que les diessen el renombre del reyno que avían vencido. De verdad que tenían razón; porque los coraçones generosos y los hombres valerosos han de tener en poco aumentar la hazienda y han de tener en mucho perpetuar la fama.

Según dize Sexto Cheronense, libro iii *De ambigua justicia*, este Cornelio Scipión por largos tiempos tuvo la governación del pueblo, en que fue cónsul, fue censor y fue dictador, ca no sólo era esforçado, mas aun era muy cuerdo, lo qual en un hombre es de tener en mucho; porque no se determina Aristóteles cuál es mayor grandeza: ser uno prudente para gobernar a la república o ser esforçado para las cosas de la guerra. Siendo, pues, Cornelio Scipión dictador, que era como ser emperador, unos diez capitanes que con él avían estado en la guerra de Asia intentaron a entrar a las vírgines vestales un día, y aunque avían hecho grandes hazañas en la guerra y que también eran assaz emparentados en Roma, condenólos el dictador a que cada uno dellos le cortassen la cabeça; porque los romanos más crudamente castigavan a los que sólo requerían a las vírgines honestas, que no a los que forçavan a las mugeres casadas. Cornelio Scipión fue rogado de muchos en Roma que tuviesse por bien de comutar esta tan cruda sentencia, y el que más le importunava en este caso era su hermano Scipión el Africano, el ruego del qual no fue admitido, y al fin fueron perdonados aquellos capitanes por ruego de una muger hermana de leche de Cornelio Scipión. Y, agraviándose desto Scipión Africano, en que avía hecho más por la fija de su ama que no por el fijo de su madre, respondió: «Hágote saber, hermano, que yo tengo por más madre a la que me crió y no me parió, que a la que me parió y, en pariendo, me dexó; y, pues aquélla tuvo por madre verdadera, justo es tenga a ésta por hermana muy cara.» Esto fue lo que passó entre los dos Scipiones sobre el perdón de aquellos diez capitanes. Curiosamente lo he mirado, y en las escripturas divinas y humanas lo he leydo, que muchos tyranos se atrevieron a matar a las madres que los parieron, pero jamás hizieron ni solo un desacato a las amas que los

criaron; porque a los crudos tyranos la sangre agena les pone sed, pero la leche propia les pone espanto.

Lo quarto, deven criar las madres a sus hijos para tenerlos a su servicio más obligados; porque si los padres viven largos años, al fin de venir han a manos de sus hijos. Y no hagan cuenta los padres viejos, diciendo que entre tanto que ellos tuvieren el señorío de la casa, no le saldrán los hijos de la obediencia; ca los moços con la mocedad no sienten los trabajos de la vida, no saben aun conocer quán bueno es tener de comer en casa; porque al estómago que está ahíto todo manjar le es enojoso. Ya puede ser que, como los hijos no se criaron en casa, no conocen a los criados, no tienen amor con los parientes, no se allegan a sus hermanos, no comunican con sus hermanas, desconocen a sus padres, son desobedientes a sus madres, por cuya ocasión, como les sobra desemboltura y les falta criança, algún día harán alguna infame travessura por do los moços pierdan la vida y los padres pierdan la hazienda y todos juntos pierdan la honra.

Para que los padres tengan siempre de su mano a los hijos, no ay mejor medio que es criarlos las madres a sus pechos, ca la madre quando ruega alguna cosa a su hijo proprio, no le ha de mostrar el vientre de do le parió, sino los pechos con que le crió; porque todo lo que por la leche que mamamos nos es pedido, dudo yo que aya coraçón tan duro que pueda negarlo. Dizen los historiadores que Antipáter fue el más famoso tyrano entre todos los griegos y Nero fue el más nombrado tyrano entre todos los romanos, y estos dos malaventurados príncipes no fueron grandes tyranos porque hizieron muchas tyranías, sino porque cometieron una que fue más grave que todas, ca no llaman a uno vorace porque come muchas vezes cada hora, sino porque come más de una assentada que comen los otros en todo el día. Fue el caso que Antipáter en Grecia y Nero en Roma determinaron de matar a sus proprias madres, y dizen los historiadores que al tiempo que Nero mandó matar a su madre, la madre le embió a dezir que por qué la matava, y él respondió que estava harto de ver los braços do se avía criado, y que la matava con desseo de ver las entrañas de dó avía salido. Fue tan horrendo este caso, que a muchos les pareció fuera mejor passarlo en silencio, pero concluyendo digo que quán injustamente las tristes madres perdieron la mortal vida, tan justamente los hijos cobraron para sí inmortal infamia.

No pudo ser igual maldad que matar los hijos a las madres que los parieron, pero con todo esso no leemos que matassen [460] ni aun desacatassen a las amas que los criaron. Junio Rústico, libro v *De educandis pueris*, dize que los dos Gracos, famosos romanos, tuvieron un tercero hermano bastardo, varón que fue valeroso en las guerras de Asia, assí como ellos lo fueron en las guerras de África; el qual, como viniessen una vez a Roma a visitar su casa, halló en ella a la madre que le parió y a la ama que le crió, y dio a la madre una cinta de plata y dio a la ama un joyel de oro. Agraviándose, pues, la madre del repartimiento que avía hecho el hijo, diciendo que a ella, siendo madre, dava plata, y a la ama, que solamente le avía criado, dava oro, respondió el hijo: «No te maravilles, madre mía, que hago esto; porque tú traxísteme en el vientre nueve meses, pero ella me crió a sus pechos tres años, y quando a mí, siendo niño, me echaste de tus ojos, ella me rescibió y crió en sus braços.»

Lo quinto, deven las mugeres esforçarse a criar sus hijos a causa de tenerlos más seguros, a que en las cunas o briços no sean trocados por otros. Dize Aristóteles que ay ciertas aves que, después que ponen los huevos en el nido, se descuydan dellos algún tiempo, y vienen otras aves y ponen allí sus huevos y quebrantan los otros; de manera que las primeras aves crían los hijos de las otras aves; y, como veen después que han criado hijos ajenos, mátanlos; por lo qual los padres después toman entre sí tanta contienda hasta que todos pierden la vida, lo qual sería bien escusado si cada páxaro criasse a su hijo.

En el tiempo que reynava en Macedonia Philipo, padre que fue de Alexandro Magno, era rey de los epirotas Arthabano, al qual, como le naciesse un hijo siendo ya viejo, hurtáronle al hijo que era único heredero de la cuna y pusieron otro niño en ella (siendo consentidora en la trayción el ama que le criava, a causa que fue con codicia del gran dinero convencida; porque en el corazón do reyna avaricia no ay trayción ni vileza que no se cometa). Passados muchos días murió el buen rey Arthabano y dexó por sucessor al hijo putativo, porque al hijo verdadero avíansele hurtado. No passó mucho tiempo en que la misma ama que consintió en el hurto, la misma descubrió el secreto, diziendo que ella mostraría al príncipe eredero, que el que lo era agora que era fijo de un cavallerizo. Ya que se avía fecho el mal recaudo, más les valiera a los de aquel mísero reyno que la muger no descubriera el secreto; porque muchas vezes acontece que porfían a labrar a un cavallo sobre sano, y después sucede en quedar manco y perdido. Pero ¿qué haremos con las mugeres plebeyas (no digo muchas que ay generosas y virtuosas) que aquello que con más graves palabras y en mayor puridad les es dicho, muchas vezes no se desayunan hasta que lo han descubierto? Descubierta, pues, la trayción, levantáronse entre los dos príncipes tan grandes guerras, que al fin en una cruda batalla ambos juntos en un día perdieron la vida, de manera que el uno murió por ampararse en lo ajeno y el otro murió por cobrar lo suyo propio.

A la sazón que esto passó, Olimpías, reyna que fue muy hermosa y valerosa, muger de Philipo y madre de Alexandro, tenía un hermano por nombre Alexandro, varón animoso en el conquistar y mañoso en el robar, el qual, como oyesse que el reyno de los epirotas estava diviso y que dos reyes avían muerto en el campo, metiósse en el reyno, y esto más de hecho que no de derecho. No se maraville alguno que sin más ni más este rey ocupasse aquel reyno; porque antiguamente los príncipes tyranos todo en lo que no avía resistencia pensavan que todo les pertenecía por justicia. Este rey Alexandro fue el que vino en Italia en favor de los tarentinos quando se rebelaron contra los romanos, y él fue muerto en una batalla cabe Capua, y aun su cuerpo careció de sepultura. Y de verdad es justa sentencia que el tyrano que en la vida quitó a muchos la vida muera con infamia y carezca de sepultura. He querido contar esta historia para que vean las princesas y grandes señoras que si la muger del rey Arthabano criara a su hijo, ni se le hurtaran de la cuna, ni murieran aquellos dos príncipes en la batalla, ni se perdiera aquella república; ni Alexandro entrara en tierra ajena, ni viniera a conquistar a Italia, ni careciera el triste de sepultura; porque muchas vezes por no matar una pequeña centella se abrasa una hermosa montaña.

El divino Platón a los griegos y Ligurgo a los lacedemonios en todas sus leyes ordenaron y mandaron que todas las mugeres plebeyas criassen a sus hijos, y las que eran princesas

y delicadas a lo menos que criassen a los primogénitos. Plutarco, en el *De regimine principum*, dize que el sexto rey de los lacedemonios fue Othomistes, el qual como muriessse y dexasse dos hijos, eredó el reyno el hijo segundo porque le crió la madre, y no eredó el primero porque le crió una ama; y de allí quedó en costumbre en todos los más reynos de Asia que el hijo que no mamasse la leche de la madre que no eredasse la hazienda del padre. Jamás por jamás uvo ni avrá madre que tuviesse tal hijo como la madre de Dios, que tuvo a Christo, ni jamás uvo ni avrá hijo que tuviesse tal madre en el mundo; pero no quiso el Hijo mamar otra leche por no tener obligación de llamar a otra madre, ni la madre le dio a criar a otra persona porque no pudiesse llamarle hijo.

No me maravillo yo que las princesas y grandes señoras den a criar a sus hijos a las amas, pero de lo que me escandalizo es por qué la que concibió y parió el hijo se corre y afrenta de criarlo. Pienso que piensan las señoras que en concebir los hijos merescen y en tomarlos en los braços pecan. No sé cómo lo diga, ni sé cómo lo escriba esto que quiero dezir, que han venido ya a tanta demencia las señoras y mugeres, de manera que tener perricos en los braços tienen por estado y criar los hijos a sus pechos tienen por afrenta. ¡O!, madres crueles, yo no puedo pensar cómo podéys con vuestros coraçones a que veáys y tengáys páxaros en jaulas, monas en las ventanas, perros en vuestros braços y en las pobres aldeas veáys a vuestros hijos desterrados. Ni cabe en criança, ni lo sufre vergüença, ni lo permite conciencia, ni lo reza ley divina ni humana, que a las que hizo Dios madres de hijos se hagan ellas amas de perros.

Junio Rústico, libro iii *De dictis antiquorum*, dize que Marco Porcio (cuya vida y doctrina fue luz y exemplo a todo el pueblo romano) por manera de escandalizado dixo un día en el Senado: «¡O!, Padres Conscriptos, ¡o!, Roma desdichada, ya no sé qué vea después que en Roma tales monstruosidades veo, conviene a saber: ver a los hombres traer papagayos en las manos y ver a las mugeres criar perros en los pechos.» Replicáronle estas palabras en el Senado: «Dinos, Marco Porcio, ¿qué tales quieres que seamos los que agora vivimos para que parezcamos a nuestros padres ya muertos?» Respondióles Marco Porcio: «A la muger que presume de matrona romana, en su casa la han de hallar entre los telares texendo, y fuera de su casa la han de hallar en los templos orando; y al varón romano y generoso en su casa lo han de hallar entre los libros leyendo, y fuera de su casa lo han de hallar en los campos peleando.» Fueron éstas palabras dignas de tal varón.

Annio Minucio fue un muy noble romano y capitán del gran Pompeyo, al qual Julio César, después de la Pharsalia, le tuvo por su grande amigo, porque era anciano y de muy buen consejo; y assí en Roma nunca escapava de ser senador, o cónsul, o censor cada año; porque Julio César fue tan piadoso con los que perdonava, que a los que le fueron mayores enemigos en la guerra, a aquéllos hazía mejor tratamiento en la paz. Siendo, pues, este Annio Minucio censor, que era un oficio en Roma como tener cargo de la justicia, yendo que fue a visitar a una muger de otro amigo suyo, la qual estava parida, acaso porque de leche tenía mucha abundancia, halló que la estava mamando una perrilla, y dizen que dixo en el Senado esta palabra: «Padres conscriptos, algún gran mal ha de venir en breve en Roma según el prodigio que yo he visto oy en ella, conviene a saber: que yo vi a una muger romana negar la leche a sus hijos, y vi que dava sus pechos a mamar a los perros.»

De verdad que tuvo razón el censor Annio Vero de reputar este caso a prodigio muy monstruoso, que como los dulces y verdaderos amores no están sino entre padres y hijos, la madre que al animal bruto abraça y al hijo que parió desecha no puede ser sino o que le falta cordura, o le sobra locura; porque el loco ama lo que deve aborrecer y aborrece lo que ha de amar. Ya que las madres por ser madres no quieren dar a mamar a sus criaturas, devríanlo hazer por el daño que se recrece a la salud de sus personas, que assí como viven más sanas las mugeres que paren que las que no paren, assí tienen más salud las que crían que las que no crían; porque a las mugeres el criar de los niños es enojo, pero a su salud es provechoso. Yo he afrenta dezirlo, pero mayor vergüença es a las señoras hazerlo, ver los emplastos y çumos que se ponen en las espaldas porque no corra la leche a los pechos, y de aquí viene el justo juyzio de Dios, que muchas vezes por do atajan la leche por allí se les acorta la vida.

Ítem pregunto: si las madres no gozan de los hijos quando son niños, ¿quándo esperan de gozarlos? Qué cosa es ver a un niño quando se quiere reýr, cómo cierra los ogitos; quando quiere llorar, haze puchericos; quando quiere fablar, señala con los dedos; quando quiere andar, anda con pies y manos; y, sobre todo, quando comienza a hablar, en las unas palabras dubda y en las otras muy graciosamente cecea. Qué cosa es tan deleytosa al padre verlo y a la madre consentirlo quando maman los niños, con una mano descúbrenles los pechos y con otra mano las estiran de los cabellos, y sobre todo con los pies dan coces y con los ojos hazen cocos. Qué cosa es verlo quando están enojados, que no se dexan tomar del padre, dan de puñadas a la madre, arrojan las cosas de oro, y después amánsanse con un pero o con un palillo. Qué cosa es ver las innocencias que responden quando les preguntan, qué vejedades dizen quando ellos hablan, cómo juegan con los perros, cómo corren en pos de los gatos, cómo se paran a cerner el polvo, cómo en las calles hazen casas de barro, cómo lloran por las aves que van bolando, las quales cosas todas en los ojos de sus padres no son sino ruyseñores para cantar y panares para comer.

Por ventura diránme las madres que no quieren criar a sus hijos porque en la niñez son enojosos, y que después que fueren criados gozarán dellos. A esto les respondo que no me negarán las madres que alguna destas cosas no concurren en sus hijos después que fueren criados: que o serán sobervios, o serán embidiosos, o serán avaros, o serán perezosos, o serán luxuriosos, o serán ladrones, o serán blasphemos, o serán golosos, o serán reboltosos, o serán tahúres, y, sobre todo, quiera Dios que no sean incorregibles de los vicios y inobedientes a los padres. Bien creo yo que ay oy en el mundo muchas madres que esperavan ser honradas y servidas de sus hijos después que fuessen criados, las quales de buena voluntad perdonarían los placeres que esperavan por los enojos que les [465] sucedieron; porque el tiempo que avían de gozar y aprovecharse de sus hijos, aquél emplean en llorar y remediar los desatinos que hazen como moços. Aconsejo, amonesto y ruego a las princesas y grandes señoras que críen y gozen a sus hijos quando niños, que después que fueren mayores cada hora le traerán diversas nuevas, en que uno le dirá que su hijo queda preso, otro que queda descalabrado, otro que queda retraýdo, otro que ha jugado la capa, otro que está infamado con una muger pública, otro que le hurta la hazienda, otro que le aguardan sus enemigos, otro que se acompaña con moços

viciosos; finalmente, son tan aviessos de lo bueno, que muchas vezes holgarían más los padres ver a sus hijos bien morir, que no verlos como los veen tan mal vivir.

Paréceme a mí que es tan grande el vínculo del amor entre la madre y el hijo, que no sólo no le avía de criar fuera de su casa, pero aun por espacio de un día no le avía de quitar de su presencia; porque, viéndole, vee lo que nació de sus entrañas; vee lo que parió con tantos dolores; vee al que ha de eredar todos sus bienes; vee en quién ha de quedar la memoria de sus passados; y vee a quien después de sus días ha de tener cargo de su descargos. Concluyendo, pues, todo lo sobredicho, digo lo que dize el gran Plutarco, de quién saqué todo lo más deste capítulo: que la madre para ser buena madre ha de tener a su hijo en los braços para le criar y después quando fuere grande hale de tener en las entrañas para le remediar; porque de no criar la madre a su hijo vemos seguírsele daño y de criarle con leche agena pocas vezes se le sigue provecho.

CAPÍTULO XX

Que las princesas y grandes señoras deven mucho parar mientes qué tales son las amas que toman para dar a mamar a sus hijos, y de siete condiciones que han de tener las amas para que sean buenas. Prueva el auctor estas siete razones con muchas y muy famosas historias, dignas de saber y sabrosas de leer.

Los que ordenaron leyes para vivir las gentes fueron éstos, conviene a saber: Prometheo dio leyes a los egipcios; Solón Solonino, a los griegos; Moysén, a los ebreos; Ligurgo, a los lacedemonios; Numa Pompilio, a los romanos; porque de antes que estos príncipes viniessen, no se regían sus pueblos por leyes escriptas, sino por buenas costumbres antiguas. La intención destos excellentes príncipes no fue dar leyes a sus antepassados; porque todos eran ya muertos, diéronlas no sólo para los que vivían en su tiempo, los quales eran malos, pero aun para los que avían de venir, con presupuesto que no serían buenos; porque el mundo quanto más cresce en los años tanto más carga de vicios y de viciosos.

Por esto que he dicho quiero dezir que si las princesas y grandes señoras cada una dellas quisiesse criar a su hijo, escusaría yo el trabajo de darles consejo; pero, imaginando que las mugeres que parirán después de nuestro siglo serán no menos presuntuosas que las de nuestro tiempo son regaladas, no dexaremos de poner algunas leyes y avisos cómo la señora se ha de aver con el ama y cómo el ama con la criatura; porque muy justo es que si la madre fue cruda y atrevida en dexar a la criatura, sea piadosa y cuerda en elegir a la ama. Si un hombre hallasse un gran thesoro y no se atreviesse a guardarlo, si el tal depositasse aquel thesoro en poder de un hombre sospechoso, de verdad que le llamássemos al tal loco; porque muy de veras se guarda lo que muy de veras se ama. De buena razón en más ha de tener la muger el thesoro de sus entrañas que no el thesoro de las Indias, y la madre que haze lo contrario (conviene a saber: que da a su hijo en poder de una ama, no la que buscó por más buena, sino la que halló más barato), no la llamaremos loca que es algo feo, pero mudaremos la *l* y la *c* en *b* y *b*, que es algo más honesto. Una de las cosas que más hazen creer estar ya el mundo muy al cabo es ver quán

poco amor tiene la madre a su hijo en la niñez y ver el desamor que muestra el fijo a la madre en la vejez, y esto que haze el hijo con el padre y la madre justo juyzio es de Dios, en que assí como el padre no quiso criar a su hijo en casa quando era niño, que el hijo no reciba a su padre en casa quando es ya viejo.

Veniendo, pues, al caso, ya que se determina la muger de cerrar y secar las fuentes de la leche que le dio naturaleza, deve poner muy gran diligencia en buscar una muger para ama, la qual no sólo se ha de contentar con que tenga la leche sana, pero aun que sea de buena vida; porque de otra manera no hará tanto provecho al hijo con la leche blanca, quanto daño hará a la madre si es muger de mala vida. Aviso a las princesas y grandes señoras que tengan gran vigilancia en saber qué tales son las amas antes que les encomienden a sus criaturas; porque las tales amas, si son malas y infames, son como las serpientes, que muerden con la boca a la madre y hieren con la cola al hijo. A mi parecer menos mal le sería a la madre morírsele el hijo al tiempo del, parir que no llevar por ama a su casa una mala muger; porque el dolor de la muerte del hijo el tiempo le cura, pero la infamia de su casa durará quanto durare su vida. Sexto Cheronense dize que Marco Aurelio el Emperador dio a criar a una ama un fijo suyo, la qual era más hermosa que virtuosa, y, como lo supiesse el buen Emperador, no sólo la echó de su casa, mas aun la desterró de Roma, jurando y perjorando que si no uviera criado a su hijo a los pechos, él la mandaría hazer pedaços; porque la muger de mala fama justamente la pueden justiciar por justicia.

Las princesas y grandes señoras no deven hazer mucha cuenta en que para elegir las amas sean feas o sean hermosas; porque si la leche que tiene es dulce y blanca, poco haze al caso que el ama tenga la cara negra o hermosa. Dize Sexto Cheronense en el libro *De criar niños* que assí como la tierra negra es más fértil que no la blanca, por semejante la muger que tiene la cara baça siempre tiene la leche más sustanciosa. Paulo Diácono cuenta en su *Mayor Historia* que el Emperador Odoacer casó con una hija de otro emperador predecessor suyo llamado Zeno; y llamábase la Emperatriz Arielna, la qual, como pariesse un hijo, traxo para criarle a una muger de Pannonia en extremo muy hermosa. Y sucedió el caso de tal manera, que el ama por ser hermosa parió del Emperador tres hijos uno en pos de otro, y la triste de la muger no parió más del primero. Bien es de creer que la Emperatriz Arielna no sólo se arrepintió de aver traydo ama hermosa a casa, pero aun no quisiera aver parido aquella criatura; porque la manceba se quedó por señora y ella estuvo descasada toda su vida. No lo digo porque no ay muchas mugeres feas que sean viciosas y muchas hermosas que no sean virtuosas, sino que las princesas y grandes señoras, según la calidad de sus maridos, assí eliiian las amas para criar los fijos; porque ay algunos hombres en este caso de tan mala yazija, que, en viendo un poco de agua clara, luego mueren por beber della. Sea, pues, el primero aviso que tengan las señoras en la elección de las amas, que el ama antes que entre en casa sea examinada si es de honesta y virtuosa vida; porque en ser fea o hermosa va muy poco y en que sea de muy buena vida va muy mucho.

Lo segundo, es necessario que el ama que cría al niño no sólo sea buena en las costumbres de su vida, pero aun es necessario que sea muy sana quanto a la salud corporal de su persona; porque regla infalible es que de la leche que mamamos en la

infancia depende toda la salud de nuestra vida. No es más dar a un niño a criar que a un árbol de una parte a otra trasponer; y, si así es (como de hecho lo es), conviene en todas maneras que, si no fuere mejor la tierra do fuere traspuesto, a lo menos no sea peor que la tierra de do uvo nacido; porque gran crueldad sería ser la madre rezia y sana, y que dé a criar a su fijo a muger flaca y enferma.

Muchas vezes las princesas y grandes señoras eligen para criar a sus hijos a mugeres flacas y enfermas; y en esto si yerran no es porque querrían errar, sino que las mugeres con vanidad de ser amas de grandes señoras, dizen por una parte que quieren pocos dineros y por la otra echan infinitos rogadores. Qué cosa es ver, quando ha de parir una princesa o una gran señora, la armonía que traen las mugeres entre sí sobre quién será su ama, y cómo las que nunca criaron a sus propios fijos se disponen y conservan la leche para criar hijos ajenos. Procurar esto las mugeres me parece sobra de locura, y conceder a sus ruegos es falta de cordura; porque harta malaventura es quando eligen a una muger por ama para criar a una criatura, y esto no por abilidad que tiene para criar al niño, sino por el favor y solicitud que tuvo en alcançarlo.

Y no hagan cuenta las princesas y grandes señoras diziendo que si no fuere buena la ama primera, que tomarán otra segunda; y, si no saliere tal la segunda, que tomarán otra tercera, y así harán hasta que topen buena ama; porque les hago saber que más peligroso es en los niños mudar muchas leches que no es en los viejos comer de muchos manjares. Por experiencia lo vemos cada día sin comparación morir más de los fijos de las grandes señoras que no de los fijos de las mugeres plebeyas, y esto no diremos que es porque hazen a los fijos más regalos, ni porque las labradoras comen manjares más exquisitos, sino que acontece muchas vezes que un niño de una muger pobre no mama sino de una leche en dos años, y un hijo de una gran señora en dos meses muda tres amas.

Si las princesas y grandes señoras mirassen si son sanas y ábiles las amas que toman para criar a sus hijos, y no mirassen a condescender a ruegos de hombres importunos; las madres se escusarían de muchos enojos y los niños serían muy mejor criados. Uno de los príncipes que en los tiempos passados fueron llamados gloriosos fue Tito, fijo de Vespasiano y hermano que fue de Domiciano. Dize Lampridio que este buen Emperador Tito todo lo más de su vida tuvo subjecta a graves enfermedades su persona, y fue la causa que, [470] siendo niño, le dio a mamar una ama muy enferma, por manera que a este buen Emperador por aver mamado un poco de leche podrida, le hizo passar toda su vida con pena.

Lo iii, deven las princesas y grandes señoras saber y conocer las complexiones de sus criaturas, para que conforme a ellas les busquen las amas, conviene a saber: si el niño es colérico, o es flemático, o es sanguino, o es malencónico. Y esto se dize porque tal qual fuere el humor de que peca el niño, tal sea la leche que le procure la madre. Si a un viejo podrido conforme a sus humores le aplican las medicinas para le curar, ¿por qué al niño, que es inocente, conforme a su complexión no le buscarán leche para le criar? E si tú dizes que es justo las carnes podridas de los viejos que se sustenten, siquiera para dar consejo, yo digo también que es muy justo y aun más necessario que los niños se ayan bien de criar para renovar el mundo; porque al fin al fin no dezimos «tiempo es que este

niño dexé el pan para los viejos», sino al revés, que es ya tiempo los viejos dexen el pan para los niños.

Aristóteles, libro *De secretis secretorum*, y Junio Rústico, libro décimo *De gestis persarum*, dicen que el muy infortunado rey Darío, el qual fue muerto por el Magno Alexandro, tuvo una fija en extremo grado muy hermosa, y dicen que la ama que crió a esta infanta todo el tiempo que la criava no comía sino ponçoña, y al cabo de tres años que destetaron a la niña no comía otra cosa sino culebras y otras cosas ponçoñosas. Muchas vezes he oýdo que los emperadores antiguos usavan criar a sus hijos (los que eran príncipes erederos) con ponçoña porque después no le matasse ponçoña, y este error viene de los que presumen mucho y saben poco, y a esta causa digo que lo he oýdo, pero no digo que lo he leýdo; porque muchos blasonan en el contar de las historias más por lo que han oýdo a otros que no por lo que han leýdo ellos.

La verdad en este caso es que los reyes y grandes señores de los tiempos passados, assí como agora los christianos traen una bolsica colgada de los pechos con alguna reliquia, assí los gentiles traían un anillo en los dedos o un joyel en los pechos lleno de ponçoña; y, como los príncipes gentiles ni tenían infierno, ni esperavan paraýso, tenían aquella costumbre; porque si alguna vez en alguna batalla se viessen en aprieto, más querían con aquella ponçoña matarse y perder la vida que no por manos de sus enemigos rescebir una afrenta. Pues si fuera verdad que estos príncipes se criavan con ponçoña, no traxeran ponçoña para matarse con ella. Declarándome más, digo que tenían por costumbre los príncipes de Persia que quando les nascía algún infante o infanta conforme a la complisión que tenía, tal era la leche que mamava y tales manjares comía. Como aquella hija del rey Darío pecava de humor malencónico, acordaron crialla con ponçoña y venino; porque todos los que son puros malencónicos, con enojos viven y con plazer mueren.

Dize Ygnatio Véneto en las *Vidas de los cinco Emperadores Paleolos*, los quales fueron emperadores en Constantinopla y muy valerosos, que el segundo dellos, que se llamó Paleolo Ardace, que después de los quarenta años cargáronle tantos males que de doze meses del año, los nueve estava en la cama enfermo. Y, a la verdad, estando como estava él malo, expedíanse muy mal los negocios del Imperio; porque no puede tener el príncipe quartana senzilla sin que la tenga la república doblada. Tenía por muger este Emperador Paleolo a una que se llamava la Emperatriz Huldovina, la qual después que traxo para su marido a todos los médicos de Asia y hizo en él todas las experiencias que se requerían en medicina, viendo que todo no le aprovechava ninguna cosa, acaso díxole estas palabras una muger vieja y griega que presumía de herbolaria: «Señora Emperatriz Huldovina, si quieres que tu marido el Emperador viva muchos años, ten proveýdo que cada semana por lo menos le hagan dos muy graves enojos; porque el Emperador peca de humor puro malencónico, y el que le haze plazer y le procura descanso aquél le dessea ver más aýna muerto.» Tomó Huldovina el consejo que le dio la muger griega y fue ocasión de vivir el Emperador tan sano, que, de nueve meses que estava en el año malo, después en veynte años no estuvo tres meses enfermo; porque, aviéndole aconsejado la muger que no diese a su marido sino dos enojos cada semana, ella tomó por oficio de enojarle quatro vezes al día.

Lo quarto, deve la buena madre mirar que la muger que cría a su fijo sea muy templada en el comer, de manera que de muchos manjares coma poco y de pocos no coma mucho. Para entendimiento desto es de saber que la leche blanca no es otra cosa sino sangre cozida, y tener la sangre buena o tenerla dañada no proviene las más vezes sino de ser la persona en el comer templada o ser glotona, y por esta causa es cosa muy saludable (y aun necessaria) que la muger que de hecho cría que de solo un manjar coma, y aquél que sea bueno; porque general regla es en todos los hombres y mugeres que en el comer poco no ay peligro y en el comer mucho no ay provecho.

Según cuentan todos los naturales, el lobo es uno de los animales más voraces y de quien más se temen todos los pastores, pero dize Aristóteles, libro iii *De animalibus*, que la loba, después que una vez se siente preñada, jamás se dexa tomar del lobo en toda su vida; porque de otra manera, si la loba pariesse cada año siete o ocho lobos y la oveja no pariesse como no pare más de un cordero, sin comparación serían muchos más los lobos que no son las vacas ni los carneros. Junto con esto tiene otra cosa la loba, y es que como sea animal tan vorace, en el tiempo que está parida sobre manera en el comer es muy templada, y esto a fin de tener para criar a sus hijos leche buena; y (lo que más es) que no comerá más de una vez al día, y esto halo de caçar el lobo para sí y para ella. Cosa es por cierto monstruosa de verlo, y espantosa de oýrlo, y aun escandalosa de dezirlo: ver a una loba que cría a ocho lobos y come de un solo manjar, y a una muger que cría un solo hijo quiere comer de ocho manjares; y esto procede porque aquel animal no come sino para sustentarse y la muger que cría no come sino para se regalar.

Las princesas y grandes señoras muy gran vigilancia deven tener en saber qué comen y qué tanto comen las amas que crían a sus hijos; porque es el niño tan tierno y es la leche tan delicada, que con comer de muchas cosas se corrompe y con comer mucho se engruessa. De mamar los niños leche gruessa vienen a ser enfermos, y de mamar leche corrompida los niños viene que muchas vezes anohecen sanos y amanecen muertos.

Dize Ysidoro en sus *Ethimologías* que eran los hombres de la provincia de Thracia tan crueles, que se comían unos hombres a otros; y no sólo tenían esto, pero aun por mostrar más su ferocidad, en la calavera blanca de un hombre muerto bevían la sangre reziente de un hombre vivo. Aunque los hombres eran tan crueles en comer carnes humanas y beber sangre de las venas, eran las mugeres que criavan a los niños tan templadas en el comer, que no comían sino hortigas cozidas en leche de cabras, y a fama de ser las mugeres de Thracia tan templadas llevó el gran philósopho Solón Solonino dellas a Athenas; porque los antiguos no menos buscavan buenas mugeres para la república que esforçados capitanes para la guerra.

CAPÍTULO XXI

Do el auctor pone otras tres condiciones que han de tener las amas que crían, conviene a saber: que no bevan vino, que sean honestas y, sobre todo, bien acondicionadas.

Por este exemplo pueden conocer las princesas y grandes señoras cuánto les va en que las mugeres de Thracia con no comer sino leche y hortigas criavan hombres feroces y las mugeres de nuestra edad con comer de muchas cosas crían a los hombres enfermos.

Lo quinto, deven las señoras poner gran diligencia en que las mugeres que crían a sus hijos sean no sólo regladas en el comer, pero aun sean muy templadas en el beber vino, el qual antiguamente no se llamava vino sino veneno. La razón de todo esto está muy clara, ca si vedamos el manjar, el qual, por ser grueso, se para en el estómago; mucha más razón ay de vedarse el vino, el qual, por ser tan líquido, en beviéndolo se derrama luego por todas las venas del cuerpo. E digo más, que como el niño no toma otro mantenimiento sino la leche, y la leche se haga de la sangre, y la sangre esté bañada en vino, y el vino naturalmente sea cálido; *de primo ad ultimum* no es otra cosa beber vino la muger que cría sino para cozer poca leche poner mucho fuego a la caldera, do la caldera se quema y la leche se assura.

No quiero negar en que alguna vez no puede acontecer ser el niño de complexión rezia y ser la ama que le cría de complexión flaca, y la criatura querría la leche un poco más sustanciosa y la ama dásela muy delicada. Y en tal caso (aunque con otras cosas la leche se pueda esforçar) concédesele a la muger beber un poco de vino; pero ha de ser tan poco y tan aguado, que ha de ser más para quitar la crueldad del agua que no para dar sabor a la lengua. No lo digo esto sin causa, porque muchas vezes, so color que está el ama flaca y desmayada y que la leche no está sustanciosa, házenla comer más de lo necessario y beber el vino algo sustancioso, por manera que, pensando dar triaca a la ama, dan rejalgas con que matan a la criatura.

Aquellas excelentes y antiguas romanas, si fueran en mi tiempo o yo mereciera ser en el suyo, aunque por ser yo christiano es mejor este tiempo, ellas me quitaran deste trabajo, las quales fueron tan templadas en el comer y tan sobrias en el beber el vino, que no sólo se abstenían de beberlo, pero aun de olerlo; porque mayor infamia era a una señora romana beber vino que no descasarse de su marido. Dionisio Alicarnaseo, libro *De legibus romanorum*, dize que Rómulo, primero fundador que fue de Roma, más se ocupó en hazer edificios para ampliar a Roma que no en componer leyes para gobernar a la república, pero entre quinze leyes que hizo (y no más), la setena ley fue que ninguna muger romana osasse beber vino dentro de Roma so pena que perdiesse por ello la vida. El mismo historiador dize que por ocasión desta ley quedó de costumbre en Roma que, quando alguna señora romana quería beber vino y hazer alguna solenne cena, salíasse fuera de Roma do tenía cada una su alcaria; porque dentro de los muros de Roma aun oler el vino no osara una matrona romana.

Si Plinio no nos engaña en el xiiii de su *Natural Historia*, era costumbre muy antigua en Roma que todas las vezes que se topava un pariente con su parienta se dava el uno al otro paz en la cara, y no por otra cosa esta cerimonia tomó principio sino por ver si la muger olía a vino. Y, si acaso olía a vino, el censor podía desterrarla de Roma; y, si el pariente la tomava fuera de Roma, libremente podía matarla; porque dentro de los muros de Roma a ningún romano podían matar por justicia. Como dicho es, Rómulo fue el que ordenó la pena de las borrachas, y Ruptilio ordenó la pena de las adúlteras, y entre Rómulo y

Ruptilio passaron cccxxv años, por manera que en Roma grandes tiempos antes fueron puestas penas a las mugeres borrachas que no a las mugeres adúlteras. Ser la muger adúltera o ser la muger borracha son dos tan grandes males, que yo no sabría dezir cuál sería el menor dellos; porque por el adulterio pierde la muger la fama, y por ser borracha pierde ella la fama y el marido la hazienda. Pues si las mugeres sólo por la honestidad de sus personas son obligadas en el comer y beber ser muy corregidas, cuánto más lo deve ser la muger que cría, en la qual concurre no sólo la gravedad de su persona, pero aun la salud y vida de la criatura que cría; porque muy justo es la muger totalmente sea privada del vino, pues la honra y la vida por beberlo passan peligro.

Lo sexto, deven las princesas y grandes señoras mirar y estar muy recatadas en que no se hagan preñadas las amas que crían a sus criaturas, y la razón desto es que, como en el tiempo que la muger está preñada se le alce su purgación continua, la sangre mestruada (como está retenida) mézclase con la sangre limpia, de la qual se haze la leche de la criatura; y desta manera, pensando criar al niño con leche, mátanle con ponçoña; y no puede ser cosa más injusta que poner en peligro al niño nascido por aquél que aún está por nacer. Cosa es maravillosa de ver al que curiosamente lo quiere mirar: ver a los brutos animales cómo en el tiempo que crían hijos la hembra no consiente al macho, ni el macho persigue a la hembra; y (lo que más es) ver lo que passa entre las aves, en que las páxaras no sólo no se dexan tomar de los páxaros, pero aun hasta que son grandes y buelan los primeros hijos no les verán poner huevos para otros.

Plutharco, en el séptimo de su *Regimiento de príncipes*, dize que Gneo Fulvio, primos hijos de hermanos que fueron él y Pompeyo, siendo cónsul en Roma, enamoróse de una donzella huérfana de Capua, do él estava huydo de una pestilencia, y llamávanla a ella Sabina; y, como se hiziesse preñada del cónsul, parió una hija, la qual después llamaron Drusia la hermosa, y a la verdad fue loada más de hermosa que de honesta; porque muchas vezes acontece que las mugeres hermosas y desonestas dexan a sus hijos tan bien criados, que eredan de sus madres poca hazienda y mucha desvergüença. Estando, pues, esta Sabina parida, según que era costumbre en Roma, criava a los pechos a la niña, su hija, y hízose preñada de un cavallero criado del cónsul que la tenía en guarda; lo qual como lo supo el cónsul (conviene a saber: que estava preñada y que, esto no obstante, dava de mamar a la criatura), a él mandó degollar y a ella mandó empozar. Venido, pues, el día en que de ambos querían hazer pública justicia, la triste Sabina embió a rogar al cónsul tuviesse por bien antes que le quitassen la vida la oyesse una sola palabra, el qual venido en presencia de todos, díxole ella: «¡O!, Gneo Fulvio, hágote saber que no te embié a llamar para que me otorgasses la vida, sino por no morir con lástima de no aver visto tu cara, aunque devrías acordarte que era muger y flaca; y que, como tropecé contigo en Capua, podía caer como cayó con otro en Roma; porque somos las mugeres tan flacas en esta flaqueza, que durante el tiempo desta mísera vida, ninguna se puede tener por segura. Tú huelgas que yo muera; pues hágote saber que a mí no me pesa en que tú vivas; porque soy cierta que en la hora que los dioses te dieren la muerte, a ti te pesará de averme quitado la vida.» Respondió a estas palabras el cónsul Gneo Fulvio: «A los dioses immortales pongo por testigos, ¡o!, Sabina, cuánto de corazón a mi corazón le pesa en que mi pública justicia sea pregonera de tu culpa secreta; porque más honesto es a los hombres encubrir vuestras flaquezas que no ser verdugos de vuestras culpas. Pero ¿qué

quieres que haga, aviendo hecho lo que tú heziste? Por los dioses inmortales te juro y te torno a jurar quisiera muy mucho más que a mi persona procuraras una muerte secreta, que no en mi casa pusieras tan gran infamia; porque ya sabes tú lo que dize el proverbio de Roma: que más vale morir con honra que no vivir desonrado. Y no pienses que te mandé matar porque, olvidada la fidelidad que devías a mi persona, te echaste con el que tenía cargo de tu servicio y guarda; que, pues no eras mi muger, la libertad que tuviste de venirte comigo de Capua a Roma, essa mesma tenías para yrte con otro desde Roma a Capua; porque muy mal parece a los hombres viciosos querer castigar en otros las culpas en que están ellos mismos caydos. La causa porque yo te mando matar fue acordándome de la ley muy antigua en que mandava que ninguna muger que criasse fuesse osada, so pena de muerte, hazerse preñada. Y a la verdad la ley es muy justa; porque no se sufre en honestidad de mugeres, criando un hijo a los pechos, absconder otro en las entrañas.» Esto fue lo que passó el cónsul Gneo Fulvio y su amiga Sabina la capuana, y, según dize allí Plutarco, uvo el cónsul compassión della, y perdonóla, y desterróla, con condición que jamás tornasse a Roma.

Cinna Catulo, en el iiii libro *De los xx cónsules*, dize que Gayo Fabricio fue un cónsul de los notables que uvo en Roma y tuvo algunas peligrosas enfermedades en su vida no por más de por aver mamado quatro meses de leche estando su madre preñada; y, con temor desto, luego como dava a criar la hija, a la ama y a ella encerrava en el templo con las vírgines vestales, do por espacio de tres años estavan allí retraídas. Preguntado el cónsul por qué no criava a sus hijos en casa, respondió: «Criándose los niños en casa puede aver ocasión en que la muger que los cría se haga preñada, y desta manera ellas matarán los niños con la leche corrompida y darán a mí ocasión a que haga dellas justicia; teniéndolas assí encerradas, quitamos las ocasiones a que ellas no pierdan las vidas y nosotros no pongamos en peligro a los hijos.»

Diodoro Sículo, en su *Bibliotheca*, y muy mejor Sexto Cheronense en la *Vida de Marco*, dizen que en las islas Baleares tenían en costumbre que las mugeres que criavan niños, hora fuessen suyos propios, hora fuessen fijos ajenos, por espacio de dos años estavan apartadas de sus maridos; y la muger que en aquel tiempo (aunque fuesse de su marido) se hazía preñada, aunque no la castigavan como adúltera, ponían todos en ella la lengua. En el tiempo que passavan aquellos dos años, a causa que el marido no tomasse otra muger, mandava la ley que tomasse una manceba o comprasse una esclava, de la qual él se aprovechasse como de su muger propria; porque entre aquellos bárbaros, aquél se tenía por más honrado que tenía dos mugeres, la una parida, la otra preñada. Por los exemplos sobredichos podrán ver las princesas y grandes señoras quánta guarda y vigilancia han de tener sobre sus amas para que sean honestas, pues dellas depende no sólo la salud de sus muy queridos hijos, pero aun la honra de sus generosas casas.

Lo séptimo, deven las princesas y grandes señoras trabajar que las mugeres que tomaren por amas sean bien acondicionadas, por manera que no sean embidiosas, sobervias, deslenguadas, dobladas y maliciosas; porque menos ponçoña tiene la bívora que no la muger mal acondicionada. Poco aprovecha que a una muger le quiten el vino, le rueguen que coma poco, la aparten de con el marido, si ella de su propria naturaleza es terrible y mal acondicionada; porque no es tanto peligro para el niño que su ama sea bevedora y

glotona como que sea embidiosa y maliciosa. La muger que cría, si acaso sale mal acondicionada, por cierto que tiene gran trabajo ella, y aun la casa donde mora; porque la tal al señor es importuna, a la señora enojosa, al niño que cría es peligrosa, de la familia con quien trata aborrecida y, sobre todo, siempre de sí misma está descontenta; finalmente, los padres muchas veces por ahorrar de la ama no les pesa avérseles muerto la criatura.

Entre todos los que yo he leído, digo de los príncipes romanos antiguos, nunca de tan buen padre como fue Drusio Germánico salió tan mal fijo como fue Calígula, quarto Emperador de Roma, ca no se hartan los historiadores de encarecer las excellencias del padre, ni jamás acaban de afear las torpedades del hijo; y todo esto dizen que le vino no de la madre que le parió, sino de una ama que lo crió; porque muchas vezes acontece que el árbol está verde y bueno quando nasce, y después está seco y peresce do se traspone. Dize Dión el griego, en el segundo libro *De Cesaribus*, que a este malaventurado le crió una maldita muger de Campania por nombre Prescilla, la qual contra toda naturaleza tenía tanto vello en los pechos como los hombres en las barbas, y, allende desto, en correr un cavallo, tirar una lança, jugar a la ballesta, pocos moços se le yqualavan en Roma. Acontesció una vez que, estando para dar a mamar a Calígula, por un enojo que uvo despernó y desmembró a una muchacha y, sobre todo, con la sangre de la moça untó el peçón de la teta, y assí hizo mamar leche y sangre a la criatura. Dize el mismo Dión, en la *Vida* deste Emperador Calígula, que tenían en costumbre las mugeres de Campania, de do era natural esta Prescilla, que quando querían dar a mamar a los niños primero untavan los peçones de las tetas con sangre de herizos, y esto porque fuessen más feroces sus hijos. Y assí fue este Calígula, ca no se contentava con quitar a uno la vida, sino que la sangre del puñal o de la espada lamía con la lengua.

El excellentíssimo poeta Homero, queriendo encarecer las crueldades de Pirro, dixo en su *Odisea* dél estas palabras: «Nació en Grecia, crióse en Archadia y mamó la leche de tigres, que es una muy truculenta bestia.» Como si más claro dixera: «Pirro por nacer en Grecia fue sabio, por averse criado en Archadia fue esforçado y por aver mamado tal leche fue indómito y crudelíssimo.» Puédese de aquí inferir que al gran griego Pirro por mamar leche mala careció de la condición buena. Este mismo historiador Dión dize en la *Vida de Thiberio* que fue muy gran borracho, y la causa desto fue que la muger que lo crió no sólo bevía vino, pero aun destetó al niño con sopas en vino, y sin duda aquella maldita muger fuera menos mala si en lugar de leche diera al niño ponçoña, que no avezarle a beber vino con que después perdió la fama; porque a la verdad el Imperio Romano perdiera muy poco en que muriera quando niño Thiberio, y Thiberio ganara mucho si nunca supiera beberlo. Todo esto se ha dicho a causa de avisar a las princesas y grandes señoras que, pues en no querer criar a sus hijos se mostraron crueles, a lo menos en buscarles buenas amas se muestren piadosas; porque los hijos muchas vezes siguen más la condición de la leche que mamaron, que no la condición de la madre de do nascieron.

CAPÍTULO XXII

Cómo en presencia del Magno Alexandro fue disputada esta cuestión, conviene a saber: qué tanto tiempo han de mamar los niños; y de la variedad y diversos ritos que tenían los antiguos en criar y dar a mamar a sus hijos. En especial cuenta el auctor lo que hazían los siciomios, los egypcios, los caldeos, los mauritanos, los alobros y los yndios.

Dize Quinto Curcio que el Magno Alexandro, el qual fue último rey de los macedonios y fue primero Emperador de los griegos, después que uvo vencido al rey Darío y se vio único señor de toda la Asia, fuese a descansar a Babilonia; porque costumbre es entre los guerreros después de una prolixa guerra yrse cada uno a descansar a su casa. El rey Philipo, el qual fue padre del Magno Alexandro, siempre aconsejó a su hijo que traxesse en su campo valerosos capitanes para conquistar el mundo y que eligiesse de sus tierras los más escogidos sabios para gobernar el Imperio. Y tenía razón el padre de dar tal consejo a su hijo, porque con el consejo de los sabios se sustenta lo que con el esfuerzo de los hombres valerosos se gana. Estando, pues, el Magno Alexandro en Babilonia, después que avía ya conquistado a toda la tierra, como la tierra era muy viciosa y su ejército salía de tan prolixa guerra, ocupávanse los suyos unos en hurtar lo ageno, otros en jugar lo suyo proprio; éstos en forçar mugeres, aquéllos en hazer combites; quando los unos estavan borrachos, los otros levantavan ruydos; de manera que no sé cuál era mayor: el orín en las armas o la corrupción en las costumbres; porque propiedad es en la malicia humana quando a la ociosidad se abre la puerta entrarse los vicios a tropel por casa. Visto por el Magno Alexandro la dissolución que andava en su ejército y la perdición que de allí se podía seguir a su gran Imperio, mandó con riguroso mandamiento que se hiziesen grandes torneos en Babilonia para que exercitassen allí sus fuerças la gente de guerra; y, según dize Aristóteles en el libro *De las questões de Babilonia*, era la cosa en el torneo de entre ellos y ellos tan porfiada, que a las vezes más muertos y heridos escapavan de los torneos que no de una sangrienta escaramuça de los enemigos. Hablando según ley de gentiles (los quales ni esperavan gloria por las virtudes ni temían infierno por morir en los torneos), el mandamiento de Alexandro fue muy justo; porque, haziendo lo que hizo, a su ejército quitó del vicio que le dañava y para sí mismo alcanço perpetua memoria, y aun fue más seguridad para su república. No contento este buen príncipe de dar quehazer a sus ejércitos, ordenó que en su presencia disputassen cada día los filósofos, y la cuestión que avían de disputar el mismo Alexandro la avía de proponer, de do se seguiría el Magno Alexandro ser cierto de lo que estava dudoso y cada filósofo faría su oficio; porque no menos se cargan de polvo los libros de que no se abren que se toman del orín las armas de que no se exercitan. Ay un libro de Aristóteles, que se intitula *De las questões de Babilonia*, do se dize que Alexandro proponía, los filósofos disputavan, los príncipes de Persia assistían, Aristóteles determinava, y que tanto la disputa durava quanto Alexandro comía; porque a la mesa del Magno Alexandro un día los capitanes conferían las cosas de la guerra y otro día los filósofos disputavan en su filosofía.

Dize Blondo en el libro *Italia illustrata* que era costumbre entre los príncipes de Persia que ninguno no se pudiesse assentar a su mesa si no fuesse rey que uviesse vencido a otro rey en batalla, y ninguno podía hablar a su mesa si no fuesse filósofo; y a la verdad la costumbre era muy generosa; porque no ay mayor disparate que querer uno que el

príncipe se estreme en hazerle muchas y muy señaladas mercedes sin que él se aya estremado en muchas y muy señaladas obras. No comía el Magno Alexandro más de una vez al día, y a esta causa la primera cuestión que les propuso fue: el hombre que no comía más de una vez al día a qué hora comería para más salud de su persona, si sería a la mañana, o a la noche, o al mediodía. Y fue la cuestión porfiada entre los filósofos, y cada uno para defender su opinión traxo muchos fundamentos; porque no menos los sabios fatigan a sus juyzios para salir con su disputa que los valerosos capitanes aventuran sus fuerças para vencer una batalla. Según cuenta allí Aristóteles, y aún haze mención dello en sus *Problemas*, fue determinado que el hombre que no come sino una vez al día deve comer poco antes que sea de noche, ya que se viene la tarde; porque haze mucho a la salud de la persona que, quando se comienza la digestión en el estómago, tome al paciente en el primero sueño.

La segunda cuestión que Alexandro mandó disputar fue cuál era la edad más congrua en que al niño o niña convenía quitar la teta, y la ocasión desta cuestión fue que Alexandro tenía una niña que mamava, la qual él avía avido en una reyna amazona; y sobre si era tiempo o no era tiempo de destetar a la niña entre los médicos avía muy gran contienda, porque la niña era grande para mamar y era muy flaca para destetar. No por más he querido contar esta historia de querer mostrar cómo en Babilonia fue esta cuestión delante Alexandro disputada, conviene a saber: cuántos años conviene que mame la criatura; porque los niños en aquella edad son tan inocentes que ni saben pedir lo bueno ni quejarse de lo malo. Acerca de este caso es de saber que, assí como son varios los tiempos y diversas las regiones y provincias, assí han sido varios los modos y maneras de criar, mamar y destetar a las criaturas; porque la diferencia que ay de unas naciones a otras en morir y dar la sepultura a los cuerpos, tanta variedad ha avido en el modo de criar y dar leche a los niños.

CAPÍTULO XXIII

De muchas hechizerías y supersticiones que usavan los antiguos en el dar a mamar a sus hijos, de las quales se deven guardar los buenos christianos.

Aunque no cuente muchos, contaré al propósito algunos muy antiguos y muy estremados exemplos. Strabo, en el su libro *De situ orbis*, dize que, después de los assirios, los primeros que reynaron en el mundo y hizieron señorío fueron los siciomios, los quales después de muchos tiempos los llamaron archades, do uvo los grandes y muy famosos luchadores y esgrimidores. Y de aquí eran los mil gladiadores que para sus juegos tenían los romanos; porque, según dize Trogo Pompeyo, los romanos hallaron por experiencia que no avía mejor gente para cosas de veras que la de España y para cosas de burlas que la de Arcadia. Estos siciomios, como fueron tan antiguos, tuvieron muchas fatuidades en sus ritos, y entre las otras fue que adoravan por dios a la luna, y todo el tiempo que parecía la luna en el cielo entonces davan a mamar al niño, imaginando que, si dava en los pechos a la madre la luna, que faría muy gran provecho la leche a la criatura. Es auctor desto Cina Catulo, libro *De educandis pueris*. Según dize el mismo historiador, los egypcios fueron grandes enemigos de los siciomios; y fue en tanta manera, que todo lo

que los unos eligieron, los otros lo contrario de aquello tomaron. Parece esto ser verdad en que los siciomios fueron amigos de olivos, de bellotas, de vestirse de lino, de adorar a la luna y tenerla por dios. Por contrario, los egipcios no criaban entre sí olivos, no consentían enzinars, no se vestían de lino y adoraban al sol por dios; y, sobre todo, como los siciomios davan a mamar a sus hijos delante la luna, assí los egypcios delante el sol.

Entre las otras innocencias que tenían los caldeos fue que adoravan al fuego por dios; y fue en tanta manera que, ninguno que no era casado podía en su casa encender fuego; porque dezían ellos que la guarda de los dioses no se avía de fiar sino de hombres ya ancianos. En los casamientos tenían esta orden, en que el día que se casava un egypcio los sacerdotes venían a su casa a encender fuego nuevo, el qual jamás se avía de acabar hasta que el hombre uviessse de morir. E si acaso durante la vida del marido y muger, el fuego que les dieron el día de la boda hallavan muerto, el casamiento de entrambos era deshecho, aunque uviessen xl años estado en uno. Desta costumbre que tenían los caldeos salió aquel proverbio antiguo, de muchos leydo y de pocos entendido, que dize: «No me hagáys tanto que eche agua en el fuego.» Usavan destas palabras los caldeos quando querían desfazer los casamientos; porque si la muger estava descontenta de su marido, en echar un poco de agua en el fuego libremente podía casarse con otro marido; y si el marido, por semejante, matava el fuego, a la ora podía contraer con otra muger matrimonio. Yo no he sido casado, pero dende agora adevino que ay muchos christianos que querían en este caso tener la libertad de los caldeos, y soy cierto que avría hartos hombres que echarían agua en el fuego por escapar de sus mugeres, y aun también juro que avría hartas mugeres que no sólo matarían el fuego, mas enterrarían el rescoldo por ahorrar cada una de su marido, en especial si es zeloso y mezquino. Tornando, pues, a nuestro propósito, los caldeos todas las cosas notables hazían a la lumbre como que las hazían delante de su dios. Ca comían al fuego, dormían al fuego, negociavan y hazían todos los contratos al fuego, y las madres jamás davan a mamar a sus criaturas sino al fuego; porque imaginavan ellos que entonces aprovechava la leche a la criatura quando delante el fuego que era su dios la mamava. Es autor de lo sobredicho Cina Catulo.

Los mauritanos, que en nuestros tiempos se llaman el reyno de los Marruecos, fueron en otro tiempo gente muy bellicosa, [486] con quien el pueblo romano siempre tuvo muy gran conquista. Y quanto los hombres eran diestros en la guerra, tanto sus mugeres eran hechizeras y dadas a la idolatría; porque el marido que de su muger haze gran ausencia no se maravilla si la tomare en alguna falta. Dize Cicerón, libro *De natura deorum*, y muy más largo lo cuenta Bocacio, que quantos hombres y mugeres avía en aquel reyno cada uno tenía para sí un dios solo, de manera quel dios del uno no era dios del otro, y esto se entendía en los días de entresemana, que para los días festivos otros dioses tenían diputados, los quales adoravan ellos estando todos juntos. La manera que tenían en elegir dioses era ésta. Quando estava una muger preñada, yvase al sacerdote del ydolo y dezíale que ella estava preñada, que le diesse un dios para su hijo de que lo uviessse parido; y el sacerdote dávale un ydolo de piedra, o de plata, o de oro, o de palo, y echávasele la madre como nómina al pescueço; y todas las vezes que mamava el niño la teta, la madre le ponía el ydolo sobre la cara; porque de otra manera no diera al niño a mamar una gota si primero no fuera a su dios la leche y la teta consagrada. Poco es lo que he dicho respecto de lo que quiero dezir, y es que, si acaso el niño moría antes de tiempo, o acaso moría

algún mancebo por algún desastrado caso, o por ventura se moría algún hombre antes que fuesse viejo; juntábanse los padres y parientes del muerto, y tomavan aquel ydolo, y apedreábanle, o ahorcábanle, o arrastrábanle, o quemábanle, o empozábanle, diciendo que, pues los dioses matavan a los hombres a sin justicia, que es muy justo los hombres maten a los dioses por justicia.

Cuenta el mismo Bocacio, libro ii *De natura deorum*, que los allobros (que agora por otro nombre se llaman la tierra del Delfinazgo), tenían en costumbre que a los que avían de ser sacerdotes de los dioses, desde el vientre de su madre eran elegidos. Y assí era que, en nasciendo la criatura, antes que tomasse la teta le llevaba el sacerdote a su casa; porque tenían ellos en sus ritos que el hombre que uviesse gustado las cosas del mundo no merecía ni devía servir a los dioses en el templo. Una de las leyes que tenían los sobredichos sacerdotes era que no sólo no podían con violencia derramar [487] sangre humana, pero aun ni verla ni tocarla, por manera que luego que el sacerdote acaso sangre humana tocava, luego el sacerdocio perdía. Vino tanto apurarse el rigor desta ley, que los sacerdotes de los allobros no sólo no derramavan, ni bevían, ni tocavan sangre humana quando eran ya hombres, pero aun ni les dexavan mamar leche de sus madres siendo niños; y la razón desto era que dezían ellos que no es otra cosa mamar leche sino beber sangre; porque la leche blanca no es sino sangre cozida, y la sangre colorada no es sino leche cruda. Dize Pulión, libro ii *De educandis pueris*, que los antiguos tenían un género de caña que, partiéndola por medio, salía della leche muy blanca, y que con ésta criava cada muger a su criatura. Sea lo que fuere, que esta ley de quitar leche a los niños que criavan para sacerdotes de los templos más me parece de supersticiosos hechizeros que no de sacerdotes religiosos; porque no ay ley divina ni humana que quiera ni mande prohibir aquello sin lo qual la vida humana no puede passar.

Éstas eran las costumbres y ritos que tenían los antiguos acerca de criar y dar a mamar a sus hijos, y a la verdad yo no me maravillo de lo que hazían, ca los gentiles por tan dios tenían ellos a un maldito ydolo como tenemos nosotros al summo Dios verdadero. Todas estas antigüedades de la gentilidad he querido contar para que las princesas y grandes señoras huelguen de las leer y saber, pero no para que por ninguna manera las ayan de imitar; porque según la fe de nuestra religión christiana, quan ciertos somos de la ofensa que hazían a Dios en hazer tales supersticiones, tan ciertos somos del servicio que hazemos nosotros en dexarlas. Quánto tiempo devan dar a mamar las madres a sus hijos, y en quánto tiempo puntualmente sea bueno destetarlos, ni por lo que he leído ni por lo que he preguntado en este caso estoy satisfecho, mas de quanto Aristóteles en el libro sobredicho determinó que el niño deve mamar a lo más dos años, y a lo menos año y medio; porque si mama menos está en peligro de ser enfermo y si mama más obligase a ser regalado.

No dexaré de contar lo que cuenta Sexto Cheronense en el iiii libro de su *República* (y haze mención dello Bocacio, [488] libro iii *De natura deorum*), y es esto. En tiempo que el Magno Alexandro passó en la Yndia, entre otros famosos philosophos passó con él uno por nombre Aretho; y acaso estando en Nissa, ciudad muy antigua de la Yndia, andándole un yndio a mostrar todas las cosas de la ciudad como a estrangero, el buen philosopho mirávalas como philosopho cuerdo y sabio; porque el hombre simple mira solamente los

efectos como acontecen, pero el hombre sabio inquire y pregunta las cosas cómo y de dónde proceden. Entre las otras cosas mostráronle a este filósofo Aretho una gran casa que estava al cabo de la ciudad, y en ella estavan muchas mugeres, y cada muger tenía una cámara, y en cada cámara avía dos camas, y cabe la una cama estavan unas yervas a manera de hortigas, y cabe la otra cama estavan unas ramas de otro árbol a manera de romero, y en medio de la casa estavan muchas sepulturas de niños.

Preguntó Aretho, el filósofo, que para qué era aquella casa tan grande, y respondióle aquel yndio: «Esta casa es para criar los niños huérfanos quando son por muerte o por otra causa desamparados; porque es costumbre en esta tierra que, quando al moço se le muere el padre, luego la ciudad le toma por fijo; y, dende en adelante, hase de llamar hijo de la ciudad que le crió, y no hijo del padre que le engendró.»

Preguntó Aretho, el filósofo, lo segundo que por qué en aquella casa avía tantas mugeres sin estar entre ellas un solo hombre. Respondióle aquel yndio: «En esta tierra es costumbre que las mugeres estén apartadas de los maridos todo el tiempo que se ocupan en criar a los niños; porque no es voluntad de nuestros dioses que la muger después que está preñada con su marido tenga más compañía, y esto no sólo hasta que sea parida, mas aun hasta que la criatura esté destetada.»

Preguntó lo tercero el filósofo Aretho: «¿Por qué, siendo la casa no más de una está cada muger por sí apartada?» Respondió aquel yndio: «Ya sabes tú, pues eres filósofo, que naturalmente en la muger reyna tanta malicia humana, que siempre tiene embidia de la felicidad agena; y, si estuviessen todas juntas, avrían entre sí unas con otras tantos enojos, que corromperían la leche que avían de mamar los niños.»

Preguntó lo quarto el filósofo Aretho: «¿Para qué en cada cámara ay una cama grande y otra cama pequeña, pues no ay más de una muger y una criatura?» Respondióle aquel yndio: «En esta Yndia no se consiente que las criaturas pequeñas duerman en una cama con sus amas; porque muchas vezes las mugeres, como tienen el sueño pesado, descúydanse y ahogan al niño que tienen en la cama consigo.»

Preguntó lo quinto: «¿Para qué están cabe las camas las hortigas, como sea una yerva insípida para comer y lastimosa para tocar?» Respondióle aquel yndio: «Hágote saber que en esta Yndia contra toda naturaleza ningún niño llora al tiempo que se cría, y a esta causa tienen cabe las camas las hortigas: para hazer llorar a las criaturas; porque nos dizen nuestros filósofos que, si llora un niño dos horas cada día, aprovéchale no sólo para la salud de la persona, mas aun para alargar más la vida.»

Preguntó lo sexto el filósofo Aretho por qué cabe las camas tenían aquellas ramas que parecían romero. Y respondióle el yndio: «Hágote saber que en esta India es ya plaga muy antigua que no nos podemos defender de mugeres hechizeras y magas, las quales con sus hechizos y mirar de ojos matan a muchos niños, y dízennos que todo niño que con esta yerva fuere sahumado, con ojo de mala muger no puede ser empecido.»

CAPÍTULO XXIV

De una carta que embió Marco Aurelio Emperador a un amigo suyo llamado Dédalo, en la qual le responde a doze puntos que al Emperador avía escripto en otra carta. En especial habla en el fin de la carta contra las mugeres que crían o sanan de las enfermedades con hechizerías a sus criaturas.

Deven las princesas y grandes señoras mirar mucho en que sus amas no sean hechizeras, ni permitan que a sus hijos desde niños los avezen a medicinas; porque la medicina pone en peligro la vida de la criatura, y la hechizería no sólo haze daño al cuerpo de la criatura, mas aun al ánima de la ama que la cría. Para mayor alabança de los passados y mayor confusión de los presentes, quiero que los que esto leyeren lean una carta de Marco Aurelio Emperador embiada a un amigo suyo, en fin de la qual parece quán enemigos fueron los antiguos de criar con hechizos a sus hijos; porque a la verdad no sé quál fue mayor: la templança que ellos tuvieron para ser gentiles, o el atrevimiento que nosotros tenemos siendo christianos. Síguese, pues, la epístola, en fin de la qual habla contra la muger hechizera.

Epístola

Marco, Emperador romano, juntamente collega con su hermano Annio Vero en el mismo Imperio, salud a la persona y buena fortuna contra su mala fortuna a ti, Dédalo, su especial amigo, dessea. Desde el día que embarcaste en el puerto de Ostia, ni letra tuya hasta agora leý, ni persona de tu casa jamás vi; y (lo que más es) que ninguna persona sabía de cierto si eras vivo o si eras muerto, a cuya causa imaginávamos tus amigos que tú y tu nao uviesses dado al través con fortuna, o que con el descontentamiento de la tierra serías ya de buelta; porque los hombres que navegan como tú van en peligro de ahogarse con la tempestad, y, si no se ahogan, desesperan en la tierra estraña con la soledad. De que vi a Frontón, tu criado, uve mucho plazer, y mucho más de que supe cómo eras vivo después de aver andado tan peligroso camino, y no menos tomé plazer en que dizes por tu carta tener contentamiento de la tierra; porque para mí cosa es muy nueva hombre criado en los regalos de Roma hallarse contento en otra tierra.

Quando Roma era Roma y Italia se llamava la Gran Grecia, de todas las naciones concurrían a ella, los unos para deprender virtudes y noblezas, y los otros para darse a vicios y plazer; porque, si Tito Livio no me engaña, Roma empleó todos sus thesoros en Asia y Asia empleó todos sus vicios y regalos en Roma. Escrívesme tantas cosas en tu carta, y dízeme Frontón, tu criado, tantas novedades de la tierra, que por los dioses inmortales te juro ni sé a ti qué escriba, ni a tu criado qué le responda; porque las estremadas nuevas quanta alegría dan a las orejas, tanta incredulidad traen consigo de creerlas. Los hombres generosos y que aman mucho que los otros los tengan a ellos por verdaderos, aunque ayan visto muchas maravillas con sus propios ojos, quando las contaren han de ser muy medidos en sus lenguas; porque el hombre vergonçoso gran vergüença es que diga alguna palabra en la qual puede aver sospecha si es o no verdadera. En breve quiero responder a todas las cosas de tu letra, y será la respuesta no

según tu gusto, sino según lo que de ti y del mundo yo siento. Y, ante que diga cosa, ruégote que tu mucha cordura perdone si se desmandare mi pluma; porque tus pocos años aun no te dexan conocer al mundo, y a mí mis muchas canas me dan autoridad para avisar a ti y sentenciar a él.

Dizes que en la mar passaste mucho peligro, y que por aleviar la nao echaste mucha de tu hazienda a lo hondo. En este caso paréceme a mí que debes dar muchas gracias a las bravas mares, que, pudiéndote quitar la vida, se contentaron con sola la ropa; porque los hombres que navegan por la mar deven mirar, desde se vieren en salvo, no la hazienda que perdieron, sino la vida que escaparon.

Dizes que fuese por la mar muy acompañado de estrangeros, y que tardaste en el viaje más días de los que pensavas, y aun de los que quisieras. A esto te digo, mi Dédalo, que, aunque fueron muchos los días que tardaste, todavía serían más los enojos que rescebiste; porque el hombre que navega mucho es impossible que no aya enojo con los marineros y que no esté siempre con temor de los vientos. Y a lo que dizes que llevavas contigo gran compañía, a esto te respondo que, quanto más yvas cargado de compañeros, tanto menos te pesarían los dineros; porque regla general es que do la jornada es larga y la compañía es mucha, de necesidad ha de afloxar la bolsa.

Dizes que, con las humidades de la mar, luego que tomaste tierra luego te sentiste enclavado de gota. A esto te respondo que o tienes la gota en el pie, o la tienes en la mano; si la tienes en el pie, será ocasión que guardes la casa, y assí no osará nadie robarte tu ropa; y si la tienes en las manos, será ocasión que ya no andes jugando como solías por los tableros, y assí no perderás como perdías tus dineros y aun los ajenos; y, si no has mudado la condición que tenías, yo soy cierto que sólo porque crezca tu hazienda ternás en ti por bien empleada la gota.

Dizes que en essa tierra para el remedio de tus males has hallado muchos y muy famosos médicos, los quales son doctos y experimentados. A esto te respondo que, según dize Platón, en la tierra do ay muchos médicos, ay muchos vicios y muchos viciosos; porque el hombre con el sobrado regalo enferma y con el mediano trabajo sana. Nuestros antiguos padres, quanto tiempo estuvieron en Roma sin médicos, que fueron cccc años, tanto y no más en el comer y beber se mostraron sobrios; porque assí como a la salud precede la templança, assí a la medicina precede la glotonía.

Dizes que es muy abundosa essa tierra, y que entre otras cosas ay mucha leña, de la qual ay aquí falta en Roma. A esto te respondo que, si tienes mucha leña, ternás poco pan; porque antiguo proverbio fue: «do los fuegos son grandes, los graneros son pequeños.» E si dizes que estás muy contento con la leña dessa tierra, hágote saber que yo no esté descontento con el pan de Italia; porque al fin al fin más aýna se halla leña para cozer el horno que no trigo para llevar al molino. Por cierto que es bueno tener leña para el invierno, pero muy mejor es tener pan para el invierno y para el verano; porque no llaman hambre quando falta leña para los viejos, sino quando falta pan para los niños.

Dizes que en essa tierra ay mucha agua, y que la agua es muy clara y muy fría, y que es tanta la abundancia que ay una fuente en cada casa. A esto te respondo que todos los naturales dizen que do la agua sobra quasi siempre la salud falta; y no me maravillo desto, porque todos los lugares muy frescos siempre se tienen por malsanos. Si fuera en el tiempo de la edad dorada, quando los hombres no sabían qué cosa era vino, sino que todos bevían agua, sin comparación fuera muy mejor essa tierra que no ésta; porque quan infame es la borrachez del vino, tan suave y provechosa es la borrachez del agua. Bien sabes tú que una fuente de agua que yo tenía en la huerta, vía Salaria, fue ocasión que en un verano muriessen siete personas de mi casa, y si no hiziera una sangradera por la qual eché el agua reposada, pienso que diera fin a mí y a toda mi familia, por lo qual te ruego pongas más los ojos en conservar la salud de tu persona, que no en gozar la frescura dessa tierra; porque para mí aquél sólo tengo por bienaventurado que tiene el cuerpo sano y junto con esto tiene el corazón con reposo. Loa quanto quisieres la tierra, y huélgate quanto mandares por su frescura, y hártate de su agua fría, y escribe a tus amigos cómo es desopilativa; que al fin yo te juro, mi Dédalo, que más dineros saldrán de Roma para yr por el vino de Candia que no entrarán en Roma botas de agua fría dessa isla.

Dizes que en essa tierra ay tales y tantas frutas, que jamás piensas verte harto dellas. A esto te respondo que la cosa que yo mejor como son unas frutas de invierno, pero sin verlas ni comerlas yo me doy por contento; porque la tierra do sobran frutas para el invierno, siempre es achacosa con calenturas de verano. Octavio, el Emperador de felice memoria, viendo que Roma los veranos era muy enferma, mandó so graves penas que las frutas de Salon no entrassen a venderse en ella. Fue cosa maravillosa, que Roma no sólo se halló en esto sana, mas aun los médicos por su voluntad se fueron de Roma; porque gran indicio es que el pueblo sea sano quando el médico no es rico.

Dizes que ay en essa tierra muchos juglares y hombres que saben hazer farças y cosas de burlas. A esto te respondo que no será tanto el plazer que tomarás en ver sus burlas y juegos, quanto pesar y tristeza tomarás de que te cohechen los dineros; porque los truhanes y juglares hazen los juegos de burla y quieren ser pagados de veras.

Dizes que en essa tierra ay mucha copia de viñas, y que el vino es oloroso para oler y muy suave para gustar. A esto te respondo que no avrá tanta abundancia de viñas en el campo, quanta muchedumbre avrá de borrachos en el pueblo, que, como sabes tú, el día que desposamos a Topina, mi sobrina, mi tío Getulio, aunque no tenía en Salon más de una viña, con el vino della emborrachó a sí y a toda su casa, y aun a todos los que fueron a la boda. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, y es que antiguamente en Roma Mars era el dios más acatado, que era el dios de las batallas; agora en Roma Baco, que es dios del vino, es el dios más acatado y servido; porque el tiempo que solían gastar en el campo Marcio a jugar con las armas, agora lo consumen en jugar y beber en las tavernas. Dize Tito Livio en sus *Annales* que los de Galia Transalpina, oyendo que los ítalos avían plantado viñas, fuéronles a conquistar las tierras, de manera que si en Italia no plantaran viñas, no fueran por los franceses destruydas las tierras. Los antiguos romanos, que en todo eran proveýdos, visto por el Sacro Senado que de su perdición era causa el vino, proveyó que se descepassen las viñas de todo el Imperio. Fue cosa maravillosa que,

después que cessó la guerra, no quedó francés en toda Italia de que supieron que ya no avía viñas en ella.

Dizes que ay en essa tierra muchos hijosdalgo, y ay muchos y muy honrados patricios con los quales hablas y tienes tus passatiempos. A esto te respondo que, si esso es verdad, en essa tierra ay muchos hombres ociosos y aun no muy verdaderos; porque los libertos o escuderos que emplearon sus mocedades en las guerras, ya que son viejos no gastan tiempo sino en oír nuevas y dezir mentiras.

Dizes que ay en essa tierra mugeres muy hermosas en los gestos y muy dispuestas en los cuerpos. A esto te respondo que si ay muchas hermosas, avrá muchas mal casadas; porque la muger hermosa, si con la hermosura no es cuerda, a sí misma pone en peligro y a su marido pone en cuydado.

Dizes que ay en essa tierra unas mugeres phetonisas o hechizeras, las quales se precian de curar y destetar a los niños. A esto te respondo que ternía por mejor los niños nunca convalesciessen ni sanassen que no por manos de tan malas hembras se curassen; porque no es tanto el provecho que hazen con sus esperiencias en lo público, quanto es el daño que hazen con sus hechizerías en secreto.

Torcato Laercio, mi tío, tenía una hija no menos regalada que hermosa, y, como no tenía más de a ella, era de todo su patrimonio única heredera. Fue, pues, el caso que como la niña un día llorasse mucho, la ama que la criava por acallar la criatura, pensando que le echava unos hechizos para la adormecer, echóselos para la matar, por manera que, cessando las lágrimas de la inocente hija, començaron los gritos de la muy triste madre. Calígula, fijo que fue del buen Germánico, aunque fue entre los Césares el quarto y entre los tiranos el primero, como se diessen en Roma unas cédulas para quitar quartanas y para curar a las criaturas, proveyó por edicto público que el hombre o muger que las hiziesse muriesse por ello, y el que las comprasse o truxesse por Roma fuesse açotado y para siempre desterrado.

Hame dicho Frontón, tu criado, unas nuevas de que yo he tomado harto plazer, y son que te nació un hijo muy bonito, y junto con esto me dixo que le criava una muger de Samnia, la qual como mal vino tiene una punta de hechizera. Por los inmortales dioses te conjuro, y por el amor que te tengo te ruego, luego la echés de tu casa y tan mala muger no coma pan en ella ni solo un día; porque toda criatura que se cría con hechizos o terná la vida corta, o le será contraria la fortuna.

Hágote saber, mi Dédalo, que yo estoy no poco maravillado de muchos romanos, los quales permiten (y aun procuran) que sean curados sus hijos con hechizos, y esto digo porque yo para mí averiguado tengo los hombres que enferman por voluntad de los dioses no sanarán por muchas diligencias que hagan los hombres. O los niños enferman porque son de complesión mala, o los niños enferman porque los dioses les quieren quitar la vida. En tal caso, si su mal es de umor malo, recurran por medicinas naturales al médico; y, si su daño viene porque los dioses están injuriados, entonces sus padres aplaquen a los

dioses con sacrificios; porque al fin al fin imposible es las enfermedades de los coraçones que sanen con ningunas medicinas de los cuerpos.

No te maravilles, mi Dédalo, si he aplomado más en este artículo que no en los otros, conviene a saber: en persuadirte mucho a que quieras guardar a tus criaturas de hechizerías; porque de otra manera más le dañará al niño el hechizo malo que no le aprovechará la leche buena. Hame movido a escrevirte esto lo uno el mucho amor que te tengo, lo otro acordándome que, quando estavas en el Senado, muchas vezes me dezías que morías por tener un hijo; y, pues tú le compraste a desseo y tu muger Pertusa le tiene pesado a lágrimas, no querría que ensañasses a los dioses con hechizerías; porque a ley de bueno te juro que quando los padres están bien con los dioses no tienen los hijos necessidad de hechizeros.

Otras muchas cosas avía que te escrevir, algunas de las quales con Frontón tu criado las quise comunicar, más que no por letra te las escribir; y no te maravilles desto, porque son [497] las cartas tan peligrosas que, si el hombre es discreto, no escrevirá más en una carta cerrada de lo que dirá públicamente en la plaça de Roma. Perdóname, mi Dédalo, que a la verdad no te escribo como lo querría tu apetito, ni aun como lo dessea mi desseo; porque muchas cosas tienes tú necessidad de saber y no tengo yo licencia para en carta las fiar.

De mí no sé qué te escriba, sino que la gota todavía me aquexa, y lo peor de todo es que, quanto más crezco en la edad, tanto disminuyo en la salud; porque ya antigua maldición es de la flaqueza humana que por do pensamos yr más seguros, por allí hallamos mayores atolladeros. El papagayo que me embiaste, luego se apoderó dél mi Faustina, y a la verdad es cosa monstruosa ver lo que parla; pero al fin al fin son las mugeres tan poderosas, que quando ellas quieren ponen silencio a los vivos y hazen que en los sepulchros hablen los muertos.

Según lo que yo te quiero, y según lo que yo te devo, y aun según lo que yo suelo, es muy poco lo que te embío. Y dígolo porque al presente no te embío sino dos cavallos mauritanos y doze espadas alexandrinas, y a Frontón tu criado en albricias de la buena nueva le he dado un oficio que le valdrá xx mil sextercios en Sicilia. Faustina me ha dicho que embía a Pertusa, tu muger, una arca llena de olores de Palestina y otra arca llena de ropas de su persona, y a mi parecer no lo debes tener en poco; porque naturalmente las mugeres de la hazienda propria son escassas y en gastar lo ageno son muy largas. Los dioses poderosos sean en tu guarda y a mí aparten de la siniestra fortuna, y ruego a esos mismos dioses a ti y a mí, y a mi Faustina y a tu muger Pertusa, nos dexen con salud a todos juntos vernos en Roma; porque jamás el coraçón recibe tan gran gozo como quando se vee con el amigo muy desseado. Marco del Monte Celio te escreve de su propria mano.

CAPÍTULO XXV

Que habla en general quån gran excellencia es en el hombre saber bien hablar; y que ay unos hombres de tan mala gracia en el hablar, que más pena es oýrlos tres credos que no

a otros escucharlos diez años; y de cómo es muy gran falta en los príncipes y grandes señores hazer una cosa y después no saber dar razón della.

Una de las excelencias que el Criador dio a los hombres fue saber y poder hablar; porque de otra manera, dexada el ánima aparte, de poco menos valor son los animales brutos que son los hombres mudos. Aristóteles en sus *Yconómicas* sin comparación loa más la policia pitagórica que no la stoyca, diciendo que la una es más conforme a razón que no la otra, pero Pitágoras mandó que todos los hombres que fuessen mudos sin ninguna contradicción fuessen de la república alañados. El motivo que tuvo este philósopho para mandar esto fue diziendo que la lengua se mueve por los conceptos del ánima, y el que no tiene lengua no tiene ánima, y el que no tiene ánima no es sino bestia, y el que es bestia deve servir como bestia o hecharse con las bestias en la montaña. Gran cosa es no ser hombre mudo como lo son los brutos animales, y mayor cosa es hablar como hablan los hombres racionales, pero sin comparación es muy mayor bien hablar como hablan los philósophos eloqüentes; porque de otra manera si el que oye no pondera más las sentencias que las palabras, muchas vezes le contentarán más los papagayos que parlan en las jaulas que no los hombres que blasonan en las academias.

Josepho, en el libro *De bello judayco*, dize que el rey Erodes no sólo con su persona y hazienda, pero aun con toda su parcialidad y parentela siguió y dio favor a Marco Antonio y a Cleopatra, su amiga, quando tuvo guerra con Octavio, segundo Emperador que fue de Roma, y al fin fue Marco Antonio vencido, y Cleopatra fue presa, y quedó por Octavio la victoria. De todo este daño Marco Antonio se tuvo la culpa; porque el hombre que por amores de una muger toma conquista es impossible que no pierda la vida o que no viva con infamia. Visto por Erodes que Marco Antonio, su señor, era muerto, acordó de yrse para el Emperador Octavio; y, como se viesse en su presencia, poniendo a los pies del Emperador la corona, hizo Erodes una oración en que dixo tan dulces palabras y tan altas sentencias, que no sólo el Emperador Octavio perdonó a Erodes por aver sido su crudo enemigo, pero aun le confirmó de nuevo el reyno y le tomó para sí por muy caro amigo; porque entre los coraçones generosos muchas obras malas se remedian con pocas palabras buenas.

Si Blondo en el libro *De Roma triumphante* no nos engaña, Pirro, el gran rey de los epirotas, caso que en el coraçón fue muy esforçado, en las armas muy diestro, en las mercedes muy largo y en los infortunios muy sufrido, sobre todo le dan fama aver sido en las palabras muy dulce y en las respuestas muy sabio. Deste Pirro dizen ser en la eloqüencia tan estremado, que el hombre a quien Pirro una vez hablava alguna palabra quedava por tan suyo, a que dende en adelante en ausencia defendía su partido y en presencia ponía la vida y el estado. Dize el sobredicho Blondo, y callóselo Tito Livio, que los romanos (como en todo eran tan proveýdos), viendo que el rey Pirro era tan retórico, proveyeron en el Senado que ningún embaxador romano hablasse sino por tercera persona con Pirro; porque de otra manera, según él los atraía con sus palabras, yendo por embaxadores del Imperio Romano, bolvían a Roma por procuradores de Pirro.

Caso que Marco Tulio fue senador en el Senado, y fue cónsul en el Imperio, y fue entre los ricos muy rico, y fue entre la gente de guerra muy esforçado, a la verdad ninguna

destas cosas le hizo ser de immortal memoria si no fue su muy alta eloquencia. Fue Tulio sólo por la riqueza de su lengua tan estimado en Roma, a que muchas vezes orando en el Senado le oyan tres horas al día sin que persona hablasse palabra, y no lo tenga alguno esto en poco, ni se passe por ello ligero; porque es de tal calidad la malicia umana, que más fácilmente parla uno quatro horas que no terná paciencia para escuchar una.

Cuenta Antonio Sabéllico que, en tiempo de los Amílcares africanos, floreció un philósofo en la gran Carthago que avía nombre Afronio, el qual de edad de lxxxi años murió en el primero bello púnico. Este philósofo fue preguntado una vez qué era lo que sabía, y respondió que no sabía sino bien hablar. Fue preguntado otra vez que qué deprendía; respondió que no deprendía sino bien hablar. Fue preguntado la tercera vez que qué enseñava; respondió que no enseñava sino a bien hablar. Parésceme que este buen philósofo en lxxx años no dize que deprendió sino a bien hablar, no supo sino bien hablar, ni enseñó otra cosa sino bien hablar. Y a la verdad él tenía razón, porque una de las cosas que mucho adornan la vida umana es tener hombre dulce y sabrosa lengua. Qué cosa es ver a dos hombres en un consejo pareados, de los quales el uno es muy torpe en proponer y el otro es muy elegante en el hablar; y destos tales ay unos que en tres horas no nos cansamos de los escuchar, y por contrario ay otros tan pesados en el hablar, que de sólo verles mover los labrios tomamos la puerta para yrnos; porque a mi parecer no ay igual trabajo que escuchar a un hombre pesado tres credos, y por contrario no ay mayor consolación que oír a un discreto mil años. Dezía el divino Platón en el libro *De legibus* que no ay cosa en que más se conozca el hombre que es en las palabras que dize; porque por las palabras que le oýmos juzgamos por bueno o por malo lo interior que no vemos. Laercio, en las *Vidas de los philósofos*, dize que Sócrates, el gran philósofo, estando una vez en Athenas, traxéronle a un mancebo natural de Thebas para que le recibiesse en su compañía y le doctrinasse y enseñasse en su academia, y el moço (era estrangero y vergonçoso) no osava hablar delante su maestro, al qual dixo Sócrates el philósofo: «Amigo, habla si quieres que te conozca.» Esta sentencia de Sócrates es muy profunda, y ruego al que esta escritura leyere se pare un poco a pensar en ella; porque no quiere Sócrates que sea el hombre conocido por el gesto que tiene, sino por la palabra buena o mala que dize.

Caso que la eloquencia y bien hablar en cada uno sea causa de aumentar su honra y no disminuir su hazienda, mucho más sin comparación resplandesce y es más necessaria en casa de los príncipes y grandes señores; porque los hombres que tienen officios públicos, de necessidad han de escuchar a los naturales y hablar con los estrangeros. Hablando más claro, digo que no sólo el príncipe deve trabajar por alcançar la eloquencia por honra de su persona, mas aun por lo que conviene a su república; ca, como el príncipe (siendo no más de uno y sea servido de todos) es impossible que tenga tanto con que pueda hazer mercedes a todos, y por esso es necessario que a unos pague con dineros y a otros sostenga con buenas palabras; porque el corazón generoso más quiere una palabra amorosa que no una merced hecha de mala gana.

Platón, y Livio, y Erodoto, y Suplicio, y Eutropio, y Diodoro, y Plinio, y otros innumerables historiadores antiguos, nunca acaban de estimar y loar la eloquencia de los príncipes griegos y latinos, y quan bienaventurados fueron aquellos siglos, en los quales

uvo príncipes sabios. Y a la verdad ellos tienen mucha razón; porque muchos alcanzaron las coronas de reyes y los sceptros del imperio no tanto por las crudas batallas que vencieron, ni menos por la alta sangre de que descendieron, quanto por la sabiduría y eloqüencia que tuvieron. Marco Aurelio Emperador fue natural de Roma, nació en el monte Celio y fue en el patrimonio pobre, en la sangre obscuro, en el favor abatido, en la parentela desechado; y (con todo esto) sólo por ser virtuosísimo en la vida, y ser muy profundo en la doctrina, y ser muy alto en la eloqüencia, el Emperador Antonio Pío le dio por muger a Faustina, su hija; y como fuese de muchos retraído porque casava a su hija con un pobre filósofo, respondió: «Más quiero tener por yerno a un pobre filósofo que no a un príncipe loco.»

Pulio, libro vii *De legibus romanorum*, dize que fue ley muy guardada, y dende los cónsules por costumbre en Roma introduzida, que los dictadores y censores y emperadores entrassen en el Senado a lo menos una vez en la semana y allí diessen cuenta del estado en que estava la república, y oxalá fuese guardada esta ley en el tiempo de agora; porque no ay ninguno que assí trabaje de igualar la justicia como el que piensa que le han de pedir cuenta della.

Calígula, que fue quarto Emperador de Roma, dízese dél que fue no sólo torpe y cruel en la vida, pero aun fue muy ydiota en la eloqüencia y muy corto en la plática; por manera que, entre todos los príncipes romanos, él sólo tuvo necesidad que hablassen en el Senado por él otros; y fue este malaventurado tan aborrescido, que después que con cruel y infame muerte fue muerto y por Roma arrastrado, pusieronle en el sepulchro este título: «Aquí yaze el Emperador Calígula, el qual era indigno del Imperio por ser necio y fue privado de la vida por ser vicioso.»

No sé yo los príncipes cómo se precian de ser esforçados, de ser dispuestos, de ser corredores, de ser justadores, y no se precian de ser eloqüentes; como sea verdad que aquellas gracias sólo les aprovechan durante la vida, pero la eloqüencia aprovéchales no sólo para honrrar la vida, mas aun para después de muertos aumentar la fama; porque leemos de muchos príncipes que con sola su eloqüencia amansaron grandes sediciones en la república y junto con esto alcanzaron para sí immortal memoria.

Suetonio Tranquilo, libro i *De Cesaribus*, dize que el muy venturoso Julio César, siendo de edad no más de xvi años, como muriesse en Roma una tía suya que se llamava Cornelia, fizo en su enterramiento una oración, en la qual (siendo de tan tierna edad) mostró su muy alta eloqüencia, y fue aquel día tan grato al pueblo, a que todos le juzgaron sería en el Imperio un muy valeroso romano. Según dize Apiano, aquel día dizen que dixo Sila estas palabras: «Lo que siento deste moço Gayo César es que en la audacia de su lengua muestra quán valerosa ha de ser su persona.»

Veán, pues, agora los príncipes y grandes señores quánto les va en saber bien hablar y ser eloqüentes; porque no vemos otra cosa cada día sino a uno que es baxo por linaje, la eloqüencia lo haze alto en fortuna, y a otro que es único entre los generosos es el primero entre los abatidos. No ha sido otro mi fin de escrevir todas las cosas sobredichas, sino amonestar, persuadir y rogar a todos los príncipes y grandes señores a que desde niños

muy niños pongan con hombres muy sabios a sus hijos, y esto a fin que les enseñen no sólo cómo han de vivir, mas cómo han de hablar; porque en las personas de alto estado es suprema infamia hazer o intentar de hazer una cosa, y no saben después dar razón della.

Polidoro en el iii de sus *Comentarios* dize que quando los lacedemonios fueron desbaratados por los athenienses en la rota Milina (y llámase Milina porque fue la batalla a la ribera del río Milín), los lacedemonios embiaron a un philósopho llamado Heuxino a tratar las pazes con los athenienses, y como este philósopho fuesse grandíssimo eloqüente, hizo una oración tan alta en el Senado de Athenas, en que no sólo alcanzó la paz que desseava su tierra, pero aun para sí alcanzó eterna fama. Quando el philósopho Heuxino uvo de bolverse de Athenas a su tierra, diéronle los athenienses esta carta en que dezía.

CAPÍTULO XXVI

De una carta que escribieron los athenienses a los lacedemonios.

El Senado, y pueblo, y sabios de Athenas; al Senado, y pueblo, y sabios de los lacedemonios; salud a las personas y paz a la república vos dessea. A los dioses inmortales ponemos por testigos que en la batalla passada no menos pesar tuvimos por veros vencidos que por otra parte tomamos plazer por vernos vencedores; porque al fin al fin son tan grandes los daños de las crudas guerras, que es a los vencidos el daño cierto y a los vencedores es el provecho dudoso. Bien quisiéramos que antes de agora esto quisiéradades, y lo que agora pedís antes lo pidiéradades; pero ¿qué haremos, si en los vuestros y en los nuestros tristes hados estava que vosotros en esta guerra os oviéssedes de perder y de vuestra perdición no nos pudiéssemos nosotros aprovechar?; porque es regla infalible que todo lo que los dioses tienen ordenado, ni juyzio humano lo puede emendar, ni menos potencia humana lo puede impedir. Pedís que cesse la guerra y que por tres meses pongamos tregua, y durante este tiempo se trate de concordia. A esto respondemos que el Senado de Athenas no tiene costumbre de otorgar tregua para después tornar a la guerra; porque tenemos por ley muy antigua los athenienses que liberalmente acetamos la guerra cruda y liberalmente otorgamos la paz perpetua. Nosotros en nuestras academias trabajamos de tener sabios en el tiempo de la paz para aprovecharnos de sus consejos en el tiempo de la guerra; y éstos nos aconsejan que jamás emprendamos tregua con condición sospechosa, y a la verdad ellos nos aconsejan verdad; porque muy más peligrosa es la paz fingida que no la guerra manifiesta. El filósofo Heuxino, vuestro embaxador, nos ha hablado tan alta y tan eloqüentemente en este Senado, a que nos parece que negarle alguna cosa de lo que pide sería muy injusto; porque muy más honesto es otorgar la paz al que la pide por palabra que no al que la pide con la lança. Sea, pues, el caso que el Senado, y los sabios, y el pueblo de Athenas al Senado y a los sabios y al pueblo de los lacedemonios de todo corazón alça dellos la guerra y concédeles la paz perpetua, y esto se haze porque sepa todo el mundo que Athenas es tan animosa para los atrevidos, y es tan amiga de los sabios, que sabe castigar a los capitanes locos y se dexa mandar de philósophos cuerdos. Ya sabéys cómo toda nuestra guerra no ha sido sino sobre la possessión de las riparias ciudades del río de

Milina. Por esta letra dezimos, y por los immortales dioses juramos, que nosotros en vosotros renunciamos todo nuestro derecho sólo porque nos dexéys a Heuxino, vuestro embaxador y philósopho; porque la felice Athenas más quiere a un philósopho para su academia que a toda una provincia para su república. Y vosotros, los lacedemonios, no tengáys a liviandad lo que hazemos los athenienses, conviene a saber: que trocamos el señorío de mandar a muchos y queremos dexarnos mandar de uno solo, que esto fazemos porque este philósopho enseñarnos ha a bien vivir y aquella tierra dávanos ocasión de mal morir. Y, pues ya de enemigos tan antiguos nos declaramos por vuestros amigos verdaderos, no sólo queremos alçaros la guerra y embiaros la paz perpetua, pero aun queremos daros un consejo para conservarla; porque de mayor excellencia es la medicina que conserva la salud que no la purga que alança la enfermedad. Sea, pues, el consejo éste, en que assí como veláys que los moços exerciten las armas, assí os desveléys en que los niños deprendan con tiempo las letras; porque assí como con las crudas lanças se prosigue la guerra, assí con las dulces palabras se alcança la paz. No penséys vosotros, los lacedemonios, que sin causa os persuadimos a que pongáys a las letras desde niños a vuestros hijos, y no los dexéys primero crecer y emboscarse en los vicios; porque de faltar a los unos sabios para sus consejos y de sobrar a los otros ociosos en los pueblos, se levantan las guerras para matarse unos a otros. No queremos tampoco que vosotros los lacedemonios penséys que nosotros somos amigos de hombres verbosos y parleros, ca nuestro padre Sócrates ordenó que la primera lición que se diesse al discípulo en su academia fuesse que por ninguna manera en dos años osasse hablar alguna palabra; porque es impossible que sea alguno prudente en el hablar si no es muy sufrido en el callar. Parécenos, si vos pareciesse, que Heuxino el philósopho se devría quedar en este nuestro Senado, y pensad que si nosotros de su presencia esperamos provecho, sed muy ciertos que vosotros de los consejos que nos dará no sacaréys daño; porque es ley muy antigua en Athenas, que no pueda el Senado emprender guerra sin que primero por los philósophos si es justa o injusta sea examinada. No más, sino que a los dioses immortales (assí vuestros como nuestros) pedimos sean en vuestra y en nuestra guarda, y a ellos plega de conservarnos en esta paz perpetua; porque sólo aquello será perpetuo que por voluntad de los dioses fuere confirmado. *Valete iterumque valete.*

CAPÍTULO XXVII

Que las amas que crían a los hijos de los príncipes y grandes señores, si fuesse possible, devrían ser mugeres sabias; y de cómo los romanos tenían en Roma escuela para deprender todas las lenguas; y de cómo un embaxador de Grecia dixo a otro embaxador de Roma que sabían más las mugeres de Grecia que no los capitanes de Roma; y de cómo sobre este caso disputaron xx mugeres de los romanos con otras xx mugeres de los griegos.

Los peregrinos que caminan por tierras ignotas y montañas estrañas con desseo de acertar y recelo de no errar no sólo se informan del camino por do han de yr, pero aun importunan que con el dedo se lo quieran mostrar; porque es cosa muy enojosa andar el camino con sospecha. Por esta comparación quiero dezir que, pues tanto he persuadido a que los padres enseñen a bien hablar a sus hijos, razón es que para esto les busque

algunos buenos medios; porque no tiene auctoridad el consejo quando el que le da no da medio para executarlo. Mucho haze al caso ser el hombre de buen natural o ser de mal natural, tener el juyzio torpe o tener el juyzio vivo, y esto no sólo para lo que el hombre ha de hazer, mas aun para lo que ha de hablar; porque no es pequeño sino muy grande beneficio tener el hombre el juyzio claro. Esto no obstante, digo que no todos los agudos son eloqüentes, ni todos los eloqüentes son agudos; porque vemos a muchos hombres tener qué dezir y junto con esto no saberlo dezir, y por contrario vemos otros saber qué dezir y no tener qué dezir, por manera que naturaleza les dio juyzio alto y por pereza quedaron de estilo baxo.

Muchas vezes me maravillo ver por una parte que el anima del niño quando nasce no es de menor excelencia que el ánima del viejo quando muere, y por otra parte el niño tiene tan tiernos los miembros con que el ánima haze sus operaciones, en que parecen tener poco de criaturas racionales; porque do el ánima no se muestra señora en muy poco está el hombre quedarse por bestia. Cosa es assaz de maravillillar cómo los niños, quando passan ya de dos años, en qué manera alçan los pies para querer andar, arrímanse a las paredes para se tener, abren los ojos para querer conocer, forman unas bozes confusas como que quieren hablar; de manera que en aquella edad una criatura no es más que un árbol en la primavera; porque el árbol, passados dos meses del año, luego echa hojas; y el niño, passados dos años de infancia, luego forma palabras. Esto se dize a causa que a los padres que son cuerdos no se les haga tenprano en tan tierna edad comiencen a deprender a bien hablar sus hijos, ca en los árboles en este tiempo ponen los enxertos, y assimismo en este tiempo doman y imponen los cavallos; porque son tantos los peligros desta vida, que si fuesse possible antes que a un niño sus padres le viessen nacer, le avían de amonestar cómo en el mundo avía de vivir.

A mi parecer, assí como desde muy lexos se descamina el agua para hazer el salto al molino, assí desde muy pequeño se ha de encaminar el niño para que sea eloqüente y retórico; porque a la verdad el alto estilo del hablar o le deprende el hombre desde el vientre que nació o desde los pechos que mamó. No podemos negar que los niños, no teniendo edad más de dos o tres años, no sea muy temprano para darles ayos y maestros; porque en tal edad más faze al caso una ama que le alimpie, que no un maestro que le açote. Por una parte son los niños muy tiernos para deprender a bien hablar, y por otra es necessario que desde muy niños lo ayan de aprender. Sería yo en voto que las princesas y grandes señoras tomassen tales amas para sus hijos, que fuessen sanas para darles a mamar, fuessen prudentes para enseñarles a hablar; porque no se sufre en tan tierna edad sino la que le dio a mamar sus tetas le enseñe a dezir las primeras palabras.

Según dize Sexto Cheronense, libro *De diversitate linguarum*, los hetruscos fueron los primeros que a la lengua natural de la tierra la llamaron lengua materna, que quiere dezir lengua de nuestra madre, y esto a fin que la deprendimos de la madre que nos parió o de la ama que nos crió. Y en este caso no tiene menos fuerça de madre la una que la otra; porque los niños, antes que conozcan a la madre que los parió llaman madre a la que los cría. Dize Plutharco, libro segundo *De regimine principum*, que una de las grandes grandezas que tuvieron los romanos en su policia fue que de todos los lenguajes y maneras que avían de hablar en toda la tierra tenían collegios, academias y escuelas en

Roma, de manera que por bárbaro que fuese uno que entrasse en Roma, luego hallava quien le entendiese su lengua. Usavan los romanos desta cautela y curiosidad a fin que quando Roma embiava embaxadores a tierras estrañas, o de tierras estrañas venían a Roma, querían que los intérpretes o farautes fuessen de su nación propria y no de lengua o de nación estrangera. A la verdad tenían los romanos en esto razón; porque los negocios de gran importancia muy mal se negocian por lengua estrangera.

Muchos se maravillarán de leer o oír esto que digo, conviene a saber: que las mugeres que crían a los fijos de los príncipes sean mugeres eloqüentes, y cierto el que desto se espanta ha visto poco y deve aver leýdo menos; porque no sé cuál fue mayor: la gloria que tuvieron los antiguos por gozar de excellentes mugeres, o la infamia de los presentes en sufrir mugeres tan desonestas. No quiero negar que quando llegué a este passo estuvo en muy gran perplexidad mi espíritu, por ver en esta mi escriptura de qué mugeres escreviría primero mi pluma, conviene a saber: las innocencias y dissoluciones de las mugeres que he visto, o las proezas y virtudes de las mugeres que he leýdo. Finalmente, he acordado tratar del trigo limpio y provechoso, y dexar la paja podrida en el suelo; porque la lengua generosa ha de pregonar las bondades de las buenas para que todos las sepan, y por contrario las flaquezas de las malas hanse de sepultar aun para que no se presuman. Los hombres que son cuerdos y no locos, son generosos y no viles, son sabios y no necios; tratando con mugeres son obligados a servir las, a visitar las, a consolar las, a defender las y a esforçar las, pero no tienen licencia por ninguna manera de infamar las; porque el hombre que pone la lengua en muger flaca no es más que echar mano a la espada para matar una mosca.

Tornando al propósito, no deven las princesas y grandes señoras dexar de enseñar todo lo que pueden enseñar a sus hijas; y no se deven engañar diziendo que por ser mugeres para las sciencias son inábiles, ca no es regla general que todos los niños son de juyzio claro y todas las niñas son de entendimiento obscuro; porque si ellos y ellas deprendiessen a la par, yo creo que avría tantas mugeres sabias como ay hombres necios. Caso que de muchas y muy excellentes mugeres ayan gozado todos los de los siglos passados, ninguna nación las tuvo tales como fueron los griegos; porque si los romanos fueron gloriosos por las armas, los griegos fueron de inmortal memoria por las letras. No quiero negar que en la policía de Roma no se uviessen criado mugeres de mucha sciencia, sino que ésta era la diferencia de las unas a las otras: en que las mugeres grecianas fueron en la philosophía muy doctísimas y las mugeres romanas en retórica y poesía fueron muy sabias, y de aquí vino que en Athenas se preciavan de saber muy bien enseñar y en Roma se jactavan de saber muy bien hablar.

Euphornio, libro iiii *De gestis rodorum*, dize que en el año del tercero consulado de Lelio Sila, acaso un embaxador de Roma y otro embaxador de Grecia uvieron malas palabras dentro en el Senado de los rodos, en que dixo el embaxador griego al embaxador romano: «Vosotros, los romanos, es verdad que soys venturosos en las armas, pero junto con esto soys muy inábiles en las sciencias; porque a la verdad más saben las mugeres de Grecia que no los hombres de Roma.» Fueron estas palabras tan sentidas en el Senado de Roma de que se supo la nueva, que aýna se levantara entre Roma y Grecia tan gran guerra sobre esta palabra como se levantó entre Carthago y Roma sobre la possessión de Sicilia. Y no

se maraville desto ninguno, que al fin más guerras vemos levantarse por vengar palabras injuriosas que no por cobrar haciendas perdidas. Estando, pues, para romper los griegos y los romanos, atravesáronse de por medio los rodos, y concertáronlos desta manera, en que assí como aquella injuria se avía de vengar con armas, la vengassen las mugeres en disputas, y a la verdad los romanos fueron bien aconsejados; porque mayor afrenta era a los griegos ser vencidos de las lenguas de las mugeres, que no con las lanças de los hombres. Fue, pues, el caso que sobre concierto juntáronse en el Senado de Rodas xx mugeres romanas y otras xx mugeres grecianas, y todas éstas mugeres doctísimas, las quales leyeron en sus cáthedras cada sendas lecciones, y después disputaron unas con otras de muchas y diversas cosas. Finalmente diferenciáronse en que las grecianas dixeron cosas muy altas por estilo no muy subido, y las romanas dixeron cosas no muy profundas por estilo muy excellent. No nos devemos desto maravilliar que aconteciesse en aquellas excellentes mugeres, pues acontece cada día en los hombres; porque profunda sciencia y alta eloqüencia pocas vezes concurren en una persona. Quedaron muy satisfechos los griegos en oír a las romanas, y lo mismo quedaron los romanos de lo que oyeron a las mugeres griegas. Y sobre este caso sentenciaron los rodos desta manera: en que todas las veynte mugeres fuessen laureadas como vencedoras, y que las grecianas quedassen por graves en las sentencias y las romanas por muy eloqüentes en las palabras.

Según dize el sobredicho Euphornio, passada esta disputa fueron aquellas mugeres las unas a Roma y las otras a Grecia, do fueron recebidas no con menor triunfo y gloria que si uvieran vencido una batalla. El Senado de los rodos por memoria de aquellas xx mugeres en el mismo lugar do fue la disputa puso xx muy poderosas colunas, y allí el nombre de cada una de las mugeres. Y fue éste un tan sumptuoso edificio, que no avía en Rodas otro tal después de su gran Coliseo, y duraron estas colunas hasta el tiempo de Helio Gávalo Emperador, el qual fue tan malo que inventava vicios nuevos y destruía los edificios antiguos. Los escritores que en este caso escrivieron aún ponen otra cosa en que las unas mugeres fueron diferentes de las otras, conviene a saber: que las mugeres griegas fueron más fermosas que no las romanas, pero las romanas eran más ataviadas y conpuestas que no las griegas. Dizen assimismo que las mugeres grecianas fueron más esforçadas que no las romanas, pero las romanas fueron muy más honestas que no las grecianas; y, si esto es assí, yo aconsejo a las princesas y altas señoras que tengan más embidia a la honestidad de las matronas de Roma que no al esfuerço de las mugeres de Grecia; porque la muger no nació para pelear y matar hombres en la guerra, sino para hilar y amassar y vivir bien en su casa.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo las mugeres no menos podían ser sabias que lo son los hombres, y que, si no lo son, no es por falta de naturaleza, sino por sobra de pereza; y que antiguamente las mugeres eran muy sabias; y que por esto oy las princesas y grandes señoras no son sabias; porque el tiempo que espendían las antiguas en los libros espenden ellas en regalos. Prueba esto el auctor por muchas historias dignas de ser leídas, en especial de las generosas señoras.

Dexando de hablar en general, razón es hablemos agora en particular y trayamos de las antiguas historias a la memoria algunas mugeres sabias, assí de Roma como de Grecia, y por lo que fueron aquéllas en el tiempo passado verán a qué son obligadas las señoras del tiempo presente. A mi parecer, la obligación que tienen los hombres de imitar el esfuerço de los antiguos para pelear, aquélla tienen las mugeres de imitar a las mugeres antiguas para bien vivir; porque no ay cosa oy tan estremada en el mundo que no se halle della exemplo en el tiempo passado. Quando acontece algún caso rezió y inopinado suelen dezir los hombres que nunca tal aconteció en el mundo, y a la verdad ellos no dizen la verdad, ca si el caso es a ellos nuevo es porque de simples no le han buscado ni leydo, pero no porque no aya acontecido y que qualquiera hombre doto luego no muestre otro semejante por escrito; porque ésta es la excellencia que tiene el hombre muy leydo, que de ninguna cosa que oya ni vea toma espanto. Como agora las mugeres son tan ignorantes, en que apenas qual o qual dellas sabe leer, espantarse ha el que esto leyere cómo las persuado a que ayan de aprender; pero, sabida la verdad de quáles fueron y qué es lo que supieron las mugeres antiguas, desde agora adevino que maldizirán y reprehenderán a las mugeres presentes; porque el tiempo que aquéllas espendían en los estudios, éstas le emplean agora en los regalos.

Bocacio, libro *De laudibus mulierum*, dize que Lelio Sila fue gran competidor del cónsul Mario desde la guerra de Jugurta; no menos fue gran émulo de Gayo César desde el primero bello civil; y que yo escriba algunas cosas de la vida de Sila no ay necesidad que se ocupe mi pluma, porque los historiadores todos no sólo le afean las crueldades que fizo con sus enemigos, pero aun le afean la poca fe que guardó a sus fieles amigos. Tuvo este cónsul Sila tres hijas, la una de las quales avía nombre Lelia Sabina, y ésta era entre sus hermanas la menos fermosa, pero era entre todas las romanas la más sabia; porque públicamente dentro de Roma de griego y de latín leía una cáthedra. Después de la guerra de Mitrídates vñose Lelio Sila a Roma, y allí degolló a tres mil romanos, los quales le avían salido al camino a besar las manos y sobre su palabra estaban seguros, y a la verdad (y aun con razón) sobre aquel fecho Lelio Sila para siempre fuera perdido si ésta su hija no fiziera una muy elegante oración en el Senado; porque muchas vezes acontece que la cordura de los fijos buenos remedia los desatinos de los padres locos. Dizen los historiadores que esta Lelia Sabina no sólo tenía mucha gracia en el leer, pero aun tenía gran elegancia en el escrevir, ca escrevía muchas cartas y oraciones de su mano; y su padre Sila deprendíalas de coro, y después (como era agudo) sabíalas él a su propósito recitar en el Senado. Y desto no se espante alguno; porque ay unos de tan torpe juyzio, que aun lo que estudian y escriben no saben dezir, y ay otros tan vivos que sólo de lo que oyen es maravilla oírlos hablar. De tener Sila tal y tan excellente hija en su casa fue él tenido en Roma por muy cuerdo en el aconsejar, por muy determinado en el acometer, por muy rezió en el competir y por muy elegante en el hablar; finalmente, de aquí vino a Roma aquel antiguo proverbio silano que dezía: «Lucio Sila manda a los naturales con la lengua y es señor de los estrangeros con la lança.»

Quién aya sido el gran Platón y cuánta autoridad aya tenido entre los suyos y entre los estraños parece muy claro en que le confiessen ser príncipe de los filósofos todos los griegos y a bozes le llaman divino Platón todos los latinos. Y no me parece que en esto injuriavan a algún filósofo; porque Platón, si en el vivir fue de gentil su vida, a lo menos

en el escribir trascendió la capacidad humana. Un historiador griego llamado Hiarcus cuenta que Lasterma y Axiothea fueron dos mugeres griegas muy doctísimas, y entre los discípulos de Platón muy nombradas; y fue la una de tan profunda memoria y la otra de tan alto entendimiento, a que muchas veces, estando Platón en la cátedra, no quería comenzar a leer, y, preguntado por los grandes filósofos por qué no leya, dicen que decía estas palabras: «No quiero leer porque falta el entendimiento que lo ha de entender (y esto decía Platón porque no estaba allí Lasterma), y falta la memoria que lo ha de conservar (y esto decía Platón porque no estaba allí Axiothea).» Gran cosa debía ser la sabiduría de aquellas dos mugeres, pues Platón con toda su gravedad no quería leer palabra si ambas a dos o alguna dellas no estaban en la escuela; porque en más tenía el divino Platón la memoria y entendimiento de aquellas mugeres solas que no la filosofía de todos sus filósofos juntos.

Aristipo, filósofo, fue discípulo de Sócrates y uno de los más nombrados filósofos de Athenas, y éste tuvo una hija que se llamava Aretha, la qual era tan dota en las letras griegas y latinas, que era fama en toda la Grecia el ánima de Sócrates averse passado en ella; y la causa que les movía a dezir esto era porque la doctrina de Sócrates assí la leya y declarava, que más parecía averla ella escrito que no aprendido. Bocacio, libro ii *De laudibus mulierum*, dize que esta excellente muger Aretha no sólo deprendió para sí, pero aun enseñava a otros; y no sólo enseñó, pero aun escribió muchos libros; en especial escribió uno de las alabanças de Sócrates, otro de la manera de criar a los niños, otro de las batallas de Athenas, otro de la fuerça tiránica, otro de la república de Sócrates, otro de las infelicidades de las mugeres, otro de la agricultura de los antiguos, otro de las maravillas del monte Olimpo, otro del vano cuydado de la sepultura, otro de la providencia de las hormigas, otro del artificio de las abejas; y escribió otros dos, uno de las vanidades de la mocedad y otro de las calamidades de la vejez. Leyó públicamente esta muger philosophía natural y moral en las academias de Athenas por espacio de xxxv años, compuso quarenta libros, tuvo ciento y diez philosophos por discípulos, murió en edad de setenta y siete años; y los atenienses pusieron sobre su sepultura estos versos: «Aquí yaze Areta, la gran greciana, lumbré que fue de toda la Grecia, la qual tuvo la fermosura de Elena, la honestidad de Thirma, la péñola de Aristipo, el ánima de Sócrates y la lengua de Omero.»

Según dize Marco Varrón, las setas de los antiguos filósofos fueron más de setenta, pero al fin redúzense todas ellas a siete; y, destas siete, las tres son más principales, conviene a saber: estoicos, peripathéticos y pithagóricos; y destes pithagóricos fue el príncipe Pithágoras. Hiarchus, y Annio Rústico, y Laercio, y Eusebio, y Bocacio dicen una cosa, a la qual yo no diera mucha fe si por tan graves auctores no fuera escripta, conviene a saber: que este philosopho Pithágoras tuvo una hermana no sólo docta, pero *si fas est dicere* doctísimas; y esto no es nada, sino que dicen que no ella de Pithágoras, sino Pithágoras della deprendía philosophía. Y a la verdad espántame tanto este caso, que no sé yo a quién podía tener esta muger por maestro, pues tuvo al gran philosopho Pithágoras por discípulo. El nombre desta muger era Theoclea, y a ésta su hermana escribió Pithágoras una epístola, leyendo que leya en Rodas philosophía, y ella estava a la sazón en Samothracia, y la epístola es ésta.

CAPÍTULO XXIX

De una carta que escribió Pitágoras a una hermana suya.

Pithágoras, tu hermano y discípulo, a ti, Theoclea, su hermana, salud y aumento de sabiduría te dessea. El libro que me embiaste de fortuna y infortunio he leydo desde el principio hasta el cabo, y agora conozco, hermana mía, que no eres menos grave en el componer que graciosa en el enseñar, lo qual acontece pocas vezes en nosotros, los hombres (quánto más en las mugeres); porque el filósofo Aristipo fue torpe en el hablar y profundo en el escrevir, y Amenides fue corto en el escrevir y eloqüente en el hablar. Haste dado tan buena maña en estudiar y en escrevir, que en las sentencias que pones pareces haber leydo a todos los filósofos y en las antigüedades que cuentas parece que has visto a todos los siglos passados, en lo qual te muestras (como seas muger) ser en esto más que muger; porque el natural de las mugeres es emplear los ojos en sólo lo presente y poner en olvido todo lo passado. Hanme dicho que te ocupas agora en escrevir las guerras de nuestra patria, y a la verdad en este caso no puedo dezirte otra cosa sino que tienes para escrevir harta materia; porque han sido tantas las guerras y trabajos de nuestros tiempos, que yo quisiera más leerlas en los libros que no verlas con los ojos. E si assí es (como creo que assí es), mucho te ruego y por los inmortales dioses te conjuro que para escrevir las cosas de tu patria tengas muy cortada la péñola. Quiero dezir que no borres tu escriptura poniendo en ella alguna lisonja o mentira; porque muchas vezes los historiadores por loar o desculpar a sinrazón las cosas de su patria, con razón les tienen por sospechosa a su escriptura. Ya sabes cómo en la batalla passada los rodos fueron vencidos y los nuestros quedaron vencedores; y paréceme en este caso que no debes sublimar mucho a los nuestros, porque al fin peleavan por vengar su injuria; ni debes abatir mucho a los rodos, porque ellos no peleavan sino por ayudar a Roma. Digo esto, hermana mía, porque para defender las cosas propias las mugeres se tornan leones y para defender las ajenas los coraçones de los hombres se tornan gallinas, que al fin al fin aquél sólo se puede llamar fuerte no el que defiende su casa propia, sino el que muere en demanda ajená. No quiero negar el amor natural de mi patria, ni quiero negar que no amo a los que escriben y dizen bien della, pero no me parece bien que lo mucho y muy bueno que ay en tierras estrañas callen, y lo poco y aun no muy bueno de sus tierras propias blasonen; porque no ay oy en el mundo reyno tan estéril que no aya en él qué loar, ni ay gente ni nación tan perfecta, que no aya en ella qué reprehender. Tú no me puedes negar que entre los tres hermanos que somos soy el hermano mayor, y yo no te puedo negar que entre tus discípulos soy el discípulo menor, y pues yo por ser tu discípulo te tengo de obedecer, no menos por ser yo tu hermano mayor me has de creer. En fe desta creencia te aviso, hermana mía, trabajes mucho en ser cuerda en tus palabras, recatada en tu vida, honesta en tu persona, verdadera en tu escriptura; porque te hago saber que, si el cuerpo del hombre sin ánima poco vale, yo juro que la boca del hombre sin verdad vale menos. *Vale, felix, etc.*

CAPÍTULO XXX

Do el auctor prosigue su intento, persuadiendo a las princesas y grandes señoras trabajen por ser sabias como lo fueron las mugeres antiguas, lo qual prueba con muy notables hystorias.

Ésta, pues, fue la epístola que Pithágoras embió a su hermana Theoclea, por la qual se demuestra la profunda umildad dél y la alta eloqüencia della. Hiartus el griego, y aun Plutharco en el libro *De regimiento de príncipes*, dizen que Pithágoras tuvo no sólo a la hermana Theoclea, de la qual él aprendió tanta philosophía, mas aun tuvo una hija, la sabiduría de la qual sobrepujó a la tía y igualó con el padre. No menos parece cosa increíble lo que dizen de la fija que lo que dizen de la tía, conviene a saber: que más holgavan en Athenas de oýrlo a ella hablar en su casa, que no oýr a Pithágoras en la Academia. Y esto dévese creer por dezirlo auctores tan graves lo uno, y por ver lo que vemos cada día lo otro; porque al fin más vale un hombre el qual, si hablando de burlas en las burlas es gracioso, que no otro hombre, si hablando de veras, en las veras es pesado.

En muchas escrituras he hallado hablar de Pitágoras y de su hija, pero ninguno dize el nombre della, mas de quanto en una epístola de Fálaris el tirano hallé escrita esta palabra en que dize:

«Políchrata, fija que fue del filósofo Pitágoras, fue moça y muy sabia, y fue más hermosa que no rica, y fue tan acatada por la limpieza de su vida, y fue tan estimada por su alta eloqüencia, que valía más la palabra que ella dezía hablando a la rueca, que no la philosophía que su padre leía en la Academia. (Y dezía más.) No es pequeña lástima de verlo, y más lástima es de oýrlo, en que agora son las mugeres tan desonestas en el vivir y son tan maliciosas en el hablar, a que yo tengo más envidia a la fama de una muger antigua que a la vida de todas las mugeres presentes; porque más vale una buena muger con una rueca hilando que no cien reynas malas con sus sceptros reynando.»

Por estas palabras que dize Phálaris el tyrano en su carta parece que aquella hija de Pithágoras se llamava Políchrata. Avía, pues, Pithágoras compuesto muchos comentarios, assí suyos como agenos, tenía gran número de libros; y, como estuviesse en Metaponto, do finalmente murió, a la hora de la muerte mandó llamar a su hija Políchrata, y díxole estas palabras:

«Ya vees, hija Políchrata, cómo es llegada la hora en que se acaba mi vida. Diéronme los dioses el ser, y agora me lo quitan; diome naturaleza el nacer, y agora me da el morir; diome el cuerpo la tierra, y agora le tornará ceniza; diéronme los tristes hados pocos bienes, los quales fueron mezclados con muchos trabajos, de manera, hija mía, que de todo lo que tenía en este mundo ninguna cosa queda conmigo; porque teniendo como lo tenía todo emprestado, agora que muero cada uno lleva lo que es suyo. Yo muero con alegría no porque quedas rica, sino porque quedas bien doctrinada, y en señal que te amo mucho mándote todos mis libros, en los quales hallarás el thesoro de mis trabajos, y séte dezir que lo que te mando es hazienda ganada con mi sudor proprio y no adquirida en perjuizio ageno. Por el amor que te tengo, fija, te ruego, y por los immortales dioses te

conjuro, que seas tal y tan buena, que, si los hados me quitaren la vida, a lo menos tú sustentas mi memoria; porque ya sabes tú lo que dixo Omero hablando de Achilles y de Pirro: que la buena vida del hijo vivo sustenta la fama del padre muerto.»

Esto es lo que aquel filósofo dixo a su hija a la hora de la muerte, y, si no son éstas las palabras, a lo menos por otras palabras quiso dezir estas sentencias.

Según dize el poeta mantuano, el rey Evandro fue padre del gigante Pallas, y fue muy amigo del rey Eneas, y jáctavase descender del linaje de los troyanos; y a esta causa, en el tiempo que el rey Eneas y el príncipe Turno traían entre sí grandes guerras sobre quién casaría con la princesa Lavinia, la qual a la sazón era heredera de Italia, el rey Evandro ayudó a Eneas no sólo con la hacienda, mas aun embiándole a su proprio hijo en persona; porque los amigos por sus verdaderos amigos por voluntad han de derramar la sangre y sin demandarla han de gastar la hacienda. Este rey Evandro tuvo una muger tan docta, que parece fábula dezir lo que dizen los griegos della, conviene a saber: de su eloqüencia y sabiduría, ca no faltó escriptor que se atrevió a dezir que si lo que escribió esta muger de las guerras de Troya no fuera por embidia echado en el huego, el nombre de Omero quedara obscuro. La razón desto es porque esta muger fue en el tiempo de la destrucción de Troya, y escribió lo que escribió como testigo de vista; pero Omero escribió después de la destrucción de Troya como afectado al príncipe Achilles, y como amigo de los griegos y enemigo de los troyanos; y a la verdad, quando el escritor se afeciona a escribir de una persona, no es menos sino que ha de echar algún borrón en su escritura. Llamavase esta muger del rey Evandro Nicóstrata, aunque otros la llaman Carmenta, y esto por la gran eloqüencia que tuvo en el carmen y verso; porque dizen que tanta facilidad tenía ella en el metro como otros en la prosa. Los historiadores gentiles dizen que fue profetissa, en que profetizó la destrucción de Troya xv años antes que fuesse; y dixo la venida de Eneas en Italia; y dixo las guerras que avrían sobre el casamiento de Aurio Lavinia; y dixo cómo Ascanio, fijo de Eneas, edificaría a Alba Longa; y dixo que de los reyes latinos decenderían los romanos; y dixo que mayor sería la vengança que tomaría Roma de Grecia que no la que Grecia tomó de Troya; y dixo que la mayor guerra que ternía Roma sería con los príncipes de África; finalmente dixo que Roma triunfaría de todos los reynos de la tierra y al cabo de Roma triunfaría para siempre una gente incógnita. Según dize Eusebio Cesariense, estas escripturas tenían guardadas los romanos en el alto Capitolio como la religión christiana tiene al Sanctíssimo Sacramento.

El rey Darío, después que fue en la primera batalla vencido por Alexandro, antes que fuesse en la segunda batalla totalmente destruydo, trabajó y buscó muchos modos y maneras para que él y Alexandro fuessen amigos. Y a la verdad el rey Darío fue cuerdo en lo intentar y fue muy desdichado en no lo alcançar; porque más vale en los príncipes una paz honesta que no una victoria ensangrentada. Pusiéronse treguas de tres meses entre estos dos tan valerosos príncipes, y durante este tiempo los sacerdotes de los caldeos que tratavan las pazes dieron por medio que el Magno Alexandro se casasse con una hija del rey Darío y que Darío dotasse a su hija de mucha plata y oro, y que la mejorasse en la tercera parte del Imperio. Y a la verdad el medio que se tomava era muy bueno; porque entre los príncipes no ay cosa con que más ayña se atajan los enojos viejos que es con tomar entre sí parentescos nuevos. Escusóse, pues, deste casamiento el Magno

Alexandro, diciendo que él no tenía edad más de xxiii años y que era muy moço aún para ser casado; porque era ley entre los macedonios que no se pudiesse casar la muger hasta los xxv y los hombres hasta los xxx años. La hija del rey Darío era hermosa, era rica, era generosa; pero faltávale lo mejor, ca no era sabia, y ésta fue la causa por que el Magno Alexandro no se casó con ella; porque en aquellos tiempos no se casavan las mugeres por ricas sino por sabias, y finalmente la muger que mejor avía estudiado aquélla alcançava más alto casamiento. Dize Annio Rústico y Quinto Severo que el Magno Alexandro, menospreciando la fija de Darío, después se casó con una muger que avía nombre Barsina, la qual era pobre y no muy hermosa, pero en las letras griegas y latinas era muy doctíssima. Y como los príncipes de Macedonia le retraxessen por qué menospreciando la rica se casó con la pobre, respondió: «Mirad, amigos, en los casamientos harto abasta que el marido sea rico y la muger que tomare sea sabia; porque el oficio del marido es ganar lo perdido y el oficio de la muger es conservar lo ganado.»

Strabo, *De situ orbis*, dize que la quinta reyna de los lidos fue Mirthis, la qual en el cuerpo fue tan pequeña que parecía enana, y en el ánimo y sabiduría era tan alta que la llamavan la Gigantea; porque al hombre que tiene gran ánimo y pequeño cuerpo justamente le llaman gigante, y al hombre que tiene poco ánimo y tiene gran cuerpo de razón le han de llamar enano. Esta excellente reyna Mirthis, por aver sido muger cuerda quando casada, y aver sido muy honesta quando biuda, y sobre todo aver sido muy docta en la philosophía, los lidos, entre vii reyes que se jactan aver tenido muy gloriosos, a esta reyna Mirthis ponen en el cuento dellos; porque los antiguos tanta gloria davan a las mugeres doctas en las letras como davan a los hombres que eran diestros en las armas.

El poeta Cornificio, según dize Laercio, tuvo una hermana que se llamava Cornificia, la qual en las letras griegas y latinas no sólo fue docta, pero aun en componer metros y epigramas fue muy doctíssima. Cuentan desta muger lo que cuentan de pocos hombres, conviene a saber: que componía ella mejores versos y epigramas de súbito que no su hermano de espacio. Y esto no es muy increíble para que pongamos duda en ello; porque más presteza tiene la péñola de un juyzio vivo que no la lengua de un entendimiento flaco. Este poeta Cornificio residió en Roma mucho tiempo y fue siempre pobre y desfavorecido, aunque a la verdad él era muy más docto que otros, los cuales estavan más favorecidos. Y esto cada día acontece en las cortes de los príncipes; porque allí no está la privança en que sean ydiotas o sabios, sino en que ayan ventura de ser a los príncipes aceptos. Dezía Aristóteles: «Ubi multum de intellectu, ibi parum de fortuna», en que quería sentir que los hombres que son de memoria y de entendimiento más ricos, aquéllos son de los bienes deste mundo más pobres.

Andando, pues, el poeta Cornificio por Roma muy pobre y muy desfavorecido, acaso por motejarle díxole un romano llamado Calphurnio: «Dime, Cornificio, ¿haste visto después que naciste algún día bienaventurado? Porque en xxv años que te conozco jamás te vi favorecido, y, si no me engaño, ha xv años que te conozco esse sayo.» Respondióle el pobre poeta Cornificio: «Hágote saber, amigo, que no sé cuál es mayor: la gran desventura tuya o la mucha felicidad mía.» Tornóle a replicar el romano Calphurnio: «Dime, Cornificio, ¿cómo tú te puedes llamar bienaventurado, pues no tienes un pan que comer ni un sayo que vestir, y cómo dizes ser yo malaventurado, pues con sólo lo que

sobra en mi casa te hartarías tú y toda tu familia?» A esto respondió el poeta Cornificio: «Quiero que sepas, amigo y vezino mío Calphurnio, que mi bienaventurança está no en que tengo poco, sino en que desseo menos de lo que tengo, y tu desventura está no en que tienes mucho, sino en que tienes lo que tienes en poco. Y, si tú eres rico, es porque jamás dexiste verdad; y, si yo soy pobre, es porque jamás dixi mentira; porque a la verdad la casa llena de riquezas siempre la vemos vazía de verdades. E dígotte más: que me llamo bienaventurado porque tengo una hermana que es la más estimada de Italia, y tú tienes una muger la más desonesta de Roma. Y, pues es assí, entre ti y mí no pongo otro juez sino a ti: ¿quál vale más: ser pobre como yo soy con honra, o ser rico y vivir como tú vives con infamia?» Esto fue lo que passó entre el romano Calfurnio y el poeta Cornificio.

He querido contar la excellencia destas pocas mugeres antiguas, assí griegas como romanas, no para más de que sepan las princesas y grandes señoras cuánto se davan antiguamente las mugeres a las sciencias, y en cuánto fueron tenidas de los antiguos más porque eran sabias que no porque eran hermosas. Acordarse devrían las princesas y grandes señoras que, si ellas son mugeres, también lo fueron aquéllas; y, si ellas flacas, también lo fueron aquéllas; si ellas son casadas, también lo fueron aquéllas; si ellas son delicadas, también lo fueron aquéllas; y, si ellas son regaladas, también lo fueron aquéllas. Finalmente digo que no se deven escusar diziendo que las mugeres para deprender artes liberales son inábiles; porque a la verdad más abilidad tiene una muger para deprender sciencias que no tiene un páxaro para hablar en la jaula. A mi parecer, las princesas y grandes señoras no se deven preciar tener mejores cabellos que otras, mejores vestidos que otras, ni más thesoros que otras; dévense, pues, preciar no que pueden más, sino que saben más. Hablando verdad, los cabellos ruvios, los vestidos ricos, los thesoros muchos y los palacios ricos, éstos y otros semejantes regalos no son guía de las virtudes, sino adalides de los vicios. ¡O!, cuán generosa cosa sería en que las generosas señoras se preciassen no de lo que pueden, sino de lo que saben; porque mayor grandeza es saber enseñar a otros philósophos que poder mandar a cien cavalleros.

Afrenta es de escrevirlo, pero mayor lástima es de verlo, conviene a saber: leer lo que leemos de la sabiduría y grandeza de las matronas antiguas, y ver como vemos la poquedad de las señoras presentes, ca aquéllas competían sobre quién tenía más discípulos y éstas compiten sobre quién tiene más servidores; porque entre las damas aquélla se tiene por más abatida que de menos cavalleros es requestanda. ¿Qué más diré en este caso, sino que aquéllas competían antiguamente sobre quién escrevía y componía mejores libros, y éstas compiten sobre quién tiene más y saca más ricos vestidos? Porque tanta eficacia ponen oy las damas de sacar una ropa con invención nueva, como ponían las antiguas en leer una lección de alta philosophía. Competían aquellas mugeres antiguas sobre cuál era más sabia; compiten agora éstas sobre cuál es más fermosa; porque antes elegiría oy una dama tener blanca y ruvia la cara, que no que le diessen toda la eloqüencia de Grecia. Competían las mugeres antiguas sobre cuál sabía más elegantemente enseñar. Competen agora sobre cuál se sabe mejor vestir; porque oy entre las damas más honra hazen a una muger curiosamente vestida que no a una muger muy honesta. Finalmente, concluyo con esta palabra, y nótelas el que leyere esta escritura, y es que antiguamente

eran tales las mugeres que una mandava a todos, y oy son tales que de una tienen que dezir todos.

No quiero tampoco que por esta mi palabra sea osado ninguno generalmente poner en todas las señoras la lengua, que en este caso al inmortal Criador que me crió juro que ay oy tantas mugeres buenas y muy buenas en el mundo, que yo tengo más embidia a la vida que éstas hazen en secreto que no a todas las sciencias que leían las antiguas en público; porque mi pluma no se encruellesce sino contra aquellas señoras que en sólo vestir y hablar se les passa el día, y en leer en un libro no emplearán siquiera una hora. Para provar mi intento abastar devría lo sobredicho, pero porque vean las princesas y grandes señoras cuánto les valdrá más el saber siquiera un poco que no el tener ni poder mucho, quiero traerles a la memoria lo que escribió a sus hijos una muger romana, y verán en una muger quán eloqüente se mostró en el dezir y quán verdadera madre en el aconsejar; porque el fin de su carta es persuadir a sus hijos a los trabajos de la guerra no por más de por destetarlos de los plazerres de Roma.

CAPÍTULO XXXI

De quién fue la gran muger Cornelia, y de una epístola que embió a Tiberio y a Gayo, sus hijos, que por otro nombre se llaman los Gracos, en la qual los persuade a que no dexen los trabajos de la guerra por venirse a gozar los plazerres de Roma. Es letra muy notable para entre madres y hijos.

Annio Rústico, libro *De antiquitatibus romanorum*, dize que cinco linages eran entre los romanos los más preeminentes, conviene a saber: los Fabricios, los Torcatos, los Fabios, los Brutos y los Cornelios. Caso que en Roma avía otros nuevos linages, en los quales avía muy excellentes hombres, siempre los descendientes destos cinco linajes eran conservados y en los oficios de la república a todos antepuestos; porque Roma de tal manera honrava a los presentes que fuesse sin perjuyzio de los passados. Entre estos cinco linajes, el linaje que los romanos tenían por más bienaventurado era el de los Cornelios, los quales fueron tan esforçados en el pelear y tan recatados en el vivir, que jamás se halló en su familia hombre covarde ni muger infame.

Dizen que en este linaje de los Cornelios, entre otras muchas, fueron quatro mugeres muy señaladas, y entre estas quatro fue la más principal la madre de los Gracos, cuyo nombre era Cornelia, assaz bien conocida en Roma, la qual se vio muy más honrada por las sciencias que leía en Roma que por las conquistas que sus hijos hizieron en África. Antes que sus hijos fuessen aviessos al Imperio no se hablava sino de su esfuerço en todo el mundo. Por esta causa le preguntó una vez un romano a esta muger Cornelia que de qué tenía más vanagloria: de verse maestra de tantos discípulos o verse madre de tales hijos. Respondióle Cornelia:

«Más me precio yo de la sciencia que he deprendido que no de los fijos que he parido; porque al fin los hijos sustentan en honra la vida, mas los discípulos perpetúan la fama después de la muerte. (E dixo más.) Yo soy cierta que los discípulos cada día han de yr de

bien en mejor, y mis hijos puede ser que cada día vayan de mal en peor; porque son tan varios los desseos de los moços, que cada día tienen propósitos nuevos.»

Uniformiter loan mucho todos los escritores a esta muger Cornelia, en especial de sabia y de honesta, y que públicamente leya una cátedra de filosofía en Roma, y a esta causa después de su muerte le pusieron una estatua en Roma encima de la puerta que dicen vía Salaria, y encima de la estatua estava este epigrama: «Ésta es Cornelia, madre que fue de los Gracos, la qual fue muy fortunada en los discípulos que enseñó y muy infelice en los hijos que parió.»

Entre los latinos, Cícero fue el príncipe de la retórica romana y el que en escrevir epístolas mejor tuvo cortada la péñola; dicen que no sólo las escrituras que esta Cornelia escribió Cícero las vio, mas aun que las leyó; y no sólo las leyó, pero de sus sentencias se aprovechó. Y esto no se lo han de tener a mal, porque no ay hombre en el mundo tan sabio, que no se aproveche del parecer ajeno. Cícero engrandece tanto aquellas escrituras, que dize en su *Retórica* estas palabras: «Si el nombre de muger a Cornelia no la abatiera, entre todos los filósofos merescía ser única; porque jamás vi de carnes flacas proceder sentencias tan graves.» Pues Cícero dixo de Cornelia estas palabras, no puede ser sino que en su tiempo devrían las escripturas desta muger estar vivas y no perdidas, pero no ay dellas memoria si no es que algún auctor para su propósito relata alguna epístola, y desta manera Sexto Cheronense, en el libro *De laudibus mulierum*, pone la siguiente carta, la qual ella embió a sus hijos desde Roma estando ellos en África.

Comiença la carta de Cornelia a sus dos hijos, los Gracos

Cornelia romana, que de parte del padre es de los Cornelios y de parte de la madre es de los Fabios, a vosotros los mis dos fijos los Gracos, que estáys en la guerra de África, aquella salud vos embía que madre a hijos dessea. Bien avréys oýdo, hijos, en cómo mi padre murió teniendo yo edad no más de tres años; y ha xxii años que soy biuda; y ha xx años que leo aquí en Roma rethórica; y ha vii años que carezco de vuestra vista; y ha xii años que en la gran pestilencia se murieron vuestros hermanos y mis hijos; y ha viii años que yo fui a veros a Sicilia a causa que vosotros con desseo de verme no dexássedes la guerra; porque para mí no podía susceder ygal pena con veros apartados del servicio de la república. He querido, hijos míos, contaros los trabajos que he passado en mi vida para que no penséys passar con descanso la vida vuestra, ca si a mí, estando en Roma, no me faltan trabajos, sed ciertos que a vosotros en la guerra de África no os faltarán peligros; porque jamás en la guerra se vende la fama si no es a peso o a troque de la vida.

Fabio el moço, hijo de mi tía Fabia la vieja, de las tres calendas de março me traxo una carta vuestra, y a la verdad la carta era algo más corta de lo que yo desseava, y no quisiera que lo hizierades assí; porque no se sufre entre hijos tan queridos y madre tan anciana que la ausencia de veros sea larga y la letra con que nos escrevimos sea corta. A los que van de acá siempre les doy recomendaciones, y a los que vienen de allá siempre les pregunto nuevas; y como me dicen unos que os han visto y me dicen otros que os han

hablado, con esto toma mi corazón algún reposo; porque bien se sufre entre los que mucho se aman que sea la vista rara con tal que la salud sea cierta.

Yo estoy sola, yo soy biuda y soy ya vieja; es muerta ya toda mi parentela; han pasado por mí muchos trabajos en Roma, y el mayor de todos es tener de vosotros mis hijos ausencia; porque mayor guerra haze a la persona la soledad de los amigos que no el furioso ímpetu de los enemigos. Como soys moços, como soys no muy ricos, como soys bolliciosos y como os veys criados con trabajos ay en África, no dubdo sino que dessearéys venir a Roma, y esto no para más de ver y reconocer lo que vistes en vuestra infancia; porque los hombres no aman tanto a su patria porque es buena, sino porque es su propia naturaleza.

No ay persona que en los tiempos passados vio o oyó dezir de Roma que no tome lástima de ver agora a Roma; porque los corazones, como son piadosos, y los ojos, como son tiernos, no pueden mirar sin mucha lástima lo que en otro tiempo vieron con mucha gloria. ¡O!, si viéssedes, hijos míos, y quán trocada está Roma de ser la que solía ser Roma; porque leer lo que leemos della, ver lo que veemos agora, o es burla lo que escribieron los antiguos, o la miramos entre sueños. No ay otra cosa que ver agora en Roma sino ver la justicia opressa, ver la república tyranizada, ver la mentira suelta, ver la verdad abscondida, ver los satíricos que callan, ver los lisonjeros que hablan, ver los escandalosos ser señores, ver a los pacíficos ser siervos; y (sobre todo y peor que todo) viven los malos contentos y los buenos descontentos.

Renegad, hijos míos, de la tierra do los buenos tienen ocasión de llorar y los malos tienen libertad de reír. No sé en este caso cómo lo aya de dezir, según lo mucho que tengo de dezir. A la verdad está oy tal esta triste de república, que toda persona sabia sin comparación terná más embidia a la guerra de África que no a la paz de Roma; porque en la buena guerra vee hombre de quién se ha de guardar, pero en la mala paz no sabe de quién se ha de fiar. Pues soys, hijos míos, naturales de Roma, quiéroos dezir qué tal está Roma. Hágoos saber que las vírgines vestales ya son dissolutas, la honra de los dioses ya es olvidada, en bien de la república no ay quien entienda, del exercicio de las armas ya no ay memoria, por los huérfanos y biudas no ay quien responda, de administrar la justicia no se les da nada, la dissolución de los mancebos no tiene medida; finalmente Roma, que fue en otro tiempo recetáculo de todos los buenos, es agora hecha una cueva de ladrones. Gran miedo tengo que nuestra madre Roma está en víspera de dar una muy gran caýda, y no sin causa digo que será grande la caýda; porque las personas y las ciudades que de la cumbre de su felicidad cayeron, muy mayor es la infamia que cobraron con los advenideros que no la gloria que tuvieron con los passados.

Por ventura os tomará gana, hijos, de venir a ver los muros y edificios de Roma; porque las cosas que los niños veen primero en la infancia, aquéllas aman más y las tienen en la memoria. Según están destruydos los edificios antiguos, y según los pocos que han hecho nuevos, querría que perdiéssedes la gana de venir a verlos; porque a la verdad los corazones generosos y piadosos afrenta les es yr a ver una cosa quando no pueden poner remedio en ella. No penséys, hijos, que si Roma está dañada en las costumbres, que por esso está mejorada en los edificios; porque os hago saber, si no lo sabéys, que si cae un

muro, no ay quién le repare; si se derrueca una casa, no ay quien la levante; si se ensuzia una calle, no ay quien la limpie; si se lleva el río una puente, no ay quien la funde; si se gasta una antigualla, no ay quien la mejore; si se pierde una fuente, no ay quien la busque; si se tala un bosque, no ay quien lo guarde; si se envejecen los árboles, no ay quien otros plante; si se estragan los caminos, no ay quien los empiedre; si se toma el suelo de la república, no ay quien lo defienda. Finalmente no ay en Roma oy cosa más maltratada, que son aquellas cosas que tienen boz de república. Todas estas cosas, hijos míos, aunque las encarezco acá mucho, podéyslas tener allá en poco, ca esto sólo se ha de estimar y para siempre con gotas de sangre llorar, conviene a saber: que los edificios en Roma se caen a pedaços y los vicios en Roma se entran todos juntos. ¡O!, triste de nuestra madre Roma, que quanto más va, menos tiene de los muros antiguos y más se puebla de vicios nuevos.

Por ventura como estáys, hijos míos, en essa frontera de África, ternéys gana de ver a los parientes que tenéys acá en Roma, y desto no me maravillo; porque el amor que nos dio naturaleza no nos le puede quitar la tierra estraña. Todos los que vienen de por allá no nos traen otra más cierta nueva que es de la muchedumbre de los que mueren y matan allá en África. Pues las nuevas que en este caso nos embiáys de allá, no esperéys sino que os embiaremos otras semejantes desde acá; porque tiene tanta libertad la muerte, que a los armados mata en la guerra y a los desaparecidos mata en la paz. Hágoos saber que Licia, vuestra hermana, es muerta; Drusio, vuestro tío, es muerto; Silvano, vuestro primo, es muerto; Torquato, nuestro vezino, es muerto; su muger, nuestra prima, y sus tres hijas, nuestras sobrinas, son muertas; Fabio, vuestro íntimo amigo, es muerto; Evandro y sus dos hijos son muertos; Bíbulo, el que leyó por mí la cáthedra el año passado, también es muerto; Cornoveca, vuestro maestro, también es muerto; finalmente son tantos y tan buenos los que son muertos, que es vergüença y afrenta vivir los que vivimos. Sabed, hijos míos, que a todos éstos y a otros muchos que dexastes vivos en Roma comen ya los gusanos debaxo de tierra y a mí me tiene emplazada la muerte para la sepultura. Si, oýdo esto, consideráredes, hijos míos, que será de vosotros lo que ha sido de aquéllos, por mejor ternéys llorar mil años con los muertos que no reýr una hora con los vivos.

Acordándome que os parí con mucho dolor, y os crié con mucho trabajo, y que nacistes de mis propias entrañas, querría como madre teneros cabe mí para mis angustias, pero al fin, mirando las proezas de los passados, que dexan en obligación a sus erederos, yo soy contenta de sufrir tan larga ausencia sólo porque cumpláys vosotros con la cavallería; porque más quiero, hijos míos, oýr que vivís como cavalleros en África que no veros andar perdidos por Roma. Como estáys, hijos míos, en los trabajos de África, no dudo sino que ternéys desseo de los plazerres de Roma; porque no ay hombre en el mundo tan prosperado que no tenga embidia a la prosperidad de su vezino. No tengáys embidia a los viciosos, ni menos desseéys veros entre los vicios, que a la verdad son de tal calidad los vicios, que no traen tanto plazer quando vienen como dexan pesar quando se van; porque el verdadero plazer no está en el deleyte, que passa presto, sino en la verdad, que dura mucho.

Hago muchas gracias a los inmortales dioses por todas estas cosas, conviene a saber: lo primero; porque me hizieron sabia y no nescia; porque a una muger harto le abasta que

sea flaca sin que la noten de simple. Lo segundo, hago gracias a los dioses a causa que en todos mis trabajos siempre me dieron esfuerço para passarlos; porque a la verdad aquéllos se pueden llamar verdaderos trabajos do no ay paciencia para sufrirlos. Sólo aquel hombre se puede llamar malaventurado en esta triste vida al qual los dioses en sus trabajos no le dieron paciencia. Lo tercero, hago gracias a los dioses a causa que en lxx años que me dieron de vida jamás me vi con una hora de infamia; porque la muger no puede con razón quejarse de la fortuna si en todos sus trabajos no le quitan la honra. Lo quarto, hago gracias a los dioses en que ha xl años que soy casada y biuda, y todos éstos he vivido en Roma, y jamás hombre ni muger de mí tuvo querella; porque según lo poco que las mugeres aprovechamos en la república, la muger que tiene la conversación mala, con razón por justicia le devrían quitar la vida. Lo quinto, hago gracias a los dioses en que me dieron hijos, y tales hijos que son más contentos de sufrir los trabajos de África que no gozar los placeres de Roma. No me tengáys por madre tan desamorada, a que no querría yo, hijos míos, teneros siempre delante mis ojos; pero, considerando cuántos hijos de buenos padres se han perdido sólo por averse criado regalados con sus madres, conórtome de vuestra ausencia por no veros andar perdidos por Roma; porque el hombre desseoso de fama perpetua, aunque no le destierren, él se deve desterrar de su tierra propria.

Mucho os ruego, hijos míos, siempre os alleguéys a compañía de buenos; y de los buenos, a los más ancianos; y de los más ancianos, a los de mejores consejos; y de los de mejores consejos, a los más expertos; y de los más expertos, a los más sufridos; y de los más sufridos, a los que han visto más mundo. Y no entendáys más mundo por los que han visto más reynos; porque no procede el maduro consejo del hombre que ha passado por muchas tierras, sino del que se ha visto en graves fortunas. Como la naturaleza de la tierra al coraçón del hombre siempre toque al aldava, tengo recelo, hijos míos, que por venir a ver a vuestros deudos y amigos siempre estaréys desasossegados; y, estando desasossegados, siempre viviréys mal contentos y no haréys lo que devéys a cavalleros romanos; y, no siendo buenos cavalleros romanos, prevalescerán vuestros enemigos; y, prevalesciendo vuestros enemigos, yrán [534] de cayda vuestros negocios; porque de los hombres desasossegados siempre proceden enojosos servicios.

Mucho os ruego, y por la presente letra os aviso, de venir a Roma no tengáys desseo, que, como dixere, a muy pocos hallaréys de los que conocistes que no sean ya muertos, o desterrados, o pobres, o enfermos, o viejos, o abatidos, o lastimados, o descontentos; de manera que, para no venir a remediar sus daños, el mejor expediente es no venir a verlos; porque ya ninguno viene a Roma sino a llorar con los bivos y a sospirar por los muertos. Por cierto, hijos míos, yo no sé qué placeres ay en Roma para que ningún bueno cobdicie dexar a África por ella, que, si allá tenéys enemigos, acá nos faltan amigos, que es peor; si allá os faltan regalos, acá nos sobran enojos, que es peor; si allá tenéys el cuchillo que mata al cuerpo, acá tenemos la lengua que mata la fama, que es peor; si allá estáys enojados de los ladrones de África, acá estamos lastimados de los lisonjeros de Italia, que es peor; finalmente digo que, viendo lo que veo acá y oyendo lo que oyo de allá, loo a vuestra guerra y reniego de nuestra paz. Si tenéys en mucho lo que he dicho, tened en más lo que quiero dezir, y es que de vosotros siempre oýmos que soys vencedores de los africanos y de nosotros siempre oyréys que somos prostrados de los vicios. Pues, si yo

soy verdaderamente madre, más querré veros de inmortal memoria entre los estraños, que no veros publicar por infames entre los vuestros.

Por ventura con pensamiento de heredar alguna hazienda tomaréys ocasión de veniros a Roma, y, quando esto os viniere a la memoria, acordaos, hijos míos, que a vuestro padre le sobrava poco siendo bivo y a vuestra madre le falta mucho siendo biuda; y acordaos que, como dél no eredastes sino las armas, sabed que de mí no ay qué eredar sino los libros; porque a mis hijos más quiero dexarles buena criança con que vivan que no mala hazienda con que se pierdan. Yo no soy rica, ni he trabajado por tener hazienda, y fue la causa que vi a muchos hijos de nobles romanos andar por Roma perdidos, y esto no por más de que como no tenían puestos los ojos sino en lo que avían de eredar de sus antepassados, yvanse a rienda suelta en pos de los vicios; porque muy pocas vezes suelen hazer grandes hazañas los que desde niños eredaron grandes haziendas. Siendo, pues, como es verdad esto, no digo yo que velaré como se desvelan otros por aver thesoros; pero si tuviesse algún thesoro, antes que darosle le echaría en el fuego; porque más quiero yo a mis hijos pobres y virtuosos en África que no ricos y viciosos en Roma. Bien sabéys vosotros, hijos míos, que era ley muy usada entre los tharentinos que los hijos no pudiesen eredar de sus padres sino las armas para pelear y las hijas solas eredassen toda la hazienda para se casar. Y de verdad la ley era muy justa, ca el hijo que siempre pone los ojos en la herencia no deven tener dél sus padres buena esperança; porque aquél sólo se puede llamar buen cavallero romano que con la vida ganó la honra y con la lança ganó la hazienda.

Pues estáys en reynos estraños, mucho os ruego os tratéys como buenos hermanos, acordándoos siempre que soys mis hijos, y que ambos a dos os crié a mis pechos, y que el día que oyesse vuestra discordia, aquel día sería fin de mi vida; porque en una ciudad más daño hazen dos parientes enemistados que un ejército de enemigos. Bueno es tener concordia entre vosotros mis hijos; y muy necessario es tenerla con todos los otros cavalleros romanos, los quales con vosotros y vosotros con ellos, si no os tenéys amor en la guerra, jamás de los enemigos alcançaréys victoria; porque a los exércitos gruesos más daño les viene de las discordias que entre sí levantan que no de los enemigos contra quien pelean.

Bien pienso, hijos míos, que por saber de mí estaréys muy cuydadosos, conviene a saber: si estoy sana, si estoy enferma; si estoy rica, si estoy pobre; si estoy contenta, si estoy descontenta; y en este caso no sé para qué lo queréys saber, pues devéys presumir, según los trabajos que he passado y las lástimas que por mis ojos he visto, ya estoy harta deste mundo; porque a la verdad las personas cuerdas de cincuenta años arriba más han de ocupar los pensamientos en cómo han de resebir la muerte, que no en buscar regalos para alargar la vida. Como es flaca la naturaleza humana, siempre dessea ser bien tratada hasta la sepultura, y, como yo soy de carne y de huessos, siento como sienten todos los mortales los trabajos; pero con todo esto no penséys que estar enferma o ser pobre es suprema pena, ni penséys tampoco que ser sana o ser rica es suprema gloria; porque no es otra gloria de los padres viejos sino ver a sus hijos que son virtuosos. A mi parescer, muy gran gloria es en la policia humana tener los padres tales hijos que sepan aprovecharse de sus buenos consejos, y por contrario los hijos tengan tan cuerdos padres que sepan

dárselos; porque muy fortunado es el hijo que tiene padre sabio y muy fortunado es el padre que carece de hijo loco.

Muchas vezes os escribo, hijos míos, sino que es ley en Roma que ninguno sea osado escribir a la gente de guerra que está en el campo sin que primero registre las cartas en el Senado, y como yo escribo más cartas de las que ellos querrían, assí ellos embían menos de las que yo desseo. Aunque esta ley para las madres que tenemos hijos en la guerra es penosa, no puedo negar sino que es buena; porque, si le escriben al que está en la guerra que su casa está mala, querría dexar la guerra y venir a remediarla; si le escriben que está próspera, tómale desseo de venir a gozarla. No toméys pena, hijos míos, si todas las letras mías no aportan a las manos vuestras, que ni por esso no dexo yo por vuestra salud visitar los templos y ofrecer a los dioses muchos sacrificios; porque, si los dioses están contentos, no cale en la guerra temer a los enemigos.

No digo más en ésta, mis hijos, sino que a los inmortales dioses ruego que, si vuestra vida ha de ser para el bien de la república, quiten de mis días y añadan en los vuestros; pero si vuestra vida ha de ser en daño de la república, a esos inmortales dioses ruego primero oya yo el fin de vuestros días que no los gusanos se apoderen de mis entrañas; porque en peligrar la fama de nuestros passados yría mucho y en perder la vida vosotros yría muy poco. La gracia de los dioses, la fama entre los hombres, la buena mano en los hados, la fortuna de los romanos, la sabiduría de los griegos y la bendición de Scipión y de todos los otros vuestros padres y abuelos, sea con vosotros mis hijos.

CAPÍTULO XXXII

Do se habla en general de la criança de los hijos, ya que es tiempo de darles ayos, y cuánto les va a sus padres en dar buena criança a sus hijos. Trae el auctor para provar esto muy notables historias, en especial de un padre y un hijo que fueron a pleyto delante un philósopho, y de lo que cada uno dellos dixo, y de lo que el philósopho sentenció. Es capítulo muy notable para entre padres cuerdos y hijos locos.

Todos los mortales que quieren trabajar y ver buen fructo de su trabajo dévense aver en su trabajo como se uvo el Eterno Pintor en pintar el mundo; porque el hombre que pone a Dios por veedor de sus obras, es impossible poder errar en ellas. Lo que por fe tenemos, y por escriptura leemos, es que el Opífice Eterno en muy breve espacio crió al mundo con su potencia, pero por muy largos tiempos le conserva con su sabiduría, de do se infiere que el trabajo de hazer una cosa es breve y el cuydado de conservarla es prolixo. Cada día acontece que un capitán esforçado aplaza una batalla, y al fin dale Dios victoria della, pero preguntemos al tal vencedor cuál le ha sido mayor trabajo o en qué ha sentido mayor peligro, conviene a saber: en alcançar la victoria de sus enemigos, o en conservarla entre los embidiosos y maliciosos. Yo juro que iure el tal cavallero que no ay comparación del un trabajo al otro; porque con la espada sangrienta se alcança la victoria en una ora y para conservarla en reputación es menester el sudor de toda su vida.

Laercio, en el libro de las *Vidas de los filósofos*, cuenta, y aun el divino Platón haze mención dello en los libros de su *República*, que, oyendo los thebanos cómo los lacedemonios tenían muy buenas leyes, por las quales eran de los dioses favorecidos y de los hombres eran muy honrados, acordaron de embiar allá a un filósofo entre ellos muy estimado, que avía nombre Phetonio, y mandáronle que pidiesse las leyes a los lacedemonios y que mirasse muy bien qué tales eran sus costumbres y ritos. Los thebanos en aquellos tiempos eran hombres generosos y valerosos, de manera que su principal fin era alcançar fama por los edificios y hazerse de inmortal memoria por ser virtuosos; porque en edificar eran curiosos y para las virtudes tenían buenos philósophos.

Partióse el philósopho Phetonio y estuvo en el reyno de los lacedemonios algo más de un año, mirando muy por menudo todas las cosas de aquel reyno; porque los hombres simples no miran las cosas más de para cevar los ojos, pero el sabio míralas para alcançar sus secretos. Ya después que este buen philósopho estava satisfecho de aver visto todas las cosas de los lacedemonios, acordó tornarse a los thebanos; el qual, como fuesse venido, concurrió a verle y oírle todo el pueblo; porque la vanidad del vulgo es de tal condición, que sigue las invenciones nuevas y aborresce las cosas antiguas. Junto, pues, todo el pueblo, el buen philósopho Phetonio puso en meytad de la plaça una horca, una mordaza, un cuchillo, unos açotes, unos grillos y unas esposas, lo qual hecho, como todos los thebanos no menos se escandalizassen que se espantassen, díxoles esta sola palabra: «Vosotros, los thebanos, me embiastes a los lacedemonios para que supiesse sus leyes y ritos, y a la verdad yo he estado allá más de un año mirándolo todo muy por menudo; porque los philósophos somos obligados a mirar no sólo lo que se haze, pero aun saber por qué se haze. Sabed, thebanos, que ésta es la respuesta de mi embaxada, conviene a saber: que los lacedemonios en esta horca ahorcan a los ladrones, con este cuchillo degüellan a los traydores, con esta mordaza atormentan a los parleros, con estos açotes castigan a los vagabundos, con estos grillos detienen a los sediciosos, con estas esposas atan a los jugadores; finalmente digo que yo no os traygo por escrito las leyes, pero tráygoos los instrumentos con que se conservan las leyes.»

Espantados los thebanos de ver aquellas cosas, dixéronle estas palabras: «Mira, Phetonio, nosotros no te embiamos a los lacedemonios por instrumentos para quitar la vida, sino por buenas leyes para regir la república.» Replicóles a esto el philósopho Phetonio: «O thebanos, hágoos saber que, si supiéssedes lo que sabemos los philósophos, veríades quán fuera están de lo cierto vuestros pensamientos, ca los lacedemonios no son tan virtuosos por las leyes que ordenaron los muertos, quanto por el modo que han hallado para sustentarlas los bivos; porque las cosas de justicia más consisten en esecutarlas y conservarlas, que no en mandarlas ni en ordenarlas. Fácilmente se ordenan las leyes, pero con gran dificultad se executan; porque para hazerlas ay mil, pero para ponerlas en execución no ay uno. Muy poco es lo que sabemos los que somos agora respecto de lo que supieron los antiguos; pero, con mi poco saber, yo me profiero de ordenar tan buenas leyes a vosotros, los thebanos, como las tienen los lacedemonios; porque no ay cosa más fácil que ordenar lo bueno y no ay cosa más común que seguir lo malo. Pero ¿qué aprovecha?, que, si ay quien ordene las leyes, no ay quien las entienda; si ay quien las entienda, no ay quien las esecute; y, si ay quien las esecute, no ay quien las conserve; y, si ay quien las conserve, no ay quien las guarde; y, si ay uno que las guarde, ay mill que

las reprueven; porque sin comparación son más los que murmuran de lo bueno que no los que afean y contradizen lo malo. Vosotros, los thebanos, escandalizásteos porque traxe estos instrumentos; pues hágoos saber que si no queréys horca y cuchillo para conservar lo que fuere ordenado, ternéys la escritura llena de leyes y ternéys la república llena de vicios; porque yo os juro que aya más thebanos que sigan los regalos de Dionisio que no varones virtuosos que sigan las leyes de Licurgo. Si vosotros, los thebanos, desseáys mucho saber con qué leyes los lacedemonios conservan su república, yo vos las diré todas de palabra; y, si quisiéredes leerlas, yo os las mostraré por escritura. Pero esto ha de ser con una condición: que juréys aquí todos en público que sola una vez cevaréys los ojos en leerlas, y cada día emplearéys las personas en guardarlas; porque mayor gloria tiene el príncipe en hazer guardar una sola ley de hecho, que no en ordenar mill leyes por escripto. No avéys de tener en mucho vosotros, los thebanos, dessear ser virtuosos en el coraçón, ni avéys de tener en mucho preguntar por la virtud con la boca, ni avéys de tener en mucho buscarla con los pies. Lo que avéys de tener en mucho es saber qué cosa es ley virtuosa; y, sabida, luego ejecutarla; y, después de executada, trabajar de conservarla; porque no está la suprema virtud en hazer una obra virtuosa, sino en el sudor que se passa por la conservación della.»

Éstas, pues, fueron las palabras que dixo el philósopho Phetonio a los thebanos, los quales, según dize Platón, tuvieron en más las palabras que les dixo que no las leyes que les traxo. Por cierto, en este caso a mi parescer son de loar los de Thebas y es de loar al philósopho y a sus palabras, ca el fin dellos era buscar buenas leyes para vivir, y el fin del philósopho era buscar buenos medios para en la virtud los conservar. Y para esto parescióle ser bueno ponerles delante los ojos la horca y el cuchillo con los otros tormentos; porque los malos muchas vezes se refrenan de lo malo más por miedo del castigo que no porque ellos aman lo bueno. Todo lo sobredicho he querido aquí traer no para más de que vean y conozcan todos los hombres curiosos y virtuosos en quán poco tenían los antiguos el començar, el mediar, ni acabar obras virtuosas, respecto de la perseverancia y conservación dellas.

Viniendo, pues, ya al propósito de lo que mi pluma anda arrodando, pregunto agora yo qué aprovecha que a los príncipes y grandes señores les dé Dios grandes estados, sean muy fortunados en sus casamientos, sean de todos muy acatados, tengan grandes thesoros para sus erederos y, sobre todo, vean sus mugeres preñadas, véanlas después en el parto alumbradas, las madres críen a sus pechos a sus criaturas, en hallar buenas amas sean dichosas. Todo esto aprovecha poco si a sus fijos, ya que crescen, no les dan buenos maestros que les enseñen la Escritura y no los encomiendan a buenos ayos que les enseñen a bivar a ley de cavallería. Los padres que con sospiros rompen los cielos y con oraciones importunan a los santos sólo por aver hijos, devrían primero pensar para qué quieren los hijos; porque muy justo es que se niegue lo que con mal fin se procura.

A mi parescer, el padre devría dessear tener un hijo para que en la vejez le sustente con honra la vida y después de muerto haga que viva su fama. Y si el padre no dessea el hijo para esto, a lo menos deve quererle para que en la vejez honre sus canas y en la muerte erede sus riquezas; pero, según lo que cada día oýmos, pocos hijos hemos visto hazer esto con sus padres en la vejez si sus padres no los criaron bien en la mocedad; porque jamás

se coge buena fruta en la octoñada si no echa buena hoja el árbol en la primavera. Muchas vezes veo a los padres dar crudas quejas de sus hijos, diciendo que les son desobedientes y sobervios, y no paran mientes que ellos mismos son causa de todos aquellos daños; porque el sobrado regalo de la mocedad no es sino agüero de desobediencia en la vejez. Yo no sé los príncipes y grandes señores cómo trabajan y mueren por dexar a sus hijos grandes estados, y por otra parte vémoslos en dotrinar y enseñar a sus hijos que son muy perezosos; porque a la verdad han de hazer cuenta los príncipes y grandes señores que todo queda perdido quanto dexan en poder de algún mal erederero. Los hombres cuerdos, y que en sus consciencias y honras son recatados, deven tener gran advertencia en criar bien a sus hijos y junto con esto mirar muy por menudo a sus hijos si serán capaces de eredar sus estados, y si acaso vieren los padres que sus hijos se dan más a la locura que a la nobleza y criança, entonces mucho me escandalizaría yo si viesse que un honrado padre eligiesse passar la vida con trabajo no por más de dexar mucha hazienda a un hijo loco. Cosa es lastimosa de contar, y no menos es monstruosa de ver, el cuydado que tienen los padres en llegar hazienda y la solicitud y priessa que tienen los hijos en desperdiciarla, y en tal caso yo diría y digo que el hijo es fortunado en lo que ereda y el padre es loco en dexarle lo que le dexa. A mi parescer, son obligados los padres a criar bien a sus hijos lo uno porque son hijos, lo otro porque son sus próximos, y lo otro porque han de ser sus erederos; porque a la verdad con mucha lástima deve tomar la muerte el que dexa mal empleado el sudor de su vida.

Hiarco, historiador griego, en el libro de sus *Antigüedades*, y Sabéllico, en su *General historia*, dizen que al muy famoso y muy antiguo philósopho Solón Solonino vinieron a quejarse un padre de un hijo y un hijo de un padre, en que primero formó la querella el hijo, diciendo estas palabras al philósopho: «Yo me queixo de mi padre a causa que, él siendo rico y yo siendo pobre, él siendo mi padre y yo siendo su único hijo, en vida me ha deseredado y ha procreado un fijo adotivo por erederero, lo qual mi padre no devía ni podía hazer; porque dándome él el ser de carne tan flaca, justo es que me dé hazienda para sustentar su flaqueza.»

A estas palabras respondió el padre: «Yo me queixo de mi hijo, a causa que no me ha sido fijo sino crudo enemigo; porque en todas las cosas desde que nació siempre me ha salido avieso. Y a esta causa yo le deseredé en vida; y holgara que, en quitándole yo la herencia, le quitaran los dioses la vida; porque muy cruel es la tierra pues no le traga vivo al hijo maldito que a su padre haze un desacato. En lo que dize que yo procreé otro hijo de nuevo, yo confieso que es verdad; y en lo que dize que yo le alancé de la herencia siendo engendrado de mi carne propia, a esto respondo que yo no deseredé a mi hijo, pero deseredé a su regalo de mi trabajo; porque no puede ser cosa más injusta que en los sudores y gotas del padre viejo se bañe y se regale el fijo moço y vicioso.»

Replicó el hijo a su padre, y dixo estas palabras: «Yo confieso que a mi padre le he sido enojoso, y también confieso que he vivido muy regalado, pero (hablando la verdad) si yo soy regalado y malo, mi padre tiene la culpa, porque no me doctrinó siendo niño; y, si por esta causa él me echa de la herencia, él me haze gran injusticia, porque el padre que no cría bien a su hijo siendo moço, injustamente le desereda siendo viejo.»

Tornó a replicar a esto el padre y dixo: «Es verdad, hijo, que yo te regalé mucho quando eras pequeño, pero junto con esto bien sabes tú que muchas vezes te doctriné y aun castigué quando eras ya grande; y, si en la niñez no te enseñé doctrina, fue porque en aquella tierna edad no eras capaz de entenderla. Después quando yo te castigava y doctrinava, eras capaz de entenderla, y tenías edad para cobrarla, y aun fuerças para exercitarla; porque do no ay abilidad y fuerças en la persona, en vano enseñan a ninguno doctrina.»

El hijo tornó a replicar y dixo: «Por ser tú viejo y por ser yo moço, por ser tú mi padre y por ser yo tu hijo, por tener tú canas y por carecer yo de barbas, es muy justo seas tú creýdo y sea yo condenado; porque en este mundo muchas vezes lo vemos que la poca auctoridad de la persona le haze perder su mucha justicia. Yo te confieso, padre mío, que quando era niño tú me hazías enseñar a leer; pero no me negarás que, si hazía alguna travessura, que no me la consentías castigar; y de aquí nació que, por dexarme tú hazer todo lo que yo quería siendo niño, te aya sido desobediente siendo ya grande. E dígotte más, que si en este hecho yo tengo culpa, a la verdad de mi culpa tú no tienes desculpa, ca los padres en la tierna edad no han de enseñar a disputar a sus hijos qué cosa son virtudes, sino avezarlos y apremiarlos a que sean virtuosos; porque muy gran bien es que quando los moços venimos en edad de conoscer lo malo, estemos acostumbrados de obrar lo bueno.»

Oýdas, pues, ambas las partes por el philósopho Solón Solonino, dixo estas palabras: «Yo doy por mi sentencia que el padre deste moço, porque no le castigó siendo niño, que carezca de sepultura después de muerto; y mando que el hijo deste padre, porque no creyó y obedeció a su padre quando era ya moço, carezca de la erencia siendo vivo, con tal condición que lo erede su hijo después de él muerto; porque muy injusto sería que la innocencia del hijo fuesse condenada por la malicia del padre. Ítem mando que toda esta hazienda sea depositada en una fiel persona para que dé de comer al padre siendo vivo y haga una sepultura al hijo después de muerto. No sin causa he dado esta sentencia, la qual comprehende a la vida y comprehende a la muerte, ca los dioses no quieren que por un delicto sea doblado el castigo, sino que a unos castigemos en la vida quitándoles la honra o la hazienda, y a otros castigemos en la muerte quitándoles la memoria o la sepultura.» Por cierto fue muy grave la sentencia que dio aquel philósofo, y oxalá lo tuviésemos por juez deste siglo, que yo juro él hallasse oy muchos hijos que deseredar, y aun a muchos padres que castigar; porque no sé cuál es mayor: la desvergüença de los hijos en desobedescer a sus padres, o el descuydo de sus padres en enseñar y castigar a sus hijos.

Cuenta Sexto Cheronense, libro segundo *De dictis philosophorum*, que preguntó un ciudadano de Athenas al philósopho Diógenes, diziendo: «Dime, Diógenes, ¿qué haré para estar bien con los dioses y no estar mal con los hombres; porque muchas vezes oy dezir a vosotros, los philósophos, que es muy diferente lo que los dioses quieren de aquello que los hombres aman?» Respondióle Diógenes: «Más dizes de lo que piensas, en dezir que los dioses quieren uno y los hombres aman otro; porque los dioses no son sino un centro de clemencia y los hombres no son sino un abismo de malicia. Tres cosas has de hazer si quieres gozar del reposo desta vida y conservar con todos tu innocencia: lo

primero, honra mucho a tus dioses; porque el hombre que a sus propios dioses no hiziere servicio en todas las cosas será desdichado. Lo segundo, pon muy gran diligencia en criar bien a tus hijos; porque el hombre no tiene enemigo tan enojoso como es a su propio hijo si es malcriado. Lo tercero, sé agradecido a tus bienfechores y amigos; porque el oráculo de Apolo dixo que todo hombre que fuesse ingrato de todo el mundo sería aborrescido. E dígoté más, amigo, que para esta vida, de todas estas tres cosas, la más provechosa aunque más enojosa es criar el ombre bien a sus hijos.» Ésta, pues, fue la respuesta que dio Diógenes el filósofo a la pregunta que le hizo aquel ciudadano.

Gran lástima es ver a un mancebo la sangre cómo le está herviendo, ver la carne cómo le llama al señuelo, ver la sensualidad cómo le haze reclamo, ver al mundo cómo le está capeando, ver al demonio cómo lo está tentando, ver a los vicios cómo le están combidando; y en todo esto el padre, como si no tuviesse hijo, assí está descuydado (como sea verdad que el hombre virtuoso y anciano, por las pocas virtudes que él tuvo siendo mancebo, podrá imaginar los infinitos vicios de que está cercado su hijo). Si los expertos nunca uviessen sido ignorantes, si los padres nunca uviessen sido hijos, si los virtuosos nunca uviessen sido flacos, si los agudos nunca uviessen sido engañados; no sería maravilla los padres en dar a sus hijos criança uviessen en ellos alguna negligencia; porque la poca experiencia mucho escusa a los hombres de la culpa. Pero, pues tú, que eres padre y primero fueste hijo, eres viejo y primero fuiste moço, y junto con esto primero te enriscó la soberbia, te encenagó la luxuria, te acuchilló la yra, te adormesció la pereza, te derrocó la avaricia, te venció la gula; dime, cruel padre: pues tantos vicios han passado por ti, ¿por qué no pones guarda en el hijo que nació de ti? Y, si no lo hizieres porque es tu hijo, déveslo hazer porque es tu próximo; porque es impossible el moço que es de muchos vicios combatido y no socorrido, que al fin al fin no sea derrocado y aun con infamia de su padre sea vencido. Impossible es sustentarse la carne si no está salada; impossible es vivir el pez fuera del agua; impossible es no se seque la rosa apartada de la espina. Pues tan impossible es que los padres vean por largos tiempos buen gozo de sus hijos si los hijos no son bien criados. Y, encaresciendo más la cosa, digo que, en la sagrada religión christiana, do ay buena criança, siempre se presume aver buena conciencia.

Muy notorio es entre los escritores cómo Eschines el filósofo fue desterrado de Athenas, y se vino con su casa y hijos a morar a Rodas. Y fue la ocasión que él y el filósofo Demóstenes tenían en la república muy grandes diferencias, y los athenienses acordaron de alañar al uno y quedarse con el otro. Y hizieron bien; porque a la verdad de las diferencias de los sabios se suelen levantar las guerras en los pueblos. Este filósofo Eschines, estando allí desterrado en Rodas, entre las otras hizo una oración muy solenne en la qual reprehende mucho a los rodos, a causa que eran muy negligentes en la criança de sus hijos, diziéndoles estas palabras: «Hago saber a vosotros, los rodos, que vuestros antepassados presumían y se preciavan descender de los lidos, los quales lidos sobre todas las naciones eran muy cuydadosos en criar a sus fijos; y desto era ocasión una ley que avía entre ellos que dezía: 'Ordenamos y mandamos que, si un padre tuviere muchos hijos, solamente ereden la fazienda los más virtuosos; y, si no uviere sino uno virtuoso, él lo herede todo; y, si acaso fueren todos los hijos viciosos, todos sean de la erencia alañados; porque los bienes ganados con trabajos no es justo los ereden hijos viciosos'.»

Estas palabras dixo Eschines en el Senado de los rodos; y, aunque dixo otras muchas cosas en aquella oración que hizo, no hazen a este propósito; porque entre los graves escritores pierde mucha auctoridad la escritura quando el auctor sale del propósito que habla.

Que diga la verdad, yo no me maravillo que los hijos de los príncipes y grandes señores sean sobervios, ni me maravillo que sean adúlteros, ni me maravillo que sean golosos: lo uno porque la juventud es madre de la ociosidad; lo otro porque la poca esperiencia les escusa mucho la culpa; lo otro porque, muertos sus padres, no menos se entran en la erencia cargados de vicios que si estuviessen arrodados de virtudes. Si tuviessen por cierto los moços livianos que avían de passar por la ley de los lidos, de manera que no avían de eredar si no fuessen virtuosos, es imposible que alguna vez no se fuessen a la mano y que no osassen afloxar tanto las riendas al mundo; porque mucho más se abstienen de no hazer mal con temor de no perder lo que tienen, que no por amor de hazer lo que deven. Yo no niego que, según la diversidad de los padres, assí son varias las inclinaciones que tienen los hijos, en que unos siguiendo su buen natural son buenos, y otros no resistiendo a sus sensualidades son malos; pero también digo que en este caso haze mucho al caso que el buen padre desde niño enseñe bien a su hijo, de manera que lo malo que le dio naturaleza lo emiende con buena criança; porque muchas vezes la costumbre buena prevalesce contra la inclinación mala.

Los príncipes y grandes señores que quieren ser curiosos en la criança de sus hijos deven informarse de los ayos a qué vicios y a qué virtudes son inclinados sus fijos; y esto ha de ser para favorecerlos en lo bueno y para que se desvelen en yrles a la mano en lo malo; porque no se pierden los hombres quando son grandes sino porque les dexaron hazer lo que querían quando eran pequeños. Sexto Cheronense, en el ii libro *De los dichos antiguos*, cuenta que un ciudadano de Thebas estava un día comprando en la plaça de Athenas muchas cosas, y para la qualidad de su persona las más dellas eran superfluas y muy poco necessarias. Y en este caso no menos son culpados los pobres que los ricos y los ricos que los pobres; porque es tan poco lo que para sustentar la vida es necessario, que no ay hombre que tenga tan poco que, bien mirado, no tenga algo superfluo. Pues como en aquellos tiempos Athenas y su república fuesse luz de toda la Grecia, era ley en Athenas muy usada y muy antigua que ninguna cosa se osasse comprar ni vender sin que primero un filósofo lo uviessse de tassar. Y a la verdad la ley era muy buena, y oxalá en nuestros tiempos fuesse guardada; porque no ay cosa que más destruye a la república que permitir a unos que vendan como tiranos y permitir a otros compren como locos.

Quando comprava todas aquellas cosas el tebano, hallóse presente un filósofo, el qual dixo estas palabras al ciudadano tebano: «Dime, te ruego, hombre de Tebas, ¿para qué gastas tus dineros en lo que ni es necessario para tu casa ni menos es provechoso para tu persona?» Respondióle el tebano: «Hágote saber que yo compro todas estas cosas para darlas a un hijo mío de xx años, el qual nunca cosa hizo que mal me pareciesse, ni cosa me pidió que yo se la negasse.» Respondió a esto el filósofo: «¡O!, bienaventurado tú si, como eres padre, fueras hijo, y lo que el padre dize del hijo, el hijo dixera del padre; pero muy mucho me escandalizo de lo que has dicho; porque fasta los xxv años no ha de saber el hijo contradize a los consejos del padre, ni el buen padre ha de condescender a

los apetitos del hijo. Agora de nuevo te llamo padre malaventurado, pues tú estás al querer del fijo y no está el hijo al querer y parecer tuyo; de manera que perviertes la orden de naturaleza, en que el padre es hijo de su hijo y el hijo es padre de su padre; pero al fin al fin yo te juro por los dioses inmortales que tú llores a solas de que seas viejo lo que con tu hijo reíste quando eras moço.» Aunque las palabras deste philósopho fueron pocas, no ay hombre de juyzio delicado que no juzgue las sentencias ser muchas.

Concluyo con esto en que los príncipes y grandes señores deven mucho encomendar a los ayos de sus hijos que los avezen a desavezarse de seguir sus apetitos, de manera que los descaminen del parecer proprio y los encaminen en el parecer ajeno; porque los hijos de los buenos, en tanto que les dexan hazer su voluntad propria, es impossible que tomen buena criança.

CAPÍTULO XXXIII

Que los príncipes y grandes señores deven mucho guardarse de no criar a sus hijos muy regalados; y que muchas vezes salen los hijos tan malos, que querrían los padres no solo averlos castigado con ásperas disciplinas, mas aun averlos enterrado con lastimosas lágrimas; y de cómo muchos príncipes antiguos fueron muy valerosos no por más de por averse criado en muchos trabajos. Prueba el auctor todo lo sobredicho con notables historias. Es capítulo muy notable para el padre que crió a un fijo muy regalado y después le salió aviesso.

Vemos por experiencia que en los exércitos, según la qualidad de los enemigos, assí se hazen los reparos; y los que navegan, según las mares bravas, assí eligen las naos gruessas; de manera que todos los hombres prudentes, según la calidad del peligro, assí se aperciben del remedio. Muchas vezes con mí mismo me paro a pensar si hallaré algún estado, alguna edad, alguna tierra, alguna gente, algún reyno, algún siglo en el qual algún hombre desta vida aya passado esta vida sin gustar qué cosa es adversa fortuna; porque si el tal hombre se hallasse, pienso que sería monstruosa cosa en toda la tierra y con razón le ternían vivos y muertos embidia. Al fin al fin hallo por mi cuenta que el que era ayer rico, veo oy pobre; al que era sano, le veo agora enfermo; al que ayer se reya, le topé oy llorando; al que estava muy contento, le hallo muy dessabrido; al que estava próspero, vemos agora abatido; finalmente, al que conoscimos vivo, le vemos estar sepultado. Y no es nada estar sepultado sino que está del todo olvidado; porque es tan incierta la amistad umana, que, en cubriendo a un defuncto de tierra, luego le raemos de nuestra memoria.

Una cosa me parece a mí muy trabajosa y que a los hombres cuerdos deve dar mucha fatiga, y es que en este mal mundo no se reparte por igual el trabajo, sino que muchas vezes toda la calamidad humana viene a descargar sobre una persona; porque somos tan mal fortunados, que el mundo nos da los deleytes y plazerres a vista, y nos da los enojos y trabajos a prueba. Llamen oy a un hombre sabio y que en un mediano estado aya vivido; díganle que diga qué es lo que ha passado desde que tuvo edad de tres años, que començó a hablar, hasta los cincuenta años, do se comiença ya a envejecer. Qué cosas nos diría que le han acontecido, conviene a saber, todas las siguientes: enojos con sus hijos,

assechanças de sus enemigos, importunidades de sus mugeres, malos recaudos de sus hijas; enfermedades en su persona, grandes pérdidas de su hazienda; general hambre en su tierra, crudas pestilencias en su patria; grandes fríos en el invierno, enojosos calores en el verano; lastimosas muertes de sus amigos y embidiosas prosperidades de sus enemigos; finalmente han passado tales y tantas cosas, que muchas vezes llorava su triste vida y desseava la dulce muerte. Si estas y otras muchas cosas el mísero hombre ha passado de fuera, ¿qué diría de las que ha passado de dentro?, ¿qué diría de las que ha passado en secreto?; las quales, aunque los hombres discretos las saben sentir, muchas dellas no se saben ni se osan dezir; porque a la verdad los trabajos que passa un cuerpo en cincuenta años puédense contar en un día, pero los que passa un corazón en un día no se contarán en cien años.

No me negará alguno que no tuviésemos por atrevido al que tomasse una caña contra el que viene a él con una lança, y no tuviésemos por loco al que se quitasse los çapatos para caminar por do ay espinas y abrojos; pues sin comparación se ha de tener por muy más loco y atrevido el que piensa que con carnes tiernas ha de prevalescer contra tantas fortunas; porque a la verdad la persona muy delicada con mucha pena passa la vida. ¡O!, ¿cómo se puede llamar bienaventurado el hombre que jamás gustó qué cosa era regalo? Ca los moços que no saben otra cosa sino desde niños ser regalados, ni tienen prudencia para elegir lo bueno, ni tienen fortaleza para resistir lo malo, a cuya causa los hijos de los grandes señores son los que cometen a las vezes mayores desonestidades; porque infalible regla es quanto el hombre se da más a regalo, tanto más le engañan los vicios del mundo. Cosa es mucho de notar, aunque es muy lastimosa de ver, ver a nuestros hombres quán ingeniosos son para inventar cosas de honra, quán animosos son para emprenderlas, quán esforçados son en porfiarlas, quán fortunados son en alcançarlas, quán cuerdos son en sustentarlas y después quán desdichados son en perderlas. Y lo que en este caso da pena es que no se perdió la honra y la hazienda porque en el padre faltó el trabajo, sino porque en el hijo sobró el regalo. Al fin al fin téngase por dicho el hombre rico, que lo que él ganó velando, lo ha de perder su hijo durmiendo.

Una de las notables vanidades que oy ay en los hijos de vanidades es que el amor que tiene el padre al hijo no se le sabe mostrar sino en el regalo que manda hazerle en la vida, y cierto el tal no se puede loar de serle padre piadoso, sino serle padrasto muy crudo; porque no me negará ninguno que en el cuerpo do ay mocedad, libertad, regalo y dinero, allí hazen assiento todos los vicios del mundo. Licurgo el philósopho, gran rey y dador de las leyes a los lacedemonios, ordenó que todos los moços que nascían en las ciudades los llevassen a criar hasta los xxv años a las aldeas. Fue su fin de ordenar esta ley a causa que primero avezassen los moços sus cuerpos a trabajos que no viessen los deleytes delante de sus ojos. Y a la verdad tuvo razón de ordenar esto Licurgo; porque más fácilmente aprende un labrador los vicios de la ciudad, que no un cavallero se aplica a los trabajos de la aldea.

Los ligures, según dize Livio, fue antiguamente una gente amiga de Capua y gran enemiga de Roma, y éstos tenían entre sí una ley que ninguno ganasse sueldo a la guerra si no se uviesse criado en ella, o uviesse sido pastor en la montaña; de manera que por una manera o por otra tuviesse sus carnes cortidas al yelo y al agua para sufrir los

trabajos de la guerra. En el año *ab urbe condita* ccccxl emprendieron los romanos muy gran guerra contra los ligures, contra los cuales fue embiado Gneo Fabricio, de los cuales finalmente triumphó, y otro día de su triumpho dixo estas palabras en el Senado:

«Padres Conscriptos, yo he tenido guerra con los ligures cinco años continuos, y por los inmortales dioses juro que en todo este tiempo no se passó semana en la qual no uviésemos batalla o una peligrosa escaramuça; y (lo que más es de maravillar) que jamás sentí en aquellos bárbaros algún miedo o flaqueza para que los pusiesse en necessidad de pedir paz a Roma. Proseguían estos ligures con tanta ferocidad aquella guerra, a que muchas vezes nos quitavan la esperança de alcançar dellos victoria; porque entre los poderosos exércitos el sobrado esfuerço de los unos siempre pone gran temor en los otros. E quiero deziros, Padres Conscriptos, otra cosa, para que tome della exemplo la juventud romana, y es ésta. Como aquellos ligures desde niños son pastores y acostumbran sus carnes por los campos a los trabajos, son tan señores de sí mismos, que, siendo aquella tierra peligrosa de nieves y enojosa de calores, por el dios Apolo juro por espacio de cinco años no vimos ni a solo uno dellos llegarse a la lumbre en el invierno, ni menos vimos assentarse a la sombra en el verano. No penséys, Padres Conscriptos, he querido dezir esto en vuestro Senado a causa que tengáys en más mi triumpho. Dígolo a fin que tengáys gran vigilancia en vuestra gente de guerra para que esté siempre ocupada y no la dexéys andar ociosa; porque los exércitos romanos más peligro corren en ser vencidos de los vicios que no en ser de los enemigos combatidos. E por tomar la cosa desde más lexis, paréceme que se devría proveer y mandar que no fuessen osados los hombres ricos criar a sus hijos viciosos ni regalados; porque al fin al fin imposible es que las carnes muy regaladas alcancen con sus manos muchas victorias. Muévome, Padres Conscriptos, a dezir lo que digo para que sepáys cómo los ligures no fueron vencidos con la fuerça romana, sino que les fue la fortuna contraria; y como no ay cosa en que más muestre su mutabilidad la fortuna que es en las cosas de la guerra, parésceme, aunque pues agora los ligures están destruydos y vencidos, los devéys en buen amor tomar por confederados; porque no procede de sano consejo cometer muchas vezes a la fortuna lo que se puede hazer por concordia.»

Es auctor de lo sobredicho Junio Prato, libro iii *De concordia regnorum*, y dize allí que el capitán Gneo Fabricio no menos fue tenido por cuerdo y sabio en lo que dixo que por esforçado en lo que hizo.

Antiguamente, los de las yslas Baleares, que agora se llaman Mallorca y Menorca, aunque no eran tenidos por sabios, sino por muy bárbaros, a lo menos en criar a sus hijos no eran descuydados; porque assí los emponían en los trabajos desde niños, y assí aprobavan en los exércitos que los de Carthago davan cinco prisioneros de Roma por un esclavo de Mallorca. Dize Diodoro Sículo que en aquellas yslas las madres no davan pan a sus hijos con la mano propria, sino que lo ponían encima del tejado, o encima de una peña; de manera que los niños pudiessen ver el pan con los ojos, pero no alcançarlo con las manos; y, quando los niños querían de aquel pan comer, primero a hondadas lo avían de derrocar. Aunque la obra y exercicio era de niños, la invención fue de altos varones, y de aquí se les siguió a los baleares ser tenidos por muy valerosos hombres, assí en las

fuerças para luchar como en las hondas para tirar; porque assí jugavan a tirar a blanco con la honda como juegan agora con la ballesta.

Los hombres de la Gran Bretaña, que agora por otro nombre se llama Inglaterra, no podemos negar que entre los bárbaros no fueron muy bárbaros, pero junto con esto emos de confessar que, después de algunos tiempos, su reyno entre todos los reynos fue uno de los más nombrados reynos, atanto que los romanos muchas vezes dellos fueron vencidos; porque el tiempo haze tantas mudanças en todas las cosas, que aquéllos que en un tiempo los conocimos grandes señores, dende a poco tiempo los vimos hechos esclavos. Dize Herodiano en la *Historia de Severo, Emperador de Roma*, que, estando un embaxador de Bretaña en Roma, como acaso le diessen un día en el Senado una mala respuesta, dize que les dixo esta palabra, y aun no con poca osadía: «A mí me pesa que no queréys aceptar la paz, y a mí me pesa que no queréys otorgar la tregua, lo qual todo será para mayor justificación de nuestra guerra; ca, después de emprendida la guerra, no podrá tomar cada uno sino la suerte que le diere ventura; porque al fin las carnes delicadas de Roma bien saben si cortan las espadas de Bretaña.» Dize la *Historia Británica* que aquella tierra es muy fría, y que se yela en ella muchas vezes el agua, y que tenían por costumbre las mugeres de llevar a sus hijos a do estava el agua elada, y, quebrantando con una piedra el hielo, con los mismos yelos fregavan el cuerpo del niño. El fin porque estos bárbaros fregavan con yelos las carnes de sus hijos era a causa de tornarles los cueros duros para sufrir los trabajos, y a la verdad tenían razón; porque no quiero yo mayor penitencia para los hombres muy regalados que verlos en el invierno metidos en las chimineas, y verlos en el verano echados por las sombras. Siendo esto verdad como es verdad (digo lo que dezimos de los britanos), razón tiene Julio César en que le creamos lo que dize en sus *Comentarios*, conviene a saber: que passó grandes peligros hasta que domó a estos britanos; porque tan fácilmente se metían y ascondían ellos en una laguna de agua elada como un hombre cansado se echa a una buena sombra.

Según dize Lucano, y Apiano Alexandrino, entre las otras naciones que vinieron a socorrer al gran Pompeyo en la Pharsalia fueron los masságetas, los quales dizen que quando niños les dan leche de dromedarios a mamar y les dan pan de bellotas a comer, y esto hazían aquellos bárbaros por tener las carnes más rezias para trabajar y por tener las piernas más ligeras para correr, y en esto no los podemos llamar bárbaros, sino hombres cuerdos; porque el hombre que come mucho impossible es que sea ligero.

Viriato, que de nación fue español, y fue rey de los lusitanos, y fue gran competidor y enemigo de los romanos; fue tan venturoso en la guerra y tan valeroso en su persona, que, experimentando los romanos por espacio de xiii años que era invencible en la guerra, acordaron de matarle con ponçoña. Y, quando llegó la nueva a Roma que Viriato era muerto, hízose mucha alegría en todo el Imperio Romano, y en parte los romanos tenían razón; porque si Viriato no perdiera la vida, jamás los romanos enseñorearan a España. Junio Rústico, en su *Epítoma*, dize que este Viriato en su niñez se crió pastor guardando vacas a la ribera del río de Guadiana; después que era ya algo mayor, dióse a robar y a saltar caminos; ya que era en edad de xl años, vino a ser rey de los lusitanos, y esto no por fuerça, sino porque fue elegido por ellos; porque los plebeyos, quando se ven de sus enemigos cercados, a los hombres esforçados eligen, que en ser que sean viciosos no

miran. Si no me engañan los historiadores antiguos, quando Viriato era ladrón, traía consigo por lo menos cien ladrones, los quales andavan calzados con çapatos de plomo, de manera que quando avían de huyr cada uno los llevaba; y desta forma, como traían los pies cargados de plomo entre día, corrían como ciervos de noche; porque ésta es regla general, que quanto más estuvieren desañudadas las coyunturas, tanto más quedaran para correr ligeras las piernas.

En el libro *De los hechos de los longobardos* dize Paulo Diáchono que antiguamente los capuanos tenían por inviolable ley que los padres a sus hijos hasta que ya fuessen casados ni les davan cama para dormir, ni les dexavan assentarse a su mesa a comer, sino que comían en las manos y dormían en los poyos y suelos, y de verdad la ley era sanctíssima; porque el reposo y descanso no se inventó para moço que aún no tiene barbas, sino para el viejo podrido cargado de canas.

Quinto Cincinato fue segundo dictador de Roma, y a la verdad en merecimiento fue el primero emperador de la tierra. Este excellentíssimo varón fue con tanto trabajo criado, que le hallaron con los callos en las manos, y con el arado en los braços, y con el sudor en la cara quando le buscaron para ser dictador de Roma; porque los antiguos mejor se hallavan ser mandados de los que no sabían sino arar por los campos, que no de aquéllos que no sabían sino holgar por los pueblos.

Calígula, iiii Emperador que fue de Roma, dizen que fue criado con tanta costa y regalo quando niño, que dudavan en Roma quién gastava más: su padre, Drusiano Germánico, en la guerra con los exércitos, o Calígula, su fijo, en la cuna con los regalos. Dicho esto, torno aora yo a preguntar a los príncipes y grandes señores de qué parcialidad querían ser: de la de Quinto Cincinato, que por su esfuerço ganó tantas tierras estrañas, o de la parcialidad de Calígula, que aun en las torpedades no perdonó a sus hermanas propias. A mi parecer, aquí muy clara está la respuesta, conviene a saber: la bondad del uno y la maldad del otro; porque Quinto Cincinato no uvo batalla que no venciesse y el maldito Calígula no uvo vicio que no inventasse.

Suetonio Tranquillo, en el segundo libro *De los Césares*, dize que el Emperador Augusto César, quando sus hijos entravan en el alto Capitolio, do se juntava el Senado, si acaso (quando en el Senado entravan aquellos moços) los senadores se levantavan de la silla, o les hazían alguna medida, recibía el Emperador dello mucha pena y retraíaselo de palabra. Acaso como un día en el Senado le dixessen por qué con sus hijos era desamorado, dizen que respondió esta palabra: «Si mis hijos fueren buenos, ellos se assentarán do yo estoy assentado; pero si fueren malos, no quiero que su maldad auctorize el Senado; porque la auctoridad y gravedad de los buenos no se ha de emplear en servir ni auctorizar a los malos.»

El xxvi Emperador de Roma fue Alexandro, el qual (aunque mancebo por sus virtudes) fue tan estimado entre los romanos, como lo fue el Magno Alexandro entre los griegos. Pues no diremos que a este buen Emperador la larga experiencia le hizo acertar en la governación de la república; porque, según dize Erodiano, libro sexto, el día que le alçaron por emperador los exércitos era tan pequeño, que le llevavan en braços los suyos.

Este fortunado Emperador tuvo una madre que avía nombre Mamea, la qual le dio tan buena criança, que tenía guardas en torno de su palacio, para que no entrassen hombres viciosos a conversar con su hijo. Y no se tenga en poco tener aquella romana este cuydado; porque muchas vezes los príncipes de su proprio natural son buenos, y sola la mala conversación les haze ser malos. Teniendo, pues, como tenía esta excellente muger tanta guarda para que los truhanes no entrassen a dezir lisonjas, ni los maliciosos a dezirle mentiras, acaso díxole un día un romano: «No me parece muy justo, excellente princesa, que pongas mucha guarda en tu hijo, y por otra parte te descuydes de la guarda del Imperio; porque los príncipes no han de estar tan retraýdos, que sea más fácil aver con los dioses audiencia que no hablar con ellos una sola palabra.» Respondió a esto la Emperatriz Mamea: «Los que tienen cargo de gobernar a los que gobiernan, sin comparación han de temer más a los vicios del rey que no a los enemigos del reyno; porque los enemigos acábanse en una batalla, pero los vicios duran por toda la vida, y al fin los enemigos no destruyen sino las possessions de la tierra, mas el príncipe vicioso destruye las buenas costumbres de la república.» Esto fue lo que respondió aquella generosa romana. Por estas historias que he contado, y por otras muchas que dexo de contar, podrán conocer todos los hombres virtuosos cuánto les va en criar a sus hijos con trabajos o criarlos con regalos; pero desde aora adevino que los que esto leyeren loarán que está bien escrito, y junto con esto continuarán en el hijo el regalo; porque los hombres que leen mucho y obran poco son como las campanas, que tañen para que vengan otros a la iglesia y jamás ellas entran en missa.

Dexado aparte lo principal (que es el servicio de Dios, y la honra del padre, y el provecho del hijo), sólo porque no saliessen enfermos devrían los padres apartar de regalo a sus hijos; porque a la verdad los hijos muy regalados por la mayor parte siempre salen muy enfermizos. Qué cosa es ver a un hijo de un labrador el sayo sin agujetas, la camisa rota; los pies descalços, la cabeça sin bonete; el cuerpo sin cinto; el verano sin sombrero, el invierno sin capa; de día arando, de noche apacentando el ganado; comiendo pan de centeno, dormiendo encima de un poyo; y con todo este trabajo está el moço tan sano y tan bueno, que pone a todos desseo de tenerle por fijo. Lo contrario acontece con los hijos de los señores. Qué cosa es ver a un hijo de un rico criarle entre doblados pañales de Olanda; hecha de nueva manera la cuna; por amor de la leche hazen mil regalos a la ama; si acaso enferma la criatura, múdanle el ama, o pónenla en dieta; el padre y la madre no duermen de noche ni de día; traen desvelada toda la casa; no le dexan comer sino çumos de gallinas; para que no caya por las escaleras traen sobre él gran guarda; no pide el niño una cosa quando ya se la tienen traýda; finalmente no emplean el tiempo sino en servirles, no emplean las riquezas sino en regalarlos, no emplean los ojos sino en mirarlos y no emplean los coraçones sino en amarlos. Pues yo les juro que los que emplean las riquezas en regalarlos, algún día empleen los ojos en llorarlos.

Qué cosa es ver a un hombre vano el armonía y gastos que haze en criar a un hijo, en especial si el hombre es un poco viejo y a desseo le nació el hijo, en que a las vezes desperdicia tanta hazienda en criarle, que muchas vezes después le falta para casarle. Y lo peor de todo es que lo superfluo que allí gasta tiene por bien empleado, y dar un pedaço de pan a un pobre tiene por superfluo. Pues ¿es verdad que por gastar mucho los padres, por ser muy cuydadosas las madres, por ser muy regaladas las amas, por ser muy solícitos

los siervos, que por esto están más sanos los niños? Por cierto, no, sino que quanto más los curan, más enferman; quanto más comen, más enflaquecen; quanto más los regalan, tanto más se empeoran; quanto más gastan, tanto menos aprovechan. Y esto todo no es sin gran permissão de la providencia divina; porque no quiere Dios que valgan más los pañales de los niños que los vestidos de los pobres. No sin muy profundo misterio cría y guarda Dios a los fijos de los pobres y no permite que se críen los hijos de los ricos; porque el pobre cría a su hijo sin perjuzio del rico y en provecho de la república, y el rico cría a su hijo con el sudor del pobre y en daño de la república. Pues si esto es assí, como de verdad es assí, muy justo es que muera el lobo que nos come, y viva la oveja que nos viste y mantiene.

Muchas vezes los padres no quieren con aspereza dar buena criança a sus hijos, diciendo que aún son niños y que les queda harto tiempo para ser doctrinados, y aun para mayor escusa de su error afirman que corre peligro la salud del niño quando desde niño muy niño es castigado. Con este descuydo que tienen los padres de los fijos, permite después Dios que salgan tan escandalosos en la república, tan infames a sus parientes, tan inobedientes a sus padres, tan malignos en sus condiciones, tan aviessos en sus costumbres, tan inábiles para la sciencia, tan incorregibles en la disciplina, tan inclinados a la mentira y tan émulos de la verdad, en que quisieran sus padres no sólo averlos castigado con ásperas disciplinas, pero aun holgaran de averlos enterrado con lastimosas lágrimas.

Otra cosa ay en este caso muy digna de notar, y muy más digna de llorar, y es que los padres y las madres, so color que los niños son graciosos, críanlos parleros y chocarreros, la qual cosa después andando el tiempo redundá en gran infamia del padre y muy sobrado peligro del fijo; porque al hombre moço que crían como truhán quando niño, en obligación queda de ser loco quando viejo. Si es malo esto que he dicho, muy peor es esto que quiero dezir, y es que los padres y las madres (y si no, los ayos y las amas) enseñan a los hijos a dezir algunas torpedades y no muy castas palabras, las quales en la edad de los niños no se sufre dezirlas, ni menos en la gravedad de los viejos se permite oýrlas; porque no avría hombres desvergonçados si no consintiessen a los niños que fuessen parleros.

Los hombres que tienen cargo de criar hijos de buenos deven mucho advertir en que los tengan muy subjectos y temerosos, y no deven contentarse con que digan sus padres que están contentos; porque los padres, con el amor desordenado que tienen a los hijos, ni paran mientes si son parleros, ni si son mal criados. E, si aconteciesse como suele acontecer, que el padre fuesse a la mano al maestro para que no le castigasse, en tal caso si el maestro es hombre cuerdo, no menos deve amonestar y reprehender al padre que castigar y yr a la mano al hijo; y, si no aprovechar esto, aconséjole que dexé el cargo; porque los hombres que son de vergüença, después que se pusieren en una cosa o han de perder la vida o han de salir con ella.

No quiero negar que los hijos de los príncipes y grandes señores no sea razón que en su criança y niñez no devían ser mejor tratados y más acatados que no los fijos de los plebeyos y rústicos; porque más delicadamente se cría la palma que dá dátiles que coman

los hombres, que no la enzina que da bellotas que coman los puercos. Guárdense los príncipes y grandes señores que no sea el regalo que hazen a sus hijos en tan excesivo modo, ni sea tampoco por tanto tiempo, que después, quando quisieren yr a la mano al moço, le tenga ya infistolado el mundo; porque los hijos muy regalados o son desobedientes a sus padres, o son enfermos en sus cuerpos, o son en sus costumbres viciosos, de manera que sus padres harían mejor enterrarlos vivos que no criarlos viciosos.

CAPÍTULO XXXIV

Que los príncipes y grandes señores deven ser muy solícitos en buscar ayos para sus hijos; y de diez condiciones que han de tener los buenos ayos para que sean suficientes de tomar a cargo hijos de buenos; y de honze preguntas que hizieron en Athenas a un philóopho thebano; y de un officio que avía en Roma, y el que le tenía era obligado a buscar y castigar a todos los moços que andavan por Roma perdidos. Es capítulo muy notable para el padre que tiene un hijo muy querido y que le quiere buscar un buen maestro.

Quando aquel Fin que es sin fin quiso dar principio al mundo, ésta es la orden que tuvo en criarlo. El domingo crió el cielo y la tierra; el lunes crió el firmamento; el martes crió las plantas; el miércoles crió el sol y la luna; el jueves crió las aves en el ayre y los peces en la mar; el viernes crió a Adán y a Eva, su muger. Y de verdad en lo que crió, y cómo lo crió, se mostró Dios como Dios, en que luego que acabó la casa, luego puso caseros en ella. Dexando al Criador y hablando de las criaturas, vemos por experiencia que un padre de compañías, en plantando una viña, luego le haze un valladar porque ganados no le coman las cepas; y, desde que es mayor la viña, luego le ponen un viñadero porque no le coman caminantes las uvas, de manera que por pequeño que sea el majuelo, o le cerca valladar, o le guarda viñadero. El hombre rico y que en las mares tiene trato, después que ha hecho una nao gruesa y le ha llegado a seys mil ducados la costa, si el tal es hombre cuerdo, primero busca hombre que la rija que no mercaduría con que la cargue; porque en las peligrosas tormentas poco aprovecha que el navío sea grueso si el piloto no es muy sabio. El padre de las compañías que tiene muchas vacas y ovejas, y aun tiene montes y dehesas para apacentarlas, no sólo busca pastores que las guarden, pero aun busca perros que las ladren y haze corrales donde duerman; porque el sueño de los pastores y la hambre de los lobos no son sino buytrera de ganados. Los valerosos y grandes señores que en fronteras de enemigos tienen fortalezas siempre buscan alcaydes esforçados y fieles para guardarlas; porque de otra manera menos mal es que la fortaleza se derrueque por el suelo, que no que venga a poder de sus enemigos.

Por las comparaciones sobredichas no avrá persona discreta que no entienda a dó va a parar mi pluma, conviene a saber: dezir y provar cómo los hombres que tienen hijos muy queridos, junto con esto tienen estrema necessidad de tener buenos ayos para criarlos, ca la palma, quando es pequeña, fácilmente la quema la elada. Quiero dezir que el moço que desde niño no tiene maestro muy fácilmente le engaña el mundo. Si el señor es cuerdo, no ay señor que tenga fortaleza tan estimada, ni tenga nao tan generosa, ni tenga ganado tan

provechoso, ni tenga viña tan fructífera; que no estime en más tener un hijo bueno que a todas estas cosas, y aun a otras mejores que ay en el mundo; porque el buen padre ha de amar a sus hijos como a cosa propia y a todo lo demás como a bienes de fortuna. Si esto es assí (como es assí), pues para conservar el ganado buscan buen pastor, para guardar la viña buscan buen viñadero, para gobernar la nao buscan buen piloto, para defender la fortaleza buscan buen alcayde, ¿por qué para criar a sus hijos no buscan hombres sabios y cuerdos? ¡O!, príncipes y grandes señores, ya lo tengo dicho y de nuevo torno a dezir, que si trabajáredes un año por dexar a vuestros hijos ricos, sudéys cincuenta años por dexarlos bien criados; porque muy poco aprovecha llevar mucho trigo al molino si el molino está desbaratado. Quiero dezir que en vano se allega y se dexa mucho thesoro quando el hijo que lo ereda en gastarlo no tiene juyzio. No se tenga en poco saber fazer elección de un buen ayo, ca muy cuerdo es el príncipe que le busca y muy bienaventurado es el príncipe que le halla; porque a mi parecer no es de las pequeñas empresas del mundo obligarse uno a criar bien al príncipe eredero.

Según dize Séneca, el hombre sabio todas las cosas ha de comunicar con su verdadero amigo, pero primero ha de saber qué tal es aquel amigo. Quiero dezir que el padre cuerdo para todos sus hijos ha de buscar un buen ayo y encomendarlos todos a aquel ayo, pero conviene que primero sepa qué tal es y quién es aquel ayo; porque harto es de simple el hombre que compra y paga una bestia sin que primero la vea y aun la prueve si es manca. Muchas y muy graves condiciones y costumbres ha de tener el que a los príncipes y hijos de grandes señores ha de criar, ca de una manera se crían los árboles delicados en las huertas y de otra manera se crían los árboles silvestres en las montañas. Será, pues, el caso, que pornemos aquí algunas condiciones que han de tener los ayos que han de criar fijos de buenos, las quales serán causa de dar a ellos mucha honra y a sus discípulos salir con buena criança; porque la gloria del discípulo toda redunda en honra de su maestro.

Lo primero, es necessario que el que ha de ser ayo de algún hijo de bueno, en la edad que ha, ni pierda por carta de más, ni pierda por carta de menos, de manera que ni passe de los sessenta ni abaxe de los quarenta años; porque, teniendo el ayo poca edad, ha vergüença de mandar; y, si tiene muchos años, no puede castigar.

Lo segundo, es necesario y muy necesario que los ayos y maestros sean muy honestos; y esto no sólo quanto a la pureza de la conciencia, pero aun quanto a la exterior limpieza de la vida; porque imposible es, siendo el maestro dissoluto, que sea el discípulo recogido.

Lo tercero, es necesario que los ayos o maestros de los príncipes y grandes señores sean hombres muy verdaderos, no sólo en sus palabras que hablan, pero aun en las contrataciones que tratan; porque (hablando la verdad) la boca que siempre está llena de mentiras, injusto es que la pongan por maestra de verdades.

Lo quarto, es necesario que los ayos o maestros de los príncipes y grandes señores sean de su natural largos y dadivosos; porque muchas vezes la cobdicia y avaricia de los ayos emponçoña a los coraçones de los príncipes a ser codiciosos y avaros.

Lo quinto, es necesario que los ayos o maestros de los príncipes y grandes señores sean muy moderados en las palabras y muy resolutos en las sentencias, de manera que deven enseñar a los infantes que hablen poco y escuchar mucho; porque muy estremada virtud es en el príncipe que escuche con paciencia y responda con prudencia.

Lo sexto, es necesario que los ayos o maestros de los príncipes y grandes señores sean hombres cuerdos y muy asentados, de manera que con la madurez y reposo del maestro se enfrente el brío y la liviandad del discípulo; porque no ay igual pestilencia en los reynos que ser los príncipes moços y ser los ayos livianos.

Lo séptimo, es necesario que los ayos de los príncipes y grandes señores sean en las escrituras divinas y humanas muy leýdos, de manera que lo que el ayo enseñare al príncipe por palabra, se lo muestre en la escritura averlo hecho otros príncipes por obra; porque los coraçones humanos más se mueven con los exemplos de los passados que no con las palabras de los presentes.

Lo octavo, es necesario que los ayos de los príncipes de los vicios de la carne no sean notados, ca los moços, como son moços y naturalmente son de la carne combatidos, ni tienen fortaleza para ser castos, ni tienen prudencia para ser cautos; y a esta causa es necesario que sus maestros sean muy limpios; porque jamás será el discípulo casto, viendo que su maestro es vicioso.

Lo nono, es necesario que los ayos o maestros de los príncipes y grandes señores sean bien acondicionados, a causa que muchas vezes, como los hijos de los señores son regalados, siempre toman algunos malos siniestros, los quales sus ayos les han de quitar más con la conversación buena que no con la disciplina áspera; porque no pocas vezes acontece de ser el ayo mal acondicionado no ser el príncipe amoroso.

Lo décimo, es necesario que los ayos de los príncipes y grandes señores no sólo ayan visto y leýdo muchas cosas, pero aun que ayan experimentado varias fortunas. Y la razón es que, como los hijos de grandes señores, de que les dé Dios estados, han de hablar a muchos, responder a muchos y tratar con muchos, esles muy provechoso tratar con hombres expertos; porque al fin al fin el hombre experimentado a todos tiene ventaja en consejo.

Estas diez reglas he querido poner en esta mi escritura para que los padres las tengan en su memoria quando buscaren ayos que críen como han de criar a sus hijos, que a mi parecer mayor culpa tiene el padre en buscar mal maestro que no tiene el maestro en sacar mal discípulo; porque si yo eliió mal xastre, mi culpa es que se estrague la ropa. Caso que los romanos en todas las cosas fueron muy complidos, la cosa de que más les tengo embidia es la muy buena criança que davan a los hijos de los buenos en Roma; porque a la verdad imposible es en ninguna ciudad aver buena república si en doctrinar y castigar a los moços no se pone diligencia.

Sabéllico en sus *Rasodias* dize que en el año de ccccxv de la fundación de Roma, siendo cónsules Quinto Servilio y Lucio Gémino, estando en la guerra contra los volscos el muy

venturoso capitán romano Camillo, levantóse en Roma una muy gran diferencia entre el pueblo y entre los cavalleros, y esta diferencia era sobre el proveer de los oficios; porque muy antigua querella es en las grandes repúblicas, en los cavalleros sobrarles sobervia para mandar y en los plebeyos faltarles la paciencia para obedescer. Querían, pues, los cavalleros que se criasse un tribuno militar en el Senado, el qual hablasse en nombre de todos los cavalleros absentes y presentes; porque dezían ellos que, estando como estaban siempre en la guerra, quedava en poder de los plebeyos toda la república. Los plebeyos, por otra parte, importunavan y pedían que se criasse de nuevo un oficio, el qual tuviesse cargo de ver y examinar cómo se criavan los moços en el pueblo; porque los plebeyos acusavan a los cavalleros que, como ellos estaban lo más del tiempo en la guerra, andavan sus hijos perdidos por Roma.

Acordóse por entonces que se criasse un tribuno militar, el qual en auctoridad y dignidad fuesse igual con los senadores, y que éste representasse el estado de los militares; pero este oficio no duró más de quatro años en Roma, conviene a saber: hasta que bolvió Camilo de la guerra; porque las cosas que sobre razón no se fundan, ellas mismas de suyo caen. Todavía los cavalleros romanos porfiavan que les guardassen su preeminencia; por otra parte contradézíalo todo el común de Roma. Finalmente el buen capitán Camillo llamó a todos los cavalleros y díxoles estas palabras:

«Yo tengo muy gran vergüença que la grandeza de los cavalleros romanos se tengan en tan poco que se abatan a competir con los míseros plebeyos; porque a la verdad no gana tanta honra el grande en vencer al pequeño, quanta gana el pequeño en competir con el grande. Digo que me pesa desta competencia que ay entre los unos y entre los otros en Roma; porque para salir los cavalleros con vuestra honra, o los avéys de vencer, o los avéys de matar. Vencerlos no podéys, porque son muchos; matarlos no devéys, porque al fin son vuestros. Y para esto no ay otro igual remedio que es dissimularlo, porque los negocios que no sufren fuerça, ni tienen justicia, el último remedio es salir dellos por maña. Los dioses inmortales no criaron a los cavalleros romanos para gobernar pueblos, sino para conquistar reynos. Y torno a dezir que no nos criaron para enseñar leyes a los nuestros, sino para dar leyes a los estraños. Y, si somos hijos de nuestros padres y imitadores de los romanos antiguos, no nos contentaremos con mandar a Roma, sino mandar a los que mandan a Roma; porque el corazón del verdadero romano en poco ha de tener verse señor del mundo si sabe que aún ay de conquistar otro mundo. Vosotros criastes este oficio de tribuno militar estando nosotros en la guerra, del qual no ay agora necesidad, pues estamos en la paz; y es mi voluntad que no le aya más en la república, y muéveme a hazer esto en ver que, según lo que merece la cavallería romana, no ay riqueza ni dignidad en Roma con que pueda ser pagada. E si ser tribuno militar tenéys por honra, pues todos no podéys tenerla, parésceme que devéys carecer todos della; porque entre los hombres generosos y aun plebeyos pocas vezes se sufre con paciencia que lo que ganaron y merecen muchos lo tenga y se lo goze uno solo.»

Cuenta esta historia el sobredicho Sabéllico, y acota por auctor a Pulión, libro quinto *De officijs Rome*, y dize que por esta buena obra que hizo Camillo en Roma (conviene a saber: poner paz entre los mayores y menores) fue tan amado de los romanos, quan temido de los enemigos; y no sin muy justa causa, porque a mi parecer de mayor

excellencia es poner una paz entre los suyos que no robar y matar a los extraños. Cerca deste oficio de tribuno militar sobre que uvo tan gran diferencia en Roma, no sé cuál fue mayor: la temeridad de los cavalleros en procurarlo, o la cordura de Camillo en deshazerlo; que a la verdad el arte de cavallería más se inventó para defender la república que no para estarse en su casa y tener cargo de la justicia; porque al buen cavallero mejor le parece que esté cargado de armas para resistir a los enemigos, que no que esté arrodado de libros para determinar pleytos.

Tornando, pues, al propósito de lo que los plebeyos se quexaban de los militares, ordenóse en conformidad de todos que se criasse un oficio en Roma que tuviesse cargo el que le tuviesse de andar por toda Roma a ver y saber cuáles eran los que no davan a sus hijos criança, y si acaso hallavan algún fijo de vezino que fuesse mal disciplinado, castigavan al hijo y desterravan al padre. Y cierto el castigo era muy justo; porque mayor pena merece el padre por lo que consiente que no merece el hijo por las travessuras que haze. Quando Roma era Roma y de todo el mundo era loada su república, al más anciano y más virtuoso romano eligían para este oficio, conviene a saber: ser general visitador de los moços del pueblo. Parece esto ser verdad en que aquella persona que tenía este oficio ogaño, esperaba ser cónsul o dictador o censor otro año, como se vio en Marco Porcio, el qual, de ser veedor o corrector de los moços, suscedió en ser censor o justicia de los pueblos; porque los romanos no fiavan el oficio de justicia sino de hombre que de todos los oficios tenía experiencia.

Patricio Senense, en el libro de su *República*, dize que la ciudad de Carthago, antes que entrassen en ella las guerras de Roma, era ciudad assaz bien generosa y de muy concertada república, pero es ya antiguo privilegio de la guerra que mata las personas, consume a las haziendas y, sobre todo, engendra passiones nuevas y destruye las buenas costumbres antiguas. Tenían, pues, por costumbre los carthaginenses que los niños (en especial los fijos de los hombres honrados) se criassen en los templos desde los tres hasta los doze años; desde los doze hasta los veynte deprendían oficios; desde los veynte hasta los veynte y cinco en la casa militar enseñávanles cosas de guerra. Cumplidos ya los treynta años entendían en sus casamientos; porque era inviolable ley entre ellos que por lo menos no se casassen sin que el moço uviessse treynta y la moça veynte y cinco años. Ya después que eran casados, dentro de un mes avían de presentarse en el Senado, y allí avían de elegir en qué oficio y estado querían vivir, conviene a saber: si quería servir en los templos, o seguir la guerra, o navegar por la mar, o ganar de comer por la tierra, o seguir el oficio que avía aprendido. Y el estado y oficio que tomava aquel día, en aquél avía de perseverar toda su vida, y a la verdad la ley era buena; porque de mudar todos oficios y estados viene aver en el mundo tantos hombres perdidos.

Todos los excellentes y grandes príncipes antiguos todos tuvieron muy grandes philósophos por maestros. Parece esto ser verdad, porque el rey Darío tuvo por maestro al philósopho Lichanio; el Magno Alexandro tuvo por maestro al gran philósopho Aristóteles; el rey Astagerges tuvo por maestro al philósopho Tíndaro; el muy venturoso capitán de los athenienses, Palimón, tuvo por maestro y precetor al philósopho Xenóchrates; Xemíades, único rey de los corinthos, tuvo por maestro suyo y por ayo de sus hijos al philósopho Chilo; Epaminundas, príncipe de los thebanos, tuvo por maestro

suyo, y aun por consejero, al filósofo Maruto; Ulixes, el griego, según dize el poeta Homero, tuvo por maestro y por compañero en sus trabajos al filósofo Cathino; Pirro, rey que fue de los epirotas y gran defensor de los tharentinos, tuvo por su maestro y coronista al filósofo Arthemio, del qual dize Cícero, *Ad Athicum*, que tuvo más aguda la lança para pelear que no cortada la pluma para escrever; el gran rey Tholomeo Philadelpho no sólo fue discípulo de los más señalados filósofos griegos, pero aun después que fue rey embió por setenta y dos filósofos ebreos; Ciro, rey de Persia, el que destruyó a la gran Babilonia, tuvo por maestro al filósofo Prístico; Octavio Augusto, segundo Emperador que fue de Roma, entre otros tuvo por maestro a un filósofo y poeta muy insigne que avía nombre Polemio; Trajano, el Emperador, tuvo por maestro a Plutharco, el qual no sólo lo doctrinó en la infancia, mas aun le escribió un libro en cómo avía de gobernar a sí y a la república. Por estos pocos exemplos que he contado, y por otros muchos que dexo de contar, podrán ver los príncipes de los tiempos presentes qué solicitud tenían en dar buenos ayos y maestros a sus fijos los príncipes de los tiempos passados.

¡O!, príncipes y grandes señores, pues los que soys agora no menos presumís que presumieron los que fueron antes, querría que mirásedes quién sublimó a aquéllos a tanta grandeza y quién les hizo de sí dexar tan eterna memoria; porque a la verdad los hombres generosos no alcançaron la fama por el regalo que tuvieron en los vicios, sino por el trabajo que sufrieron en las virtudes. Torno a dezir que los príncipes passados no se hizieron famosos por ser de muy grandes fuerças, ni por tener muy dispuestas personas, ni por descender de muy delicadas sangres, ni por poseer muchos reynos, ni por atesorar muchos thesoros; sólo lo alcançaron por averles dado sus padres buenos ayos quando niños y por tener cabe sí buenos consejeros quando eran mayores.

Laercio, *De vitis philosophorum*, y Bocacio, en el libro *Del linage de los dioses*, dizen que era costumbre entre los filósofos de Athenas que ningún filósofo estrangero pudiesse leer en su academia sin que primero fuesse examinado en natural y moral philosophía; porque era antiguo proverbio entre los griegos que en la academia de Athenas hombre vicioso no podía entrar, ni palabra ociosa allí se podía dezir, ni a filósofo ignorante allí consentían leer. Acaso como viniessen muchos filósofos del monte Olimpo, entre los otros vino uno a ver los filósofos de Athenas, y él era de nación thebano, varón (según se pareció después) en filosofía natural y moral muy doctíssimo. Y, como quisiesse quedarse en Athenas, fue examinado, y de muchas y diversas cosas preguntado, y entre las otras fueron éstas algunas dellas.

Fue preguntado lo primero: «Di, ¿qué es la causa por que la muger es mala, como sea verdad que naturalmente naturaleza la proveyó de vergüença?» Respondió el filósofo: «La muger no es mala sino porque le sobra soltura y le falta vergüença.»

Fue preguntado lo segundo: «Di, ¿por qué se pierden los mancebos?» Respondió el filósofo: «Los mancebos no se pierden sino porque les sobra tiempo para hazer mal y les faltan maestros que los costrínan a bien.»

Fue preguntado lo tercero: «Di, ¿por qué los hombres prudentes se engañan como se engañan los simples?» Respondió el filósofo: «El sabio nunca se engaña si no es de hombre que tiene las palabras buenas y por otra parte tiene las intenciones malas.»

Fue preguntado lo cuarto: «Di, ¿quál es el hombre de quien más se deve guardar el hombre?» Respondió el filósofo: «No ay en los hombres peor enemigo que aquél que vee en ti lo que él esperaba para sí.»

Fue preguntado lo quinto: «Di, ¿por qué muchos príncipes comiençan bien y acaban mal?» Respondió el filósofo: «Por esso los príncipes comiençan bien, porque su natural es bueno; y por esso acaban mal, porque no ay quien les vaya a la mano.»

Fue preguntado lo sexto: «Di, ¿por qué los príncipes hazen tan grandes desafueros?» Respondió el filósofo: «Porque sobra quien les ofenda con lisonjas y falta quien los sirva con verdades.»

Fue preguntado lo séptimo: «Di, ¿por qué los hombres antiguos fueron tan sabios y por contrario los hombres de agora son tan simples?» Respondió el filósofo: «Porque los antiguos no procuravan sino saber y los presentes no trabajan sino por tener.»

Fue preguntado lo octavo: «Di, ¿por qué en las casas de los príncipes y grandes señores se crían tantos viciosos?» Respondió el filósofo: «Porque les sobra el regalo y les falta el consejo.»

Fue preguntado lo nono: «Di, ¿por qué los más de los hombres viven desassossegados y muy pocos biven quietos?» Respondió el filósofo: «No ay hombre desassossegado sino el que muere por lo ajeno y tiene en poco lo suyo.»

Fue preguntado lo décimo: «Di, ¿en qué se conoce estar la república perdida?» Respondió el filósofo: «No ay república perdida sino do los moços son livianos y los viejos son viciosos.»

Fue preguntado lo undécimo: «Di, ¿con qué se sustenta la república?» Respondió el filósofo: «No puede perecer la república en la qual ay justicia para los pobres, castigo para los tyranos, peso y medida en los mantenimientos, y, sobre todo, si ay mucha disciplina en los moços y poca codicia en los viejos.»

Cuenta *ad plenum* todo esto Afro Historiógrapho, libro décimo *De las cosas de Athenas*, etc. Por cierto, a mi parecer, las palabras deste filósofo son pocas, pero las sentencias son muchas, y no por más he querido traer aquí esta historia de aprovecharme de la última palabra o respuesta, do dize que todo el bien de la república consiste en que aya príncipes que atajen la codicia de los viejos y que aya maestros que den disciplina a los moços. Vemos por experiencia que si los animales no están atados, o los panes no están cercados, jamás se cogerán los fructos maduros. Quiero dezir que siempre en los pueblos avrá alborotos si los moços no tienen buenos padres que les vayan a la mano, o sabios maestros que les administren castigo. No podemos negar que el cuchillo, aunque sea de

buen azero, no tenga necesidad de tiempo a tiempo darle un filo; y por semejante el moço durante el tiempo que es moço de tiempo a tiempo, aunque no lo merezca, es necesario que sea corregido.

¡O!, príncipes y grandes señores, yo no sé con quién tomáys consejo quando os nasce un hijo y le proveéys de ayo o de maestro, que (según veo) elegís no el más virtuoso, sino el más rico; no el más sabio, sino el más torpe; no el más reposado, sino el más entremetido; finalmente fiáys a vuestro hijo no de quien mejor lo merece, sino de quien mejor lo procura. De nuevo os torno a dezir, ¡o! príncipes y grandes señores, no fiéys a vuestros hijos en manos de aquéllos que tienen más los ojos en su provecho que no los coraçones en vuestro servicio; porque los tales por hazerse ricos crían a los príncipes viciosos.

No piensen los príncipes que les va poco en saber o acertar en elegir un buen ayo, y el señor que en esto no pone diligencia digno es de gravíssima culpa, y porque no pretendan ignorancia, guárdense del hombre que tiene la vida sospechosa y tiene la cobdicia desordenada. En casa de los príncipes, a mi parescer, el oficio de ayos no se ha de dar como se dan los otros oficios, conviene a saber: que se dan por ruegos, o se dan por dineros, o se dan por importunidades, o se dan por privanças, ni aun se deve dar este oficio por paga de servicios; ca no se sigue que si uno ha sido embaxador en reynos estraños, o capitán de grandes exércitos, o aya tenido en la casa real generosos oficios, que por esso es ábile para doctrinar y enseñar a hijos de buenos; porque para ser buen capitán abasta que sea el hombre esforçado y fortunado, y para ser ayo de príncipes conviene que sea virtuoso y reposado.

CAPÍTULO XXXV

De los hijos que tuvo Marco Aurelio Emperador, uno de los quales, que era el su más querido, se le murió; y de los ayos que buscó para el otro hijo, que era el príncipe Cómodo; y de la fiesta que celebravan los príncipes romanos al dios Genio, que era el dios de los nascimientos. Toca aquí el auctor la costumbre de jurar entre los antiguos, en especial que en Roma ninguno podía hazer juramento sin que primero pidiesse licencia al Senado para hazerlo.

Marco Aurelio, xvii Emperador que fue de Roma, en el tiempo que estuvo casado con Faustina, hija única que fue del Emperador Antonio Pío, solos dos hijos tuvieron, el mayor de los quales se llamó Cómodo y el segundo uvo nombre Veríssimo. Destos dos hijos, el que eredó el Imperio fue Cómodo, el qual fue tan malo en xiii años que governó el Imperio, que pareció más ser discípulo de Nero el cruel que no ser nieto de Antonio Pío y hijo del buen Marco Aurelio. Fue este malaventurado Cómodo tan suelto en la lengua, tan desonesto en su persona, tan cruel con su república, que muchas vezes él siendo vivo apostavan en Roma que no avría una sola virtud que en él se hallasse ni se hallaría un vicio de que él careciesse. Por contrario, el segundo fijo, que fue el infante Veríssimo, era además hermoso en el gesto, elegante en el cuerpo y de seso muy reposado, y (lo que es más) era por su buena conversación de todos muy quisto; porque los príncipes hermosos y virtuosos con la hermosura atraen a sí los ojos de los que les

miran y con la buena conversación roban los coraçones de los que los tratan. Era este infante Veríssimo esperança del pueblo y gloria del viejo su padre, de manera que tenían determinado que fuesse erederero del Imperio este infante Veríssimo y quedasse deseredado el príncipe Cómodo, y desto no se deve nadie maravillar; porque muy justo es que, pues el hijo no emienda la vida, tenga libertad el padre de mudar la erencia.

Como los buenos desseos y los hijos regalados muchas vezes se manquen con los hados desdichados, siendo Marco Aurelio de edad de cincuenta y dos años, acaso el infante Veríssimo, que era gloria de Roma y esperança de su padre, murió en el puerto de Hostia de una muy repentina dolencia, y fue de todos tan llorada su muerte quanto era de todos desseada su vida. Era lástima de ver al padre lo que sintió de la muerte del hijo, y era compasión ver al Senado quán de coraçón sentía la muerte del príncipe erederero, ca el viejo con la lástima no salía al Senado y el Senado por algunos días estuvo retraydo en el alto Capitolio. Y que por la muerte de aquel príncipe moço se hiziesse tan gran sentimiento no se maraville ninguno; porque si los hombres supiesen qué pierden en perder un príncipe virtuoso, jamás por jamás cessarían sus ojos de llorarlo. Quando muere un cavallero, quando muere un escudero, quando muere un oficial, o quando muere un plebeyo, no muere más de uno; y, no muriendo más de uno, no le han de llorar más de por uno; pero quando muere un príncipe, el qual era bueno para todos y vivía en provecho de todos, entonces han de hazer cuenta que mueren todos, y hanlo de sentir todos, y hanle de llorar todos; porque algunas vezes acontece que en pos de dos o tres príncipes buenos luego les suscede una flota de tyranos.

Pues Marco el Emperador, como hombre heroico y de alto juyzio, aunque no podía del todo desraygar las rayzes del dolor de dentro, acordó a lo menos de escamondar las ramas de la tristeza de fuera; porque (hablando la verdad) ninguno por ninguna cosa deve mostrar sobrada tristeza si no es por aver perdido la honra y por tener en peligro la conciencia. Este buen Emperador, como hombre que se le apedreó toda su viña, en el fructo de la qual tenía toda su esperança, y después a más no poder se contenta con la rebusca; muerto el infante Veríssimo, su muy querido hijo, mandó traer al palacio al príncipe Cómodo, su único erederero. Julio Capitolino, que fue uno de los que escribieron de los tiempos de Marco, dize en este passo que, como viesse el padre la demasiada desemboltura y poca vergüença que traía consigo el príncipe Cómodo, arrasáronsele los ojos de lágrimas al buen viejo, y esto porque le vino a la memoria la vergüença y reposo que tenía consigo el infante Veríssimo; porque los coraçones lastimados lloran con los ojos la prosperidad passada y lloran con el coraçón la calamidad presente.

Aunque Marco, el Emperador, estava por la muerte del hijo muy lastimado, no por esso se descuydó cómo avía de ser criado el príncipe Cómodo, y esto antes que en edad y cuerpo fuesse más crecido; porque al fin al fin no podemos negar sino que tales son los príncipes quando hombres, quales fueron criados quando niños. Conociendo, pues, el buen padre que las malas inclinaciones de su fijo avían mucho de dañarle para la governación del Imperio, mandó buscar en toda Italia para ayos de Cómodo a los más sabios en letras, a los más famosos en fama, a los más virtuosos de hecho, y a los hombres ancianos y de más reposado juyzio; porque assí como el polvo no se sacude del paño fino

sino con el palo seco, assí las liviandades de los moços muy moços no se remedian sino con las duras disciplinas de los viejos.

Promulgado el edicto en Roma, y derramada la fama por toda Italia, concurrieron al mandamiento del Emperador muchos y muchas maneras de sabios, a los quales mandó todos examinar, aviendo información de la sangre de sus passados, de la edad de sus personas, del gobierno de sus casas, del trato de sus haziendas, del crédito entre sus vezinos, de las sciencias en que eran enseñados; sobre todo fueron examinados no menos de la pureza de sus vidas que de la gravedad de sus personas; porque muchos hombres ay los quales son graves en las palabras públicas y son muy livianos en las obras secretas. Hablando más en particular, mandó que examinassen a los astrólogos en astrología, a los philósophos en philosophía, a los músicos en música, a los oradores en oratoria; y assí de las otras sciencias por orden, en que cada uno dezía ser instruydo. No se contentó el buen Emperador hazer esto una vez, sino muchas; no un día, sino muchos días; no sólo por manos ajenas, mas aun por las sus manos proprias. Finalmente, assí fueron examinados todos como si todos fueran uno y aquel uno uviera de quedar solo por ayo.

Para el perfecto conocimiento de las cosas, y para que no erremos en la elección dellas, a mi parecer no sólo es menester la experiencia propia y tener el juyzio claro, mas aun es necessario el parecer ajeno; porque el conocimiento de las cosas en confuso es fácil, pero la elección dellas en particular es difícil. Esto se dize a causa que el buen Emperador mandó elegir para ayos de su hijo de muchos, pocos; y, de pocos, los más sabios; y, de los más sabios, los más expertos; y, de los más expertos, los más cuerdos; y, de los más cuerdos, los más reposados; y, de los más reposados, los más ancianos; y, de los más ancianos, los más generosos. Por cierto digna es de loar la tal elección; porque aquéllos son verdaderos ayos de príncipes que son generosos en la sangre, ancianos en la edad, honestos en la vida y hombres de poca locura y mucha experiencia. Según las siete artes liberales, eligiéronse dos maestros de cada una, de manera que era el príncipe uno y los ayos y maestros eran quatorze, pero con todo esto las obras del príncipe Cómodo salieron muy aviessas de lo que desseava Marco; porque el fin del padre fue enseñar al hijo todas las sciencias, y el estudio del fijo fue darse a todos los vicios.

A fama de tan gran cosa como era querer dar ayos al príncipe Cómodo, el qual era del Imperio único erederero, y que los tales ayos avían de ser no los más favorecidos, sino los que pareciessen ser más sabios, acudieron en breve tiempo tantos philósophos a Roma, como si resuscitara el divino Platón en Grecia. Y no nos maravillemos que los sabios deseassen tener con el Emperador aquella privança; porque al fin no ay hombre tan sabio ni tan virtuoso, que alguna vez no se vaya en pos de los favores del mundo. Como eran muchos los sabios, y solos xiiii se eligieron de todos, fue necessario despedir a los otros. Fue tan prudente el buen Marco Aurelio en este caso, que a unos con alegre cara, a otros con dulces palabras, a otros con cierta esperança, a otros con dones y presentes, fue despedida aquella hueste de sabios sin que viesse ni oyesse nadie que yvan quexosos; porque no conviene a la generosidad del príncipe el hombre que vino a su casa por solo su servicio se aparte de su cara con algún dessabrimiento.

Este buen Emperador mostróse sabio en buscar tantos sabios, mostróse prudente en la elección de los unos, mostróse muy cuerdo en despedir a los otros contentos, que como vemos cada día por experiencia, aunque las elecciones sean buenas, suélnse engendrar dellas muy crudas passiones; porque los tales de no ser electos están lastimados y de ver que eligeron a los otros están afrentados. En semejantes casos no se tenga en poco buscar un espediente bueno; porque el platero muchas vezes pide más por la obra que fizo que no por la plata que puso. Quiero dezir que algunas vezes más honra merecen los príncipes por los buenos medios que tuvieron en los negocios que no por los buenos fines que alcançaron en ellos; porque lo uno guía la ventura, mas lo otro encamina la cordura.

No contento con esto, proveyó que aquellos quatorze philósophos posassen en su casa, anduviessen y comiessen a su mesa, acompañassen a su persona. Y esto hazía él por ver si su vida era conforme a su sciencia y sus palabras conformavan con sus obras; porque ay muchos hombres que son dulces en la lengua y infames en la vida. Julio Capitolino y Cina Catulo, que fueron escriptores deste hecho, dizen que era cosa maravillosa ver cómo el buen Emperador los mirava, ver si eran sobrios en el comer, si eran templados en el beber, si eran reposados en el andar, si se ocupavan en el estudiar y, sobre todo, si eran cuerdos en el hablar y honestos en el vivir. Pluguiesse a Dios que los príncipes de nuestros tiempos fuessen en esto curiosos y cuydadosos, y no que en fiar los negocios no se les dé nada fiar de unos más que de otros; porque, hablando con debido acatamiento, no le sobra mucha sabiduría al príncipe que comete cosa de importancia al hombre que no sabe si tiene habilidad para ella. Muchos se escandalizan y murmuran cómo los príncipes y grandes señores yerran tantas cosas, y por el contrario yo me maravillo cómo aciertan ninguna, ca si ellos los graves negocios encomendassen a hombres expertos, si acaso errassen una cosa, acertarían ciento; pero como los príncipes se fían de personas no espertas, y aun a las vezes a ellos incógnitas, si aciertan en una, yerran ciento. En este caso digo que no ay cosa que más destruya a los príncipes nuevos que es no fiarse de sus antiguos y fieles criados; porque al fin no sale el amor verdadero sino del que come el pan continuo.

Razón es que tomen aquí exemplo deste príncipe todos los príncipes en buscar para sus hijos buenos ayos; y, si los ayos son buenos y los discípulos salieren aviessos, en tal caso no serán los padres culpados; porque muy gran disculpa es de los príncipes y grandes señores ver que si se pierden sus hijos no es por falta de criança, sino por sobra de malicia. Tenían por costumbre los príncipes romanos de celebrar la fiesta del dios Genio, el qual genio era el dios de su nacimiento, y esta fiesta se celebrava cada año el día en que el Emperador avía nascido, y era la fiesta tan regozijada por toda Roma, que aquel día se perdonavan todos los presos de la cárcel mamortina. Pero es de saber que si avía alguno amotinado los pueblos, o hecho trayción en los exércitos, o avía robado o hecho algún desacato a los templos, jamás por jamás estos tres delictos eran en Roma perdonados. Assí como en la religión christiana el supremo juramento es jurar sobre la ara bendita o sobre los Evangelios consagrados, assí entre los romanos no avía otro mayor juramento que era jurar por el dios Genio. Como era éste supremo juramento no podía ninguno jurarlo sin licencia del Senado, y esto avía de ser en manos de los sacerdotes del dios Genio, y si acaso se jurava este juramento por cosa ligera, el que le jurava caía en pena de la vida; porque en Roma era ley muy usada que ninguno osasse

hazer solenne juramento sin que pidiesse primero licencia al Senado. No permitían los romanos que los hombres mentirosos ni tramposos fuessen creýdos por sus juramentos, y tampoco consentían que los tales hiziessen juramentos, ca dezían ellos que los hombres perjuros blasfeman de los dioses y engañan a los hombres.

El sobredicho Emperador Marco Aurelio nació en el mes de abril, a veynte y siete días andados. Y, como él nasciesse en Roma en el monte Celio, acaso un día celebrábase la fiesta del dios Genio, que era el día que nació Marco. Vinieron allí a solazar la fiesta gladiadores, y estriones, y pantomimos, y (como si dixésemos) dançadores de espadas y atabales y juglares; porque los romanos en sus grandes fiestas toda la noche se ocupavan en ofrecer a los dioses sacrificios y después todo el día espendían en plazer y juegos y juglares de plazer. Hazían, pues, aquellos juglares tales y tantas cosas de burla, que a todos los que las miravan provocavan a risa. Y eran los romanos tan estremados en las cosas de burla y en las cosas de veras, que en los días de plazer no avían de parecer los que tenían pesar y por contrario en el día de pesar no avían de parecer los que tenían plazer, por manera que en los actos públicos todos avían de llorar o todos avían de reýr. Dize Cina Catulo que este buen Emperador era tan bien acondicionado, que holgava que se holgassen todos, y regozijábase si se regozijavan todos; y siempre quando el pueblo romano hazía alguna gran fiesta, él salía en persona a auctorizársela, y mostrava en ella tanta alegría como si él solo y no otro gozara de aquella fiesta; porque de otra manera, teniendo el príncipe triste la cara, ni deve, ni osará ninguno mostrar alegría. Dizen deste buen Emperador sus historiadores que en las fiestas y grandes regozijos jamás le vieron menos alegre de lo que convenía a la fiesta, ni jamás en él vieron tan sobrada alegría, que excediesse a la gravedad de su persona; porque el príncipe que de virtud y generosidad es presuntuoso, gran falta le es si en las cosas de veras no es pesado y en las cosas de burla le notan de liviano.

Como agora andan los príncipes rodeados de hombres armados, assí andava este buen Emperador acompañado de muy sabios philósophos; y lo que más es y en más se ha de tener, que en las fiestas y grandes regozijos van los príncipes cargados de hambrientos truhanes, yva entonces Marco Aurelio acompañado de hombres prudentes. De verdad él fazía como prudentíssimo varón; porque teniendo el príncipe cabe sí buena compañía, imposible es que murmuren dél en su república. Dize Sexto Cheronense que un senador, llamado Fabio Patroclo, viendo que Marco el Emperador sienpre yva al Senado y a los theatros rodeado de sabios, díxole jocosamente: «Di, señor, ¿por qué no vas al theatro como al theatro y al Senado como al Senado; porque al Senado han de yr los sabios a que nos den consejo y al theatro han de yr los locos para que nos den algún passatiempo?» Respondióle a esto el buen Marco Aurelio: «Amigo, hágote saber que vives muy engañado, ca al Sacro Senado, do están tantos sabios, querría yo llevar a todos los locos porque allí los tornassen cuerdos; y al theatro, do están todos los locos, querría yo llevar a todos los sabios porque no me dexen tornar loco.» Fue por cierto esta sentencia como de la persona que fue dicha. Amonesto y mucho amonesto a los príncipes y grandes señores que, quando trataren con truhanes y con locos, huelguen de tener cabe sí algunos hombres sabios, en especial si los locos son maliciosos; porque en los coraçones generosos más lastima una palabra con malicia que no una saetada con yerva.

Viniendo, pues, al caso, como el buen Emperador estuviese en la fiesta del dios Genio, y juntamente estuviessen allí los quatorze ayos que avían de ser del príncipe Cómodo, un truhán más gracioso que todos hizo lo que los semejantes en semejantes lugares suelen hazer; porque en las semejantes liviandades el hombre que dize mayores desatinos, aquél comúnmente es más amado de todos. Marco Aurelio, como era tan sabio, más empleava los ojos en mirar a los quatorze maestros que no en cevarlos en ver lo que hazían los locos; y acaso vio que los cinco de aquellos maestros, con el gran regozijo que hazían los locos, pateaban con los pies, ladeábanse en las sillas, hablaban algo alto y reýanse demasiado, lo qual todo en varones muy estimados cierto fue desonesto; porque la honestidad y compostura del cuerpo gran testimonio es de estar el coraçón reposado. Visto por el Emperador la liviandad de los cinco sabios, y que todos los graves romanos estavan escandalizados dellos, sintiólo muy de coraçón, assí por averlos allí traýdo, como por aver en la elección errado; pero aprovechóse allí tanto de su sabiduría, a que no sólo no mostró estar afrentado, pero aun dissimulava que no lo avía visto; porque los príncipes sabios han de sentir las cosas como hombres, pero hanlas de dissimular como discretos.

No quiso el Emperador luego en la hora allí amonestarlos, ni menos delante de otros reprehenderlos, sino que dexó passar la fiesta, y aun algunos días después della, los quales passados, el Emperador los habló mucho en secreto, no diziéndoles cosa alguna en público, en lo qual él se mostró príncipe clementíssimo; porque a la verdad muy injusta es la corrección pública a la qual no ha precedido amonestación secreta. Las cosas que Marco Aurelio dixo a estos cinco ayos quando los echó de su compañía escrívelas él mismo en el tercero libro, capítulo quinto, so el título *Ad stultos pedagogos*, y dize que les dixo estas palabras.

CAPÍTULO XXXVI

De una plática que hizo Marco Aurelio Emperador a cinco ayos de los quatorze que avía elegido para maestros de su fijo, a los quales despide de su palacio porque los vio hazer ciertas liviandades en la fiesta del dios Genio.

No quisiera, amigos, proveer lo que no se puede escusar, ni quisiera mandaros lo que os quiero mandar, conviene a saber: deziros que queden conmigo los dioses piadosos y vayan con vosotros los mismos dioses justos, y junto con esto de mí y de vosotros se aparten los hados desdichados; porque el hombre de malos hados mejor le sería yrse para los muertos que no quedarse con los vivos. Pues ya os avía rescebido, y con mucha diligencia os avía buscado, y mi fin era para que fuéssedes ayos de mi hijo, el príncipe Cómodo; a los dioses inmortales protesto que a mí me pesa, y que de vuestra afrenta yo recibo afrenta, y que de vuestra pena la mayor parte es mía; pero no se puede menos hazer, porque no ha de aver en el mundo amistad tan estrecha por la qual se deva poner en peligro la fama. Los sabios que yo busco no sólo los quiero para doctrinar al príncipe Cómodo, pero aun para que reformen a los que mal viven en mi palacio, y agora veo lo contrario, conviene a saber: que, aviéndose de tornar los que son locos sabios, por el contrario veo que los sabios se tornan locos.

¿No sabéys vosotros que el oro fino defiende la fineza de sus quilates entre las vivas brasas y que el hombre cuerdo muestra su cordura en semejantes locuras; porque a la verdad en la fragua se prueba el oro si es fino, y en las liviandades del loco se prueba la cordura del cuerdo? ¿No sabéys que el sabio no se conoce entre los sabios, ni el loco se conoce entre los locos, sino que entre los cuerdos se escurecen los locos y entre los locos resplandecen los sabios; porque allí el sabio muestra su sabiduría do a todos sobra la locura y a él solo no le falta cordura? ¿No sabéys que en las feroces heridas muestra su experiencia el cirujano, y en las peligrosas enfermedades muestra su saber el médico, y en las dubdosas batallas muestra el capitán su esfuerço, y en las bravas tormentas muestra su experiencia el piloto? Pues por semejante manera, do ay gran regozijo de pueblo, allí ha de mostrar su madurez el sabio. ¿No sabéys que de ánimo reposado procede tener el hombre el juyzio claro, la memoria prompta, la gravedad del cuerpo, el reposo de la persona, la pureza de la fama y, sobre todo, la templança de la lengua; porque sólo aquél se puede llamar sabio que es muy recatado en las obras y muy resolutivo en las palabras? ¿No sabéys que aprovecha poco tener la lengua experta, la memoria viva, el juyzio claro, la sciencia mucha, la eloqüencia profunda, el estilo suave y la experiencia larga, si con todas estas cosas, aviendo vosotros de ser ayos, soys en vuestras obras hombres malignos? Por cierto gran infamia es de un emperador virtuoso que ponga por maestros de príncipes a los que son discípulos de truhanes. ¿No sabéys que, si todos los hombres desta vida son obligados a hazer buena vida, mucho más son obligados los que presumen de tener más sciencia y que presumen de espantar al mundo con su eloqüencia; porque regla es muy verdadera que siempre las obras malas quitan el crédito a las palabras buenas? Y porque no os parezca que hablo de gracia, quiéroos traer aquí a la memoria una ley antigua de Roma, la qual ley fue hecha en los tiempos de Cina, y la ley era ésta: «Ordenamos y mandamos que más grave pena se dé al sabio por la liviandad que hizo pública, que no al hombre simple que cometió homicidio secreto.» ¡O!, justa y justíssima ley, ¡o!, justos y bienaventurados varones romanos (digo a todos los que a ordenar esta ley os hallastes juntos), ca el hombre simple no mató más de a uno con el cuchillo de la yra, pero el hombre sabio mató a muchos con el mal exemplo de su vida; porque, según dezía el divino Platón, los príncipes y los sabios más pecan con el mal exemplo que dan que no con la culpa que cometen.

Curiosamente lo he mirado, y aun los escriptores no dizen otra cosa de la que yo digo, que entonces la triste Roma començó a perderse quando el nuestro Senado se despobló de columbinos senadores y se pobló de serpentinos sabios; porque al fin al fin no ay por do más aýna se pierdan los príncipes que, pensando tener cabe sí hombres sabios que los aconsejen, aciertan a tener hombres maliciosos que los engañen. Qué cosa fue ver antiguamente la policía de Roma, antes que Sila y Mario la amotinassen, antes que Cathirina y Catulo la perturbassen, antes que Julio y Pompeyo la escandalizassen, antes que Augusto y Marco Antonio la destruyessen, antes que Thiberio y Calígula la infamassen, antes que Nero y Domiciano la corronpiessen; porque los más de estos príncipes, aunque fueron valerosos y nos ganaron muchos reynos, todavía fueron más los vicios que nos traxeron que no los reynos que ganaron, y (lo que es peor de todo) que emos perdido los reynos y avémonos quedado con los vicios.

Si Livio y los otros escritores no nos engañan, antiguamente vieran en el Sacro Senado unos romanos tan antiguos, unas canas tan honradas, unos hombres tan expertos, unos viejos tan maduros; que era gloria de ver lo que representaban y era descanso oír lo que dezían. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, que en lugar de todos estos viejos ancianos han sucedido unos moços parleros, los quales son tales y tan malos, que tienen pervertida a la república y tienen escandalizada a toda Roma; porque harto malaventurada es la tierra, y de muchas angustias deve estar cercada, do es tan malo el regimiento de los moços, que todos suspiran porque resusciten los viejos. Si damos fe a lo que los antiguos dizen, no podemos negar sino que Roma fue madre de todas las buenas obras, como la antigua Grecia fue origen de todas las sciencias, de manera que el hecho de los griegos era hablar y la gloria de los romanos era obrar; pero ya por nuestros tristes hados es al contrario, ca Grecia desterró de sí a todos los parleros para Roma, y Roma desterró de sí a todos los sabios para Grecia. Y si, esto es assí (como es assí), yo más quiero ser desterrado en Grecia con los sabios que no tener vezindad en Roma con los locos.

A ley de bueno vos juro, amigos, que, siendo yo mancebo, vi a un orador aquí en Roma, criado que era en la casa de Adriano, mi señor, y era su nombre Aristónoco, y en el cuerpo era de mediana estatura, y tenía la cara flaca, y aun era de incógnita patria, pero junto con esto era de tan alta eloqüencia, que, si orava tres horas en el Senado, no avía hombre que hiziesse bullicio; porque antiguamente, si el que orava en el Senado era gracioso, no menos le oían que si hablara el dios Apolo. Este philósopho Aristónoco fue por una parte tan dulce en su dezir, y fue por otra parte tan dissoluto en su modo de vivir, que jamás en el Senado orando dixo palabra que no fuesse digna de eterna memoria, y salido de allí jamás le vieron hazer obra que no mereciesse por ella gravíssima pena. Como he dicho, aunque en aquel tiempo yo era moço, acuérdome que de ver a este philósopho tan perdido todos tenían dél lástima en el pueblo, y lo peor de todo es que jamás esperavan dél emienda y cada día perdía más la honra; porque no ay ninguno que alcance tanta fama por la eloqüencia, que no alcance mayor infamia por la mala vida.

Pregúntoos agora yo, amigos, pues estáys en reputación de sabios: ¿quál fuera mejor o, por mejor dezir, cuál fuera menos peor: que este philósopho fuera hombre simple y de buena vida, o ser como fue de alta eloqüencia y de mala fama? Es impossible que si él oyera dezir de mí una vez lo que yo oý dezir dél muchas vezes, que no me aconsejara, y aun a hazerlo me constriñera, elegir antes la sepultura que no vivir como vivió tan infamado en Roma; porque aquél es indigno de vivir entre los hombres, al qual algunos apruevan sus palabras y todos condenan sus obras. El primero dictador en Roma fue Largio y el primero maestro de los cavalleros fue Espurio, y desde sus tiempos de éstos, que fueron los primeros dictadores, hasta Sila y Julio, que fueron los primeros tyranos, passaron ccccxv años, en los quales todos no leemos que philósopho aya dicho palabra liviana, ni menos aya hecho obra escandalosa; y, si otra cosa consintiera Roma, indigna era Roma de ser como fue en aquel tiempo tan loada; porque impossible es que estén bien regidos los pueblos si los sabios que los rigen son dissolutos.

A los dioses immortales protesto, y aun a ley de bueno vos juro, deque me paro a pensar lo que de Roma he leydo, y después lo que agora mis ojos han visto, no puedo sino sospirar por lo passado y llorar con lo presente, conviene a saber: ver entonces cómo

peleaban los exércitos, ver cómo no mandavan sino los ancianos, ver cómo trabajavan a ser buenos los moços, ver quán bien governavan los príncipes, ver la obediencia que tenían los pueblos y, sobre todo, era cosa maravillosa de ver la libertad y favor que tenían los sabios, y la subjeción y poco valer que tenían los simples. Ya por nuestros tristes hados todo lo vemos contrario en nuestros tristes tiempos, de manera que no sé quál llore primero: las virtudes y grandezas de los passados, o los vicios y poquedades de los presentes; porque la bondad de los buenos nunca se avía de acabar de loar y la maldad de los malos nunca avíamos de acabar de la reprehender. ¡O!, qué cosa fuera ver aquellos siglos gloriosos tan gloriosos ancianos y sabios gozar, y por contrario qué lástima y afrenta es agora ver tantos sabios dissolutos y tantos moços desmandados, los quales, como dixé, tienen a toda Roma perdida y a toda Italia escandalizada; porque los hombres malos con la malicia que les sobra dañan a la República, y con la virtud que les falta dañan a su patria.

Otra vez os torno a repetir, amigos, que cccc y xv años duró la prosperidad de Roma, y tanto Roma fue Roma quanto en ella uvo majestad en las obras y simplicidad en las palabras, y, sobre todo, lo bueno que tenía era que estava rica de buenos y estava pobre de malos; porque al fin al fin no se puede llamar próspera ciudad la que tiene muchos vezinos, sino la que tiene pocos viciosos. Hablando más en particular, la causa que me mueve a despediros es ver que el día de la gran fiesta del dios Genio os mostrastes no de mucho reposo estando presente el Senado, en que más tenían todos que mirar vuestros livianos movimientos que no lo que hazían o dezían los panthomimos. Si acaso vosotros hazíades aquellas liviandades por pensar que de la casa real érades privados, dígoos de verdad que no era menor el yerro del pensamiento que lo era el hecho de la obra; porque acerca de los príncipes ninguno ha de ser tan privado, que de veras o de burla no tenga a su príncipe acatamiento. Pues os despido, yo sé que antes querréys para el camino pocos dineros que muchos consejos; pero yo quiero dároslo todo, conviene a saber: dineros con que caminéys y consejos con que viváys. Y no os maravilléys que dé consejo a los que tienen por oficio de aconsejar; porque muchas vezes acontece que un médico cura las enfermedades estrañas y por otra parte no conoce las suyas propias. Sea, pues, la última palabra y el postrero consejo éste, que quando fuéredes a servir a príncipes o a grandes señores, trabajéys primero que os tomen en possession de hombres honestos que no de hombres sabios, de hombres retraýdos que no de entremetidos, de hombres callados que no de parleros; porque en casa de los príncipes el hombre sabio si no es más de sabio, es dicha que agrade, pero el hombre honesto jamás desplaze.

CAPÍTULO XXXVII

Que los príncipes y grandes señores deven de quando en quando pesquisari cómo los ayos y maestros enseñan y dotrinan a sus hijos y si les dissimulan algunos vicios secretos; y que algunas vezes más necessario es castigar al ayo que no disciplinar al discípulo.

Dicho emos arriba qué condiciones, qué edad, qué gravedad han de tener los ayos que tomaren los príncipes para criar a sus hijos. Razón sería agora de dezir qué tales han de

ser los consejos que han de dar los príncipes a los ayos antes que les den cargo de sus hijos, y después desto es razón que digamos qué tal será el consejo que dará el maestro al discípulo que tiene a su cargo; porque imposible es aya mal siniestro do las cosas se rigen por consejo maduro. A los que consideraren profundamente esta cosa, parecerles ha que es superfluo tratar esta materia, ca o los príncipes hazen elección de buenos ayos, o la hazen de malos. Si eligen malos ayos, en vano se trabaja darles buenos consejos; porque menos capaz es de consejo el maestro loco que no el discípulo dissoluto. Si acaso los príncipes hizieron elección de buenos ayos, entonces los tales maestros para sí y para los otros ternían buenos consejos; porque dar consejo al hombre sabio, o es superfluo, o es presuntuoso. Caso que sea verdad que es presuntuoso el que al sabio se atreve dar consejo, también digo que el diamante en oro engastonado no sólo no pierde la virtud, mas antes cresce en el precio. Quiero dezir que quanto un hombre es más cuerdo, tanto más procura saber el parescer ajeno. Y por cierto el que haze esto no yerra; porque a ninguno no le sobra tanto de su consejo proprio que no se aproveche del parescer ajeno.

Aunque los príncipes y grandes señores vean con sus propios ojos que han hecho buena elección de ayos para criar a sus hijos, no por esso se deven descuydar de dar a esos mismos ayos algunos buenos consejos, que ya puede ser que los tales ayos son hombres generosos, son ancianos, son sabios, son reposados; pero puede ser que en criar hijos de buenos no sean espertos; porque en los ayos de los príncipes no es tanta virtud sobrarles la sciencia, quanto es defecto si les falta la experiencia. Un hombre rico, quando da a un labrador una hazienda, no sólo assienta con él lo que le ha de dar, pero aun dízele muy de espacio cómo ha de tratar aquella hazienda; y, no contento de rescebir por tercios el fructo de su viña, tres o quatro vezes en el año va a visitarla. Y tiene razón de hazerlo, porque al fin el uno trata la hazienda como mercenario y el otro mírala y procúrala como señor proprio. Pues si el padre de las compañías con tanta diligencia encomienda al labrador sus árboles, ¡quánto con mayor diligencia deven los señores encomendar y avisar cómo los maestros han de tratar a sus hijos!; porque no es otra cosa el padre dar consejo al maestro sino depositar tesoro de sciencia para su hijo. No pueden escusarse de culpa los príncipes y grandes señores en que después que hazen elección de un cavallero para ayo y de un hombre docto para que sea maestro, assí viven descuydados como si ya no tuviessen hijos, ni se acordassen que sus hijos han de ser sus erederos. No avía por cierto de passar esto assí, sino que el hombre sabio y que en criar a su hijo es curioso, tanto se deve ocupar en mirar al ayo como el ayo se ocupa en mirar al moço; porque el buen padre deve saber si el maestro que toma si sabe mandar, y el fijo que le dio si le quiere obedecer. Uno de los príncipes notables entre los antiguos fue Seleuco, rey de los assirios y marido de Estrabónica, fija de Demetrio, rey de Macedonia, dama por cierto que fue en toda Grecia muy nombrada por hermosa, aunque en su hermosura no fue muy dichosa; porque antigua maldición es en las mugeres hermosas ser muchos los que las dessean y ser muchos más los que las infaman. Este rey Seleuco fue casado primero con otra muger, de la qual uvo un hijo llamado Antígono, el qual se enamoró de la muger de su padre, conviene a saber: de la reyna Estrabónica, y llegó al punto de la muerte no más de por amores della, y el padre, sabido el caso, casó a su fijo con ella, de manera que la que era madrastra se tornó muger, y la que era muger se tornó nuera, y el que era hijo se tornó yerno, y el que era padre se tornó suegro. Es auctor desto Plutarco en sus *Vidas*.

Según dize Sexto Cheronense en el iii libro *De los dichos de los griegos*, el rey Seleuco trabajó mucho por criar bien a su hijo Antígono, y para esto buscó dos maestros muy insignes, el uno griego y el otro latino. No contento con esto, proveyó el rey Seleuco con un criado suyo en secreto (que avía nombre Parthemio) que no tuviese otro oficio en su palacio sino mirar lo que hazían y dezían los ayos de su hijo Antígono, y que cada noche se lo dixesse en secreto; y, sobrándole a Parthemio diligencia y faltándole discreción, vino a noticia de los dos ayos cómo Parthemio era sobreveedor dellos; porque al fin al fin no ay cosa muy freqüentada que algún día no se descubra. Como los dos philósophos supieron el secreto, dixeron estas palabras al rey Seleuco: «Poderoso príncipe Seleuco, pues en nuestras manos pusiste a tu hijo Antígono, ¿para qué has hecho veedor y acusador de nuestras vidas a Parthemio? Si tienes a nosotros por malos y a él tienes por bueno, gran merced nos harás que descargues a nosotros del cargo y des a Parthemio cargo de Antígono, tu hijo; porque te hazemos saber que a los hombres de honra es un intolerable mal afrentarlos y no es afrenta despedirlos. Tienes proveído que ande Parthemio en pos de nosotros mirando lo que dezimos y lo que hazemos con descuydo, y después que te haga relación de todo ello en secreto, y lo peor es que por relación de aquel simple emos de ser salvos o condenados nosotros siendo sabios; porque no es la triaca tan contraria a la ponçoña, como lo es la ignorancia a la sabiduría. Y de verdad, sereníssimo príncipe, cosa es muy rezia que se haga cada día de un hombre pesquisa; porque no ay barva tan rayda, que otro no halle qué raer en ella. Quiero dezir que no ay persona de tan honesta vida, que si della hazen pesquisa no hallen qué tachar en ella.»

Respondióles el rey Seleuco: «Mirad, amigos, bien veo yo que la auctoridad de la persona y el buen crédito de la fama que no ay oy en el mundo ningún amigo que lo aventure por otro amigo. Y, si esto no hazen los rústicos, mucho menos lo deven hazer los sabios; porque no ay por que trabajen más los hombres en esta vida que es por tener y por dexar de sí buena fama. Pues vosotros soys sabios, y de mi hijo soys maestros, y aun de mi casa consejeros, no es justo que de ninguno seáys ofendidos; porque de buena razón en casa de los príncipes sólo aquél avía de ser privado que se atreve a dar al príncipe verdadero consejo. Lo que yo mandé a Parthemio ni pone sospecha en vuestra fidelidad, ni peligro en vuestra auctoridad; y, si la cosa es profundamente pensada, a vosotros vos está bien y a mí no me está mal. Y la causa desto es que, o vosotros soys buenos, o vosotros soys malos. Si soys buenos, avéys de holgar que cada día me refieran vuestros servicios; porque en las orejas de los príncipes la continua memoria del servicio es impossible sino que algún día saque provecho. E si soys malos y en la criança de mi fijo no muy cuydadosos, es razón que yo sea avisado, por manera que, si el padre fue engañado, el hijo no resciba en su criança peligro, y aun también porque a mí y a mi reyno no estraguéys y infaméys con vuestro consejo; porque el buen príncipe a los que públicamente son viciosos no los ha de tener por sus consejeros. Si los hados lo permiten que mi hijo Antígono salga malo, yo soy el que pierdo verdaderamente en ello, a causa que mi reyno será assolado, mi fama será perdida, y al fin él no gozará de su erencia. Y que passe todo esto assí, dárseos ha a vosotros desto muy poco con dezir que no tenéys culpa, pues el moço no quiso tomar vuestra doctrina. No me parece que es mal consejo que mire yo por vosotros como vosotros miráys por él; porque mi oficio es mirar que seáys buenos y vuestro oficio es trabajar que no sean vuestros discípulos malos.»

Fue este rey Seleuco varón muy honrado y murió anciano, según dize Plutharco y muy más por estenso lo cuenta Patroclo *De bello asiriorum*, libro iii, y por contrario su hijo Antígono en todas las cosas salió príncipe muy aviesso. Y en este caso es de creer que, si de su padre no fuera como fue tan corregido y de sus ayos no fuera tan doctrinado, aún fuera príncipe muy más perdido; porque los moços, siendo por una parte mal inclinados y por la otra mal criados, es imposible sino que salgan viciosos y escandalosos. A mi parescer, ni porque los moços sean mal inclinados no por esso deven sus padres dexar de corregirlos; porque en el tiempo advenidero las escripturas que reprehendieren la liviandad y perdición de los hijos, los escriptores loen la diligencia que pusieron en criarlos sus padres.

He querido contar aquí este exemplo de Seleuco para avisar que ningún padre sea tan descuydado que de todo en todo se olvide de mirar por su hijo, pensando que ya le tiene al ayo encargado; y de mi consejo deve el padre ser en esto tan recatado, que, si antes mirava al hijo con dos ojos, deve a los ayos mirar con quatro; porque infinitas vezes más necessario es castigar a los ayos que no disciplinar a los discípulos. Aunque el príncipe no se informe de la vida de los ayos cada día, como hazía el rey Seleuco, deve a lo menos pesquisar muy por menudo una vez en la semana de los descuydos de los ayos y de los atrevimientos de los hijos. Y no sólo deve hazer esto, pero aun deve llamar a los tales ayos y maestros, y avisarlos, y rogarlos, y amonestarlos, y aconsejarlos que miren mucho por la criança de sus hijos, y tener pensado de les dezir algunos buenos consejos, los quales ellos después refieran a sus discípulos; porque de otra manera luego desmaya y afloxa el ayo quando el padre de la criança de su hijo no es cuydadoso.

En una cosa deven advertir los príncipes, y es en saber si los ayos o maestros consienten a sus hijos algunos vicios secretos, y suelen esto hazer tomando color que los niños por ser niños no han de ser de todo en todo apremiados. E cierto esta tan cierta razón más es para aumentar su culpa que no para diminuyr su pena; porque no ay hombre tan flaco, ni ay niño tan tierno, que las fuerças que tiene para ser vicioso no le abasten para ser virtuoso. Querría yo preguntar a los ayos y maestros que crían hijos de generosos qué más fuerças han menester sus discípulos para ser golosos que para ser sobrios, para ser parleros que para ser callados, para ser diligentes que para ser perezosos, para ser recogidos que para ser derramados, para ser honestos que para ser dissolutos; y, como digo destos pocos, podía cotejar y parear otros muchos. No quiero en este caso hablar como hombre de sciencia, sino como hombre de esperiencia, y es que juro a ley de bueno que a menos trabajo del maestro y más utilidad del discípulo puede ser virtuoso antes que vicioso; porque mayor coraçón se requiere en un malo para ser malo que no fuerças en un bueno para ser bueno.

Otro mal suelen hazer los ayos y maestros que es peor que todos éstos, conviene a saber: que dissimulan en los discípulos algunos muy malos vicios secretos, de los quales no los pueden despegar de que son grandes; porque muchas vezes acontesce que la inclinación buena es vencida de la costumbre mala. De verdad los ayos y maestros que en tal caso fuessen tomados, como a traydores y fementidos avían de ser punidos; porque mayor trayción es dexar el maestro a su discípulo entre los vicios que no entregar una fortaleza a los enemigos. E no se maraville ninguno que llame traydor al maestro; porque el uno

entregó la fortaleza, que no era sino de piedras, pero el otro entregó al hijo, que era de sus propias entrañas. La causa de todo este mal es que, como los hijos de los príncipes han de eredar reynos, y los hijos de los grandes señores esperan de eredar grandes estados, a la verdad los ayos y maestros, como son más cobdiciosos que virtuosos, dexan a sus discípulos yr en pos de sus apetitos quando son pequeños, a fin de tenerles ganadas las voluntades para quando fueren grandes para que les hagan mercedes, por manera que oy en el mundo la desordenada avaricia de los ayos haze que los hijos de buenos se críen viciosos. ¡O!, ayos de príncipes, ¡o!, maestros de grandes señores, amonéstos y tórnoos amonestar no os engañe vuestra cobdicia en pensar que valdréys y ternéys más siendo encubridores de vicios que no siendo zeladores de las virtudes; porque no ay viejo ni moço tan malo, que a lo menos hasta parescerle no le paresce bien lo bueno. E dígoos más en este caso, que muchas vezes permite Dios que, de que sean grandes vuestros discípulos, se les abran los ojos y conozcan el daño que les hezistes en criarlos viciosos; y desta manera, do pensastes atesorar oro para ser honrados, hallastes escoria para ser abatidos; porque justa sentencia es de Dios el que haze mal no quede sin pena, y el que encubre el mal no quede sin infamia.

Cuenta Diadumeo Histórico en la *Vida de Severo*, xxi Emperador de Roma, que Apuleyo Rufino, el qual avía sido dos vezes cónsul, y a la sazón era tribuno del pueblo, y sobre todo varón en días ya anciano y en toda Roma de mucho crédito, vino al Emperador Severo y dixo estas palabras: «Invictíssimo y siempre Augusto Señor, sabrás que yo tenía dos hijos y dilos a un maestro para enseñarlos. Acaso el mayor dellos, creciendo en edad y decreciendo en virtud, enamoróse de una dama romana, los amores de los quales vinieron tarde a mi noticia; porque a los hombres mal fortunados como yo primero de su casa es despedido el remedio que ellos vengán en conoscimiento del daño. La mayor lástima que tengo en este caso es que fue sabidor y encubridor dello su maestro, el qual no sólo no fue para remediarlo, pero aun concertó entre ellos el adulterio; y mi hijo diole una carta firmada por la qual se obliga que, si le trae a su poder aquella romana, le dará después de mi muerte las casas y eredad que yo tengo a la puerta Salaria. No contento con esto, él y mi hijo me han robado mucho de mi dinero; porque los amores largos siempre son a los que los tienen costosos, y los amores de los hijos siempre son a costa de los padres. Juzga, pues, tú, sereníssimo príncipe, esta causa tan criminosa y tan escandalosa; porque gran atrevimiento es que el vassallo tome vengança de ninguna injuria, sabiendo que su señor hará vengança della.»

Oýdo por el Emperador Severo el caso tan enorme, como hombre que era tan severo en el castigo como lo era en el nombre, proveyó que se tomasse de aquel hecho información muy entera y que llamassen allí en su presencia al padre y al hijo y al maestro, para que cada uno alegasse de su derecho; porque en Roma ninguno criminalmente podía ser sentenciado si los acusadores no le dixessen primero el crimen en su presencia y el acusado no tomasse tiempo para dar su escusa. Sabida, pues, la verdad, y los reos confessada su culpa, el Emperador Severo dixo por su sentencia: «Yo mando que el ayo o maestro deste moço le echen vivo a las bestias del cercado palatino; porque muy justo es le quiten las bestias la vida al hombre que enseña a otro a vivir como bestia. Ítem mando que este moço totalmente de los bienes de su padre sea deseredado y en las yslas Baleares

desterrado; porque el hijo que desde moço es vicioso, muy justo es que desde moço sea deseredado.»

Esto, pues, fue de lo que Apuleyo se quejó del ayo de su hijo y lo que el Emperador Severo sentenció en aquel caso. ¡O, cuán varios son los casos de fortuna, y cómo muchas veces por do no pensamos se nos quiebra el hilo de la vida! Dígolo porque si este maestro o ayo no fuera cobdicioso, ni el padre fuera privado de su hijo, ni el fijo fuera desterrado, ni la muger no fuera infamada, ni la república fuera escandalizada, ni el maestro fuera de las bestias despedaçado, ni el Emperador fuera con ellos tan crudo, ni para mayor infamia dellos en las historias no fuera puesto. No sin causa digo esto de quedar por escrito lo que los malos hazen en este mundo, ca los hombres cuerdos más han de temer la infamia de la péñola mal cortada que no la infamia de la lengua suelta; porque al fin una mala lengua no nos puede infamar sino con los que son vivos, pero la escriptura infámanos con los que son vivos y aun con los que están por nascer. Para atajar todo esto, sería mi parecer que el maestro trabaje que sea el discípulo virtuoso y no desespere si por el trabajo no fuere luego galardonado, ca si no lo fuere de la criatura, téngase por dicho que lo será del Criador; porque Dios es tan bueno que muchas vezes, apiadándose del sudor de los buenos, castiga a los ingratos y toma a su cargo de pagar los servicios.

CAPÍTULO XXXVIII

De la plática que hizo Marco quando dio su hijo a los ayos.

Cuenta Cina Histórico, libro primero *De temporibus Comodi*, que Marco Aurelio Emperador eligió xiiii ayos, varones doctísimos, para que le criassen y enseñassen a su hijo Cómodo, los cinco de los quales menospreció no porque no eran sabios, sino porque no eran honestos; y quedóse con los nueve solamente, los quales eran varones muy doctos y en criar fijos de senadores expertos, aunque en la verdad en la criança de Cómodo fueron muy desdichados; porque a este malaventurado príncipe fueron ix los ayos que le criaron y fueron más de nueve mil los vicios que le perdieron. Hizo cinco libros de declamaciones Marco Aurelio Emperador, y en el iii libro, capítulo vi, so el título *Ad sapientes pedagogos*, introduze estos nueve ayos y persuádelos mucho que en criar a su fijo sean muy cuydadosos, y para este propósito dízeles muchas y muy graves sentencias, las palabras de las quales son éstas que se siguen:

Fama es muy notoria en Roma, y no menos divulgada en toda Italia, la solicitud que he puesto en descubrir tantos sabios para que fuessen de mi fijo Cómodo ayos, los quales todos examinados, heme quedado con los mejores. Y de verdad en semejante caso, aunque he hecho mucho, no ha sido tanto como era obligado; porque los príncipes en los muy arduos negocios no sólo han de pedir consejo a todos los buenos, pero aun trabajar de hablar con los muertos. Érades xiiii los ayos escogidos y despedimos los cinco éstos, de manera que soys agora nueve los electos; y, si de verdad soys varones prudentes, de lo que yo he hecho no estaréys escandalizados; porque el enojo de las cosas malas procede de cordura, mas la admiración de cosas buenas sale de poca esperiencia. No niego yo que los hombres sabios sientan en sí las passiones de hombres como los otros hombres, pues

al fin no ay arte ni sciencia que nos escuse de las miserias de hombres; pero de lo que yo me maravillo es cómo un hombre sabio es possible se maraville ni escandalize de cosa deste mundo, acordándose que el mundo al fin es mundo y todo el mundo no es sino un escándalo; porque si el sabio muestra sobresalto en cada cosa, ¿qué pregona?: no ser constante en ninguna.

Viniendo, pues, al caso de nuestro particular coloquio, yo os tomé para ayos deste moço, y mirad que entre muchos señalé a vosotros pocos, a fin que entre pocos se señale mi hijo; porque la misma obligación que tiene el padre de buscar buen maestro, aquélla tiene el maestro de sacar buen discípulo. A mi hijo Cómodo en el puerto de Hostia su ama le dio dos años de leche, y su madre Faustina en Capua le dio otros dos de regalos. Aunque fuera bien escusado, yo como padre piadoso querría darle siquiera veynte años de castigo; porque a los immortales dioses juro que al príncipe erederero más le vale un año de castigo que veynte años de regalo. Las amas que crían a los infantes, como saben poco; y las madres que los parieron, como los quieren mucho; y el niño por ventura, que no es de muy delicado juyzio, ocúpanse sólo en lo presente, no mirando cuánto mejor le está al moço el castigo que no el regalo. Pero el hombre sabio y que el juyzio tiene agudo deve pensar en lo passado y con mucha cautela proveer en lo futuro; porque no se puede llamar sabio el que en sola una cosa es cuydoso.

Nació mi hijo Cómodo el último día del mes séxtilis en una ciudad del Danubio, y acuérdome cada año de aquel día que me le dieron los dioses. Acordarme he cada día deste día en que le doy a vosotros sus ayos; y terné más razón de acordarme del día que le di a dotrinar que no del día que le vi nascer; porque los dioses a mí y yo a vosotros le di mortal por ser hombre, pero vosotros a mí y yo a los dioses le tornaremos immortal por ser sabio. ¿Qué más queréys que os diga sino que, si tenéys en algo lo dicho, tengáys en mucho más lo que os quiero dezir? Quando los dioses determinaron que yo tuviesse hijo y mis tristes hados merecieron que fuesse tal hijo, por cierto entonces los dioses le hizieron hombre entre los hombres por el ánima y yo le engendré bruto entre los brutos animales por la carne, pero vosotros si queréys le haréys dios entre los dioses por la fama; porque los príncipes la infamia alcançan de ser poderosos y voluntarios, y la fama alcançan de ser sabios y sufridos.

Tengo gran desseo que entendiéssedes bien este negocio, y por esso es necessario le desaminemos bien por menudo; porque regla general es que siempre la cosa preciosa es despreciada quando del que la posee no es conocida. Pregúntoos una cosa: a mi hijo Cómodo, ¿yo qué le di quando los dioses me le dieron, sino carne flaca y mortal por corrupción de la qual avrá fin su vida? Pero vosotros le daréys tan alta doctrina por la qual merezca ser de immortal memoria; porque no se alcança la fama por lo que haze el cuerpo flaco, sino por lo que ordena el juyzio claro y executa el corazón generoso. ¡O!, si su tierna edad conociesse a su carne flaca que yo le di, y su ofuscado juyzio alcançasse la sabiduría que vosotros le podéys dar, llamaría a vosotros padres buenos y a mí padrastro malo; porque aquél es verdadero padre que nos da doctrina para vivir, y aquél es injusto padrastro que nos da carne para morir. Por cierto los padres naturales de nuestros hijos no les somos sino crudos padrastrs y manifiestos enemigos, pues les dimos juyzio tan torpe, memoria tan flaca, voluntad tan dañada, vida tan breve, carne tan flaca, honra tan costosa,

salud tan peligrosa, hacienda tan enojosa, prosperidad tan perezosa y muerte tan sospechosa; finalmente dímosles naturaleza subjeta a infinitas mutabilidades y cativa a grandes miserias.

No es razón que tengáys en poco lo que oy cometo y fío de vuestro parecer y alvedrío, conviene a saber: que tengáys cargo de mi hijo el príncipe Cómodo; porque la cosa que los príncipes con mayor madurez han de proveer es la criança de sus hijos a quién la han de encomendar. Ser ayo de príncipes en la tierra es tener oficio de los dioses que están en el cielo, a causa que rigen al que nos ha de regir, doctrinan al que nos ha de doctrinar, enseñan al que nos ha de enseñar, castigan al que nos ha de castigar, finalmente mandan a uno el qual uno ha de ser monarca y mandar el mundo. ¿Qué más queréys que os diga? Por cierto el que tiene cargo de criar príncipes y hijos de grandes señores es governalle de nao, estandarte de ejército, atalaya de pueblos, guía de caminos, guión de reyes, padre de huérfanos, esperanza de pupilos y thesoro de todos; porque no ay otro verdadero thesoro de la república sino el príncipe que la conserva en paz y justicia. Pues más os diré porque en más lo tengáys, que, quando os doy a criar a mi fijo, os doy más que si os diesse el señorío de un reyno; porque del maestro de quien se fía el hijo en la vida, depende la fama del padre ya muerto, de manera que no tiene el padre más gloria ni más fama de quanto su hijo es de buena y limpia vida. Assí los dioses tengáys propicios y los hados muy venturosos, que si hasta aquí velávades en enseñar a fijos agenos, de aquí adelante os desveléys con este mi hijo, pues es para provecho de muchos; porque una cosa que es común bien de muchos ha de exceder al bien particular de todos.

Mirad, amigos, que mucha diferencia ay de criar hijos de príncipes o enseñar moços de pueblos; y la causa desto es que los más de los que vienen a las academias vienen a deprender a hablar, pero yo a mi hijo Cómodo no os le doy para que le enseñéys a hablar muchas palabras, sino para que le encaminéys a hazer buenas obras; porque toda la gloria del príncipe está en que sea en las obras que ha de hazer muy cuydadoso y en las palabras que ha de dezir muy recatado. Después que los moços han gastado largos años en la academia, después que sus padres han consumido con ellos mucha hacienda, si acaso el hijo sabe disputar y bien hablar en latín o en griego, aunque sea liviano y vicioso todo lo da el padre por bien empleado; porque ya en Roma más cuenta hazen de un orador parlero que no de un philósopho virtuoso. ¡O!, tristes de los que agora viven en Roma, y muy más tristes los que a nosotros suscederán en ella; porque ya no es Roma la que solía ser Roma, conviene a saber: que antiguamente los padres embiavan a sus hijos a las academias a deprender a callar, y agora embíanlos a deprender a hablar; entonces deprendían a ser recogidos, agora deprenden a ser dissolutos; y, lo peor de todo, que de las academias y estudios de do salían todos los sabios pacíficos, no salen ya sino oradores parleros y reboltosos; de manera que las sagradas leyes romanas, si los letrados las leen una vez en la semana, quebrántanlas diez vezes al día. ¿Qué más queréys que os diga, pues no os puedo dezir cosa sin que lastime a mi madre Roma, sino que oy todo el plazer de los hombres vanos es ver a sus hijos vencer a otros en disputas? Pero hágoos saber que toda mi gloria será quando mi hijo Cómodo sobrepujare a los otros no en hablar, sino en callar; no en ser porfiado, sino en ser pacífico; no en dezir sotiles palabras, sino en hazer virtuosas obras; porque la gloria de los buenos está en obrar mucho y hablar poco.

Mirad, amigos, bien, y no se os olvide que oy se fía de vosotros la honra mía, que soy su padre; el estado de Cómodo, que es mi hijo; la gloria de Roma, que es mi naturaleza; el assossiego del pueblo, que es mi súbdito; y la governación de Italia, que es vuestra patria; y, sobre todo, se fía de vosotros la paz y tranquilidad de nuestra república. Pues de quien se fía tal atalaya no es razón que se duerma; porque entre sabios y generosos a la gran confianza ha de corresponder muy gran diligencia. No quiero más dezir, sino que yo querría que de tal manera fuesse criado mi hijo Cómodo, que de los dioses tomasse el temor, de los philósophos la sciencia, de los antiguos romanos las virtudes, de los ancianos y experimentados los consejos, de la juventud romana el ánimo, de vosotros sus maestros el reposo. Finalmente querría que tomasse de todos los buenos lo bueno como de mí ha de eredar el Imperio; porque aquél es verdadero príncipe y digno del Imperio que, si mira con los ojos los grandes señoríos que ha de eredar, emplea el coraçón cómo ha de gobernar, y él en provecho de todos ha bien de vivir.

Yo protesto a los dioses immortales con los quales tengo de yr; y protesto a la bondad de mis antepassados, a quien en la fe y lealtad soy obligado a guardar; y protesto a las leyes romanas, las quales yo juré de guardar; y protesto la conquista de Asia, la qual yo me obligué de continuar; y protesto a la amistad de los rodos, la qual me ofrecí a conservar; y protesto a la enemistad de los penos, la qual no por mí, sino por el juramento de mis predecessores yo me obligué a sustentar; y protesto a la urna del alto Capitolio do mis huessos se han de quemar, que ni Roma me lo demande siendo vivo, ni los siglos advenideros me maldigan después de muerto, si acaso mi hijo, el príncipe Cómodo, por su mala vida fuere ocasión de perderse la república, y vosotros por no le dar el castigo necessario se pierda él y se pierda el Imperio; porque no es más obligado el buen padre de destetar a su hijo de regalo y darle ayo virtuoso.

CAPÍTULO XXXIX

Que los ayos de los príncipes y maestros que tienen discípulos deven tener gran vigilancia en que los mancebos no sean desde niños viciosos. Señaladamente los deven guardar de quatro vicios. Es capítulo notable para que los padres le lean y los hijos le guarden.

Los famosos y muy expertos cirujanos en las bravas y desaforadas heridas y úlceras no sólo aplican medicinas y socrocios que las resuelvan o cierren, pero aun aplican otras que las restriñan o defiendan. Y a la verdad no se muestran menos en lo uno sabios que en lo otro espertos; porque tanta diligencia se ha de poner en conservar la carne flaca que no se corrompa, como en curar la llaga podrida para que sane y se cierre. Assimesmo vemos que los curiosos caminantes muy por menudo se informan del camino antes que anden el camino, conviene a saber: si ay en él algún lodaçal enojoso, algún barranco peligroso, algún passo que sea estrecho, algún monte sospechoso, alguna senda que descamine el camino. Y cierto el que en esto es cuidadoso, digno es de ser tenido por sabio; porque según la muchedumbre de los peligros del mundo, ninguno se ha de tener por seguro si no sabe dó está el peligro.

Declarando lo que quiero dezir por estas comparaciones, digo que los ayos y maestros de príncipes y grandes señores no se deven contentar con saber qué sciencia, qué criança, qué doctrina y qué virtud a sus discípulos han de enseñar, pero aun con muy mayor vigilancia deven saber de qué males o de qué costumbres malas los han de apartar; porque los árboles, quando son pequeños y tiernos, más necessidad tienen de podaderas que corten las ramas superfluas, que no de muchas cestas para cojer sus fructas. Los que imponen en andar a las mulas de precio y los que doman cavallos de buena raça mucho trabajan en que aquellos animales sean andadores, sean ligeros, sean saltadores, sean hazedores; pero mucho más trabajan en que sean mansos, domésticos y fieles, y, sobre todo, que no tengan algunos malos resabios; porque a la verdad al animal que no es manso, sino bravo, sobra de locura es ponerle alguno en precio.

Dicho esto y presupuesto que passa assí de hecho, pregunto agora yo: si los cavallerizos de los grandes señores trabajan por quitar a los animales (siendo animales) los malos resabios, ¿quánto más deven trabajar los ayos, si son buenos ayos, que en los príncipes moços no aya ningunos siniestros de notables vicios? Porque a los moços no les aprovechan tanto todas las virtudes que aprenden como les daña un sólo vicio que les consientan. Caso que de muchas malas costumbres deven los ayos y maestros apartar a sus discípulos, entre todas quatro son las más principales, en cada una de las quales, si el príncipe fuesse notado o infamado, el ayo o maestro que le crió merescía mucho castigo; porque, según las leyes y costumbres humanas, todo el robo o daño que hazen los animales en la viña ha de pagar el viñadero que se obligó a guardarla.

Lo primero, deven los maestros enfrenar y castigar de tal manera las lenguas de sus discípulos, que en burlas ni en veras no les consientan ser mentirosos; porque la mayor falta en un bueno es ser corto en las verdades y la mayor vileza en un vil es ser largo en las mentiras. Merula, en el libro quinto *De los Césares*, dize que la primera guerra que hizo Ulpio Trajano fue contra Céballo, rey de los Dacos, el qual se avía rebelado contra los romanos, y aun avía vencido (y no con pequeña victoria) al Emperador Domiciano en una batalla; porque, según dezía Nasica, no era tanto el plazer que tomava Roma en verse muchas vezes vencedora, quanto era el daño y pesar que tomava en verse una vez vencida. El buen Ulpio Trajano dio una batalla al rey Céballo, en la qual no sólo fue vencido, mas aun preso, y assí preso le truxeron delante el Emperador Trajano, y díxole estas palabras: «Di, Céballo, ¿por qué te rebelaste contra los romanos, pues sabes que los romanos nunca pueden ser vencidos?» Respondió el rey Céballo: «Si los romanos no pudiessen ser vencidos, ¿cómo yo vencí a Domiciano, que era Emperador de los romanos?» Tornóle el Emperador Ulpio Trajano replicar a esto y dixo: «Muy engañado vives, ¡o! rey Céballo, en pensar que quando venciste al Emperador venciste a los romanos; porque quando Rómulo fundó a Roma ordenaron los dioses que si su Emperador en alguna batalla fuesse muerto, no por esso se entendía que el Imperio fuesse vencido.» Hazen los historiadores muy gran cuenta destas palabras que dixo Ulpio Trajano porque mostró por ellas ser invencible el Imperio Romano.

Después que fue muerto este rey Céballo y por sus deméritos fue privado del Imperio, el Emperador Trajano, como era príncipe clementíssimo, proveyó que un hijo pequeño que dexó aquel rey Céballo fuesse criado en su palacio, con intención que, si el moço saliesse

bueno, le daría el reyno que su padre por traydor avía perdido; porque era ley entre los romanos que todo lo que el padre perdía por aver cometido trayción, todo lo recuperasse el hijo por algún acto de fidelidad. Aconteció que, estando el buen Trajano tomando plazer en los huertos Vulcanos, vio al hijo del rey Céballo y a otros mancebos romanos saltar a furtar fructa de una huerta; y esto no es de maravillar, porque no haze en los panes más estrago la langosta que hazen los mancebos de que entran en una huerta de fruta. Como el Emperador le preguntasse después de dó venía, y él dixesse que venía de la Academia de oír retórica, como fuesse verdad que él no venía sino de hurtar fruta; enojóse tanto el Emperador Trajano de ver que el moço era mentiroso, que proveyó y mandó que totalmente le privassen de la esperança del reyno. Fue sobre este caso muy importunado el Emperador Trajano, assí de embaxadores estranjeros como de senadores naturales, rogándole que mudasse aquella cruda sentencia; porque los príncipes muchas cosas mandan estando ayrados, las quales deshazen estando pacíficos. Respondióles el Emperador Trajano: «Si su padre deste moço, que fue el rey Céballo, fuera príncipe verdadero, ni él perdiera la vida, ni él perdiera el reyno, ni aun pusiera tantas vezes a mí y al Imperio en peligro. Y, pues el padre fue mentiroso y el hijo no es verdadero, muy injusto sería tornarle yo el reyno; porque gran infamia sería mía, y aun de nuestra madre Roma, que siendo Roma madre de verdades, diesse reynos a los hijos de mentiras.» Esto fue lo que dixo Ulpio Trajano, y lo que le aconteció con el hijo del rey Céballo.

Marco Aurelio, decimoséptimo Emperador que fue de Roma, tuvo, según arriba diximos, dos hijos, el mayor de los quales se llamava Cómodo, y procurava mucho su padre de quitarle la erencia del Imperio, y al segundo hijo, que se llamava Veríssimo, quisiera él mucho dexar por erederero, y esto no sólo lo tenía determinado, mas aun muchas vezes lo dezía en público; porque con gran trabajo se dissimula lo que en extremo se dessea. Acaso un senador viejo y anciano y que era mucho su amigo de Marco díxole un día, saliendo que salían ambos del Senado: «Maravillado estoy de ti, excellent príncipe. ¿Por qué deseredas al hijo mayor y hazes erederero al hijo menor, pues ambos son tus hijos y los dioses no te dieron más de a ellos? Porque los buenos padres tienen obligación a sus hijos de castigarlos, mas no tienen licencia de deseredarlos.» Respondióle Marco Aurelio: «Si tú fuesses philosopho griego como eres ciudadano romano, y si tú supiessees qué cosa es tan dulce el amor de hijo, no ternías compassión a mi hijo que pierde el Imperio, pero tenerla ýas a mí su padre que se lo quito, ca el moço apenas sabe lo que pierde, pero yo que soy su padre lloro el daño que le hago; porque al fin al fin no ay oy en el mundo padre tan crudo, que si lastima a su hijo con el pomo de la espada, no la eche primero por sus mismas entrañas fasta la empuñadura. En este caso, por los dioses immortales te juro que hago lo que no querría fazer, y doy lo que no querría dar, y quito lo que no querría quitar, ca Antonio, mi señor y suegro, no me dio el Imperio sino porque jamás en mí halló mentira; y yo por esso privo a mi fijo del Imperio, porque jamás en él fallé verdad. No es justo que el Imperio que a mí me dieron por verdadero yo le dexe en erencia a un mentiroso; porque al fin más vale que el hijo pierda la hazienda, que no que el padre pierda la fama.»

Por estos dos exemplos podrán ver los ayos y maestros de príncipes y grandes señores quánta solicitud deven poner en que los moços que tienen a cargo no sean mentirosos, y esto ha de ser de tal manera, que (ni de burlas proponiendo, ni de veras respondiendole) les

consientan dezir ni una sola mentira; porque de mentir de burla en la mocedad viene después el mentir de veras en la vejez.

Lo segundo, deven los maestros apartar a sus discípulos que no sean jugadores, de manera que no se avezen desde niños a ser tahúres; porque gran indicio es de perder a sí y al Imperio el príncipe que desde niño se aficiona al juego. La experiencia nos demuestra que el juego es un vicio (según dize Séneca) que tiene la propiedad del perro enconado, que al que una vez muerde siempre le haze que ravia, cuya cruda ravia siempre hasta la muerte dura. No sin causa son comparados los jugadores cossarios a los perros raviosos; porque a todos los que se allegan a su compañía a todos fazen perder la conciencia y la honra y la hazienda. Acontece muchas vezes que en aquello que los ayos y maestros avían de ser más solícitos son más descuydados y perezosos, conviene a saber: que so color de una bien escusada recreación y passatiempo consienten a sus discípulos jugar algún juego, aunque en el juego va poco precio; lo qual ni lo devrían los moços hazer, ni menos sus ayos se lo consentir; porque es de tal calidad este vicio, que el niño que se atreve a jugar una agujeta, es de pensar que en siendo hombre jugará el sayo y la capa. Aplomando más en el caso, y agraviando más este vicio, digo y afirmo que, quando juegan los príncipes y los hijos de grandes señores, no se ha de hazer cuenta de lo poco o mucho que pueden ganar o perder, que esto sería gran miseria, y aun miseria y poquedad, si por esto se lo vedasse mi pluma; porque a los moços nos les han de vedar el juego por los dineros que pierden, sino por los vicios que cobran.

Octavio, segundo emperador que fue romano, fue uno de los felicísimos enperadores que hasta oy ha avido, y entre todas sus virtudes fue notado de una cosa sola, conviene a saber: que desde niño fue vicioso en el juego de la pelota, del qual vicio no sólo fue reprehendido, mas aun fue dél prohibido; porque, según dize Cicerón en el libro *De legibus*, quando algún emperador era notado de algún vicio público, libremente le podían yr a la mano en el Senado. Quando fue Octavio reprehendido deste vicio en el Senado, dizen que dixo estas palabras: «Gran sinrazón me hazéys oy, Padres Conscriptos, en este Senado, en quitarme mi passatiempo; porque abasta que los príncipes sean tales que aya mucho de que loarlos y aya poco de que reprehenderlos.» Fueron estas palabras muy notables y como de tan excelente príncipe dichas; porque al fin los príncipes, según los regalos en que se crían y según la libertad que tienen, émosles de agradecer las buenas obras que hazen y mucho más los vicios de que carecen.

Tornando, pues, al propósito, entre los malditos vicios que cobran los niños quando desde niños son jugadores es que se avezan a ser ladrones y mentirosos; porque los dineros que han de jugar para pedirlos a sus padres han vergüença, para tomarlos de su hazienda no han eredado. Púedese (y aun dévese) de aquí collegir, que si los moços han de jugar, forçoso es que han de hurtar. El trigessimosexto Emperador de Roma fue Claudio Lugano, varón que fue en el comer muy tenplado, en el vestir muy honesto, en la justicia muy recto, en las armas muy venturoso, de manera que no sólo alancó a los godos del Illírico, mas aun dio una batalla a los germanos en la qual mató más de cien mil dellos. Fue esta batalla acerca del lago Veraco, en un soto que se llamava Lugano, y por memoria de aquel tan gran vencimiento le llamaron Claudio Lugano; porque era costumbre en el Senado Romano, que quales obras buenas o malas sus príncipes hazían,

tal sobrenombre bueno o malo les davan. Tenía este Emperador no más de un hijo, el qual era príncipe assaz hermoso en el cuerpo, de muy claro y vivo juyzio; pero era aquel moço tan mal inclinado, que el natural bueno que le dio naturaleza más le empleava en jugar con otros mancebos, que no en deprender de los philósophos. Y esto no es de maravillar, porque todos los hombres de alto juyzio, si no ay quien los constriña a hazer actos virtuosos, luego se avezan a cometer vicios muy feos. Fue el caso que, como aquel príncipe moço no tuviesse ya qué jugar, acordó de hurtar de la recámara de su padre una muy rica joya de oro; y de aquel hurto fue sabidor y encobridor su maestro; y, como lo supo el buen Emperador, al hijo totalmente privó de la erencia, y a su maestro mandó cortar la cabeça, y a todos los que halló aver jugado con su hijo a todos los desterró del reyno. Puso mucho espanto en todo el mundo este hecho; porque este bien tienen los famosos castigos, que a los buenos pone esfuerço para que sean más buenos y a los malos pone espanto para que no sean más malos. Dize Merula, libro décimo *De Cesaribus*, do cuenta muy por estenso este caso, que en más tuvieron los romanos aver desterrado de Roma a los jugadores, que no aver echado del Illírico a los godos. Y (hablando la verdad) ellos tuvieron razón; porque mayor corona meresce un príncipe por desterrar los vicios de su casa que no por echar a los enemigos de su tierra.

CAPÍTULO XL

Do se ponen otros dos vicios de los quales deven los ayos guardar a sus discípulos, conviene a saber: que no sean desvergonçados, ni en los vicios de la carne sueltos.

Lo tercero, deven trabajar los ayos y maestros que a los niños que tienen a cargo no les consientan que sean livianos, atrevidos ni desvergonçados. Y digo que no les dexen ser muy livianos porque el moço desassossegado muchas vezes para en viejo perdido. Digo que no les consientan ser atrevidos porque de moços atrevidos se hazen los hombres reboltosos. Digo que no les consientan ser desvergonçados porque del moço desvergonçado se haze el hombre escandaloso. En mucho deven tener los príncipes y grandes señores que los ayos de sus hijos se los críen vergonçosos y reposados, ca no da más gloria al rey la corona en la cabeça, ni la cadena en los ombros, ni el joyel en los pechos, ni el sceptro en las manos, ni el enxambre de guardas que trae en torno consigo, como el assiento y reposo que muestra el moço desde mancebo; porque un hombre, de qualquier estado que sea, la honestidad que muestra pública le encubre muchas flaquezas secretas.

En los tiempos que imperava Helio Pertinax, diez y nueve Emperador que fue de Roma, a la sazón governavan la república dos cónsules, que avían nombre Vero y Mamilo, los quales rogaron al Emperador tuviesse por bien de quererse servir de dos hijos suyos, el mayor de los quales aún no avía doze años. Y, como el Emperador les hiziesse merced de los rescebir, y los padres no fuessen perezosos de se los traer, venidos delante el Emperador, hizieron cada uno dos oraciones, una en griego y otra en latín, de las quales quedó el Emperador muy contento y todos muy espantados; porque en aquellos tiempos ninguno servía a los príncipes romanos si no era muy diestro en la cavallería o muy ábile para sciencia. Estando, pues, haziendo sus oraciones estos dos niños delante el

Emperador, el uno dellos tuvo puesto los ojos en el que jamás los abaxó y el otro túvolos puestos en el suelo en que nunca por nunca los alçó. Y, como el Emperador fuesse tan grave, agradóse tanto de la gravedad del niño que tuvo puestos los ojos en el suelo, que no sólo le permitió servir a la mesa, mas aun entrar en su cámara. Y esto túvose en mucho como era razón de se tener; porque los príncipes no suelen fiar sus mesas ni sus cámaras sino de parientes muy propincos o de criados muy antiguos. Al otro niño que era compañero de éste, tornóle el Emperador a su padre, diziéndole que, quando fuesse más vergonçoso, él le dava por rescebido. Y de verdad tuvo razón este buen Emperador en hazer lo que hizo; porque en la gravedad de los príncipes buenos no se sufre servirse de moços livianos. Pregunto agora yo: a los padres que quieren mucho a sus hijos y dessean que sus hijos sean muy valerosos, ¿qué les aprovecha que los niños sean muy hermosos en el rostro, sean muy dispuestos en el cuerpo, sean muy vivos en el juyzio, sean blancos en las carnes, sean roxos en los cabellos, sean facundos en la memoria, sean ábiles para la sciencia, si con todas estas gracias que les dio naturaleza son por otra parte atrevidos en lo que hazen, y desvergonçados en lo que dizen? Es auctor de lo sobredicho Patricio Senense, libro quinto *De rege y regno*.

Uno de los príncipes bien fortunados y virtuosos fue el gran Theodosio, el qual entre todas las otras virtudes tuvo una muy señalada, conviene a saber: que jamás en su palacio se sirvió de mancebo que fuesse desvergonçado, ni de hombre que fuesse reboltoso, ni de viejo que fuesse desonesto, ca dezía él muchas vezes que jamás los príncipes serán bienquistos si los que están cabe ellos son mentirosos y escandalosos. Como príncipe experimentado y como hombre muy cuerdo hablava este buen Emperador; porque si los privados que están cabe los príncipes son mal sufridos, escandalizan a muchos; si son mentirosos, engañan a todos; si son desonestos, escandalizan los pueblos; y no se echa tanto la culpa a ellos que lo hazen, quanto a los príncipes que lo consienten. Tenía el Emperador Theodosio dos cavalleros en su casa, que se llamavan Rufino y Estellicón, por cuyo parecer y prudencia se governavan las cosas de la república y (según dize Baptista Ignacio) estos dos quedaron por tutores y ayos de sus hijos de Theodosio, los quales se llamavan Archadio y Honorio; porque (según dize Séneca) los buenos príncipes quando mueren, más cuydado han de tener en ver a sus hijos a quién los dexarán, que no qué reynos ni riquezas les dexarán. Este Rufino, y Estellicón, tenían en el palacio de Theodosio sendos hijos, los quales eran en extremo bien criados y vergonçosos, y por contrario los dos príncipes Archadio y Honorio eran mal disciplinados y no poco desonestos; y desta ocasión el buen Theodosio muchas vezes tomava aquellos niños y los assentava a su mesa, y por contrario a sus propios hijos aun no los quería mirar a la cara. No se maraville ninguno que en un príncipe tan grave cupiesse y se abatiesse a hazer cosa tan pequeña; porque a la verdad los niños bien criados y vergonçosos no son sino ladrones que roban los coraçones agenos.

Lo quarto, deven los ayos y maestros poner gran solicitud en que, ya que los moços son crecidos, no se les desmanden a encenagar y ensuziar en los vicios torpes y carnales, de manera que la sensualidad y mala inclinación del moço se recuta y se remedie con la prudencia del bueno y casto maestro; porque es de tal qualidad esta maldita carne, que llama muy temprano al aldava y, si le abren, jamás hasta la muerte quiere que le cierren la puerta. Los árboles que antes de tiempo brotan y echan hoja no esperamos en el verano

comer dellos mucha fruta. Quiero dezir que los moços que desde muy niños andan en los vicios carnales metidos ningún bien se ha de presumir dellos, sino que ellos y los que tratan con ellos quanto más fueren los veremos más viciosos y muy menos virtuosos; porque a la creciente de los vicios siempre se sigue la menguante de las virtudes.

Aristóteles, en sus *Políticas*, y Platón, en el segundo libro *De legibus*, dicen y determinan que a lo más temprano no se deven casar los moços hasta que ayan veynete y cinco años y las donzellas hasta los veynete años; porque, llegados a tal edad, resciben los padres poco daño en engendrarlos y los hijos que nacen son de muy mayor provecho. Pues si esto es verdad, como es verdad, pregunto agora yo: si casarse y procrear hijos, que es el fin del matrimonio, no lo permiten los philosophos hasta que los moços sean muy hombres, ¿quánto menos deven consentir los maestros a sus discípulos que, siendo como son moços y tiernos, anden en vicios carnales metidos? En este caso y en la guarda deste vicio no se deven los buenos padres fiar solamente de los maestros, sino que ellos deven velar y saber los passos en que andan sus hijos; porque muchas vezes les dirán que andan en romerías y andarán en ramerías.

El vicio de la carne es de tal qualidad, que no pueden los hombres darse a él sin escrúpulo de la conciencia, sin detrimento de la fama, sin pérdida de la hazienda, sin corrupción de la memoria, sin peligro de la persona, sin disminución de la vida y aun sin escándalo de la república; porque los hombres amancebados no poco escándalo suelen poner en los pueblos. Mucho me satisfaze lo que pone Séneca en el segundo *De clemencia ad Neronem*, do dize estas palabras: «Si supiesse que los dioses me avían de perdonar y los hombres no lo avían de saber, sólo por la vileza de la carne no pecaría en la carne.» Y a la verdad Séneca tenía razón; porque dize Aristóteles «*quod omne animal post coitum tristatur dempto gallo.*» ¡O!, ayos de príncipes y grandes señores, por aquel immortal Dios que nos crió vos juro, y por lo que devéys a nobleza vos ruego, que a los discípulos que tenéys a cargo los enfrenéys con freno áspero, les echéys las sueltas cortas, les afloxéys muy poco las riendas; ca, si estos moços viven, assaz de tiempo les queda para buscar, para seguir, para alcançar y aun para tropeçar en pos de las yeguas; porque por nuestra desdicha, este maldito vicio de la carne en todo lugar, en toda edad, en todo estado y en todo tiempo tiene sazón, aunque no con razón. ¿Qué os diré en este caso, sino que, passado el verde de la infancia, desbocados los moços del freno de la razón, heridos con las espuelas de la carne, sueltos de las sueltas de la razón, tocada su trompeta la sensualidad, desapoderados (o, por mejor dezir, desamparados) del temor divino, con un furioso brío arremetemos por las xaras y riscos en pos de una yegua, la qual en dexar va poco y en alcançarla va mucho menos?; porque en los vicios carnales el que menos alcança de lo que la sensualidad le pide, mucho más tiene de lo que según razón le conviene.

Visto que los ayos sean descuydados, visto que los moços sean atrevidos, visto que los sentidos del todo estén ciegos, visto que los bestiales movimientos cumplen sus apetitos; pregunto agora yo: ¿qué es lo que al moço le queda, o qué es el contentamiento que de aquella torpedad saca? Por cierto el mancebo carnal y vicioso, después que de su apetito es vencido, a mejor librar yo no veo en él otro fructo sino que queda el cuerpo manco, el juyzio enclavado, la memoria ofuscada, el entendimiento corrupto, la voluntad dañada, la

razón tropellada y la fama despeñada, y (lo que es peor de todo) siempre la carne se queda carne. ¡O!, cuántos mancebos viven engañados, pensando que por satisfacer y entregarse una vez de los vicios, dende en adelante se apartarán y dexarán de ser viciosos, lo qual no sólo no les haze provecho, mas aun les es assaz muy dañoso; porque el huego no se amata con leña seca, sino echándole mucha agua fría. Pero ¿qué haremos?, que assí se precian oy muchos padres en que sean sus hijos de mugeres traviessos como si fuessen en las sciencias muy doctos y en las armas muy esforçados, y (lo que es peor de todo) a las vezes regalan más a los nietos hechos de adulterio condenado que no a los hijos nascidos de legítimo matrimonio. ¿Qué diremos, pues, de las madres, que a la verdad yo he vergüença dezirlo, pero más avían ellas de tener en hazerlo, las quales a escusa de sus maridos encubren las travessuras de sus hijos, dan a criar a los hijos de sus mancebas, desempñanlos quando están empeñados, danles dineros para jugar por los tableros, reconcílianlos con sus padres quando dellos tienen enojos, buscan dineros emprestados para rescatarlos quando están presos, están siempre con sus vezinos enojadas por no yrles a la mano a sus hijos; finalmente son madres de sus cuerpos y madrastras de sus almas?

Esto he dicho incidentalmente, a causa que muchas vezes los maestros querrían castigar a los moços, y los padres y madres los hazen ser en esto remissos; porque poco aprovecha que los calcañares lastimen al animal con las espuelas y por otra parte le den con las riendas sofrenadas. Tornando al propósito, ¿qué remedio tomaremos para remediar nuestro daño, conviene a saber: si viéremos a un moço en la carne vicioso? Yo no hallo otro remedio sino que al fuego rezio cárguenle de tierra, que allí morirá; y al moço vicioso apártenle de las ocasiones, y assí se remediará; porque en las guerras alcánçase la honra esperando, pero en el vicio de la carne alcánçase la victoria huyendo.

* * *

Aquí se acaba el segundo Libro del famosíssimo Emperador Marco Aurelio con el Relox de príncipes, en el qual se ha tratado de cómo los príncipes y grandes señores se han de aver con sus mugeres y de la criança que desde niños han de dar a sus hijos.

TERCERO LIBRO

Comiença el tercero Libro del Relox de príncipes, en el qual se tracta de las particulares virtudes que los príncipes han de tener, es a saber: de la justicia, de la paz, de la magnificencia, etcétera.

CAPÍTULO I

Que los príncipes y grandes señores deven trabajar de administrar a todos y igualmente justicia, y pone el auctor en este caso muy notables cosas.

Dezía y afirmava Egidio Fígulo, uno de los famosos philótophos que uvo en Roma, que entre los dos signos del Zodíaco que son León y Libra ay una virgen que se llama Justicia, la qual moró entre los hombres en tiempos antiguos, y después que se enojó dellos subióse a los cielos. Este philótopho quísonos dar a entender que la justicia es una virtud tan suprema, que trasciende la capacidad humana, pues en los altos cielos hizo su morada, y no halla persona que en toda la tierra la acoja en su casa. Durante el tiempo que los hombres fueron castos, mansos, amorosos, piadosos, sufridos, zelosos, verdaderos y honestos, moró la Justicia acá en la tierra con ellos; mas después que se tornaron adúlteros, crueles, superbos, impacientes, mentirosos y blasphemos, acordó de dexarlos y subirse a los cielos; de manera que concluía este philótopho que por las maldades que cometían los hombres en la tierra se absentó dellos para siempre la Justicia. Aunque parece ser esta ficción poética, el fin para que se dixo es de muy alta doctrina, lo qual parece claro en que doquiera que ay un poco de justicia, no ay ladrones, no ay mentirosos, no ay homicidas, no ay crueles, no ay blasphemos; finalmente digo que en la casa o república que reposa la justicia ni saben cometer vicios, ni menos dissimular con viciosos.

Homero, queriendo engrandecer la justicia, no supo más que dezir sino que los reyes son hijos del gran dios Júpiter, y esto no por la naturaleza que tienen, sino por el oficio de justicia que administran, de manera que concluye Homero en que a los príncipes justos y justicieros no los han de llamar sino hijos de dioses. El divino Platón, en el libro iiii de su *República*, dezía que el mayor y más supremo don que los dioses dieron a los hombres fue que, siendo como son de tan vil massa, se governassen con justicia. Y oxalá todos los que leyeren esta escritura sientan bien lo que Platón dezía; porque si el hombre no nasciera con razón y se governara con justicia, entre todas las bestias no uviera tan inútil bestia. Quiten de un hombre la razón con que nasce y la justicia con que se gobierna, y mírenle qué tal será su vida, pues ni sabría pelear como los elephantes, ni defenderse como los tigres, ni sabría caçar como los leones, ni arar como los bueyes. Para lo que pienso que aprovecharía es que sería manjar de los ossos y leones en la vida, como agora lo es de los gusanos en la muerte.

Todos los poetas que ficciones inventaron, todos los oradores que oraciones hizieron, todos los philótophos que libros escrivieron, todos los sabios que doctrinas nos dexaron y todos los príncipes que leyes instituyeron, no fue otro su fin sino persuadirnos a que pensemos quán breve y inútil es esta vida y quán necessaria nos es en ella la justicia; porque la corrupción que tiene un cuerpo sin alma, aquélla tiene una república sin justicia. Los romanos no podemos negar sino que fueron superbos, invidiosos, adúlteros, impúdicos, viciosos y ambiciosos; pero junto con esto fueron muy justicieros, por manera que si Dios les dio tantos triumphos siendo ellos cercados de tantos vicios, no fue por las virtudes que en sí tenían, sino por la mucha justicia que administravan.

Plinio en el libro segundo dize que dezía Demócrito que dos eran los dioses que governavan todo lo criado, es a saber: premio y pena; de lo qual podemos colegir que no ay otra cosa más necessaria como es la recta y verdadera justicia; porque ella sola es la que da el premio a los buenos y no dexa sin castigo a los malos. El egregio Augustino, primo *De civitate Dei*, dize estas palabras: «Tolle iusticiam et quid erunt regna nisi latrocinia.» Por cierto él tenía razón; porque si no uviesse açotes para los vagabundos, mordaza para los blasfemos, ecúleo para los fementidos, fuego para el erege, cuchillo para el homiciano, horca para el ladrón y cárcel para el sedicioso, podríamos afirmar que no avría tantos animales en la montaña como malos y ladrones en la república. En muchas, o en las más de las repúblicas, veo que los más de los días faltan en ellas el pan, el vino, las frutas, las carnes, la leña y otros bastimentos, pero jamás veo que faltan hombres malos. Pues yo juro que hiziésemos dellos tan buen barato, que por sola una ternera trocaríamos a quantos malos ay en la república. No vemos otra cosa en las repúblicas sino cada día açotar, degollar, arrastrar, empozar y ahorcar; mas con todo esto son tantos los malos que ay, que si a todos los que delante la justicia divina merescen la horca los pusiessen en la horca, faltarían verdugos que los justiciar y aun horcas do los poner.

Dado caso que según la variedad de las tierras y provincias se ayan variado los ritos y leyes en ellas, hállase por verdad que jamás uvo ni avrá en el mundo alguna tan bárbara tierra, la república de la qual no estuviesse fundada sobre justicia; porque dezir y afirmar que puede conservarse un pueblo sin justicia es dezir y afirmar que puede vivir un pez fuera del agua. ¿Cómo es possible que pueda vivir sin justicia una república, pues no puede governarse sin ella una persona sola? Plinio en una epístola dize que, teniendo él mismo cargo de una provincia en África, preguntó a un ombre anciano y en la governación experto que qué haría para administrar bien la justicia. Respondióle el viejo: «Haz de ti mismo justicia si quieres ser buen ministro della; porque el buen juez con la vara derecha de su vida ha de medir la república. (Y dixo más.) Si quieres ser con los hombres recto y delante los dioses limpio, guárdate de tener presunción en el oficio; porque los juezes superbos y presuntosos muchas vezes se desmandan en palabras y aun exceden en las obras.» Dize allí Plinio que se aprovechó más del consejo que le dio aquel buen viejo, que de todo quanto avía leydo.

¡O!, a cuánto se obliga el que de administrar justicia se encarga; porque si el tal es hombre recto, cumple con lo que es obligado; mas si el tal es injusto, justamente ha de ser de Dios punido y de los hombres acusado. Quando los príncipes mandan a sus criados y vassallos algunas cosas y no salen con ellas de la manera que les fueron encargadas, para todas pueden tener excusas, excepto los que gobiernan reynos y provincias; porque ninguno dexa de administrar justicia si no es por falta de sciencia y esperiencia, o por sobra de pasión y malicia. Un capitán, si pierde una batalla, puédese excusar con dezir que le huyó la gente al tiempo de romperla; un catariberas puédese excusar con dezir que eran levantadas las garças; un correo puédese excusar con dezir que los ríos yvan crecidos; un montero puédese excusar con dezir que era amontada la caça; mas un governador de república ¿qué excusa puede tener para que no haga justicia?

Faltarle deve conciencia, y aun no le deve sobrar vergüença, al hombre que se quiere encargar de una cosa, siendo incierto si saldrá con ella; porque los rostros vergonçosos y los coraçones generosos o han de salir con lo que emprendieron, o han de tener muy legítima causa por lo que lo dexaron. Sepamos qué cosa es justicia y luego sabremos quién es ydóneo para administrarla. Oficio de buenos juezes es defender el bien común, procurar por los inocentes, sobrellevar a los ignorantes, corregir a los culpados, honrar a los virtuosos, ayudar a los huérfanos, hazer por los pobres, refrenar a los cobdiciosos, humillar a los ambiciosos; finalmente deve dar a cada uno lo que le pertenesce por justicia y desapossessionar a los que poseen algo sin justicia. Quando un príncipe manda a uno que tome cargo de justicia y el tal no intervino en procurarla, si por caso no acertasse después en la administración della, podría tener alguna excusa, diziendo que, si lo aceptó, no fue con pensamiento de errar, sino con ánimo de obedecer. ¿Qué diremos de muchos, los quales sin vergüença, sin sciencia, sin experiencia y sin consciencia procuran oficios de justicia?

¡O!, si supiesen los príncipes qué es lo que dan quando dan cargo a uno de gobernar una república, yo juro que antes le diessen para veynte años hazienda, que no fiarle xx días cargo de justicia. Qué cosa es ver a unos hombres inverecundos, deshonestos, habladores, bulliciosos, glotones, ambiciosos y codiciosos, los quales tan sin empacho piden a los príncipes un oficio de justicia, como si pidiessen por justicia su hazienda propria. Pluguiesse a Dios que parasse el negocio en sólo pedirlo; mas ¿qué diremos?, que lo solicitan, lo procuran, lo importunan, lo sobornan y (lo que más es) que assí como sin vergüença lo piden, no menos sin consciencia lo compran. Pues más ay en este caso, y es que, si los tales malaventurados no alcançan lo que pedían, no les venden lo que querrían (y esto por tener mejor conciencia los que se lo avían de dar, que no ellos en lo rescebir), assí blasphemian y se quejan de los que son a los príncipes aceptos, como si les uviessen fecho grandes agravios. ¡O!, qué trabajo es a los hombres buenos tratar, conversar, complir y satisfazer a los malos; porque no querrían los hombres ambiciosos y cobdiciosos sino que la roptura que ellos tienen en el pedir, aquélla tuviessen los que son buenos en el dar. Muchas vezes me paro a pensar en qué consiste aver en las repúblicas tantos daños, tantos descomedimientos, tantos desafueros, tantos robos, y al fin hallo que todos o los más proceden en que se proveen los ministros de justicia no por vía de conciencia, sino por negociación sola.

Dado caso que a todos pertenezca dessear y procurar la justicia, a ninguno pertenesce tanto procurarla y defenderla como a la Real Persona, que a los súbditos no es menos sino que algunas vezes deven temella, mas los reyes son obligados igualmente a todos administralla. Mucho haze al caso que los príncipes sean limpios en su vida y que tengan muy corregida su casa para que tenga crédito y auctoridad su justicia; porque allende que del hombre que es injusto no se puede esperar cosa justa, muy mal gobernará toda una república el que aún no sabe gobernar su misma casa. Los príncipes que son verdaderos en sus palabras, limpios en sus vidas, justos en sus obras; si alguna vez yerran en la administración de la república, todos los excusan diziendo que ellos con malicia no yerran, sino que otros con mal consejo les hazen errar, por manera que al príncipe justo todo lo bueno que haze le atribuyen, y de todo lo malo que le acontece le excusan.

Plutharco, en el libro ii de su *República*, dize que esta diferencia ay de unos príncipes a otros, en que el mal príncipe solamente es obedescido y el buen príncipe es obedecido y amado; y, allende desto, el que es bueno y virtuoso las cosas graves haze ligeras con su bondad, y el que es tyrano aun las cosas ligeras haze pesadas con su maldad. Felice es el príncipe que es obedescido, pero mucho más lo es el que es obedecido y amado; porque el cuerpo cánsase de obedecer, mas el corazón nunca se harta de amar. Tito, el Emperador, fue una vez preguntado que destas dos cosas, es a saber: premiar a los buenos o castigar a los malos, cuál dellas era al príncipe más natural. Respondió Tito: «Quan natural es al hombre el brazo derecho y el brazo yzquierdo, tan natural es al príncipe el premio y el castigo; mas assí como nos aprovechamos más del derecho que no del yzquierdo, assí el príncipe se ha de preciar más de galardonar que no de castigar; porque el castigo ha de ser de mano agena, mas el galardón ha de ser de su propia.»

Quando persuadimos a los príncipes que sean justos y que hagan justicia, no se entiende que degüellen a los homicianos, destierren a los bulliciosos, ahorquen a los ladrones y empozen a los salteadores; porque estas y otras semejantes cosas más pertenescen al oficio de los verdugos que no a los príncipes piadosos. Todo el bien de la justicia está en que el príncipe sea honesto en su persona, cuydadoso en su casa, zeloso de su república y muy delicado en su conciencia; porque los buenos príncipes no se han de preciar de quitar a muchos las cabeças, sino de reformar y tener en paz a las repúblicas. Plutharco, en la *Oración consolatoria* que escribió a Apolonio, hablando de las leyes que Prometheo dio a los egypcios, dize que entre otras tenían estas tres leyes, que dezían estas palabras: «Ordenamos y mandamos que ningún príncipe ponga las manos en otro por ningún enojo que le aya hecho; porque las manos de los buenos príncipes no se han de emplear en vengar injurias, sino en defender y vengar a los injuriados.»

«Ordenamos y mandamos que los príncipes en quanto estuvieren en su república y no fueren a la guerra, no sean osados a traer armas defensivas ni menos ofensivas; porque los buenos príncipes ni han de ser crueles para que maten, ni han de tener vicios porque los maten.»

«Ordenamos y mandamos que el príncipe no sólo no mate con sus manos, mas aun ni vea justiciar alguno con sus ojos; porque delante la presencia del príncipe, quan generoso es que resciban todos honra, tan escandaloso es que pierdan algunos la vida.»

CAPÍTULO II

Do el auctor prosigue su intento y avisa a los príncipes y grandes señores qué manera han de tener en elegir juezes para sus tierras.

Esparciano, en las vidas que escribió *De los treynta tyranos*, dize que Ciriaco tyrano tenía un memorial hecho de ciertos senadores que él mismo avía de matar y, como la cosa fuesse descubierta, quitáronle la vida. Otro tyrano que se llamava Regilio, después de muerto halláronle otro memorial de los que él mismo con sus manos avía quitado la vida, y a éste priváronle de sepultura. ¡O!, cuántos juezes ay en este mundo, los cuales assí se

precian y cuentan los que han açotado, desorejado, degollado, ahorcado, desquartizado y muerto, como otros se preciarían de los captivos que uviessen rescatado o de las huérfanas que uviessen casado. Que los juezes conforme a las leyes y fueros castiguen a los malos, lóolo; mas preciarse y alabarse dello, condénolo; porque el juez virtuoso y christiano más se ha de preciar de derramar lágrimas en las yglesias, que no de regar con sangre las picotas. Y añadiendo a lo que he dicho, digo que el buen gobernador y juez no se ha de alabar de las muertes que ha dado, sino acordarse de las injusticias que ha hecho; porque los daños ajenos hémoslos de callar, y las culpas propias hanse de llorar. Algunos castigos hazen los juezes de los quales murmuran los hombres y los aprueba Dios; otras vezes los condena Dios, aunque los apruevan los hombres; y por esso les es más seguro a los tales juezes pensar no lo que ellos han corregido en sus hermanos, sino lo que ellos merescían por sus pecados. En juzgar a otros pueden los juezes errar (no queriendo errar) por ser los testigos falsos; mas en las cosas propias no podemos (si no queremos) errar, pues los pecados que hazemos son ciertos; pero ¡ay, dolor! que son algunos tan malos, que estando ellos delante de Dios processados se quieren excusar, y a sus hermanos con testigos falsos osan condenar. Muy gran vigilancia deven tener los príncipes en examinar a los que han de hazer juezes y gobernadores; porque el juez que no tiene cada día cuenta con su consciencia cada hora hará mill maldades en la república. ¡Ay de la república do los gobernadores y juezes della no ponen los ojos sino en lo que han de castigar, no emplean el corazón sino en cómo han de valer, no ocupan las manos sino en robar y no consumen todo el tiempo sino en bullir y trafagar! Y no sin causa digo que son bulliciosos; porque ay muchos juezes los quales ponen más estudio en grangear amigos para se sustentar que no en leer los libros para juzgar y votar.

El juez que nunca lee, el juez que nunca estudia, el juez que nunca abre libro, el juez que nunca está en casa, el juez que de día juega y de noche rúa, ¿cómo es possible que el tal haga verdadera justicia? No puede ser mayor afrenta a la persona, ni aún ygual escándalo en la república, que el juez que ha de juzgar y castigar en los otros los vicios se acompañe él siempre de viciosos. El juez que presume de bueno, y quiere ser bueno, y que le tengan por bueno, en ninguna parte le han de hallar si no es en su casa estudiando, o en el tribunal juzgando. No se confíen los príncipes quando proveen juezes y gobernadores diziendo que, si saliere alguno malo, le quitarán en breve tiempo; porque los tales son tales y tan mañosos, que si no les faltaron diligencias para alcançar aquellos oficios, no les faltarán mañas para sustentarse en ellos. Quando los príncipes y grandes señores tuvieren algún juez malo, avísoles que le quiten luego o que no muestren dél tener descontento; porque el tal luego amaynará y afloxará en la justicia con pensamiento que le pedirán por su juez los de la república. Ni porque mi pluma reprehende a los juezes ásperos y crueles es mi intención de loar a los juezes que son simples y fríos, negligentes y descuydados, los quales ni saben juzgar, ni osan castigar. Los juezes que juzgan y gobiernan no han de ser a todos tan domésticos que se precien todos de mandarlos; porque, en tal caso, si loassen unos su conversación, blasfemarían otros de su justicia.

Aviso, amonesto y ruego a los príncipes que no se contenten solamente con ser verdaderos, piadosos, honestos y virtuosos, ni aun con ser justos; sino ques necessario también que sean justicieros, pues saben que va mucho de ser uno justo a otro que administra justicia; porque de ser él bueno procede la honra de su persona, pero en hazer

justicia consiste el bien de su república. ¿Por ventura no es cosa de maravillarse ver al príncipe que no sabe decir una mentira, y ver a sus ministros que no saben decir una verdad? ¿Por ventura no me tengo de escandalizar ver al príncipe ser sobrio en el comer, y ver a todos sus vassallos destemplados en el comer y beber? ¿Por ventura no es razón de me espantar ver al príncipe casto y honesto, y ver a los suyos en la carne desmandados y dissolutos? ¿Por ventura no es razón de tener admiración ver al príncipe ser justo y amator de justicia, y que pocos de sus ministros quieran administrarla? El fin porque se dize esto es para avisar a los príncipes que no se descuyden con ser ellos castos, sobrios, verdaderos y justos, sino que sepan si sus gobernadores y jueces son bulliciosos, cobdiciosos, avaros, impúdicos, mentirosos y inverecondos; porque si nos va mucho en que nuestros príncipes sean buenos, tanto y más nos va en que sus ministros no sean malos.

Una de las cosas en que deven proveer los príncipes con sus gobernadores y jueces es que por ninguna manera consientan se quebranten en sus repúblicas las leyes antiguas y que en su lugar se introduzgan algunas costumbres peregrinas; porque el vulgo es tan vario en lo que dize y tan liviano en lo que pide, que cada día querrían ver nuevo rey y cada hora querrían mudar nueva ley. Plinio, en una epístola que escribe a Escario, dize: «Optime apud persas capitale per legem fuit prohibitum, novos aut peregrinos mores inducere.» Como si más claramente dixesse: «Era inviolable ley entre los persas que todo hombre que osasse inventar de sí mismo, o traer de tierra estraña alguna costumbre peregrina, que el tal crimen no se pagasse sino con la cabeça.» Como los hombres cada día desminuyen en la virtud y aumentan en vanidad, si no les fuessen a la mano, inventarían cosas tan profanas y costumbres tan peregrinas, con que cada uno asolasse su casa y fuesse ocasión de perder la república; porque los manjares inusitados siempre alteran los estómagos. Quando los crethenses eran maltratados de los rodos, no rogavan a sus dioses que embiassen pestilencia, o guerras, o hambres, o sediciones sobre sus enemigos, sino que permitiessen introducirse algunas malas costumbres en sus pueblos. No piensen los que esto leyeren que era pequeña maldición la que los crethenses pedían, y que era pequeña vengança la que los dioses de sus enemigos les davan, si lo que pidían les davan; porque de las guerras, y hambres, y pestilencias suelen algunos escapar, mas con los nuevos y peregrinos vicios todos vemos perescer. Al Emperador Sergio Galba de muchas cosas los historiadores le reprehenden, y de sola una le loan, y es que jamás consintió que ni ley nueva se hiziesse, ni costumbre nueva se introduxesse en Roma, y a los que introduzían alguna costumbre nueva gravemente los mandava castigar, y a los que le traían a la memoria alguna buena costumbre antigua mandávala guardar y a ellos premiar. Para reír o, por mejor decir, para escandalizar es ver que algunos nuevos jueces quieren hazer de la república lo que haze un sastre de una ropa, es a saber: bolver lo de dentro afuera, lo de tras adelante, de faldas hazer mangas; lo qual ni ellos lo devrían hazer, ni los pueblos consentir; porque el príncipe no los embía para hazer leyes ni premáticas, sino para que conserven a las repúblicas en sus costumbres buenas.

Deven assimismo los príncipes tener muy gran vigilancia en que con pequeños y con grandes, con ricos y con pobres, tengan y gual la justicia, pues no ay ley divina ni humana que les dé facultad para corromperla; porque si un príncipe no puede sin razón disponer de una hazienda, mucho menos podrá hazer mercedes de la justicia. No le negaremos a

un príncipe sino que es señor de los animales, de los peces, de las aves, de los mineros, de los montes, de los ciervos y de los campos; finalmente, que es señor de la mar y de la tierra; pero no le confessaremos que es señor de la justicia; porque no ay otro señor verdadero de la justicia si no es Dios, que es la misma justicia. Quando un príncipe muere y haze testamento, dize: «Yo mando todos mis reynos y señoríos al príncipe mi hijo, al qual dexo por mi legítimo erederero; y mando al infante mi hijo tal estado; y mando a la infanta mi hija tales tierras; a los quales todos encomiendo la justicia, para que la guarden y haga guardar cada uno en su tierra propria.» Es mucho de notar que no dize el padre que manda a su hijo, sino que le encomienda la justicia, por manera que los buenos príncipes deven pensar que no eredaron de sus antepassados a manera de patrimonio la justicia, sino que se la da Dios en confiança. Pues los príncipes de todas las cosas se han de llamar señores si no es de la justicia (que sólo son ministros), osaríamos dezir que el príncipe o gran señor que juzga las causas no según la voluntad divina, sino según la voluntad propria, que al tal no le llamaremos juez justo, sino un ladrón cossario; porque muy peor es el príncipe que hurta a Dios la justicia que no el ladrón que hurta al rey la hazienda.

Suetonio Tranquilo cuenta hartos males de Domiciano, y el mayor de todos fue que a los pobres, y a los huérfanos, y a los que podían poco castigava, y a los ricos y poderosos perdonava, por manera que o los componía por dineros, o dissimulava con ellos por ser sus amigos. Alexandro Severo, xxv Emperador que fue de Roma, dize dél Lampridio que jamás tuvo en su casa hombre malo ni sufrió a pariente ni amigo suyo que fuesse vicioso; y, como una vez desterrasse a unos sobrinos suyos porque eran moços traviessos, dixo a unos que le rogavan por ellos, los quales le ponían delante que se acordasse que eran moços y sobrinos suyos: «His charior est mihi tota republica.» Como si más claro dixera: «No tengo otro pariente más propinco en mi casa que es a toda la república.» ¡O!, altas y muy altas palabras, dignas por cierto que las tengan en sus coraçones los príncipes escriptas, en las quales deven advertir que no dixo «tengo por pariente a una parte de la república», sino «a toda la república»; porque el príncipe que es de Dios temeroso y dessea que le tengan por justo, como quiere indiferentemente ser obedescido de todos, igualmente ha de administrar la justicia a todos. Si no creyeren a mí y a mi pluma, crean a Platón en los libros de su *República*, el qual da licencia a todos los plebeyos para que cada uno ame a su muger, a sus hijos y a su parentela, y esta manera de amar no quiere que la tengan los príncipes, a los quales persuade que primero que a todas las cosas amen a su república; porque si el príncipe ama otra cosa más que a su república, es imposible sino que por amor de aquello que más ama algún día tuerça la justicia. Quando Platón no da licencia a los príncipes para que se derramen a amar diversas cosas, ¿por ventura aconsejarles ya que hiziessen algunas injusticias?

Acontece muchas vezes que los príncipes dexan de administrar justicia no porque no la querrían administrar, sino porque no se quieren informar de las cosas que se han de remediar y proveer; y éste es un inexcusable descuydo, do pone en detrimento su honra y en gran peligro su conciencia; porque en el día del juyzio si no fuere acusado de la malicia, será condenado por la pereza. El príncipe que tiene cuydado de ver y inquirir los daños de su reyno, podremos dezir que, si los dexa de proveer, es porque no puede más; mas el que tiene negligencia en los ver y saber no podremos dezir sino que, si los dexa de

proveer, es porque no quiere. Al príncipe o gran señor que tal osasse hazer ¿qué nombre o renombre le podríamos dar? Dezía yo que al tal no le llamaríamos padre de la república, sino dissipador de su patria; porque no puede ser mayor ni igual tyranía que pedir el médico el salario de la cura sin que jamás aya él puesto las manos en ella. Que los príncipes y grandes señores tengan cuenta de lo que rentan sus rentas, admítolo; pero que se descuyden de saber los daños de sus repúblicas, condénolo; porque para esso dan los pueblos a sus príncipes los tributos, para que los libren de sus enemigos y los defiendan de tyranos.

Para los juezes que quisieren ser malos, aunque diga más, aprovechará poco; mas, para los que quisieren ser buenos, abasta a mi parecer lo dicho. No obstante lo dicho, digo que miren bien por sí los juezes y gobernadores, y vean si quieren ser tenidos por ministros justos o por crueles tyranos; porque el oficio del tyrano es robar la república y el oficio del buen príncipe es reformarla. Más hazen que piensan los príncipes y grandes señores en ver a todos los que los quieren ver, en oír a todos los que se quieren quejarse; y la causa es que, dado caso que lo que el vassallo pide no aya lugar de se lo dar, o de lo que él se queja no se puede al presente remediar, a lo menos con esto van contentos, con dezir que ya dixeron a sus príncipes sus quejas y daños; porque los coraçones lastimados muchas vezes descansan en dezir la pena que tienen, sin tener esperança de alcançar lo que quieren. Plutharco, en su *Apothémata*, dize que una muger pobre y vieja de Macedonia rogava al rey Philipo, padre que fue del Magno Alexandro, que la oyesse de justicia; y, como le fuesse muy importuna, díxole el rey Philipo un día: «Déxame, muger, por tu vida, que por los dioses juro no hallo tiempo para oír tu querella.» Respondió la vieja al rey: «Mira, rey Philipo, si no tienes tiempo para oírme de justicia, dexa de ser rey y gobernará otro la república.»

CAPÍTULO III

De una plática que hizo un villano de las riberas del Danubio a los senadores de Roma, el qual vino a quejarse de las tyranías que los romanos hazían en su tierra. Divídela el auctor en tres capítulos, y es una de las más notables cosas que ay en este libro, assí para avisar a los que juzgan como para consolar a los que son juzgados.

En el año décimo que imperava el buen Emperador Marco Aurelio sobrevino en Roma una general pestilencia; y, como fuesse pestilencia inguinaria, el Emperador retrúxose a Campania, que a la sazón estava sana, aunque junto con esto estava muy seca y de lo necessario muy falta; pero, esto no obstante, se estuvo allí el Emperador con todos los principales senadores de Roma; porque en los tiempos de pestilencia no buscan los hombres do regalen las personas, sino do salven las vidas. Estando allí en Campania Marco Aurelio, fue de unas calenturas muy maltratado; y, como de su condición era tener siempre consigo sabios y la enfermedad requería ser visitado de médicos, era muy grande el ejército que en su palacio avía, assí de los philósophos en enseñar, como de los médicos en disputar; porque este buen príncipe de tal manera ordenava su vida, que en su ausencia estavan muy bien proveídas las cosas de la guerra y en su presencia no se platicava sino cosa de sciencia. Fue, pues, el caso que, como un día estuviesse Marco

Aurelio rodeado de senadores, de filósofos, de médicos y de otros hombres cuerdos, movióse entre ellos plática de hablar cuán mudada estava ya Roma, no sólo en los edificios, que estavan todos ruynados, mas aun en las costumbres, que estavan todas perdidas; y que la causa de todo este mal era por estar Roma llena de lisongeros y faltarle quien osasse dezir las verdades. Oýdas estas y otras semejantes palabras, el Emperador Marco Aurelio tomó la mano y contóles un muy notable exemplo, diciendo:

En el año primero que fui cónsul, vino a Roma un pobre villano de la ribera del Danubio a pedir justicia al Senado contra un censor que hazía muchos desafueros en su pueblo; y de verdad él supo tan bien proponer su querella y exagerar las demasías que los juezes hazían en su patria, que dudo yo las supiera Tullio mejor dezir, ni el muy nombrado Homero escrevir. Tenía este villano la cara pequeña, los labrios grandes y los ojos hundidos; el color adusto, el cabello erizado, la cabeça sin cobertura, los çapatos de cuero de puerco espín, el sayo de pelos de cabra, la cinta de juncos marinos y la barba larga y espessa; las cejas que le cubrían los ojos, los pechos y el cuello cubierto de vello como osso, y un azebuche en la mano.

Por cierto quando yo le vi entrar en el Senado, imaginé que era algún animal en figura de hombre, y después que le oý lo que dixo juzgué ser uno de los dioses, si ay dioses entre los hombres; porque si fue cosa de espanto ver su persona, no menos fue cosa monstruosa oýr su plática. Estavan a la sazón esperando a la puerta del Senado muchas y muy diversas personas para negociar negocios de sus provincias, pero primero habló este villano que todas ellas, lo uno por ver lo que diría hombre tan monstruoso, y aun porque tenían en costumbre los senadores que en su Senado primero fuessen oýdas las querellas de los pobres que no las demandas de los ricos. Puesto, pues, en el medio del Senado aquel rústico, començó a proponer su propósito y muy por estenso dezir a lo que allí avía venido, en el qual razonamiento él se mostró tan osado como en las vestiduras estremado, y díxoles assí:

¡O!, Padres Conscriptos, ¡o!, pueblo venturoso; yo, el rústico Mileno, vezino que soy de las riparias ciudades del Danubio, saludo a vosotros, los senadores romanos, que en este Senado estáys juntos, y ruego a los immortales dioses que rijan oy mi lengua para que diga lo que conviene a mi patria y a vosotros ayuden a gobernar bien la república; porque sin voluntad y parecer de los dioses ni podemos emprender lo bueno ni aun apartarnos de lo malo.

Los tristes hados lo permitiendoy nuestros sañudos dioses nos desamparando, fue tal nuestra desdicha y mostróse a vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerça de armas a nuestra tierra de Germania. Y no sin causa digo que a la sazón estavan de nosotros nuestros dioses sañudos; porque si nosotros tuviéramos a los dioses aplacados, escusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, ¡o! romanos, por las victorias que avéys avido y por los triumphos que de muchos reynos avéys triumphado, pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades que avéys hecho; porque os hago saber, si no lo sabéys, que al tiempo que los truhanes van delante los carros triumphales diciendo: «¡Viva!,

¡Viva la invencible Roma!», por otra parte los pobres captivos van en sus coraçones diziendo a los dioses: «¡Justicia!, ¡Justicia!»

Mis antepassados poblaron cabe el Danubio a causa que, haziéndoles mal la tierra seca, se acogiesen y se recreassen en el agua húmida; y, si por caso les enojasse el agua inconstante, se tornassen seguros a la tierra firme. Que como son varios los apetitos y condiciones de los hombres, ay tiempo que, huyendo de la tierra, nos refrescamos en el agua; y ay otro tiempo que, espantados del agua, nos acojemos a la tierra. Pero como dixé, ¡o! romanos, esto que quiero dezir, ha sido tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fue tan desordenada vuestra sobervia de mandar en tierras estrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo assegurar en sus campos. ¡O, qué gran consolación es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto que ay dioses justos, los quales les harán justicia de los hombres injustos!; porque de otra manera, si los atribulados no tuviessen por cierto que de sus enemigos los dioses no tomassen vengança, ellos mismos a sí mismos quitarían la vida. Es mi fin de dezir esto porque yo espero en los justos dioses que, como vosotros a sinrazón fuistes a echarnos de nuestras casas y tierra, otros vernán que con razón os echen a vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Germania tenemos por infalible regla que el hombre que toma por fuerça lo ajeno pierda el derecho que tiene a lo suyo proprio, y espero yo en los dioses que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, ternéys por experiencia acá en Roma.

En las palabras grosseras que digo y en las vestiduras monstruosas que traygo podréys bien adivinar que soy un muy rústico villano, pero con todo esso no dexo de conocer quién es en lo que tiene justo y quién es en lo que posee tyrano; porque los rústicos de mi professi3n, aunque no sabemos dezir lo que queremos por buen estilo, no por esso dexamos de conocer cuál se ha de aprovar por bueno y cuál se ha de condenar por malo. Diría, pues, yo en este caso que todo lo que los malos allegaron con su tyranía en muchos días, todo se lo quitarán los dioses en un día, y por contrario, todo lo que los buenos perdieron en muchos años, se lo tornarán los dioses en una hora; porque (hablando la verdad) ser los malos ricos y estar prosperados no es porque los dioses lo quieren, sino porque lo permiten; y si nos quexamos que agora dissimulan mucho, suframos, que tiempo verná que lo castigarán todo. Creedme una cosa, ¡o! romanos, y no dudéys en ella, y es que de la injusta ganancia de los padres viene después la justa pérdida en los hijos. Muchos muchas vezes se maravillan allá en mi tierra qué sea la causa que los dioses no quitan a los malos lo que ganan luego como lo ganan, y para mí la razón desto es porque dissimulando con ellos ayuntan poco a poco muchas cosas, y después quando estén muy descuydados se las quiten todas juntas; porque justo juyzio de los dioses es que, pues ellos hizieron a sinrazón mal a muchos, vengan algunos que con razón les hagan mal a ellos. Por cierto el hombre cuerdo, y que de hecho presume de cuerdo, es impossible que en lo que tiene ajeno él tome gusto; porque de otra manera de ninguna cosa terná contentamiento, acordándose que lo que tiene lo tiene mal ganado. No sé, romanos, si me entendéys, pero porque mejor me entendáys digo que estoy espantado, y aun aýna diría escandalizado, cómo el hombre que tiene cosa agena puede assossegar ni dormir sola una hora, pues ve que a los dioses tiene injuriados, a los vezinos escandalizados, a los enemigos contentos, a los amigos perdidos, a los que robó agraviados, y (lo que es peor

de todo) tiene a su persona puesta en peligro. Y digo que la tiene puesta en peligro, porque el día que se determina uno de quitarme a mí la hacienda, aquel día me determino yo de quitarle a él la vida. Reo es a los dioses y muy infame entre los hombres el hombre que tiene tan caninos los deseos de su corazón y tan sueltas las riendas de sus obras, que la miseria ajena le parezca riqueza y la riqueza propia le parezca pobreza. Ni me da más que sea griego, que sea bárbaro, que sea romano; que esté ausente, que esté presente; digo y afirmo que es y será maldito de los dioses y aborrecido de los hombres el que sin más consideración quiere trocar la fama con la infamia, la justicia con la injusticia, la rectitud con la tiranía, la verdad por la mentira, lo cierto por lo dudoso, teniendo aborrecimiento de lo suyo propio y estando suspirando por lo que es ajeno.

El que tiene por principal intento allegar hacienda para los hijos y no de ser famoso entre los famosos, justa cosa es que el tal no sólo pierda los bienes allegados, mas aun que sin fama quede infame entre los malos. Como vosotros los romanos naturalmente soys soberbios y os ciega la soberbia, tenéysos por dicho que por tener como tenéys más que todos, por esso soys más honrados que todos, lo qual no es por cierto assí; porque si de hecho queréys abrir los ojos y conocer vuestros propios yerros, veréys que, si os preciáys ser señores de provincias estrañas, fallaros eys hechos esclavos de vuestras riquezas propias. Allegad quanto quisiéredes y hazed lo que mandáredes, que a mi parecer muy poco aprovecha tener las casas llenas de hacienda y por otra parte estar los corazones poseýdos de codicia; porque las riquezas que se allegan por cobdicia y se guardan con avaricia quitan al poseedor la fama y no le aprovechan para sustentar la vida. No se podrá sufrir muchos días, ni menos encubrirse muchos años, ser el hombre tenido por rico entre los ricos y por honrado entre los honrados; porque el hombre que es muy amigo de su hacienda es imposible sino que sea enemigo de su fama. ¡O!, si los cobdiciosos tuviessen tanta codicia de su honra propia como tienen de la hacienda ajena, yo os juro por los inmortales dioses que ni la polilla de la cobdicia les royesse el reposo de la vida, ni el cáncer de la infamia les destruyesse su buena fama.

Oýd, romanos, oýd esto que os quiero dezir, y plega a los dioses que lo sepáys entender; porque de otra manera yo perdería mi trabajo y vosotros no sacaríades de mi plática algún fruto. Yo veo que todos aborrecen la soberbia y ninguno sigue la mansedumbre; todos condenan el adulterio y a ninguno veo continente; todos maldizen la intemperança y a ninguno veo templado; todos loan la paciencia y a ninguno veo sufrido; todos reniegan de la pereza y a todos veo que huelgan; todos blasfeman de la avaricia y a todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas la digo públicamente en este Senado, y es que con la lengua todos los más blasonan de las virtudes, y después con todos sus miembros sirven a los vicios. No penséys que digo esto por los romanos que están en el Illírico, sino por los senadores que veo en este Senado. Vosotros, los romanos, en vuestras vanderas traéys por mote estas palabras: «Romanorum est debellare superbos et parcere subiectis.» Por cierto que dixérades mejor: «Romanorum est expoliare innocentes et inquietare quietos»; porque vosotros los romanos no soys sino mollidores de gentes quietas y robadores de sudores ajenos.

CAPÍTULO IV

En el qual el rústico prosigue su plática y arguye contra los romanos, que a sinrazón fueron a conquistar sus pueblos, y prueba por muy buenas razones que por tener ellos a sus dioses enojados, fueron de los romanos vencidos.

Pregúntoos, ¡o! romanos, qué acción teníades vosotros, siendo criados cabe el río Tíberin, a nosotros, que nos estábamos en paz a las riberas del Danubio. ¿Por ventura vístesnos de vuestros enemigos ser amigos, o a nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura oýstes acá en Roma dezir que, dexadas nuestras tierras propias, nos fuemos a conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura fuerdes avisados que, levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia a los indómitos bárbaros? ¿Por ventura embiástesnos algún embaxador que nos combidasse a ser vuestros amigos, o vino alguno de nuestra patria a Roma a desafiaros como a nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algún rey en nuestros reynos que en su testamento os dexasse por erederos, para que con aquel título nos constriñéssedes a ser vuestros vassallos? ¿Por ventura fallastes alguna ley antigua o alguna costumbre moderna en la qual se aclare que la generosa Germania de necessidad ha de ser subjecta a Roma la superba? ¿Por ventura destruymos vuestros exércitos, tajamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor a vuestros enemigos, para que por ocasión de vengar estas injurias destruyéssedes a nuestras tierras?

Si vosotros de nosotros o nosotros de vosotros uviéssemos sido vezinos, no fuera maravilla que unos a otros nos destruyéramos; porque muchas vezes acontece que por ocasión de partir una pobre tierra se levanta entre dos pueblos una prolixa contienda. No por cierto uvo cosa destas entre vosotros los romanos y nosotros los germanos; porque allá en Alemania tan ayña sentimos vuestra tyranía como oýmos vuestra fama. Si os enojáys desto que he dicho, yo os ruego que os desenojéys con esto que os diré, y es que el nombre de romanos y las crueldades de tyranos en un día llegaron a nuestros pueblos. Ya no sé qué me diga, romanos, del descuydo de los dioses y del atrevimiento de los hombres; porque veo que el que tiene mucho tyraniza al que tiene poco, y el que tiene poco sirve (aunque no quiere) al que tiene mucho, y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta, y la malicia secreta da lugar al robo público, y al robo público no ay quien le vaya a la mano; y de aquí viene a resultar después que la codicia de un hombre malino se ha de cumplir en perjuizio de todo un pueblo.

Oýd, romanos, oýd, y por los dioses immortales os conjuro estéys atentos a esto que os quiero dezir, y es esto. Mirad bien lo que avéys hecho, que o los dioses se han de descuydar, o los hombres han de fenecer, o el mundo se ha de acabar, o el mundo no será el mundo, o la fortuna hincará el clavo, o se verá lo que nunca fue visto, o lo que ganastes en ochocientos años vernéys a perder en ocho días; porque no puede ser cosa más justa que, pues os hezistes tiranos por fuerça, os tornen esclavos por justicia. No penséys vosotros los romanos que si tomastes y os enseñoreastes de nuestra Germania, que fue por alguna industria de guerra, ca ni soys más bellicosos, ni más animosos, ni más osados, ni aun más esforçados que nosotros; sino que, como nosotros teníamos ofendidos a nuestros dioses, ordenaron ellos en sus secretos juyzios que para castigar a nuestros desordenados vicios fuéssedes vosotros sus crueles verdugos. Ni estiméys a vosotros por tan fuertes, ni tengáys a nosotros por tan flacos, que si los dioses no estuvieran a la sazón

de por medio, pudiera ser que no llevárades como llevastes el despojo del campo; porque (hablando la verdad) no alcançastes vosotros la victoria por las armas que llevastes de Roma, sino por los muchos vicios que avía en Germania. Pues si nosotros nos perdimos no por ser covardes, no por ser flacos, no por ser tímidos, sino sólo por ser malos y por no tener a los dioses propicios, ¿qué esperáys será de vosotros, romanos, siendo como soys viciosos, y teniendo como tenéys a los dioses ayrados? Ni porque juntéys grandes exércitos, ni porque os preciéys de grandes thesoros, ni porque tengáys grandes dioses, ni porque levantéys grandes templos, ni porque ofrezcáys grandes sacrificios; no penséys, romanos, que por esso seréys más victoriosos; porque os hago saber, si no lo sabéys, que ninguno tiene más parte con los dioses de quanto tuviere paz con las virtudes. Si los triumphos y vencimiento no estuviessen en más de llevar sotiles ingenios, capitanes diestros, hombres esforçados y exércitos gruesos, por cierto sería harta inadvertencia no procurar de llevar todo esto a la guerra; pero ¿qué diremos?, pues vemos por experiencia que los hombres no pueden dar más de las batallas, y que solos los dioses son los que dan las victorias. Si yo no me engaño, lo que nosotros contra nuestros dioses tenemos ofendido pienso que lo tenemos pagado; pero también creo que las crueldades que vosotros en nosotros avéys hecho y la ingratitud que con los dioses avéys tenido, aún no lo avéys pagado; mas tengo gran certenidad que todo lo avéys de pagar, y en este caso podría ser que como agora nos tratáys como a esclavos, algún día nos reconoceréys por señores.

Después que en este camino he visto las bravas montañas, las diversas provincias, las muchas naciones, las tierras tan ásperas, las gentes tan bárbaras, las muchas y muchas millas que ay de Germania a Roma, yo no sé qué locura le tomó a Roma de embiar a conquistar a Germania; porque si lo hizo con cobdicia de sus thesoros, sin comparación fue más el dinero que se gastó en conquistarla y agora se gasta en sustentarla, que no le renta ni rentará por muchos años Germania, y podrá ser que primero la tenga perdida que no saquen la costa que hizieron por ella. Si me dezís, romanos, que no por más fue Germania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviesse esta gloria de verse señora de Germania, también es esto vanidad y locura; porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados y tener los coraçones de los vezinos perdidos. Si dezís que por esso conquistastes a Germania, por ampliar y ensanchar los términos de Roma, también me parece éssa una muy frívola causa; porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y desminuyr en honra. Si dezís que nos embiastes a conquistar a fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tyranos, sino que nos queríades hazer vivir debaxo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa assí sucediera; pero ¿cómo es possible que vosotros deys orden de vivir a los estrangeros, pues quebrantáys las leyes de vuestros antepassados? Muy gran vergüença han de tener de corregir a otros los que veen que ay mucho que corregir en sí mismos; porque el hombre tuerto no toma por adalid al ciego. Si esto es verdad, como de hecho es verdad, conviene a saber: que ni tuvo ocasión, ni menos razón, la superba Roma de conquistar ni tomar a la innocente Germania, andémonos todos a robar, a matar, a conquistar y a saltear, pues vemos el mundo está ya tan corrupto y de los dioses tan desamparado, que cada uno toma lo que puede y mata al que quiere; y (lo que es peor de todo) que tantos y tan grandes males ni los que gobiernan los quieren remediar, ni los agraviados dellos se osan quejar.

Soys oy tan inexorables los supremos juezes, y tenéys tan amedrentados a los míseros pobres, que tienen por menos mal sufrir en sus casas las tribulaciones, que no poner delante vosotros algunas querellas, y la causa desto es porque allá en su tierra por ventura no le perseguía sino uno, y aquí en este Senado es desfavorecido de todos, y esto por ser el que querellava pobre y ser aquél de quien querellava rico. Pues fue vuestra dicha y cupo en nuestra desdicha que la superba Roma fuesse señora de nuestra Germania, ¿es verdad que nos guardáys justicia y tenéys en paz y tranquilidad la tierra? No, por cierto, sino que los que van allá nos toman la hazienda y los que estáys acá nos robáys la fama, diziendo que pues somos una gente sin ley, sin razón y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivís en este caso, ¡o! romanos, ca no me parece a mí que con razón nos pueden llamar gente sin razón, pues tales quales nos criaron nuestros dioses nos estamos en nuestras casas propias sin dessear, ni buscar, ni tomar tierras ajenas. Con mucha más razón podremos dezir ser vosotros gente sin razón, pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andáys derramando sangre por toda la tierra. Que digáys nosotros merescer ser esclavos a causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni Senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; a esto os respondo que, pues no teníamos enemigos, no curávamos de ejércitos, y que, pues era cada uno contento con su suerte, no teníamos necesidad de superbo Senado que governasse; que, siendo como éramos todos iguales, no consintíamos aver entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir a los tyranos y conservar en paz a los pueblos. Que digáys no aver en nuestra tierra república ni policía, sino que vivíamos como viven los brutos animales en una montaña, tampoco en esto como en lo otro tenéys razón; porque nosotros no consentíamos en nuestra tierra tratantes mentirosos, ni bulliciosos, ni hombres que de otras tierras nos truxessen aparejos para ser viciosos y regalados, de manera que como en el vestir éramos honestos y en el comer nos preciávamos de sobrios, no teníamos necesidad de muchos tratos. Porque en nuestra tierra no aya mercaderes de Carthago, azeyte de Mauritania, merchantes de Tiro, azero de Cantabria, olores de Asia, oro de España, plata de Bretaña, ámbar de Sidonia, seda de Damasco, trigo de Sicilia, vino de Candía, púrpura de Arabia, no por esso somos brutos en aquella tierra, ni dexamos de tener república; porque estas y otras semejantes cosas más tienen para despertar muchos vicios, que no para vivir con ellas los hombres virtuosos.

Felice y bienaventurada república es no en la que ay muchos tratos, sino do viven muchos virtuosos; no la que es abundante de muchas riquezas, sino la que se precia de muchas virtudes; no do viven muchos bulliciosos, sino do residen hombres pacíficos. De do se sigue que a la policía de Roma por ser rica emos de tener manzilla, y a la policía de Germania por ser pobre avéys de tener embidia. Pluguiera a los immortales dioses que el contentamiento que teníamos nosotros con la pobreza, ésse tuiérades vosotros con la abundancia; porque desta manera ni fuérades a robarnos la tierra entonces, ni viniéramos a quearnos a Roma nosotros agora. Bien veo, romanos, que va mucho de lo uno a lo otro; porque vosotros, aunque oýs nuestros trabajos, no por esso perdéys vuestros passatiempos, pero a nosotros mismos jamás se nos enxugan las lágrimas de los ojos, ni jamás cessamos de llorar nuestros infortunios

CAPÍTULO V

Do el villano concluye su plática, y habla contra los juezes que no hazen justicia y de quán dañosos son los tales en la república.

Bien pensaréys que he dicho todo lo que avía de dezir, y por cierto no es assí. Antes me quedan de dezir algunas cosas, de las quales tomaréys mucho espanto en oýrlas; y sed ciertos que yo no terné miedo en dezirlas, pues vosotros no tenéys vergüença de hazerlas; porque la culpa pública no sufre corrección secreta. Espantado estoy de vosotros, los romanos, embiarnos como nos embiáys unos juezes tan ignorantes y bovos, que por los immortales dioses juro ni nos saben vuestras leyes declarar y mucho menos las nuestras entender. Y el daño de todo esto procede en embiarnos allá no a los más ábiles para administrar justicia, sino a los que tienen más amigos en Roma. Presupuesto que los deste Senado days los oficios de judicatura más por importunidad que no por habilidad, es muy poco lo que se puede dezir respecto de lo que ellos allá osan hazer. Lo que acá les mandáys, yo no lo sé; pero lo que ellos allá hazen, yo os lo diré, y es esto. Vuestros juezes toman todo lo que les dan en público y cohechan lo más que pueden en secreto; castigan gravemente al pobre, dissimulan con las culpas del rico; consienten muchos males por tener ocasión de hazer muchos cohechos; olvidan la governación de los pueblos por darse a placeres y vicios; aviendo de mitigar los escándalos, son ellos los más escandalosos; el que no tiene hazienda, por demás es pedirles justicia; finalmente, so color que son de Roma, no tienen temor de robar aquella tierra.

¿Qué es esto, romanos? ¿Nunca ha de tener fin vuestra sobervia en mandar, ni vuestra cobdicia en robar? Dezidnos lo que queréys, y no nos hagáys tanto penar. Si lo avéys por nuestros hijos, cargadlos de hierros y tomadlos por esclavos; porque de hierro no los cargaréys más de lo que pudieren traer, pero de preceptos y tributos echáysles los que no pueden sufrir. Si lo avéys por nuestras haziendas, yd y tomadlas todas; porque allá en Germania no tenemos la condición que tenéys aquí en Roma, es a saber: holgáys de vivir pobres no por más de por morir ricos. Si teméys que nos emos de levantar con la tierra, maravillarme ya si pensássedes tal cosa; porque, según nos tenéys robados y maltratados, aseguradme vosotros que no se despueble, que yo os aseguraré que no se levante. Si no os contentan nuestros servicios, mandadnos cortar las cabeças como a hombres malos; porque no será tan crudo el cuchillo en nuestras gargantas como son vuestras tyranías en nuestros coraçones. ¿Sabéys qué avéys hecho, ¡o! romanos? Que nos emos juramentado todos los de aquel mísero reyno de no llegar más a nuestras mugeres y de matar a nuestros propios hijos, y esto por no los dexar en manos de tan crudos tiranos como soys vosotros; porque más queremos que mueran con libertad que no vivan con servidumbre. Como hombres desesperados emos determinado de sufrir los bestiales movimientos de la carne en todo el tiempo que nos queda de vida, y esto a fin que ninguna muger más no se haga preñada; porque más queremos sufrir ser continentes veynte o treynta años, que no dexar a nuestros hijos esclavos perpetuos. Si es verdad que han de passar los hijos lo que sufrimos los tristes padres, no sólo es bueno no los dexar vivir, pero aun sería mucho mejor no los consentir nascer. No lo avíades de hazer assí, romanos, sino que la tierra tomada por fuerça, aquélla avía de ser muy mejor regida; porque los míseros captivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarían la tyranía passada y domeñarían sus

coraçones a la servidumbre perpetua. Pues es verdad que, si nos venimos a quejar de los agravios que hazen vuestros censores allá en el Danubio, que nos oyréys los que estáys aquí en este Senado; y, quando ya os determináys de nos oír, soys muy largos en lo proveer, por manera que, quando començáys a remediar una costumbre mala, toda la república está ya perdida. Quiéroos dezir algunas cosas dellas porque las sepáys, y dellas para que las emendéys.

Viene un pobre muy pobre a pedirnos aquí justicia, y, como no tiene dineros que dar, ni vino que presentar, ni azeite que prometer, ni púrpura que ofrecer, ni favor para se valer, ni entrada para servir; después que en el Senado ha propuesto su querella, cumplen con él de palabra, diziéndole que en breve se verá su justicia. ¿Qué más queréys que os diga, sino que al pobre querellante házenle gastar lo poco que tiene y no le restituyen cosa de lo que pide; danle buena esperança y házenle gastar allí lo mejor de su vida; cada uno por sí le promete favor y después todos juntos le echan a perder; dízenle los más que tiene justicia y dan después contra él la sentencia, por manera que el mísero miserable que vino a quejarse de uno, se torna a su tierra quexoso de todos, maldiziendo sus tristes hados y exclamando a sus dioses justos? Acontece también que algunas vezes se vienen a querellar a este Senado algunos bulliciosos, y esto más con malicia que no con justicia, y vosotros los senadores, dando fe a sus palabras dobladas y a sus lágrimas fingidas, luego proveéys de un censor que vaya a determinar y sentenciar aquellas querellas, el qual ydo y buelto, después tenéys vosotros más que remediar y soldar en los desafueros que aquel juez hizo, que no los escándalos que avía en aquel pueblo.

Quiero, romanos, contaros mi vida, y por ella veréys qué vida passan los de mi tierra. Yo vivo de varear bellotas en el invierno y de segar miesses en el verano, y algunas vezes pesco tanto por necesidad como por passatiempo, de manera que todo lo más de mi vida passo sólo en el campo o en la montaña. Y, si no sabéys por qué, oýd, que yo os lo diré. Veo tantas tyranías en vuestros censores, házense tantos robos a los míseros pobres, ay tantas dissensiones en aquel reyno, permítense tantos daños en aquella tierra, está tan robada la mísera república, ay tan pocos que zelen lo bueno, y espero tan poco remedio de aqueste Senado; que determino como malaventurado desterrarme de mi casa y de mi dulce compañía porque no vea con mis ojos cosa de tanta lástima. Más quiero andarme por los campos solo, que no ver a mis vezinos cada hora llorando. Y, allende desto, los fieros animales, si no los ofendo, no me ofenden; pero los malditos hombres, aunque los sirvo, me enojan. Gran trabajo es sufrir un revés de fortuna, pero mayor es quando se comiença el mal a sentir y no se puede remediar; pero sin comparación es muy mayor quando lleva remedio mi pérdida, y el que puede no quiere y el que quiere no puede remediarla. ¡O!, crudos romanos, no sé si sentís algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo que lo digo, veréys cómo lo siento, pues sólo de traerlo a la memoria mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi coraçón se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen. ¿Qué será allá, dezidme, en mi tierra verlo con los ojos, oýrlo con los oýdos y tocarlo con las manos? Son por cierto tantas y tan graves las cosas que padece la triste Germania, que los piadosos dioses aún nos tienen manzilla. No quiero rogaros que de mis palabras toméys o no toméys escándalo, sino solamente os ruego entendáys bien lo que digo; porque presumiendo como presumís de discretos, bien veréys que las fatigas que nos vienen de los hombres

entre los hombres, con los hombres y por manos de los hombres, no es mucho que las sintamos como hombres.

Hablando con verdad, y aun con libertad, si uviessse de contar por menudo todas las inadvertencias que proceden deste Senado y todas las tyranías que vuestros juezes hazen en aquel mísero reyno, una de dos cosas avía de ser: o castigar a mí si era mentira, o privar a vosotros si era verdad. Una cosa sola me consuela, la qual con algunos malaventurados como yo la pongo algunas vezes en plática, y es que me tengo por dicho ser los dioses tan justos, que sus castigos bravos no proceden sino de nuestras maldades crudas, y que nuestra culpa secreta los despierta a que hagan de nosotros pública justicia. De una cosa sola estoy muy turbado, y que a los dioses no puedo bien tomar tino, y es por qué a un hombre bueno por pequeña culpa dan mucha pena y a un hombre malo por muchas no le dan ninguna, por manera que dissimulan con los unos y no perdonan cosa a los otros. ¡O!, secretos juyzios de los dioses; y si, como soy obligado a loar vuestras obras, tuviesse licencia de condenarlas, osaría dezir que nos hazéys mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales juezes, los quales, si justicia uviessse en el mundo, quando nos castigan con sus manos, no merecían tener las cabeças sobre sus hombros. La causa porque agora de nuevo exclamé a los immortales dioses es en ver que no ha sino quinze días que entré en Roma, y he visto hazerse y proveerse tales y tantas cosas en este Senado, que si la menor dellas se hiziesse allá en el Danubio, más pobladas estarían las horcas de ladrones que no están las parras de uvas. Heme parado a mirar vuestra soltura en el hablar, vuestra desonestidad en el vestir, vuestra poca templança en el comer, vuestro descomedimiento en el negociar y vuestro regalo en el vivir; y por otra parte veo que quando llega una provisión vuestra a nuestra tierra, llevámosla al templo, ofrecémosla a los dioses, ponémosla sobre las cabeças, por manera que cotejando lo uno con lo otro, emos de cumplir lo que se manda y blasfemar de los que mandan. Pues ya mi desseo se ha visto donde desseava, y mi corazón ha descansado en derramar la ponçoña que tenía, si en algo os ha ofendido mi lengua, he aquí me tiendo en este suelo para que me cortéys la cabeça; porque más quiero ganar honra en ofrecerme a la muerte que no que la ganéys vosotros conmigo en quitarme la vida.»

Aquí dio fin el rústico a su no rústica plática. Dixo, pues, luego el Emperador Marco Aurelio a los que con él estaban:

«¿Qué os parece, amigos? ¡Qué nucleo de nuez, qué oro de escoria, qué grano de paja, qué rosa de espina, qué cañada de hueso y qué hombre tan heroyco allí se descubrió! ¡Qué razones tan altas, qué palabras tan concertadas, qué sentencias tan bien dichas, qué verdades tan verdaderas y aun qué malicias tan descubiertas allí descubrió! A ley de bueno vos juro, y aún assí me vea yo libre del mal que tengo, que una hora estuvo el villano tendido en tierra y todos nosotros, las cabeças baxas de espantados, no le podimos responder palabra; porque a la verdad aquel rústico nos confundió con su plática, nos espantó de ver en quán poco tuvo su vida. Avido nuestro acuerdo en el Senado, otro día proveýmos juezes de nuevo para las riberas del Danubio, y mandamos que nos diesse por escrito todo aquel razonamiento para que se assentase en el libro *De los buenos dichos estrangeros* que están en el Senado. Proveyóse assimismo que aquel rústico fuesse en Roma hecho patricio, y de los libertos de Roma él fuesse uno, y que del

erario público fuesse para siempre sustentado; porque nuestra madre Roma siempre se preci6 de pagar no s6lo los servicios se6alados que le hazían, mas aun las buenas palabras que en su Senado se dezían.»

CAPÍTULO VI

Que los príncipes y grandes señores deven mucho advertir en elegir buenos juezes para que administren justicia; porque en esto consiste todo el bien de su república.

Alexandro Magno dizen dél los historiadores que fue en su mocedad muy amigo de caça, en especial si la caça era de montería, y (lo que más es) que no quería caçar garças, ni lechuzas, ni liebres, ni perdizes, sino tigres, pardos, ossos, elephantes, cocodrillos y leones, por manera que este excellentísimo príncipe no sólo mostrava la excellencia de su ánimo en conquistar a los príncipes superbos, mas aun en caçar a los animales indómitos. Plutharco en su *Apothémata* dize que el Magno Alexandro tenía un privado suyo que llamavan Créthero, al qual dezía él muchas vezes estas palabras: «Hágote saber, Créthero, que los príncipes de altos pensamientos no sólo han de ser muy rectos en los reynos que gobiernan, mas aun han de ser muy considerados en los passatiempos que toman, por manera que la auctoridad que cobraron en lo uno no la vengán a perder en lo otro.» Quando Alexandre dezía estas palabras, de verdad él tenía más auctoridad que no edad, mas al fin él dio en esto exemplo más de imitalle que no de reprehenderle. Digo imitalle no en la caça que se exercitava, sino en el ánimo que tenía.

Los hombres baxos y plebeyos poco va que en unas cosas muestren grandeza y en otras se conozca su poquedad, mas a los príncipes y grandes señores esles gran afrenta y baxeza que en las cosas de veras los acusen de superbos y en las cosas de burlas los noten de livianos; porque el generoso y valeroso príncipe en las cosas graves ha de mostrar gran prudencia y en las cosas baxas mucha grandeza. Fue, pues, el caso que, estando el Magno Alexandro caçando en una aspérrima montaña, top6se él solo con un león ferocísimo, y, como el buen príncipe quisiesse ganar con el león honra, y el león también quisiesse conservar su vida, fuéronse el uno para el otro; y assí, ambos abraçados, cayeron en tierra, do estuvieron peleando quasi media hora, mas al fin el león qued6 allí muerto y el gran Alexandro escap6 bien ensangrentado. En toda la Grecia fue esta alexandrina y leonina caça muy nombrada. Digo muy nombrada porque luego los artífices hizieron una obra quadrataria en que estava esculpida. Lisipo y Leocarque, miríficos artífices de antiguallas, hizieron de metal una tal obra, do pusieron al león y al Magno Alexandre cómo peleavan, y a Créthero, un su privado, cómo entre los perros los estava mirando, de manera que aquella obra parecía representar no alguna cosa antigua, sino que el león y Alexandro, y los perros y Créthero estava vivos en aquella caça. Al tiempo que Alexandro pele6 con el león en la montaña, hall6se un embaxador de los espartanos en Macedonia, y dixo al Magno Alexandro esta palabra: «Pluguiera a los inmortales dioses, ¡o! inmortal príncipe, que las fuerças que empleaste con el león en la montaña las emplearas contra alg6n príncipe por ser príncipe de toda la tierra.» De lo que este embaxador dixo y de lo que Alexandro Magno hizo se puede colegir que, quanto es honesto a los príncipes ser honestos y esforçados, tanto les es inhonesto ser atrevidos y

temerarios; porque los príncipes, aunque sean largos de su hazienda, no han de ser pródigos de su vida.

El divino Platón, en el libro x de sus *Leyes*, dize que Adón y Clivias, famosos filósophos que fueron thebanos, tuvieron entre sí muy gran contienda sobre saber por qué cosas era el príncipe obligado a emplear su vida; porque Clivias dezía que era obligado a morir por qualquiera cosa que tocasse a su honra; Adón dezía que no sino por amparar y defender a su república. Dize Platón que ambos a dos filósophos tuvieron razón en lo que dezían, mas que, dado caso que al príncipe se le ofreciesse ocasión de morir por lo uno o por lo otro, antes deve morir por lo que toca a la justicia que no por sustentar su honra; porque no poca diferencia va morir uno por lo que toca solamente a su persona a morir por lo que cumple a la república.

Aplicando lo que emos dicho a lo que queremos dezir, digo que no queremos de los príncipes y grandes señores que se maten con los leones en la caça, ni aventuren sus personas en la guerra, ni pongan sus vidas en peligro por la república, sino que solamente les rogamos tengan cuidado de proveer las cosas de justicia; porque más natural oficio es de los príncipes andar a caça de viciosos en su república, que no andar a caça de puercos en la montaña. Para que esto los príncipes ayan de fazer y cumplir, no les pedimos el tiempo en que han de comer, han de dormir, han de caçar, han de jugar y se han de recrear, sino que, de xxiiii horas que ay en la noche y en el día, tengan por bien de hablar en las cosas de justicia siquiera una hora. No consiste la gobernación de la república en que trabajen hasta sudar sus carnes, fatiguen sus personas, derramen su sangre, menosprecien sus vidas y pierdan sus passatiempos, sino que toda su buena gobernación está en que con atención miren los daños de sus repúblicas y conforme a ellos provean los ministros de justicia. Pues no pedimos a los príncipes y grandes señores que nos den de su hazienda, ni que dexen de comer, ni que dexen de dormir, ni que dexen de jugar, ni que dexen la caça, ni que pongan en peligro su vida, sino que provean a la república de buenos ministros de justicia, no pequeña diligencia devrían poner en los buscar, y después más mayor en los examinar; porque si suspiramos por tener príncipes buenos, con lágrimas emos de pedir no nos quepan en suerte juezes malos.

¿Qué aprovecha que el cavallero sea diestro si el cavallo es desbocado? ¿Qué aprovecha que el patrón de la nao sea cuerdo si el piloto que la rige es loco? ¿Qué aprovecha que el rey sea esforçado si el capitán que da la batalla es covarde? Quiero por esto que he dicho dezir que qué aprovecha que el príncipe sea honesto si el juez que administra su justicia es dissoluto. ¿Qué nos aprovecha que el príncipe sea verdadero si el que administra justicia es un mentiroso? ¿Qué aprovecha que el príncipe sea sobrio si el que administra justicia es un borracho? ¿Qué aprovecha que el príncipe sea manso y benigno si el que administra justicia es un crudo carnicero? ¿Qué aprovecha que el príncipe sea dadivoso o limosnero si el que administra justicia es un ladrón cossario? ¿Qué aprovecha que el príncipe sea cuydadoso y virtuoso si el que administra justicia es un perezoso y vicioso? Finalmente digo que muy poco aprovecha que el príncipe sea en su casa ocultamente justo si junto con esto fía la gobernación de un público tyrano.

Los príncipes y grandes señores, como están dentro de sus palacios regalados, están ocupados en cosas altas sus pensamientos, no admiten en su secreta compañía sino sus íntimos privados, otras vezes no quieren sino ocuparse en sus passatiempos, ni saben lo que ay de emendar en sus personas y menos lo que han de remediar en sus repúblicas. No quiero ser tan agro en el reprehender, ni tan satírico en el escrevir, que parezca persuadir a los príncipes que vivan no según la alteza de sus estados, sino según viven los estrechos religiosos; porque si ellos se guardan de ser tyranos o ser demasiadamente viciosos, muy poco se nos da que sean un poco regalados, sino que digo y afirmo que los príncipes no cumplen con ser justos, sino que son obligados a fazer justicia. No se pierden las repúblicas porque sus príncipes sean regalados, sino porque son descuydados, que al fin no murmuran los pueblos quando el príncipe recrea su persona, sino quando es remisso en la justicia. Pluguiesse a Dios Nuestro Señor que tanta cuenta tuviessen los príncipes con Dios en las cosas de su conciencia y república, quanta tienen con los hombres en las cosas de su casa y hazienda. Plutharco, en una epístola que escreve al Emperador Trajano, dize: «Mucho me plaze, sereníssimo señor, que sea tal el príncipe, que digan todos no aver en él qué reprehender; mas junto con esto mucho más me pesa que tenga tan malos juezes a que digan todos que no ay en ellos qué loar; porque los defectos de vosotros los príncipes podemos los callar, mas los excessos de vuestros juezes no se pueden sufrir.»

Muchos príncipes y grandes señores se engañan de pensar que cumplen con sus conciencias en que sean sus personas muy virtuosas, lo qual no es assí; porque no basta al príncipe que recoja para sí todas las virtudes, sino que es obligado a estirpar de su república todos los vicios. Dado caso que los príncipes no quieren o no pueden por sí mismos gobernar la república, rogámosles y amonestámosles que busquen buenos ministros de justicia; porque un hombre plebeyo no dará cuenta sino de su vida buena o mala, mas un príncipe dará cuenta de la vida que hizo viciosa y del descuydo que tuvo de su república. Séneca, en una epístola que escreve a un amigo suyo llamado Lucillo, dize: «Lucillo, amigo mío y corazón mío, yo huelgo que me vengas a ver aquí a Roma, mas ruégote que dexes encomendada a buenos juezes essa ysla de Sicilia; porque ningún plazer tomaría yo con tu vista si por mi ocasión dexasses tú a mal recaudo la república. Y, porque sepas qué condiciones han de tener los que por juezes has de elegir, hágote saber que los tales deven ser justos en sus sentencias, verdaderos en sus palabras, honestos en sus obras, piadosos en sus justicias y, sobre todo, muy limpios en rescebir dádivas. Y si te aviso esto es para que, si velavas por gobernar bien a tu república, te desveles agora en examinar a quién has de encomendar la gobernación della.» Diría, pues, yo que todo lo que los philosophos antiguos escrivieron en muchos libros y dexaron por varias sentencias, todo lo resumió Séneca en estas pocas palabras, las quales son tan graves y tan necessarias, que si los príncipes las tuviessen en la memoria para las executar, y los juezes las tuviessen delante los ojos para las cumplir, excusarían de muchos escándalos a la república y librarían a sí mismos de gran cargo de conciencia.

Es cosa no voluntaria sino necessaria que los ministros de justicia sean muy cuerdos, sean muy assentados y sean muy honestos; porque no podría ser cosa más escandalosa y dañosa que al tiempo que los juezes reprehendiessen a los moços de sus mocedades, reprehendiessen a ellos los vicios de sus liviandades. El que tiene oficio público en la república y se assienta públicamente a juzgar en ella, muy gran recaudo deve traer en su

persona para que no sea notada de dissoluta; porque el juez inconsiderado y desonesto deve en sí mismo considerar que, si él tiene autoridad para sentenciar a uno la hazienda, ay mil que le juzguen a él la vida y la honra. Dar cargo de regir pueblos a hombres dissolutos y derramados, no sólo es a los príncipes conciencia, mas aun es en gran vilipendio de la justicia; porque en muy poco se tiene la sentencia quando el que la dio merecía ser sentenciado. Plutharco en su *Apothémata* dize que el rey Philipo, padre del Magno Alexandro, que crió por juez de una provincia a un amigo suyo, el qual juez después que se vio en el oficio, más se ocupava en peynar y en curar los cabellos, que no en abrir y en estudiar en los libros. Informado el rey Philipo de la vanidad y inutilidad de aquel juez, revocóle el poder que le avía dado; y, como se querellasse a todos del agravio y afrenta que se le avía hecho en quitarle el oficio, díxole el rey Philipo: «Si yo te diera el oficio no más de por ser amigo mío, créome que ninguna cosa abastara para quitártelo; porque teniendo (como tenía) entera la voluntad con que te amava, no cabía en razón te quitasse el oficio con que te honrava. Dite yo este oficio con pensamiento que eras cuerdo, sabio, honesto, y aun hombre bien ocupado; y paréceme que te ocupas más en regalar tu persona, que no en gobernar mi república, lo qual ni tú lo debes fazer, ni yo tampoco consentir; porque tan ocupado ha de estar el juez en la buena administración de la justicia, que no le quede aún tiempo para peynar la cabeça.» Esto, pues, fue lo que dixo el buen rey Philipo al juez que quitava por ser regalado.

Los ministros de justicia no sólo han de ser graves y honestos, mas aun conviene que sean hombres verdaderos y no mentirosos; porque no puede ser cosa más escandalosa al que tiene por oficio de juzgar las verdades no hallen su boca sino llena de mentiras. Quando dos plebeyos contienden sobre una cosa, no con otro fin van delante el juez sino para que averigüe quién tiene la justicia. Pues si el tal juez no es tenido por verdadero, sino por mentiroso, todos ternán su juyzio por falso, por manera que si el pleyteante a más no poder obedeciere a la justicia, a lo menos blasfemarà del que dio la sentencia. Ay algunos juezes los quales, hora por ganar más dineros, hora por cobrar más amigos, y aun por perpetuar sus oficios, hazen con los pleyteantes tantos cumplimientos y desmándanse en tantos ofrecimientos, en que se tienen por dicho los otros que se concluyrán en su favor los pleytos. Los que van a las casas de los juezes, unos van por les rogar, otros por los avisar, otros por los engañar, otros por los importunar, otros por los assechar y muy pocos van por los visitar. De manera que por estas y por otras semejantes cosas, aviso y amonesto a los juezes que, si fueren justos en las sentencias, sean muy recatados en las palabras.

Tales y tan buenos han de ser los ministros de justicia, que ni aya que reprehender en sus vidas, ni tome alguno prenda de sus palabras; porque, si en esto no tienen aviso, acontecerà lo que Dios no quiera que acontezca, y es que en perjuizio de la justicia agena desempeñará su palabra propria. No abasta que los juezes sean verdaderos en sus palabras, sino es necessario sean muy rectos en sus sentencias, es a saber: que ni por amor aflojen, ni por codicia se corrompan, ni por temor se retraygan, ni con ruegos se ablanden, ni de promessas se ceven; porque de otra manera sería muy gran afrenta y vergüença que la vara que traen en las manos sea derecha y la vida que hazen sea tuerta. Para que los juezes sean rectos juezes mucho deven trabajar en ser libres. Quiero dezir que en las cosas que han de juzgar los tales, impossible es que no yerren si en sus

sentencias tienen respecto a cumplir con sus amigos o a vengarse de sus enemigos; porque no es juez justo, sino tirano oculto, el que con afectión juzga y con pasión castiga. Mucho se engañan los que tienen oficios de juzgar y gobernar en pensar que por aflojar o torcer un poco de la justicia ganarán más amigos en la república, lo cual es tan malo y a Dios tan odioso, que si lo sufre por algún poco de espacio, no por cierto lo disimulará mucho tiempo; porque Dios Nuestro Señor, como es padre de la verdad, no quiere que tengan títulos de justos los que en su desacato hacen tantas injusticias.

Helio Esparciano, en la *Vida de Antonino*, dice que, andando este buen Emperador a visitar el Imperio, como estuviese en Capua y allí preguntase del estado de los censores si eran justos o si eran remisos, díxole un capuano: «Por los inmortales dioses te juro, Serenísimo Príncipe, que este censor que aquí tenemos ni es justo, ni hace justicia; y porque no parezca que se lo levante, oye y diréte lo que con él me ha acontecido. Yo le rogué fiziese por mi amor quatro cosas, las cuales eran todas injustas, y de muy buena voluntad él condecidió a todas ellas, de lo cual yo me maravillé y no poco escandalizé; porque quando se las rogué no era con pensamiento que él las avía de hazer, sino por cumplir con los que me lo vinieron a rogar. (E dixo más aquel capuano.) Por el dios Genio te juro que no era yo el su mayor amigo para que diga averlo fecho más por mí que por otro, sino que si hizo por mí aquellas quatro cosas, es de creer que hizo por otros más de quatrocientas; en lo cual debes proveer, Serenísimo Príncipe, porque los buenos jueces han de oír a todos con paciencia y después determinar las cosas con justicia.»

Deste tan notable exemplo deven tomar todos los jueces aviso de no tener respecto a los que les ruegan, sino mirar bien lo que les piden; porque, si hacen lo que deven, en tal caso sus enemigos los pregonarán por justos, y, si hacen lo que no deven, Dios permitirá que sus mismos amigos los notarán de tiranos. Los jueces que presumen ser zelosos de la república y cuyadosos de su conciencia no se han de contentar con hazer simplemente justicia, sino que tengan tal concepto dellos en la república, que ninguno ose pedirles ni rogarles cosa fea; porque de otra manera, si en el que pide notásemos poca vergüenza, en el juez a quien se pide poníamos alguna sospecha.

Deven asimismo advertir los príncipes que los jueces que pusieren para administrar justicia no se contenten con que sean rectos, sean honestos y sean verdaderos, sino que sobre todo no sean avaros ni cobdiciosos; porque justicia y avaricia mal se compadecen en una persona. Los que tienen cargo de gobernar pueblos o de sentenciar pleytos mucho se deven guardar que con dones o presentes no sean corrompidos; porque es imposible sino que el día que començare en casa del juez a crecer la hazienda, aquel día se ha de començar a disminuir la justicia. Ligurgo, y Prometheo, y Numa Ponpilio, ninguna cosa en sus leyes tanto prohibieron ni para otra cosa tan graves penas pusieron como fue para que los jueces no fuesen cobdiciosos y robadores, y de verdad ellos tuvieron alta consideración en lo proveer y prohibir; porque el juez que huelga de tener parte en el hurto, mal sentenciará que se restituya lo hurtado. No se fíen los jueces con dezir que no reciben plata, ni oro, ni sedas, ni joyas, sino que si toman, solamente toman para comer frutas; porque muchas y no pocas vezes acontece que el juez come la fructa y el pobre pleyteante siente la dentera.

Cícero dize en el libro *De legibus* que, siendo ya Catón Censorino muy viejo, dixéronle un día los senadores en el Senado: «Ya sabes, Catón, cómo somos en las calendas de Jano, en las cuales es costumbre que se repartan los oficios en el pueblo. Hemos acordado de criar a Malio y a Calídano por censores anuales. Dinos si a tu parescer son hábiles y suficientes.» Respondióles Catón Censorino: «Padres Conscriptos, hágoos saber que ni admitto al uno, ni apruevo al otro; porque Malio es hombre muy rico y Calídano es ciudadano muy pobre. Y de verdad en lo uno y en lo otro ay peligro, pues vemos por experiencia que los censores muy ricos son viciosos y los censores muy pobres son muy cobdiciosos. (Y dixo más.) En este caso sería yo de parecer que el censor o juez que eligiéredes, ni sea tan pobre que le falte para comer, ni sea tan rico que le sobre para se regalar; porque la mucha abundancia haze a los hombres viciosos, y otros con la mucha pobreza tórnanse cobdiciosos.» Según el crédito que tenía Catón Censorino, razón es que a sus palabras se den crédito, pues tantos años governó el Imperio Romano, aunque es verdad que no todos los pobres son cobdiciosos, ni todos los ricos son viciosos; mas él lo dezía porque aquellos dos romanos de aquellos dos vicios devían ser notados, y aun porque los pobres dessean tener y todos los ricos se dessean conservar y regalar.

Quál destas dos condiciones de hombres los príncipes ayan de elegir no fácilmente me osaría yo en ello determinar, en que ni aconsejo que, menospreciados los pobres, elijan a los ricos, ni, menospreciados los ricos, elijan a los pobres, sino que sean tales aquéllos a los cuales cometieren el oficio de justicia, que conozcan ellos ser de buena conciencia y ser ajenos de cobdicia; porque el juez que tiene rota la conciencia, impossible es que tenga sana la justicia. Para tener sospecha de un juez si es de buena o de mala conciencia, muy gran indicio es ver si él procuró aquel oficio de justicia; porque el hombre que de su propria voluntad procura encargarse de alguna conciencia ajena, no deve tener en mucho la suya propia.

CAPÍTULO VII

De una carta que escribió Marco Aurelio Emperador a Antígono, su amigo, en respuesta de otra que él desde Sicilia le avía embiado, dándole aviso que los juezes romanos eran muy rigurosos. Divídela el auctor en cinco capítulos, y es letra muy notable contra los juezes crueles.

Marco Aurelio, colega en el Imperio, tribuno del pueblo y que agora está enfermo; a ti, Antígono, el desterrado, dessea salud para sí, y descanso para ti, y consolación en los dioses consoladores.

Por huyr los enojosos calores de Roma y por leer unos libros que me traxeron del reyno de Palestina, me vine aquí a Capua. Y, por mucha priessa que me di en las jornadas, todavía me alcançaron unas calenturas, las cuales son más enojosas que peligrosas, porque me toman con frío y no se me quitan del todo. A veynte días andados del mes de Jano recibí la segunda letra tuya, y fue el caso que tu carta y mi calentura todo vino a una hora, pero fue tanto el enojo que tomé con la calentura, que no pude luego leer tu carta. No me parece que tenemos buena mano, tú en ser corto ni yo en ser prolixo; porque ni

mi letra larga quitó a ti las congoxas, ni tu carta corta quitó a mí las calenturas. Agora que se va entibiando el sentimiento que uve de tu trabajo y arde más el desseo que tengo de tu remedio, querríate dezir algo y socorrerte con algún consejo, pero hallo que la consolación que tú has menester yo no la puedo dar, y la que yo te puedo dar tú no la has menester. En esta carta no será lo que en la otra primera, sino que trabajaré lo menos mal que pudiere [662] de responderte y no me ocuparé en consolarte; porque estoy con esta enfermedad tan dessabrido, que ni tengo inclinación de querer escribir, ni tampoco tomo gusto en cosas de plazer. Si acaso esta carta no fuere tan sabrosa, no tan compendiosa, no tan consolativa como las que yo te solía embiar, echarás la culpa no a la voluntad, que te dessea servir, sino a la enfermedad, que no le da lugar; porque los enfermos harto tienen que contentar a los médicos sin cumplir con los amigos. Si tu consolación estuviesse no en más de escribirte muchas cartas y en ofrecerte muchas palabras, por cierto para hazer esto yo pelearía con mis calenturas; pero ¿qué aprovecha a ti, ni qué me satisfaze a mí, teniendo poco hazer ofrescimientos de mucho? Hablando a este propósito, acuérdome que en las antiguas leyes de los rodos estavan estas palabras: «Rogamos y amonestamos que visiten y consuelen a todos los captivos, y a todos los peregrinos, y que están desconsolados; pero junto con esto ordenamos y mandamos que ninguno en la república sea osado a dar consejo sin que con el consejo no dé el remedio; porque al corazón aflicto las palabras consuélanle poco quando no vienen embueltas en algún remedio.» Por cierto la ley de los rodos es buena, y el romano que la guardare será muy mejor. Sey cierto que te desseo ver, y aun yo sé que tú me querrías hablar y todas tus quexas me dezir. Y no me maravillo; porque el corazón lastimado más descansa contando sus males propios que no oyendo consolaciones ajenas.

Muchas cosas me escribes por tu letra, las más de las quales nunca avían venido a mi noticia, y la más essencial dellas es que me das aviso los oficiales y justicias ser muy rigurosos en esse reyno, y que por esso están éssos de Sicilia muy mal con el Senado. Hasta oy nunca de tu boca te oý mentira, y esto me mueve a creer todo lo que dizes por tu carta, que en lo demás bien tengo que, según los de essa ysla son bulliciosos, ellos dan ocasión a los juezes que sean bravos; porque regla general es que, do los hombres son descomedidos, los ministros de justicia han de ser rigurosos. Ya que en otros reynos no aconteciesse, es de creer que acontecería ay en essa ysla, de la qual dize el proverbio antiguo: «Todos los insulanos son malos, pero los sículos son peores que todos.» Están oy tan apoderados los malos en sus maldades, y están tan amedrentados los buenos con todas sus virtudes, que, si no uviesse un poco de brío en la justicia, los malos acocearían al mundo y los buenos se acabarían muy presto. Dexado esto y viniendo al propósito, digo que, considerando de cuántos males estamos cercados y a cuántas miserias somos subjectos, no me maravillo de las humanidades que cometen los humanos, pero escandalízome de las crudas justicias que hazen nuestros juezes; por manera que con más razón los podemos llamar tyranos que matan por fuerça, que no censores que administran justicia. De una cosa estoy muy espantado y quasi ajeno de mi juyzio: en que, siendo derecho la justicia de los dioses y siendo ellos los ofendidos, se quieren llamar piadosos; y nosotros, teniendo la justicia emprestada y no siendo ofendidos, nos gloriamos de ser crueles. No sé yo cuál es el hombre que osa lastimar a otro hombre, pues vemos que los dioses perdonando sus propias injurias alcançaron nombres de clementes, y nosotros castigando injurias ajenas nos quedamos con nombres de tyranos. Con mal estarían los

hombres, y donosos dioses serían los dioses, si fuesen tan severos sus castigos como son feos nuestros pecados; porque, si nos midiessen con esta medida, sólo un demérito de una culpa abastaría para quitarnos la vida.

No puede con razón llamarse hombre entre los hombres, sino salvaje entre los salvajes, el que, olvidándose que es de carne flaca, sin piedad las carnes de otro hombre atormenta. Si se mira un hombre de pies a cabeça, no hallará en sí cosa que le mueva a crueldad, y verá en sí muchos instrumentos para exercitar la piedad, ca él tiene ojos con que mire a los necesitados, tiene pies con que vaya a los templos, tiene manos para ayudar a todos, tiene lengua para favorecer a los huérfanos, tiene corazón para amar a los dioses; finalmente tiene juyzio para conocer lo malo y tiene discreción para seguir lo bueno. Si los hombres deven mucho a los dioses por darles tales instrumentos para ser piadosos, no menos les deven por quitarles las ocasiones de ser crueles, ca no les dieron cuernos como a toro, no les dieron cola como a culebra, no les dieron uñas como a gato, no les dieron ponçoña como a serpiente; finalmente no les dieron tan peligrosos pies como a cavallo para acocear, ni les dieron tan fieros dientes como a león para morder. Pues los dioses son piadosos, y nos criaron piadosos, y nos mandaron ser piadosos, ¿por qué los nuestros juezes quieren ser crueles? ¡O!, cuántos juezes que son indómitos, crueles y severos ay oy en el Imperio Romano los quales, so color de zelar la justicia, echan a perder la república; porque no con zelo de justicia sino con desseo de alcançar fama, se dexaron vencer de la malicia y negaron su propria naturaleza. Yo no me maravillo que un censor o juez romano tenga embidia de mi casa, quiera mal a mis amigos, dé favor a mis enemigos, menosprecie a mis fijos, ponga los ojos en mis fijas, se acobdicie de mi hazienda y ponga la lengua en mi persona; pero de lo que me escandalizo es que muchos juezes assí son golosos de despedaçar carnes umanas, como si ellos fuesen ossos y las carnes umanas colmenas.

CAPÍTULO VIII

En el qual Marco Aurelio prosigue su carta contra los juezes crueles, y pone dos exemplos, uno de un juez romano crudelíssimo y otro de un rey de Chipre piadoso.

A ley de bueno te juro, Antígono, que, siendo yo mancebo, conocí a un censor o juez en Roma que avía nombre Licaónico, varón que era de alta statura, las carnes tenía ni gruessas ni flacas, los ojos algo eran sanguinolentos, en sangre era de los patricios, en la cara le faltavan muchas barbas y en la cabeça le sobrarian muchas canas. Este Licaónico fue en Roma grandes tiempos censor; en las leyes romanas era bien docto, y en las costumbres y judicatura muy experimentado; de su natural condición hablava poco, y en las respuestas que dava era muy resoluto. Entre todos los que fueron en sus tiempos en Roma tuvo en extremo esta excellencia, conviene a saber: que a todos ygualmente administrava justicia, y a los negociantes con muy gran brevedad despachava; porque jamás le pudieron inclinar con ruegos, ni corromper con dones, ni engañar con palabras, ni torcer por amenazas, ni aceptar de ninguno promessas. Junto con esto era hombre muy austero en la condición, severo en las palabras, inflexible en los ruegos, cruel en los castigos, sospechoso en los negocios y, sobre todo, era aborrescido de muchos y temido

de todos. Qué tanto era este Licaónico aborrecido no se puede dezir, y qué tanto era de todos temido no se puede pensar; porque en Roma quando alguno estava injuriado, luego dezía: «¡Viva por muchos años Licaónico!»; y quando los niños lloravan, luego les dezían las madres: «Guárdate de Licaónico», y luego callavan; por manera que con sólo el nombre de Licaónico espantavan a los hombres y acallavan a los niños. Has también de saber, Antígono, que quando se levantava en una ciudad algún alboroto o en alguna provincia se recrescía algún escándalo, ya se tenían todos por dicho que no avía de yr allá sino Licaónico, y que a él avían de proveer en el Senado. Y (hablando la verdad) quando él llegava a la tal ciudad o provincia, no sólo los sediciosos avían huydo, pero muchos de los inocentes se avían absentado; porque era Licaónico un hombre tan absoluto y tan achacoso, que a unos por hechores, a otros por consentidores; a éstos porque no favorecieron, aquéllos porque lo encubrieron, ninguno se escapava de ser atormentado en la persona o castigado en la hazienda.

¿Piensas tú, Antígono, que fueron pocos los que este juez açotó, quarteó, empozó, degolló, ahorcó, afrentó, desterró y descepó en el tiempo que los príncipes romanos le truxeron consigo? Por los inmortales dioses te juro, y assí me valga el dios Genio, que assí estavan proveýdas de pies, y manos, y cabeças de hombres las picotas, como de vacas y vitellas las carnicerías. Estava ya este Licaónico tan encarniçado en derramar sangre humana, que jamás él estava tan conversable, ni tenía el rostro alegre, como el día que avía de empozar alguno en el río Thíberim, o ahorcar en Monte Celio, o degollar a la vía Salaria, o atormentar en la cárcel Mamortina. ¡O cruda, o fiera, o inaudita la condición que este juez Licaónico tenía, ca no era possible que se uviesse criado en braços de romanas delicadas, sino en entrañas de serpientes ponçoñosas! Torno otra vez a dezir que es impossible que éste se crió con delicada leche de mugeres, sino que mamó crudelíssima sangre de tigres. Si este Licaónico era cruel porque se lo dava su condición, maldigo la tal condición; si lo hazía porque de la justicia tenía zelo, yo maldigo al tal zelo; si lo hazía por cobrar más honra, yo maldigo su honra; porque maldito será de los dioses y aborrecido de los hombres el hombre que quita a otro la vida (aunque sea por justicia) no por más de alcançar para sí fama. Mucho se desirven los dioses, y mucho daño reciben los pueblos, en que el Senado de Roma al juez atinado llama floxo y al juez carnicero llama justo; por manera que ya en el pueblo romano no tienen crédito los que sanan con olio, sino los que curan con huego. Si alguno lo piensa, a lo menos yo no lo pienso, que quando murió Licaónico se acabaron con él todos los juezes cruales; porque en todo el Imperio Romano no uvo más de un Licaónico, y agora en cada pueblo ay más de tres o quatro. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, y es que en aquellos tiempos, como todos los juezes que administravan la justicia eran piadosos, fue muy nombrado Licaónico por ser cruel; pero agora, como todos son cruales, espantámonos de un juez si es piadoso.

En el año xii de la fundación de nuestra madre Roma, el primero rey della fue Rómulo, el qual embió a todos los pueblos comarcanos un edicto para que todos los hombres que anduviessen desterrados, todos los que estuviessen aflictos, todos los que fuessen perseguidos y todos los que estuviessen necessitados, todos se viniessen a Roma; porque allí serían amparados de sus enemigos y socorridos en sus trabajos. Divulgada la fama por toda Italia de la piedad y clemencia que Rómulo hazía en Roma, si los annales de los

antiguos no nos engañan, más vezinos tuvo Roma en x años que no tuvieron Babilonia y Carthago en ciento. ¡O, glorioso el corazón de Rómulo que tal inventó, gloriosa la lengua que tal mandó, y gloriosa Roma, pues sobre clemencia y piedad se fundó!

En los libros originales que estaban en el alto Capitolio hallé una vez muchas cartas escritas al Sacro Senado y Pueblo Romano, y en el principio de las cartas dezían estas palabras: «Nos, el Rey de los parthos en Asia, a los Padres Conscriptos de Roma, y al pueblo venturoso de Roma y Ýtalia, y todos los que con el Senado tienen aliança, los quales tienen nombres de romanos y renombres de clementes, salud a las personas vos embiamos, paz y tranquilidad para vosotros y nosotros a los dioses pedimos.» Mira, pues, Antígono, qué título tan glorioso de clementes tenían nuestros primeros romanos, y qué exemplo de clemencia dexaron para todos los emperadores advenideros, por manera que, pues los bárbaros estrangeros los llamavan piadosos, no es de creer que con sus súbditos y naturales serían crueles. Según que los antiguos trabajaron por ser de todos amados, y según las crueldades que agora hazen los juezes para ser temidos, si los dioses acaso resuscitassen a los muertos y pareciesen delante dellos en juyzio los vivos, yo juzgo que juzgarían y yo digo que dirían que éstos no son sus hijos, sino sus enemigos; no aumentadores de la república, sino ladrones de su clemencia.

Teniendo edad de treynta y siete años halléme un invierno en la ysla de Cethim, que agora se llama Chipre, en la qual ay un monte pequeño (aunque fragoso) que se llama el monte Archadio, do se cría la yerva flabia, de la qual dizen los antiguos que, si la cortan, destila de sí sangre, y aquella sangre aprovecha para que si ensangrientan a una persona con ella estando caliente (aunque no quiera), os ha de amar; y si la untan con sangre fría, os ha de aborrescer. Desto desta yerva no pongas en ello dubda, ca yo hize la esperiencia, en que unté con aquella sangre a una persona, la qual primero perdió la vida que no el amor de mi persona. Uvo en aquella ysla un rey muy exemplar en vida y muy famoso en clemencia, aunque es verdad que por escripto ni por palabra no pude saber el nombre que tenía, mas de quanto estava sepultado sobre quatro colunas en un sepulcro marmóreo, y en torno del sepulchro estava un letrero escripto en griego, y muy antiguo, el qual entre otras muchas cosas dezía estas palabras:

«Todo el tiempo que los inmortales dioses me dieron vida, ésta fue la orden que tuve en gobernar a mi república.

Lo que pude hazer por bien, nunca lo hize por mal.

Lo que pude alcançar con paz, nunca lo tomé por guerra.

A los que pude vencer con ruegos, nunca los espanté con amenazas.

Lo que pude remediar secreto, nunca lo castigué en público.

A los que pude corregir con avisos, nunca los lastimé con açotes.

A ninguno jamás castigué en público, que primero no le avisasse en secreto.

Nunca consentí a mi lengua que dicesse mentiras, ni permití a mis orejas que oyessen lisonjas.

Refrené a mi corazón a que no desseasse lo ajeno y persuadíle a que se contentasse con lo suyo propio.

Velé por consolar a los amigos y desveléme por no tener enemigos.

Ni fui pródigo en gastar, ni cobdicioso en rescebir.

Nunca de una cosa hize castigo sin que primero no perdonasse quatro.

De lo que castigué tengo pena y por lo que perdoné tengo alegría.

Nascí hombre entre los hombres y por esso comen mis carnes aquí los gusanos.

Fui virtuoso entre los virtuosos y por esso descansa mi espíritu con los dioses.»

¿Qué te parece, Antígono, que epithafio es éste, y qué príncipe devía ser aquél, del qual diría yo que devía ser muy gloriosa su vida, pues está oy tan immortal su memoria? A ley de bueno te juro, y assí los dioses me sean propicios en lo bueno, no tengo tanta embidia a Pompeyo con su Helia, a Semíramis con su India, a Ciro con su Babylonia, a Gayo con su Gallia y a Scipión con su África, como tengo a solo este rey de Chipre en su sepultura; porque más gloria tiene él allí en aquella fiera montaña siendo muerto, que ellos tuvieron en la superba Roma siendo vivos.

CAPÍTULO IX

En el qual Marco Aurelio Emperador prosigue su carta contra los juezes crueles, y pone unas palabras que dixo el Emperador Nero muy buenas, y pone una instrucción que dio el Emperador Augusto a un juez que embiava al reyno de Dacia.

Ni por lo que escrivo en esta carta, ni por lo que el rey de Chipre tenía en su sepultura, no es mi intención de defender a los malos para que por sus males y atrevimientos no sean castigados; ca, desta manera, peor sería yo en favorecerlos, que no ellos en ser malos, porque ellos pecan por flaqueza y yo pecaría por malicia. Mas en este caso parésceme a mí, y aun a todos los que tienen buen parecer, que pues la culpa en los hombres es natural y la pena que nos han de dar no es sino voluntaria, que los ministros de justicia en administrar la justicia deven mostrar que lo hazen por zelo de la república y no con ánimo de vengança, porque los culpados tengan ocasión de emendar la culpa passada y no de vengar la injuria presente. Dezía el divino Platón en los libros de su *República* que dos cosas han de tener los juezes delante sus ojos, conviene a saber: que en el juzgar cosas de hazienda no muestren cobdicia y en el castigar alguna persona no muestren vengança; porque los juezes tienen licencia para castigar los cuerpos, pero no la tienen para lastimar

los coraçones. Nero, el Emperador, fue muy infame en su vida y muy cruel en su justicia, pero con todas sus crueldades acaesció que, como un día le truxessen a firmar una sentencia para degollar a unos homicianos, dando un gran suspiro, dixo estas palabras: «¡O, quién nunca deprendiera a escrevir por me escusar desta sentencia firmar!» Por cierto el Emperador Nero por aver dicho tan gloriosa palabra en tal tiempo y coyuntura él merescía inmortal memoria, pero después de su tan perversa vida estragó tan notable sentencia; porque (hablando la verdad) abasta una mala obra a desautorizar muchas palabras buenas.

¡O, cuántos lugares y reynos han sido perdidos no tanto por los males que los malos en ellos cometieron, quanto por las desafortadas justicias que los ministros de justicia executaron; porque, pensando con su rigor corregir los daños passados, despertaron escándalos nunca oýdos! A todos es notorio quién fue y qué tal fue el Emperador Augusto, el qual en todas las virtudes fue muy estremado de bueno, ca era generoso, esforçado, magnánimo, cuerdo y zeloso, y, sobre todo, muy piadoso; porque, allende que en otras cosas mostró su piedad y clemencia, él fue el que ordenó que ningún príncipe firmasse sentencia de muerte con sus manos, ni viesse justiciar a ninguno con sus ojos. De verdad que la ley fue bien congrua, y para la limpieza de los emperadores assaz necessaria; porque a los príncipes mejor les parece defender sus tierras con la lança que firmar sentencias de muerte con la péñola. Era este buen Emperador Augusto muy curioso en elegir los ministros de justicia, y muy cuydadoso en enseñarles cómo se avían de aver con la república, avisándolos no sólo lo que avían de hazer, mas aun de lo que se avían de guardar, lo qual no podía ser cosa mejor; porque los ministros de justicia yerran en no hazer lo que deven, pero más yerran en hazer lo que no deven.

Estava en Capua un governador que se llamava Escauro, el qual era juez justo, aunque algo severo, y a este Escauro embió el Emperador Augusto al reyno de Dacia para que tuviesse cargo de aquella provincia, y entre otras cosas diole estas palabras por memoria:

«Amigo Escauro, he acordado de removerte de Capua y comerterte la governación de la provincia de Dacia, do has de representar la majestad de mi persona. Y debes mucho mirar que, pues yo te mejoro en honra y hazienda, que tú debes mejorar la vida y templar la justicia; porque hasta aquí un poco has sido en la justicia riguroso y en la vida inconsiderado. Avísote, y ruégote, y mándote que mudes el estilo en la vida y que mires mucho por mi honra y fama, ca bien sabes tú que los príncipes romanos no tienen más honra, ni más bien en su república, de ser buenos o malos los ministros de su justicia. Si quieres hazer lo que yo querría que hizieses, hágote saber que yo no te confío mi honra, ni te cometo mi justicia, para que seas émulo de inocentes ni verdugo de pecadores, sino que con la una mano ayudes a los buenos a se tener y con la otra ayudes a los malos a se levantar. E, si quieres saber más en particular mi intención, yo te embió para que seas ayo de huérfanos, abogado de biudas, socrocio de heridos, báculo de ciegos y padre de todos. Sea, pues, la resolución de todo que, a mis enemigos halagando y a mis amigos regalando, a los flacos sobrellevando y a los fuertes favoreciendo, de tal manera seas todo para todos, guárdandote de ser parcial a ninguno, que, a fama de piadoso, los míos huelguen de estar y los estraños desseen de me venir a servir.»

Ésta, pues, fue la instrucción que dio el Emperador Augusto al gobernador Escauro; y, si bien se quieren mirar sus palabras, aunque ellas fueron pocas, fueron assaz compendiosas, y oxalá en los coraçones dessos nuestros juezes estén escriptas.

Dízesme por tu letra que los juezes que embió el Senado a essa ysla no son muy honestos, ni aun están sin sospecha de ser un poco cobdiciosos. ¡O!, triste de república do los juezes en ella son crueles, son desonestos y son cobdiciosos; porque los juezes crueles ¿qué harán sino matar inocentes?; los juezes cobdiciosos ¿qué harán sino robar a los pobres?; los juezes desonestos ¿qué harán sino escandalizar a los buenos? Diría yo que a la tal y tan desdichada república más seguro le sería morar en las montañas con los animales brutos, que no ser governada de juezes tan iniquos; porque los leones, que son los animales más feroces, si en su presencia un caçador se le derrueca por tierra, no le tocará el león ni aun en la ropa. ¡O!, Antígono, amigo mío, ¿y piensas tú que, si es desdichada la república que tales juezes sufre, que por esso será dichosa Roma que los provee? A ley de bueno te juro que yo tengo por peores a los senadores que los embieron, que no a los juezes que fueron. Penoso le es a un coraçón generoso yr a pedir justicia al hombre que ni mantiene verdad, ni guarda la justicia, pero muy mayor pena le es ver a un juez el qual con sus tyranías ha tyranizado mucho y a muchos pobres ha hecho muchos agravios, y después no con la vida que haze, sino con la auctoridad que tiene presume corregir a todos. El censor o juez que tiene por oficio de castigar a todos los viciosos, obligación tiene a caescer de todos los vicios; porque de otra manera el que tiene el tal oficio tyraniza la justicia, y el que la sustenta es traydor a su república. Es impossible que ninguno sea buen censor si no tiene la auctoridad de su oficio por acessoria y su limpia vida por principal.

El fin para que se proveen juezes en las provincias es para difinir las causas dudosas, para reparar los muros caýdos, para favorecer a los que pueden poco, para yr a la mano a los que pueden mucho; que, para lo demás, no ay república tan pequeña do no sepan poner a un ladrón en la horca sin que venga un censor de Roma a ordenarles la sentencia. ¡O!, cuántos juezes ay oy en Roma que han ahorcado a muchos, no aguardándoles más de al primero hurto, y quédanse ellos libres aviendo robado a todo el pueblo, los quales deven tener por cierto que si se les alarga el castigo, no por esso se les perdona el hurto; porque las culpas que los hombres dissimulan en la vida, los dioses después las castigan en la muerte. Gran bien es para la república y no poca honra para el príncipe que tiene cargo della, quando un juez o censor es tan honesto en su persona y tan escrupuloso en su justicia, que de ningún vicio de los que él en otros castiga no está notada o infamada su persona; porque mucho se pervierte la orden de justicia quando un ladrón pone a otro ladrón en la horca.

CAPÍTULO X

En el qual Marco Aurelio prosigue su plática contra los juezes crueles, y pone una muy notable plática que un embaxador del reyno de Judea fizo en el Senado de Roma, quexándose de los juezes que governavan aquella tierra.

En el año tercero después que el gran Pompeyo tomó a la ciudad de Helia, que agora se llama Hierusalén, a la sazón era adelantado en aquella tierra por los romanos un romano que avía nonbre Valerio Graco, el qual era diestro en las armas, mañoso en los negocios y honesto en la vida; pero junto con esto en la conversación era dessabrido y en el administrar de la justicia era muy riguroso. Como los judíos se vieron no sólo subjects, mas aun maltratados de los romanos, acordaron de embiar su embaxada a Roma para que informassen al Senado de las tyranías que passavan en aquella tierra. Y para este efecto embiaron a un judío, hombre anciano según parecía en sus canas, y muy docto en las letras hebraycas, griegas y latinas; porque los hebreos son de su mismo natural para las sciencias muy ábiles y para las armas muy covardes. Venido, pues, aquel hebreo de Judea a Roma, habló en el Senado desta manera:

«¡O!, Padres Conscriptos, ¡o!, pueblo venturoso; vuestros venturosos hados lo permitiendo o, por mejor dezir, nuestro Dios a nosotros nos desamparando, Hierusalem, que de todas las ciudades era señora en Asia y de todos los hebreos era madre en Palestina, vémosla agora ser sierva y tributaria de Roma, del qual caso ni nosotros nos hemos de maravillar, ni vosotros os avéys de ensobervescer; porque los árboles más altos, aquéllos son de los vientos más combatidos. Grandes fueron los exércitos con que fuemos por Pompeyo enseñoreados, pero muy mayores fueron nuestros pecados, pues por ellos merecemos ser de nuestro Dios desamparados; porque nosotros, los hebreos, tenemos un Dios que no nos pone debaxo del bien o del mal de fortuna, sino que nos gobierna con su misericordia y justicia.

Quiero que oygáys una cosa de mi boca, y más quisiera que la viérades por experiencia, y es que tenemos nosotros un Dios tan bueno, que si entre cincuenta mil malos uviera de nosotros solos diez mil buenos, viérades los romanos como lo vieron los egypcios cuánto valía y podía más nuestro Dios solo que todos los dioses vuestros juntos. Nosotros los hebreos un solo Dios tenemos, un solo Dios adoramos, en un solo Dios creemos, y a Éste desseamos servir, aunque no le servimos. Y, caso que no le serviésemos, con tal que no le ofendiésemos, Él es tan bueno, que ni nos haría provar a qué sabe su rigurosa mano, ni a nuestro triste pueblo pornía como puso en captiverio. Ni nuestro Dios nos puede engañar, ni lo que dizen nuestras escripturas pueden mentir, y es que no más de quanto nosotros fuéremos pecadores, tanto vosotros seréys nuestros señores; y quanto durare la yra del Dios de los hebreos, tanto durará la potencia de los romanos; porque al nuestro desdichado reyno no os le dio nuestro Dios por vuestros méritos, ni aun porque érades dél legítimos erederos, sino porque fuéssedes verdugos de nuestros pecados. Después que la voluntad de nuestro Dios fuere complida, después que fuere alçada su yra, después que nosotros uviéremos purgado la culpa, después que él nos mire con sus ojos de clemencia; nosotros cobraremos lo que emos perdido y vosotros perderéys lo que avéys mal ganado. Y podría ser que, como agora nosotros de vosotros somos mandados, verná tiempo que nosotros de vosotros seamos obedescidos. Y porque en esta materia los ebreos sienten uno, y vosotros, los romanos, sentís otro, y ni vosotros me avéys de poder hazer adorar a muchos dioses, ni yo seré tampoco bastante de atraeros a creer en un Dios; remítolo todo al Dios y Criador de todas las cosas, con cuya potencia somos criados y con cuya bondad somos regidos.

Veniendo, pues, al caso de mi embajada, ya sabéys cómo desde inmemorable tiempo acá siempre Roma ha tenido paz con Judea y Judea ha tenido amistad con Roma, por manera que nosotros os favorecíamos en la guerra y vosotros nos conserváades en la paz. No ay cosa más deseada de todos en general que es la paz, y no ay cosa más aborrescida que es la guerra, y con todo este presupuesto vémoslo con nuestros ojos, y aun leémoslo de nuestros passados: que siempre el mundo estuvo en contienda y sienpre la quietud estuvo desterrada; porque a la verdad, si vimos a muchos sospirar por la paz, a muchos más vemos emplearse en la guerra. Si vosotros desechásedes a los que os remotinan a mal nos querer, y nosotros no creyésemos a los que nos incitan para nos rebelar, ni Roma sería tan cruel con Judea, ni Judea aborrescería tan de corazón a Roma. La mayor señal y la mayor coluna de la paz es quitar de por medio a los perturbadores de la paz; porque muchas vezes se pierden las amistades y se incitan las guerras no tanto por el interesse de los unos ni de lo otros, quanto por la indiscreción de los medianeros. Quando una república está levantada contra otra república, es impossible que duren mucho los enojos si los que se atravessaron de por medio son cuerdos; pero si acaso el que tomó la mano es más apassionado en el negocio, que no lo es el enemigo con quien yo me combato, al tal dirémosle que mayor maña se da a echar en la lumbre leña, que no traer agua para matarla.

Todo esto digo, romanos, a causa que, después que fue desterrado Archelao, hijo del gran rey Erodes, de Judea, avéysnos embiado en su lugar a Pomponio, y Marco, a Rufo, y Valerio para que fuessen adelantados y juezes nuestros, los quales han sido quatro landres o plagas, la menor de las quales abastava emponçoñar a toda Roma, ¡quánto más al pobre reyno de Palestina! ¿Qué mayor monstruosidad puede ser, que los juezes que embía Roma a quitar las costumbres malas de los malos sean ellos inventores de nuevos vicios? ¿Qué mayor afrenta se puede hazer a la justicia, que los juezes que avían de castigar las mocedades de los moços se glorían de ser capitanes de livianos? ¿Qué mayor infamia para Roma, que los que han de ser justos en toda justicia y dar de sí exemplo en todas las virtudes sean malos en toda maldad y sean mollidores para todos los vicios? ¿En qué se parece más vuestro descuydo y su tyranía, sino que públicamente dizen todos en Asia que los ladrones de Roma ahorcan a los ladrones de Judea? ¿Qué más queréys que os diga, ¡o! romanos, sino que ya tenemos en poco a los ladrones que saltean en las fieras montañas en comparación de los juezes que nos roban en nuestras casas propias?

¡O!, quán tristes fueron nuestros hados el día que a los romanos fuimos subjectos, en que ya ni tememos a los ladrones que nos roban en los caminos, ni tememos al huego que nos quema la hazienda, ni tememos a los tyranos que nos hazen guerra, ni tememos a los assirios que nos saquean la tierra, ni tememos a los ayres corruptos que nos traen pestilencia, ni tememos a la pestilencia que nos quita la vida; pero tememos a vuestros crudos juezes que nos perturban la república y nos roban la fama. No sin causa digo que perturban la república, ca dexado lo que dizen, dexado lo que intentan, dexado lo que roban; luego escriven al Senado por congraciarse con él no lo bueno que hallan en los ancianos, sino las mocedades que veen en los moços, y como acá los senadores lo oýs y no lo veys, days más crédito a uno que ha tres meses sólo que entró en la provincia, que no a los que ha treynta años que gobiernan a la república. Catad, senadores, que en este Senado os han puesto por más sabios, por más honestos, por más experimentados y por

más cuerdos. Pues en esto más que en todo se verá si soys cuerdos: en que no creáys a todos; porque si son muchos y de muy varias naciones los que a vosotros tratan, muy más varias son las intenciones y fines con que os hablan.

Miento si no han vuestros juezes tanto torcido en la justicia y aflojado en la disciplina, que han a la juventud de Judea enseñado invenciones de vicios, que ni de nuestros padres fueron oýdas, ni en los libros leýdas, ni aun en nuestros tiempos vistas. Vosotros, los romanos, como soys valerosos y poderosos, desdeñáysos tomar consejos de los hombres que pueden poco, lo qual no devríades hazer, ni aun a vuestros amigos aconsejar; porque saber y tener no todas vezes se suelen parear. De quantos consejos ha tomado Judea de Roma, tome agora éste Roma de Judea, conviene a saber: que si ganaron vuestros capitanes muchos reynos derramando sangres, hanles de conservar vuestros juezes no con rigurosidad derramando sangres, sino con clemencia juntando coraçones. ¡O! romanos, amonestad, mandad, rogado y avisad a los juezes que embiáys a gobernar las provincias estrañas que empleen más sus coraçones en el bien del reyno que no las manos en aumentar vuestro fisco; porque de otra manera infamarían a los que los embían y dañarían a los que gobiernan. No por otra cosa vuestros juezes no son obedescidos en las cosas justas, sino porque mandaron primero muchas cosas injustas. Los mandamientos justos hazen los coraçones blandos, y los mandamientos injustos tornan a los hombres duros. Es la malicia humana tan inclinada a mandar, y esle tan enojoso venir a ser mandada, que aun mandándonos bien obedescemos mal, ¡quánto más, mandando mal, querer ser obedescidos bien!

Creedme, romanos, una cosa, y no dubdéys en ella. Y es que de la mucha liviandad y poca madurez en los juezes ha nascido el poco temor y la mucha desvergüença en los súbditos. Todo príncipe que diere cargo de justicia al que vee no ser ábile para ella (y esto no tanto porque sabe bien administrar la justicia, sino porque se da buena maña en aumentar la hazienda) téngase por dicho que, quando no catare, verá su honra en infamia, su crédito perdido, su fazienda desminuyda y algún notable castigo en su casa. Y porque tengo otras cosas para en secreto, quiero concluir esto que es público, en que finalmente digo que, si queréys conservar nuestro reyno (por el qual os pusistes en muchos peligros), guardadnos en justicia y teneros emos en reverencia; mandad como romanos y obedesceremos como hebreos; dadnos un presidente piadoso y ternéys a todo el reyno seguro. ¿Qué más queréys que diga, sino que, si no soys crudos en castigar nuestras flaquezas, seremos muy obedientes a vuestras premáticas? Antes que nos provéys a mandar, tened por bueno de nos rogar; porque rogando con mansedumbre y no mandando con presumpción hallaréys en nosotros el amor que suelen hallar los padres en los hijos, y no la trayción que suelen hallar los señores en sus siervos.»

CAPÍTULO XI

En el qual Marco Aurelio concluye su carta contra los juezes crueles y entre otras cosas pone lo que le aconteció al rey Boco y las palabras que el abuelo deste rey dixo en el Senado.

Todo lo sobredicho habló aquel hebreo, y no sin gran admiración fue oído de todo el Senado. ¡O, Roma sin Roma, que ya no tienes sino los muros y estás hecha un prostíbulo de vicios!, ¿qué heziste, dime, quando un hombre extranjero te afrentó y te lastimó en medio de tu Senado? Regla general es que do ay corrupción de costumbres, siempre se pierden las libertades; lo qual parece muy claro en Roma, porque los romanos, que en otros tiempos yvan a vengar sus injurias a tierras estrañas, agora vienen de tierras estrañas a afrentarlos en sus casas propias.

Pues está tan dañada la justicia de Roma, ¿qué tal piensas tú que pienso yo estará allá en essa ysla de Sicilia? Dime, te ruego, Antígono: ¿de dó piensas viene oy tan gran escándalo en el pueblo y tan gran quiebra en la justicia? Si acaso tú no lo sabes, oye, que yo te lo diré. Ésta, pues, es la orden por do todo va sin orden, conviene a saber: que los privados de los príncipes importunando, y el príncipe no resistiendo; ellos le engañando, y él dexándose engañar; los unos con cobdicia, y los otros con ignorancia; dan a quien avían de quitar, y quitan a quien avían de dar; honran a quien les deshonna, y deshonnran a quien los honra; detienen a los justos, sueltan a los cobdiciosos, menosprecian a los expertos, fíanse de los livianos; finalmente proveen no a los oficios de personas, sino a las personas de oficios. Pues oye, Antígono, que más te diré. Estos miserables de juezes, después de proveýdos, como se veen entronizados en los oficios de que no eran dignos, y que es muy mayor la autoridad de sus oficios que no el merecimiento de sus personas, házense luego temer haziendo desafortadas justicias; toman estado de señores grandes a costa del sudor de los pobres; suplen con malicia lo que les falta de discreción; y (lo que es peor de todo) que miden la justicia ajena con su utilidad propia. Pues oye, que más te diré. Ya que estos malignos juezes se veen engolfados en el golfo de varios negocios, faltándoles los remos de saber, y las velas de la cordura, y las áncoras de la experiencia, no sabiendo remediar los males pequeños, inventan otros mayores, perturban la paz común por solo su bien particular, y al fin lloran su daño proprio y pésales del bien ageno. No puede ser cosa más justa sino que, pues ellos se emboscaron en oficios a ellos no provechosos, sufran (aunque no quieran) sus daños, por manera que los unos por se los dar quedan infamados, y los otros por los procurar quedan perdidos. Pues oye, que más te diré. Has de saber que los principios destos juezes son sobervia y ambición, y sus medios son embidia y malicia, y sus fines son muerte y destrucción; porque jamás las hojas estarán verdes do las raýzes son secas. Si mi consejo fuesse en este caso tomado, los tales juezes ni de los príncipes serían privados, ni aun de los privados serían defendidos, sino que como hombres sospechosos al bien común devrían ser alañados no sólo de la república, mas aun de la vida. Grande es la desvergüença de los que en el Senado oficios piden, pero muy mayor es el atrevimiento de los privados que se los procuran, y podemos dezir a los unos y a los otros que ni el temor de los dioses los retrae, ni el del príncipe los refrena, ni la vergüença los impide, ni la república los acusa; finalmente ni la razón los manda, ni la ley los sojuzga. Pero oye, que más te diré. Has de saber que ésta es la forma que los senadores tienen en repartir los oficios, ca una vez los dan a sus amigos en pago de su amistad, otra vez los dan a sus criados en pago de sus servicios, y aun algunas vezes los dan a los hombres solícitos no por más de que no les sean más importunos, por manera que muy pocos son los oficios que a los virtuosos sólo por ser virtuosos son proveýdos. ¡O!, Antígono, amigo mío, hágote saber que para Roma conservar su fama y para la república ser bien regida, la diligencia que los juezes ponen

en el Senado para que les den oficios, aquélla avían de poner los del Senado en buscar hombres virtuosos para encomendarles tales cargos; porque el oficio de justicia hase de dar no al que mejor lo procura, sino al que mejor lo meresce.

En el año de la fundación de Roma de seyscientos y xl y ii tuvo el Pueblo Romano muchas guerras juntas por todo el mundo, conviene a saber: a Gayo Celio contra los de Tracia; a Gneo Cardón, su hermano, contra los sardos; a Junio Sila contra los cimbrós; a Aminucio Rufo contra los dacos; a Servilio Scipión contra los macedonios; y a Mario, el cónsul, contra Jugurta, rey de los númidas. Y entre todas, ésta era la guerra más famosa y aun más peligrosa; porque si Roma tenía contra el rey Jugurta muchos exércitos que le conquistavan, Jugurta tenía dentro de Roma buenos amigos que le favorecían. Era en aquellos tiempos rey de los mauritanos el rey Boco, el qual fue amigo de Jugurta, y al fin después él fue ocasión que Jugurta se perdiessse y Mario le prendiessse. A estos dos reyes llevó el cónsul Mario a Roma, y triumphó dellos llevándolos delante su carro triumphal, cargadas sus gargantas de hierros y llenos sus ojos de lágrimas, el qual tan infortunado caso lloraron todos los romanos que lo vieron y puso gran compassión a los estraños que lo oyeron. Aquella tarde, después que el triumpho fue acabado, determinóse en el Senado que al rey Jugurta le cortassen la cabeça y que el rey Boco quedasse con la vida, aunque sin su tierra, y fue la ocasión ésta. De muy largos tiempos tenían en costumbre los romanos de no justiciar algún hombre sin que con gran diligencia se mirassen los libros antiguos, por ver si alguno de sus antepassados avía hecho algún notable servicio a Roma, por do aquel miserable mereciesse que le perdonassen la vida. En un libro que estava en el alto Capitolio hallaron escrito cómo su abuelo del rey Boco fue muy sabio y muy amigo del Pueblo Romano, y que una vez vino en Roma, y allí hizo muchas oraciones en el Senado, y entre otras notables sentencias, halláronse en aquel libro que él avía dicho estas palabras:

«¡Ay del reyno ado son tales todos, que ni los buenos entre los malos, ni los malos entre los buenos son conocidos!

¡Ay del reyno que es recetáculo de todos los simples y destierro de todos los sabios!

¡Ay del reyno do los buenos son covardes y los malos son muy atrevidos!

¡Ay del reyno ado desprecian a los pacíficos y amparan los sediciosos!

¡Ay del reyno ado los que velan por su bien matan y a los que se desvelan por su mal coronan!

¡Ay del reyno do se permiten pobres sobervios y los ricos que sean tyranos!

¡Ay del reyno do todos conocen el mal y ninguno osa procurar el bien!

¡Ay del reyno do se cometen tan malos vicios públicos, que en otras tierras no osarían cometerlos secretos!

¡Ay del reyno do todos todo lo que dessean procuran, todo lo que procuran alcançan, todo lo que es malo piensan, todo lo que piensan dizen, todo lo que dizen pueden, todo lo que pueden osan; finalmente todo lo que osan ponen por obra, y después no ay un bueno que lo resista! En este tan infortunado reyno, o en pueblo que sea tan desdichado, guárdese cada uno de ser vezino; porque en breve verán sobre él o la yra de los dioses, o la furia de los hombres, o despoblarse de buenos, o tomarle tyranos.»

Otras muchas cosas se contenían en aquella plática, las quales no hazen al propósito desta mi letra, mas de quanto me parece que fue cosa muy justa fuesse perdonado el nieto por los méritos del abuelo tan sabio.

Esta mi carta leerás allá en Sicilia a todos los pretores y juezes que residen en ella, y será el caso que se la leerás y amonestarás en secreto, con apercibimiento que, si no se emiendan, los castigaremos en público. Ya te escreví este otro día que en lo que tocava a tu destierro yo te sería buen amigo, y sey cierto que por gozar de la amistad antigua y por desempeñarte mi palabra emplearé por ti mi persona. A Panucio, mi secretario, escrivo te socorra con dos mil sextercios, con los quales relieves tu pobreza, y de acá te embió esta mi letra con que consueles tu coraçón triste. No te digo en ésta más, sino que de los dioses, contentamiento; de todo lo que tienes, buen gozo; de tu persona, descanso; con tus amigos reposo tengas y gozes, amigo mío Antígono. Los males corporales, los enemigos crueles, los hados lastimosos se aparten de mí, Marco. Por parte de tu muger Rufa saludé a mi Faustina; ella suya y yo tuyo, la visitación con alegría rescebimos y con agradescimiento te la tornamos. Cesso no cessando de dessear ver acá en Italia a tu persona, y ver allá en essa ysla a mi quartana.

CAPÍTULO XII

Do el auctor persuade a los príncipes y grandes señores que sean amigos de la paz y que huyan las ocasiones de la guerra.

Octavio Augusto, segundo Emperador que fue de Roma, lóanle todos aver sido en su persona tan bueno y tan bienquisto en todo el Imperio Romano, que dize dél Suetonio Tranquilo que, quando se moría algún romano en aquellos tiempos, davan muchas gracias a los dioses porque se les acabava a ellos la vida ante que su príncipe supiesse qué cosa era muerte. No contentos con esto, en los testamentos mandavan a sus erederos fijos que cada año ofreciessen de sus propias haziendas muy grandes sacrificios en todos los templos de Roma porque los dioses alargassen a su príncipe los días de la vida. Aquélla con verdad se podía llamar edad dorada y tierra bienaventurada, do el príncipe amava a su república y la república adorava a su príncipe; porque muy pocas vezes suele acontecer que uno sea contento con los servicios de todos, ni aun todos se satisfazen de la governación de uno. No por otra cosa los romanos desseavan para aquel buen príncipe más que para sí mismos la vida sino porque les tenía en paz la república. Mucho es de loar la virtud del Emperador Augusto, y no menos es de ensalçar el agradescimiento del pueblo; él por lo merescer y ellos por lo agradecer; porque (hablando la verdad) muy

pocos son los que tan excessivamente amen a otros, que por amarlos aborrezcan a sí mismos.

No ay hombre tan humilde, que en las cosas de honra no querría a todos passar delante (si no es en la muerte, que se querría hallar a la postre). Y parece esto muy claro en que ora se muera el padre, hora la madre; hora el marido, hora la muger; hora el hijo, hora el vezino; al fin al fin cada uno se conorta de la muerte ajena con tal condición que quede en salvo su propria vida. Un príncipe que es manso, es sufrido, es magnánimo, es sobrio, es limpio, es honesto y es verdadero, por cierto el tal por justicia meresce ser amado; pero sobre todo y más que todo el príncipe que de hecho tiene en paz a toda su república, injusticia le hazen si no ruegan todos a Dios por su vida. ¿Qué bien puede tener la república en la qual ay dissensión y guerra? Diga cada uno lo que quisiere, que sin paz ninguno goza de lo que tiene, ninguno come sin sobresalto, ninguno duerme con reposo, ninguno anda por camino seguro, ninguno se fía de su vezino; finalmente digo que, en tiempo que no ay paz, cada día nos amenaza la muerte y cada hora se nos quiere despedir la vida.

Bueno es que el príncipe alimpie sus reynos de ladrones; porque no puede ser cosa más injusta que del trabajo y sudor de los pobres coman y gozen los vagabundos. Bueno es que el príncipe alimpie el reyno de hombres blasphemos; porque muy injusto es o sen blasfemar del Rey del Cielo los que no osan poner la lengua en el príncipe de la tierra. Bueno es que el príncipe alimpie su república de tahúres y jugadores; porque el juego es una tan mala polilla, que roe la ropa nueva y desentraña la madera seca. Bueno es que el príncipe reforme sus reynos de los combites pródigos y de los superfluos vestidos; porque de gastar los hombres mucho en cosas superfluas les vien en después a faltar para las cosas necesarias. Pero pregunto agora yo: ¿qué aprovecha que el príncipe destierre a todos los vicios de su república si por otra parte la tiene puesta en guerra?

El fin porque los príncipes son príncipes es para encaminar lo bueno y evitar lo malo; pero ¿qué diremos?, pues en tiempo de guerra ni pueden los príncipes atajar los vicios, ni yr a la mano a los viciosos. ¡O!, si supiesen los príncipes y grandes señores qué daño hazen a sí y a sus casas el día que emprenden guerras, yo pienso, y aun afirmo, que no sólo no las querrían començar, mas aun ningún privado suyo se las osasse mentar; y, si alguno le aconsejasse lo contrario, con razón le trataría como a mortal enemigo. Los que aconsejan a los príncipes que busquen paz, amen la paz y conserven la paz, gran sinrazón les hazen si no son oýdos, si no son amados y si no son creýdos; porque el consejero que por cosa liviana aconseja a su príncipe que emprenda guerra, diría yo que al tal o le sobra cólera, o le falta conciencia. Acontesce algunas vezes que está el príncipe enojado o turbado a causa que le escriben avérsele remontado una provincia, o que ha otro príncipe entrado en su tierra; y, como sobre el caso junta Consejo, ay algunos tan atrevidos consejeros, que tan fácilmente votan que se quebrante luego la paz, como otros botarían que se dicesse fin a la guerra.

Quando un príncipe en cosas semejantes pide un consejo de súbito, no le han de responder de súbito; porque las cosas de la guerra con mucha prudencia se han de mirar y sobre muy grande acuerdo se han de determinar. Nunca el rey David emprendió guerra,

aunque era prudentíssimo, sin que primero no tomase con Dios consejo. El buen Judas Machabeo nunca entró en batalla que no hiziesse a Dios primero una oración devota. Los griegos y los romanos nunca osavan hazer guerra a sus enemigos sin que primero ofreciessen a sus dioses sacrificios y aun se aconsejassen primero con los oráculos. Las cosas de justicia, las recreaciones de su persona, el premio de los buenos, el castigo de los malos y el repartir de las mercedes, puédelas el príncipe comunicar con un privado; pero las cosas de la guerra primero las deve averiguar con Dios que con otro ninguno, porque el príncipe nunca de sus enemigos avrá cumplida victoria si en las manos de Dios no pone primero su querella.

Los que aconsejan a los príncipes -hora sea en cosas de guerra, hora sea en cosas de paz- acuérdense desta palabra, y es que tales consejos le den quando estuvieren en su cámara, quales le darían si ellos se viessen a la muerte en la hora postrimera; porque en aquel último punto ninguno osa hablar con lisonja, ni menos encargar su conciencia. Quando se trata de guerra, deven pensar los que la tratan que, si vienen en rompimiento, ha de cargar sobre sus conciencias todo el daño; y que, si no tuvieren hazienda con que lo satisfazer, tienen una triste ánima que todo lo ha de pagar. Deven los hombres amar tanto la paz y deven tanto aborrescer la guerra, que sería yo de voto y parescer que el aparejo que haze en su conciencia un sacerdote para dezir missa, aquél deve hazer el que ha de votar en consejo de guerra. Los príncipes, como son hombres, no es maravilla que sientan las injurias como hombres y que las quieran vengar como hombres; pero para esso tienen personas prudentes en sus consejos, para que los desapassionen y les mitiguen los enojos; porque a los príncipes nunca sus consejeros les han de aconsejar tales cosas estando ayrados de las quales tengan razón de estar quexosos después de pacíficos.

Prosiguiendo nuestra jornada en contar los bienes que se pierden en perder la paz y los males que se recrescen en admitir la guerra, digo que entre otros males harto mal es que en tiempo de guerra se ponen a saco todas las virtudes y se ponen en almoneda todas las riquezas; porque regla general es que la hora que se comienza la guerra contra los enemigos, luego se cargan de vicios todos los vassallos. Todo el tiempo que los príncipes y grandes señores tienen guerra, aunque son señores de sus reynos por derecho, no por cierto lo son de hecho, pues en aquel tiempo más trabajan los señores por contentar a los vassallos que no los vassallos a los señores, y esto hazen ellos porque les ayuden contra sus enemigos y les empresten de sus dineros. O los príncipes se rigen por aquello a que la sensualidad los combida, o por aquello con que la razón se contenta. Si quieren seguir la razón, aún sóbrales mucho de lo que tienen; mas si quieren seguir su sensual apetito, no ay cosa con que se contenten; porque si es cosa impossible agotar la mar de agua, no es menos difícil satisfazer un corazón de todo lo que dessea.

Si los príncipes emprenden guerra con dezir que les tienen tomada su tierra y que dello tienen conciencia, miren que la tal conciencia no sea errónea; porque no ay guerra en el mundo tan justificada de la qual no salgan los príncipes con algún escrúpulo de conciencia. Si los príncipes emprenden la guerra no por más de por aumentar su estado y grandeza, digo que ésta es una vana esperanza; porque las más vezes tan estragados y tan perdidos quedan de una guerra, que tienen después que pagar toda su vida. Si los príncipes emprenden guerra por vengar alguna injuria, también hazerlo por esto es cosa

superflua; porque muchos van a las guerras injuriados de sola una cosa y después vienen injuriados y lastimados de muchas. Si los príncipes emprenden guerra no por más de por ganar honra, también me parece que es inútil conquista; porque no me parece a mí que es la fortuna persona tan abonada a que de sus manos se fíe la honra, la hazienda y la vida. Si los príncipes emprenden guerra por dexar de sí en los siglos futuros alguna memoria, no menos esto que lo otro me parece cosa vana; porque, miradas y examinadas las historias de los siglos passados, sin comparación son más los príncipes que por entrar en guerras quedaron infamados, que no los que por vencer batallas se hizieron famosos. Si los príncipes emprenden guerra por pensar que en la otra tierra ay más plazer y deleytes que no en la suya, digo que pensar esto procede de poca experiencia y menos conciencia; porque a un príncipe no le puede ser mayor vergüença ni conciencia que por tener él más vicios y passatiempos haga guerra a reynos estraños.

No se engañen los príncipes en pensar que ay en tierras estrañas muchas más cosas que ay en sus tierras propias, que al fin no ay tierra ni nación en el mundo do no ay invierno y verano, noche y día, sanos y enfermos, ricos y pobres, tristes y alegres, amigos y enemigos, vicios y virtudes, vivos y muertos. Finalmente digo que en todas las partes son todas las cosas unas si no son las inclinaciones de los hombres, que son diversas. Querría yo preguntar a los príncipes y grandes señores, los quales son y quieren ser muy regalados, qué les falta dentro de sus reynos, aunque los reynos sean pequeños. Si quieren caçar, tienen montañas; si quieren pescar, tienen ríos; si quieren passear, tienen riberas; si se quieren refrescar, tienen baños; si se quieren alegrar, tienen músicos; si se quieren vestir, tienen ricos paños; si quieren dar, tienen dineros; si se quieren aviciar, tienen mugeres; si se quieren desenojar, tienen huertas; si les fatiga el calor, tienen tierras frías; si les enoja el invierno, tienen tierras calientes; pues, si quieren comer, ¿es verdad que les falta manjares? El que con paz tiene todas estas cosas en su tierra propia, ¿por qué con guerra las quiere buscar en tierra ajena? Muchas vezes se mudan los hombres de una tierra a otra no por ser más limosneros o virtuosos, sino por tener más libertad y oportunidad para los vicios; y después sálenles tan al revés sus pensamientos, a que no se hartan de suspirar por lo que dexaron y de llorar por buscar lo que buscaron. Ay tan pocas cosas de que tomemos en este mundo contentamiento, que si por caso en alguna parte hallare alguno alguna cosa de que se contentar, guárdese no le engañe el demonio en dezir que en otra parte se podrá mejor fallar y recrear; porque doquiera y por doquiera que vamos ay tanta penuria de plazer y ay tanta opulencia de pesares, que para consolarnos en cien años apenas hallamos uno, y para atormentarnos hallamos mil a cada passo.

CAPÍTULO XIII

Do el auctor pone los provechos que se siguen de la paz, y de cómo muchos príncipes començaron por muy pequeñas ocasiones grandes guerras.

Dimo, rey muy antiguo que fue de Ponto, dixo a un philósopho que tenía consigo: «Dime, philósopho. Yo tengo salud, yo tengo honra, yo tengo riqueza, ¿por ventura ay más que dessear entre los hombres o ay más que pedir a los dioses en esta vida?» Respondióle el

philósopho: «Veo lo que nunca vi, y oyo lo que jamás leý; porque salud, riqueza y honra pocas veces los dioses las fían de una sola persona; y, si alguna vez concurren juntas en algunos, es tan breve el tiempo que las poseen, que más razón tienen de llorar porque se las quitaron, que no de alabarse porque las poseyeron. E dígoté más, rey Dimo: muy poco aprovecha que te ayan dado los dioses todas estas cosas si no te dan contentamiento con ellas, lo qual pienso yo que no te han dado ni aun te darán; porque son los dioses tan justos en el repartir, que a los que dan el contentamiento quitan la riqueza, y a los que dan la riqueza quitan el contentamiento.» Plutharco, en el primero de su *Política*, pone este exemplo, y no dize el nombre del philósopho.

¡O!, quán gran beneficio es el que haze Dios a los príncipes y grandes señores en darles salud, darles riquezas y darles honra; pero si con ellas no les dio contentamiento, digo que en dárselas les dio trabajo y peligro; porque si es mayor el trabajo del pobre que no el trabajo del rico, sin comparación es mayor el descontentamiento del rico que no el descontentamiento del pobre. De tener los hombres en poco la salud vienen a enfermar, de tener en poco las riquezas vienen a ser pobres, y de no saber qué cosa es honra vienen a ser desonrados. Quiero dezir que los príncipes descuydados hasta que son descalabrados en la guerra siempre tienen en poco la paz. El día que los príncipes mandáys pregonar guerra contra vuestros enemigos, aquel día days libertad a que sean malos todos vuestros vassallos; y si dezís que no es vuestra intención que sean malos, digo que es verdad, pero junto con esto les days ocasión a que no sean buenos.

Sepamos qué cosa es guerra, y por allí se verá si es bueno o si es malo andar en ella. En las guerras no se trata sino matar los hombres, robar los templos, saquear los pueblos, despojar los inocentes, libertar a los ladrones, deshermanar a los amigos y despertar a los sediciosos; las quales cosas todas no se pueden hazer sin gran detrimento de la justicia y sin gran escrúpulo de la consciencia. No nos pueden negar los hombres bulliciosos que, si dos príncipes emprenden entre sí guerra, dado caso que ambos tengan la querella, en solo uno ha de estar la verdadera justicia; de manera que el príncipe que impugnare lo justo o defendiere lo injusto no saldrá de aquella guerra justificado; no saliendo justificado, quedará condenado, y la condenación será que todos los daños, homicidios, incendios, fuerças y robos que se hizieren en la una y en la otra república, todo será a cuenta del que emprende guerra injusta. Y, si el tal príncipe no tuviere otro príncipe que se lo pida en esta vida, terná justo juez que se lo castigue en la otra. El príncipe que es virtuoso y presume de ser christiano, antes que comience la guerra deve considerar qué daño o qué provecho sacará della, en que, si no sale con aquella empresa, él pierde la hazienda y la honra; y, si sale con ella, dado caso que alcançó lo que desseava, por ventura su desseo era en detrimento de la república, y entonces no ha de querer que el desseo de uno se prefiera al provecho de todos. Quando Dios Nuestro Señor a los príncipes para príncipes crió, y la gente por sus señores los aceptó, es de creer que nunca Dios tal mandara, ni los hombres tal aceptarán, si pensaran que los príncipes avían de seguir no lo que eran obligados, sino a lo que eran inclinados; porque si los hombres siguen a lo que la sensualidad los inclina, siempre errarán; pero si se dexan gobernar por el ditamen de la razón, siempre acertarán. Ya que los príncipes no dexen de emprender guerra por el peligro de su conciencia, o por el daño de su hazienda, o por la pérdida de su honra, ¿no lo deven hazer por la obligación que tienen a su república, la qual son

obligados a conservar en paz y justicia?; porque nosotros no emos menester gobernadores que nos busquen enemigos, sino príncipes que entresaquen de nosotros a los malos.

El divino Platón, en el quarto libro *De legibus*, dize que le preguntó uno por qué engrandecía tanto a los lidos y reprehendía a los lacedemonios. Respondió Platón: «Si loo a los lidos, es porque nunca se ocuparon sino en labrar los campos; y si reprehendo a los lacedemonios, es porque nunca supieron sino conquistar reynos y pueblos. Y por esso digo que es más bienaventurado el reyno do los hombres tienen las manos llenas de callos de arar con la reja, que no do tienen los braços quebrantados de pelear con la lança.» Estas palabras que dixo Platón son muy verdaderas, y oxalá en las puertas o en los coraçones de los príncipes estuviessen escriptas. Plinio en una epístola dize que proverbio fue muy usado entre los griegos que aquél era rey que nunca vio rey. Por semejante podemos nosotros dezir que aquél sólo sabe gozar de la paz muy desseada el qual nunca supo qué cosa era guerra. Por insensato y inocente que sea uno, no avrá quien no juzgue por más bienaventurado al que emplea el paño en alimpiarse el sudor de la cara que no al que le rompe para tomar la sangre de la cabeça.

Los príncipes y grandes señores que son amigos de guerra deven considerar que no sólo hazen daño en general a todos, mas aun en especial le hazen a los buenos. Y la razón es que como éstos por su voluntad no pelean, no saquean, no alborotan y no matan, esles necessario comportar las injurias y sufrir sus daños y pérdidas; porque ya no son buenos para la guerra sino los hombres que tienen en poco la vida y en mucho menos la conciencia. Si las guerras fuessen solamente con los malos contra los malos y en daño de los malos, poco las sentirían los que presumen de buenos; pero ¡ay, dolor! que los buenos son los perseguidos, los buenos son los robados y los buenos son los muertos; porque, de otra manera, si fuessen como dixe malos contra malos, poco se nos daría que venciessen los unos, y muy menos que fuessen vencidos los otros.

Pregunto agora yo: ¿qué fama, qué honra, qué gloria, qué vitoria, ni qué riqueza se puede ganar en una guerra que no valgan más los buenos que murieron en ella? Ay en el mundo tanta penuria de buenos y ay tanta necesidad en las repúblicas dellos, que si fuesse possible con lágrimas de los sepulcros los avían de resucitar y no llevarlos a la guerra como a carnicería a morir. Plinio en una epístola y aún Séneca en otra epístola dizen que como rogassen a un capitán romano que con su ejército entrasse a un gran peligro, del qual peligro se le seguía a él mucha honra, aunque poco provecho a la república, respondió: «Por ninguna cosa yo entraría en esse peligro si no fuesse por dar la vida a un ciudadano romano; porque más quiero yo yr rodeado de muchos buenos a Roma que yr cargado de thesoros a mi casa.» Cotejando príncipe con príncipe, y ley contra ley, y christiano con pagano, sin comparación se ha de tener en más el ánima de un christiano que no la vida de un romano; porque el buen romano tenía por ley morir en la guerra, pero el buen christiano tiene por precepto de bivar en paz.

Suetonio Tranquilo, en el segundo *De Cesaribus*, dize que entre todos los príncipes romanos no uvo príncipe tan amado, ni aun en todas las guerras tan venturoso, como fue Augusto, y la razón desto es porque aquel buen príncipe jamás començó alguna guerra que no tuviesse muy gran ocasión para començarla. ¡O!, de cuántos príncipes no paganos

sino christianos de los quales hemos oydo y leydo todo lo contrario desto, es a saber: que fueron tan pródigos de su conciencia, que nunca emprendieron una guerra que fuese justa, a los quales yo juro y prometo que, si la guerra que acá hizieron fue injusta, la pena que allá tienen es justíssima. Xerses, rey de los persas, estando un día comiendo, truxéronle unos higos hermosos y sabrosos de la provincia de Athenas, el qual allí en la mesa hizo juramento por los dioses immortales y por los huessos de sus passados de no comer jamás higos de su tierra, sino de Athenas, do avía los mejores higos de Grecia. Lo que el rey Xerses juró de palabra, él lo cumplió por obra, en que luego se fue a conquistar toda la Grecia no más de por hartarse de los higos della, por manera que él inventó aquella guerra no sólo como príncipe liviano, mas como hombre goloso y vicioso. Dize Tito Livio que los galos, como gustaron el vino de Italia, luego tomaron las armas y fueron a conquistarla sin tener otra razón mayor ni menor de hazerles guerra, de manera que los franceses a troque del vino de Italia dieron su sangre propia. El rey Antígono soñó una noche que veía al rey Mitrídates con una hoz en la mano, el qual a manera de labrador segava a toda Italia, y cayóle tanto temor deste sueño al rey Antígono, que se determinó de matar al rey Mitrídates, de manera que este insensato rey por creer en un sueño liviano puso en armas a todo el mundo. Estando los longobardos en Pannonia, oyeron dezir que en Italia avía dulces fructas, sabrosas carnes, olorosos vinos, hermosas mugeres, buenos pescados, pocos fríos y templados calores, las quales nuevas no sólo los movió a las dessear, mas aun tomaron las armas para yr a Italia a conquistar; por manera que los longobardos no vinieron a Italia por vengarse de sus enemigos, sino por tener allí más vicios y regalos. Grandes tiempos passaron en los quales los carthaginenses y romanos fueron amigos, pero después que supieron aver en España grandes minas de oro y plata, luego se levantó entre ellos muy cruda guerra, de manera que aquellos dos generosos reynos por robar la hazienda ajena destruyeron a sus tierras propias. Son auctores de todo lo sobredicho Plutharco, Paulo Diácono, Beroso y Tito Livio. ¡O, secretos juyzios de Dios, que tal permites! ¡O, immensa bondad de ti, mi Señor, que tal sufres! ¿Cómo? ¿Y no ha de aver más sino que un príncipe por soñar un sueño en la cama, otro por robar los thesoros de España, otro por huyr los fríos de Ungría, otro por beber los vinos de Italia, otro por comer higos de Grecia; pusiessen a fuego y a sangre toda la tierra? No se encruelece mi pluma contra todos los príncipes que tienen guerras, sino contra aquéllos que tienen guerras injustas; porque, según dezía Trajano, más vale guerra justa que no paz fingida.

Loo, apruevo y engrandezco a los príncipes que son cuydadosos y animosos en conservar lo que les dexaron sus passados; porque, dado caso que sobre desapossessionarlos dello vengan con otros príncipes en rompimiento, quanto su enemigo ofende a la conciencia en lo tomar, tanto ofende él a su república en no lo defender. Mucho me satisfazen las palabras que el divino Platón dize en el quinto libro de sus *Leyes*, y son éstas: «No conviene que seamos estremados en loar a los que tienen paz, ni seamos descomedidos en reprehender a los que tienen guerra; porque ya puede ser que, si uno tiene guerra, sea con fin de alcançar paz; y, por contrario, si uno tiene paz, sea con fin de hazer guerra.» A la verdad dixo muy gran verdad Platón; porque más vale dessear breve guerra por larga paz, que no breve paz por larga guerra. Preguntado el filósofo Chilón en qué se conoscería un governador bueno o un governador malo, respondió: «No ay cosa en que un hombre bueno y un hombre malo se conozcan como es sobre lo que debaten; porque el príncipe

tirano muere por tomar lo ajeno, pero el príncipe virtuoso trabaja por defender lo suyo.» Quando el Redemptor del mundo se partió deste mundo, no dixo «la mi guerra os doy, la mi guerra os dexo», sino «la mi paz os dexo y la mi paz os doy», de do se sigue que el buen christiano más obligación tiene a conservar la paz que Christo tanto le encomienda, que no a inventar una guerra para vengar su injuria propia. Si los príncipes hiziessen lo que avían de fazer, y en este caso me quisiessen creer, por ninguna cosa temporal avían de consentir sangre humana derramar, si no fuesse por Aquél que por nosotros quiso su sangre en la Cruz offrescer; porque los buenos christianos tienen obligación de llorar por sus peccados, pero no tienen licencia de derramar sangre de sus enemigos. Finalmente digo, ruego, exorto y amonesto a todos los príncipes y grandes señores que por Aquél que es príncipe de paz amen la paz, procuren la paz, conserven la paz y bivan en paz; porque en la paz ellos serán ricos y sus pueblos bienaventurados.

CAPÍTULO XIV

Do comiença una carta de Marco Aurelio Emperador a Cornelio, su amigo, en la qual trata de los trabajos de la guerra y de la vanidad del triumpho. Es letra para los príncipes amigos de guerra y que se dan poco por la paz.

Marco, Emperador romano, a ti, Cornelio, su fiel amigo, salud a la persona y dichosa fortuna contra la adversa fortuna para ti y para sí a los immortales dioses demanda.

Dentro de quinze días que vine de la guerra de Asia, de la qual triumphé aquí en Roma, acordándome que fuese en los tiempos passados compañero de mis trabajos, embiéte luego a llamar por darte plazer de mis triumphos; porque los coraçones generosos más gozan del gozo de sus amigos que no de sus plazeres propios. Si tomaras trabajo de venir quando yo te embié a llamar, soy cierto que por una parte sintieras mucho plazer de ver la grandeza de riquezas que yo traía de Asia y ver el recibimiento que a mí me hazían en Roma, pero por otra parte no pudieras contener las lágrimas de ver tantos géneros de gentes captivas, los quales entravan delante los carros triumphales despojados y aherrojados para dar mayor gloria a los vencedores y que fuessen más afrentados los vencidos. Pocas vezes vemos hazer un día de sol muy claro al qual no aya precedido una gran ruciada en verano, o una muy fría elada en invierno. Quiero dezir por esta comparación que una de las infelicidades que tiene la felicidad umana es que muy pocos veremos en este mundo prósperos cuya prosperidad no proceda de aver sido otros infelices y malaventurados, en cuyas riquezas o oficios sucedieron éstos. De venir a ser unos muy pobres, alcançan a ser otros muy ricos; por ser éstos abatidos, vienen aquéllos a ser muy prosperados; de llorar mucho los unos, vienen a reír tanto los otros; de manera que si no decienden los arcaduzes altos vazíos que están en la anoria, no pueden subir los que están abaxo cargados de agua. Hablando, pues, según la sensualidad, holgaras de ver aquel día nuestro triumpho, en que por la abundancia de riquezas, por la muchedumbre de cativos, por la diversidad de los animales, por la grandeza de los capitanes, por la ferocidad de los ingenios que truximos de Asia y con que entramos en Roma, pudieras muy bien conocer los peligros que passamos en aquella guerra; porque (hablando la verdad) fue la cosa entre nosotros y los enemigos tan porfiada, que a mejor librar

escapamos los que escapamos los cuerpos con muy feroces heridas y quasi sin sangre traemos todas las venas. Hágote saber, mi Cornelio, que son gentes muy bellicosas los parthos, y en las cosas de guerra son determinados y osados, y, como se hallan en su tierra, de corazón defiende cada uno su casa; y, que digamos que no, ellos lo hazen de verdad como hombres cuerdos y capitanes valerosos; porque si nosotros, los romanos, a sin razón y con ambición ymos a tomar lo ajeno, muy justo es que ellos con razón y justicia defiendan lo suyo proprio.

Sobra de malicia y falta de cordura es tener ninguno al capitán romano embidia del triumpho que le da su madre Roma; porque sepan los que no saben que por solo un día que le da de gloria arriscó el triste mil vezes la vida. Pues callo lo que es más, conviene a saber: que todos los que el triste triumphador lleva a la guerra y quedan en Roma, todos son crudos juezes de su fama; porque el tal no es juzgado por lo que merece su persona, sino por lo que les enseña su embidia. Aunque me tienen por hombre sufrido, y aun no por muy desacordado, pero hágote saber, mi Cornelio, que no ay paciencia que lo sufra, ni avrá corazón que lo dissimule, ver a muchos romanos tener tanta embidia y aun burlar con la lengua de los triumphos ajenos, como sea verdad que ellos de puros covardes jamás osaron seguir los exércitos; porque ya antigua pestilencia es de los hombres malignos burlar y deshazer con malicia todo aquello que ellos no osaron emprender por pereza. Todo esto no bastante, conviene saber: poner en la guerra tantas vezes en peligro la vida y después estar por tantas lenguas la honra, es nuestra locura tan loca y la reputación de los hombres tan vana, que sólo por un dezir vano más que por ningún provecho nuestro holgamos enrriscar la honra con trabajo más que gozar la vida con descanso; porque los hombres vanos no más de porque otros hombres vanos hagan dellos memoria, ellos mismos se ofrecen a qualquier trabajo y pena.

Por los immortales dioses te juro, mi Cornelio, que, el día de mi triumpho, allí do yva en el carro triumphando, allí yva pensando quán desplomado está el juyzio de todos los deste siglo; porque, siendo amonestados, siendo compelidos y siendo llamados de la razón, aún no la queremos oír; y por contrario, siendo reprehendidos, siendo maltratados, siendo aborrecidos del mundo, lo queremos seguir y servir. Si yo no me engaño, prosperidad es de hombres locos y falta de buenos juezes querer entrar en casas ajenas por fuerça y no querer descansar en sus casas propias de grado. Quiero dezir que más fácilmente seguiríamos las virtudes y seríamos virtuosos, que yríamos en paz de los vicios y no seríamos viciosos; porque (fablando la verdad) los hombres que en todo y por todo quieren cumplir con el mundo, ellos se ofrecen a infinito trabajo y cuydado.

¡O, Roma, Roma, maldita sea tu locura y maldito sea el que crió en ti tanta sobervia! Y maldito sea de los hombres y aborrecido sea de los dioses el que inventó en ti esta pompa!, porque han sido muy pocos los que con verdad la han alcançado y han sido infinitos los que por ella se han perdido! ¿Qué mayor vanidad ni qué ygal liviandad puede ser que a un capitán romano porque conquistó los reynos, alteró los pacíficos, assoló las ciudades, allanó las fortalezas, robó a los pobres, enriqueció a los tyranos, agotó los thesoros, derramó muchas innocentes sangres, hizo a infinitas mugeres biudas y quitó a muchos nobles las vidas, y después en pago de todo este daño recíbele Roma con gran triumpho? ¿Pues quieres que te diga otra mayor locura, la qual es tal, que ninguna

otra con ella se yguala? Hágote saber que murieron infinitos en la guerra y llévase uno solo la gloria, por manera que aquellos tristes aún no merecieron para sus cuerpos sepultura y vasse un capitán triumphando solo por Roma.

Por los inmortales dioses te juro, y passe esto como entre amigos secreto, que el día de mi triumpho quando desde el carro triumphal yva mirando a los míseros captivos cargados de hierros, y contemplava los thesoros que traíamos robados que eran de muchos innocentes, y oya a las cuytadas biudas llorar por sus maridos, y me acordava de tantos nobles romanos que en Asia quedavan muertos; aunque mostrava plazer en lo público, yo llorava gotas de sangre en secreto; porque no es hombre de los que nacen en el mundo, sino una de las furias que residen en el infierno, el que del daño ajeno toma plazer proprio. No sé yo en qué possession me tenga al príncipe o capitán que viene de la guerra y pide y procura de entrar triumphando en Roma; porque si él piensa (como es razón que piense) las heridas que trae en su cuerpo, los thesoros que ha gastado, los lugares que ha quemado, los peligros que ha passado, los daños que ha rescebido, los muchos ombres que a sinrazón ha muerto, los amigos que ha perdido, los enemigos que ha cobrado, lo poco que del reposo ha gozado, lo mucho que a muchos es obligado; en tal caso diría yo que este tal devría ser recebido con sospiros y él entrar derramando lágrimas de los ojos. En este hecho del triumpho ni alabo a los assirios, ni tengo embidia a los persas, ni me satisfazen los macedonios, ni apruevo a los caldeos, ni me contentan los griegos, a los troyanos maldigo y a los carthaginenses condeno: en que no con zelo de justicia, sino con ravia de sobervia por ocasión de alcançar estos triumphos, a sus reynos pusieron en muchos trabajos y a nosotros dexaron ocasión de perdernos. ¡O, Roma maldita, maldita fueste, maldita eres y maldita serás!; porque si los hados no me mienten, y el juyzio no me engaña, y fortuna el clavo no hinca, verán de ti, Roma, en los siglos advenideros lo que vemos agora nosotros de los reynos passados, conviene a saber: que como te heziste con tyranía señora de señores, con justicia te tornen a ser sierva de siervos.

¡O!, Roma desdichada, y muy desdichada te torno a llamar; dime, yo te ruego: ¿por qué estás oy tan cara de cordura y tan barata de locura? ¿Dónde están tus antiguos padres que te fundaron y honraron, en cuyo lugar tienes agora tantos tyranos que te assuelan y te infaman? ¿Dónde están tantos buenos varones generosos y virtuosos como tú criaste, en cuyo lugar tienes agora tantos vicios y vagabundos? ¿Dónde están los que por tu libertad derramaron su sangre, en cuyo lugar sucedieron los que por sujetarte perdieron la vida? ¿Dónde están tus strenuos capitanes que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros de los enemigos, en cuyo lugar sucedieron los que te derrocaron los muros y te poblaron de vicios y viciosos? ¿Dónde están tus grandes sacerdotes, los quales siempre oravan en los templos y aplacavan a los dioses con sacrificios, en cuyo lugar han sucedido los que no saben sino violar los templos y con sus maldades indignar a los dioses? ¿Dónde están tantos philósophos y oradores que con sus consejos te governavan, en cuyo lugar aora han sucedido tantos simples y ignorantes que con sus malicias te pierden? Acabáronsete, ¡o! Roma, todos aquellos antiguos, y sucedimos los que agora somos modernos. Y si tú con verdad conocieras la virtud de aquéllos y adivinaras la poquedad de nosotros, el día que ellos acabaron la vida, aquel día no avía de quedar en ti piedra sobre piedra, y desta manera olieran aquellos campos a huessos de virtuosos, y no como agora, que hieden a cuerpos de hombres viciosos. ¿Por ventura eres tú más antigua

que Babilonia, más hermosa que Helia, más rica que Cartago, más fuerte que Troya, más poblada que Thebas, más cercada que Corintho, más deleytosa que Tyro, más fértil que Bizancio, más alta que Camena, más inexpugnable que Aquileya, más privilegiada que Gades, más torreada que Capua y más arriscada que Cantabria? Perecieron estas tan insignes y generosas ciudades, estando arreadas de tantas virtudes y guardándolas tantos virtuosos, ¿y esperas tú permanecer, estando apoderada de tantos vicios y poblada de tantos viciosos? ¡O!, madre mía Roma, ten una cosa por averiguada: que la gloria que agora es de ti fue primero dellas, y la destrucción que fue dellas será después de ti; porque desta manera va el mundo rodando, en que todos los trabajos que agora nosotros oýmos de los passados, dirán de nosotros los advenideros.

CAPÍTULO XV

Do Marco Aurelio prosigue su carta, y pone la orden que tenían los romanos en hazer la gente de guerra, y cómo es escandalosa cosa yr mugeres y sacerdotes a ella, y de los desafueros que hazen los capitanes y la otra gente de guerra.

Agora te quiero contar, amigo mío Cornelio, la orden que tenemos de hazer la gente de guerra, y por ella verás la gran desorden que ay en Roma; porque en los siglos passados no uvo cosa más mirada ni corregida que fue la militar disciplina, y por contrario no ay cosa aora más dissoluta que es nuestra gente de guerra. Derrámase, pues, por el Imperio la nueva cómo el príncipe emprende de nuevo una guerra. Luego se engendran muy varios pareceres en los pueblos, echando sobre la guerra diversos juyzios, en que unos dizen que es justa y el príncipe que la emprende es justo; otros dizen que es injusta y el príncipe que la haze es tyrano; los pobres y sediciosos apruévanla con fin de yr a robar bienes ajenos; los ricos y pacíficos condénanla por gozar de sus bienes propios; por manera que no justifican o condenan la guerra según zelo de justicia, sino según lo poco o mucho que se les seguirá de aquella empresa.

Mando yo, que soy Emperador romano, poner edicto de guerra a fin que se ha rebelado una ciudad o una provincia. Házense las cerimonias acostumbradas en Roma, conviene a saber: lo primero, llamar a los sacerdotes que vayan luego a orar a los inmortales dioses; porque jamás el Pueblo Romano salió de Roma a derramar sangre de sus enemigos sin que primero los sacerdotes derramassen lágrimas en los templos. Lo segundo, va todo el Sacro Senado al templo del dios Júpiter, y allí juran todos con solemníssimo juramento que si los enemigos contra quien van quisieren nueva confederación con Roma o pidieren perdón de la injuria hecha, que, pospuesta toda vengança, no les negarán la clemencia. Lo iii, el cónsul que está señalado por capitán de aquella guerra va al alto Capitolio, y allí haze un voto soleníssinmo a uno de los dioses (de quien él fuere más contento) que le ofrecerá una cierta cosa si buelve victorioso de aquella guerra; y, aunque la joya y promessa sea muy costosa, todo el pueblo se obliga a pagarla. Lo quarto es que ponen en el Campo Marcio la vanderá de la águila, que es la antigua insignia romana; y esto es para que se tengan por dicho todos los romanos que ningún espectáculo ni fiesta se ha de celebrar en Roma entretanto que sus hermanos están en la guerra. Lo quinto, súbese un pretor encima de la puerta Salaria, y allí toca la trompeta para hazer gente de guerra, y

sacan las vanderas para entregarlas a los capitanes; y es cosa espantosa de ver en que, assí como un capitán se apodera de la vadera, assí tiene licencia para cometer toda maldad y vileza, de manera que tiene por gentileza robar las tierras do passa y engañar a los con que trata.

Quánta licencia tengan de hazer mal y ser malos los que gobiernan la guerra, parece muy bien en los que traen en su compañía, ca los fijos dexan a sus padres; los siervos, a sus señores; los discípulos, a sus maestros; los oficiales, a sus officios; los sacerdotes, a los templos; los criados, a sus amos; y esto no por más de que, so color de las libertades de la guerra, no los pueda castigar ninguna justicia. ¡O!, Cornelio, amigo mío, no sé cómo comience a dezir esto que te quiero contar, conviene a saber: que nuestra gente de guerra, después que salen de Roma, ni tienen temor a los dioses, ni acatamiento a los templos, ni reverencia a los sacerdotes, ni a sus padres obediencia, ni a las gentes vergüença, ni temor a la justicia, ni compassión de la patria, ni memoria que son hijos de Roma, ni aún tampoco que se les ha de acabar la vida, sino que, pospuesta toda vergüença, aman el injusto ocio y aborrecen el justo trabajo. Pues oye, que aún más te diré. Y, por mucho que yo diga, es muy poco respecto de lo que ellos hazen, en que unos roban los templos y otros rebuelven ruydos; éstos quebrantan las puertas y aquéllos hurtan las ropas; quando prenden los libres, quando sueltan los presos; las noches passan en juegos, los días en blasphemias; oy pelean como leones, mañana huyen como covardes; unos se amotinan contra los capitanes y otros se passan a los enemigos; finalmente para todo lo bueno son inábiles y para todo lo malo se tienen por libres. Pues ¿qué te diré de sus torpedades, las quales aun he vergüença yo de escrevir las? Dexan sus mugeres proprias, llevan mugeres ajenas; a las hijas de buenos desonran y a las inocentes vírgines engañan; ni dexan vezina que no combidan ni huéspedada que no fuercen; deshazen el antiguo matrimonio y cada año buscan un casamiento nuevo; por manera que hazen todo lo que quieren y ninguna cosa de lo que deven.

¿Piensas agora tú, mi Cornelio, que pocos males se le siguen a Roma de yr tantas malas mugeres a la guerra?, ca por su causa los hombres ofenden a los dioses, son traydores a su patria, niegan su parentela, vienen a estrecha pobreza, viven con infamia, hurtan la hazienda ajena, gastan la suya propria, jamás tienen vida quieta, ni reyna verdad en su boca; finalmente por amor dellas muchas vezes se rebuelve la guerra y muchos buenos pierden la vida. Dexémonos de razones y vengamos a las hystorias. Bien sabes tú que la mayor parte de Asia más conquistada y enseñoreada fue de las mugeres amazonas que de ningunas otras gentes bárbaras. Aquel mancebo generoso y valeroso Poro, rey de la India, porque faltavan hombres y le sobrarian mugeres fue vencido del Magno Alexandro. Aníbal, monstruoso capitán de carthaginenses, tanto tiempo fue señor de Italia, quanto no consintió muger en la guerra; y, como se enamoró de una moça de Capua, luego le vieron las espaldas en Roma. Si Scipión Africano no alimpiara los reales romanos de luxuria, nunca la invencible Numancia fuera assolada. El capitán Sila en la guerra de Mithrídates y el animoso Mario en la guerra de los zimbros porque en sus exércitos no consintieron mugeres malas, por esso de los enemigos uvieron tantas victorias. En tiempo de Claudio Emperador, los tharentinos y capuanos estavan muy públicos enemigos, a tanto que los unos contra los otros sacaron en campo sus exércitos, y acaso un día en los reales de los capuanos rebolviéronse dos capitanes, sobre que tenían ambos con una muger públicos

amores; y, como los reales se perturbassen todos, dieron sobre ellos los tharentinos, de do se siguió que fue vencida Capua por ocasión de una muger perdida. Yo tuve en esta guerra de los parthos diez y seys mil de cavallo, y ochenta mil peones, y treynta y cinco mil mugeres; y fue en este caso tan grande la desorden, que desde la hueste uve de embiar a mi Faustina y a otros senadores a sus casas algunas mugeres que sirviessen a los viejos y criassen a los niños. Nuestros antepassados llevavan antiguamente mugeres a la guerra para guisar de comer a los sanos y curar de los heridos; pero agora llevámoslas para que tengan ocasión los covardes de afeminarse y los esforçados de aviciarse; porque al fin los enemigos assestan a la cabeça, pero las mugeres hieren al corazón.

Quiero que sepas otra cosa, mi Cornelio, y es que los galos, los vulcanos, los flámenes, los regios, los quales son sacerdotes de la madre Cibiles, del dios Vulcano, del dios Mars y del dios Júpiter, pospuesto el temor de sus dioses, dexando desiertos sus templos, desechando sus honestos hábitos, no se acordando de sus sanctos ritos, quebrantando sus estrechos votos; vanse infinitos dellos para los exércitos, do viven aun más deshonestos que otros; porque cosa es muy común los que en algún tiempo presumieron de retraýdos y vergonçosos, después que se perdieron venir a ser muy bulliciosos y desvergonçados. Cosa es desonesta y aun peligrosa traer sacerdotes en la guerra; porque su oficio es aplacar a los dioses con lágrimas y no indignar a los hombres con armas. Si acaso dixeren los príncipes que es bueno llevar sacerdotes a los exércitos para ofrescer a los dioses sacrificios, a esto respondo que los templos están dedicados para orar y los campos para pelear, por manera que en un lugar quieren los dioses ser temidos y en el otro honrados y sacrificados. En el año de la fundación de Roma de cccxv passó en Asia el cónsul Vietro, que yva contra los palestinos, los quales se avían rebelado contra los romanos, y de camino fuesse por el templo de Apolo en Delphos, y, como allí hiziesse al dios Apolo una oración muy larga porque le revelasse si bolvería de Asia con victoria, respondióle el oráculo: «Si quieres tú, ¡o! cónsul Vietro, bolver victorioso de tus enemigos, restituye los sacerdotes que llevas de nuestros templos; porque nosotros los dioses no queremos que los hombres que escogimos para solo nuestro servicio vosotros los llevéys a los bullicios del mundo.» Si es verdad, como es verdad, lo que Apolo dixo al cónsul Vietro, no me parece que es cosa justa consientan a los sacerdotes yrse perdidos a la guerra, que como tú sabes, mi Cornelio, sin comparación es muy mayor la ofensa que ellos fazen en yrse a perder que no el servicio que hazen a los príncipes en querer pelear.

Dexemos a los sacerdotes en sus templos para orar y veamos cómo los capitanes se suelen elegir, y en este caso hallarás que el día que a un patricio le señala por capitán el Senado, le pruevan si sabe jugar de armas en el amphiteatro, le lleva el cónsul al alto Capitolio consigo, le ponen el palio de la águila en los pechos, le echan la púrpura en los ombros, le dan del erario público dineros. Luego este tal crece en tanta sobervia, que, no acordándose de la pobreza passada, piensa a la buelta que buelva le harán emperador de Roma. Cosa es muy común que, quando a los hombres de baxo suelo la fortuna los sube en algún alto estado, es mucho lo que presumen, y muy poco lo que saben, y muy menos lo que valen, por manera que si sus flacas fuerças se yqualassen con sus altos pensamientos, uno solo abastaría para vencer a los enemigos y aun para ganar muchos reynos.

Han tomado agora una costumbre los capitanes en Roma, y dízenme que es invención de Mauritania, conviene a saber: que se entretexen la barba, herízanse los cabellos, entonan las palabras, mudan las vestiduras, acompañanse de homicianos, andan lo más del tiempo armados, trabajan por parecer hombres fieros; finalmente tienen en poco ser amados y tómales vanagloria de ser temidos. ¿Y sabes, mi Cornelio, quán temidos quieren ser?, que un día, estando en Pentápolin un capitán mío, yo le oyendo y él no me viendo, sobre que no le dexavan hazer todo lo que él quería en la posada, dixo a una huéspedea suya: «Vosotros, los villanos, aún no conocéys capitanes de exércitos. Pues sabe, si no lo sabes, madre, que jamás tiembla la tierra sino quando es amenazada de algún capitán de Roma, y nunca los dioses embían rayos sino do nosotros no somos obedescidos.» Pues has oýdo lo que dixo, oye el esfuerço que tuvo; y fue tal, que este capitán, dando yo una cruda batalla en Arabia, él sólo huyó y desamparó la vandera, el qual hecho, aviéndolo hecho a tal hora, por muy poco me hiziera perder la batalla, la qual acabada yo le hize cortar la cabeça; porque al punto del encontrar con los enemigos más daña uno que huye que aprovechan dos mil que acometan. Muchas vezes le oý yo al Emperador Trajano, mi señor, que los hombres que en tiempo de paz hazían mayores fieros, de hecho eran en la guerra mayores covardes. Acontece que muchas cosas se expiden por tener una buena eloqüencia, otro por darse buena maña, otro por poner gran diligencia, otro por abrir bien la bolsa. Y a la verdad, éste es el que más y mejor en Roma negocia; pero las cosas de las guerras y que de hecho han de llegar a las armas, no consisten en blasonar mucho delante los amigos en la plaça, sino en acometer a los enemigos en la batalla; que al fin fin los hombres muy verbosos por la mayor parte son descoraçonados.

¿Qué más quieres que te diga, mi Cornelio, de los agravios que hazen estos capitanes por las tierras do passan, y de los escándalos que levantan en las provincias do passan? Hágote saber que no haze tanto daño la carcoma a la madera, la polilla a las ropas, la centella a las estopas, la langosta a las miesses, ni el gorgojo a los graneros, como hazen los capitanes en los pueblos; porque ni dexan animal que no matan, ni huerta que no hurtan, ni vino que no beven, ni colmena que no catan, ni templo que no roban, ni caça que no corran, ni sedición que no levantan, ni vileza que no intenten. Pues más hazen, lo qual no se les devría consentir hazer, conviene a saber: que comen de gracia sin querer pagar, y no quieren servir sin ser muy bien pagados. Y lo peor de todo es que, si les pagan, luego lo baratan o juegan; si no les pagan, luego hurtan o se amotinan, por manera que con la pobreza andan descontentos y con la riqueza viven viciosos. Ha venido el [708] caso a tanto corrompimiento, y ay oy en Roma de la gente de guerra tan gran descuydo, que no parece cada capitán sino caudillo de homicianos, origen de sediciosos, émulo de buenos, despertador de todos los malos, cabeça de los ladrones, pirata de los cossarios; finalmente no digo que lo parecen, pero afirmo que son verdugos de virtuosos y buytrera de viciosos. No querría dezirlo, pero todavía lo avré de dezir, que es la burla tan burlada, y va la cosa tan perdida, que a estos malaventurados, aunque son nuestros amigos domésticos, ni ay príncipe que los enseñoree, ni justicia que los castigue, ni miedo que los reprima, ni ley que los sojuzgue, ni vergüença que los enfrene, ni pariente que los corrija, ni castigo que les abaste, ni aun muerte que los acabe; sino que ya como a hombres que no tienen remedio les dexamos comer de todo.

CAPÍTULO XVI

Do Marco Aurelio prosigue su carta, y llora y nunca acaba de exclamar por qué Roma tomó guerra con Asia, y de los grandes daños que se siguen en los pueblos de que sus príncipes toman guerras con reynos estraños.

¡O!, triste de ti, Roma, que no solía en ti aver esta malaventura, sino que quanto más te vas haziendo antigua, tanto te veo más desdichada; porque en las escripturas lo leemos, y aun con los ojos lo vemos, que quanto una ciudad o persona fue en los principios más fortunada, tanto en la vejez le es más contraria la fortuna. Por cierto en los tienpos antiguos y en aquellos siglos gloriosos (digo quando tú eras poblada de verdaderos romanos, y no como agora, que no tienes sino hijos espurios), tan disciplinadas eran las huestes que salían de ti, ¡o! Roma, como los philótophos y academias que estavan en Grecia. Si las escripturas griegas no me mienten, Philipo, el gran rey de Macedonia, por esso es tan nombrado en las hystorias, y su hijo, el Magno Alexandro, por esso fue tan venturoso en las guerras, porque tenían sus huestes tan corregidas, que más parecía Senado que regía que no campo que peleava. A lo que podemos colegir de Tito Livio y de los otros escriptores, desde el ditador Quinto Cincinato hasta el noble Marco Marcelo fueron los tiempos más prósperos que uvo en el Imperio Romano; porque de antes fatigáronla reyes, y después fue perseguida de tyranos. En aquellos tiempos tan felices, una de las mayores felicidades que tenía Roma era tener la disciplina militar muy corregida, y entonces Roma començó a descaer quando nuestros exércitos se començaron a dañar; porque si los de la guerra tienen treguas con los vicios, no podrán los de la república tener paz con las virtudes.

¡O!, maldita seas Asia, y maldito el día que contigo tomamos conquista; porque el bien que se nos ha seguido de ti hasta agora no le emos visto, y el daño que de ti nos vino para siempre en Roma será llorado. ¡O!, Asia maldita, gastamos en ti nuestros thesoros y tú empleaste en nosotros tus vicios; a troque de hombres fuertes, embiástenos tus regalos; expugnamos tus ciudades y tú triumphaste de nuestras virtudes; allanamos tus fortalezas y tú destruyste nuestras costumbres; triumphamos de tus reynos y tú degollaste a nuestros amigos; hezímoste cruda guerra y tú conquistástenos la buena paz; de fuerça tú fueste nuestra y de grado nos somos tuyos; injustos señores somos de tus riquezas y justos vassallos de tus vicios; finalmente eres, ¡o! Asia, un triste sepulcro de Roma, y tú, Roma, eres fétida sentina de Asia.

Pues nuestros antiguos padres se contentavan con Roma sola, ¿por qué nosotros, sus hijos, no nos contentaremos con Roma y Italia, sino que fuemos a conquistar a Asia, do aventuramos nuestra honra y gastamos toda nuestra riqueza? Si aquellos antiguos romanos, (siendo como eran varones tan heroycos en el vivir, y tan estremados en el pelear, y tan cuerdos en el mandar, y tan moderados en el tener) se contentavan con aquel poco término, ¿por qué nosotros, no siendo tales como ellos, no nos contentaremos con un reyno rico y vicioso? No sé yo qué locura nos tomó de yr a conquistar a Asia y no contentarnos con Roma, ca no estava Italia tan pobre de riquezas, ni tan despoblada de ciudades, ni tan huérphana de gentes, ni tan sola de ganados, ni tan inculta de bastimentos, ni tan seca de buenas fructas, que de todas estas cosas no teníamos más que

tuvieron nuestros padres, y aun que merecimos tener nosotros sus hijos. Para conmigo diría yo que es falta de juyzio o sobra de soberbia querer nosotros exceder a nuestros passados en señorío no yqualando con ellos en mérito.

De todas cosas estoy contento yo de mis antepassados, excepto que fueron un poco sobervios y bulliciosos, y en esto bien les parecemos sus hijos, en que no sólo somos sobervios y bulliciosos, mas aun cobdiciosos y maliciosos; por manera que en las cosas de virtud quedamos muy atrás, y en las obras no lícitas passámosles muy adelante. ¿Qué es de las grandes victorias que nuestros passados uvieron en Asia? ¿Qué es de la infinidad de oro que robaron en aquella tierra? ¿Qué es de la muchedumbre de captivos que captivaron en aquella guerra? ¿Qué es de la ferocidad de los animales que embiaron a Italia? ¿Qué son de las riquezas que cada uno truxo para su casa? ¿Qué son de los poderosos reyes que prendieron en aquella conquista? ¿Qué son de las fiestas y triumphos con que entraron triumphando en Roma? ¿Qué quieres que te diga, mi Cornelio, en este caso?, sino que todos los que inventaron la guerra son muertos, todos los que fueron a Asia son muertos, todos los que defendían aquella tierra son muertos, todos los que entraron triumphando en Roma son muertos; finalmente todas las riquezas y triumphos que nuestros padres truxeron de Asia, ellas y ellos al fin en breve tiempo uvieron fin, si no son los vicios y regalos de los cuales no vemos fin.

¡O!, si supiesen los príncipes cuerdos qué cosa es inventar guerras en reynos estraños, qué trabajos buscan a sus personas, qué cuydados a sus pensamientos, qué alborotos a sus vassallos, qué fin a sus thesoros, qué pobreza a sus amigos, qué placeres a sus enemigos, qué perdición para los buenos, qué libertad para los malos y qué dan que dezir a los estrangeros; finalmente siembran un universal daño en sus naturales reynos y dexan una mala ponçoña a sus erederos propios. A ley de bueno te juro, que si como yo lo siento lo sintiessen, y como yo lo gusto lo gustassen, y aun como yo lo he experimentado lo experimentassen, no digo yo que con derramamiento de sangre tomaría reynos por fuerça, pero aun ofreciéndomelos con lágrimas no los tomaría de balde; porque (hablando la verdad) no es de príncipes cuerdos no más de por substentar lo ageno, poner en peligro lo suyo proprio.

Pregunto agora yo: ¿qué provecho saca Roma de la conquista de Asia? Pongo caso que sea osada de conquistarla, sea poderosa en expugnarla, sea importuna en combatirla y sea dichosa en tomarla; ¿por ventura será fortunada en sustentarla? En este caso digo y afirmo, y de lo que digo no me arrepiento, que Asia es possible tomarla, pero es locura presumir de sustentarla. ¿No te parece suprema locura presumir de substentar a Asia, pues jamás nos viene nueva de una victoria que no sea víspera de otra batalla, y para substentar aquella guerra nos roban a toda Italia? En Asia se gastan nuestros dineros, en Asia perescen nuestros hijos, en Asia murieron nuestros padres, para Asia nos echan tributos, en Asia se consumen los buenos cavallos, a Asia llevan nuestros graneros, en Asia se crían todos los ladrones, de Asia nos vienen todos los bulliciosos, en Asia perecen todos los buenos, de Asia nos embían todos los vicios; finalmente en Asia se gastan todos nuestros thesoros y en Asia nos matan a todos los excellentes romanos. Pues si este es el servicio que Asia haze a Roma, ¿para qué quiere Roma continuar la guerra de Asia?

Otros príncipes primero que nosotros conquistaron a Asia, y tomaron a Asia, y poseyeron a Asia, pero al fin, como vieron que era tierra do ni temían a los dioses, ni conocían subjeción a príncipes, ni estaban atados a leyes ni fueros, acordaron de dexarlos; porque hallaron por experiencia que toda la gente de Asia ni con guerras les cansan los cuerpos, ni con beneficios les pueden ganar los coraçones. ¿No se atrevieron aquellos príncipes sustentar a Asia por tierra, y pensamos nosotros socorrerla por mar? ¿Desampararonla ellos, siendo vezinos, y queremos nosotros sustentarla de lexos? A mi parecer, Asia es una tierra do todos los cuerdos emplearon su cordura, do todos los locos probaron su locura, do todos los sobervios mostraron su sobervia, do todos los príncipes entraron con potencia, do todos los tyranos emplearon su vida; pero al fin fin ni aprovechó a los unos el querer, ni a los otros el saber, ni muy menos el poder. Yo no sé cuál es el hombre que esté bien con Asia, quiera bien a Asia, diga bien de Asia, ni favorezca las cosas de Asia, pues ella nos da ocasión a que tengamos que dezir cada día, tengamos que suspirar cada noche y tengamos que llorar cada hora. Si los hombres alcançassen el secreto de saber los hados en que criaron los dioses a Asia, no debatirían tanto en la conquista della; porque los dioses criaronla en tal signo para que fuesse un pasto común do todos pazcan, una plaça común do todos vendan, un hostel común do todos posen, un tablero común do todos jueguen, una casa común do todos moren, una patria común do todos quepan, y de aquí viene que Asia es desseada de muchos y es enseñoreada de pocos; porque, siendo como es común patria, quiere cada uno hazerla su tierra propria.

Por ventura pensarás tú, mi Cornelio, que he dicho ya todos los males de Asia. Pues oye, que agora de nuevo quiero formar una querella, ca según los daños que se le han seguido de Asia a nuestra madre Roma, faltará tiempo para escrevir, mas no materia que dezir. No sin lágrimas lo digo esto que quiero dezir, conviene a saber: que jamás capitán romano mató a diez mil asianos con las armas que llevó de Roma, que no perdiesse más de cien mil romanos con los vicios que truxo a Roma, de manera que ellos murieron a manos de sus enemigos con honra y a nosotros nos prostraron los vicios con infamia. Pregunto agora yo: ¿quáles fueron los que inventaron comer en los ausonios públicos, cenar en los huertos secretos, vestirse las mugeres como hombres en el teatro, enmascararse las caras los sacerdotes de Jano, ungirse los hombres como mugeres en el baño, yr oliendo los senadores al Senado, vestir púrpura los príncipes contra el decreto antiguo, comer dos veces al día como comía Dionisio el tyrano, tener muger y concubina como lo hazen los de Tyro, dezir tales blasfemias a los dioses quales jamás fueron oýdas en el Imperio? Estos diez vicios de Asia, Asia los embió presentados a Roma. En los tiempos que en aquellas partes de Oriente andava muy encendida la guerra, diez muy valerosos capitanes truxeron estos x vicios a Roma, y pèrdonales aquí los nombres de no querer nombrarles mi pluma, porque sus tan torpes culpas no obscurezcan sus claras hazañas. Antes que Roma tomasse conquista con Asia, éramos ricos, éramos pacíficos, éramos sobrios, éramos sabios, éramos honestos y, sobre todo, vivíamos contentos; pero después acá hémonos dado tan buena maña a olvidar la policía de Roma y a deprender los regalos de Asia, que assí pueden oy deprenderse todos los vicios en Roma, como oýr todas las sciencias en Grecia. Por lo sobredicho podrán ver todos los príncipes guerreros qué provecho sacan de conquistar reynos estraños.

Dexemos agora los vicios que en las guerras se cobran, de las virtudes y virtuosos que allí se pierden. Hablemos de los dineros, los cuales los príncipes tanto buscan y aman. Y en este caso digo que no ay rey ni reyno puesto en estremada pobreza, sino el que toma con reyno estrangero estremada conquista. ¡O!, mi Cornelio, ¿y tú no has visto cómo los príncipes más por voluntad que no por necesidad pierden sus thesoros, piden los agenos, no les abastan los suyos, toman los de los templos, buscan grandes empréstidos, inventan crudos tributos, dan que dezir a los estraños, enemístanse con los suyos; finalmente ruegan a sus vassallos y humíllanse a sus enemigos?

Pues te he dicho los daños de la guerra, quiérote agora dezir cuál es el origen de la guerra; porque es imposible que el médico aplique al paciente congrua medicina si no sabe de qué humor aquella enfermedad peca. Los príncipes, como nacieron de hombres, se criaron con hombres, se aconsejan con hombres y viven con hombres, y al fin al fin ellos son hombres, ora por sobervia que les sobra, hora por consejo que les falta, ymaginan ellos (y aun dízenles otros) que, aunque tienen mucho, respecto de otros príncipes pueden poco. Ítem les dizen que, si es grande su hazienda, ha de ser muy mayor su fama. Ítem les dizen que el buen príncipe en muy poco han de tener lo que eredó de sus padres respecto de lo mucho más que ha de dexar a sus hijos. Ítem les dizen que jamás príncipe dexó de sí buena memoria sino inventando una cruda guerra. Ítem les dizen que la hora que a uno eligen emperador de Roma libremente puede conquistar toda la tierra. Oýdas, pues, por los príncipes estas frívolas razones, como es baxa su fortuna y altos sus pensamientos, luego se declaran contra sus enemigos, luego abren sus tesoros, luego juntan grandes exércitos, y al fin de todo permiten los dioses que, pensando ellos de tomar lo ajeno, gastan y pierden lo suyo proprio.

¡O!, príncipes, no sé quién os engaña, que, pudiendo con paz ser ricos, queréys con guerra ser pobres. ¡O!, príncipes, no sé quién os engaña, que, deviendo y pudiendo ser amados, buscáys con que seáys aborrecidos. ¡O!, príncipes, no sé quién os engaña, que, pudiendo gozar de la vida segura, os cometéys a los baybenes de la fortuna. ¡O!, príncipes, no sé quién os engaña, en que tengáys en poco lo mucho vuestro y tengáys en mucho lo poco ajeno. ¡O!, príncipes, no sé quién os engaña, en que, teniendo todos necesidad de vosotros, vosotros os ponéys en necesidad de todos. Hágote saber, mi Cornelio, que por muy agudo y solícito que sea un príncipe más que todos los que le precedieron en Roma, es imposible que le sucedan prósperamente todas las cosas de la guerra; porque en lo más peligroso de la guerra o le faltan los dineros, o no le acuden los vassallos, o los tiempos le son contrarios, o halla passos peligrosos, o le faltan los bastimentos, o se le amotinan los capitanes, o viene socorro a sus contrarios; de manera que se vee el triste tan triste, que más guerra hazen a su coraçón los pensamientos, que no a su tierra los enemigos. Aunque un príncipe no tomasse guerra sino por no sufrir la gente de guerra, devría dexar qualquiera guerra. Pregúntote, mi Cornelio: ¿qué igual trabajo a su persona, o qué mayor daño a su reyno del rey pueden hazer sus enemigos, que sea igual ni mayor que el que hazen sus exércitos? Los enemigos, a lo más, roban la frontera, mas nuestros exércitos roban toda la tierra; a los enemigos osámoslos y podemoslos resistir, mas a los nuestros ni podemos, ni los osamos hablar; los enemigos, quando más más, saltean una vez al mes y vanse, mas los nuestros roban cada día y quédanse; los

enemigos tienen miedo a sus enemigos, pero los nuestros ni temen a sus enemigos, ni han piedad de sus amigos; los enemigos, cuanto más van, más aflojan y se desminuyen, pero los nuestros cuanto más van, más se encruelocen y crecen. Yo no sé qué más guerra que tener los príncipes en sus reynos gente de guerra; porque, según nos muestra la experiencia, éstos son delante los dioses muy culpados, a los príncipes importunos, a los pueblos enojosos, de manera que viven en daño de todos y sin provecho de ninguno. Por el dios Mars te juro, mi Cornelio, y así él en las batallas rija mi mano, que más quejas tengo en el Senado de los robos que hazen mis capitanes en el Illírico, que no de todos los enemigos del Pueblo Romano.

Por esto que digo, y por mucho más que me callo, yo tengo más temor de criar una vandra de cien hombres de guerra que dar a treynta mil hombres una cruda batalla; porque aquélla, bien o mal, en una hora la despacha ventura, mas con éstos no me puedo apoderar en toda mi vida. Dirásme tú, mi Cornelio, que, pues soy emperador romano, por qué no pongo en esto remedio, pues todo lo conozco y todo me es notorio; ca el príncipe que en dissimulación se passa la culpa ajena, con razón le condenaremos en que es ya suya propia. A esto respondo que yo no soy poderoso para poner en ello remedio sin que deste remedio no nasciese otro mayor daño. Y, como tú no has sido príncipe, no podrás caer en esto que digo; porque muchas cosas conocen los príncipes con su cordura, para el remedio de las quales ellos no tienen potencia. Así fue, así es y así será; así lo hallé, así lo tengo y así lo dexaré; así lo leí en los libros, así lo vi con mis ojos y así lo oí de mis passados; finalmente te digo que así lo inventaron nuestros padres, así lo sustentamos nosotros, sus hijos; y, por su mal, así lo dexaremos a nuestros erederos. Diréte una cosa, y imagino que no yerro mucho en ella; y es que, visto el mucho daño y ningún provecho que trae la gente de guerra a nuestra república, pienso que hazerla y sustentarla, o es locura de los hombres, o açote dado de los dioses; porque no puede ser cosa más justa que permitir los dioses que sintamos en nuestras casas propias lo que hazemos que otros lloren en casas ajenas.

Todas estas cosas te he escripto, mi Cornelio, no porque va nada en que las sepas, sino que descansa mi espíritu en dezértelas; porque, según dezía Alcibíades, las arcas y las entrañas siempre a los amigos han de estar abiertas. Panucio, mi secretario, va de mi parte a visitar essa tierra. Dile para ti de camino essa carta. Ay te embío dos cavallos; pienso que te contentarás dellos, porque son lusitanos. Las armas y riquezas que tomé a los parthos ya las tengo todas repartidas, pero todavía te embío dos carros dellas. Mi Faustina te saluda y te embía un espejo muy rico para tu hija y un joyel de pedrería para tu hermana. No más, sino que pido a los dioses a ti den buena vida y a mí buena muerte. Marco, el tuyo, escribe a ti, Cornelio, el suyo.

CAPÍTULO XVII

En el qual el auctor amonesta a los príncipes y grandes señores en que, quanto más les cargaren los años, tanto más son obligados a afloxar en los vicios.

Aulo Gelio, en el segundo libro *De noctibus acticis*, dice que fue costumbre entre los romanos antiguos de honrar y tener en gran veneración a los viejos, y era ésta tan inviolable ley entre ellos, en que ninguno que fuese generoso en sangre, ni que fuese poderoso en riquezas, ni que fuese venturoso en vencer batallas, podía preceder a los muy viejos ya cargados de canas, por manera que como a dioses los adoraban y como a sus padres los honraban. Entre otras, estas preeminencias tenían los viejos, es a saber: que en los combites ellos se assentaban en cabecera; en los triumphos ellos yvan delante; en los templos ellos se assentaban solos; en el Senado primero hablaban que todos; en el vestir ellos tenían los vestidos doblados; en el comer ellos solos podían cenar escondidos; en los testimonios sólo por su palabra avían de ser creydos. Finalmente digo que a los viejos en todas las cosas los servían y en ninguna cosa los enojavan.

Después que el Pueblo Romano emprendió guerra en Asia, luego afloxaron las buenas costumbres de Roma, y fue la ocasión desto que, como no tenían gente para sustentar la república a causa de la mucha gente que moría en la guerra, ordenaron los romanos que se casassen todos los mancebos, y todas las donzellas, y todas las biudas, y todos los biudos, y todos los libertos, y todos los esclavos; y que la honra que hasta allí se hazía a los viejos, dende en adelante se hiziesse a los hombres casados, aunque fuessen moços, por manera que el más honrado en Roma era no el que tenía muchos años, sino el que tenía muchos hijos. Esta ley se hizo poco antes del primero bello púnico, y llámase primero bello púnico la primera guerra que uvo entre Roma y Carthago. Duró esta costumbre de ser más honrados los casados que no los viejos hasta el Emperador Augusto, el qual fue tan enemigo de novedades, que renovó en Roma todos los muros de piedras nuevas y renovó en la república todas las buenas costumbres antiguas. Ligurgo ordenó en las leyes que dio a los lacedemonios que, quando passassen cabo los viejos, los moços hiziesen gran reverencia a los viejos; y ordenó que, doquiera que hablassen los viejos, fuessen obligados de callar los moços; y ordenó que, si por caso algún viejo perdiessse la hazienda y viniessse a extrema pobreza, que el tal pobre viejo fuesse sustentado de la república, y que en la tal sustentación se tuviesse respecto no sólo de socorrerle para sustentar, mas darle para se regalar.

Plutarco en su *Apothémata* cuenta que, andando Catón Censorino visitando los barrios de Roma, halló a un viejo a la puerta de su casa solloçando y de sus ojos muchas lágrimas llorando; y, preguntado por Catón cómo estava tan maltratado y por qué a la sazón estava tan lastimosamente llorando, respondióle el viejo:

«¡O!, Catón, los dioses consoladores te consuelen en toda angustia, pues te has hallado en poderme consolar en esta tan triste hora, que, como tú mejor que yo sabes, las consolaciones del corazón son como las melezinas del cuerpo, las cuales aplicadas en un tiempo sanan, y a las vezes usando dellas en otro tiempo dañan. Pues ves a mis manos enclaviiadas, a mis pies hinchados, a mi boca sin dientes, a mi cara arrugada, a mi barba blanca, a mi cabeça pelada; siendo como eres discreto, escusado sería preguntarme por qué lloro; porque los hombres ya de mi edad, aunque no lloren por lo poco que tienen, devrían siempre llorar y sospirar por lo mucho que viven. El hombre que está cargado de años, atormentado de enfermedades, perseguido de enemigos, olvidado de sus amigos, visitado de infortunios y rodeado de disfavor y pobreza; el tal yo no sé para qué quiere

larga vida, porque los dioses no ay cosa con que más se venguen de los vicios que cometimos, que es con darnos muchos y muy largos años. Si, como agora soy viejo, fuesse moço, y algún moço me hiziesse alguna injuria, por cierto yo no rogasse a los dioses que le diessen la muerte, sino que le alargassen la vida; porque al hombre que vive mucho lástima es oírle lo que ha passado. Sabe si no lo sabes, Catón, que yo tengo edad de setenta y siete años, y en este tiempo he enterrado a mi padre y a mi madre, y a una abuela, y a dos tías, y a cinco tíos. Después enterré a nueve hermanas y a onze hermanos; en pos dellos enterré a tres mugeres legítimas y a cinco esclavas que tuve por amigas. Enterré assimismo a quatorze hijos varones y a siete hijas casadas. No contenta con esto la muerte, enterré treynta y siete nietos y quinze nietas, y (lo que es más lastimoso de todo) enterré a dos amigos míos, uno que morava en Capua y otro que residía aquí en Roma, la muerte de los quales sentí más que toda la de mi casa y parentela; porque no ay en el mundo ygual pérdida con perder hombre al que de coraçón ama y dél es amado. Contentarse devieran los tristes hados con aver poblado a mi casa de tan grandes infortunios, sino que, después de todo y sobre todo, dexáronme un maldito nieto que me eredasse, y dexáronme a mí para que toda mi infelice vida llorasse. ¡O!, Catón, por lo que debes a bueno te ruego, y por los immortales dioses te conjuro que, pues eres romano virtuoso y eres censor del pueblo, proveas una de dos cosas, es a saber: que este mi nieto me sirva o des orden en que yo muy presto me muera; porque muy gran crueldad es que me persigan los que son vivos, pues ha quarenta y dos años que no hago sino llorar muertos.»

Informóse muy bien Catón de lo que el viejo se quexava y, como hallasse ser verdad lo que le dezía, llamado en su presencia el moço, díxole Catón esta palabra:

«Si fueras tú, hijo, el que avías de ser, a mí escusaras de pena y a ti de trabajo; mas, pues así es, ruégote que tengas en lo que te mandare paciencia, y sey cierto que no te mandaré cosa que no sea conforme a justicia; porque los moços viciosos como tú mayor vergüença han de tener por las mocedades que cometieron que no pena por la pena que por ellas les dieron. Mando lo primero que seas públicamente açotado, porque traes a tu abuelo roto y suzio. Mando lo segundo que de todos los confines de Roma seas desterrado, y esto porque eres moço vicioso. Mando lo tercero que seas de todos los bienes que eredaste deseredado porque no obedesces a tu abuelo; y la causa porque doy esta tan cruda sentencia es porque de aquí adelante no se atrevan los moços a desacatar y desobedescer a los viejos, y aun también porque no piensen los que eredaron muchos dineros les han de consentir sean más viciosos que otros.»

Phálaris, el tyrano, escribiendo a un amigo suyo que era viejo, dízele una palabra, la qual parece más de philósopho que no de tyrano, y es ésta: «Maravillado (y aun escandalizado) estoy de ti, amigo mío Verto, en saber como sé que en los años eres muy viejo y en las obras eres no poco moço; y, aunque me pena que ayas perdido el crédito de saber en la Academia, más me pesa en que por ti se perderá el privilegio que suelen tener los viejos en Grecia, conviene a saber: que todos los salteadores, todos los ladrones, todos los fementidos y todos los homicianos, más seguros estavan quando se asían de las canas de los viejos que no quando se acogían a las aras de los templos.» ¡O!, cuánta bondad, ¡o!, cuánta integridad, ¡o!, cuánta prudencia, ¡o!, cuánta cordura, ¡o!, cuánta innocencia

devían tener en sí antiguamente los hombres viejos, pues en Roma los honraban como a dioses y en Grecia se acogían a sus canas como a los templos.

Plinio, en una epístola que escribe a Fábato, dice que Pirro, rey de los epirotas, preguntó a un filósofo que traía consigo que cuál era la mejor ciudad del mundo. Respondió aquel filósofo: «La mejor ciudad de todo el mundo es Molerda, lugar que es de dozientos fuegos en Achaya, porque los muros todos son de piedras negras y los que la gobiernan tienen todos las cabeças blancas. (E dixo más.) ¡Ay de ti, Roma!, ¡ay de ti, Carthago!, ¡ay de ti, Numancia!, ¡ay de ti, Athenas!, ¡ay de ti, Egipto!; cinco ciudades que se tienen por las mejores del mundo, de cuya opinión yo soy contrario, porque en ellas se precian tener los muros muy blancos, y no han vergüença de tener en sus senados senadores moços.» Bien habló este filósofo, y pienso que ninguno dirá menos de lo que yo digo. Este nombre *senex* es nombre latino y quiere dezir viejo, y deste nombre *senex* descende este nombre senador, que assí se llamavan los que governavan a Roma; porque el primero rey que fue Rómulo eligió cien hombres viejos para gobernar la república y mandó que toda la otra juventud romana se empleasse en la guerra.

Pues emos dicho la honra que en los tiempos antiguos se hazía a los hombres antiguos, razón es de saber agora desde qué año en adelante contavan a los hombres ser viejos para que los honrassen por viejos; porque los dadores de las leyes, como establecieron las honras que a los viejos se avían de hazer, también ordenaron desde qué día y año avían de començar. Muchos de los filósofos antiguos pusieron seys edades, desde que el hombre nace hasta que el hombre muere, es a saber: puericia, que dura hasta los siete años; infancia, que dura hasta los dezisiete; juventud, que dura hasta los treynta; viril edad, que dura hasta los cincuenta y cinco años; senetud, que dura hasta los setenta y ocho; decrépita edad, que dura hasta la muerte; y desta manera llamavan a uno viejo desde que cumple los cincuenta y cinco años. Aulo Gelio, libro x, capítulo xxvii, dice que Tulio Hostilio, rey que fue de los romanos, acordó de contar todos los viejos y mancebos que avía en el pueblo, y sobre averiguar cuáles se llamarían infantes, y cuáles se llamarían moços, y cuáles se llamarían viejos, uvo no poca contienda entre los filósofos romanos. Finalmente determinóse por el rey y por el Senado que los hombres hasta los dezisiete años se llamassen infantes, y hasta los quarenta y seys se llamavan moços, y que desde los quarenta y siete se llamassen viejos.

Si queremos guardar la ley de los romanos, ya sabemos desde qué tiempo somos obligados de llamar y honrar a los hombres por viejos, mas junto con esto es razón que sepan los viejos a qué proezas y virtudes son obligados para que con razón y no con ficción sean servidos; porque (hablando la verdad) si cotejamos obligación con obligación, más obligación tienen los viejos a la virtud que no los mancebos a la servidumbre. No podemos negar que, de todos los estados, de todas las naciones, grandes y pequeños, viejos y moços, son obligados a ser virtuosos, pero en este caso más culpa ternían los unos que no los otros; porque muchas vezes el moço, si peca, es porque le falta experiencia, mas el viejo, si peca, es porque le sobró malicia. Séneca, en una epístola, dice estas palabras: «Hágote saber, Lucilo, amigo mío, que estoy muy enojado, estoy muy quexoso, y estólo no de algún amigo o enemigo, sino de mí mismo y no de otro. Y la razón que para esto tengo es que me veo en los años viejo y me siento en los

vicios moço, por manera que es muy poco lo que he servido a los dioses y es muy menos lo que he aprovechado en los hombres. (E dize más Séneca.) El que se precia de ser viejo y quiere por viejo ser honrado deve ser templado en el comer, honesto en el vestir, sobrio en el beber, atentado en el hablar, prudente en el aconsejar; finalmente deve ser muy paciente en los dolores que le combaten y muy limpio de los vicios que le tientan.» Digno es de mucha loa el gran Séneca en dezir tales palabras, pero mucho más lo serán los viejos si conforme a ellas hazen las obras; porque si de los contrarios vicios los viésemos apartados y de tales virtudes los viésemos compuestos, dexar los ýamos de servir y començarlos ýamos de adorar.

CAPÍTULO XVIII

En el qual el auctor amonesta a los príncipes y grandes señores a que después que llegaren a viejos sean templados en el comer, sean sobrios en el beber, sean honestos en el vestir y, sobre todo, que sean muy verdaderos en el hablar.

Conforme al cónsejo de Séneca, deven los viejos ser muy templados en el comer, lo qual les conviene a ellos hazer no sólo para la reputación de sus personas, mas aun para la conservación de sus vidas; porque los viejos voraces y golosos son perseguidos con enfermedades propias y son infamados con lenguas ajenas. Los hombres ancianos, digo los que son generosos y virtuosos, lo que han de comer ha de ser limpio, ha de ser bien adereçado y, sobre todo, que se les dé con sazón y tiempo; porque de otra manera el comer mucho y de muchas cosas a los moços házelos enfermar, mas a los viejos constríñelos a morir. Los moços, aunque coman no limpio, coman mucho, coman apressurado y coman hablando, no podemos menos hazer sino con ellos dissimular; mas los viejos que comen mucho, comen suzio, comen apressurado y comen parlando, de necessidad los emos de reprehender; porque los hombres honrados y ancianos con tanta gravedad han de estar a la mesa comiendo, como si estuviessen en un Consejo votando. No es mi intención de persuadir a los viejos flacos a que coman poco, sino de amonestarles que no coman más de lo necessario. No les quitamos comer cosas delicadas, sino que se guarden de las cosas superfluas. No les aconsejamos que dexen de comer teniendo necessidad, sino que huyan de toda curiosidad; porque a los hombres viejos, si les es lícito comer hasta hartar, no les es honesto comer hasta revessar.

Vergüença he de lo escrevir, pero más vergüença deven tener muchos hombres de lo hazer, y es que la hazienda que han ganado y la que de sus antepassados han eredado toda la han comido y bebido, de manera que ni han hecho una casa, ni han comprado una viña, ni aún han casado una hija; sino que, venidos a la vejez, las tristes hijas andan por mesones y ventas, y los pobres padres por hospitales y yglesias. Quando uno viene a pobreza porque se le quemó la casa, o se le hundió una nao, o se lo sacaron por pleyto, o lo gastó en competir con su enemigo, o le aconteció otro caso desastrado; parece que todo hombre es obligado a socorrerlo, y quebranta el coraçón en mirarlo; mas el hombre que lo gastó en sacar vestidos exquisitos, en buscar vinos muy preciados y en comer manjares muy costosos, en el tal diría yo que es muy bien empleada la pobreza que passa

y aun es digno de toda palabra injuriosa; porque entre los trabajos no ay otro yqual trabajo a ver hombre que él fue ocasión de padescerlo.

Ítem, según el consejo de Séneca, deven advertir los hombres ancianos en que no sólo sean templados en el comer, mas aun que sean sobrios en el beber, y esto assí para la conservación de su salud como para la reputación de su honestidad; porque, si los médicos antiguos no nos engañan, más se azedan y estragan los cuerpos umanos con lo demasiado que bevemos, que no con lo superfluo que comemos. Si yo dixesse a los viejos que no beviessen vino, podríanme dezir que no era consejo de christiano; mas, presupuesto que lo han de beber, y por ningún parescer lo han de dexar, amonéstolos, exórtolos y ruégolos que bevan poco, y lo que bevieren que sea templado; porque el demasiado y desordenado beber no torna a los moços sino borrachos, mas a los viejos tórnalos borrachos y locos. ¡O!, cuánto pierden de auctoridad y desminuyen de su gravedad los hombres honrados y ancianos que en el beber no son sobrios, lo qual parece verdad en que del hombre que está cargado de vino, aunque fuesse el más sabio del mundo, loco sería el que dél tomasse consejo.

Plutharco, en un libro que hizo *De fortuna romanorum*, dize que en el Senado de Roma dio grandes bozes un hombre anciano, diciendo que un mancebo le avía de tal manera deshonorado, que merescía por las injurias que le avía dicho ser muerto. Como fuesse llamado el moço para que diesse razón de lo que avía dicho, dixo:

«Padres Conscriptos, aunque os parezco moço, no soy tan moço que no conozco al padre deste viejo, el qual fue romano valeroso y algo pariente mío. Y, como vi que su padre ganó mucha hazienda y no poca honra, y esto en la guerra peleando; y vi que este pobre viejo la gastava toda comiendo y beviendo, díxele un día: 'Mucho me pesa, señor tío, de lo que oygo de tu honra en la plaça, y mucho más me pesa de lo que veo hazerse en tu casa, es a saber: que en la sala do se armavan cincuenta hombres en una hora, se estén agora emborrachando cien chocarreros cada día, y (lo que es peor) que, assí como tu padre a los que entravan en su casa les mostrava las vanderas que en la guerra avía ganado, assí agora tú a los que entran en tu casa les muestras cien tinajas de vino.' Mi tío se ha quejado de mí, en el qual caso a él, que es el quexoso, hago juez contra mí, que soy el acusado; mas plega a los immortales dioses que no mereciesse él más pena por sus obras que yo merezco por mis palabras; porque, si él fuera discreto, aceptara la corrección que yo le hize en secreto y no viniera a pregonar sus defectos en este Senado.»

Oýda por el Senado la querella del viejo y la excusa del moço, dieron por sentencia que al viejo quitassen la hazienda, y proveyéronle de un tutor para que governasse a él y a su casa; y, allende desto, mandaron al tutor que no le diesse a beber gota de vino, pues de borracho estava notado. Por cierto la sentencia que dio el Senado fue muy justa; porque el hombre viejo y que se toma de vino tanta necesidad tiene de un ayo como la tiene el niño, y tanta necesidad tiene de un tutor como la tiene un loco.

Laercio compuso un libro *De conviviis philosophorum* y cuenta algunos antiguos combites do se juntaron en uno a comer algunos grandes filósofos. Y, dado caso que los manjares eran muy simples, los combidados eran muy sabios, y la causa por que se

juntaban no era a fin de comer, sino para averiguar algunas graves doctrinas, sobre que tenían los filósofos entre sí algunas diferencias; porque en aquellos tiempos, como eran muchos los estoicos y muchos los peripatéticos, estaban entre sí los filósofos muy divisos. Quando los filósofos estaban así juntos comiendo, no por cierto se desmesuraban en el comer, ni se desmandaban en el beber, sino que se levantaba entre los maestros y los discípulos, y entre los moços y los viejos, una muy dulce porfía, es a saber: sobre cuál dellos diría algún secreto de filosofía o alguna profunda y grave sentencia. ¡O!, felices aquellos combites, y no menos felices los que allí eran combidados; mas ¡ay, dolor! que los que agora combidan y los que agora son combidados no son por cierto tales quales eran los antiguos; porque ya no se hazen combites de filósofos, sino de golosos; no para disputar, sino para murmurar; no para averiguar cosas dudosas, sino para tratar de vidas ajenas; no para confirmar amistades antiguas, sino para comenzar dissensiones nuevas; no para deprender alguna doctrina, sino para provar alguna golosina; y (lo que es peor de todo) que los viejos, si debaten sobre mesa con los moços, no es sobre quién dize más graves sentencias, sino sobre quién ha bebido más y más llenas las taças.

Paulo Diácono cuenta en la *Historia de los longobardos* que quatro longobardos viejos hizieron un combite en el qual se bevieron los unos a los otros los años, y era desta manera: desafiávanse a beber dos a dos, y contavan los años que cada uno avía, y el que conmigo competía avía de beber tantas vezes quantos años yo avía, y por semejante yo avía de beber los años que él avía. Y por lo menos el uno de los quatro combidados avía cincuenta y ocho años, y el segundo avía sessenta y tres, y el tercero avía ochenta y siete, y el quarto avía noventa y dos; de manera que no se sabe si lo que comieron en aquel combite fue mucho o poco, pero sabemos que el que menos bevió, bevió cincuenta y ocho vasos de vino. Desta tan mala costumbre vinieron los godos a hazer aquella ley que es de muchos leída y de pocos entendida, do dize: «Mandamos, so pena de la vida, que ningún viejo beva a otro los años estando a la mesa.» Y esto se hizo porque eran tan dados al vino, que más eran las vezes que bevían que no los bocados que comían. Los príncipes y grandes señores, ya que son ancianos, deven ser en el beber muy sobrios, pues quieren de los moços ser muy acatados; porque, hablando con verdad y aun con libertad, después que un viejo fuere del vino tomado, más necesidad tiene que de braço le lleve el moço a su casa, que no que le quite el bonete y le hable con reverencia.

Ítem deven tener los príncipes y grandes señores muy gran advertencia en que, después que llegaren a ser viejos, en los vestidos que truxeren no sean notados de moços; ca, dado caso que traer vestidura polida o curiosa no haga pobre ni rica a su república, no podemos negar que no haze mucho al caso para la reputación de su persona, porque la vanidad y curiosidad de los vestidos arguye gran liviandad de pensamientos. Según la variedad de las edades, así ha de ser la diversidad de las vestiduras, lo qual parece claro en que se visten de una manera las donzellas, las casadas se visten de otra, las biudas se visten de otra; y por semejante manera diría yo que una ha de ser la vestidura de los niños, otra la de los moços y otra la de los viejos, la qual ha de ser muy más honesta que todas; porque los hombres que tienen ya canas no se han de auctorizar con preciosas vestiduras, sino con obras muy virtuosas. Andar muy limpios, andar muy bien vestidos y andar bien acompañados, esto no lo prohibimos a los viejos, mayormente a los generosos y

valerosos; pero andar muy polidos, andar muy trepados, andar muy costosos, andar muy curiosos y, sobre todo, en la variedad de los vestidos ser estremados, perdónenme los viejos que esto no es oficio sino de moços locos; porque lo uno sabe a honestidad y lo otro pregona liviandad. Confusión es de dezirlo, pero mayor es hazerlo, es a saber: que muchos viejos de nuestro tiempo ponen no poca solicitud en escofiar las cabeças, en raparse las barbas, en buscar cabelleras ruvias, en traer joyeles a las gargantas, en sembrar de cabos de oro las gorras, en buscar invenciones de muchas medallas, en poblar los dedos de ricas sortijas, en andar perfumados con cosas olorosas, en buscar nuevos trajes de vestiduras; finalmente digo que, teniendo la cara toda arrugada, no pueden sufrir en su ropa ni sola una arruga.

Todos los historiadores antiguos acusan a Quinto Hortensio, el romano, en que todas las vezes que se vestía tenía un espejo delante su cara, y tan de espacio y tan por orden componía los pliegues de la ropa, como la muger compone los cabellos en la cabeça. Este Quinto Hortensio siendo cónsul, yendo un día por Roma, topóse con él otro cónsul en una calleja estrecha; y, como al passar del uno y del otro se le deshiziessen los pliegues de la ropa, quexóse en el Senado del otro cónsul como de quien le avía hecho gravíssima injuria, diziendo que merecía perder la vida. Auctor es de todo esto Macrobio en el iii libro de los *Saturnales*.

No sé si me engaño, mas podríamos dezir que toda la curiosidad que los viejos tienen en andar polidos, curiosos, costosos, ataviados, limpios y frescos, no es por más de por desmentir a la vejez y pretender de tener derecho a la mocedad. ¡Qué lástima es de ver a muchos hombres ancianos, los quales como higos se caen de maduros, y por otra parte es maravilla verlos cómo en la edad se hazen moços!; y en este caso digo que pluguiesse a Dios que les viésemos ahorrar de los vicios que tienen y no desmentir de los años que han. Ruego y exorto a los príncipes y grandes señores, a los quales Dios Nuestro Señor los quiso llegar a viejos, que no se afrenten ni se desprecien de ser viejos; porque (hablando la verdad) el hombre que no ha gana de parescer viejo, gana tiene de vivir en las liviandades de moço.

Ítem deven tener muy gran advertencia los hombres honrados en que, después que llegaren a viejos, no estén sus amigos sospechosos, sino que de amigos y enemigos sean tenidos por verdaderos; porque la mentira en boca de un moço no es más de mentira, pero en la boca de un viejo es una muy cruda blasfemia. Los príncipes y grandes señores, en especial después que llegaren a viejos, de una manera se han de aver en el dar y de otra en el hablar; porque los buenos príncipes las palabras han de vender por peso y las mercedes han de hazer sin medida. Muchas vezes se quexan los hombres ancianos, diziendo que los mancebos no quieren conversar con ellos, y a la verdad si en esto ay culpa, la culpa está en ellos mismos, y la razón desto es en que si se juntan alguna vez a conversar y passar tiempo, si acaso un viejo parlero toma la mano en el hablar, jamás por jamás sabe acabar, por manera que algunas vezes querría más un hombre discreto andar a pie seys leguas que escuchar a un viejo plático tres horas.

Si con tanta eficacia persuadimos a los viejos a que sean honestos en el vestir, no por cierto les daremos licencia que sean dissolutos en el hablar, pues va mucha diferencia de

notar a uno ser curioso en el vestir, o acusarle de ser malicioso en el hablar; porque traer vestiduras preciosas injuria a pocos, mas las palabras injuriosas lastiman a muchos. Macrobio, en el i libro sobre el *Sueño de Scipión*, cuenta de un filósofo llamado Chritón, el qual vivió ciento y cinco años, y hasta los cincuenta años fue muy travieso, mas después que vino a ser viejo fue tan recatado en el comer y beber, y fue tan avisado y limitado en el hablar, que jamás le vieron hazer cosa digna de ser reprehendida, ni jamás le oyeron palabra que no fuesse digna de ser notada. Conforme a este exemplo, bien daríamos a muchos licencia para que hasta los cincuenta años fuesen moços, con tal que dende en adelante se vistiessen como viejos, anduviessen como viejos, hablassen como viejos y se preciassen de ser viejos; mas ¡ay, dolor! que toda la primavera se les passa en flores y agraz, y después primero se caen en la sepultura de podridos que estén sazonados para cogerlos.

Quéxanse también los viejos que no toman su parecer los moços, y la escusa desto es ser ellos en sus pláticas muy pesados; porque si piden a un viejo su parecer en un caso, luego se comienza a entonar, y a dezir que en vida de tales y tales reyes y señores de buena memoria se fazia esto y se proveya esto otro, de manera que quando un moço les pide consejo de cómo se avrá con los vivos, comienza el viejo a contarle la vida de todos los muertos. La razón porque los viejos son amigos de hablar largo es que, como ya por la vejez no pueden ver, ni pueden andar, ni pueden comer, ni pueden dormir, querrían que todo el tiempo que aquellos miembros se ocupavan en hazer sus officios, todo le ocupasse la lengua en contar de los tiempos passados. Después de lo dicho, no sé más qué aya de dezir, sino que nos contentaríamos con que tuviessen los hombres viejos su carne tan castigada como tienen a su lengua de hablar martyrizada. Aunque en todo sea feo el mucho hablar y, junto con esto, sea escándalo no tratar verdad, mucho más se afea este vicio en los príncipes ancianos y en los otros señores generosos, los quales tienen por officio no sólo de tratar verdad, mucho más aun de castigar a los enemigos della; porque de otra manera los generosos y valerosos cavalleros no poco perderían de su auctoridad en que no vean en sus cabeças sino canas, y por otra parte no fallen en sus bocas sino mentiras.

CAPÍTULO XIX

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a Claudio y a Claudina, a los quales reprehende mucho porque, siendo viejos, bivían a manera de moços. Divide el auctor la carta en quatro capítulos, y es letra muy notable para reprehender a los hombres viejos que son viciosos y dissolutos.

Marco, Emperador romano, nascido en el monte Celio, a vosotros, marido y muger, Claudio y Claudina, vezinos y moradores de mi barrio, mucha salud vos embía y emienda en la vida vos dessea.

Estando como yo estoy en la conquista de Asia, y residiendo siempre vosotros en Roma, muy tarde sabemos de allá nuevas, y pienso que tan tarde llegan allá nuestras cartas; pero todavía a todos los que van doy para vosotros recomendaciones, y a todos los que vienen

pregunto por vuestra salud y personas. Cómo y cuánto soys de mi corazón bien queridos, no lo preguntéys a otros, sino a vuestros corazones propios; y, si vuestro corazón lo dize que soy amigo sospechoso, yo me doy por condenado. Si acaso os dize vuestro corazón que yo os amo, siendo verdad que os aborrezco; o si acaso dize que os aborrezco, siendo verdad que os amo; por cierto al tal corazón yo le sacarí de mis entrañas y le daría a comer a las bestias, porque no ay peor engaño que el que hombre haze a sí mismo. Si me engaña el estraño, dévolo dissimular; si me engaña el enemigo, téngolo de remediar; si me engaña mi amigo, dévome dél quejar; pero si me engaño yo a mí mismo, ¿con qué me he de consolar? Ca no ay paciencia que lo sufra, engañarse el corazón en una cosa sólo de no aver pensado [732] profundamente en ella. Por ventura me arguyréys que ni de allá tengo cuydado, ni letra ninguna os he escripto después de tanto tiempo. A esto respondo que no echéys la culpa a mi negligencia, sino a la gran distancia de tierras que ay de aquí a Roma, y aun a los muchos negocios de Asia; porque, entre otros, este mal tiene la guerra, que nos priva de la dulce conversación de la patria. Siempre presumí de ser vuestro, y agora de ninguno como de vosotros lo soy tanto; y, pues siempre supistes de mí lo que desseávades saber, halle yo en vosotros lo que me conviene hallar, que al fin a ningunos he visto tener tanto, valer tanto, saber tanto, ni ser en todo tan poderosos, que algún día no tuviessen necessidad de sus fieles amigos.

Dezía el divino Platón (y dezía bien) que el hombre que de corazón ama, ni en ausencia olvida, ni en presencia se descuyda; ni en la prosperidad se allega, ni en la adversidad se aparta; ni sirve por provecho, ni ama por interesse; finalmente, el caso de su amigo defiéndele como el suyo propio. Varias fueron las opiniones que tuvieron los antiguos en dezir para qué fin se tomavan los amigos, pero al fin resumiéronse que para tres cosas hemos de hazer elección dellos: lo primero, hemos de tener amigos para tratar y conversar con ellos, porque, según los sobresaltos desta vida, no ay tiempo tan dulcemente gastado como el que se gasta en conversación del buen amigo. Lo segundo, hemos de tener amigos para descubrirles todos nuestros pensamientos, porque muy gran alivio es al corazón triste contar a un amigo sus ansias y sentir que las siente el otro de veras. Lo tercero, hemos de buscar y elegir amigos para que nos ayuden a nuestros trabajos, porque poco aprovecha a mi corazón que oya con lágrimas el amigo lo que le digo y después por remediarme no dé un passo. Lo quarto, hemos de buscar y conservar los amigos para que sean protectores de nuestros bienes, y aun también que sean censores de nuestros males, porque el buen amigo no menos es obligado a apartarme de los vicios que me infaman, que librarme de los enemigos que me matan. Ha sido mi fin de dezir todo esto para que si en esta carta topáredes alguna palabra dessabrida, la toméys en paciencia, considerando que el amor que os tengo me incita a dezirlo y la fidelidad que os devo no me dexa callarlo, ca muchas cosas se han de sufrir a los amigos (aunque las digan de veras), una palabra de las quales no se ha de sufrir a otros (aunque las digan de burla).

Vengo, pues, a contar el caso, y plega a los inmortales dioses no sea más de lo que a mí me han dicho y sea menos de lo que yo sospecho. Gayo Furión, no poco pariente vuestro y muy mucho amigo mío, passando que passava al reyno de Palestina, vínome a ver aquí a Antiochía, y contóme muchas novedades de Italia y muchas nuevas de Roma; y entre las otras una más que todas encomendé a la memoria, la qual me echó muy gran risa de que la oy y no poca lástima después que en ella pensé. ¡O!, cuántas cosas luego tomamos

en burla las quales, después de bien rumiadas, nos acarrear mucha pena. Tenía el Emperador Adriano, mi señor, un truhán que avía nombre Belfo, mancebo gracioso y agudo, aunque muy malicioso, según los tales lo tienen en uso; y, como cenassen unos embaxadores de Germania con el Emperador en mucho regozijo y alegría, el truhán començó a dezir a cada uno de los que allí estavan una gracia embuelta en una malicia; y, conociendo Adriano que unos se demudavan, otros murmuravan y otros se corrían, dixo al truhán: «Amigo Belfo, por tu vida y mi servicio, que no digas alguna maliciosa burla en esta cena con que después, pensando en ella, tengamos mala noche en la cama.»

Díxome Gayo Furión tantos escándalos acontecidos en Italia, tantas novedades hechas en Roma, tantas mudanças de nuestro Senado, tantas renzillas de mis vezinos, tantas liviandades de vosotros entrambos, que yo me espanté de oýrlas y he vergüença de escribirlas. Y no es nada el dezir que me las dezía, sino ver con cuánto descuydo él me las contava, ymaginando que, como él lo dezía sin tomar pena, assí yo lo rescibía sin dárseme por ello cosa, como sea verdad que con cada palabra que me dezía, me tirava al coraçón una saeta; porque muchas vezes nos dizen algunos algunas cosas con descuydo las quales nos lastiman el coraçón en lo vivo. Al juyzio y opinión de todos, dízeme que estáys muy viejos; y al juyzio y parescer vuestro, tenéysos por muy moços. Y dizen más: que assí os vestís y componéys agora de nuevo, como si de nuevo viniéssedes agora al mundo. Y dizen más: que de ninguna cosa os mostráys tan enojados como quando os llaman viejos. Y dizen más: que en los theatros do se juegan los palios y en los campos do se corren los animales brutos, no soys vosotros los postreros. Y dizen más: que no se inventa juego ni liviandad en Roma que no se registre primero en vuestra casa. Finalmente dizen que assí os days a plazer, como quien nunca espera pesares.

¡O!, Claudio y Claudina, por el dios Júpiter os juro que yo he vergüença de vuestra desvergüença, y estoy afrentado de vuestra afrenta, y sobre todo estoy muy penado de vuestra mucha culpa; porque al tiempo que os avíades de alçar a vuestra mano, entrastes a soldada de nuevo con el mundo. Muchas cosas cometen los hombres, las quales, aunque al parescer son graves, la desculpa que dan dellas las haze leves, pero (hablando la verdad) a vuestras liviandades y culpas yo no hallo una razón con que las escuse y hallo dos mill por donde las condene. Dezía el philósofo Solón Solonino en sus leyes a los athenienses que, si el moço errasse, fuesse levemente amonestado y gravemente punido, pues era rezio; y el viejo, si errasse, fuesse levemente punido y gravemente amonestado, pues era flaco. Lo contrario desto dezía Ligurgo en sus leyes a los lacedemones, conviene a saber: que si el moço pecasse, fuesse levemente punido y gravemente amonestado, pues pecava por inocencia; y el hombre viejo que delinquía fuesse levemente amonestado y gravemente punido, pues pecó por malicia. Siendo como fueron de tanta auctoridad en aquellos siglos passados estos dos philósofos, y son de tanto peso sus leyes y sentencias, gran temeridad sería no admitir algunas dellas. Ni admitiendo lo uno, ni reprobando lo otro, es mi parescer que gran escusa es para los moços la ignorancia, y gran condenación para los viejos la esperiencia.

Torno otra vez a dezir que me perdonéys, amigos míos, y no lo devéys tener en mucho que no sea yo muy recatado en el hablar, pues no lo soys vosotros en el vivir, porque de vuestra negra vida toma la tinta mi péñola. Bien me acuerdo yo aver oýdo que tú,

Claudio, fuese assaz suelto y dispuesto quando moço; y tú, Claudina, fuese no poco graciosa y hermosa quando moça; de manera que a tus fuerças tenían embidia muchos y la hermosura de Claudina era desseada de todos. No quiero, amigos y vezinos míos, escriviros en esta letra, ni traéroslo a la memoria, si tú, Claudio, empleaste tus fuerças en servicio de la república, y si tú, Claudina, sacaste mucha honra de tu hermosura, ca los hombres de muchas gracias suelen ser notados de muy graves culpas. Aquéllos que contigo luchavan, ¡o! Claudio, ya son muertos; aquéllos que tú desafiavas ya son muertos; aquéllos que te servían, ¡o! Claudina, ya son muertos; aquéllos que delante ti sospiravan ya son muertos; aquéllos que por ti morían ya son muertos. Y, pues son muertos aquéllos y sus liviandades, ¿no pensáys que avéys de morir vosotros y vuestras locuras? Pregunto agora yo a la mocedad del uno y a la hermosura del otro: ¿qué tenéys de aquellos passatiempos?, ¿qué tenéys de aquellos regalos?, ¿qué tenéys de aquella abundancia?, ¿qué tenéys de aquel contentamiento?, ¿qué tenéys de los plazeres del mundo?, ¿qué tenéys de la vanidad passada?, ¿qué esperáys llevar de todo esto a la estrecha sepultura? ¡O!, bovos de vosotros y inocentes de nosotros, y cómo se nos passa la vida sin saber en ella vivir, ca no está la felicidad en tener corta o larga la vida, sino en saber bien emplearla. ¡O!, hijos de la tierra y discípulos de vanidad, ¿agora sabéys que buela el tiempo sin mover las alas, camina la vida sin alçar los pies, esgrime la fortuna sin mover los braços, despídese el mundo sin dezirnos cosa, engañannos los hombres sin mover los labrios, consúmese la carne sin que nadie lo sienta, muere el corazón sin llevar remedio; finalmente, pásase nuestra gloria como si nunca fuera y la muerte nos saltea sin llamar primero a la aldava? Por inocente que sea uno y por loco que sea otro, no podrá negar que es impossible en la profunda mar hazer huego, en los riscos muy altos hazer camino, de las sangres delicadas hazer nervios, de las venas muy blandas hazer huessos. Quiero dezir que tan possible es para mí que la flor muy verde de la juventud no se torne algún día marchita con la vejez.

CAPÍTULO XX

En el qual el Emperador prosigue su carta y persuade a Claudio y Claudina que, pues son ya viejos, no deven creer al mundo, ni a sus regalos.

Esto que agora he dicho más aprovecha para avisar a los moços que no para doctrinar a los viejos; porque vosotros ya avéys passado la primavera de la puericia, y el estío de la juventud, y el otoño de la viril edad, y agora estáys en el invierno de la vejez, do parece muy mal la cabeça nevada de canas traerla como moço llena de locura. Los moços, como no saben que se les ha de acabar la mocedad, no es maravilla que sigan al mundo; pero los viejos, que se veen ya deste engaño desengañados, ¿por qué de nuevo se van en pos de los vicios? ¡O, mundo, y cómo eres mundo! Es tan poca nuestra fuerça, y tan grande nuestra flaqueza, que tú lo queriendo y nosotros no lo resistiendo, en el golfo más peligroso nos engolfas, en las breñas más espessas nos emboscas, por las sendas más cerradas nos descaminas y por los caminos más pedregosos nos adiestras. Quiero dezir que en los riscos de mayores favores nos enrricas, porque de allí con un puntapié después nos despeñes. ¡O! mundo, en el qual todo es mundo, cincuenta y dos años ha que en tí nascí, en los quales todos nunca me dixiste una verdad y tométe en diez mill

mentiras; nunca cosa te pedí que no me la prometieses; nunca cosa me prometiste que jamás tú me la diesses; nunca contigo traté que no me engañasses; jamás a ti me allegué que no me perdiessse; finalmente nunca vi en ti cosa porque te oviessse de amar y todo quanto en ti vía era digno de aborrescer. Esto presupuesto, no sé qué ay en ti, ¡o! mundo, o qué falta en nosotros tus mundanos, que si nos aborresces, no te sabemos aborrescer; si nos riñes, sabemoslo dissimular; si nos das de coces, queremoslo sufrir; si nos das de palos, queremoslo callar; aunque nos persigues, no nos queremos quejar; aunque nos tomas lo nuestro, no te lo queremos pedir; aunque nos engañas, no nos queremos a engaño llamar; y (lo peor de todo) que nos despides de tu casa y nosotros no nos queremos yr della. No sé qué se es esto, no sé de dó procede esto, no sé en qué ha de parar esto, que al mundo que no nos quiere seguimos, y a los dioses que nos aman aborrecemos. Muchas vezes hago cuenta con mis años del tiempo passado, otras vezes rebuelvo mis libros para ver lo que he leýdo, y aun otras vezes ruego a mis amigos me den algún buen consejo, y no es para más de alcançar lo que he dicho y saber esto que quiero dezir.

Estando yo leyendo en Rodas rethórica; teniéndome allí Adriano, mi señor; siendo que era de edad de treynta y dos años; mi carne juvenil, no menos flaca que tierna, acontecióle que, puesta en aquella primavera, hallóse en soledad, y la soledad con la libertad olieron al mundo; y, oliendo, sentíle; y, sentiéndole, seguíle; y, siguiéndole, alcancéle; y, alcançándole, asíle; y, asiéndole, provéle; y, provándole, gustéle; y, gustándole, amargóme; y, amargándome, aborrescíle; y, aborresciéndole, dexéle; y, dexándole, tornóse; y, tornándose, rescibíle; finalmente el mundo me combidando y yo no le resistiendo, cincuenta y dos años de un pan hemos comido y en una casa hemos morado. ¿Queréys saber de qué manera el mundo y yo en una casa vivíamos o, por mejor dezir, en un coraçón morávamos? Pues oýd, que en una palabra lo diré. Quando yo al mundo veía bravo, servíale; quando él me veía triste, regalávame; quando yo le veía próspero, pedíale; quando él me veía alegre, engañávame; quando yo desseava una cosa, ayudávamela a alcançar; después, al mejor tiempo que la gozava, tornávamela a quitar; quando me veía descontento, visitávame; quando me veía contento, olvidávame; quando me veía abatido, dávame la mano para subir; y quando me veía alto, echávame un traspíe para caer; finalmente, quando pienso que tengo algo en el mundo, hallo que todo lo que él tiene es un sueño.

Si es algo lo que he dicho del mundo, mucho más es lo que quiero dezir de mí, y es que sin comparación es muy mayor mi locura que no su malicia; porque, siendo yo tantas vezes engañado, me ando en pos del engañador. ¡O! mundo, mundo, tienes tanto tino en tus desatinos, que nos traes a todos desatinados. De una cosa estoy maravillado, y que a mí mismo no puedo tomar tino, y es que sin interesse ninguno que nos vaya, pudiendo yr por la puente, arrodamos por el vado; estando el vado seguro, nos aventuramos yr por el golfo; estando el camino seco, nos ymos por los trampales; teniendo manjares de vida, buscamos ponçoña de muerte; holgamos de nos perder, pudiendo bien acertar; finalmente digo que sin interesse cometemos la culpa, viendo con ella venir la pena.

Muy gran vigilancia deven tener los hombres cuerdos en ver lo que hazen, desaminar lo que dizen, tentar lo que emprenden, mirar a quién se allegan y, sobre todo, conoscer de

quién se fían; porque es de tan baxo saber nuestro juyzio, que para engañarnos basta uno y para desengañarnos no pueden con nosotros diez mill. Tienen tan gran cuydado de nosotros, digo el mundo de engañarnos y la carne de regalarnos, que, siendo como es el camino estrecho, la senda fragosa, la jornada larga y la vida corta, jamás están nuestros cuerpos sino cargados de vicios y nuestros coraçones sino llenos de cuydados. De muchas cosas en este mundo me he espantado, pero de la que más me he escandalizado es que, siendo los otros buenos, les hazemos encreyente que son malos; y, siendo nosotros malos, queremos persuadir a los otros crean que somos buenos, y sólo porque nos tengan por buenos, assestamos al blanco de las virtudes y desarmamos en el terrero de los vicios.

Quiero confessar una cosa, la qual descubierta sé que a mí se me seguyrá infamia, pero por ventura algún hombre cuerdo tomará aviso della, y es ésta. En cincuenta y dos años de mi vida, yo he querido provar todos los vicios desta vida, no por más de por provar si ay en qué se satisfaga la malicia humana. Y, después de todo mirado, después de todo pisado y después de todo provado, hallo que quanto más como, más me muero de hambre; quanto más bevo, tengo más sed; quanto más huelgo, me siento más quebrantado; quanto más duermo, estoy más desvelado; quanto más tengo, me veo más cobdicioso; quanto más desseo, más me atormento; quanto más procuro, menos alcanço; finalmente, jamás tanto pené por cosa, que después de alcançada no me empalagasse y luego de otra apetito no tuviesse. Suprema demencia es pensar ninguno que mientras vive en la carne ha de satisfacer a la carne; porque al fin poder podrá ella quitarnos la vida, mas nosotros no a ella su desordenada cobdicia. Si los hombres hablassen con los dioses, o los dioses comunicassen con los hombres, la primera cosa que les preguntaría es por qué hizieron finitos a nuestros tristes días y infinitos a nuestros malos desseos. ¡O!, crueles dioses, ¿qué es esto que hazéys, o qué es esto que permitís? ¿Ha de ser verdad que nunca hemos de passar ni solo un día bueno de vida, sino que en gustaduras desto y de aquello se nos ha de passar la vida? ¡O! intollerable vida humana, en la qual ay tantas malicias de que nos guardar, y tantos peligros de tropeçar, y aun tantas cosas en nosotros de considerar, que entonces a ella y a nosotros nos acabamos de conocer quando se llega ya la hora de avernos de morir.

Sepan los que no lo saben que el mundo toma nuestro querer, y nosotros de bovos no se le queremos negar; y, después de apoderado en nuestro querer, constríñenos a que queramos el nuestro no querer, por manera que muchas vezes querríamos hazer algunas obras virtuosas, y por avernos ya dexado en manos del mundo no osamos hazerlas. Usa de otra cautela el mundo, y es que a fin que no nos resabíamos con él, loa que loemos el tiempo passado, con tal condición que vivamos según el tiempo presente. E dize más el mundo, que, si nosotros empleamos las fuerças en sus vicios, él nos da licencia que de las virtudes tengamos buenos desseos. ¡O!, si lo viesse yo en mis días que la solicitud que pone el mundo en conservar a sus mundanos, pusiessen los mundanos en apartarse de sus vicios, yo juro que los dioses tuviessen más siervos, y el mundo y la carne no tuviessen tantos esclavos.

CAPÍTULO XXI

En el qual el Emperador Marco Aurelio prosigue su plática, y prueba por muy buenas razones que, pues los viejos quieren ser servidos y honrados de los moços, deven ser más honestos y virtuosos que ellos.

Todo lo sobredicho lo he dicho por ocasión de ti, Claudio, y de ti, Claudina, los quales dos, quando de setenta años no queréys salir de la cárcel del mundo, do tenéys ya los miembros podridos, ¿qué esperança ternemos de los moços que no han sino xxv años? Si no me engaña mi memoria, quando yo allá estava, ya teníades nietos casados, y visnietos desposados, y aun choznos nascidos. Y, pues esto es verdad, paréceme a mí que, espremido el razimo, no es sino para los animales el borujo; cogida la fructa, de ningún valor es la hoja; después de llevada la prensa, mal puede moler el molino. Quiero dezir que el hombre ya muy viejo dévese tener por afrentado de vivir tanto en el mundo. No penséys, amigos, que se sufre tener la casa llena de nietos y dezir a los otros que han pocos años; porque en cargando el árbol de fructas, luego las flores se caen o se tornan marchitas. Estado he pensando entre mí qué es lo que vosotros podíades aver hecho para que paresciéssedes moços y acortássedes los años, y no sé otra razón sino que quando casastes a Lamberta, vuestra hija, con Drusio, y a vuestra nieta, Sophía la hermosa, con Tuscidano, los quales todos eran tan moços, que apenas las moças avían xv años ni los moços xx, como a vosotros sus abuelos os sobraba edad y os faltavan dineros, imagino que les distes cada xx años de los vuestros en lugar de los dineros del dote. Podíase desto colegir que os quedastes con los dineros de los nietos y sacudistes de vosotros los años propios. Mucho quisiera, amigos míos, como oý dezir que fuestes moços y muy moços, veros con mis ojos viejos y muy viejos, no digo en la edad que os sobra, sino en el seso que os falta. ¡O!, Claudio y Claudina, notad, notad esto que os quiero dezir, y siempre en la memoria lo devéys de tener. Yo os hago saber que sustentar la mocedad, desfazer la vejez, vivir contentos, esentarnos de trabajos, alargar la vida y oxear la muerte; estas cosas no son en manos de los hombres que las dessean, sino en manos de los que las dan, los quales según su justicia, y no nuestra cobdicia, nos dan la vida por peso y la muerte sin medida.

Una cosa hazen los viejos, la qual es causa de escandalizar a muchos, y es que quieren ellos primero hablar en los consejos; quieren de los moços ser más servidos; quieren en los conbites los primeros assentamientos; quieren en todo lo que dizen ser siempre creýdos; quieren en los templos estar más altos que otros; en el repartir de los officios quieren ellos los más honrados; en cosa que ellos votan no quieren ser contradichos; finalmente quieren tener el crédito de viejos y hazer la vida de moços. Todas estas preeminencias y privilegios justo y justíssimo es que las tengan los viejos, los quales desde muchos tiempos en servicio de la república han empleado sus años; pero junto con esto, avísoles y requiéroles que la auctoridad que les dan sus canas no la desmerezcan por sus malas obras. ¿Por ventura será cosa justa que el moço humilde y honesto reverencie al viejo indómito y sobervio? ¿Por ventura será cosa justa que el moço benívolo y amoroso reverencie al viejo embidioso y malicioso? ¿Por ventura será cosa justa que el moço cuerdo y sufrido reverencie al viejo impaciente y loco? ¿Por ventura será cosa justa que el moço liberal y magnánimo reverencie al viejo escasso y codicioso? ¿Por ventura será cosa justa que el moço solícito y cuydadoso reverencie al viejo descuydado y

perezoso? ¿Por ventura será cosa justa que el moço abstigente y sobrio reverencie al viejo goloso y regalado? ¿Por ventura será cosa justa que el moço continente y casto reverencie al viejo luxurioso y dissoluto? No me parecen a mí que estas cosas son para que por ellas merezcan ser honrados, sino reprehendidos y castigados; porque los viejos más pecan en el mal exemplo que dan que no en la culpa que cometen.

No me podrás tú negar, Claudio, amigo mío, que avrá treynta y tres años que, estando ambos en el teatro mirando un espectáculo, como viniesses tarde y no hallasses assentamiento, dexiste a mí, que estava assentado: «Levántate, Marco, hijo, que, pues tú eres moço, justo es des el lugar a mí, que soy viejo.» Si es verdad que ha treynta y tres años que querías ya lugar en los theatros como viejo, dime -yo te ruego, y aun conjuro: ¿con qué unguento te has untado, o con qué agua te has lavado, para remoçarte y tornarte moço? ¡O!, si tú, Claudio, uviesses hallado alguna medicina o descubierto alguna yerva con la qual a los hombres quitasses las canas de la cabeça y a las mugeres quitasses las arrugas de la cara, yo te juro, y aun asseguro, que tú fuesses más visitado y servido en Roma que no lo es el templo de Apolo en Asia. Bien te acordarás tú de Annio Prisco el viejo, vezino que era nuestro y algo pariente tuyo, el qual, como yo le dixesse un día que no me hartava de oír sus buenas palabras y de mirar sus ancianas canas, díxome él: «¡O!, Marco, hijo, bien parece que no has sido viejo, y por esso hablas como moço, ca las canas, si honran a la persona, lastiman mucho al corazón; porque la hora que nos veen viejos los estraños nos aborrecen y los nuestros no nos aman. (E díxome más.) Hágote saber, hijo Marco, que muchas vezes mi muger y yo hablamos en particular coloquio de los años que ha cada uno, y como ella me mira tanto y le parezco tan viejo, dígole y júrole que aun soy moço; porque las canas me han venido por erencia y la vejez por dolencia.» Acuérdome también que a este Annio Prisco le cupo de ser senador un año, y, como le pesasse mucho de parecer viejo y en extremo trabajasse de que le tuviessen por moço, acordó de raparse la barba y la cabeça a navaja, lo qual era muy prohibido a los censores y senadores de Roma; y, como entrasse un día con los otros senadores en el alto Capitolio, dixéronle: «Di, hombre: ¿de dónde eres?, ¿qué quieres?, ¿a qué vienes? y ¿cómo has sido osado, no siendo senador, de entrar en este Senado?» Respondió él: «Yo soy Annio Prisco el viejo. ¿Qué es esto, que agora me avéys desconocido?» Replicáronle ellos: «Si tú fuesses Annio Prisco, no vernías assí rapado, ca en este Sacro Senado no puede ninguno entrar a gobernar la república si no fuere honestíssima su persona y truxere cubierta de canas la cabeça. Y tú desde agora te ten por desterrado y por privado del oficio; porque los viejos que viven como moços, como moços han de ser castigados.» Bien sabes tú, Claudio, y Claudina, que esto que he dicho no es ficción de Homero, ni fábula de Ovidio, sino que vosotros le vistes con vuestros ojos y yo le ayudé para el destierro con algunos dineros, y no es nada sino que se fue desterrado de Roma a Capua, de do le desterraron otra vez por las liviandades que por la ciudad de noche hazía, y no me maravillo desto, ca, según vemos por experiencia, los viejos que están muy encarniçados en los vicios muy peores son de corregir que los mancebos.

¡O, cuánta malaventura tienen los viejos los quales se han dexado envejecer en los vicios!; porque más peligroso es el huego en una casa vieja que no en una nueva, y una reziente cuchillada no es tan peligrosa como una fístola podrida. Aunque los viejos no fuessen honestos y virtuosos por el servicio de los dioses, por el provecho de la república,

por el dezir de los pueblos y por el exemplo de los moços, devríanlo ser sólo por el descanso de sí mismos. Un pobre viejo, si no tiene dientes, ¿cómo será goloso? Si no tiene calor, ¿cómo podrá comer? Si no tiene gusto, ¿cómo le sabrá el beber? Si no tiene fuerças, ¿cómo podrá adulterar? Si no tiene pies, ¿cómo podrá andar? Si tiene perlesía, ¿cómo podrá hablar? Si tiene gota artética, ¿cómo podrá jugar? Finalmente los semejantes hombres mundanos y viciosos emplearon sus fuerças quando moços en querer todos estos vicios provar, y agora que son viejos pésales de todo su corazón de que no los pueden cumplir. Sobre todas las culpas, a mi parecer ésta es la más suprema culpa en los viejos, conviene a saber: que, constándonos que un viejo ni ha dexado parte del mundo que no ha andado, ni ha dexado vileza que no ha atentado, ni ha dexado fortuna que no ha corrido, ni ha dexado bueno que no ha perseguido, ni ha dexado malo a que no se ha allegado, ni ha dexado vicio que no ha provado; passando, pues, el malaventurado tantos tienpos en estos vicios, ya que el mundo le ataja los passos con enfermedades y trabajos, no le pesa tanto para ser virtuoso de los vicios que le sobran, quanto para ser vicioso de las fuerças que le faltan. ¡O!, si nosotros fuésemos dioses, o si no, que los dioses nos diessen licencia para que conociésemos los pensamientos de los viejos como vemos con los ojos las obras de los moços, yo juro al dios Mars, y aun a la madre Verecinta, que sin comparación castigásemos más los malos desseos que tienen de ser malos los viejos, que no las liviandades ni travessuras de los moços.

Dime, Claudio, y dime tú, Claudina: ¿pensáys vosotros por ventura que por traeros como moços dexaréis de parescer viejos? ¿Vosotros no sabéys que nuestra naturaleza es corrupción de nuestro cuerpo, y nuestro cuerpo es mollidor de nuestros sentidos, y nuestros sentidos son alcaydes de nuestra ánima, y nuestra ánima es madre de nuestros desseos, y nuestros desseos son verdugos de nuestra juventud, y nuestra juventud es atalaya de nuestra vejez, y nuestra vejez es espía de nuestra muerte, y la muerte al fin es el mesón do toma posada la vida, y donde la mocedad se nos va huyendo por pies, y de la vejez aun no podemos escapar cavalgando? Holgaría que tú, Claudio, y tú, Claudina, me dixéssedes qué halláys en la vida, por qué os contenta tanto la vida, después que avéys passado ochenta años de vida. O vosotros avéys sido en este mundo malos, o avéys sido buenos: si avéys sido buenos, tened por bueno yros a gozar con los dioses buenos; si avéys sido malos, justíssimo es que os muráys porque no seáys más malos, que (hablando la verdad) los que en setenta años han sido de mala vida, poca esperança ternemos de su emienda. Adriano, mi señor, estando en Nola de Campania, truxéronle un sobrino suyo del estudio, en el qual el niño no avía aprovechado poco, ca venía gran griego y latino, y junto con esto el moço era hermoso y honesto. Y, como el Emperador Adriano le amasse tanto aquel sobrino, díxole estas palabras: «No sé, sobrino, si te diga que seas bueno o que seas malo; porque si eres malo, será en ti mal empleado el vivir; si eres bueno, luego te has de morir; y por esso vivo yo más que todos, porque soy peor que todos.» Por estas palabras que dixo Adriano, mi señor, da claramente a entender que a los buenos en breve les saltea la muerte y a los malos se les alarga mucho la vida. Opinión fue de un philósopho que los dioses, como son tan profundos en sus secretos y tan justos en sus obras, a los hombres que menos aprovechan en la república, aquéllos alargan mucho más la vida. Y que él no lo dixera vémoslo nosotros por experiencia; porque a un bueno y que de la república es zeloso o le llevan los dioses, o le matan los enemigos, o le acaban los trabajos.

Quando el gran Pompeyo y Julio César se enemistaron, y de aquella enemistad en crudas guerras vinieron, cuentan los annales de aquel tiempo que vinieron en favor de Julio César los reyes y gentes de Occidente, y en socorro del gran Pompeyo todos los más poderosos de Oriente; porque estos dos príncipes eran amados de pocos y servidos y temidos de muchos. Entre las otras gentes varias y estremadas que vinieron de Oriente en las huestes del gran Pompeyo fueron unos bárbaros muy bárbaros, los quales dezían ser moradores a la otra parte de los montes Ripheos, a las vertientes que corren a la India. Tenían en costumbre estos bárbaros de no querer vivir más de cincuenta años, y para esto, quando llegavan a la tal edad, hazían grandes hogueras de fuego y allí se quemavan vivos, y por su voluntad se sacrificavan a los dioses. No se espante nadie de lo que emos dicho, pero espántese de lo que queremos dezir, conviene a saber: que el día que uno cumplía los cincuenta años, assí vivo se echava en los fuegos, y los parientes y hijos y amigos del tal hazían muy gran fiesta, y la fiesta era que comían las carnes de aquel muerto medio quemadas y bevían en vino o agua los polvos de sus huessos, por manera que las entrañas de los fijos vivos eran sepulcros de los padres muertos. Todo lo sobredicho vio con sus propios ojos el gran Pompeyo, a causa que algunos cumplieron los cincuenta años estando en su campo, y como el caso era tan monstruoso, muchas vezes después lo contava Pompeyo en el Senado.

Sienta en este caso cada uno lo que quisiere, y condene a estos bárbaros quanto mandare, que yo no dexaré de dezir lo que siento: ¡O, siglo dorado, que tales hombres tuvo! ¡O, gente bienaventurada, de la qual en todos los siglos advenideros con razón avrá perpetua memoria! ¡Qué menosprecio del mundo, qué olvido de sí mismos, qué acocear de fortuna, qué açote para la carne, qué en poco tener la vida, quán en menos tener ni temer la muerte pudo ser mayor! ¡O, qué freno para viciosos!; ¡o, qué espuelas para virtuosos!; ¡o, qué confusión para los que aman la vida!; ¡o, qué exemplo tan grande para no temer la muerte nos dexaron! Pues éstos de su voluntad menospreciavan la vida propria, bien es de pensar que no morirían por tomar la hazienda agena. No por más de por pensar que nunca ha de aver fin nuestra vida, jamás ha fin nuestra cobdicia. ¡O, gloriosa gente y diez mil vezes bienaventurada!, que, dexada la sensualidad propria y vencido el natural apetito de querer vivir, no creyendo a lo que veýades, teniendo la fe en lo que nunca vistes; fuistes a los hados a la mano, salistes a la fortuna al camino, derrocastes por suelo a la vida, hurtastes el cuerpo a la muerte y, sobre todo, ganastes honra con los dioses no que os alargassen más la vida, sino que tomassen lo que vos sobrava de la vida. Archagento, çurujano de Roma, y Antonio Musa, médico del Emperador Augusto, y Esculapio, padre de la Medicina, pocos sextercios ganaran en aquella tierra. ¿Quién mandará a aquellos bárbaros fazer entonces lo que hazen agora los romanos, conviene a saber: xaroparse a la mañana, tomar píldoras a la noche; serenar sueros, tomar ordeates; untar el hígado, correr por desopilar el baço; sangrarse oy, purgarse mañana; comer de una cosa y abstenerse de muchas? No es de creer que quien de balde busca la muerte, diera dineros por alargar la vida.

CAPÍTULO XXII

En el qual el Emperador Marco Aurelio concluye su carta y dize cuánto peligro se les sigue a los viejos de vivir como moços, y para remedio dello dales muy buenos consejos.

Veniendo, pues, al caso, de ti, ¡o! Claudio, y Claudina, parésceme que aquellos bárbaros siendo de cincuenta años y vosotros aviendo más de sessenta, sería justo que, pues soys mayores en la edad, fuéssedes yguales en la cordura; si no quisiéredes como ellos tomar la muerte dulce, a lo menos emendéys la vida mala. Acuérdome no avrá muchos años que Fabricio el moço, hijo de Fabricio el viejo, me tenía ordenada una mala burla, de la qual si vosotros no me avisárades se me siguiera una notable afrenta, y, pues entonces me hezistes tan buena obra, querríaosla pagar en la misma moneda; porque entre los amigos no ay igual beneficio con desengañar al engañado. Hágoos saber, si no lo sabéys, pobres viejos, que estáys ya tales, que tenéys los ojos hundidos, las narizes húmidas, los cabellos blancos, el oír perdido, la lengua torpe, los dientes caýdos, la cara arrugada, los pies hinchados y los pechos ahogados. Finalmente digo que, si supiesse hablar la sepultura, como a caseros suyos os podía compeler por justicia viniéssedes a poblar su casa.

Gran compassión es de tener a los mancebos y a su juvenil ignorancia, porque a los tales entonces se les abren los ojos para conocer los infortunios desta vida quando se les acaba la vida y los emplazan para la sepultura. Dezía el divino Platón en el libro de *República* que a los moços vanos y locos en vano les damos consejos buenos; porque la juventud es sin experiencia de lo que sabe, sospechosa de lo que oye, incrédula de lo que le dizen, menospreciadora del consejo ajeno y muy pobre del suyo propio. Caso que esto es verdad, como es verdad, yo os digo, Claudio y Claudina, que sin comparación no es tan mala la ignorancia que tienen de lo bueno los moços como la obstinación que tienen en lo malo los viejos; porque los dioses inmortales muchas vezes dissimulan mil ofensas cometidas por ignorancia, y por otra parte no perdonan una culpa cometida por malicia. ¡O!, Claudio y Claudina, yo no me maravillo que como hombres olvidéys a los dioses que os criaron, olvidéys a los padres que os engendraron, olvidéys a los parientes que os favorecieron, olvidéys a los amigos que os honraron; pero de lo que me escandalizo es que vosotros mismos olvidéys a vosotros mismos, conviene a saber: que nunca miráys qué avéys de ser hasta que soys lo que no querríades ser, y esto sin poder tornar atrás. Despertad, pues en el sueño estáys ahogados; abrid los ojos, pues estáys adormecidos; acostumbraos a trabajar, pues soys vagabundos; aprended lo que os cumple, pues soys simples; no os descuydéys de lo que os conviene, pues soys ya tan viejos. Quiero dezir que os concertéys de espacio con la muerte antes que os hagan execución en la vida.

Cincuenta y dos años ha que tengo conocimiento de las cosas deste mundo, pero jamás conocí en él muger tan cargada de años, ni hombre viejo que tuviesse tan podridos los miembros, que por falta de fuerças dexassen de ser buenos si quisiessen ser buenos, ni aun por la misma ocasión dexassen de ser malos si quisiessen ser malos. Cosa es maravillosa de ver, y muy digna de notar, en que todas las cosas corporales del hombre se envegescen si no es el coraçón interior y la lengua exterior; porque el coraçón siempre está verde para pensar maldades y la lengua siempre tiene habilidad para dezir mentiras y malicias. Sería mi parescer que, pues es passado el verano alegre, vos aparejéys para el invierno herizado; y si os queda poco del día, vos deys priessa a tomar posada. Quiero

dezir que si el día de la vida passastes con trabajo, trabajéys porque la noche de la muerte vos tome en puerto seguro. Las burlas passen por burlas y las veras tomemos por veras, conviene a saber: que sería cosa muy justa, y aun para vuestra honra necessaria, que todos los que os vieron en otro tiempo ser moços locos, os viessen agora estar muy retraýdos; porque no ay cosa con que más se olviden las liviandades de la mocedad que mostrando mucho reposo y gravedad en la vejez. Quando el cavallero passa la carrera, no le culpan que el cavallo lleve descrinadas las crines; mas después que es llegado a su puesto, justo es que aderesce su cavallo.

¿Qué mayor confusión puede ser a la persona, ni igual afrenta a nuestra madre Roma, que ver lo que vemos oy en ella, es a saber: andar ruando por las plaças, yrse a ver los theatros, assentarse en los coliseos los viejos que se caen de podridos como los moços que agora ciernen para pámpanos? Vergüença he de dezirlo, pero más me escandalizo de verlo, ver a los viejos romanos cómo cada día se sacan las canas por no parecer viejos, hazen a menudo la barba por parecer moços, el calçado traen muy justo, las camisas muy descubiertas, el palio todo encarnado, la insignia romana muy esmaltada, argolla de oro a la garganta como los daços, tintinábulo en la ropa como los saphiros, nacre en los sombreros como los griegos y perlas en los dedos como los indios. ¿Qué más queréys que diga después de lo que tengo dicho, sino que traen las ropas anchas y largas como los tharentinos, y las traen de color de croco como los vándalos, y cada semana las sacan nuevas como histriones, y (lo peor de todo) que assí se precian de ser enamorados como quando eran muy moços? Que los viejos sean combatidos, y aun vencidos de los juveniles desseos, no es de maravillar, porque es tan natural aquel bestial apetito como lo es el comer quotidiano; pero que los viejos, siendo viejos, sean públicamente dissolutos, justamente desto se deven escandalizar todos; porque los viejos carnales y viciosos ofenden a los dioses con el hecho y escandalizan a la república con el escándalo.

¡O!, cuántos he conocido yo en Roma que fueron muy estimados en la mocedad, y después por emboscarse en estas liviandades lo perdieron en la vejez, y (lo peor de todo) que ellos perdieron el crédito; sus parientes, el favor; y sus inocentes, hijos el provecho; porque muchas vezes permiten los dioses que, aviendo los padres cometido la culpa, sobre solos los hijos decienda la pena. El muy famoso Gaguyno Catón, que descendía del antiguo linaje de los sabios Catones, fue en Roma *flamen dialis* cinco años, pretor tres, censor dos, dictador uno, cónsul cinco vezes. Siendo de edad de sessenta y cinco años, diose a seguir, y a servir, y a requerir a Rosana, hija de Gneo Curcio, dama por cierto harto moça y no poco hermosa, y assaz de muchos desseada y festejada. Andando, pues, el tiempo, y el dios Cupido haziendo su oficio, encarnó tanto el amor en el coraçón del triste viejo, a que quasi vino a perder el sentido, en que después de aver consumido toda su fazienda en servirla, todo el día sospirava y toda la noche llorava no más de por verla. Acontesció que devieran dar a la dama Rosana unas enojosas calenturas, con gran hastío de no poder comer; y, como se le antojassen unas uvas, y por ser temprano aún en Roma no eran maduras, sabido esto por Gaguino Catón, embió al río Rin por ellas, a parte que avía gran suma de millas. Como la cosa fuesse divulgada por Italia, y en Roma lo supiesse ya todo el pueblo, y de la liviandad se diesse noticia al Senado, mandaron los Padres Conscriptos que Rosana fuesse con las vírgines vestales en el templo encerrada y el viejo perpetuamente de Roma desterrado; porque a ellos fuesse castigo y a los otros

exemplo. De verdad que me hizo gran lástima verlo, y aun agora tengo no pequeña pena en escrevirlo, porque vi al padre morir con infamia y a los fijos vivir con pobreza. Bien creo yo que todos los que este exemplo oyeren y todos los que esta escriptura leyeren afearán el hecho del viejo enamorado y aprobarán por buena la sentencia que contra él dio el Senado; pero yo juro que si tantos moços tuviesse Gaguyno Catón en su destierro como terná viejos enamorados que sigan su exemplo, no avría en Roma tantos hombres perdidos, ni mugeres mal casadas.

Muchas vezes acontece que los hombres viejos, mayormente siendo generosos y valerosos, son avisados de sus criados, son reprehendidos de sus parientes, son rogados de sus amigos y son acusados de sus enemigos por andar en passos tan desonestos. Responden a la tal demanda que no son enamorados sino de burla. Siendo yo moço muy moço, no menos en el seso que en la edad, una noche en el Capitolio topé con un mi vezino, el qual era tan viejo, que me podía tener por nieto, y díxele esta palabra: «Señor Fabricio, y vos ¿también enamorado?» Respondióme él: «Señor Marco, ya veys que mi edad no sufre ser enamorado, y si lo soy, soylo por passatiempo.» Por cierto yo me maravillé toparlo a tal hora, y me escandalizé darme él tal respuesta. En los viejos de mucha edad y gravedad las tales requēstas no se pueden llamar amores, sino dolores; no passatiempo, sino perder tiempo; no burla, sino burlería; porque de los amores de burla se les sigue infamia de veras. A ti, Claudio, y Claudina, pregunto qué otra cosa soys los viejos enamorados sino un círculo delante la taverna, do todos piensan que ay vino y no venden sino vinagre. Ítem son como los huevos muy blancos, y después los hallan de dentro güeros. Ítem son como herida sobresana y está hecha una fístola. Ítem son como píldora dorada, la qual gustada tiene en sí gran amargura. Ítem son como las redomas que en las boticas están quebradas y tienen los sobrescritos nuevos. Ítem son como el tremedal elado, en el qual no ay passo seguro. Ítem son como una portada nueva y dentro está la casa toda podrida. Finalmente el viejo enamorado es como el cavallo de axedrez, que ayuda a perder el dinero y no puede sacar a nadie de peligro. Nótese esta palabra, y para siempre encomiéndose a la memoria, conviene a saber: que el viejo vicioso y luxurioso no es sino como el puerro, que tiene las barbas blancas y las porretas verdes.

Paréceme a mí, si os pareciesse a vosotros, que no devríades aguardar de quebrar las alas al tiempo quando no es razón que aya pluma en ellas. No os engañéys, amigos y vezinos míos, diziendo que para todo ay tiempo; porque la emienda está en manos de vosotros que la avéys de hazer, pero el tiempo está en manos de los dioses que le han de repartir. Vengamos, pues, al remedio para remediar este gran daño, y sea que lo que pudiéredes andar de día, no lo aguardéys andar para la noche de la vejez; porque mal corta el cuchillo gastado el azero, y el que está avezado a carne, mal se amaña a roer los huessos. Ítem os digo y aviso que, si la casa de podrida y vieja se nos va a caer, la apoyemos no con cuentos de madera, sino con pensar la estrecha cuenta que emos de dar a los dioses de la vida y a los hombres de la fama. Ítem digo que, si la viña de todas nuestras virtudes está vendimiada, demos sino ál la rebusca de la emienda. Pues las cubas de nuestra cosecha se estragaron con malas y perversas obras, remostémoslas con mosto nuevo de nuevos y buenos desseos. Son los dioses tan aplazibles de servir y tan buenos de contentar en los servicios que les devemos por los bienes que nos hazen, que, si no les podemos todo pagar con buenas obras, toman en descuento buenos desseos. Finalmente

digo que si tú, Claudio, y Claudina, ofrescistes la harina de la juventud al mundo, ofrezcáys aora los salvados de la vejez a Dios.

Yo os he escripto largo, y más de lo que tenía en el pensamiento. Saludadme a la vezindad toda, especial a Drusia Patrocla, biuda y generosa romana. Acuérdomé que Gorvina, vuestra nieta, me hizo un plazer el día de la madre Verecinta; ay embió dos mil sextercios: serán los mil para ayudar a casarla y los otros para ayudar a relevar vuestra pobreza. Mi Faustina está mala, daréys otros mil sextercios a las vírgines vestales porque rueguen a los dioses por ella. A ti, Claudina, embía mi Faustina una arca; por los inmortales dioses juro no sé qué embía en ella. A los dioses ruego que, pues soys viejos, os den buena muerte, y a mí y a mi Faustina nos dexen hazer buena vida. Marco del monte Celio os escribe de su propria mano.

CAPÍTULO XXIII

Do el auctor persuade a los príncipes y grandes señores que miren mucho en los inconvenientes que trae consigo el vicio de la avaricia, y que el hombre avariento es a Dios y al mundo odioso.

El gran Alexandro, rey de Macedonia, y el infelice Darío, rey que fue de Persia, no sólo fueron diferentes en las guerras y conquistas que traían, mas aun en las condiciones y inclinaciones que tenían; porque Alexandro era naturalmente amigo de dar y gastar, y el rey Darío por contrario fue amigo de allegar y guardar. Como la fama de Alexandro se divulgó por todo el mundo ser príncipe dadivoso y no cobdicioso, amávanle mucho los suyos y desseávanle servir los estraños; al triste rey Darío, como estava infamado de mucha avaricia y de poca largueza, desobedescíanle los suyos y aborrecíanle los estraños, de do se puede collegir que los príncipes y grandes señores dando se hazen ricos y guardando se tornan pobres. Plutharco cuenta en su *Apotémata* que, después que el rey Darío fue muerto y Alexandro uvo de toda Oriente triumphado, estando en la plaça de Athenas un hombre thebano engrandesciendo la fortuna de Alexandro por lo mucho que ganó, y declamando la infelicidad de Darío por tanto como perdió, dixo a grandes bozes un philósopho:

«Muy engañado vives, ¡o! thebano, en pensar que el un príncipe perdió muchos señoríos y que el otro príncipe ganó muchos reynos; porque Alexandro Magno no ganó sino las piedras y las tejas de las ciudades, porque con su largueza ya tenía ganadas las voluntades de los ciudadanos; y por contrario el infelice rey Darío no perdió sino las piedras y las tejas de las ciudades, porque con su escasseza y avaricia ya tenía perdidas las voluntades de todos los de Asia. (E dixo más aquel philósopho.) Los príncipes que quieren engrandescer sus estados y ensanchar sus reynos en sus conquistas deven primero ganar las voluntades con ser generosos y dadivosos, y después embiar a sus exércitos a conquistar las fuerças y muros; porque de otra manera muy poco les aprovechará enseñorear las piedras si están rebeldes las voluntades.»

Puédese de lo dicho colegir que lo que ganó Alexandro lo ganó por ser largo y magnánimo, y lo que perdió el rey Darío lo perdió por ser avaro y mísero; y desto no nos maravillemos, porque los príncipes y grandes señores que de avaricia son vencidos, dudo yo que se vean ellos de muchos reynos vencedores.

Es tan feo, es tan malo, es tan odioso y es tan peligroso el vicio de la avaricia, que si se pusiese a escrevir todos los males que en él ay mi pluma, no sería más que presumir de agotar el mar de agua; porque en las entrañas do entra el avaricia haze que sirva a los vicios y adore a los ydolos. Si un hombre cuerdo se parasse a pensar el trabajo y desassossiego que consigo mismo trae este maldito vicio, dudo yo que osasse ninguno ser en él vicioso. Aunque el avaro no tuviesse otro trabajo sino acostarse siempre con peligro y levantarse con cuydado, me parece que es harto trabajo; porque el tal, de que se acuesta, piensa que le han de matar en la cama, o que durmiendo le han de decerrajar la arca; y de que se levanta, levántase con temor si ha de perder lo ganado y con cuydado de aumentar lo poco en mucho. En el primer libro de su *República* dezía el divino Platón esta palabra: «Por esso los hombres no son ricos, porque nunca deprendieron hazerse ricos; ca el hombre que quiere perpetua y verdaderamente hazerse rico, primero ha de reprimir la cobdicia que no ocuparse en allegar hazienda; porque el hombre que no pone límites a su desseo, siempre se le hará poco, aunque se vea señor del mundo.» Fue por cierto esta sentencia digna de tal varón. Mucho satisfaze a mi juyzio la sentencia de los estoycos, de la qual Aristóteles haze mención en su *Política*, do él dezía que a las grandes necesidades siempre precedieron grandes riquezas, y que no ay estremada pobreza sino do uvo mucha abundancia, de do se sigue que a los príncipes y grandes señores que tienen mucho, a éssos falta mucho; porque a los hombres que siempre tuvieron poco, no les puede faltar sino poco.

Si motejamos a los mundanos de viciosos, siempre tienen excusas para excusarse en dezir por qué fueron viciosos, excepto en el vicio de la avaricia, en el qual y del qual no tienen ninguna excusa; porque si tienen alguna frívola razón para se excusar, ay dos mil para los condenar. Pongamos en todos los principales vicios exemplo, y veremos cómo sólo el de la avaricia quedará condenado y no excusado. Si argüymos a un príncipe o a un gran señor por qué es elevado y presumptuoso, respondernos ha que tiene mucha ocasión para serlo, porque natural inclinación es de los hombres querer antes mandar con trabajo que no servir con reposo. Si argüymos a uno que es furioso y en la yra súbito, respondernos ha que no nos maravillemos dél, pues no nos maravillamos del sobervio; porque el enemigo y vezino no tiene más auctoridad de enojar a uno que el otro tiene de vengarse dél. Si argüymos que es carnal y vicioso, respondernos ha que no puede abstenerse de aquel pecado; porque, si puede uno evitar los actos impúdicos, siempre está peleando con los pensamientos malos. Si argüymos a uno que es descuydado y perezoso, respondernos ha que no merece ser culpado; porque es de tan mala carona nuestra naturaleza, que, si la trabajamos, luego se cansa; y, si la relevamos, luego se regala. Si argüymos a uno que es glotón y goloso, respondernos ha que sin comer y beber no podemos vivir en este mundo; porque la Divina Palabra no dixo que dañavan al hombre los manjares que entran por la boca, sino los inmundos pensamientos que salían del corazón.

Como dezimos destos pocos de vicios, podríamos poner excusas en todos los otros, mas al vicio de la avaricia ninguno le puede dar excusa verdadera; porque con el dinero atesorado ni el ánima se puede aprovechar, ni menos se puede el cuerpo regalar. Dezía Boecio en su libro *De Consolación* que entonces son buenos los dineros no quando en nuestro poder los tenemos, sino quando dellos nos desfazemos; y de verdad la sentencia de Boecio es muy alta, porque desechando el dinero alcanza hombre lo que quiere, mas teniéndolo consigo para ninguna cosa le es útil ni provechoso. Podránnos dezir los hombres ricos y avarientos que si allegan y guardan no es sino para los años caros y secos, do remediarán a sus parientes y amigos. A esto les respondemos que ellos no atesoran para remediar a los pobres en semejantes necessidades, sino para poner a las repúblicas en otras mayores; porque, según entonces venden caro y según lo mucho que dan a logro, yo juro que juren los míseros pobres que más daño les hizo el avariento con lo que les empréstó que no el año seco en lo que les quitó.

Los hombres generosos y virtuosos no deven dexar de hazer bien con temor que vernán años caros, que al fin al fin si acaso viniere un año estrecho, todo lo haze estrechar la costa un poco, y en tal tiempo y en tal caso, aquél sólo se podrá llamar bienaventurado que por ser largo en la limosna holgará de estrechar su mesa. Los hombres cobdiciosos y avaros guárdense que por guardar muchas haciendas no den mal cobro de su ánima, que ya podrá ser quando viniere el año caro el tal avariento sea ya muerto, por manera que antes que llegasse el tiempo de vender su trigo a gran precio, dieron sus ánimas de balde al demonio. ¡O, cuánto bien haze Dios a los hombres generosos en darles coraçones generosos!, y ¡o, cuánta malaventura tienen los hombres avaros, en tener como tienen los coraçones estrechos!; porque si los avarientos gustassen quán dulce cosa es el dar, aun lo necessario para sí no podrían tener.

Ya que los míseros y avaros no tienen coraçón para dar a los amigos, repartir con los parientes, socorrer a los pobres, emprestar a los vezinos y sostener a los huérfanos, ¿es verdad que osan esponderlo consigo mismos? Digo que no, por cierto; porque ay hombres tan cativos de lo que tienen, que dan por tan mal empleado lo que consigo mismos gastan, como lo que otros de su hacienda les hurtan. ¿Cómo dará de vestir al desnudo el hombre que de escasso y mísero para sí mismo no se atreve a hazer un sayo? ¿Cómo dará de comer al pobre famélico el que de puro mezquino come el pan de salvado y centeno por venderlo de trigo? ¿Cómo hospedará a los peregrinos en casa el que de pura miseria aún no es para trastejarla? ¿Cómo visitará los hospitales y socorrerá a los enfermos el que muchas vezes pone en condición su propria salud y vida por no dar un real al cirujano y otro a la botica? ¿Cómo socorrerá de secreto a los pobres y necessitados el que a sus hijos y criados trae descalços y desnudos? ¿Cómo ayudará a casar a las pobres donzellas huérfanas el que dexa envegescer en su casa a sus proprias hijas? ¿Cómo dará de su hacienda propria para redimir los captivos el que no quiere pagar la soldada a sus criados proprios? ¿Cómo dará de comer a hijos de pobres fidalgos el que siempre está llorando lo que comen aun sus proprios hijos? ¿Cómo creeremos que dará de vestir a una pobre biuda el que no quiere dar a su muger aun para una toca? ¿Cómo se obligará a fazer cada día una limosna ordinaria el que dexa el domingo de yr a missa por no ofrescer una blanca? ¿Cómo dará el hombre avaro una cosa de gracia, pues por no gastar un real se

acuesta muchas noches sin cena? Finalmente digo que nunca nos dará de su hazienda propia el que siempre está llorando por la hazienda ajena.

CAPÍTULO XXIV

Do el auctor prosigue su propósito, y por maravilloso estilo toca las poquedades en que cae el hombre avaro.

Una de las cosas en que la divina Providencia muestra nosotros no entender el modo de su governación es ver que a un hombre le da juyzio para conoscer las riquezas, le da fuerças para buscarlas, le da maña para allegarlas, le da cordura para sustentirlas, le da ánimo para defenderlas y le da larga vida para poseerlas, y junto con esto no le da licencia para gozarlas, sino que permite que assí como él a sinrazón se hizo señor de lo ajeno, con razón le hagan esclavo de lo suyo propio. En esto se conoce de cuánta más excellencia es la virtuosa pobreza que no la ravisosa avaricia, en que a un pobre da Dios contentamiento con lo poco y a un rico le quita el contentamiento con lo mucho, por manera que al ombre avaro los enojos se le recrecen de hora en ora y las ganancias no vienen sino de feria en feria. Comparemos a un hombre rico y avaro con un pobre ollero, y veamos quién se aprovecha más: el ollero de las ollas que haze de barro, o el avariento del dinero que tiene enterrado. Sin que yo responda se está ya esto respondido, y es que es muy mejor el uno con el lodo que no el otro con el oro; porque el ollero gana su vida en vender las ollas y el avariento pierde su alma en guardar las riquezas.

A los altos príncipes suplico, y a los grandes señores ruego, y a los otros generosos y plebeyos amonesto, se acuerden siempre desta palabra y la encomienden a la memoria, y es ésta. Digo y afirmo que, por muy guardado y encerrado que tenga un hombre el dinero, muy más guardado y encerrado lo tiene de sí mismo; porque si echa dos llaves al tesoro para lo guardar, a su coraçón echa siete llaves por no lo gastar. Guárdense, guárdense los hombres generosos y valerosos, y no se avezen a guardar y atesorar dineros; porque si una vez en atesorar están los coraçones encarniçados, no por más de ahorrar una dobla se dexarán caer en mil poquedades cada día. Podían dezir los plebeyos, y que no son muy ricos, que ellos no pueden allegar muchos tesoros, pues no pueden guardar arriba de ciento o dozientos ducados. A esto respondo que, considerados los estados, tanto mal haze uno en atesorar diez ducados como otro diez mil; porque no está la culpa en guardar y asconder muchas o pocas riquezas, sino en que por guardarlas dexamos de hazer muchas buenas cosas.

Cosa muy nueva es para mí ver que mayor fuerça haze en los avarientos la escasseza que no haze en otros la conciencia; porque ay muchos que, no obstante la conciencia, se aprovechan de la hazienda ajena, y los avarientos, más de miseria que no de conciencia, aún no se aprovechan de su hazienda propia. Con muy sobrada ansia y no poca diligencia andan los hombres avarientos a poner recaudo que las avenidas no lleven los molinos, los ganados no pazcan las dehesas, los caçadores no armen la caça, el solano no estrague el vino, los que le deven algo no se alcen con el dinero, los ratones no le royan el trigo y los ladrones no le hurten de su casa algo; mas al fin de ninguno guardó tanto su

hazienda como es de su misma persona; porque todos los otros tarde o temprano siempre tienen oportunidad para algo le hurtar, pero el avariento jamás tiene corazón para un ducado trocar.

Compassión es de tener a un hombre avariento, el qual por voluntad y no por necesidad trae la capa rayda, los çapatos sin suelas, las agujetas sin cabos, el cinto sin hierros, el sayo roto, el sombrero viejo, las calças descosidas, el bonete grassiento y la camisa sin mangas; finalmente digo que muchos destes miserables fingen que traen luto por algún finado, y no es sino por no sacar un poco de paño fino. ¿Qué no hará el avariento quando no por más de por no sacar medio real de la bolsa se está dos meses sin fazer la barba? ¿Pues es verdad que los avarientos, si tratan mal sus personas, que tienen bien ataviadas sus casas? Digo que no, por cierto, sino que verán en su casa las cámaras llenas de arañas, las puertas desquiciadas, las ventanas hendidas, los encerados rotos, la vasija quebrada, los suelos dessolados, los tejados con goteras, las sillas desconcertadas, las casas suzias y las chimineas caydas, por manera que para hospedar a un pariente o amigo le han de aposentar en casa de un vezino o pedir emprestado todo lo necessario.

Dexemos aparte la vestidura que viste y la casa do mora, y veamos quán espléndida tiene el avaro la mesa, es a saber: que de sus huertas no come sino la fruta cayda; de sus viñas, la uva podrida; de los ganados, la carne enferma; del trigo, lo que está mojado; del vino, lo que está estragado; del queso, lo que está ratonado; de los tocinos, lo que está escalentado; de la leche, lo desnatado. Finalmente digo que la felicidad que ponen los glotones en el comer, aquélla ponen los avarientos en el guardar. ¡O, quán infelices son los glotones! y ¡o, quán malaventurados son los avarientos!; porque el gusto del uno consiste en lo que passa por la garganta y la felicidad del otro consiste en lo que encierra en la arca.

Ya que los avaros traen mala vestidura, tienen pobre mesa, moran en mala casa, ¿es verdad que miran por lo que toca a su honra?, sino que si los cuytados tuviessen tan largos los oýdos para oýr como tienen el corazón para allegar y guardar, cada momento oyrían cómo los llaman hombres míseros, renoveros, avarientos, cuytados, hambrientos, usureros, crueles, desconocidos, ingratos, fermentidos, desalmados y malaventurados. Finalmente digo que son en la república odiosos, que de mejor gana pornían en sus personas las manos que no en sus famas las lenguas. Harta malaventura tiene el hombre avariento, en que si tiene con alguno alguna competencia, no hallará un amigo que acuda a su casa y hallará cien ladrones que le roben su hazienda. Para vengarse el hombre de algún enemigo suyo, si es avariento, no le ha de dessear otro mal sino que viva mucho; porque muy peor vida se da el avariento con su avaricia que nosotros le daríamos con una gran penitencia.

Si me dixessen a mí los hombres ricos que fuelgan de carecer de generosas casas, pues las podían tener; y de curiosos vestidos, pues los podían traer; y de manjares delicados, pues los podían comer; y esto que lo hazen no porque son avaros, sino porque son christianos; en tal caso justa cosa sería que mi pluma cessasse. Mas ¡ay, dolor! que las cosas de la honra tienen en poco y las cosas de la conciencia tienen en mucho menos. Si dize el avariento que si guarda la hazienda la guarda para fazer limosna, digo que no lo

creo; porque vemos cada día que si le pide un pobre limosna, luego le dize que le ayude Dios porque no trae blanca hecha. Tiénense ya por dicho los avarientos que no han de dar en su casa limosna, sino la carne grassa, la cocina fría, el tocino rancio, el queso ratonado, el pan duro, los trapos viejos y las blancas quebradas, por manera que más parece que descombran la casa que no que hazen limosna. Si nos dizen los avarientos que lo que guardan lo guardan para cumplir algunas deudas por sus antepassados a él encargadas, digo que ésta es frívola excusa, pues vemos que los testamentos de sus padres y de sus madres, y aun de sus abuelos, no están cumplidos, ni aún les passa por pensamiento de los cumplir, lo qual parece bien claro porque desde la hora que a sus padres metieron en la sepultura, nunca más ardió allí una candela. El que de puro avaro y mezquino se dexa morir de hambre y de frío, no pienso yo que sacará a su padre de purgatorio. Si nos dize el avariento que todo lo que guarda no es sino para hazer una generosa capilla y dexar en ella una piadosa memoria, a esto respondo que, si el tal lo haze de su sudor proprio y tiene restituído todo lo mal ganado, que el tal edificio es bendito y de todos será loado; mas si quiere el avariento que vivan muchos en mucha pobreza por hazer él para sí una sepultura rica, esto ni lo manda Dios, ni lo admite la Iglesia; porque de clamores y sudores ajenos no son aceptos a Dios los tales sacrificios. Si nos dizen los avarientos que, si athesoran, no es sino para mandar en la muerte dezir muchas missas que se digan en las iglesias por las ánimas, digo que loo este propósito si no ay más peligro en el caso; mas ¡ay, dolor! que piensa un avariento que descarga todos sus cargos sólo con mandar dezir un treyntanario por los muertos, dexando robados y echados al ospital a dos mil hombres vivos. Por más seguro ternía yo que los príncipes y grandes señores gastassen sus dineros en casar pobres huérfanas en la vida, que no que mandassen dezir muchas missas en la muerte; porque las más vezes los erederos que quedan hazen dezir de las missas muy pocas, pero de las pobres huérfanas piérdense muchas. ¡O, con cuánta razón se puede loar que saca ánimas de purgatorio el que excusa a las pobres donzellas que no caygan en los vicios del mundo!

Acontece que un hombre solícito y codicioso, con desseo de adquirir hazienda se halló en Medina de España, en León de Francia, en Lisboa de Portugal, en Londres de Inglaterra, en Anvers de Flandes, en Milán de Lombardía, en Florencia de Italia, en Palermo de Sicilia, en Viana de Austria, en Braga de Bohemia y en Buda de Ungría; finalmente con los ojos ha visto a toda Europa y por la contratación tiene noticia de toda Asia. Pongamos caso que en cada lugar destos ganó hazienda, y la que ganó no fue con muy sana conciencia, sino que, según la variedad de los tratos, assí fueron diversos los pecados. En tal caso, si al tiempo de la muerte, quando el avariento reparte entre sus hijos los dineros, repartiessse también los pecados, por manera que, desposseýdo de la hazienda, estuviesse libre de la culpa, aún passaría; mas ¡ay, dolor! que se quedan los hijos con los dineros holgando y vase el pobre de su padre con los pecados al infierno.

CAPÍTULO XXV

De una carta que escribió el Emperador Marco Aurelio a un amigo suyo llamado Cincinato, el qual se tornó mercader en Capua, aviendo sido primero cavallero en Roma, y devídela el auctor en tres capítulos. Es letra muy notable para reprehender a los

cavalleros que presumen de sangres delicadas y por otra parte sin empacho tratan en mercaderías.

Marco Aurelio, Emperador romano, juntamente con su hermano Annio Vero, colega en el Imperio por oficio, y dél censorino; a ti, Cincinato el capuano, salud a la persona y esfuerzo contra la siniestra fortuna te dessea.

Desde la gran fiesta de la madre Verecinta ni criado de tu casa he visto, ni letra de tu mano he leydo, la qual cosa me ha puesto sospecha que o tu salud ha corrido peligro, o a nuestra amistad tienes ya en menosprecio; porque la amistad muy estrecha requiere comunicaci3n o visitaci3n muy continua. No te descuydes de aqu3 adelante con tan gran descuydo, ni nos olvides con tran gran olvido, digo de nos venir a visitar, a lo menos de a menudo nos escrevir; porque las letras de los cordiales amigos, aunque del todo no nos quitan el desseo de la presencia, a lo menos sust3ntannos la esperança. S3 que a esto que te digo me has de replicar que tienes en la rep3blica de Capua tantas cosas que hazer, que es imposible t3 poderme escrevir; pero a esto te respondo que en ning3n negocio puedes estar tan ocupado, que sea leg3timo impedimento de no comunicar o escrevir a tu amigo; porque s3lo aquel tiempo podemos dezir que vivimos que en servicio de los dioses y en conversaci3n de los amigos expendemos: todo el otro tiempo que gastamos en hablar, en negociar, en trabajar, en dormir, en comer o descansar, no lo emos de assentar en el libro de la vida, sino en el registro de nuestra muerte; porque en las semejantes obras, aunque el cuerpo se recrea, el coraç3n no descansa.

Pues yo te juro, amigo, que es imposible que el hombre de cosa tome contentamiento teniendo el coraç3n desassossegado; porque no est3 nuestra consolaci3n en los huessos o nervios del cuerpo, sino en las vivas potencias del 3nima. D3as ha que yo te conozco, d3as ha que t3 me conoces; d3as ha que yo te amo, y d3as ha que t3 me amas. Pues es verdad que somos amigos tan antiguos, justa cosa es con buenas obras nuestra amistad renovemos; porque falsamente usurpan el nombre de amigos los que entre s3 no se comunican m3s que si fuessen estraños. El hombre que a m3 no me habla o no me escribe; ni me vee, ni me visita; ni me da, ni le doy; no quer3a que fuesse mi enemigo, pero en lo dem3s poco se me da se pregone por mi amigo, porque no consiste en m3s la peculiar amicitia de que los amigos se abran las entrañas y se comuniquen las personas.

Por ventura dir3sme t3 Cincinato que la gran distancia que ay de Roma a essa tierra ha sido ocasi3n de resfriarse nuestra amicitia, porque los coraç3nes delicados con la presencia de lo que aman arden y con la ausencia de lo que dessean penan. A esto te respondo que los vinos delicados, quanto m3s son desterrados de do nacen, tanto m3s fuerça toman. Quiero dezir que en esto se conocen los verdaderos amigos, en que quanto m3s est3n apartadas las personas, tienen m3s juntas las voluntades. Dime, yo te ruego, Cincinato: pues siempre me hallaste fiel amigo en tu servicio, ¿por qu3 est3s sospechoso de mi fiel desseo? Las hojas verdes de fuera arguyen no estar seco el 3rbol de dentro. Quiero dezir que las buenas obras en p3blico pregonan qu3 tales sean las entrañas en secreto. Si t3, Cincinato, presumes de ser verdadero amigo de tu amigo, quiero que sepas esta regla de amistad, y es que do no ay perfecto amor, siempre ay quiebra en el servicio;

y por contrario, el que perfectamente ama, perfecta y perpetuamente sirve. Yo fuy, soy y seré tuyo; injusticia me harás si no eres tú todo mío.

CAPÍTULO XXVI

En el qual el Emperador Marco Aurelio prosigue su carta y notablemente pone las cosas que los hombres generosos han de hazer y de las malas que se han de guardar.

En los tiempos passados, quando yo era moço y tú eras viejo, yo te servía a ti con dineros y tú a mí con buenos consejos; pero ya es otro mundo, en que, como te sentencien tus canas por viejo y tus obras te acusen de moço, necessario será mudemos de estilo, a que yo te socorra con buenos consejos, aunque tú no me des de tus dineros; porque te tengo en possession de tan cobdicioso, que no darás un sextercio de plata por todos los consejos ni consejeros de Roma. Por lo mucho que te quiero y por lo que a ley de amistad devo, te quiero agora dar un consejo con el qual podrás saber qué es lo que un hombre bueno deve hazer para que de los dioses sea amado y de los hombres sea amado y temido. Si quieres tú, mi Cincinato, vivir quieto en este mundo, ten siempre en memoria lo que aquí te embío escripto.

Lo primero, acuérdate de los beneficios que has rescebido y trabaja de olvidar las injurias que te han hecho.

Lo segundo, estima en mucho lo poco tuyo y ten en poco lo mucho ajeno.

Lo tercero, allégate siempre a los buenos y apártate siempre de la conversación de los malos.

Lo quarto, muéstrate grave con los mayores y más comunicable con los menores.

Lo quinto, a los presentes trabaja de hazer buenas obras y de los absentes di siempre buenas palabras.

Lo sexto, las graves pérdidas de fortuna siempre las ten en poco y las muy pequeñas de la honra estímallas siempre en mucho.

Lo séptimo, nunca por alcançar una cosa adventures muchas, ni por muchas cosas dubdosas no adventures una cierta.

Finalmente, te ruego y aviso que no tengas más de a uno por amigo y te guardes de tener a alguno por enemigo.

Estas cosas ha de tener el que entre los buenos por bueno se quiere contar. Yo sé que tomarás plazer de ver quán bien estos mis consejos van escriptos; pero yo le tomaría muy mayor si los viesse en ti cumplidos; porque dar y escrevir buenos consejos es cosa fácil, mas ponerlos todos por obra es cosa difícil. Por tener yo contigo amistad tan estrecha, y

por ver la mucha habilidad que en ti avía, siempre procuré para ti oficios honrosos aquí en Roma, en que por mi intercessión fueste edil, y tribuno, y repartidor de gajes, y maestro de la cavallería; en los quales oficios tú te avías con tanta cordura, que a mí davan gracias en el Senado porque te los procurava, y para ti alcançavas en ellos perpetua memoria.

He sabido agora una cosa de ti, la qual ni quisiera saberla, ni menos que por ti tal cosa passara, conviene a saber: que dexaste el oficio de ser pretor en la guerra y te has emboscado a tratar por mar y por tierra mercadería, por manera que los que te conocieron cavallero en Roma te veýan agora mercader en Capua. Escriviendo esta letra tuve no poco espacio suspensa la pluma, y no por más de ver quál afearía en ti primero: el generoso oficio que dexaste, o la vileza y poquedad a que te abatiste. Si te olvidavas a ti, acordárate de tus antepassados, los quales murieron en trabajos sólo por dexar a sus hijos y nietos armados cavalleros. Y que vengas agora tú, y la libertad que ellos ganaron derramando su sangre por los campos, la pierdas tú por cobdicia de dineros... Ymago (y pienso que en ello no me engaño) que si resuscitassen tus antepassados, según fueron de honra ambiciosos, que con nervios y huessos te comiessen a bocados; porque los hijos que a sus padres quitan la honra, justamente les podían a ellos quitar la vida. Las villas, las casas, los montes, los aqueductos, los bosques, las bestias, los siervos, las joyas y los dineros que nos dexaron nuestros antepassados, al fin todo parece con los largos tiempos; no ay otra cosa que dello podamos tener perpetua si no es la generosa fama que nos dexaron de su vida. Pues si esto es verdad, como es verdad, el fiyo en quien la fama de sus antepassados se acaba, gran infamia es de sus parientes le dexen vivir más sobre la tierra. Quando el sabio Cicerón tenía muy próspera la fortuna, y toda la república por su consejo se governava, como en el saber y en el tener le viessen tan poderoso, acaso motejóle uno diziéndole que era de baxo linaje, a lo qual respondió Cicerón: «Doy muchas gracias a los dioses, porque tu alto linaje se acaba en ti y mi pobre linaje comienza a subir en mí.» Gran compassión y muy gran lástima es saber de un linaje cuántos buenos y generosos dél son muertos, y por contrario ver agora a sus hijos cómo son perdidos y viciosos, por manera que tanta memoria ay de los presentes por la infamia, como de los passados por la fama.

Espantado me tienes, Cincinato, que sea verdad ayas dexado de conquistar a los enemigos como cavallero romano y te tornasses mercader como un pobre plebeyo. ¿Quieres hazer mal a los domésticos y dexar a los estraños? ¿Quieres quitar la vida a quien nos da vida y escusar de muerte a quien nos quita la vida? ¿Quieres a los bulliciosos dar asossiego y a los asossegados quitar su reposo? ¿Quieres dar a los que nos toman lo nuestro y tomar a los que nos dan de lo suyo? ¿Quieres librar a los condenados y condenar a los inocentes? ¿Quieres ser tirano de tu república y no defensor de tu patria? A todo esto se aventura el que dexa las armas y se mete en mercadería.

Entre mí he estado pensando qué te movió a dexar la cavallería, con la qual tenías tanta honra, y tomaste oficio de do se te siguiesse tanta infamia. Digo que era infame para ti, que andavas en la guerra, que para los que nascieron en el oficio es honroso en la república. Hágote saber, Cincinato, que no es mi fin de condenar a los tratos, ni a los tratantes, ni dezir mal de los que mercan, ni de los que venden; porque assí como sin cavalleros no se puede hazer buena guerra, assí por semejante sin mercaderes no puede

vivir la república. Para mí yo no alcanço otra razón por que ayas dexado la guerra y trates en mercadería sino que de viejo, como ya no podías saltar en las sierras, agora de tu espacio estando assentado robarás en las plaças. ¡O, pobre de ti, Cincinato! Pues compra barato y vende caro; promete mucho y cumple poco; recibe con una medida y vende con otra; vela cómo no te engañen algunos y desvélate como en semejantes cosas soléys hazer los que en mercaderías usáys tratar; que al fin al fin yo te juro que la medida con que los dioses medirán tu vida, ella será más justa que no la de tu tienda. Tomado has oficio con el qual lo que los otros tus compañeros hurtaron en muchos días, tú solo coheches en una ora; y después verná tiempo que todo lo bien ganado y todo lo mal ganado pierdas no en una ora, que es mucho, sino en un momento, que es menos. Por mucho que valgamos, por mucho que tengamos, por mucho que podamos, y aun por mucho que vivamos, al fin son los dioses tan justos, que todo lo malo que hazemos les emos de pagar, y por todo lo bueno que obramos nos han de remunerar; por manera que muchas vezes permiten los dioses que uno solo sea verdugo de muchos y después el tiempo largo castigue a todos.

CAPÍTULO XXVII

Do Marco Aurelio concluye su carta y persuade a Cincinato, su amigo, tenga en poco las cosas del mundo, y que el hombre, por mucho que sea sabio, siempre tiene necesidad de ajeno consejo.

Si pensasse que tu cordura tenía tan al cabo al mundo y a sus liviandades como el mundo tiene a ti y a tus días, según lo pregonan tus canas, escusarías a mí de trabajo en persuadirte y a ti de enojo en oírme; pero a puerta de tan gran descuydo, razón es se toque el aldava de algún aviso. Por fina que sea la navaja, siempre tiene necesidad de passar por la muela. Quiero dezir que por claro que tenga uno el juyzio, de tiempo a tiempo siempre tiene necesidad de consejo. Muchas vezes yerran los hombres cuerdos no porque ellos querrían errar, sino que las cosas son de tan mala digestión, que su cordura no las abasta a digerir, a cuya causa es necessario que su voluntad se desembote, su juyzio se dessolline, su parescer proprio se desmarañe, su memoria se avive y, sobre todo, que de quando en quando siempre tome un filo en el voto y parescer ajeno.

Los hombres que quieren hazer altos, y amplos, y generosos edificios muy gran vigilancia tienen en que vayan bien cimentados; porque doquiera que los fundamentos no son fixos, los edificios son peligrosos. Los omenajes deste mundo (conviene a saber: los prósperos estados sobre que rondamos los hijos de vanidad) sobre instable arena están fundados; de manera que, por muy prósperos y valerosos que sean, un poco de ayre los mueve, y poco de calor de prosperidad los abre, y una lluvia de adversidad los desmorona, y, quando no catamos, la muerte todo por tierra lo allana. Ya que los hombres veen que no pueden ellos ser perpetuos, procuran de perpetuarse levantando superbos edificios y dexando a sus hijos grandes estados, en lo qual no menos que en todo lo otro digo que son locos; ca, puesto caso que las palas sean de oro, y los açadones de plata, y los que cimientan sean reyes, y los que edifican sean nobles, y junto con esto en cavar consuman mil años hasta desentrañar la tierra y vean los abismos; yo les juro que no hallen roca firme ni peña viva do hagan segura su casa y perpetúen su memoria.

Los dioses inmortales todas las cosas comunicaron a los hombres mortales si no fue la inmortalidad, y por esso se llaman ellos inmortales, porque nunca mueren; y nosotros por esso nos llamamos mortales, porque cada día morimos. ¡O!, mi Cincinato, acábanse las personas, ¿y piensas que no se han de acabar las haciendas? Hora verde, ora madura, ora podrida, ora cogida, ora sacudida; de apartarse ha la fruta desta vida del árbol de la carne mísera. Y esto no lo tengo en nada, porque es morir al natural, sino que muchas veces en hoja o flor de la juventud nos lleva la elada de una enfermedad o el pedrisco de una desdicha; por manera que, quando pensávamos amanecer con la vida, anohecemos con la muerte. Enojosa, costosa, reboltosa y prolixa es de texer la tela, mas quanto se texe en muchos días, se corta en un momento. Quiero dezir que es cosa muy lastimosa ver a un hombre con cuánto trabajo se acaba de criar, y con cuánta costa en estado de honra se uvo de poner, y después, quando no catamos, él y ello lo vemos todo perecer sin memoria de cosa quedar.

¡O!, mi Cincinato, por el amor que nos tenemos te ruego, y por los dioses inmortales te conjuro, no creas al mundo, el qual tiene por condición debaxo de poco oro absconder mucho orín; so color de una verdad cárganos de mil mentiras; con un breve deleyte nos mezcla diez mil pesares; a los que muestra más amor engaña más ayña; a los que da más de sus bienes procura mayores daños; a los que le sirven de burla haze mercedes de veras, y a los que lo aman de veras dales los bienes de burla; finalmente digo que al sueño más seguro nos despierta con mayor peligro. O tú conoces al mundo y a sus engaños, o no. Si no le conoces, ¿por qué le sirves?; si le conoces, ¿por qué le sigues? Dime, yo te ruego: ¿no ternías tú por loco al ladrón que comprasse la sogá con que le ahorcassen, y al homiciano que hiziesse el cuchillo con que le degollassen, y al salteador que mostrasse el pozo do le empozassen, y al traydor que se fuesse a la plaça do le quarteassen, y al amotinador que él mismo se descubriesse para que le apedreassen? Pues yo te juro que eres tú muy mayor loco si, conociendo al mundo, sirves y sigues al mundo.

Una cosa te quiero dezir, y ella es tal y tan alta, que jamás la debes olvidar, conviene a saber: que más fe emos menester los hombres para no creer las vanas vanidades que vemos con los ojos, que no para creer las grandes maravillas que oýmos con los oýdos. Torna, yo te aviso, a leer y a ruminar esta palabra que he dicho, porque es sentencia de muy profundo misterio. ¿Piensas tú, Cincinato, que los hombres ricos y de grandes estados que por tener muchos dineros por esso tienen pocos cuydados? Pues hágote saber, amigo, que son de tal condición los bienes deste mundo, que antes que un pobre hombre encierre en su arca diez mil sextercios, primero se apoderan de su corazón cien mil cuydados y enojos. Viéronlo los passados, vémoslo los presentes, verlo han los advenideros: que los dineros que alcançamos son finitos, pero los cuydados y pleytos que consigo traen son infinitos. Pocas casas pintadas, ni estados generosos emos visto en Roma que a cabo de poco tiempo no tengan graves cuydados en su corazón, crudas enemistades con sus vezinos, grandes embidias de sus erederos, descomedidas importunidades de sus amigos, peligrosas malicias de sus enemigos y, sobre todo, tienen en el Senado no pequeñas goteras de pleytos, y a las vezes por quitar una gotera de su hacienda hazen quatro goteras en su honra.

¡O!, cuántos he conocido yo en Roma a los quales aconteció que todo aquello que allegaron ellos en Roma para dexarlo al hijo que más querían, con mucho descuydo se lo goza otro erederero que no pensavan. No puede ser cosa más justa que todos los que engañaron a otros con sus engaños en esta vida, se hallen engañados de sus vanos pensamientos en la muerte. Muy injustos serían los justos dioses si todo lo malo que los malos proponen de hazer les diessen tiempo y lugar para que lo uviessen de cumplir; pero son los dioses tan mañosos y sabios, que permiten y dissimulan con los malos para que comiencen y prosigan las cosas según su querer y fantasía, y después al mejor tiempo córtanles la cabeça por dexarlos con mayor lástima. Crudos serían los dioses, y muy grave les sería de sufrir a los hombres, si lo que allegaron los malos en perjuyzio de muchos buenos, se lo dexassen gozar en paz por muchos años.

Sobrada locura me parece a mí saber que nascimos llorando, ver que emos de morir sospirando, y que con todo esto osemos vivir riendo. Querría yo preguntar al mundo y a sus mundanos que, pues entramos en el mundo llorando y salimos dél sospirando, ¿por qué quieren vivir riendo?, ¿por qué la regla para medir por todas partes se ha de igualar? ¡O!, Cincinato, ¿quién te ha engañado, que para un cántaro de agua que has menester del piélagos deste mundo, quieres dessollar las manos con la soga de los cuydados, y quebrantar el cuerpo en la polea de tantos trabajos y, sobre todo, aventurar tu honra propia por una herrada de agua ajena? A ley de bueno te juro que por mucha agua que saques, y por mucho dinero que tengas, tan muerto de sed quedas beviendo de aquel piélagos, como quando estavas sin agua en el campo.

Vista ya tu edad, si conmigo tomaras consejo, pidieras a los dioses la muerte para descansar como viejo cuerdo, y no les pidieras riquezas para malvivir como moço loco. A muchos he llorado en Roma con lágrimas de los ojos quando los veía deste mundo partir, y a ti, mi Cincinato, he llorado y lloro con gotas de sangre por verte a este mundo tornar. El crédito que tenías en el Senado, la sangre de tus antepassados, la amistad mía, la auctoridad de tu persona, la honra de tu parentela y el escándalo de la república uviera de refrenar en ti tanta cobdicia. ¡O!, pobre de ti, Cincinato, cata que las canas honradas que se van a caer en nobles exercicios se han de ocupar. Pues eras limpio en la sangre, valeroso en la persona, anciano en los días y no malquisto en la república, uvieras de considerar que vale más la razón por las sendas de los buenos, que no la común opinión que es camino ancho de los malos; porque si es estrecho para andar por el uno, no tiene polvo con que se cieguen los ojos como el otro.

Quiérote dar un consejo, y, si te hallares mal con él, no me tengas más por amigo. Sea, pues, el consejo que no te cures cargar más de sevo pegajoso de la temporal riqueza, pues tienes tan poco pavilo de vida, porque los tales y en tal edad como tú vémoslos derretir, mas no alumbrar. Después deste consejo quiérote dar un aviso, y es que jamás te fíes en la presente prosperidad, porque siempre es agüero de alguna fortuna desdichada. Pues te enriscaste en tan escabroso risco como loco, parésceme que te debes descender por tu pie como cuerdo, y desta manera dirán todos en el pueblo que Cincinato descendió, mas no cayó. Concluyr quiero mi carta, y nota bien la conclusión della, conviene a saber: que maldito seas tú y tu oficio, en el qual queréys los mercaderes vivir pobres por morir ricos.

Torno otra vez a maldeziros, y a tornaros a maldezir, porque la cobdicia de un malo se ha de cumplir en perjuyzio de muchos buenos.

Mi Faustina te saluda, y no poco ha sentido ella saber que tratas en mercadería y que tienes tienda en Capua. Ay te embió un cavallo en que andes, y una de las ricas cañas de Trípol a que te arrimes; embíote un anillo muy estimado y un pomo de espada de Alexandría, y estas cosas no te las embió porque tú las has menester, sino por no perder la buena costumbre que tengo de dar. Pamphilia, tu tía y mi vezina, es muerta, y séte dezir que no murió muchos días ha en Roma muger que de sí dexasse tal fama, en que ella concertava a los enemistados, socorría a los pobres, visitava a los desterrados, carescía de enemigos, tenía a todos por amigos, y aun oy dezir que ella sola alumbrava a todos los templos. Prescilla, tu sobrina, está buena, aunque por la muerte de su madre anda agora muy desconsolada, y sin duda tiene razón; porque solos los dolores que las madres passan en nos parir, aunque las llorásemos con gotas de sangre, no se los podríamos pagar. Los dioses sean en tu guarda, y a ti, y a mí, y a mi Faustina nos aparten de la siniestra fortuna. Marco del monte Celio te escribe de su propria mano.

CAPÍTULO XXVIII

Do el auctor persuade a los príncipes y grandes señores que se guarden de ser míseros, y que la largueza y la manificencia mucho conviene a la real persona.

Pisístrato, famoso tirano que fue entre los atenienses, como no pudiessen sus amigos sufrir tantas crueldades como hazía, desamparánronle y fuese cada uno para su casa; lo qual visto por el tirano, juntó en un fardel todos sus vestidos y dineros, y, tomado a cuestras, fuese para sus amigos; y, derramando delante dellos muchas lágrimas, díxoles estas palabras: «Yo traygo aquí mi ropa y mi hazienda, con determinación que, si tornáys a mi compañía, nos yremos todos a mi casa; y, si no queréys yr en mi compañía, acuerdo de quedarme en la vuestra; porque si estáys cansados de me seguir, yo estoy muy ganoso de os servir, pues sabéys que no se pueden llamar verdaderos amigos los que no se sufren unos a otros.»

Plutharco en su *Apotémata* dize que este tyrano Pisístrato fue en demasía muy rico y fue en extremo muy avaro, por manera que se cuenta dél que el oro o la plata que una vez entrava en su poder jamás se lo veían dar ni trocar, sino que si tenía necesidad de comprar alguna cosa, si no se la presentavan de voluntad, hazíala tomar por fuerça. Como llegasse a la muerte, y de hecho muriesse este tirano, acordaron los de Athenas de traer un peso y pesar a Pisístrato y a su thesoro. Fue el caso maravilloso que seys vezes pesó más la plata y el oro que su cuerpo muerto. Avía a la sazón en Athenas un filósofo por nombre Lido, al qual, como preguntassen los athenienses qué harían de aquel tesoro y qué harían de aquel cuerpo muerto, respondió:

«Los que son vivos y reconocieren aquí algo que el tyrano les uvo tomado, parésceme que les sea luego restituydo. Y no os maravilléys porque yo no mando que se atesore en el tesoro de la república; porque no quieren los dioses que se haga rica la república con el

robo de los tyranos, sino con el sudor de los vezinos. Si quedaren algunas riquezas, y no pareciesen aquéllos a quien fueron tomadas, parésceme que entre los pobres deven ser distribuydas; porque no puede ser cosa más justa que con las riquezas que este tyrano hizo a muchos pobres, con ellas mismas fagamos nosotros a muchos ricos. En lo que toca a su sepultura, parésceme que deve ser el cuerpo entregado a las aves que le coman y a los perros que le royan, y no os parezca esta sentencia cruel, pues no somos obligados a hazer más por él en la muerte que él hiziera por sí mismo en la vida, el qual, vencido de la avaricia, no se atrevió comprar siete pies de tierra en los quales le hiziessen la sepultura. E quiero que sepáys que los dioses han hecho oy gran bien a toda Grecia en tirar a este tirano la vida, y el un bien es que se libertan muchas riquezas, y el otro bien es que se desocupan muchas lenguas; porque los thesoros deste tirano hazían gran falta en la república y nuestras lenguas ocupávanse la mayor parte del día en dezir mal de su persona.»

Parésceme que tocó este philósopho dos daños que haze el hombre avaro en la república, es a saber: que teniendo mucha plata y oro ascondido se quita el trato y comercio de que vive el pueblo; y el otro daño es que, como es de todos aborrescido, causa en los coraçones mucho rancor y odio, por manera que a los ricos haze murmurar y a los pobres blasfemar. Una cosa leý en las leyes de los longobardos digna por cierto de saber y no menos de imitar, y fue que ordenaron entre sí que todos los que tuviessen plata, y oro, y dineros, y sedas, y brocados, lo registrassen delante la justicia cada año, y esto a fin de no les consentir athesorar mucho, sino que en comprar, y vender, y tratar se derramassen las riquezas por el pueblo, por manera que el hombre que no quería gastar el dinero en provecho de su casa se lo tomavan para el bien de la república. Si hiziessen oy los christianos lo que hazían los longobardos, no avría tantos tesoros ascondidos, ni en cada pueblo avría tantos avaros; porque no puede ser cosa más injusta que tenga athesorado un rico con que podrían vivir mil pobres.

La maldita avaricia, y la desordenada cobdicia, no podemos negar sino que a todos los estados estraga, y que a toda buena ropa apolilla; pero, hablando a la verdad y aun con libertad, no ay cosa que ella más denigre y afee que es a las cosas poderosas y a las personas generosas; porque más peligrosa es una mota que cae en el ojo, que no un carbunco que nasce en el pie. Agesilao, muy famoso rey que fue de los lacedemonios, preguntado por un thebano cuál era la palabra más injuriosa que a un rey se podía dezir y cuál era la palabra con que más le podían honrar, respondió: «El generoso príncipe de ninguna cosa tanto se ha de enojar como dezirle que es rico, y de ninguna cosa tanto se ha de alegrar como de llamarle pobre; porque la gloria del buen príncipe no consiste en los muchos tesoros que tiene, sino en las grandes mercedes que haze.» Fue por cierto esta palabra una muy real sentencia, y digna que los príncipes la encomienden a la memoria. Alexandre, Pirro, Nicanor, Tholomeo, Pompeyo, Julio César, Scipión, Aníbal, Marco Porcio, Augusto, Chitón, Trajano, Theodosio, Marco Aurelio, todos éstos fueron príncipes muy poderosos y valerosos; mas junto con esto los escritores que escribieron los grandes hechos que hizieron en la vida, también escribieron la pobreza con que les tomó la muerte, por manera que no menos son engrandescidos por las riquezas que spendieron, que por las hazañas que hizieron.

Dado caso que los hombres baxos y plebeyos sean avaros, y los príncipes y grandes señores también sean avaros, la culpa de los unos no es yqual a la culpa de los otros, aunque al fin todos son culpados; porque el pobre, si guarda, es porque no le falte; mas el cavallero, si atesora, es para que le sobre. Y en tal caso diría yo que maldito sea el cavallero el qual trabaja porque le arrastre la hazienda y no se le da nada que con dos palmos no le llegue al suelo la fama. Los príncipes y grandes señores, pues quieren que los tengan por generosos y valerosos, querría yo saber qué es la ocasión que tienen para ser escassos. Si dizen que lo que guardan lo guardan para comer, no tienen en esto razón, que al fin al fin por mal que coma un rico, todavía ay muchos que querrían más lo que sobra a sus mesas que no lo que ellos llevan para comer en sus casas. Si nos dizen que lo que guardan lo guardan para se vestir y ataviar, tampoco tienen en esto razón; porque la grandeza de los señores no consiste en que anden ellos muy vestidos, sino en proveer que no anden sus criados hechos pedaços. Si dizen que lo que guardan lo guardan para retener en sus recámaras buenas joyas, en sus salas buenas tapicerías, tampoco les admitirán esta respuesta; porque todos los que entran en los palacios de los príncipes más miran a los que están en su cámara si son virtuosos, que no a los paños que están en la sala si son ricos. Si dizen que lo que guardan lo guardan para cercar las villas de su tierra o para fazer fortalezas en su frontera, también ésta con las otras es fría respuesta; porque los buenos príncipes no han de trabajar sino de ser bienquistos, que si son en sus reynos bienquistos no pueden en el mundo tener tan fuertes muros como son los coraçones de sus vassallos. Si nos dizen que lo que guardan lo guardan para casar a sus hijos, tampoco tienen razón, que, pues los príncipes y grandes señores tienen gran patrimonio, no ay necesidad de atesorar mucho thesoro; porque, si los hijos fueren buenos, aumentarán lo que eredaren; mas, si por desdicha fueren malos, perderán lo que les dexaren. Si nos dizen que lo que guardan lo guardan para las guerras, tampoco es ésta justa excusa; porque la tal guerra, si no es justa, ni el príncipe la emprenderá, ni el pueblo tal le aconsejará; mas si la guerra es justa, entonces la república -que no él- han de hazer la costa, porque en las guerras justas y justificadas poco es que den al príncipe la fazienda, sino que cada uno vaya allí a morir con su persona. Si nos dizen que lo que guardan lo guardan para tener que dar y repartir en fin de sus días, a esto digo que no sólo no es cordura, mas aun es suprema locura; porque a la hora de la muerte más vale que los príncipes se alegren de lo que ellos dieron que no que se alaben los otros de lo mucho que eredaron.

¡O!, quán inconsiderados y quán malaconsejados son los príncipes y grandes señores en querer dexarse infamar de cobdiciosos y avarientos, y esto no por más de por juntar unos pocos de malditos thesoros; porque, según nos enseña la esperiencia, ninguno puede ser avariento de la fazienda sin que sea pródigo de la honra. Plutarco, en el libro que hizo *De fortuna Alexandri*, dize que el Magno Alexandro tenía un privado que se llamava Perdica, el qual, como viesse que Alexandro todo lo que con gran costa ganava con gran facilidad lo dava, díxole un día: «Dime, Sereníssimo Príncipe: pues das todo lo que tienes a los otros, ¿qué es lo que dexas para ti?» Respondióle Alexandro: «Quédame la gloria de lo que he dado y ganado, y quédame la esperança de lo que he de dar y ganar. (E dixo más.) Dígotte de verdad, Perdica: si pensasse que pensavan los hombres que lo que yo tomo lo tomo por cobdicia o por avaricia, por el dios Mars te juro ni combatiessse una almena, ni por ganar a todo el mundo anduviesse una jornada, sino que es mi intención de tomar

para mí la gloria y repartir entre los otros la hazienda.» Palabras tan altas príncipe muy alto avía de dezirlas como las dixo.

Si no me engaña lo que he leído en los libros y lo que he visto con los ojos, aun para ser los hombres ricos les conviene ser dadivosos; porque los príncipes y señores que naturalmente son magnánimos en el dar, siempre son fortunados en el tener. Muchas vezes acontece que un hombre, dando poco, es tenido por largo, y otro hombre, dando mucho, es tenido por escasso. Y todo este daño está de no saber que la escasseza y largueza no consiste en el mucho dar o poco dar, sino en saberlo dar; porque las mercedes que se hazen sin razón y tiempo ni aprovechan al que las recibe, ni las agradece al que las dan. Un hombre avaro más da en una vez que da otro que es magnánimo en veynte, y la diferencia que ay de la largueza del uno a la escasseza del otro es que el generoso da lo que da a muchos, mas el escasso da lo que da a uno, de la qual inadvertencia se deven mucho guardar los príncipes; porque si en tal caso, si oviesse un hombre solo que loasse su largueza, avría diez mil que blasfemassen de su avaricia. Acontesce muchas vezes a los príncipes y grandes señores que de verdad en el hazer mercedes son largos, sino que en darlo a quien lo dan son desdichados. Y todo esto proviene de pensar ellos que lo dan a personas virtuosas y bien acondicionadas, y aciertan a darlo a las que después le son ingratas y desconocidas, por manera que a los unos no ganaron por amigos con lo que les dieron, y a los otros cobraron por enemigos por lo que les quitaron. No abasta a los príncipes y grandes señores tener gran ánimo para dar, sino saber cuándo, cómo, adónde y a quién lo han de dar; porque de otra manera, si por el atesorar fuessen acusados, por lo que diessen serían reprehendidos.

Quando los hombres han perdido lo que tienen en juegos, en adulterios, en combites y en otros semejantes vicios, mucha razón es que estén afrentados; mas quando lo han espendido como hombres generosos y magnánimos, no deven vivir descontentos; porque el hombre cuerdo no ha de tomar pesar por lo que pierde, sino porque se le pierde mal, ni ha de tomar plazer por lo que da quando no lo da bien. Dión griego cuenta en la *Vida de Severo el Emperador* que, como un día en la fiesta del dios Jano hiziesse grandes mercedes assí a sus criados como a otros estrangeros, y por esta causa fuesse muy loado de todos los romanos, dixo él: «Pensaréys agora vosotros los romanos que estoy muy alegre por las mercedes que he hecho y muy vanaglorioso por las alabanças que me avéys dicho; pues por el dios Mars vos juro, y assí el dios Jano nos dé buen año, que no es tan grande el plazer que tengo por lo que he dado, quanta es la pena que tengo por lo que no puedo dar.»

CAPÍTULO XXIX

Do el auctor prosigue su intento y persuade a los que presumen de cavalleros que por ningún interesse se abatan a viles oficios.

Plutharco en su *Apothémata* cuenta que el rey Ptolomeo el quinto era príncipe de tan buena condición y de tan llana conversación, que muchas vezes se yva a las casas de sus familiares amigos a cenar, y las más noches se quedava en sus casas a dormir. Y por

cierto en este caso él se demostraba ser de los suyos muy quisto, porque (hablando la verdad) un príncipe de cuya vida depende el bien de la república, de pocos se ha de fiar en la mesa y de muy menos en la cama. Otra cosa hazía este rey Ptolomeo, es a saber: que quando combidava a comer o cenar a sus amigos o a otros estrangeros, pidía emprestado de uno las sillas; de otro, los manteles; de otro, las taças; de otro, las mesas; y assí de todas las otras cosas, porque era príncipe tan pródigo, que quanto compravan sus criados a la mañana ya lo tenía él dado a la tarde. Juntáronse un día todos los generosos del reyno de Egypto, y rogáronle mucho que se fuesse a la mano en el dar, porque él vivía necessitado y afrentado, y dello estava todo su reyno corrido, a los quales él respondió: «Muy engañados vivís todos los de Egypto en pensar que el príncipe pobre y necessitado vive corrido y afrentado. Oso yo dezir en este caso que se deve tener por muy dichoso el príncipe pobre y necessitado, porque los buenos príncipes más se han de preciar de hazer a otros ricos que no de tener ellos muchas riquezas.» ¡O, bienaventurada república que mereció tal príncipe tener!, y ¡o, bienaventurada lengua que tal sentencia supo dezir! Por cierto [781] este buen príncipe aconsejava bien a todos los otros príncipes, es a saber: que les era más honesto y aun provechoso hazer a otros ricos que no ser ellos ricos; porque si tienen mucho, nunca faltará quien les pida, y si tienen poco, nunca faltará quien les sirva. Suetonio Tranquillo, libro *De cesaribus*, dize que el Emperador Thito una noche después de cena de lo íntimo de su corazón dio un gran suspiro; y, preguntado de los que estavan a la mesa por qué sospirava, respondió: «Amisimus diem, amici.» Por las quales palabras quería dezir este buen Emperador que no contava aquel día entre los días de su vida, pues no avía hecho alguna merced aquel día. Con verdad este príncipe era generoso, éste era valeroso, éste era magnánimo; pues suspirava y le pesava no por lo mucho que en muchos días avía dado, sino porque le faltó un día que dar. Pelópidas el thebano fue hombre en su tiempo muy valeroso y aun no poco rico, y, como fuesse muy fortunado en el tener y no escasso en el dar, diziendole uno que por qué en el dar era tan pródigo, respondió él: «Si te parece que doy mucho, aún a mí me parece que yo avía de dar más, pues las riquezas me han a mí de servir y no yo a ellas de adorar; porque más quiero que me llamen despensero de mi hazienda que no mayordomo de mi casa.» Plutarco en su *Apotémata* dize que el rey Darío, queriendo motejar al Magno Alexandro de pobre, embióle a dezir que a dó tenía sus thesoros para hazer contra él los exércitos, al qual respondió el Magno Alexandro: «Dezid al rey Darío que él tiene en arcas de metal sus thesoros, y que yo no tengo otros thesoros sino los corazones de mis amigos. Dezidle más: que a todos sus thesoros un hombre solo se los puede hurtar, mas mis thesoros, que son mis amigos, él ni todos me los pueden quitar.» Conforme a lo que dixo Alexandro, osaría yo dezir que no se puede llamar pobre el que de amigos está rico, ni se puede llamar rico el que de amigos está pobre; porque, según se vio por experiencia, Alexandro con sus amigos quitó al rey Darío los thesoros, y Darío con sus thesoros no fue poderoso de quitar a Alexandro sus amigos.

Los que de su natural son hombres vergonçosos, y en el estado que tienen son generosos, deven trabajar mucho de huyr este renombre de avaros; porque sin comparación es más la honra que se pierde que no la hazienda que se gana. Si los príncipes y grandes señores de su natural inclinación fueren magnánimos, sigan su natural; y, si por caso de su propria naturaleza fueren inclinados a escasseza, háganse fuerça. Y, si esto no quisieren hazer, desde agora les digo que algún día se avrán de arrepentir; porque regla general es que las

muy desordenadas codicias siempre despiertan contra sí muy venenosas lenguas. Piensa tú, hermano, en ti que tanto quanto tú velares por quitar a otro la fazienda, tanto el otro se ha de desvelar por quitarte a ti la honra; y, si en tal caso pones en peligro la honra, no pienso que tienes muy segura la vida; porque no ay ley que lo disponga, ni paciencia que lo sufra, ver que de mi sudor proprio quiera mi vezino vivir muy regalado. En tanto tiene un hombre pobre una pobre capa, en quanto tiene un rico una regalada vida. Síguese, pues, luego en buena conseqüencia que, si el rico quita al pobre la capa, que el pobre ha de quitar al rico la vida.

Phoción fue un hombre entre los griegos no poco nombrado y estimado, y esto no tanto porque era sabio quanto por el menosprecio que tenía de las cosas del mundo; al qual como el Magno Alexandro le embiasse cien marcos de plata, dixo a los que se la llevavan: «¿Por qué Alexandro, vuestro príncipe, me embía a mí esta plata más que a ningún otro philósopho de los que ay en Grecia?» Respondieron ellos: «Embíala a ti, y no la embía a otro, porque ha oýdo que eres tú philósopho menos cobdicioso y más virtuoso.» Respondió a esto Phoción: «Dezid a Alexandro que, si él no sabe qué cosa es ser príncipe, yo sé muy bien qué cosa es ser philósopho; porque el oficio del philósopho es menospreciar thesoros de príncipes, y el oficio del príncipe es pedir consejos a los philósophos. (E dixo más Phoción.) Diréys también a Alexandro que en esto que me embiava no se mostró ser piadoso amigo, sino ser muy cruel enemigo; porque teniéndome por bueno, tal qual pensava que yo era, tal me avía de ayudar a ser.» Fueron estas palabras dignas de tal varón.

Compassión es de tener a un hombre generoso verle notado y infamado de avariento, el qual no más de por ahorrar un poco de hazienda se abate a hazer oficios los quales pertenescen más a hombres baxos que no a hombres generosos y cavalleros, de do se sigue que ellos viven infamados y están todos sus amigos afrentados. Declarándome más, digo que parece gran poquedad que dexen un cavallero el oficio de cavallería y que se meta a hazer el oficio de agricultura, es a saber: que los cavallos tornan en bueyes, las lanças en rejas, los escudos en trillos, los escuderos en gañanes, las armas en coyundas; finalmente huelga de yrse a una aldea a trabajar y rehúye de la frontera de pelear. ¡O!, cuánto han degenerado algunos cavalleros de nuestro tiempo de lo que fueron sus padres en el tiempo passado; porque sus antepassados preciávanse de los moros que avían muerto, y sus fijos no se precian oy sino de las cargas de trigo que han cogido; no sabían suspirar los antiguos cavalleros sino quando se veían en algún passo muy peligroso, y lloran oy sus sucessores desque no llueve en el mes de mayo; competían los padres sobre cuál dellos podía más lanças mantener, compiten agora los hijos sobre cuál dellos se da mejor maña a ahorrar; lo que se platicava entre los antiguos es que la casa de Hulano mantenía dozientas lanças y la de Hulano trezientas, y lo que se platica agora entre los modernos es tal casa es de seys cuentos y tal de diez, y en tal caso diría yo que, pues unos se precian de tener muchos cuentos como los otros se preciavan de mantener muchas lanças, que no es otra cosa sino que los padres empuñavan la espada por el pomo y los hijos la toman por el cuento.

Todas las buenas artes están pervertidas y el arte de cavallería está más pervertida que todas; y no sin causa la llamo arte, porque no poco tiempo consumieron los antiguos

philosophos en escrever las leyes que devían guardar los cavalleros. Como agora parece ser más estrecha la orden de los cartuxos, assí en otro tiempo era más estrecha la orden de los cavalleros, a los quales yo juro y prometo que si ellos como cavalleros guardassen las leyes de cavallería, que ni en la vida les quedasse tiempo para ser viciosos, ni en la muerte los arguyéssemos como malos christianos. El verdadero y no fingido cavallero no deve ser sobervio, no malicioso, no furibundo, no goloso, no covarde, no suzio, no escasso, no mentiroso, no blasfemo, no perezoso; finalmente digo que se deve preciar el tal no ser cavallero de espuela dorada, sino de vida muy corregida.

¡O!, si pluguiesse al Rey del Cielo que tanto examen hiziessen oy los príncipes de aquéllos a quien encomiendan las ánimas, como hazían los romanos de aquéllos de quien fiavan las armas. Antiguamente no davan la libertad de cavallero sino al que era en sangre limpio, en el cuerpo dispuesto, en el hablar concertado, en la guerra exercitado, en el corazón animoso, en las armas venturoso y en la vida limpio; finalmente avía de ser de todos abonado y ninguno avía de estar dél quexoso. Los cavalleros en quien resplandescían estas virtudes también tenían ya en Roma muchas libertades, es a saber: que ellos solos podían traer anillo, cavalgar a cavallo, traer muceta, tener escudo, comer a puerta cerrada, beber en plata, hablar en el Senado, hazer desafío, pedir vanderas, tener armas, tomar embaxada y ser guarda de las puertas de Roma. Es auctor desto Blondo en el libro *De Italia illustrata*. Si no nos engaña Plinio en una epístola, y Plutarco en su *Política*, y Séneca en una tragedia, y Cicerón en una paradoxa, no avía cosa en que tanto los antiguos pusiessen los ojos como era en examinar a los que armavan cavalleros. Ya no es assí, sino que en alcançando uno dineros para comprar un mayorazgo, sin más ni más luego se llama cavallero, y (lo que es peor de todo) que, si se haze cavallero, no es por cierto para pelear contra los enemigos, sino para cometer con más libertad los vicios. Para que sea uno buen christiano deve contemplar a Christo crucificado, y para ser uno buen cavallero deve mirar las armas de su escudo, las quales ganó su abuelo o bisabuelo; porque allí verán que no las ganaron estándose viciosos en sus casas, sino derramando sang reen las fronteras.